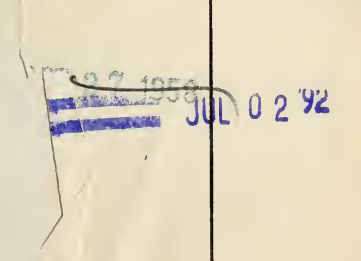


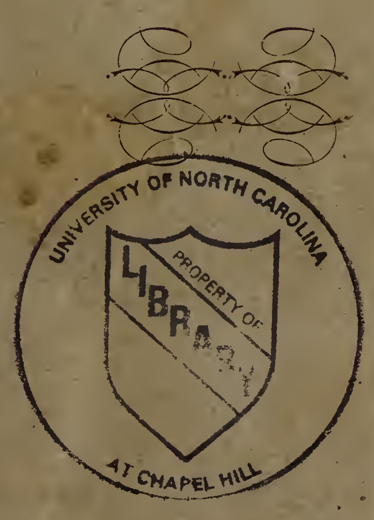



JUL 0 2 '92

PÁGINAS GUAIREÑAS

POR

J. J. BRECA



CARACAS

TIPOGRAFIA DE VAPOR DE EL COJO

1884

PÁGINAS GUAIREÑAS

POR

J. J. BRECA

CARACAS
TIPOGRAFÍA DE VAPOR DE EL COJO
1884

A La Guaira

Sentí siempre amor hacia el suelo que me vió nacer.
Por eso le dedico estas páginas.
Ellas son el testimonio de mi cariño.

J. J. Breca.



AL QUE LEYERE

La idea me ocurre de suprimir este prólogo.

No sé que un prólogo sirva para maldita la cosa, ni sé tampoco que el autor, bueno ó malo, deba escribir por sí mismo las líneas que han de servir de introducción á su obra.

Pero un libro sin prólogo sería como una casa sin entrada. ¿Cómo no ha de tener prólogo mi libro?

La modestia aconseja dejar esa enojosa tarea á algún amigo íntimo que espontáneamente, (esto es, accediendo á pertinaz exigencia) se encargue de las alabanzas que han de prevenir el ánimo de los lectores.

Tal es la costumbre.

Pero yo no quiero hacer lo que hace todo el mundo. Quiero sustraerme á esta práctica rutinaria.

Primero, porque la modestia no es mi principal virtud.

Y luego, porque tengo el convencimiento de que no he de dar con un amigo que se preste á decir lo que yo quiero que diga.

Todos aquellos á cuyo juicio he sometido alguna composición me han dicho siempre con franqueza digna de encomio: "Esto es atroz, esto es abominable."

Bueno! Esa es su opinión, pero no es la mía.

Así, pues, yo mismo escribo mi prólogo.

Y hago gracia al lector, de aquella excusa que parece como obligatoria, á saber: "Cediendo á las repetidas instancias de numerosos amigos, me he decidido á dar á la estampa las poesías escritas en mis ratos perdidos."

No, señor, nada eso!

Yo publico mis versos porque me gusta verlos en letra de molde y porque—francamente—los creo muy buenos.

Y sépase además que no los he escrito en ratos perdidos, sino en ratos hallados, esto es, en momentos que hurté á mis preferentes ocupaciones.

Sin que nadie me anuncie, pues, ni me presente, ni me recomiende, libre de obligación de tal especie, yo en persona me dirijo al respetable público.

No le ofrezco ciertamente un tratado de filosofía; ni un conjunto de pensamientos profundos, de difícil inteligencia; ni un libro de tiernas trovas, expresión del sentimiento delicado del poeta; sino uno cuyas hojas, aunque escritas, son páginas en blanco, porque sólo contienen frivolidades que nada dicen, pasatiempos que á nadie ofenden.

Lejos de mí la temeraria idea de tomar asiento entre los poetas de mi patria, de quienes me separa la distancia inmensa que existe entre el ingenio y la mediocridad.

Yo soy respecto de ellos, lo que el empírico respecto del esculapio, lo que el procurador de pueblo respecto del jurisconsulto.

Pero habiendo escalado la cumbre del Parnaso, á la cual me llevó mi atrevimiento, en ella he de quedarme! Si me arrojan, vuelvo á subir!

Ha dado vida á mi intento el deseo de ofrecer un estímulo á los hijos de La Guaira, á los hijos de este puerto en cuyas playas se meció mi cuna y cuyas olas arrullaron mi infancia.

Impúlsame también el anhelo de continuar la interrumpida publicación de poesías guaireñas por varios jóve-

nes comenzada anteriormente en esta misma época del año, como un adiós al que termina y va á sepultarse en los abismos del tiempo.

Y no influye menos en mi ánimo—¿por qué no decirlo?—el deseo de cambiar este libro por algunos bolívares que me consuelen de los pinchazos que habrán de darme los Hortensios y los Paolis.

Ellos dirán que mis versos no son buenos; y no faltará algún Zoilo de allende los mares que lo repita en epístolas difusas. Y aquellos á quienes censuro—individuos de la Academia—para mostrar que sus obras son correctas, dirán que mis versos son muy malos. Enhorabuena!

Yo declaro, para inteligencia de la presente y de las futuras generaciones, que los que tal piensen no saben lo que valen mis versos.

En resumen—y esto es lo que constituye este prólogo—yo publico este libro, no precisamente para que lo lean—eso es lo secundario—sino para que me lo paguen. Esto es lo principal, si no para mi *gloria* á lo menos para mi bolsillo.

Entre las poesías guaireñas, anteriormente publicadas, figuran varias de las contenidas en este volumen, así como también el drama titulado "El amor de un libertino."

No he querido excluirlo, porque si bien es cierto que *no debió salir de mi cartera*, según el dictamen de un aristarco de mi pueblo, no es menos cierto que no faltarán personas en quienes el sentimiento estético no sea tan exquisito que las obligue á negarle el honor de la lectura.

Por otra parte, el mencionado drama es la primera producción de este género que la ciudad de La Guaira deba á la pluma de uno de sus hijos, circunstancia ésta, que habrá de disculpar el pecado de reincidencia. Escritores de renombre muchos de éstos, ante quienes me inclino con humildad, no por eso me han precedido en composiciones

dramáticas; y confieso ingenuamente que al consignar este hecho siento en el corazón algo que se parece al orgullo.

El Teatro Nacional me pareció siempre un signo de adelanto, un estímulo para el ingenio, uno de los medios más adecuados para ilustrar la Patria y darle nombre y gloria.

No bastan las calles nuevas que facilitan el tráfico; los nuevos edificios que embellecen las ciudades; la enseñanza gratúita, derramada como lluvia benéfica de la villa al caserío; las redes silenciosas, entre las cuales corre, como dardo de luz, el pensamiento; las líneas de hierro que desaparecen bajo el penacho de humo y avasallan tiempo y distancia. Ni basta el magnífico templo levantado á Talía, si vaga, solitaria y sin culto, la musa de ese templo, si las puertas de éste no se abren para dar entrada á las producciones de nuestros ingenios.

Falta algo que la cultura de Venezuela echa de menos.

Falta el Teatro Nacional porque los obreros que han de formarlo carecen de aplauso que los halague, de esperanza que los aliente, de estímulo que los levante.

Ahí está Guardia, fecundo ingenio que forma en la avanzada de nuestros escritores dramáticos.

Ahí está Pompa, escritor galano, cuyas obras han merecido aplausos en la escena.

Ahí están, obligados al silencio, Soublette, Escobar, Blanco, Fernández, Martínez, Manrique, Calcaño, Pérez, Ramos, Guadalajara, Bermúdez y tantos otros, de estro brillante, que han dotado nuestra escena con obras de incontestable mérito, condenadas al olvido.

Todas ellas, conjunto de riqueza literaria que no debe perderse, son la base de nuestro Teatro, que sólo pide protección y estímulo para asumir carácter nacional y ser reflejo de nuestras costumbres y síntesis de nuestra historia.

"El antiguo Teatro Español," "El Teatro Español moderno," "El Teatro Francés," son frases que llenan de envidia mi alma de patriota. Ah! ¡ Cuánto me enorgullecería oír decir : " El Teatro Venezolano. "

Y con tales sentimientos, á que he dado calor desde mi juventud ¿ cómo no había de sacar de mi cartera el drama consabido ? ¿ Era condenable el objeto que me propuse de contribuir, aunque con piedra tosca, á la formación del Teatro de mi Patria ?

Si el óbolo fue pobre, digno de imitadores fue el intento.

Mas, volviendo á la publicación de este libro, diré, que no se me oculta que me traerá la crítica de muchos: ¿ Qué me importa? El sentimiento que me guía habrá de alcanzarme la indulgencia de algunos.

Esta colección de juguetes literarios, que no revela al poeta, ni al historiador, ni al literato, pone sin duda de manifiesto al hombre de corazón, que en vez de gastar en punibles pasatiempos sus escasos momentos de solaz, los dedica á esta ocupación inocente y útil que lo obliga á leer los autores que deben servirle de modelo.

Jamás me he *quemado las pestañas* estudiando el *arte poética ;* pero también es verdad que para hacer mis versos no necesito del arte que se aprende. Los hago, porque los hago. Ellos brotan de mi corazón, como el *gamelote* en la sabana, como el no aprendido canto de la garganta del ave.

Héme aquí, pues, señor público, ofreciéndote un libro con mis versos, mi prosa, mis composiciones dramáticas y mis traducciones ; la mayor parte de todo ello, publicada en el *Diario de La Guaira*, bajo el pseudónimo de Guaracarumo.

El primero que sale á luz en La Guaira, mi suelo nativo !

¿No te gustan ? ¿ No los hallas buenos? Lo sentiré

mucho; pero no seré jamás de tu opinión: á nadie le parece feo su hijo.

Mas, no olvides, público querido, que éste es un libro sin pretensiones y que, así como así, podrá servir acaso para pasar un momento de espera entre una comida, cuyos manjares se han agotado, y una cita, cuya hora se acerca con paso lento.

La Guaira: Diciembre de 1882.





PÁGINAS GUAIREÑAS

DIOS

¿Qué dice el mar, bramando eternamente?
¿Quién le imprime ése raudo movimiento
Y sus aguas levanta de repente
Y da impulso y furor y voz al viento?
¿Por qué se asoma el sol por el Oriente
Y baña de luz pura el firmamento?
¿Quién le hace declinar y que se oculte
Y que en negras tinieblas nos sepulte?
Dios de bondad inmensa, soberano
De mil mundos que riges desde el cielo,
Al misterioso impulso de tu mano
Todo obedece, y alza el raudo vuelo
La avecilla á la luz del sol ufano,
Surca el viento el espacio y gira el suelo
Y crece y ruge el mar enfurecido
En eterno equilibrio contenido.
Dios de mis padres, grande y poderoso,
Que das fertilidad á la llanura,
Que el astro rey formaste, esplendoroso,
Cuya luz vivifica á la criatura;
Ser inmortal y fuerte y misterioso
Que el universo riges de la altura,
Cuando en todo se siente tu presencia,
¿Quién negará, atrevido, tu existencia?
Niega tu esencia y tu poder el hombre
Sin ver que mundos infinitos rigen.

¿Cómo es posible ¡oh Dios! que no se asombre
Ante el misterio oculto de su origen?
Y cuando ignora hasta su propio nombre
Y los instintos que su sér dirigen,
Se llama ¡el infeliz! con torpe labio
Señor del universo, y grande y sabio!

Cuando en las sombras de la noche gime
Bajo la mano de la airada suerte,
En medio al infortunio que le oprime
Y raudal de dolor en su alma vierte;
Cuando nada en el mundo le redime,
Cuando cerca se encuentra de la muerte,
¿A quién los ojos, húmedos de llanto,
Dirige sino á tí, Señor Dios santo?

Ante tu excelsa Majestad de hinojos
Se postra al fin el que tu gloria niega;
Marcado por los ásperos abrojos
Del valle de dolor, á tí se entrega;
A tí vuelve, Señor, los tristes ojos;
A tu piedad se acoge, á tí se llega,
Como torna al redil la oveja herida
Que en bosque oscuro se quedó perdida.

En la voz gigantesca de los mares
Y en el blando murmurio de la fuente,
Y en los dulces y tímidos cantares
Con que pueblan las aves el ambiente;
En el aire, en el fuego, en los altares,
En el espacio tu poder se siente:
En la cúpula inmensa estás visible
Y en el grano de arena imperceptible.

Y sólo tu poder al aura leve
De mil aromas deliciosos carga
Y del humano la existencia breve
Hace dulce y feliz, fatal y amarga;
Y es por tí solamente que se atreve
El árbol á extender su copa larga,
Cuyo verde follaje no moviera
Si tu presencia allí no interviniera.

Te debe á tí la luna sus fulgores,
Por tí la flor variado aroma vierte,

Por tí despide el sol sus resplandores,
Tú das la vida y mandas á la muerte;
Tú sólo eres amor de los amores,
Tú sólo eres Señor y grande y fuerte;
Sólo tu mano puede en un segundo
Romper el eje en que asentaste el mundo.

La inmensa mole que incansable gira
En torno al sol de luz vivificante,
El mar azul en cuya faz se mira
El cielo con su luna rutilante,
El átomo invisible que respira
Entre la gota trémula y brillante,
Me hablan de tí, Dios mío y de tu nombre,
Y me hacen ver la pequeñez del hombre!

¿Quién, sino tú, Señor, en un momento
De misteriosa inspiración sagrada,
Pudo, al favor de imaginario acento,
En mundos convertir la estéril nada,
Crear la luz, la tierra, el mar, el viento,
Y en órbita segura y ordenada
Y en exactos minutos y segundos
Fijar la rotación de tantos mundos?

Eterno Sér, magnífico, sublime,
De incomprensible, impenetrable esencia,
Dulce esperanza del mortal que gime
Bajo el dolor de la fatal herencia,
Inagotable tu bondad redime
Al que nunca dudó de tu existencia,
Y en este mundo, pobre peregrino,
Escoger supo siempre el buen camino.

Dios justo, Dios clemente, Dios eterno,
Que el orbe hiciste de la estéril nada,
Yo adoro tu justicia y me prosterno
Débil gusano ante tu voz sagrada!
Sea tu amor mi guía, mi gobierno,
Sea mi luz la luz de tu mirada:
Dame un destello tuyo, luminoso,
Sostén en este mundo mentiroso.

AL MAR

A MI AMIGO EL SEÑOR DOCTOR AGUSTÍN AVELEDO

Suspenso el corazón, muda la boca,
Contemplo el mar desde su inquieta orilla.
J. A. Maitín.

Depón ¡oh mar! las iras
Con que pavor inspiras
En toda tu extensión profunda y basta!
Depón ¡coloso inmenso! breve instante
Esa altivez que ostentas,
Ese furor que te hace tan temible
Y con el cual el ánimo amedrentas.
Que para ser magnífico y gigante
La inmensidad te basta
Y tu azul horizonte indefinible.

Detén ¡oh mar! tus ondas agitadas
Y muéstrame tu linfa trasparente!
Déjame ver, cual cristalina fuente,
Tranquilas, reposadas,
Tus aguas murmurando en són doliente.

Y entonces, al velarse en occidente
Del regio sol los moribumbos lampos
Que vierten oro en tus flexibles campos,
Vendré sin miedo á ver desde tu orilla
En una roca de la playa extensa,
Los primeros fulgores con que brilla
La tibia luna en tu llanura inmensa.

Yo quiero ¡oh mar! hallarte
Tranquilo, silencioso,
Como niño que en plácido descanso
Soñara sonreído;
Y oír quiero el dulcísimo ruido
Del céfiro que riza vagaroso
Tu ancho cristal en cada azul remanso.
Yo quiero ver cual llegan, paso á paso,
Tus ondas espirantes
Que al reflejo del sol en el ocaso
En arroyos se tornan de diamantes.

¿ Por qué, mar portentoso,
No estás siempre apacible y cristalino,
Ofreciendo al bajel fácil camino
Sobre tu seno undoso ?
¿ Por qué así te revuelves, turbulento,
Mil formas dando, extrañas,
A tus aguas oscuras,
Que en combate incesante y fragoroso
Contra las rocas duras
Se quiebran de tus húmedas orillas ?
¿ Quién forma esas montañas
Y luego las derrumba
Arrastrando á tus cóncavas entrañas
Las débiles barquillas
Que encuentran en tu fondo eterna tumba ?
¿ Serán tal vez los vengativos manes
De víctimas sin cuento
Que te promueven guerra
Desde el seno voraz que las encierra ;
O será que te empuja de tu asiento
La erupción de recónditos volcanes ?
¿ Qué espíritu maligno
A penetrar se atreve
En tu profunda planta,
Y tus aguas levanta,
Como levanta el viento pluma leve ?
¿ Será la aparición de extraño signo
La causa del siniestro movimiento
Que ostentas pertinaz de polo á polo ;
O será que te impele con su aliento
El invisible Eolo ?
En tu vivir convulso,
Ya altivo, cual indómito jigante,
Ya humilde, como víctima que gime
Tras dura reja que en prisión la encierra,
¿ Acaso influye sólo
El regular impulso
Que sin cesar te imprime
La rotación perenne de la tierra ?
¿ De dónde, entonces, viene
La causa que suspende tu violento

Y vario movimiento?
¿Será que fatigada se detiene
La tierra á descansar fugaz momento?
¿Qué palabra de amor subyuga tu alma,
Que á intervalos te muestras sosegado,
Tranquilo, inmóvil, cual materia inerte?
¿Estás así callado
Obedeciendo acaso á algún hechizo
Que tus enojos calma
Y el reposo te impone de la muerte?
¿No bulle nada ahora allá en tu seno?
Tu furia ¿qué se hizo?
¿Por qué callada está tu voz de trueno?
¡Quién lo sabe! La ciencia que interpreta
Las leyes misteriosas del planeta
En que imperan tus aguas, insegura
En la especulación, forma concreta
No ha dado á la dudosa conjetura.
Más allá de la altura
Donde se asienta el inmortal imperio
Del astro enamorado
Que sin desviarse del objeto amado,
Majestuoso lanza
Rayos que fecundizan su hermosura.
Sólo hay oscuridad; sólo hay misterio
Que inútilmente á escudriñar excita:
La mirada del hombre allá no alcanza,
A límites estrechos circunscrita.
Surcando el éter sube
Audaz el pensamiento, y en su vuelo
Trasmonta la alta nube
Y halla estrellas y ve constelaciones.
Mas, ¿llega á ver lo que hay tras las regiones
De bellísimo azul que llaman cielo?
Así á la avara ciencia puso coto
La inmensidad, impenetrable velo
Que oculta el intrincado laberinto
Del lecho en que te asientas, vasto, ignoto;
Y sólo es dado al hombre,
En su ignorancia contemplarte mudo,
Rendirse humilde al pronunciar tu nombre!

¿ En dónde está el que pudo
Al profundo llegar de tu recinto
Y ver tus antros y pisar tu suelo ?

Ya rujas furibundo,
Ya gimas con ternura,
Eres ¡ oh mar ! incomprensible arcano
Que el hombre mira en estupor profundo,
Inmensidad que en vano
La inteligencia comprender procura !
En tus regiones veo
Enigma indescifrable,
De la creación el portentoso lujo,
De Dios el testimonio irrecusable !
Su omnipotencia leo
En tu flujo y reflujo ;
De tu espuma en la nítida blancura
Que refleja la luz de las estrellas ;
En tus ondas fosfóricas y bellas,
En tu eterno equilibrio inquebrantable.

En tu horizonte azul los ojos clavo
Y el Sér comprendo que los mundos rige ;
Y admirando el poder que te dirige,
Sin concebir el crimen del ateo,
En tí adivino á Dios y á Dios alabo !

Una fuerza magnética me lleva
A tu espumosa orilla,
Y siempre encuentro nueva
De tu vasta extensión la maravilla.

Lejos de tí, aun miro cómo salta
De tus ondas que á tierra llegan rotas
La blanca espuma en cristalinas gotas ;
Que con los ojos del amor te veo,
Y con el alma siento tu ruído
Cual la voz de un amigo que me falta.
Me paro, inquiero, escucho.........
Fue del viento el silbido.........
Fue la ilusión que me fingió el deseo,
Fue el ansia de mirarte......Mas ¿ qué mucho,
Si arrullado nací por tu gemido ;
Si mi sencilla infancia

Pasé viendo tus múltiples primores
Y oyendo tu rugido;
Si siempre me sedujo tu arrogancia
Y encanto hallé en tus quejas y rumores?

En medio de tus ímpetus extraños,
Del fragor de tus olas, imponente,
Un tiempo fuiste,—allá en mis dulces años
Que nunca volverán,—el confidente
De mi pasión primera;
Y pues fuiste benévolo testigo
De aquel sencillo amor, dulce quimera
De la edad inocente
¿Cómo es posible ¡oh mar! que no te quiera
Como se quiere á un viejo y buen amigo?

Yo gozo en contemplarte,
Y mi alma se engrandece
Ante el furor con que á la tierra humillas;
Placer hallo en mirarte,
Y mi alma se enternece
Si lames, blandamente, tus orillas.

Oye, mar orgulloso,
Indómito gigante
Que vives en terrífica porfía
Tal vez hallando estrecho
Tu dilatado lecho
Que dilatar pretendes todavía;
Ese furor constante
Que hierve allá en tu fondo tenebroso
De víctimas poblado;
Tu tremebundo acento
Que retumba y retumba dilatado
En el espacio y sube y se evapora
En la extensión oscura
De la invisible altura
Donde lo ignoto mora;
Todo cuanto en tu seno tiene aliento
Obedece á la voz del poderoso
Rey de los reyes, pues por tí solo eres
Pequeño, débil, cual los otros seres.

Empero, yo te admiro,

Ya lamas tiernamente tus orillas
Cual tímido lebrel que triste llora,
O ya en furioso giro
Sin tregua ni descanso
Sepultes para siempre las barquillas;
Que ya apacible y manso,
Espejo de los cielos, trasparente,
Ya airado y turbulento
En lucha con el viento
Eres cual Dios, magnífico, imponente!

Sólo á su voz podrás salvar los lindes
A que tributo rindes
Y aprisionar ahogada
Bajo tu fría, impenetrable mole
La numerosa prole
De Adán en la extensión diseminada.

Romperás esos lazos
Cuando Aquél que hizo el mundo y mundos crea
Te diga, airado al fin: "vuelve á la nada,"
Y cuando concurriendo este gran todo
A que la nada sea,
La humanidad conjunta torne al lodo,
Los rayos del sol doren
Con moribunda lumbre lo que existe,
Tus aguas desquiciadas se evaporen,
El viento gima triste
Y ruede con fragor sobre sí mismo
El mundo de un abismo en otro abismo.

EL 2 DE AGOSTO

(1859)

Sereno, trasparente
Está el azul bellísimo del cielo,
Impenetrable velo,
Magnífico, esplendente,
Tras el cual la mirada omnipotente
Jehová dirige al cenagoso suelo.
Brilla radiante el sol y su dorada
Luz de ópalo y topacio
Los cielos embellece y el espacio
Y cuanto Dios formó. Naturaleza
Se muestra engalanada
De fúlgidos primores,
De vívidos colores,
Y el poder evidencia y la grandeza
Del Sér que de la nada,
Sólo al calor de su divina mente,
Mundos creó de vivos resplandores,
A las aves dió vuelo,
Poder al mar, murmurios á la fuente,
Aromas á la flor y luz al cielo.

Y en medio á tanta pompa majestuosa
De la natura que abundantes galas
Muestra risueña al luminoso día,
Feroz ruge, espantosa,
Y bate negras alas
Con torvo ceño la discordia impía.

Y en confuso tropel la denodada
Valiente juventud que ayer apenas
Salvó el pensil de la sencilla infancia,
Que en el inquieto corazón aloja
Audacia y arrogancia,
Y siente lava en las azules venas,
A combatir se arroja!......

Y la vejez cansada,
De nieve coronada,

Que tiene ya sumida
La frente bajo el polvo de los años,
También se ve movida
Por ímpetus extraños;
Y dando oídos á venganza odiosa
Y al consejo falaz de antiguo encono,
Ceñudo el rostro y de coraje lleno,
Airada sale del hogar ameno
Y al hijo deja y á la cara esposa
En fúnebre abandono.

¿A dónde va, terrible,
La bélica algarada
De aspecto amenazante
Que en su furor temible
Bandera lúgubre en el aire agita,
Odio y rencores lleva en la mirada
Y maldiciones sin cesar vomita?

Marcha en pos del hermano disidente
A convencerle de su absurdo yerro......
Marcha en pos de su hermano, el insurgente,
A convencerle con razón de hierro!......

Ayes de muerte, y gritos
Que el ánimo amedrentan,
De esos que el odio y el rencor inventan,
Pueblan el aire, y algazara mucha,
Desorden, confusión que causa espanto
Es solamente cuanto
Con el tronar del arcabuz se escucha......
Sólo el terror impera
En la ciudad feliz, cuna del héroe
Gigante de la América altanera,
A quien afrentan con infausta lucha.

El incansable bronce
Siembra pavor doquiera,
Y allá en los montes con fragor retumba:
Las puertas giran sobre el férreo gonce,
Y la ciudad entera
Se estremece en su asiento! Y en la tumba,
De horror movidas, bullen y se agitan
Las cenizas del héroe!— Todo es llanto,

Y angustias y lamentos, y entre tanto,
Los bronces—prez y honor del patrio suelo—
Con estallido horrísono vomitan
La destrucción, en medio al denso humo
Que, cual del huracán preñada nube,
Se levanta pesado y sube, sube,
Mensajero de horrores, hasta el cielo.

Aquí yace un valiente, allá se mira
Mutilado é inerte
El lívido cadáver de un anciano;
Y más lejos, ya próximo á la muerte,
Yerta la faz, tendido sobre el suelo,
En ancha herida la crispada mano
Y en negra sangre rojos
Los entreabiertos labios y los ojos,
Desángrase y suspira
Gallardo joven que resiste en vano
Y que por fin, abandonado espira.

Trémula, consternada,
Surcado el dulce rostro por la angustia,
Suelto el cabello, la mirada mustia,
Flotando al viento el desprendido velo,
La rica vestidura, desgarrada,
Y entrambas manos elevando al cielo,
Surge entre todos, pálida llorosa,
Triste matrona, en su dolor hermosa.

"Tened, tened, ingratos,"
Amorosa les dice
Con voz de madre y con doliente pausa.
"Dejad que os patentice
Hijos crueles, hombres insensatos,
El dolor que á mi pecho
Vuestra locura causa.
Ah! ved mi rostro en lágrimas deshecho,
Y juzgaréis si es poca
La pena que me toca
Al ver que os conducís como dementes,
Gastando, impíos, mi tesoro caro.
¿Queréis que vaya, loca,
En mi dolor profundo,

Tutor buscando y protección y amparo,
De nación en nación, por todo el mundo?
Tened! No de esta suerte
Mi amor paguéis con parricida muerte!"
   Dijo y tornó la espalda
La Patria adolorida,
La Patria que infinitos regocijos,
Coronada de espléndida guirnalda
En época ya ida
Recibió siempre de mejores hijos.
   Y entre tanto, la turba, sorda, impía,
Ni al ruego ni á las lágrimas atiende!
¿En dónde está el decoro?
¿Qué bastarda ambición sus pasos guía?
Por sobre ruinas el poder pretende
Y vierte sin piedad, en su locura,
La riqueza de todos: el tesoro
De la fuerza común de que depende
La libertad futura.

A PAEZ

—

" Un Washington no más nos da la historia,
Y el Washington aquí, señor, sois vos. "

J. A. Maitín.

Dirijo al mar la vista con anhelo
Y una vela diviso en lontananza
Que rápida y gallarda al puerto avanza
Cual ave blanca que atraviesa el cielo.

Mirad la nave ! Alígera, galana,
Banderas diferentes ostentando,
De Norte á Sur el mar atravesando,
A nuestras playas se encamina ufana.

Ufana, sí, que en su recinto se halla
El más grande guerrero americano,
Aquél que supo con robusta mano
Blandir temible lanza en la batalla ;

Aquel varón de nombre esclarecido,
El león invencible de Payara
Que á su Patria oprimida levantara
De nación libre al rango distinguido ;

Aquel guerrero cuyo solo nombre
Es de la Patria título de gloria ;
Aquel héroe jigante, cuya historia
Es la historia de un Dios, no la de un hombre.

Páez ! Páez ! La Patria enternecida
Te espera con amor en su regazo,
Ella te brinda maternal abrazo
Y á tu lealtad se muestra agradecida.

Suspiros de impaciencia, alegre exhala
Con que muestra su amor y regocijo,
Y va al encuentro de su noble hijo
Vistiendo, altiva, su preciosa gala.

Ven á alegrar á tantos corazones
Que esperan con anhelo tu llegada;
Apresúrate, ven, que cien naciones
Sobre tí tienen fija la mirada.

La Patria ha menester de tu presencia
Y tus luces reclama con anhelo;
Ven á poner en práctica en tu suelo
La costosa lección de la experiencia.

La Guaira: 1859.

EL POBRE HONRADO

Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: "concebido ha sido un hombre."

JOB.

I

Sobre la humilde mesa puesto el codo
Y en una dulce faz los ojos fijos
Que vuelve alguna vez de triste modo
Hacia el grupo adorado de los hijos;
El pensamiento, que lo abarca todo,
Los afanes contándole prolijos,
Y de hondo desaliento acompañado,
Escaso pan devora el pobre honrado.

II

Nació á la vida y su primer aliento
Fijó tal vez su suerte en este mundo:
Un ay! fue, prolongado y gemebundo,
Un ay! anticipado al sufrimiento;
Presagio triste de dolor profundo,
Augurio acaso del mortal tormento
A que el alma debía hallarse uncida
En la difícil cuesta de la vida.

III

Vedle en hondos pesares abismado!
Le azota el infortunio con perfidia,
Y el infeliz, humilde y resignado,
Como cristiano, valeroso lidia;
Mas, en presencia de aquel grupo amado,
Por cuyo amor el bien ajeno envidia,
En romper de la vida el tenue estambre
Piensa al ver que sus hijos tienen hambre.

IV

Sí, que á los golpes de la airada suerte
Contra los cuales lucha sin amparo,
En víctima rendida se convierte
Y sólo en el descanso piensa avaro;

En el tranquilo alcázar de la muerte
Fija la mente con empeño raro,
Como en el término seguro y cierto,
Como en el único abrigado puerto.

V

Inútil batallar! Aunque recobre
Valor, al ver que su miseria crece,
En maldiciones se desata el pobre
A quien la vida sólo afán ofrece.
Todo falta en su hogar! Nada hay que sobre,
Excepto la virtud! Hambre padece
Entre los suyos, y el esfuerzo diario
Le agobia y no le da lo necesario.

VI

Anatema, anatema á tu existencia,
Alguien te dijo al principiar la vida:
Dolor y llanto amargo, eso es la herencia
Que ha de tocar á tu alma entristecida.
Arrástrate, infeliz, en la impotencia,
Soporta tu existencia maldecida,
Y no intentes jamás sus hilos leves
Cortar, osado, que guardarla debes.

VII

"El día en que nací, maldito sea,"
Exclama en la amargura de su vida
Que alumbró al principiar luctuosa tea,
De lúgubres crespones revestida.
"Inútil es que en la esperanza crea
Si es una fábula al placer urdida,
Si el mundo no da amparo á la indigencia,
Si es mentira también la providencia."

VIII

¿Quién no le da la espalda, presuroso,
Al verle jefe de menuda tropa,
Ni quién será bastante generoso
Que le presente del placer la copa?
¿Quién de su labio apartará, piadoso,
La empapada de hiel aceda estopa
Con que la suerte en injusticias larga
Su triste vida de continuo amarga?

IX

¿ Para el pobre favor ?—No sin trabajo
Logra, tal vez, que la piedad le asista;
Mas todos ven en él, el sér más bajo,
Y todos huyen de su ingrata vista.
El pobre cubre con el sucio andrajo
La que lleva en el alma aguda arista,
Y el rico lo desdeña porque ignora
Cuánto padece el infeliz que llora.

X

No á riquezas aspiro yo, Dios mío,
Que el corazón enervan y durecen;
En tus bondades sin cesar confío
Que infinito tesoro al alma ofrecen.
Humilde quiero ser y sólo ansío
Los bienes poseer que no perecen
Y exento estar de repugnante vicio
Y ser de tí escogido, allá en tu juicio.

XI

Una vida frugal, santa, sencilla,
Es para el alma la mayor riqueza;
Por eso la pobreza no me humilla,
Que nunca ha sido crimen la pobreza;
Y sé muy bien que á la honradez mancilla
La torpe infamia ó la falaz vileza
Y que es muy rico en su labor el pobre
Que tema á Dios y que virtudes obre.

XII

Mi espíritu ilumina y dame tino,
Y ánimo y fuerza ¡ oh Dios! y valentía,
Para elegir el único camino
Que del Eterno á la presencia guía;
Ilumina, Señor, con tu divino
Rayo de luz mi loca fantasía,
Y haz que desprecie todo orgullo vano
Y á cada hombre ame como á hermano.

XIII

Concédeme ¡ oh Dios mío! la paciencia
Del santo Job, el mártir sin segundo,
Y á mi alma inspira la difícil ciencia
De perdonar, que yo en rencor abundo.

Impide ¡ santo Dios ! que mi conciencia
Manchada sea por pecado inmundo,
Para poder llegar á la alta cumbre
En donde brillas con excelsa lumbre.

XIV

No á la riqueza terrenal aspiro
Ni á que su brillo mi sendero alfombre,
Que la riqueza desdeñoso miro,
Si ella endurece el corazón del hombre ;
Por conservar incólume deliro
El de mi padre inmaculado nombre,
Para llevarlo con orgullo ciego
Y que mis hijos lo veneren luego.

POBREZA Y CEGUEDAD

(DE LONGFELLOW)

Es el ciego, criatura infortunada
Y el pobre un infeliz, yo bien lo sé !
El primero, por ciego, no ve nada,
Al segundo, por pobre, ¿ quién le ve ?

A LA LUNA

"Dime si por mí palpita
De mi hermosa el corazón."

ABIGAÍL LOZANO.

¡Cuán grato es contemplarte, viajera misteriosa,
Y ver tu luz suave y ver tu lento andar,
Y verte en medio al cielo, tranquila, silenciosa,
En las benignas noches iluminando el mar!
Buscando los encantos que el astro rey te envía,
Del mar á las riberas ansioso corro en pos,
Y aislado allí del mundo mi mente se extasía
Mirando tras tu disco la dulce faz de Dios.
En tu impalpable rayo que á meditar convida
Desciende á mí un arcángel de indefinible voz,
Que toca con sus alas mi frente dolorida,
Me aduerme con su aliento y tórnase veloz.
Voz dulce cual el trino de tierna filomena
Que en solitarias ramas el alba ve lucir,
Voz dulce, embriagadora, que en torno á mí resuena,
Que me habla y me promete risueño porvenir.
Si el alma en tristes penas y amargo duelo abunda,
Desnuda de ilusiones, agena de placer,
De plácidas quimeras tu dulce luz la inunda,
Tu luz que vierte encantos en mi cansado sér.

—

Tú, que tímida, callada,
Entre séquito de estrellas
Vas errante, sosegada,
Con limpia luz argentada
Disminuyendo la de ellas;

Tú que llena de ventura
Vives etéreo palacio
Y de tu lejana altura
Esparces tu lumbre pura
Iluminando el espacio,

¿Viste la imagen hermosa
Del arcángel seductor
Que con ala misteriosa
Tocó mi frente ardorosa
Envuelto en tu resplandor?
¿Fue sólo en sueño dichoso
Que ví ¡luna! á ese querube?
¿Por qué, si no, presuroso
El vuelo alzó, misterioso,
Envuelto en pálida nube?

Responde, luna tranquila,
No sigas tu marcha, nó!
Dí si tu clara pupila
Que eternamente vigila
No vió el ángel que me habló.
Dime, luna refulgente,
Si ángel que vino del cielo
Fue el que me habló dulcemente,
O si mi ofuscada mente
Creyó sentirlo en el suelo.

Mi súplica te importuna
Y silenciosa me dejas
Sin darme respuesta alguna!......
¿Nada me dices ¡oh luna!
Y así, callada, te alejas?
Sigue tu marcha en el cielo
Sin que mi ruego te ablande,
Sin que te mueva mi anhelo;
En tu luz halla consuelo
Mi dolor intenso, grande.

Yo sé que tu cabellera
Acariciaba mi frente,
Tu fulgor, bella viajera,
Tu tibia luz hechicera
Visiones sembró en mi mente.
Y fue en un sueño que ví
El semblante seductor
De un ángel encantador;
Fue dormitando que oí
Su acento lleno de amor.

Por eso es tan grato ¡ oh luna !
Contemplar tu faz serena,
Cabe la amarga laguna
Que cual si fuera la cuna
De tu luz, de luz se llena.

Pues tu disco que fulgura
En el bello azul del mar,
El aura que amor murmura,
Brindan al alma ventura
Y hacen de amor delirar.

1852

VOLVAMOS A LOS AMORES

¿Hasta cuándo, dulce amiga,
He de estar por tí, muriendo
Y has de tenerme sufriendo
Tu rigor y tu maldad ?
¿Hasta cuándo has de mostrarme
Altiva, fieros enojos,
Rigor en tus lindos ojos
Y en tus labios...... impiedad ?

¿No sabes que son tus ojos
Estrellas de mi esperanza,
Que alumbran en lontananza
Un hermoso porvenir ?
¿No sabes tú que tú eres
El bellísimo querube
Que desciende en una nube
De la mansión de zafir ?

¿Por qué, entonces, dulce niña,
Has de tenerme sufriendo ?
¿Por qué me tienes muriendo
Al rigor de tu maldad ?
¿Por qué, caprichosa, muestras
Ese desdén en tus ojos,
Esos eternos enojos
Que mancillan tu beldad ?

Renuncia, querida amiga,
A tus injustos rigores,
Volvamos á los amores,
Que amar es supremo bien ;

Porque el amor es el alma
De nuestra triste existencia,
Porque el amor es la esencia
De los goces del Edén.

El amor! Eso es la vida!
Nada en el mundo es tan bello!
El amor es un destello
De la divina bondad,
El amor es dulce gloria
Anticipada en el suelo,
El rico dón con que el cielo
Regala á la humanidad.

Macuto, 1853.



RECUERDOS DE LA INFANCIA

EN UN ALBUM

Pasaron las escenas
De los tiempos de plácidos engaños,
De aquellos tiempos al pesar extraños,
Y en infinitas penas
La dicha se trocó de los siete años.

—

Escenas inocentes
De los primeros días de mi vida
Que nunca, nunca el corazón olvida,
Que más tiene presentes,
Cuanto es más honda del dolor la herida!

—

Pasaron ya los días
En que vestida con tu corta saya
Ibas conmigo á la vecina playa,
Que alegre recorrías,
Á ver echar al mar una *tarraya.*

—

Veo tus labios rojos
Abiertos de emoción y de contento,
Y tu cabello abandonado al viento,
Y admirados tus ojos,
Ante el gigante, undívago elemento.

—

Y tengo aún presente
El donaire infantil de tu estatura
Y tu breve, bellísima cintura
Ceñida holgadamente
Por corta y trasparente vestidura.

—

Recuerdo el viejo amigo
Que tarrayaba siempre por la tarde,
Ante quien, niño, me sentí cobarde,
Que jugaba contigo,
Haciendo de tu amor sencillo alarde.

—

—" Pescador,"—le gritabas
Con tu angélica voz dulce y sencilla,
—"¿ No me llevas ahora en la barquilla ?"
Y luego te alejabas,
Si el pescador tornaba hacia la orilla.

—

¿ Recuerdas que al vislumbre
De la pesca en la barca contenida
Te acercabas de nuevo conmovida,
A ver la muchedumbre
De pececillos en la red cojida?

—

Ah ! Cuánto se turbaban
Tus bellísimos ojos expresivos
Al ver los peces en la red cautivos
Que tus dedos tomaban
Para volverlos á las aguas, vivos!

—

¿ No volverán los días
En que vestida con tu corta saya
Ibas conmigo á la vecina playa,
Que alegre recorrías,
Buscando al pescador con su tarraya ?

—

Ah ! Cuánta diferencia
Entre aquella de amor y de ternura
Vida que comenzaba hermosa y pura,
Y esta odiosa existencia,
Toda desilusión y desventura !

—

Ah ! ¡Cuántos desengaños
De la difícil vida en la carrera,
Si corta, amarga ya ! ¡ Quién ah ! pudiera
Volver de los siete años
A la paz inocente y hechicera !

1855.

TU IMAGEN

Flexible es como el lirio que mecen brisas suaves
Y lánguido cual palma tu cuerpo angelical;
Tu voz es melodiosa cual canto de las aves
Que plácidas saludan el aura matinal.

Tus labios son claveles que aroman el ambiente,
Claveles que entreabren la córola gentil
Y aguardan que el rocío besándoles la frente
Descienda hasta su seno, benéfico y sutil.

Tu boca de corales al sonreír fascina,
Que es bella tu sonrisa y en ella está el amor,
Y al entreabrir los labios, cual rosa purpurina,
Esparce en torno suyo perfume embriagador.

Tu blanca dentadura son gotas de rocío
Que en las rosadas urnas dormitan del clavel;
Son rosas tus mejillas que causan desvarío,
Y tú, la flor más linda de encantador verjel.

Tus ojos son estrellas á cuyos mil reflejos
Divisa mi esperanza risueño porvenir;
En tus pupilas leo que no se encuentran lejos
La dulce paz del alma, los goces del vivir.

Si encanta tu faz bella, más bella que la aurora
Que al principiar el mundo primera vez brilló,
Tu alma pura y bella, de magia seductora
En redes misteriosas mi corazón prendió.

Por eso, enagenado, te amo con ternura,
Que tú eres de mi vida el ángel tutelar;
Por eso es que mi alma la adoración más pura
A tu belleza santa le rinde sin cesar;

—

Por eso al contemplarte tan cándida, tan bella,
Con toda la energía del alma te adoré;
Por eso has sido siempre de mi esperanza estrella,
Tu imagen es por eso la diosa de mi fe.

1852.



LA MARIPOSA Y LA ARAÑA

—

Vagando entre las flores
Aspiras sus dulcísimos olores
Y á tu placer con todas te entretienes,
Dorada mariposa!
Fugaz besas la rosa
Y sobre la azucena te detienes.

—

Sigues inquieta el vuelo
Mil vueltas dando, y luego, sin recelo,
Te paras breve tiempo en un pimpollo;
Y al fin, como eres libre,
Te posas de un gengibre
En el tierno, odorífero cogollo.

—

Te alejas de repente
Y vuelas en el aire alegremente,
Inquieta siempre, siempre sin constancia;
Desdeñas de las flores
Los vívidos colores,
Y dejas, caprichosa, su fragancia.

—

Vuelves á la floresta:
Te posas ya en aquella flor, ya en ésta;
Y siempre juguetona y vagarosa,
De flor en flor volando,
Vas á dar en el blando
Tejido bajo el cual ves una rosa.

—

La infatigable araña
Que aguardaba en acecho, en tí se ensaña,
Prendiéndote en los hilos de sus redes;
Tu belleza destroza,
Y en destrozarte goza,
Y de sus hilos escapar no puedes.

—

Así algunas mujeres,
Que tienen numerosos pareceres
Y hoy diez amantes y otros diez mañana,
La honra, que es la vida,
Dejan, al fin, prendida
En red oculta, desde edad temprana.

1854.



RECUERDOS

—

I

Fugaces vuelan los años
En que agena de pesar
El alma no sabe amar
Y no sufre desengaños.

—

El mundo es bello pensil
Con cuyas flores convida
A los goces de la vida
En esa edad infantil.

—

Nos arrullan á porfía
Encantadoras visiones
En esa edad de ilusiones
En que todo es alegría.

—

¡ Edad tierna y candorosa
Que halagan dulces sonrisas,
Fugaz eres cual las brisas
Que columpian una rosa!

—

¿ Por qué veloces volaron
Esas horas de la infancia
Y la pueril ignorancia
En sus alas se llevaron?

—

¿ Por qué la niñez tranquila
No es eterna en su inocencia
Y ha de venir la experiencia
A dilatar la pupila?

—

Recuerdo que en la niñez
Mi madre me acarició
Y que amorosa enjugó
Mi llanto, más de una vez.

—

Recuerdo que con cariño
Lindos cuentos me contaba
Que yo, inocente, escuchaba
Con curiosidad de niño.

—

Recuerdo aquel dulce empeño
Con que tierna me arrullaba:
Ah! Cuando el cuento acababa,
Yo rendido estaba al sueño.

—

Cuánto es triste comparar
Aquellos plácidos días
Con estas noches sombrías
De inquietud y de pesar!

—

Aquella edad tierna, pura,
De inocencia y candidez,
Dulce edad de la niñez
Llena de encanto y ventura;

—

Aquella en que sin amar
Y sin sufrir desengaños,
Vuelan veloces los años
Sin dejar tras sí pesar.

—

Aquella en que el santo beso
De la madre que se adora
Es para el niño que llora
Consolador embeleso.

—

Aquella en que el sólo amor
Era el amor dulce y santo
De mi madre que mi llanto
Comprendía y mi dolor.

—

¡ Edad tierna y candorosa
Que halagan dulces sonrisas,
Fugaz eres cual las brisas
Que columpian una rosa !

II

Volaron ay ! los años de inocencia
En que alegre jugaba y candoroso
Creyendo que en el mundo mentiroso
Sólo había delicias y placer.
Corrieron sí, los días de mi infancia
Lijeros como el soplo de la brisa ;
Pasaron como pasa una sonrisa,
Pasaron ay ! para jamás volver.

—

No soy yá niño. El corazón palpita
Con fuerza extraña, con tenaz violencia,
Y se siente abrasado á la presencia
Del sér más bello que formó el Creador.
Deslumbrado corrí tras su belleza ;
Sus labios de coral me sonreían ;
Mis ojos en sus ojos no veían
Sino destellos de infinito amor.

—

" Te adoro " dije, y sonrió su labio,
Y mis brazos ciñeron su cintura ;
Puse mis labios en su boca pura
Y un suspiro tras otro se escapó.
Yo me creí feliz ! Más ¡ oh Dios mio !
Un corazón hallé que estaba helado,
Y aquel amor era un amor soñado,
Un amor que la mente me fingió.

III

Era la pasión primera
Que abrigaba el corazón,
Pasión de mi alma entera,
Que creí que eterna fuera,
Sin sospechar la traición.
No imaginaba que hubiera
Rosada boca perjura ;
No creía que pudiera
Una visión hechicera
Sumirme en la desventura.

Y la mujer que yo amé
Como adora un niño á un ángel,
La que sílfide llamé
Y en quien puse yo mi fe
Era del infierno arcángel.
Primicia del alma mía
Fue aquel mi sencillo amor;
No pensé que ella mentía
Ni que su alma me ofrecía
El más amargo dolor.

IV

Veloz el tiempo corre y su carrera
¿ Quién puede sujetar?
Sólo el Creador que sobre todo impera
La puede hacer parar.
Así veloz deslízase mi vida,
Y á su fin llegaré
Sin que renazca la ilusión perdida,
Que sólo sueño fue.
Triste en su soledad el alma mía
Buscaba esa ilusión;
Y ay! en mi pecho casi no latía
Cansado el corazón.
Corría mi existencia sin amores
Y agena de placer;
Había ya probado sus rigores
Y fuerza era temer.
Duro, tenaz, insoportable, inmenso
De mi alma era el pesar:
Ella anhelaba en su dolor intenso
Otra alma á quien amar.

V

Y un bello ángel de gracia y de dulzura
De los cielos bajó súbitamente
Y al descender de la divina altura
Luz despedía su hechicera frente.
Él desterró de mi alma la amargura
Y la inquietud de mi agitada mente,
Sus ojos derramaban la ventura
Y me miró con ellos, dulcemente!

Ese ángel eres tú, sér amoroso,
Que al corazón herido y turbulento
La dulce paz volviste y la alegría :
Tú eres el ángel por quien soy dichoso,
Eres mi amor, mi gloria, mi contento,
Y eres el alma de la vida mía.

1853.



SERENATA

Es la noche
Misteriosa,
Pavorosa:
Miedo da.
¡ Qué silencio !
¡ Todo duerme !
Todo inerme,
Quieto está !

—

Juguetona
Mansa brisa
La faz frisa
De la mar ;
Y se oye
Tenuemente
Su doliente
Suspirar.

—

Mis miradas,
Entre anhelos,
De los cielos
Van en pos,
Y hallan puntos
Rutilantes
Que diamantes
Son de Dios.

—

De la antorcha
Peregrina
Que camina
Sin cesar
La luz pura,
Luz de plata,
Se dilata
Por el mar.

Ya se mira
Brilladora:
Tiñe, dora
Su capuz,
Y el espacio
Se ilumina
De argentina
Blanca luz.

—

Ya el mar sube
Crece y crece:
Lo embellece
Su fulgor;
Ya violento,
Tenaz gira,
Ya suspira
Gemidor.

—

Ven á oirle
Su querella ;
Cuál se estrella
Ven á ver.
Ven y admira
Su belleza,
Su grandeza,
Su poder.

—

Ven señora
De mi alma,
Ven y calma
Mi pesar ;
Deja, deja
Muelles plumas
Por las brumas
De la mar.

Ven, no temas,
Que los mares
De sus lares
No saldrán;
Ven, las aguas,
De su linfa
Por la ninfa
Te tendrán.

—

La belleza
De la luna
Pena alguna
No te dé;
De tus ojos
El destello
Muy más bello
Siempre fue.

—

La viajera
Pudorosa
De radiosa
Claridad
Tendrá envidia,
Que es más pura
Tu hermosura,
Tu beldad.

—

No te inquieten
Las estrellas:
No más bellas
Son que tú;
Que la lumbre
De tus ojos
Dan enojos
A un querú.

—

En la orilla
Solitaria
Mi plegaria
Mi clamor
Tu faz buscan,
Niña hermosa,
Casta diosa
De mi amor.

—

Deja, deja
Muelles plumas
Por las brumas
De la mar.
Ven ¡ oh reina
De mi alma!
Ven y calma
Mi penar.

—

Ven! La luna
Brilladora
Ya colora
Su capuz,
Y el espacio
Se ilumina
De argentina,
Blanca luz.

EN LA HAMACA

A TRINA

¡ Qué deliciosa vida
Aquí me paso yo, mujer querida,
Tendido muellemente en esta hamaca !
“ Mira ! Ve al aposento
Y busca en un momento
El libro aquel que está entre la petaca.
Aquel de pasta negra
Que hace tres días te mandó mi suegra ;
El que tiene una cruz y una palma
Grabadas en el forro ;
Y búscame mi gorro.........
Voy á elevarme á Dios, en cuerpo y alma !
Oh dulce hamaca mía,
De mi vida en la eterna algarabía
Amiga fiel, tu amparo no me niegues !
Deja que la triteza
Que embarga mi cabeza,
Sepulte, fatigado, entre tus pliegues.
Hé aquí ya el libro santo
En donde encontraré inefable encanto :
“ El Ramillete de divinas flores.”
¡ Qué título tan bueno !
Sin duda de su seno
Exhala dulces, místicos olores.
Pero, Trina, me abraso
De sed. ¡ Qué sed tan fuerte ! Dame un vaso !
Me está doliendo un poco la cabeza
Y estoy hecho una fragua ;
Mas no me traigas agua
Que me puede hacer mal, dame cerveza.

Gracias! Bueno y hermoso
Licor! Topacio líquido, espumoso!
Bebida que reemplaza los refrescos
De los tiempos de antaño,
Y no hace ningún daño,
Pues ya se hubieran muerto los tudescos.

Pon á mi alcance un jarro
Más del licor, y búscame un cigarro,
Que voy á dar principio á la lectura
De este libro divino
Que me abrirá el camino
Para subirme al cielo en derechura.

Desde allá, tú, Dios mio,
Aguáitame leyendo un libro pío
Con el fin de aprender la santa ciencia
De ser tu amigo en todo,
Y ver si de este modo
No me trabajas tanto la paciencia.

Y en verdad, peregrino
Es este libro que llamó divino
El fraile santurrón que lo compuso
Para fiel monumento
De su vasto talento
Y de su ingenio y su saber infuso.

¿ Quién pudo ser el hombre
Que este libro escribió con este nombre ?
Apuesto que no lo hizo un monaguillo,
Sino un sapiente mago.........
Mas, Trina, dame un trago,
Y enciendeme, después, un cigarrillo.

Y busca azúcar candy
Y agua y limón y un botellón de brandy,
Porque, Trina, no sé qué estoy sintiendo!......
El bello ramillete
Cual mágico pebete
Cierra mis ojos...... ah! me estoy durmiendo!

¡Cuán bello libro es éste
Que sabe conjurar hasta la peste,
Que revela verdades inconcusas,
Que sabiamente habla

Del diablo y de la diabla,
Del infierno y sus llamas mil, profusas!
Aquellos que á Dios amen
Aquí hallarán prolijo y santo examen
De la conciencia, mas ¡ ay Dios ! ¿ qué veo ?
¿ No me engañan mis ojos ?
¡ Qué conceptos tan rojos
Estos que en el examen hallo y leo !
Como cristiano humilde
Te pido que á las manos de Matilde
No llegue ¡ oh Dios ! esta letal semilla.
¡ Qué cosas ah ! tan feas !......
Tú, Trina, no lo leas,
Porque es veneno que el pudor mancilla.
La rápida sonrisa
Que columbré en tus labios bien me avisa
Que tú dudas de aquello que yo he visto......
¿ Quieres místico encanto ?
Te daré un libro santo,
Libro inmortal : " La imitación de Cristo."
Mas mi sed no se apaga
Por más que mi garganta ponche traga,
Y me hallo con febril desasosiego......
Trinita......ve allá afuera,
Busca la licorera
Y dejemos el libro para luego.



EL PRIMER AMIGO

I

Adán y Eva salieron
De la mansión que habitaban
Y de cuanto gobernaban
El señorío perdieron.
Y en la edénica mansión.
Contra los dos conspiraron,
Y en soledad les dejaron
Los seres de la creación.
Todo respiraba amor,
Todo era paz, armonía,
Hasta aquel infausto día
Del castigo y del dolor.
Huyó entonces la serpiente,
Las ovejas se extraviaron,
Las áves el vuelo alzaron,
Se escondió el león rujiente.
Los caballos mansos, nobles,
Se alejaron relinchando,
Las serranías trepando
Por entre cedros y robles.
En sucia charca tornóse
El cristalino arroyuelo
Y el límpido azul del cielo
De torvas nubes cubrióse.
Allá, entre cóncavo hueco,
Rujía el tigre feroz
Y á su dura y ronca voz
Respondía sordo el eco.
Y hasta las plantas, las flores
Una á una se secaron
Y á Adán y á Eva negaron
El placer de sus olores.

Doliente, desesperado,
Detestaba Adán la vida;
Su alma estaba afligida,
Su corazón, desgarrado.

Fijo en la rodilla el codo
Y en la mano la cabeza,
Daba al viento su tristeza,
Se quejaba de este modo:

II

"Ay! contra mí conspiran
La tierra, el mar, el viento:
Mis súbditos me miran
Con torvo descontento.

—

"¿Por qué me hice impío
La lei contraviniendo?
¿Por qué pequé, Dios mío,
Mi orgullo obedeciendo?

—

"Depárame un amigo
Señor de bondad suma,
Que llore aquí conmigo
La pena que me abruma;

—

"Pues ay! vivir no quiero
Si nadie mi mal llora
Que es grande, horrible, fiero,
El mal que me devora.

—

"Mi falta es grande, inmensa,
Mas ah! la pena es tanta!
Perdona, oh Dios! la ofensa!
La soledad me espanta!"

III

No bien con labio trémulo estas quejas
Pronunció Adan, mírando triste al cielo,
Que en el alma sintió dulce consuelo
Y la bondad suprema conoció.

El Hacedor no habia abandonado
Su obra maestra de inspirado instante ;
Dejábale, piadoso, un sér amante ;
Un amigo á su lado colocó.

—

Llora Adán, y aquel sér, enternecido,
Con él llora y besar quiere su mano:
El infeliz Adán no llora en vano,
Que el rostro torna y al amigo ve ;
Y ebrio entonces de júbilo, acaricia
Con mano cariñosa al compañero,
Y en él halla el cariño verdadero
Del perro, que el primer amigo fue !



AMISTAD

I

¿Ves aquella colina seca y dura
Quemada siempre por ardiente estío,
Desnudo erial sin plantas, sin sombrío,
Sin agua, sin verdor y sin frescura?

II

Las gentes van sin tregua á ese collado,
Donde, en lugar de plantas que den sombra,
Estéril arenal el piso alfombra,
Por los rayos del sol, siempre abrasado.

III

Mira cual sube avara muchedumbre
En plácido tropel! Allí resbalan;
Allá, saltando un risco, al fin, escalan
Del alto monte la desierta cumbre.

IV

¿Por qué ese empeño en ir á la colina,
Si abrasa el sol y es árida la tierra?
Triste es decirlo!......La colina encierra
Rico metal!......Hay oro......hay una mina!

V

Miseria humana! El oro los induce
A subir con afan esas pendientes!
No obstante la aridez suben las gentes,
Siempre ansiosas de aquello que produce!

VI

¿Ves ahora? No va el alegre coro
A la elevada cima del collado!
¿Por qué está ahora el monte abandonado?
Oh! qué vergüenza!......¡Se agotó el tesoro!

EL PORVENIR DE LA AMERICA

I

Horrísono huracán! Dame tu acento
Y templa en tus relámpagos mi lira,
Que arder el entusiasmo en mi alma siento
Y he de cantar! América me inspira!
Y tú, rey del espacio, que en el vuelo
Que á la región te eleva de las nubes,
Anhelando tal vez llegar al cielo,
Las alas bates y arrogante subes;
Atlética condor, que de elevados
Montes desdeñas la azulada cumbre
Y á los focos asciendes, abrasados,
Que al mundo vierten generosa lumbre,
Dame tu intrepidez! Tu valentía
Lleno de envidia, en éxtasis contemplo,
Y el ánimo te sigue como á guía
Que le lleva á copiar tu audaz ejemplo.
Sólo el amor me da tu atrevimiento,
Y sólo así de la humildad levanto
Mi espíritu medroso y cobro aliento
Y miro osado el firmamento y canto!

II

Moisés en el desierto, obedeciendo
Su inspiración, calcárea peña toca;
De humedad la aridez se va cubriendo,
Y agua vierte, por fin, la estéril roca.
Así Colón, mortal afortunado,
Sumido del desdén entre las brumas,
Recorre ignoto mar, jamás surcado,
Y un mundo hace brotar de las espumas;

Un mundo entre los mares agitados
Que fecundan su Oriente y Occidente;
Un mundo de horizontes dilatados,
De vario clima y cielo trasparente.
Caudal inmenso de riquezas quiso
Sembrar la Providencia en ese mundo,
Para ofrecer al hombre un paraíso
Que fuese, en todo el orbe, sin segundo.
Y dones derramó munificente
La mano del Señor en esa tierra:
Diamantino es el haz del continente
Y tesoros sin fin, su mar encierra.
Y en esa región vasta, prole nueva
Del sol y de las ondas de los mares,
Habitaron tal vez Adán y Eva
A la sombra de espléndidos palmares.

III

Así cual se despierta la avaricia
De almas ruines al brillar del oro,
Nació en los potentados la codicia,
De América ante el vívido tesoro;
Y avaros la partieron en porciones
Cual botín conquistado por su hazaña;
Albión sentó en el Norte sus pendones
Y en el Sur ¡ vive Dios ! los sentó España!
Y súbdito ó esclavo, ¡ horribles nombres !
A los hijos de América llamaron,
Y el derecho negáronles de hombres
Y el derecho de libres les negaron!
Maldijo Dios aquella villanía
Que hollaba el más precioso de sus dones,
Y al Septentrión envió y al Mediodía
Dos genios contra aquellos Faraones.
Washington y Bolívar! Dos estrellas
Del cielo de la América, brillantes!
Al través de los tiempos lucen ellas
Como soles inmensos de diamantes;
Dos soles cuya luz animadora
Por entre turbias nieblas se abre paso,

Y el porvenir de América colora
Con rayos que jamás tendrán ocaso.
El yugo sacudieron y fue un hecho
La libertad del mundo americano,
Y nació la Igualdad, reinó el Derecho,
Y el súbdito se irguió: fue ciudadano!

IV

Washington y Bolívar!......Los tiranos
Sucumbirán, y vivirá el imperio
De la ley, cuando se amen, como hermanos,
Los hijos del magnífico hemisferio.
Y el Indostán elevará sus parias
De libres ciudadanos á la altura,
Y del humilde esclavo las plegarias
Se cambiarán en cantos de ventura.
Y de Europa los tronos carcomidos
Bajo el yugo del déspota iracundo,
Caerán ante los dogmas bendecidos
Que luz de libertad vierten al mundo.
Y soldados serán de noble guerra
Contra el poder monárquico, inhumano,
Los pobres oprimidos de la tierra
Y aun los propios esbirros del tirano.
Y será el universo un pueblo solo,
Bajo el lazo de amor de dulces leyes,
Y malditos serán, de polo á polo,
Los déspotas, los amos, y los reyes;
Que la alma Libertad, cual sol, envía
Sobre el mundo sus vívidos fulgores,
Y ante su luz, la negra tiranía
Huye medrosa con sus mil horrores.

V

La Libertad, que es luz, de Dios esencia,
El hogar embellece y diviniza,
Presta vuelo á la altiva inteligencia
Y la idea protege y fecundiza;
Y así América, libre el pensamiento,
Magnífica se ostenta y grande y fuerte;
Tiene en el mundo principal asiento
Y es Señora absoluta de su suerte!

Y minutos no más en su cuadrante
Impertubable el Tiempo ha señalado,
Y la América, sólo en ese instante,
A las Ciencias secretos ha arrancado!
Ven, Fulton, á decirlo! ¡Ante tu invento
Coronado de humo, que avasalla
Tiempo y distancia, en raudo movimiento
Se agita el corazón, la lengua calla!......
Y á disputarte la invención gigante,
A tí, Morse inmortal, no hay quien se atreva
De ese dardo de luz que en un instante
De un mundo á otro el pensamiento lleva.
Y es tuyo el adelanto sorprendente
¡Oh América! que pródiga repartes;
Y hallan en tí, como en fecunda fuente,
Las Ciencias luz, emulación las Artes.
Y esta gloria es de América! No importa
La línea del Darién que el Norte muestra;
El vuelo de esta gloria no se corta;
Si de América es ella, es gloria nuestra,
América es la Patria! Su regazo
De todos es sin distinción ninguna,
Ella confunde en maternal abrazo
Razas distintas, cuya tierra es una.
No el origen diverso nos importe
Para amarnos, cual se aman los hermanos,
Que los hijos del Sur y los del Norte
Hermanos son, pues son americanos!
Y de este suelo la grandeza pide
La sombra maternal de una bandera
Y que la unión se estreche y consolide
En esta de Colón, prole altanera.
Regocíjate, América, y la frente
Levanta con orgullo! Tu camino
Trazado fue por mano omnipotente:
La Libertad del mundo es tu destino!

A CUBA

(A MI AMIGO EL SEÑOR CORONEL FERNANDO P. ALVAREZ.)

No conozco tu cielo,
Tu cielo azul, tu cielo bendecido;
No ví jamás tu suelo,
Donde tantos valientes han nacido!

¿Qué no lo ví?—Mentira!
En él fijé la mente, desde niño,
Y graduaba á tu ira
Contra el tirano, mi infantil cariño.

¿Qué no lo ví?—¿Quién dijo?......
Yo conozco tus bosques, tus campiñas;
Qùe el pensamiento, fijo
En tus huestes, siguió sus nobles riñas.

Siguiendo mi deseo,
Y en alas de mi ardiente fantasía,
Los bellos campos veo
Que en tu sangre empapó la tiranía.

Y adivino tus montes,
De vespertina niebla coronados!
Tus lindos horizontes
Tras ellos miro inmensos, dilatados!......

Diviso tus palmares,
Tus bosques, tus aldeas y tus villas,
Y tus azules mares
Que besan tristemente tus orillas.

Y miro, allá á lo lejos,
Entre esplendores de divina gloria
Y vívidos destellos,
La ciudad que inició tu nueva historia.

—

Sí, Yara, yo contemplo
En lontananza glorias giganteas
Y bendigo tu ejemplo!......
Pueblo heroico, inmortal...... bendito seas!

—

Sí, Cuba, yo te he visto
Con la mirada del amor ardiente;
Por eso me contristo
Al pensar en el yugo de tu frente.

—

Yo sé que eres hermosa
Cual perla inmensa sobre roca de oro,
Y sé que por valiosa
Hace de tí la España su tesoro.

—

¿Por qué está aún hollada
La perla de valor de las Antillas?
¿Por qué, Vestal, te humillas
De un cetro á la ambición desenfrenada?

—

¿Dejaste, por ventura,
En cenizas tornarse el sacro fuego?
¿Brilló la llama pura
De Libertad para extinguirse luego?

—

Mas nó! Jamás se apaga
La llama del valor!...... Nadie lo espere!......
No lo extingue la daga......
Que el amor á la Patria nunca muere!

—

Nó, vive Dios! un día
Verás brillar con los alegres lampos
Que la mañana envía,
El sol de Libertad sobre tus campos!

Levanta, Cuba, lava
Tanta ignominia! Sal del hundimiento!
¿Por qué ha de ser esclava
La tierra del valor y del talento?

—

Sus! A la lid, cubanos,
Y en holocausto hasta los cielos suba
La pira de villanos
Que osan menguar la Libertad de Cuba!



SONETO

DE GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDEZ (PLÁCIDO)

TRADUCIDO AL INGLES

No more love! No more love! My dreams of gold
Were those of earlier years which are all over,
'Cause in thy pretty features I discover
The coolness of thy heart form'd of ice mold.

I do not think thy heart is warm or bold
As ought to be the heart of a true lover:
In the brilliancy of day thy love es sober,
In the silence of night thy love is cold.

I want no love as that which thou giv'st me,
Love which is kept within too narrow frames,
Love being not love having on me no empire.

I wish to burn if I aproach to thee,
I want to clasp a woman made of flames,
I want to kiss a woman made of fire.

New York, August 1873.



SONETO

TRADUCIDO DE LORD BYRON (*)

Espíritu eternal del pensamiento,
Más brillas, Libertad, en las prisiones,
Pues habitas allí los corazones
Que sólo puede atar tu sentimiento.
Y cuando al grillo atados, sin aliento,
Yacen entre mazmorras, á montones,
Tus hijos, triunfo en su martirio pones,
Y en alas vuelas, Libertad, del viento.
Tus prisiones, Chillón, son sitio santo
Y altar tu triste suelo en que la huella
Quedó de Bonnivard, honda, sombría,
Como si cérped fuera el duro canto:
Nadie la borre, nó, que clama ella
A Dios contra la inicua tiranía.

(*) El prisionero de Chillón.

Francisco de Bonnivard, hijo de Luis de Bonnivard, originario de Seyssel y Señor de Lunes, nació en 1496. Hizo sus estudios en Turín.

Su tío, Juan Aimé de Bonnivard, resignó en él en 1510 el Priorato de San Victor que llegaba á los muros de Ginebra y constituía un beneficio considerable.

Este grande hombre (y Bonnivard merecía este título por el temple de su alma, la rectitud de su corazón, la nobleza de sus intenciones, la sabiduría de sus consejos, la extensión de sus conocimientos y la vivacidad de su talento,) este grande hombre, que excitará la admiración de todos los que se conmueven en presencia de una virtud heroica, inspirará la más profunda gratitud en los corazones ginebrinos que aman á Ginebra.

Bonnivard fué siempre uno de sus más firmes sostenedores. En el propósito de asegurar la libertad de la República, no temió jamás perder la suya propia. Olvidó su reposo, despreció sus riquezas y nada omitió para afirmar la felicidad de la patria que honró con su eleción, que amó como el más celoso de sus hijos, que sirvió con intrepidez heróica. El escribió la historia de Ginebra con la sencillez

AUSENCIA

Las mil bellezas y los mil primores
¿ Porqué del bosque á contemplar no vienes ?
Ah ! ¿ Dónde estás que abandonadas tienes
Las que te envidian olorosas flores ?

Arcángel bello que mi mente pueblas
De fantásticos sueños y de encanto,
Ah ! Nunca olvides mi cariño santo
Que brilla de la ausencia entre las nieblas.

---

de un filósofo y el calor de un patriota. Al principio de ella dice que *desde que comenzó á leer la historia de las naciones se sintió dominado por el amor á la República de cuyos intereses se hizo partidario.* Y fué, sin duda, su amor á la Libertad lo que le indujo á elegir á Ginebra por su patria adoptiva.

Joven todavía se anunció de una manera altiva como el defensor de Ginebra contra el Duque de Saboya.

Bonnivard fue martir de su patria en 1519. Temiendo el resentimiento del Duque, que entró á Ginebra con quinientos hombres, quiso retirarse á Friburgo; pero, traicionado por dos individuos que lo acompañaban, fué conducido á Grolée, por orden del Príncipe, donde permaneció como prisionero, durante dos años.

Fue desgraciado en sus viajes; pero sus desgracias no llegaron á entibiar su amor á Ginebra. Así, siempre se le tuvo por enemigo formidable de aquellos que la amenazaban.

Una partida de ladrones lo encontró en la montaña de Jura en 1530, y después de robarlo, lo condujo al poder del Duque de Saboya, quien lo hizo encerrar en el Castillo de Chillón, sin fórmula de juicio. Allí permaneció hasta 1536 y debió su libertad á los hijos del cantón de Berna que se apoderaron del Vaud, cantón suizo situado en las fronteras de la Francia.

Al salir de la prisión tuvo el placer de hallar á Ginebra, libre y reformada.

La República se apresuró á darle testimonio de su reconocimiento y á resarcirle de los males que había sufrido. Lo declaró *Bourgeois* de la ciudad en el mes de Junio de 1536, le adjudicó la casa que antes había habitado el Vicario general y le asignó una pensión de doscientos escudos de oro, á condición de que permaneciera en Ginebra. En 1537 fué admitido en el Consejo de los Doscientos.

La brisa tenue sollozante gira
En torno al bosque de exquisita sombra,
Y en su sollozos con amor te nombra
Y por tu ausencia con dolor suspira.

—

Está desierta la floresta umbría,
La que testigo de tu amor hiciste,
Y ya no se oye, que á cantar resiste
La tierna alondra que trinar solía.

—

El mar azul que con lujosa gala
Brotaba copas de brillante espuma,
Ahora densa y vaporosa bruma
Que el alma oprime de su centro exhala.

—

Velado el sol su resplandor me niega,
Neblina opaca la pradera viste,
Sombrío el cielo y nebuloso y triste,
De honda pena el corazón anega.

—

Pierde el vergel sus vívidos colores,
Su gallardía, su gentil donaire......
Ven, deja hermosa, el apacible Guaire,
Ven con tu aliento á revivir las flores.

Bonnivard fue siempre útil.

Después de haber trabajado para hacer libre á Ginebra, trabajó con éxito para hacerla tolerante. Indujo al Consejo á acordar á los eclesiásticos y á los *paisanos* el tiempo necesario para examinar las proposiciones que se les hacían. Venció por su dulzura.—Se predica siempre con éxito el Cristianismo, cuando se le predica con caridad.

Bonnivard fue un sabio. Sus manuscritos que existen en la Biblioteca Pública, prueban que había estudiado los clásicos latinos y profundizado la teología y la historia. Tenía amor á las ciencias y creía que ellas podían hacer la gloria de Ginebra; y así, sus esfuerzos tendieron siempre á fijarlas en aquella ciudad naciente. En 1551 dió á ésta su biblioteca, la cual vino á servir de base á la biblioteca pública.

Durante el mismo año este gran pátriota instituyó á la República su heredera universal, á condición de que ella empleara los valores que le dejaba, en fundar el Colegio que á la sazón se tenía en proyecto.

Parece que Bonnivard murió en 1570; pero no es posible asegurarlo, porque hay un vacío en las notas necrológicas, á partir de Julio de 1570 hasta 1871.

Ven y devuelve al infeliz la calma,
Ven á este nido de las dulces citas,
Ven á decirme que por mí palpitas,
Ven con tus ojos á alentar mi alma.

—

Mas ah! La mano de la airada suerte,
La voluntad acaso de Dios mismo
Entre nosotros colocó un abismo
En cuyo fondo oscuro está la muerte.

—

Y ¿qué me importa, si por tí suspiro,
Si tu presencia el corazón ansía
Si no encuentro sin tí paz ni alegría,
Si eres la virgen por quien yo deliro?

—

¿Qué nos importa que condene el mundo
Mi amor de fuego y que tu amor me vede?
¿Quién de ese fuego libertarse puede?
¿Quién no es esclavo de un amor profundo?

—

Ven, niña hermosa, que risueños días
Gozar podremos de la mar al aire:
Basta de ausencia, el apacible Guaire
Cambia, amorosa, por las playas mías.



A MI HERMANO E. RIVODO

(EL 7 DE ENERO)

Una vez más todavía
Marca del tiempo el cuadrante
La fecha de nuestro día!
Nuestro sol luce brillante
Una vez más todavía.

Cumplimos año los dos,
Aunque no la misma edad:
De agonizar ¡vive Dios!
Del mundo en la inmensidad
Cumplimos año los dos:

Hoy cumples cincuenta y pico,
Yo, cuarenta y algo más,
Y no he llegado á ser rico......
Y á serlo tú ¿llegarás?......
Hoy cumples cincuenta y pico......

¡Cuántos tristes desengaños!
¡Cuánta esperanza perdida
En esos cansados años!
En tan afanosa vida
Cuántos tristes desengaños!

Peregrinación muy larga
Es la que vamos haciendo
Apurando copa amarga!
Vivir me va pareciendo
Peregrinación muy larga!

Quiero, no obstante, vivir,
Que me horroriza la muerte ;
Y aunque tenga que sufrir
Embates de adversa suerte,
Quiero, no obstante, vivir.

—

Que no ha de ser siempre adversa
Y negra la suerte mía,
Hasta hoy dura y perversa :
Tengo fe y ella confía
Que no ha de ser siempre adversa.

—

En cualquier paso de luna
Es posible que consiga
Sonrisas de la fortuna,
Que ha de tornarse en mi amiga
En cualquier paso de luna.

—

Si esta esperanza no cuaja
(Las mías no cuajan nunca,
Que así la suerte me ultraja)
Una más contaré trunca,
Si esta esperanza no cuaja.

—

No por eso he de afligirme,
Que la esperanza es mi enseña,
Y he de esperar á pié firme.
Si Fortuna me desdeña,
No por eso he de afligirme.

—

La nave que tripulamos
Sobre las ondas se mece
Indecisa—Si avanzamos,
Viento contrario entorpece
La nave que tripulamos.

—

Esperemos ! Esperemos !
Que otro viento ha de soplar
Y otras aguas surcaremos,
Y la nave ha de llegar......
Esperemos ! Esperemos !

UN GUAPO

De pie en la esquina un mozuelo
que ya fuertes tragos toma,
aunque apenas tenue pelo
de barba en el bozo asoma,
Mirando pasar la gente
voceaba á todo trapo,
y en ademán insolente
decía—"yo soy muy guapo!"—
A un mozo que oyó, le supo
muy mal la charla indigesta,
y con otros formó grupo
crecido en la esquina opuesta.
El záfio aquel era un tipo
común—no diré su nombre—
y entre un hipo y otro hipo
gritaba—"yo soy un hombre."
Nadie allí le respondía,
y él, mirando de reojo
á los del grupo, decía:
"Venga alguno!...... Es un antojo!......
Y como ellos no chistaban,
tal vez juzgándole necio,
las bravatas aumentaban
á medida del desprecio.
—"Soy terror de los valientes
y á mí nadie me ha tosido,"—
dijo crugiendo los dientes
el guapo, en ira encendido;
Y sin miedo á Dios, ni al diablo,
grueso garrote blandiendo,
echaba en cada vocablo
término inmundo y horrendo.

Y con sordo refunfuño
en su cólera creciente
mostraba el cerrado puño
á los que estaban enfrente.
—"Yo por el colmillo escupo
y mato á Dios si le atrapo......
¿Quién me chista?"—Y uno del grupo
le contestó:—"yo soy guapo!"
—Pues venga esa mano hidalga,
y que se encomiende á Dios,
dijo el rufian, el que salga
estando juntos los dos.



A VARELLE

QUI EST-ELLE?

On dit que Monsieur le *noble*,
Celui qui parle beaucoup
Vient de subir un fort coup,
Un coup à baton de *roble;*
Et le monde demande en suite
En presence de la querelle
Qui est qui est la maudite?
Dis nous, donc, charmant Varelle
Qui est-elle?

—

On t' a frappé! Mais, pour quoi?
—Parce que, selon on dit
Ta comptesse, qui est jolie,
Voulait faire du bruit, ma foi!
Et le monde demande bien vite
En regardant bien la belle,
Qui est cette femme d'élite
Qui demeure avec Varelle?
Qui est-elle?

—

C'est une femme bien aimable
Qui n'a jamais été sotte;
Si elle n' est pas une cocotte
Il n' y a rien de plus semblable.
Sa beauté l'amour excite
Car elle est douce comme le miel,
(Il y a bien qui le crédite)
Dis nous donc, cheri Varelle,
Qui est-elle?

Oh ! que le monde est mechant !
Sais tu donc ce que l'on dit ?
Que tu l'amènes ici
Pour en faire cadeau *au Sultan.*
Elle pour toi bien s'en acquitte
Etant un parfait modèle
Dont tout jeune–homme solicite
Un sourire......Dis donc Varelle,
Qui est–elle?

—

Oh ! Quel malheur ! Ton visage
A la marque d'un soufflet,
D'un coup qui te fait penser
A partir ! Affreux voyage !
Effrayé, tu prends de suite,
Avec la comtesse belle
Bien honteusement la fuite,
Sans nous avoir dit, Varelle,
Qui est–elle !

1874



AL RETRATO DE MI PADRE

Retrato de un sér querido,
Imagen de un sér que fué,
De un sér que jamás olvido,
Cuyo recuerdo es mi fe......
¡ Sólo esto queda ¡ Dios santo !
De aquel que vida me dió,
De aquél que enjugó mi llanto
Y mis pasos dirigió......
Tras breve ausencia, un vacío
Hallé, insondable ¡oh dolor!
Brotad, corred llanto mío,
Llanto de filial amor.
En el instante supremo
En que la vida animal,
Tocando al límite extremo
Da paso á la espiritual;
En la hora en que vencida
La materia, hija del suelo,
Quiere escaparse la vida,
Va el alma á subir al cielo,
Tu voz triste, fatigada,
Llama con afán prolijo
A los tuyos......tu mirada
Incierta busca á tu hijo.
Y todos cercan el lecho
Entre lágrimas de amor,
Sintiendo dentro del pecho
El incendio del dolor.
Y entre todos esos seres
Tu mirada mustia oscila......
Llamas solícito, inquieres......
Vierte llanto tu pupila.

"Y mi hijo tan querido—
Exclamas—¿ Dónde está? ¿ Dónde?
¿ Por qué, por qué no ha venido?
¿ Por qué, por qué no responde?"
Huyó de sus patrios lares
Lleno de amargos enojos,
Llena el alma de pesares,
Llenos de llanto los ojos.

Lejos le llevó la suerte
Y vaga en la inmensidad,
Sin sospechar que la muerte
Va á dejarle en orfandad.
Padre mío, espera, espera!......
Mira mi honda aflicción!......
Una palabra postrera!......
Tu última bendición!......

Mas ah! Se extinguió tu vida!
Marchaste del cielo en pos
Sin darme tu despedida,
Sin oír mi último adiós.
Indecible angustia siento
Que nada en el mundo calma:
Parece un remordimiento
Que pesa sobre mi alma.

Tras larga ausencia un vacío
Hallé insondable ¡ oh dolor!
Brotad, corred llanto mío,
Llanto de filial amor.
Tu imagen es cuanto queda
De tu paso por el mundo;
Un lienzo en que ya se hospeda
Del tiempo el signo iracundo.

Sólo esto queda ¡ no hay duda!......
De un cuadro en la tela densa
Una boca que está muda,
Una frente que no piensa;
Labios que cerró la muerte,
Ojos que ven sin mirar,
Una imagen siempre inerte......
¡Quién la pudiera animar!

Nó, padre, de tu existencia
Me queda aún, algo más:
Yo siento aquí tu presencia,
Siento que á mi lado estás.

Me queda tu santo ejemplo,
Me queda la inmensa suma
De virtud que tornó en templo
El hogar que ella perfuma.

En santo recogimiento
Mirando tu faz amada,
En el alma ¡oh padre! siento
El poder de tu mirada.

Retrato de un sér querido,
Imagen de un sér que fue,
De un sér que jamás olvido,
Cuyo recuerdo es mi fe.

Admirable semejanza
En tí produjo el artista
Que honor en el mundo alcanza
Y alto renombre conquista;

Mas ¡oh padre! si al copiarte,
Del triunfo alcanzó la palma,
No pudo llegar el arte
A copiar la faz de tu alma;

Que al espíritu, belleza
Impalpable como aquel
Que creó toda grandeza,
No llega humano pincel.

Ráfaga de luz divina
Desciende sobre tu rostro
Que tu mirada ilumina,
Y absorto ante ella me postro.

Y así postrado de hinojos,
En santo éxtasis de amor
Recibe mi alma el fulgor
Beatífico de tus ojos.

Creo entonces que me amas
Como me amaste en el suelo,
Y que amoroso me llamas
A tu morada del cielo.

Padre mio, espera, espera!......
Mañana estaré contigo
En la beatífica esfera
Donde moras...... Ya te sigo!



LA VUELTA AL HOGAR

—

I

Dios bendice mis afanes,
Dios proteje mi morada
Do el milagro de los panes
De nuevo hace su mirada,
Su mirada paternal:
Y es mi casa templo santo
De afecciones, de paz pura,
Blando nido, dulce encanto,
Paraíso de ventura
De ventura terrenal.

—

Amanece ! Dejo el lecho,
Y hacia arriba y hacia abajo,
Diligente, sin despecho
Corro ansioso: del trabajo,
Del trabajo voy en pos.
Sí, me duele; mas me alejo
Presuroso. Me separo
De mis hijos. ¡ Ay! Los dejo
Bendecidos al amparo,
Al amparo de mi Dios.

—

¿"Ya te marchas?"—"Hija mía,
Soy muy pobre...... Dios lo quiso."
—"¿Y es por eso que en el día
Tú nos dejas?"—"Es preciso
Es preciso trabajar!"
—"Adios hijos" ay! murmuro,
Apartando dulces redes
De cariño tierno, puro,

Que me guardan las paredes
Las paredes de mi hogar.

II

Entre angustias corre el día,
Pienso en ellos, pienso en ella;
En mis hijos, mi alegría,
En su madre que es mi estrella,
Que es mi estrella tutelar;
Y del hombre la injusticia
No quebranta mi firmeza:
Ah! del mundo la malicia
No me causa ni extrañeza,
Ni extrañeza ni pesar.

—

La soberbia de algún necio
No me enciende nunca en ira.
¿Me desprecia?—¡Le desprecio!
No lo miro, si me mira,
Si me mira con desdén;
Y deploro su extravío
De qué presa son ay! tantos!......
¿Qué me importa su desvío,
Si no altera los encantos,
Los encantos de mi Edén?

—

Si él injuria mi pobreza,
En mi orgullo no me humilla:
Yo desprecio la riqueza
Cuyo origen es mancilla
Es mancilla del honor.
Hijos, honra!...... ¡Qué tesoro!
Y ¿soy pobre?...... ¿Quién lo dijo?
¿Cuáles minas dan en oro
Lo que vale cada hijo,
Cada hijo de mi amor?

III

Es la tarde. Vuelvo á casa
Donde encuentro paz, reposo:
Sus umbrales no traspasa
El volumen ponderoso,

Ponderoso del pesar;
Que aguardando mi salida,
Las angustias allí quedan,
Pues las penas de la vida,
Si me asaltan, no se hospedan,
No se hospedan en mi hogar.

—

Si la suerte sopla brisa
De amarguras en mi alma,
Vuelto á casa, la sonrisa
De mis hijos borra, calma,
Borra, calma mi dolor;
Que en el templo bendecido
De delicias donde moro,
Penas, males. todo olvido,
Todo, menos el tesoro,
El tesoro de mi amor.

—

Mis muchachos á mi encuentro
Salen locos de alegría!
¡ Qué algazara cuando entro
Trás la ausencia de aquel día,
De aquel día de labor!
Y tras ellos ¡ ah! me espera,
Y aquel grupo ve, indecisa,
Mi amorosa compañera
Que me ofrece la sonrisa,
La sonrisa de su amor.



EL AMOR DE LOS AMORES

—¿ Estás triste, niño ?—Sí.
—¿ Y lloras ?—Ay ! sin consuelo.
—¿ Y qué causa tu desvelo ?
—La soledad, ay de mí !
—Pero no estás solo, niño;
Tienes padre que te adora
Y que conmovido llora
Por tí, de tierno cariño.
—Sí, mas en mi alma rebosa
Siempre el amargo tormento,
Y no estoy nunca contento
Porque me falta una cosa.
—¿ Qué cosa, niño ?—Un afecto......
—Todos los tuyos te aman
Y todos ellos te llaman,
Niño, hijo predilecto !
—Es verdad, pero no calma
Mis tristezas tal cariño......
—¿ Y qué más quieres tú, niño ?
—Otro amor quiere mi alma.
—¿ Y no tienes á tu padre
Cuyo amor es tan profundo ?
—Ah ! Yo estoy solo en el mundo
Porque me falta mi madre
A quien siempre echa de menos
Mi huérfano corazón
Que cariño y protección
Tiene que buscar, agenos.
—Llora, entonces, los rigores
De la suerte, hermoso niño,
Que es de una madre el cariño
El amor de los amores.

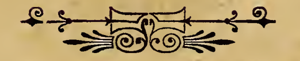
A ELLA

—

Por más que me desaires,
Siempre te quiero;
Por más que me aborrezcas,
Por tí me muero;
Que mi cariño
No es frágil como el tuyo,
Muere...... conmigo.

—

¿Qué importa que á otro hombre
Llames tu dueño?
Él tiene tu cariño,
Yo...... tu recuerdo
Recuerdo dulce,
Impregnado en mi alma
Como un perfume.



EN UN ALBUM

(1859)

Me pides, amiga, un canto
Cuando á mi alma ha entristecido
Negro duelo
Y el corazón afligido
Vierte amarguísimo llanto
Sin consuelo.

Pídeme, más bien, amiga,
Que lágrimas sin recelo
Vierta á mares,
Porque el llanto es un consuelo
Que atenúa, que mitiga
Los pesares.

Ay! De mi pobre existencia
La flor de las ilusiones
Veo trunca;
Para siempre, adiós canciones,
Llorar debo en mi dolencia,
Cantar, nunca!

En otros tiempos de amores,
Porque era amado y amaba
Con delirio,
Alegre siempre cantaba
Sin conocer ni rigores,
Ni martirio.

Divisaba en lontananza
Un porvenir esmaltado
De mil flores;
Y entonces, porque era amado,
Me inspiraban esperanza
Mis amores.

—

Una hermosa que adoraba
Puro amor, amor eterno
Me ofrecía.
Con acento dulce, tierno,
Adoración me juraba,
Mas......mentía.

—

Esa hermosa tan amante
Que era el solo pensamiento
De mi vida,
Olvidó su juramento,
Falaz, voluble, inconstante,
Fementida.

—

La ausencia, el tiempo, el olvido,
Que se han sucedido en breve,
Me han probado
Que su juramento, leve
Cual ligera brisa ha sido,
Que ha pasado.

—

Al alma, de duelo agena
Era halago, era contento
Su presencia;
Y hoy su recuerdo es tormento
Que lentamente envenena
Mi existencia.

—

No me pidas, pues, un canto
Cuando á mi alma ha entristecido
Negro duelo
Y el corazón afligido
Vierte amarguísimo llanto
Sin consuelo.

RECUERDOS DE MATURIN

—

En las lejanas, ricas regiones
Que del oriente dan al confín
En cuyo cielo nunca hay crespones,
Donde Natura muestra sus dones
Se ostenta el pueblo de Maturín.

—

Todo allá encanta, la cumbre, el suelo,
Los verdes prados que dora el sol,
Las gayas aves de fácil vuelo,
El azul limpio del claro cielo
Y el vespertino lindo arrebol.

—

De allá de Oriente la fértil tierra
Jamás abono necesitó ;
Que así en el llano, como en la sierra,
Y en la paz dulce, como en la guerra,
Opimos frutos próvida dió.

—

Ah ! Quién pudiera tornar muy luego
Al del Oriente bello confín,
Donde el sol brilla con luz de fuego,
Donde se goza dulce sosiego,
Donde Natura formó un jardín !

—

En sus llanuras, de arbustos llenas,
En que se anidan pájaros mil,
Está el producto de las faenas :
Ellos compensan las duras penas
Con hoja rica que da el Abril.

A la mirada que á ver se atreve
La interminable vasta extensión
Sólo se ofrecen motas, cual nieve,
Que blandamente la brisa mueve
Y que dispersa recio aquilón.

—

No lejos crece de algún trapiche
El verde y fresco cañaveral,
Y á las orillas del Guarapiche
Se alza elegante palma moriche,
Débil juguete del vendabal.

—

La fértil tierra que dejo dicha
También produce muchachas mil,
Hermosas todas; mas la guaricha,
En cuyos ojos está la dicha,
Es la belleza pura, gentil.

—

Vedla en los campos! Bajo el totumo
Unas con otras vienen y van
Y en las hogueras, que vierten humo,
Cuecen alegres yuca y ocumo,
De la natura sabroso pan.

—

Mirad el indio! No es el trabuco,
Ni es el revólver su arma habitual;
Que ya en el rancho, ya en el conuco,
Vistiendo siempre corto guayuco,
Lleva á la espalda flecha mortal.

—

Unos y otros al pueblo llegan
Con pintas varias sobre la piel;
Hablan, accionan, gritan, alegan,
Tocan sus gaitas, cantan y juegan......
Oh! Qué alegría! Cuánto tropel!

—

Usan las indias collares rojos
Que con pionías forman muy bien;
Y de las aves con los despojos
De color vario, grato á los ojos,
Guirnaldas tejen para la sien.

Es sorprendente su vestidura
Que basta apenas á su pudor,
Tan corta y fácil, que no tortura
De los encantos de la natura
El codiciado rico primor.

—

Alegres cantan, bailan y brincan
De sus carrizos al raro són,
Y en sus tocatas orgullo fincan;
Luego se paran, y todos hincan
Una rodilla pidiendo un dón.

—

Al ver al indio con tales trajes,
Pintado el cuerpo con arrebol,
Corriendo siempre por mil parajes,
Aves flechando, que son sus gajes,
Libres viviendo bajo del sol,

—

Seguirle ansío! Pienso que goza
En vivir lejos de la ciudad
Con cuyas leyes jamás se roza;
Pienso que libre vive en su choza,
Y me da envidia su libertad!

—

Indio, que vives siempre apartado
Y que á tu lujo basta el barniz
Con que tus miembros has dibujado,
¿Cuándo estás triste? ¿Cuándo has llorado?
Tú nunca lloras! Eres feliz!

—

Ah! Quién pudiera tornar muy luego
Al del Oriente bello confín
Donde el sol brilla con luz de fuego,
Donde se goza dulce sosiego,
Donde natura formó un jardín!



EL SANCOCHO

—

Tributen alabanzas al guisado
A los fritos, sardinas y jamones,
Los que nunca otras cosas han probado
Que chorizos y rojos salchichones.
Bendigan en buen hora el estofado
Las pandillas de malos comilones,
Que yo tengo mi lengua, no soy mocho
Para cantar las glorias del Sancocho.

—

Escabeches, adobos y mondongo,
Olletas, embuchados y judías
Son cosas que en mi mesa nunca pongo,
Sino así...... cada veinte ó treinta días.
Jamás permita Dios que coma hongo;
Ni que toque una trufa mis encías;
Yo prefiero á diez fritos y á diez y ocho,
Un platito, no más, de buen Sancocho.

—

Si de Sancocho un plato alguno empina,
Seguro estoy de que hasta el plato lame;
Y si al Sancocho agrégase cecina,
Cambures, apios, plátanos y ñame,
Y pechugas y muslos de gallina,
No habrá quien entusiasta no proclame
Que si es espiritual el Niño Atocho
Milagros hace y muchos el Sancocho.

Alimento como él no habrá que entone
El sistema que se halle en grado bajo,
Que el Sancocho eficaz siempre repone
Las fuerzas que gastó tenaz trabajo;
Y sobra en todas partes quien lo abone
Enalteciendo el bien que al mundo trajo,
Y quien diga que crece el que es topocho,
Si acostumbra nutrirse con Sancocho.

—

Llamad á un pobre viejo tembloroso,
Trémulo al soplo del helado cierzo,
Un viejo octogenario y achacoso
Que andar no puede sin mortal esfuerzo;
Ofrecedle de un modo cariñoso
Un plato de sancocho por almuerzo,
Y el viejo inútil, descarnado y chocho
Vereis robustecer con el Sancocho.

—

Ved al peón que en el robusto lomo
Conduce dos fanegas de cacao;
No se encorba jamás, ni por asomo,
Y es capaz de llevarlas á Bilbao,
Porque son sus pulmones cual de plomo,
A fuerza de comer, no bacalao,
Sino sólo un pedazo de biscocho
Y un suculento plato de Sancocho.

—

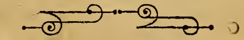
El manjar exquisito que yo canto
Es invención sublime del talento;
Mis ojos verterán amargo llanto
Si me llega á faltar por un momento.
Nunca ¡oh Dios mío! me abandone el santo,
El que has bendito, único alimento,
Ni me falte jamás, aunque sorocho,
Un plátano en mi olla de Sancocho.



FELICITACION

(Á S. G.)

Niña de trenzas bellísimas
Que el ébano atrás dejaron,
La de la mirada eléctrica
Que llena el alma de encantos,
La de ojos que son un piélago
De amor, que despide dardos
Que en el corazón más tímido
Producen mortal estrago;
Niña de boca de púrpura
Formada por rojos labios
Tras los cuales se ven mínimos
Uniformes puntos blancos;
Niña de cara simpática,
Niña de cuerpo gallardo,
Niña de elevado espíritu,
Niña de talento raro,
Niña como son los ángeles,
Niña de niñas dechado
Cuyos atractivos múltiples
Me hacen deplorar mis años......
Felicidades sin término
Concédate el Dios cristiano,
Y el porvenir bello, espléndido
Te brinde placeres varios.
Lleno de alegría insólita,
Lleno de loco entusiasmo,
Saludo cordial envíote
Con motivo de tu santo.



EN UN ALBUM

—

La tristísima violeta
Que aquí en mi pecho prendiste,
En tanto que la tuviste
De menos no echó el pensil;
Mas al salir del abrigo
De su bellísima hermana
Exhaló en breve mañana
Su aroma puro y sutil.



EN EL ALBUM

DE LA INTELIGENTE NIÑA INÉS CONSUEGRA

—

I

Ay! Tristeza
Padecía:
Yo sentía
Muy cruel
De honda pena
Dura carga,
Más amarga
Que la hiel.

—

Ay! Suspiros
Daba el alma
Por la calma
Que perdió,
Y pedía
Paz al cielo
Que consuelo
Le negó.

—

En mi triste
Desvarío
Hacia el río
Loco fuí,
Y á lo lejos,
Cual un ave,
Blanca nave
Venir ví.

Lindo cisne
Me parece
Que se mece
Para andar,
Extendiendo
Como galas
Blancas alas
Sobre el mar.

—

Ah! Las nieblas
Ya la ocultan,
La sepultan
Sombras mil;
No se miran
Sus entenas......
Se vé apenas
Su perfil.

—

En las sombras
Lenta avanza
Do no alcanza
Luz de gas.
Ya la noche
Todo abarca......
De la barca
No ví más.

II

Aquí en la soledad de mi existencia
Sin un placer que mis angustias pague,
Sin un amor que mi esperanza halague,
Sin un amigo cariñoso y fiel,
A mi aislamiento procuré consuelo,
Alivio quise dar al dolor mío;
Y todo fue quimera y desvarío,
Todo, ilusión que se borró al nacer.

—

Tal fue mi suerte siempre. Siempre airada,
Nubló mis esperanzas lisonjeras;
Ella me trajo á playas extranjeras,
Hiriendo sin piedad mi corazón.
Tal fue siempre la suerte que hoy me roba
Las gracias de una niña que yo adoro
Como adora el avaro su tesoro,
Cual se adora la luz en la prisión.

—

Yo confundo en un solo sentimiento
Mi amor hacia mis hijos y hacia ella:
Mis luceros son ellos y ella, estrella
Que ilumina mi triste soledad.
Recogiendo sus célicos fulgores,
Va á eclipsar las estrellas de otro cielo,
Va á eclipsar las bellezas de otro suelo
Dejándome en profunda oscuridad.

III

Causar lástima no quiero,
Ni menos, causar enojos:
Séquese el llanto en los ojos,
No más tono plañidero.

—

Dejemos el llanto á un lado!
A la espalda, Jeremías,
Que llorar todos los días
Es asunto muy cansado.

Vamos con serena frente
A tratar del viaje, Inés!
—¿Llegó ya la barca?—Pues!
—¿La "John Boulton"?—Ciertamente.

—

Cuánto te envidio! Quisiera
Tener alas como el viento;
Iría en todo momento
Tras de tu barca velera.

—

Quisiera ser cual la bella
Voladora y ágil ave,
Para seguir tras la nave,
Sólo porque vas en ella.

—

Quisiera......¿qué más? ¿qué más?
Quisiera ser fuerte y ágil,
Para nadar tras la frágil
Carabela en que te vas.

—

Si de brisa perfumada
La forma tomar pudiera......
Tantas cosas ser quisiera
Que al fin soy lo que soy......nada!

—

Pero ello es que soy tu amigo
Y que tu partida siento......
Tú te vas, y yo lamento
No poder irme contigo.

—

Triste estoy porque te alejas......
¿Cuándo es la marcha?—Muy pronto.
—Y yo lloro como un tonto
Porque te vas y me dejas!

—

—"Adiós!"—¿Y así te despides
Con un "adiós" liso y llano?
—Pues bien, aquí está mi mano,
—Que yo aprieto. No me olvides.

Y dí, de amistad en gaje
¿ No me das, querida Inés,
Un abrazo ó dos ó tres ?......
—¿ Por qué nó ?—Gracias ! Buen viaje !

New York : Diciembre 1872.



LA VERBENA

—

I

Eran muy cortos mis años,
Unos nueve ó diez apenas:
Muchos otros han pasado
Y el corazón los recuerda,
Porque aquellos años viven
Cual luceros que no menguan
Cuyo brillo blanco y puro
Traspasa la oscura niebla.
Grata, tranquila memoria
De la edad más dulce y bella,
Inextinguible perfume
De la edad de la inocencia!

II

Andaba entonces el tiempo,
A mi pesar, con pereza,
Y al alma daba congojas
Su marcha pesada y lenta.
¡Oh tiempo! ¡Cuánto has mudado!
¡Quién detenerte pudiera!
¿Por qué á mi pesar, ahora
En vez de andar corres, vuelas?

III

¡Cuánto amaba yo las flores
En aquella edad risueña!
No sé por qué prefería
Entre todas, la verbena.
¡Qué color el de sus hojas
Al aura tibia entreabiertas!

Sediento aspiraba el aire
Impregnado de su esencia;
Y en vano buscaba, ansioso,
Flores que fuesen más bellas,
Y perfumes que igualaran
Al olor de la verbena.

IV

Así, cuando una mañana
Yendo yo para la escuela,
Hallé en la calle á una niña
Que de cortos años era,
Lánguida, cual tierno lirio,
Linda, cual blanca azucena,
Dulce, cual rosa temprana,
Pura, cual triste violeta,
Sentí que á mi alma se unía
Una simpática hebra
Que acortaba la distancia
Y me arrastraba hacia ella,
No porque en mi alma labrase
Su rara gentil belleza,
Sino porque ella exhalaba
El olor de la verbena.

V

Adiós, libros que aprendía,
Sin entenderlos siquiera!
Adiós, planas de escritura!
Adiós, pizarra de cuentas!
Todo quedó en abandono,
Todo olvidado en la mesa,
Que en estudios no pensaba,
No pensando más que en *ella;*
En ella, que me embriagaba
No tanto con su belleza,
Como con su dulce aliento
Impregnado de verbena.

VI

Fuí á su casa, cuya entrada
Halló mi cariño abierta,
Y allá siempre me ofrecían
Caramelos y conserva;

Y amores dulces tuvimos,
Por más que extraños parezcan
Los amores de dos niños
Que van aún á la escuela.
Y era mi anhelo constante
Estar á su lado, verla;
Por eso iba yo á su casa
Con pueril tenaz frecuencia,
Y juntos, hora tras hora,
Pasábamos en la huerta:
La huerta era el paraíso,
Y ella, diminuta Eva.
Y corriendo alborozados
Por la variada floresta
Cojíamos sin descanso
La flor que á mí más me alegra;
Así el tiempo se escapaba,
Yo, dominado por ella,
Y ella, toda ella, impregnada
Del olor de la verbena.

VII

Oh dolor! Fuí á verla un día......
¡Qué desgracia tan acerba!
El recordarlo me causa
Aún profunda tristeza.
La hallé vestida de gala
Para asistir á una fiesta,
Linda, más linda que nunca,
Más que nunca, hermosa y bella;
Pero sin la grata atmósfera
En que la hallé la primera
Vez que la ví yo en la calle
De marcha para la escuela.
Ay! Estaba en aquel día
En otro perfume envuelta,
Si exquisito, menos puro
Que el de mi flor predilecta.
Sentí vértigos horribles
Que helaron mi pasión tierna,
Y sentí en aquel instante

Rabia invencible hacia ella,
Y pesar sentí en el alma
Y en el corazón, tristeza,
Y las lágrimas me ahogaban
Y enmudecí en su presencia.
Ella notó mi desvío,
Y vió, sin duda, mi pena,
Y leyó, tal vez, mi angustia
En mi palidez extrema.
—"¿Qué tienes?"—sonriendo dijo
Su boca, nido de perlas.
"¿No me amas ya?"—Nó! la dije,
Ya no hueles á verbena.



LA COPA DE PLATA

—

A LA SEÑORA ANA ESPINAL DE GATHMANN, CON MOTIVO DEL VIGÉSIMO-QUINTO ANIVERSARIO DE SU MATRIMONIO

I

Toda amor, toda ternura,
La esperanza en el Dios fuerte,
A un hombre una virgen pura
Árbitro hace de su suerte,
Toda amor, toda ternura.

—

Coronada de azahar
Que enaltece su belleza,
Va con él al sacro altar,
Y allí brilla su pureza,
Coronada de azahar.

—

Después del púdico sí
Que ella pronuncia ante Dios
Y él oye con frenesí,
Son *uno sólo* ellos dos
Después del púdico sí.

—

Al salir del templo santo
La niña, que es ya la esposa,
Empaña súbito llanto
Su mirada candorosa
Al salir del templo santo.

—

Secreta inquietud la agobia,
Algo triste oprime el pecho
De la venturosa novia;
Al dejar su caro techo
Secreta inquietud la agobia.

—

Llevada por el amor,
Ay! de los suyos se aleja
Presa de vago temor;
Padre, madre, hermanos deja,
Llevada por el amor.

—

Se va sola con un hombre
A quien siempre debe amar
Y cuyo nombre es su nombre;
Lejos del paterno hogar
Se va sola con un hombre.

—

"Adiós, padre! Madre, adiós!"
Dice con sentido acento,
Y va de la dicha en pos,
Diciendo á cada momento
"Adiós, padre! Madre, adiós!"

II

En una casa pequeña,
Paraíso en miniatura
La joven esposa sueña
Con la celeste ventura
En una casa pequeña.

—

Es muy pequeña la casa,
Si ha de medirla el ardor
En que la novia se abrasa;
Para tanto, tanto amor,
Es muy pequeña la casa.

—

La niña reciéncasada
Vive respirando amor
Que rebosa en su mirada,
Y libre está de temor
La niña reciencasada.

—

El novio y la novia bella,
Llenos de confianza en Dios
Van dejando hermosa huella
De virtud ambos á dos,
El novio y la novia bella.

—

Un mes tras el otro mes
Pasa, y trascurren los años,
Y él rendido está á sus pies
Sin temor á desengaños
Un mes tras el otro mes.

—

Por premio á tanto cariño
Bendice Dios esta unión,
Y un niño tras otro niño
Les da con su bendición
Por premio á tanto cariño.

—

Él, que bondades dispensa
Innumerables, prolijas
Al que siempre en su amor piensa,
Les da ángeles por hijas,
Èl, que bondades dispensa.

—

Aquella casa es ejemplo
De virtud, de amor leal;
Aquel hogar es un templo
De amor: de amor conyugal
Aquella casa es ejemplo.

—

Sacerdotisa inspirada
De ese templo es la mujer
Que fue, de niña, educada
En la virtud, para ser
Sacerdotisa inspirada.

III

Cinco lustros felices han pasado
Como pasa un instante de ventura,
Y resplandece aún la llama pura
Del amor que dos almas ha abrasado;
Y el Tiempo, que en su curso acelerado
Va hiriendo todo, con su mano dura,
Ha sentido el poder de esa ternura,
Y tan profundo amor ha respetado.
Nó de flores, efímera diadema
Merece la pareja enamorada
Que conserva de amor rico tesoro;
Sus virtudes reclaman otro emblema,
Nó la argentina copa celebrada,
Sino la copa de diamante y oro.

7 de Diciembre de 1876.



UN PEQUEÑO POEMA

—

Un beso

—

(PARA UN ALBUM)

¿Cuándo no fue para nuestra alma, amena
Una historia de amor, aun siendo agena?
Campoamor.

I

Amor es Dios! Así lo significa
El universo entero que él fecunda:
Sus gérmenes dilata y multiplica,
Y la vasta extensión de vida inunda.
Es el amor universal concierto
Que cantan sin cesar los seres todos,
Qué puebla de armonías el desierto
Y llega al corazón de varios modos:
El lazo misterioso con que ha unido
El Divino Hacedor los varios mundos,
Desde el astro, en el éter suspendido,
Hasta los roncos mares iracundos;
Inclinación del alma hacia lo bello,
Soplo de Dios que el corazón anima,
Divina esencia, vívido destello
Que exalta nuestro sér y lo sublima.
El amor hacia Dios eleva al hombre,
Que el amor lleva á Dios, de donde emana:
Nada hay más ideal que tenga nombre
En la vasta y sonora lengua humana.
Sin amor ¿qué es la vida? Hondo vacío,
Desierto donde el sol la faz no asoma!
El hombre sin amor es un impío,
La mujer sin amor, flor sin aroma.

A la atracción de amor un mundo cede;
Y los mundos ¿ qué son, sino sus rastros ?
Nada á su influjo sustraerse puede,
Ni el hombre, ni las plantas, ni los astros.

II

Y por eso una niña ¡ oh Dios, tan buena !
En la humilde cabaña donde mora,
Siente de amor la irresistible pena,
Y si quiere reír, suspira y llora.
Voy á contarte la sencilla historia
De amor de esa purísima doncella,
De su feliz hogar, encanto y gloria,
De su tranquilo hogar, brillante estrella;
Que al corazón, aun cuando extraña sea,
Toda historia de amor encanto brinda;
Y si gusta la historia de una fea,
¿ No habrá de interesar la de una linda ?

III

No lejos de las márgenes del Guaire,
En medio de zarzales y de mijo,
Vivía con su madre en un cortijo
La dulce niña de gentil donaire.
Nada allí más gentil la vista abarca,
Con lo cual decir quiero que es la niña
La más dulce beldad de la campiña,
La más linda mujer de la comarca.
Descuella entre otras chicas la trigueña
Como descuella en el jardín el nardo,
Y más de un amador rico y gallardo
Con el amor de la muchacha sueña.
Dulzura! Así la llaman los vecinos
Que el cortijo frecuentan cada hora,
Porque vaga sonrisa encantadora
Sin cesar en sus labios purpurinos.

IV

Frente á la casa de Dulzura el prado
Alegre alfombra de verdor dilata;
Allí se aspira ambiente perfumado,
La luna extiende allí su luz de plata.

Bañados de esa luz, brazo con brazo,
Vienen y van Dulzura y un amigo.
¿Qué se dicen los dos?......Hablan de un plazo.
¿Quieres oír? Pues mira, ven conmigo.
—"Repítelo, alma mía."—"Sí, te amo."
—"Y cuando vuelva la estación florida
¿Acudirás puntual á mi reclamo?"
—"¿Y lo dudas?"—"¿No habrá quien te lo impida?"
Ella sonríe con amor...... suspira......
—"¿Y no me olvidarás?"—"Oh nunca, nunca!
Caiga primero sobre mí la ira......"
Se alejaron...... La frase quedó trunca.

V

Sentada en un sillón de antigua hechura,
Los tristes, dulces ojos hacia abajo,
La niña ha interrumpido su trabajo
Y olvidado su cesta de costura.
Inmóvil permanece y cabilosa;
No acierta á dar puntada: ¿qué sucede?
Quiere seguir la obra, mas no puede,
Y su madre la observa silenciosa.
Con mano torpe asaz la aguja enhebra,
La introduce en la tela y la retira;
Se queda absorta, estática...... suspira,
Y va á meter la aguja y se le quiebra.
Poco después, cual si tuviera miedo,
Se muestra inquieta, aparta el lienzo rico;
Va á devolver la aguja al acerico
E hincándola al revés se pincha el dedo.
Y el líquido carmín el dedo baña,
Y una gota con otra más se agrupa;
Lleva el dedo á los labios y lo chupa,
Y chupándose el dedo lo restaña.
¡Cuán triste está! ¿Por qué tan pensativa?
¿Por qué vela su rostro nube densa?
Una joven tan joven ¿en qué piensa?
¿Por qué corre esa lágrima furtiva?
La madre, al verla así, dice: ¿No puedo
Dulcificar la pena que devoras?
Hija mía ¿qué tienes? ¿por qué lloras?
—Madre del alma......tengo herido un dedo.

VI

Muy eerca del cortijo de Dulzura,
Así, como á dos cuadras de distancia,
Vive Beatriz, que quiere con ternura
A su vecina, amiga de la infancia.

Ella es también portento de hermosura,
De belleza á que el mundo da la palma;
Mas no con la belleza de Dulzura,
Que hablando al corazón, subyuga el alma.

Ella es la confidente en sus amores
Tan puros cual del sol los tenues lampos,
Tan castos como son los de las flores,
Tan dulces como el aire de los campos.

Ellas dos entre sí conversan mucho;
La una con frecuencia pasa el día
Con la otra en su mínimo cuartucho,
Y ésta á aquella sus lágrimas confía.

¿Qué se dicen las dos cuando se juntan?
—¿Lo viste?—Sí.—¿Te dijo?...—Que te quiere—
Y acerca de *él* mil cosas se preguntan,
Y Dulzura entre lágrimas se muere.

Que así son las muchachas, con certeza!
¿Habéis visto cuando ellas se enamoran?
¿El novio no las quiere?—¡Qué tristeza!
¿Las quiere mucho el novio?—¿Por qué lloran?

Dulzura, hablando de él derrama llanto,
Ríe Beatriz, que siente de otro modo;
Y las madres de entrambas, entre tanto,
Fingiendo no saber, lo saben todo.

VII

Hablaba con Beatriz un mozo apuesto
Una tarde serena de verano;
Él, atrevido, le cogió una mano,
Y ella feliz, le dice: "Suelta, Ernesto"......

Mas Ernesto no oye; está extasiado
Contemplando la faz de la doncella:
—Que me sueltes, te digo, dice ella
Con voz en que el placer está pintado.

Él la mano abandona; mas muy luego
Nuevamente la estrecha.—¿Te disgusta
Que así tu mano apriete?—No! Me asusta!
—¿Me la dejas besar?...... Yo te lo ruego!......

Y á pesar de Beatriz, llevó á su labio
La mano diminuta y delicada;
Y ella quedó confusa, y tan turbada,
Que no pudo saber si era un agravio;

Y la madre llegó cuando aun vibraba
En el espacio el sonoroso beso......
No pudo ver, mas preguntó ¿qué es eso?......
Y el silencio explicó lo que pasaba.

Miró á entrambos la madre en són de riña,
Pálido aquel, aquella medio muerta;
Alzó una mano y señaló una puerta
Y por la puerta se escapó la niña.

VIII

Está solo el doncel con la matrona
Cuya faz cubre palidez de muerte,
Él sus escusas con temor entona
Y ella, altiva, le dice de esta suerte:

"¿Es Dulzura la amada ó es mi hija?"......
Y nada pudo contestar el mozo:
Y ella añadió: "Preciso es que se elija
La ofendida"—"Muy bien"—Se oyó un sollozo!

Y aquel sollozo de Beatriz, que oía
Desde la alcoba, lo que allí se hablaba,
Al doncel conmovió; que la quería,
Al mismo tiempo que á Dulzura amaba.

La suerte quiso que se oyera el beso,
Y el beso fue de consecuencias tales,
Que en pro de la besada bajó el peso,
Que es siempre un beso precursor de males.

¿Nadie lo oyó? No es raro que suceda
Que el silencio preserve á la obsequiada;
¿Nadie lo supo? Bien!......La mancha queda:
La que besada fue, quedó besada.

Hay quien diga que un beso es poca cosa
Y así lo afirma el pretendiente ducho
En las lides de amor. ¿Lo dió la hermosa?
Fue que creyó dar poco, dando mucho.

IX

Poco después en la parroquia el Cura
Casó á Beatriz con el doncel Ernesto;
Y una enlutada que está allí murmura
Entre angustias: "Mi Dios, mi Dios, ¿qué es esto?

X

Cuentan que el novio dijo: "Oh suerte negra"
Una vez en su casa de regreso,
Y que viendo á hurtadillas á la suegra,
Murmuró á media voz: "Maldito beso."

XI

Y Dulzura, entre tanto, morir quiere,
Y en lloro inconsolable se desata;
Quiere morir ¡la pobre! mas no muere,
Pues es sabido que el dolor no mata.

XII

Dulzura ¿dónde está tu antigua calma?
¿Por qué tan triste estás á todas horas?
¿No tienes á tu madre?......¿Por qué lloras?
—Madre adorada......Tengo herida el alma!

XIII

Por eso aquella niña ¡oh Dios, tan buena!
En la humilde cabaña donde mora,
Sintiendo del amor la aguda pena,
En vez de sonreír suspira y llora.

Y un hombre que la quiere, como á hija,
Mirándola sufrir sufre con ella,
Y con tierno interés los ojos fija
En la pálida faz de la doncella.

EN EL CAMPO

Á MIS AMIGOS LOS SEÑORES FELICIANO PALACIOS Y RAMÓN HERNAIZ

I

—¿ Principiar un album nuevo ?......
—Comienza !—Pero......¿ qué digo ?......
—Dí que tú eres nuestro amigo......
—Pero......—Empieza !......—No me atrevo......

—Comienza, que hoy en el día
Escribe todo palurdo......
Cualquiera poeta zurdo
Hilvana una poesía......

Ah ! Siendo así, doy principio !
Diré pues...... —Lo que tú quieras.
—Hablaré de las quimeras
De Bello, entre ripio y ripio.

II

Bello lo dijo una vez,
Y sin duda lo creía,
Que aquel hombre no mentía
Como la gente soez.

Lo dijo Bello, en verdad,
Y todo el mundo lo cita :
" Ven al campo, el campo habita
Si amas la libertad."

No hay duda. El campo convida
Al amor, á la expansión :
Aquí goza el corazón,
Corre aquí feliz la vida :

Y al hombre no le sujeta
Convención ó ley tirana,
Que aquí es ridícula y vana
La exajerada etiqueta.

Aquí nada le restrinje
Y es cierta la libertad ;
Aquí brilla la verdad,
Que en el campo no se finje.

Brilla más pura en el campo,
Desde la cumbre á la falda
De estos montes de esmeralda
De la luz el primer lampo ;

Y la brisa corre libre
Entre el vergel, los olores
Robando á las lindas flores,
Al naranjo y al genjibre.

Brisa que la huerta invades
Y que en ella mansa giras,
No te infestan las mentiras
Que envenenan las ciudades !

La pintada mariposa
De tenues, lijeras alas.
Luce sus brillantes galas
Volando aquí entre las rosas ;

Girando en torno á las flores,
En luciente, inquieto enjambre,
Parecen motas de estambre,
De mil diversos colores.

Ved la vaca ! Prisionera
Viene hacia aquí : no resiste !
En su andar hay algo triste......
Llama al hijo, al hijo espera......

Madre, su tesoro encubre ;
Para su hijo lo esconde ;
Y al ver que cerca responde
Da ella la henchida ubre.

Pacen innúmeras greyes
En dilatado horizonte,
Y surcan el alto monte
Y el valle robustos bueyes.

Y el hombre, del grano en pos
Que le promete la tierra,
No está con el hombre en guerra,
Está más cerca de Dios.

III

Pero bah! Me ocurre un pero,
Y un pero es cosa muy seria:
Apuremos la materia
Aunque ello no valga un cero.

Todo cuanto Bello ha dicho
Acerca del campo es bello;
Pero se vé que hay en ello
Mucho, mucho de capricho.

Bello lo dijo, en verdad,
Y todo el mundo lo cita:
"Ven al campo, el campo habita,
Si amas la libertad."

Pero Bello, no lo dudo,
Al decir: "Al campo ven,"
No pensaba en el jejen,
No pensaba en el zancudo.

Él enaltece el cacao
Que en la jícara rebosa:
No hay almendra más sabrosa,
Dígalo si no, Bilbao;

Mas cuando el campo celebra
Aquel gran poeta, olvida
Que en las ramas, escondida
Está la aleve culebra.

Pondera del campo verde
La producción varia y rica
Y no ve el pullón, que pica,
Ni la culebra, que muerde.

Y canta *el maíz que hinche*
Para tí sabroso grano,
Y no piensa en el gusano,
Ni piensa en la hedionda chinche.

Y á bichos color de rábano
Llama carmín. Bien está!
Mas, cuidado no le da
El zumbón, pérfido tábano.

Yo diré sin que agravio haga,
Que en su hermosa poesía
Cubre él con ambrosía
El veneno de la plaga.

Nunca de admirar me canso
Del campo los libres potros;
Pero...... que los domen otros:
Yo quiero el caballo, manso.

También me encantan las vacas
Y el toro que las corteja;
Pero......¿fieras?...... Tras la reja
Del "Hipódromo Caracas."

Y no creáis que desdeñe
El rico néctar que brindan;
Pero quiero que lo rindan,
No porque yo las ordeñe.

Por estas y otras razones
Que de alta importancia juzgo,
Prefiero al campestre *musgo*
La alfombra de los salones.

IV

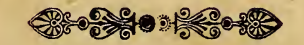
Y á pesar de cuanto he dicho
Con mi franqueza habitual,
Y no obstante tanto bicho
Que tiene el raro capricho,
Como el hombre, de hacer mal;

No obstante el tenaz zancudo
(Forma del remordimiento)
Que nada tiene de mudo,
Que asalta á cada momento,
Y contra el cual no hay escudo;

No obstante tanto pullón,
Tanto mosquito y gusano
Y tánto animal zumbón,
Con Feliciano y Ramón
Viviría mano á mano.

Sí, con ellos pasaría
En la hacienda de "El Ingenio,"
Alegre, no sólo un día:
Yo con ellos viviría
Un mes, un año, un septenio;

Pues si en el campo se encuentra
Plaga tanta, y tan impía,
Que hasta por los ojos entra,
En ellos dos se concentra
Todo cuanto hay de hidalguía.



LAS DOS PELUCAS

—

En cierto lugar había
Una hermosísima dama
Que llegó á alcanzar la fama
De bella cual querubín;
Y era, en efecto, muy linda,
Blanca como una azucena,
Con una voz de sirena
Y una boca de carmín.

Flexible era su cintura
Cual lirio que mece el aura,
Y entre las damas, Rosaura
Reina era de aquel lugar;
Mas por desgracia un defecto
Que cuidadosa ocultaba
La admiración que causaba
Mezclaba con un pesar.

A Rosaura, la elegante,
Le faltaba la corona.....
Es decir, era.... pelona,
Sin cabellos daba horror.
Mas como era coquetuela,
Con la peluca cubría
Su cráneo y nadie sabía
De su tocado el primor.

Los jóvenes de su pueblo
Aspiraban á su mano
Y á un tal don Lucas Lucano
Decidióse ella á ser fiel.
Él era pelón como ella
Y también peluca usaba,
Lucas de ella la ocultaba,
Y ella la ocultaba de él.

Salir quiso sin tardanza
De su estado de soltero,
Sin averiguar primero
A quien daba el corazón,
Porque estaba tan rendido,
Tan enamorado estaba,
Que de los labios la baba
Le corría hasta el talón.

Llegó, pues, del matrimonio
El siempre anhelado día
En que cada cual debía
Sus defectos descubrir;
Y tras la fiesta del caso
Y de los dulces de boda,
La gente (que algo incomoda
Al novio) optó por salir.

Solos quedaron los novios
Que del tálamo rehuían,
Porque uno y otro temían
Que se viese el pelucón;
Pero, apagadas las luces
Antes de haberse acostado,
Cada uno, por su lado,
Lo escondió bajo el colchón.

Durmieron...... y en la mañana
Siguiente á este matrimonio
Un descuido del demonio
El enlace perturbó;

Y fue que Rosaura, torpe,
Del marido la peluca
Se puso y el tal don Luca
La de su mujer tomó;

Y dados los dos al diablo
Por engaño tan ridículo,
Adoptaron como artículo
Final, la separación.
Así sucede en la vida
A los que tienen de oficio
Obrar sin maduro juicio,
Sin debida reflexión.

1850



LA FUERZA DEL DINERO

—

Apura Don Fulano rica copa
Distintas veces al tomar la sopa:
En la mesa, después, bebe de todo,
Y de ella se levanta, al fin, beodo.
¿Quién osará decir que *está bebido?*
Sólo dirán que estaba *divertido.*—
El pobre jornalero que la saña
Del infortunio endulza con la caña
(Y alguna vez, muy rara, con el vino)
En vez de hallar la calma, pierde el tino.
¿Alguien lo ve? Pues dice sin empacho
En alta voz: "Sutano es un borracho."

Este caso á mi ver, aunque grosero,
Confirma la influencia del dinero.



LO QUE ES EL MUNDO!

—

El hombre que no tiene una peseta,
Fuera de ser un *limpio,* es un veleta;
Y á pesar de notables aptitudes,
Y á pesar de hermosísimas virtudes,
No goza buen concepto entre la gente,
Que le juzga persona no decente.
Pero el hombre que tiene algunos miles
Es un sér de bellísimos perfiles;
Y aunque sea tan bruto como un bruto,
Sobra quien diga que es sagaz y astuto;
Y aunque sea un bribón cabal, completo,
El mundo lo saluda con respeto.

De aquí deduzco yo que el mundo todo
No es nada más que miserable lodo.



LA JUSTICIA HUMANA

—

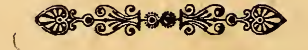
Robó una noche un pobre una gallina,
Y lo atraparon al volver la esquina:
Juzgado el hecho, sin mirar el daño,
Tuviéronle en la cárcel más de un año;
Y Ministros ví yo bastante duchos
En manejos de renta, (como hay muchos)
Que hurtaron el tesoro á manos llenas,
Y no están, sin embargo, entre cadenas.

Moral del caso: Nunca robes plumas,
Eso es un crimen: Roba grandes sumas.



ASI ES LA HUMANIDAD

Un lindísimo perro se introdujo
En un moderno restaurant de lujo,
Y el dueño de la casa, viendo su hambre,
Le daba migas y le daba fiambre,
Preguntando, entre tanto, con ahinco,
A varios mozos (unos cuatro ó cinco,
De esos que el vulgo tiene por decentes)
Que eran asiduos y muy ricos clientes:
—" ¿Es de usted este perro que ha llegado?"
Y un ¡Nó! le contestó el interpelado.
—" De usted será tal vez......saberlo ansío"......
Y contestó otro de ellos: "Nó, no es mío"......
—" Pues debe ser de usted......no me equivoco"......
Y un tercer joven contestó: "Tampoco."
—" De usted es el perrito, no me engaño"......
—" Yo no tengo animales que hagan daño."
—" Es muy manso y muy lindo......pero ¿cúyo
Es entonces?—" No sé"—" Pues yo concluyo,
Dijo el del restaurant, frunciendo el ceño,
Que pues aquí entre ustedes no está el dueño,
Ni nadie del perrito hace reclamo,
Este animal es animal sin amo"—
Y en el rabo amarrándole un cencerro,
Con puntapiés le dijo: "Tira perro!"



QUINCE AÑOS

A MI SOBRINA TERESA RIVODÓ

¿Es hoy tu sànto ó tu día?
Ello es que en tu vida corta
El hoy celebras. No importa!
Me alegro con tu alegría.

¿Qué importa que luzca negro
Mi *hoy*, como mi mañana?
Viéndote alegre y galana,
Con tu alegría me alegro.

¿Cómo no alegrarme, cuando
Me encanta tu buen humor
Que me hace ver que el dolor
No tiene en tí nigún mando?

Yo sé que no lo conoces,
Que tu alma no lo ha probado:
Tus labios sólo han gustado
Copa de inocentes goces;

Y al contemplarte animada
Hoy en tu santo ó tu día,
Comprendo que tu alegría
Es inocencia, y más nada.

Así las muchachas todas
Son en la edad que tú tienes:
Para ellas son grandes bienes
El santo, el baile y las modas.

Años de puros colores,
De duración tan escasa
¿ Por qué pasais como pasa
El aroma de las flores ?

¡ Cual flores encantadoras
Es tu edad, breve, fugaz !
Esa edad de dulce paz
Apenas dura unas horas.
Los inocentes quince años
Son sólo un rato, un momento ;
Así como es siglo lento
La edad de los desengaños.

El *mañana* inesperado
Nos llega en cualquier Enero
Y pide cuenta, severo,
De los años que han pasado.

¿ Quién evade su presencia ?
¿ Quién lo burla? ¿ Quién lo engaña ?
Él ve si el rubor empaña,
El brillo de la conciencia.
Y al contrario, vida ufana
Se goza sobre la tierra,
Cuando nunca están en guerra
El *ayer* con el *mañana.*

Sé que al salvar la distancia
De la niña y la mujer,
En tu *mañana* y tu *ayer*
Brillará pura tu infancia ;

Que es tu vida, dulce niña,
Como la vida del ave
Que canta y canta y no sabe
Que es primor de la campiña.

Y por eso, aunque de negro
Mi *hoy* con afán se viste,
Y es mi *mañana* tan triste,
Con tu alegría me alegro.

¿Cómo no, si tu eres hija
De mi más querida hermana,
De aquella buena Susana
Que en mi memoria está fija?

Sé como ella, dulce y buena,
Y siempre serás querida,
Y no tendrás en tu vida
Ni una angustia, ni una pena.

1880



DECIMA

—

¿Alguna vez has sentido
Tu corazón agitado?
¿Nunca, niña, ha palpitado
Dulcemente conmovido?
Y á su violento latido
¿No has sentido cierto ardor,
Mezcla de susto y dolor
Simpático, placentero?
Pues es el amor primero,
Sí niña, el primer amor.



UNA VERDAD EN UN CUENTO

—

I

Voy á contarte un cuento muy bonito,
—¿Un cuento?......—No lector! Es una historia
Verdadera, que guardo en la memoria,
Y á la cual ni le pongo, ni le quito.

Escucha, pues!...... El año...... No recuerdo
La fecha, mas los cuentos de las Evas,
Las historias de amor, son siempre nuevas......
Y en achaque de fechas, soy muy lerdo.

Pues como iba diciendo, mejor dicho,
Como iba ya á decir, hubo un muchado
Que, no se cómo, se prendó ¡qué empacho!
De una mujer no joven ¡qué capricho!

Muchacho llamo, sin ningún recelo,
Al mozo imberbe que en los quince frisa
Y también al que ya los veinte pisa,
Aunque tenga en la cara más de un pelo.

Pues era así el muchacho, y yo no miento!
Unos veinte...... ¡qué veinte! No eran tantos
Sus años...... Eran...... No recuerdo cuántos;
Pero era buen muchacho el de mi cuento.

Un hombre de esa edad no es más que un niño
Que ya no juega y que tampoco llora,
Y en esa edad á la mujer adora,
Y á la mujer encanta ese cariño.

Y ¿cómo no encantarla unos amores
Que son de triunfo inmarcesible palma,
Primer suspiro de la virgen alma,
Primer aroma de las nuevas flores?

No sé por qué será, mas es lo cierto
Que la dama que llega á ciertos años,
Quiere olvidar sus tristes desengaños
En el amor de un joven inexperto.

No sé por qué será, mas todo niño,
Al sentir de Cupido el grato impulso,
A la mujer más alta vá, convulso,
A darle las primicias del cariño.

La dama de mi cuento, dama antigua
Respecto del mancebo, finje miedo;
Y al—"¿me amas?" contesta:—"Yo no puedo......"
Y al decir que no puede, se santigua,

Él entonces resuelve echarse al Guaire,
Y ella, por fin, diciendo que no puede......
Por no verle morir, llorando cede
Al dulce acento y al gentil donaire.
Y él, sin temor al porvenir incierto,
En gaje ofrece á los encantos de ella
Su juvenil edad alegre y bella
Cual flor que muestra el caliz entreabierto.

II

El padre del mancebo, hombre machucho,
Que ve en peligro al inocente hijo,
Entre varias verdades que le dijo,
Le dijo que el amor *no dura mucho.*

"Ah! Qué blasfemia!"—interrumpió el imberbe,
—"¿Cómo no ha de durar toda la vida,
Si es llama que en el alma está prendida,
Si amor es fuego que en el pecho hierve?"

"¿ Cómo puede apagarse el amor santo,
Si es un ángel del cielo quien lo inspira ?
¿ Cómo puede extinguirse?...... No !......Mentira ! "
Y no pudo seguir : lo ahogaba el llanto !

Mas el padre, sin ver el llanto ardiente
Le dice la verdad con voz austera :
" Si en años no es igual la compañera
Huye él, al fin, y repugnancia siente.

Y al sentirse, más tarde, arrepentido
De aquella unión que sin cesar deplora,
Maldice á su mujer que en vano llora
El triste desamor de su marido."

III

Fue inútil todo ! Ante el altar cristiano,
Del ministro de Dios en la presencia,
Desoyendo la voz de la experiencia
Da el mancebo su nombre y da su mano.

¡ Quién lo creyera ! El hijo en enemigo
Se convirtió del padre, que lloraba......
Y el padre que, cual padre, lo adoraba,
Decía sin cesar : " Yo te bendigo !......"

IV

Los dos novios en éxtasis vivían ;
Y en fin de fines, para ser conciso,
Sin más charla diré que parecían
Eva y Adan allá en el paraíso.

Entregados á risa de alegría
Recordaban entrambos con desprecio
El desamor que el viejo preveía,
Y le llamaban loco y torpe y necio.

Y así trascurrió un año trás otro año,
Y les enviaba Dios, en cada otoño,
Un ángel lindo, de la novia en daño,
Un ángel, del amor vivaz retoño.

El amor, como el tiempo, con fiereza,
Aja la flor que con sus alas toca ;
Quita el amor el brillo á la belleza,
Quita el tiempo los dientes á la boca !

Y así, del tiempo y del amor ajada
La esposa que fue bella, parecía
Mas bien que la reciente desposada
Un sér hundido bajo mano impía.

¡Pobre mujer! En el amor te afanas
Sin ver del tiempo la incansable fuga!
El amor en tus trenzas puso canas,
Puso el tiempo en tu faz traidora arruga!

V

Aquel mancebo, fácil al deseo
De su mejor mitad, encanto hallaba
En vivir á sus pies, y la llevaba
A la iglesia, á visitas y á paseo.

Pero luego las gentes ¡suerte negra!
Cuando iban ellos dos de brazo á misa,
Les mostraban sardónica sonrisa
Y á la esposa tomaban por la suegra.

El amor de él, en tanto, se entibiaba,
Y crecía el amor heróico de ella.
¿Un abrazo?—¡Qué honor! Maldita estrella!
Y el mozo, de su enlace renegaba.

Y muriendo el amor, nació el hastío,
Y renegó el muchacho de su suerte,
Y odió la vida y quiso darse muerte,
Exclamando, ya tarde, "¡padre mío!"

"Como es posible! ¡oh Dios! que así me roben
La dicha que soñé?—Mas...... ¿quién le roba?
¿Quién las delicias disipó en su alcoba?.......
¿Quién hundió en el dolor al pobre joven?

¡Pobre mujer! En el amor te afanas
Sin ver del tiempo la incansable fuga!
El amor en tus trenzas puso canas,
Puso el tiempo en tu faz traidora arruga!

El joven, hondamente arrepentido
De aquella unión que sin cesar deplora
Olvida á su mujer que en vano llora
El triste desamor de su marido.



SONETOS

—

I

Amor

—

Amor sublime, cándido, inocente,
A cuyo dulce y celestial encanto
Hallo placer en el mortal quebranto
Que el corazón enamorado siente;

He aquí el amor que me inspiraste, ardiente,
Sencillo, puro cual de niño el llanto,
Amor espiritual, divino, santo,
Amor que llena sin cesar mi mente.

Te ví, te amé con sin igual ternura,
Y en alas de amor tan delicado
Se elevó mi alma á la región más pura:

El candor de tus ojos ha alcanzado
La gloria de elevarme á tal altura,
De inspirarme un amor divinizado.



II

Extravagancia

—

No hay ninguna mujer que no me guste,
Grandota, chica, negra, gorda ó flaca,
Aunque tenga la forma de petaca,
Aunque de horrible, á todo el mundo asuste;

Si es una enjalma vieja ó viejo fuste,
Si es paquete ó bojote ó si es hallaca,
O si embiste y da coces como vaca,
Me agrada más, aunque parezca embuste.

Quiero á todas; mas siempre me decido
Por la más chinga y más patona y tuerta,
Conjunto de lo malo y de lo feo,

Pues que entonces no habrá ningún cupido
Que la requiebre cuando está en la puerta,
Ni la persiga cuando va á paseo.

1853



III

La pulga

—

¿Quién cual la pulga tiene la ventura
De posarse tranquila y libremente,
Ya en la invisible, *empollinada* frente,
O ya en la breve divinal cintura?

Sólo la osada pulga en la hermosura
Poder ejerce, como un sér potente:
Hondo placer en contemplarla siente
Y en hincarle la oculta dentadura.

Callado, microscópico testigo
De los primores que con saña hieres,
Tú vives en el seno de las bellas!

¿Tuercen tu vida?— Envidio ese castigo!
Será dulce morir, como tú mueres,
Será dulce morir á manos de ellas!



IV

Me mato

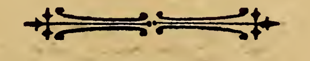
—

Maldición! Maldición! En torno mío
Anhelante dirijo la mirada,
Buscando de la dicha la alborada,
Y todo lo hallo aterrador, sombrío!

Acudo á Dios, mi súplica le envío
Pidiéndole la arepa deseada;
Pero el pícaro Dios, tras su estrellada
Bóveda azul, me mira con desvío.

Entonces al espíritu maligno,
Pido me acorra desde el antro negro
Donde entre llamas sulfurosas arde;

Y como de atenderme no da signo,
El revólver agarro de mi suegro,
Lo armo, me apunto, y nada! Soy cobarde!



V

En un álbum

—

Al ver tu cuerpo elástico, pequeño,
Ganas me dan de darte en la cadera
Un abrazo apretado, y te lo diera,
Si tú lo recibieras con buen ceño;

Te abrazara, con bríos, y en un sueño
Infinito, abrazada te tuviera,
No temiéndole entonces, si viniera,
Al demonio, llamándose tu dueño.

Reirás, tal vez, porque de tí pretendo
Obtener nada menos que un abrazo
Mediante unos versillos que me pides......

Ello es un cambio, como tal lo entiendo!
¿Rompo, pues, estas líneas que aquí trazo,
O me lo das? ¿Qué dices? ¿Qué decides?



VI

Al señor Dr. Valentín Espinal

—

Esas que ves de almibarado porte
Y sonrosada faz, lindas doncellas,
Flores son de este suelo, flores bellas,
Que abundan tanto en el jardín del Norte.

No hay nada en ellas que al amor no exhorte,
Y no son en el cielo las estrellas
Más luminosos que los ojos de ellas,
Ni más guapas las vió ninguna corte.

Praxíteles hubiera en estos séres
Modelado una diosa encantadora
Más que la Venus que su fama encierra;

Pero aunque son bellísimas mujeres
Con las gracias espléndidas de Flora,
Me gustan más las indias de mi tierra.

New York: 1872.



VII

Amor trino

—

Adoro de Carmela el cuerpo airoso
Y los húmedos labios expresivos;
De Antolina los dulces atractivos
Al corazón le roban el reposo.

Dolores, con su porte majestuoso
Y sus ojos negrísimos y vivos
En las redes de amor tiene cautivos
Mi alma infantil, mi corazón fogoso.

Ya me tienen extático, demente
Las gracias de Dolores y Carmela
Y de Antolina la morena tez;

Y arrancar no es posible de mi mente
Que prendieron en mi alma una candela
Que sólo pueden apagar......las tres.

1854.



VIII

La pollina

—

Si contemplo tus gracias, no resisto,
Que tus gracias la mente vuelven loca,
Y ante tanta belleza fuera poca
La castidad del mismo Jesucristo.

Puedo decir, y en publicarlo insisto,
Que tus ojos ablandan una roca ;
Puedo decir, Lucrecia, que tu boca
Es la boca más linda que yo he visto.

Puedo hablar de tus dientes porque veo
Que brillan como brilla la blancura
Del rocío en la rosa purpurina ;

Mas ¡ oh dolor ! por más que lo deseo,
Decir no puedo si tu frente es pura,
Velada como está por la *pollina.*



IX

El Monarca

Ved el soberbio alcázar donde el oro
Derramado á raudales vierte lumbre
Sobre pisos y muros y techumbre
Que brillan cual fantástico tesoro.

En su recinto canta en ébrio coro
Alabanzas abyecta servidumbre,
Y en derredor, cobarde muchedumbre
Ante un hombre se arrastra, sin decoro.

Tal cual se ostenta tronco carcomido
De yedras rodeado en la espesura,
Se alza el Señor de tantas maravillas ;

Al pueblo mira á su querer uncido,
Y se halla grande en su elevada altura,
Porque á sus pies le tiene de rodillas.



X

A Ella

Galante siempre, enamorado ciego,
En contemplar tu faz embebecido,
No me verás sino á tus piés rendido,
Aunque desdeñes mi amoroso ruego.

El amor que me inspiras es de fuego,
Amor cual nunca imaginado ha sido,
Volcán abrasador que has encendido,
Delirio eterno á que mi vida entrego.

Y á tanto amor te muestras siempre esquiva,
A tanto fuego, imperturbable y dura,
Sorda á la voz que implora tus favores.

Ordéname morir, tirana altiva,
Que no hallaré en la muerte la amargura
Que encuentra el corazón en tus rigores.



XI

La muerte que yo quiero

—

Tú, santo Dios, que al pecador escuchas
Y compadeces cuando triste llora,
Oye mi voz que pronta muerte implora
Para salir de las mundanas luchas.

La mente, el alma, á los pesares duchas,
Buscan, postradas, la postrera hora,
Que en mí vive el dolor, en mi alma mora,
Y son mis penas tras amargas, muchas;

Mas no quiero morir de mala muerte,
De muerte atroz, de muerte infame ó fiera,
Tampoco de hambre y mucho menos de harto;

Yo quiero que me des la buena suerte
De morir...... de la muerte que yo quiera,
Y yo quiero ¡oh mi Dios! morir de parto.



CARTA

Á MI MUJER.

En tinta la pluma mojo
Para avisarte recibo
De tu cartita, y te escribo
Hoy en verso...... por antojo.

Tal vez dirás: "Vade retro,"
Porque al verso tienes odio;
Mas yo esta carta salmodio
Porque hoy domino yo el metro;

Y aunque no haya poesía
En lo que pienso y te digo,
En verso, Trina, la sigo,
Porque él no me contraría.

Salga el verso como salga,
No le altero ni una coma;
Apenas tímido asoma,
Lo escribo, aunque poco valga.

Como granos de maíz
Brotan, con tal prontitud,
Que puedo hacerte un almud,
Una fanega, un cahiz.

Malos serán, duros, fríos....
Pero aunque malos y todo,
No les des tú con el codo,
Quiérelos...... que al fin son míos.

Y siendo así, Trina, arguyo,
Sin pensar en extravío,
Que pues es lo tuyo, mío,
Lo mío debe ser tuyo.

Y por cierto que es muy rara
En mí tal facilidad....
¿ Será que alguna deidad
Voz y metro me depara ?

Ningún vocablo rehusa
Venir: lo busco ; está aquí ;
Y es porque te escribo á tí,
Y tú eres, Trina, mi musa.

No hace mucho que te fuiste,
Y ya me parece un año:
Nada tiene eso de extraño,
Porque sin tí, vivo triste.

También mis hijos partieron
Dejándome en abandono ;
Pero no les guardo encono,
Que al fin, contigo se fueron.

Y ¿ qué puede hacer un niño
Cuando se aleja su madre ?
Seguirla, que más que el padre
Merece ella su cariño.

Yo sé que tu permanencia
Cabe el Osorio es muy corta ;
Pero eso, Trina, ¿ qué importa ?
Siempre me aflije tu ausencia.

Días nada más, sin mí !....
¡ Qué consolación tan vana !
Es muy larga una semana
Que paso lejos de tí.

¡Qué silencio! ¡Qué vacío
En mi hogar! ¡Qué soledad!
En mi forzada orfandad
Todo lo encuentro sombrío!

Y ya me siente ó ya ande
Buscándote, no consigo
Verte! Ni el dolor mitigo......
No lloro, porque soy grande.

Si yo fuera del tamaño
De mi sobrina Carlota,
Llorando la viva gota
Estaría todo un año.

Ah! Si yo me desespero
Es por tí: los hijos son
Pedazos del corazón,
Y tú! el corazón entero.

Los quiero, los amo, sí!
Lloro si de verlos dejo;
Mas este amor es reflejo
De mi cariño hacia tí.

No faltará quien se ría
De mis frases de cariño......
¿Qué me importa? Yo me ciño
A la voz del alma mía.

Por ventura ¿está vedado
A los viejos el quererse?
Y ¿por qué han de sustraerse
Al amor? ¿Quién lo ha mandado?

No terminaré esta carta,
Que ya en lo largo se vicia
Sin que te dé una noticia,
Tras toda la anterior sarta:

Ya tengo sombrero nuevo,
Que por cierto no es muy malo:
Es oportuno regalo
De Núñez, á quien lo debo.

En cuanto á salud, tal cual,
Así!.... ni mala, ni buena;
Pero teniendo la pena
De no verte...... estoy muy mal.

Y á la verdad, soy un tonto
Diciendo tanta bobera:
Debo terminar. Te espera
Mi amor. Adiós! Vente pronto



EL DOBLE DE CAMPANA

—

I

Llegó el instante postrero
De la existencia de un hombre
Que fue rico de buen nombre,
Si pobre fue de dinero.

—

Infeliz! Ni el sacerdote
Fué á buscarle á su morada:
La iglesia estuvo cerrada......
La pobreza es un azote!

—

Piadosos seres, en tanto,
Del orgullo con asombro,
Cargándolo de hombro en hombro,
Lo llevan al campo-santo.

—

No brilló en la alcoba oscura
De su agonía una luz......
Así, ni piedra, ni cruz
Señala su sepultura.

—

Mañana, si el palmo estrecho
Faltare para una losa,
Echarán entre la fosa
Común su cuerpo deshecho!

II

Rasgando el espacio corre
Hacia los cielos, veloz,
La triste fúnebre voz
De la campana en la torre.

—

El congojoso tañido
Vibra con marcado zelo......
El vago clamor de duelo
Hiere constante el oido......

—

Doble que entre triste y tierno
Angustia en el alma vierte,
Y el aviso de una muerte
Lleva al trono del Eterno!

—

Esa es la fácil plegaria
Que al rico ofrece el dinero;
Que los dobles son el fuero
De la riqueza precaria.

—

La campana el aire hiere,
Si espira un rico—no tarda—
Mas hondo silencio guarda
Cuando es un pobre el que muere.

—

Ese doble gemebundo
De la lúgubre campana
No es más que la muestra vana
De la miseria del mundo.

—

Ella con dobles halaga
Del rico la pena aguda;
Pero permanece muda
Si nadie sus preces paga.

—

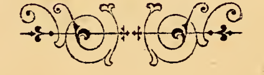
Así ¡ah! cuando mañana
La muerte cierre mis ojos,
Ante mis pobres despojos
No doblará la campana.



DECIMA

—

Con lazo de amor se unieron
Y apuraron el placer;
Y hube luego de nacer
De aquel beso que se dieron.
Gozo inefable tuvieron
Ellos, cuando yo nací,
Y ahora me ocurre á mí
Preguntar con voz dolida
¿Por qué á mí me dieron vida
Si yo nacer no pedí?



A ELLA

—

I

Bellísimo, cual lampo de alborada,
Alegre como el sol,
Brillante, cual la luz de tu mirada,
Así nació mi amor.

II

Triste, cual brilla tras lejana cumbre
El moribundo sol,
Triste, cual muere su indecisa lumbre,
Así murió mi amor.



ME VOY DE ESTE PUERTO!

—

Mira, soez pulperillo
Que te juzgas personaje,
Y me haces algún ultraje
Porque te debo un piquillo
Cuyo cobro crees incierto......
Por tí, me voy de este puerto!

—

Y tú, mercachifles rudo,
De tu tienda ínfimo trasto,
Que averiguas si yo gasto
Y si trabajando sudo......
Abre los ojos!......Te advierto
Que yo......me voy de este puerto.

—

Cuando me afeito la cara
El día de Santa Olimpia
Y llevo camisa limpia
Por casualidad, me pára,
Y me cobra Don Mamerto!
Pues bien! Me voy de este puerto!

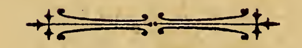
—

El médico, el farmaceuta,
Y el sastre y el zapatero
Me arrebatan el sombrero
Y quieren enviarme á Ceuta!
Acreedores!......Yo os alerto!
Pronto me voy de este puerto.

—

No pararé hasta Segovia,
Hasta el Japón ó el Infierno,
Para salir del eterno
Clamoreo que me agobia;
Y aunque dé con un desierto......
Me voy, me voy de este puerto!

La Guaira.



ME VOY DE ESTA VILLA

—

Me cansan los sinsabores
De las deudas conque vivo;
Y para no ser cautivo
De esta nube de acreedores
Que son una pesadilla,
Me voy, me voy de esta villa.

—

Si al trabajo ó si á paseo
Voy...... zas! con uno me encuentro;
Y cuando en la Iglesia entro
¿Qué es lo primero que veo?
Una rabiosa traílla
De ellos!......Me voy de esta villa!

—

¿Hacer una diligencia?
Ni aun yendo por los tejados;
Pues me ven esos malvados
Que acaban con mi existencia:
Ellos son mi pesadilla,
Y así, me voy de esta villa.

—

¿Hay en casa algún enfermo
Y salgo con la receta?
En la calle me sujeta
Un acreedor estafermo
Que con gritos me acribilla......
Jesús!......Me voy de esta villa!

—

Los acreedores, al menos
Aquellos que lo son míos,
Van siempre juntos, en tríos!
Calles, parques están llenos
De esa insufrible polilla,
Y así, me voy de esta villa.

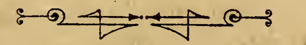
—

Ellos ah! se dan sus artes
De hallarme, á pie ó á caballo!......
Son como Dios, pues los hallo
Día y noche en todas partes!
Salgamos de esta cuadrilla!
Abur! Me voy de esta villa.

—

Por más que camine al brinco,
Todo *orejano* en la calle,
Raro será que no halle
Cuatro acreedores ó cinco
Que me asalten en pandilla......
Nada! Me voy de esta villa!

La Guaira.



EPIGRAMAS

—

I

Bebió mucho Don Mamerto
Y fue borracho á la cama;
Su esposa á un médico llama
Y éste le declara muerto.

Toma el Doctor en seguida
Su sombrero y sale al punto
Declarando *que un difunto*
Es un sér que está sin vida.

Vuelve al fin el embriagado
De su alcohólico sueño.........
Va á moverse ¡ vano empeño!
Yace en un cajón clavado!

Se asusta, se desespera,
Y aunque de la angustia, yerto,
Hace ver que no está muerto
Y trata de echarse fuera.

—" Vivo estoy," grita.—" Estás muerto "
Le responde su mujer;
—" Nó, mujer, no puede ser,
Dormía y ya estoy despierto."

—" Hombre estúpido, ignorante!
¿ Sabes tú más que la ciencia?
Muerto estás y la licencia
Tengo: te entierro al instante."

—"¿ Quién dijo?"—El Doctor Camacho
Me lo dijo con su boca,
Y un Doctor nunca equivoca
Un muerto con un borracho.

II

—¿ Cómo está, vecina mía,
Su enfermo?—Grave, peor......
—¿ No lo visita el Doctor?
—Sí, muchas veces al día.
—Pues razón tiene, señora,
En creer que grave está,
Desde que el médico va
A su casa á cada hora.

III

No hay versos que juzgue buenos
Manuel, moderno Aristarco,
Que en epítetos no es parco
Contra todos los ajenos.
¿ Por qué sin ningún recato
Lo de otro llama peor?
¿ Por qué?......Porque es escritor
Y poeta *iliterato.*

IV

La rara nariz de Sancho
No me parece nariz;
Es nariz que por un triz
En vez de nariz es gancho.

V

Antes

Jugando están á escondite
Miguel y su novia bella:
—" A que no me hallas, Miguel! "
Le dice en tono de envite,
Y él busca, y siempre da él
Con el escondite de ella.

—

Después

—" A que no me encuentras " grita
La esposa, y Miguel, que es chusco,
Y que no está para fiesta,
Aunque ella á jugar lo excita,
Sin moverse le contesta:
—" Mujer! A que no te busco! "

VI

Una fea melindrosa
A un tal Peralta, su amigo,
Le decía muy llorosa:
—" Yo no soy bastante hermosa,
Quién se va á casar conmigo! "
Y con voz fuerte y bien alta
Le contestaba Peralta:
—" Niña, ese llanto es fingido,
Pues tú sabes que no falta
Roto para el descosido."

VII

Casó Pedro con Matea
Que no era, á decir verdad,
Ni buena-moza ni fea;
Pero sea lo que sea,
Era de muy corta edad:
Y luego que la llevó
A su casa, maldecía......
Y ahora pregunto yo
¿Que encontró, qué no encontró,
Que descasarse quería?

VIII

Murió el marido de Juana
De una fuerte apoplegía,
Y como ella lo quería,
Desde una hasta otra mañana
Su recuerdo la afligía.
"¡Qué falta me hace Quevedo!"
Gritaba en tono afligido.
"Ay! vivir sola no puedo,
Pues las noches me dan miedo"—
Y solicitó marido.

IX

Conocí á una tal Ramona,
Graciosa, linda muchacha,
De cintura retozona,
De provocadora facha,
Y aunque muy pobre, muy mona;
Y hoy de fincas que posee
Tiene formado un registro,
Y no adivino, no sé......
Pero hombre! Y usted no ve
Que es amiga de un Ministro?

X

Quiso el patón Bernabé
Usar unas lindas botas
Más pequeñas que su pie,
Y como imposible fue,
Al fin...... se las puso rotas.

XI

Hallábase en la cama, delirante,
Un hombre con terrible calentura,
Y dolor de cabeza y de cintura,
Con que estuvo algún tiempo agonizante.

Lo vió el Doctor, y prescribió un purgante
Que dispuso tomara con premura;
Pero el pícaro enfermo, con lisura,
En cierto vaso lo arrojó al instante.

Volvió el médico á ver á su paciente
A quien halló mucho mejor, por cierto,
Y viendo el vaso allí sobre una silla,

"Lo he salvado, exclamó, pues de repente
Si eso queda en su vientre, hubiera muerto."
—"Por eso lo arrojé en la bacinilla."

XII

Un ojo llegó á perder
Antón, que es hombre de pasta;
Y así, suele responder
Que para lo que hay que ver
Con uno que quede basta.

XIII

Un presidente de Estado
Dijo, tras insulsa arenga:
"No digo más, me he cansado"......
Y el pueblo murmuró hastiado:
"No hay mal que por bien no venga."

XIV

Cuando este gobierno caiga,
(Como ya lo conocemos)
Fuerza será que exclamemos:
"No hay bien que su mal no traiga."

XV

"Es atroz este gobierno,"
Dicen propios y aun extraños,
Y agregan: Nada es eterno......
"No hay mal que dure cien años."



LAS BEATAS

—

EN LA PUERTA DE LA IGLESIA

—

I

Libro y rosarío en la mano
Y con presuroso afán
Van las viejas muy temprano
A llamar al sacristán.

No tiñe aún el oriente
Ni una ráfaga de luz,
Y ya la devota gente
Llega, entre negro capuz.

Y fingiendo dar ejemplo
De cristiana devoción,
En el pórtico del templo
Murmuran una oración.

Mas de pereza da muestras
El mimado sacristán.
Y aquellas sombras siniestras
Oficio á sus lenguas dan.

Y adoptando actitud digna
Principian sangrienta lid
Blandiendo lengua maligna
Contra el mundo entero..... Oíd !

II

—Al salir ayer de misa
A las diez de la mañana
Supe por mi amiga Juana
Que ayer mismo parió Luisa.
—¿Qué Luisa?—Nuestra vecina
—¿La que casó no hace mucho?
—Sí, la misma!—Oh Dios, qué escucho!
Ancha le ví la pretina!......
Y ¿qué sabes de Francisca?
—¿La novia de Hermenegildo?
—La misma.—Que Atanagildo
La obsequia.—¿El novio de Prisca?
¡Perdóname Santo Dios!
Mira! Lo estaba previendo,
Pues los ví yendo y viniendo
Siempre juntitos los dos.
—Al confesor se lo dije
En descargo—¿Al padre Juan?
—Á él mismito..... Pan, pan, pan,
Le conté todo..... él lo exije.
—Y ¿sabes que hoy es su santo?
—Sí!..., Yo le traigo un *ponqué*
—Yo, media libra de té....
El pobre!..... me quiere tanto!....
—Yo le traigo un biscochuelo.
—Yo le traigo un aguacate.
—Yo le traigo chocolate....
—El pobre! Merece el cielo!
—Y ¿qué dices de Juliana?
—La que de alegre hace alarde?
—Sí, la misma.—Que antier tarde
Salió, y volvió en la mañana!......
—¿No sabes que el matrimonio
De Petra no se efectúa?
Se fue el novio para Cúa
Dejándola...... hecha un demonio!
—Y ¿por qué la dejaría?
—Sabe Dios!...... En fin, por fea,

—No señora, no lo crea......
Dicen que ella...... —Ave María!....
—Y ¿qué dices del pecado
De Luz?—Que vaya y se acuse.....
—Pobrecita! Ayer la puse
Al pie del Sacramentado.

—

III

Ya basta, vieja blasfema
Que en murmurar hallas goce!
Mereces el anatema
De todo el que te conoce.

La maledicencia inventa
Chismes que la honra matan
Y cada vieja los cuenta
A las viejas que las tratan;

Y si cual lo usáis, un cuento
Una de vosotras echa,
Las demás producen ciento,
Mil, de su propia cosecha.

Que es vuestro objeto mostraros
Conocedoras de todo
Y ganar al compararos
Con lo que llenáis de lodo.

Buscáis ocasión propicia
Para terciar en lo ageno
Y para hablar con malicia
Juzgando mal, lo que es bueno;

Y en vez de emplear los días,
Que os quedan, en algo útil,
Vosotras, beatas impías,
Andáis en devoción fútil.

Mejor es que arrojar lodo
Del silencio ser esclavo,
Pues que de este ó de aquel modo
Tenéis vosotras un rabo.



ME CASARON

—

El que cruzando los brazos
Al caudal de su beldad
Quedó preso en esos lazos
Que nunca felicidad,
Sino plata le brindaron
Debe decir: Me casaron.

—

Es muy grato cuando el hombre
Puede exclamar: "Me casé,"
Que no todos, no te asombre,
(Y es muy sabido el por qué)
Dicen que esposa buscaron:
Hay quien diga: Me casaron.

—

La coquetona Clotilde
Fue la mujer de José,
Y este pobre, siempre humilde,
Jamás dijo: "me casé,"
Porque como lo agarraron,
Debió decir: "Me casaron."

—

Uno tuvo la costumbre
De ir muy tarde á visitar......
Y lleno de pesadumbre
Se encuentra, y suele exclamar:
Ay! Con ella me pescaron
Y por fuerza Me casaron.

—

No solo vestidos negros,
Sino botas, casa y pan
Dan los complacientes suegros
Al yerno flojo, haragán,
A quien cama regalaron;
Ese dirá: Me casaron.

—

El miserable Francisco
Enamorando á Isabel
A todos daba un *mordisco*
En la casa, y logró él
Su intento, pues lo agarraron......
Y hoy exclama: Me casaron.

—

Dice él que compró silletas
Al casarse, y tocador,
Y cuyas pocas pesetas
Para comprar mecedor
Por desgracia no alcanzaron,
Me casé y no: Me casaron.

—

Tal, con orgullo, algún día
Que me he casado diré,
Y nadie, nadie á fe mía
Dirá que no me casé:
No dirán que me agarraron,
Ni menos, que Me casaron.

1852.

NO ME IMPORTA

—

El hombre en extremo pobre
Que nunca tiene ni un cobre,
Piense que la vida es corta,
Y busque ricas mujeres
Que le colmen de placeres......
¿Hablan? diga: No me importa.

—

El que padezca calambres
A fuerza de pasar hambres
Por no tener ni una torta,
Conquiste una buena amiga
Que le llene la barriga......
¿Silban? diga: No me importa.

—

Yo conozco mucha gente
Comme il faut, gente decente......
Que de igual modo se porta,
Y que viviendo en el ocio,
Medra con este negocio
Y repite: No me importa.

—

Y gente vi en la miseria
Que hoy es, como rica, seria
Y de vista escasa, corta ;
Pasa sin ver que yo paso.........
Y yo sin hacerle caso,
Voy diciendo: No me importa.

—

Casarse con rica vieja
Es cosa que mucho deja ;
Es negocio que conforta
Y que al novio pone graso.
¿ Se ríen ? No se hace caso
Y se dice : No me importa.

—

Si la vieja tiene antojos
Vaya ! se cierran los ojos,
Pues como su amor reporta
Al marido un patrimonio,
La halaga (dado al demonio)
Exclamando: No me importa.

—

Ello es que las gentes, todo
Han de verlo de mal modo:
Por Dios, la vida es tan corta
Y tan llena de amargura,
Que si alguno me murmura
Le respondo : No me importa.



CARTA A UNA INGRATA

—

Devuélveme, Pepita,
Mis cartas todas, porque ya me irrita
La dura chanza que me estás jugando:
Te diviertes conmigo
Y por cuanto te digo
Sueltas la risa el mundo alborotando.

—

Por Dios, que si no fueras
Tan linda y tan zandunga y no estuvieras
De arriba á abajo en mi alma retratada;
Si no te amara tanto,
Si no fueras mi encanto......
Habrías de quedar escarmentada.

—

Porque sufrir no es justo
Que te niegas cruel á darme el gusto
De verme por tu amor correspondido:
A más de que no me amas,
Muchachuelo me llamas
Porque soy de tamaño......reducido.

—

Tú dices con empeño
Que soy un hombrecito muy pequeño,
Y no piensas que yo, ¡por San Canuto!
Podría dar un buen salto
Para alcanzar bien alto
Y darte un tierno beso......diminuto.

—

¿Te burlas? ¡ah! ¿Te ríes?......
Pues mira! del chiquillo no te fíes,
Que si sufriendo está con mansedumbre
Tus risas y desdenes,
Al amante que tienes
Puede causarle negra pesadumbre.

—

Por eso, hermosa niña,
Con el fin de evitar sangrienta riña,
Riña cruel, eterna, atroz, nefanda,
Será mejor que al punto
Se termine este asunto,
Ya que mi amor inmenso no te ablanda.

—

Si lleno de confianza
Alguna vez te pido una esperanza,
Al punto me respondes, torbo el ceño
Que trueca en miedo y susto
De oír tu voz el gusto:
"Nunca quise, señor, hombre pequeño."

—

Y maldigo tu nombre,
Porque á mí no metienes tú por hombre,
Y me voy con la música á otra parte,
Llorando tus rigores,
Ardiendo en mil furores
Y con ganas muy grandes......de matarte.

—

¡ Quién sabe ! ¡ santos cielos !
(De pensarlo no más, rabio de celos)
Si á mi rival odiado habrás leido
Las cartas que te enviaba
Cuando loco pensaba
Que yo era el hombre para tí nacido.

—

Mas ah ! cese el tormento !
No más amor, que sólo rabia siento !
Y pues de mí con terquedad te apartas
Porque hallaste otro dueño
De cuerpo no pequeño,
Devuélveme mis besos y mis cartas.

1853.



GLOSA

—

De ellas es mi corazón
Y no quiero sólo á una;
Quiero á las dos ó á ninguna,
Tan grande así es mi ambición.

I

Trinidad y Josefita
Me tienen loco de amores,
Josefa por sus colores
Y por sus ojos Trinita;
Y juro por Santa Rita
Que ellas dos para mí son
Querubes de mi ilusión
Que tienen mi alma rendida;
De ellas es toda mi vida,
De ellas es mi corazón.

II

Viéndome en necesidad
De elegir de entre las dos,
Desde luego ¡vive Dios!
Tomaría á Trinidad;
Mas, á decir la verdad,
Me quedara sin ninguna,
Pues fuera poca fortuna
De una sóla ser amado,
Cuando es mi amor duplicado
Y no quiero sólo á una.

III

Además ¿por qué querer
A Trina y no á Josefita,
Si mi corazón palpita
También por esta mujer;
Si á veces llego á creer
Sin que tenga duda alguna
Que Pepa, desde su cuna
Para mí guardada fue?
Una sóla no amaré,
Quiero á las dos ó á ninguna.

IV

Pobreza es que causa pena
Amar sólo á una mujer;
Manda el buen tono querer
Lo menos, una docena;
Y este placer que serena
El ánima en la aflicción
Ha llegado á ser pasión
Que no puedo sofocar,
Pues miles quisiera amar,
Tan grande así es mi ambibión.



LETRILLA

—

La soltera almibarada
Que con fogosa mirada
Te pide que la provoques,
Aunque de atractivos llena,
Es cual la flor que envenena:
Mírala, mas no la toques.

—

La casada, que al espejo
Se pinta todo el pellejo
Con carmín y con bismuto,
Y luego en visitas pasa
Horas, sin volver á casa......
Buscando está sustituto.

—

La viuda buena moza
Que de amplia libertad goza
Y es con los hombres afable,
Complaciente, alegre y chusca,
Al casarse, sólo busca
Un editor responsable.

—

Y aquella vieja que á extraños
Cuenta que tuvo quince años,
Y unos ojos de gacela
Lindos como un paraíso,
Y que casarse no quiso......
Que se lo cuente á su abuela!

—

Y ¿qué diré de aquel hombre
Que á una vieja da su nombre
Porque está mondo y lirondo
Y busca el dinero de ella?
Que nació con buena estrella
Y hace un negocio redondo.



CANCION DE UNA MADRE

—

(DEL FRANCÉS)

Bien puedes, hija, dormir,
Que es tu edad sencilla y pura
Cual la estrella que en la altura
Comienza tenue á lucir.

—

Cuando tu rosada boca
Se entreabre sonreída,
No sabes, hija querida,
Cuánto goza el corazón;
Entonces, ángel hermoso,
De mi amor en el exceso
Por cada sonrisa un beso
Te doy con mi bendición.

—

Tu dulce vida comienza
Cuando se acaba la mía:
Para tí principia el día,
Para mí, toca á su fin ;
Y es tu vida como el ala
De la tenue mariposa,
Delicada cual la rosa
Que nace en nuestro jardín.

—

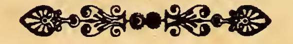
Si en el seno de tu madre
Reclinas la pura frente,
No temas que te atormente
La tempestad mundanal.
Ten presente que la vida
En breve se desvanece,
Que la ventura perece
Al soplo del vendaval.

—

Nada hay estable en el mundo,
Pues la caprichosa suerte
En árido erial convierte
Nuestro fantástico Edén;
No hay dicha sin amargura,
Ni día sin negra nube:
Sólo aquel que al cielo sube
Disfruta de eterno bien.

—

Bien puedes, hija dormir,
Que es tu edad sencilla y pura
Cual la estrella que en la altura
Comienza tenue á lucir.



REPLICA DE UNA HIJA

—

(DEL FRANCÉS)

¿ Por qué turbar mis días en su época más bella ?,
¿ Por qué imponerme ¡ oh madre ! tan dolorosa unión ?
Unión de puro acaso, no experimenta en ella
Placer el corazón.

—

No son, nó, los favores de la fortuna loca
La dicha á que yo aspiro, que tú buscando estás.
En los sencillos años ¿ dan ellos á la boca
Una sonrisa más ?

—

¿ Por qué ocultar mis rizos, mi rubia cabellera
Del oro y de la seda bajo el brillo traidor ?
Mis juveniles años y esta ropa lijera
Son galas de valor.

—

No acudo yo á los bailes á oír necias ternuras ;
Las fiestas del orgullo me inspiran tedio, horror :
Llorando me pondría las ricas vestiduras
De no sentido amor.

—

Razón de conveniencia me manda ser esposa;
Más ¿debo yo, tan joven, rendirme ante esa ley?
Mi Dios me dice: "espera!"......Para el alma piadosa
La razón es la fe.

—

¿Por qué, pues, alejarme de tí que tanto adoro,
Si el contento en mis ojos como siempre brilló?
Feliz soy á tu lado ¡oh madre! y cuando lloro
No es de tristeza, nó!

—

Distante del ruido, feliz hallo mi vida,
Y si es dulce mi suerte ¿por qué te asusta así?
De luchas me hablas, de odio, de guerra fratricida......
¿Y qué me importa á mí?

—

Mi alma está ignorante del mal que hay en la tierra,
Mis labios no han probado sino la dulce miel;
Bellísimas florestas el mundo entero encierra,
No sé si hay mal en él.

—

En la región en donde la tempestad se hospeda
Gemir oigo yo el viento sin sufrir su altivez,
Y gozo la frescura del torrente que rueda
Destructor á mis pies.

—

Rosales de los hielos que cubre roca parda
Florecen al abrigo del rudo vendaval,
Y en los helados campos la pobre flor aguarda
Aura primaveral.

—

Así en este desierto de sinsabor profundo,
En donde el egoísmo marchita toda flor,
En este ingrato valle, que el hombre llama mundo,
Yo espero dulce amor.

—

No sé qué extraño instinto valor me da en la lidia,
Me anuncia feliz suerte, la vida me hace amar,
Y dice: "será tuya la gloria sin envidia
Y el amor sin pesar."

—

Oh sí, creo en la dicha soñada por mi anhelo;
Me guía de la mano un ángel celestial,
Y alcanzaré la gloria, sin desgarrar mi velo
En el mundano erial.

—

Cual se esperan las flores que la estación envía,
Y cual en noche oscura se espera nuevo albor,
Triste......siento que llega celestial alegría,
Sola......vivo de amor.

—

Aquel que debe amarme, aquel que adoro, existe,
Si oculto está á tus ojos, mi corazón lo ve;
Envuelto en mil encantos á mi existencia asiste......
Madre......yo tengo fe.

—

Y de temor me turbo con sólo el pensamiento
Y me estremece extraña, dulcísima emoción;
Y cual si aquí estuviera, yo temo que el contento
Pueda hacerme traición.

—

Mi sueño es la esperanza que aquí en mi mente arde!
Aquel que debe amarme vendrá, vendrá por mí;
Déjame en tu regazo...... Déjame que le aguarde
Oh madre, junto á tí!



A ELLA

I

Luz pide el ciego entre tinieblas, triste,
Y así tu amor busqué ;
Y dulce luz de mi esperanza fuiste
Y diosa de mi fe.

II

Luz de tus ojos ofuscó mi mente
Y diosa te juzgué ;
Mas nubes ví, después, sobre tu frente,
Y al ciego ¡ ay ! envidié.



YO ME QUIERO MORIR

—

Enferma en su aposento está Clorinda!
No quiere, no, salir;
Y así triste y enferma, está más linda
Y dice, si la madre amor le brinda,
Yo me quiero morir.

—Tú te quieres morir, hija adorada?
¿Tú me quieres dejar?
¿Por qué te encuentro así, desconsolada?
—Ya de la vida, oh madre, estoy cansada....
Sólo quiero llorar.

—Y ¿qué te duele? Dime por qué lloras......
—Me duele el corazón......
—No llores, que llorando te empeoras!......
Con perlas de quinina, en pocas horas
Se cura esa afección.

—¿Quinina?—Sí, quinina?... —Es muy amarga...
—Pero es muy eficaz,
Y curará la pena que te embarga....
—Yo no la tomo!..... —Pues el mal se alarga....
—Madre!.... Dejadme en paz!....

—Pero, entre tanto, niña, estás llorando......
Me aflije verte así....
¿Dónde sientes dolor y desde cuándo?......
—Aquí en el corazón...... Ya va pasando......
—Mas lloras...... —Ay de mí!

—Clorinda!......¿Ves?......El médico que pasa!
Lo voy á hacer llamar......
—¿Para qué?—Si es el médico de casa......
—Para mi mal su ciencia es harto escasa......
No me puede curar.

—Señor Doctor! Mi hija está muy mala......
Yo la veo sufrir......
—¿Qué tiene?—Nada á su dolor iguala!
Tras un suspiro, otro suspiro exhala......
Y se quiere morir!

—¿Se quiere ella morir, cuando es tan bella?
¿Morir al principiar?
Será capricho pasajero de ella.........
No se apaga jamás ninguna estrella
Cuando empieza á brillar.

—Yo me quiero morir......—Pues yo lo dudo!......
Nadie muere *por él.*
—¿*Por él*, Doctor?......—Y el médico sesudo
Le prescribió á la enferma cuanto pudo,
Ya acíbar, ó ya miel.

La hermosa enferma á todo se oponía,
Sin dejar de gemir,
Y el galeno mil cosas le advertía,
A las cuales la niña respondía:
—"Yo me quiero morir."

—¿Te duele el corazon?—Me duele el alma......
—¿Vivir no quieres?—Nó!
—Niña infeliz ¿qué amor así te ensalma?
¿Qué te enloquece así?...... Valor! Ten calma!
—Morir anhelo yo!......

Si tal es el empeño de la niña,
No lo debo impedir!
No haya por eso, entre nosotros. riña;
Mas si quiere morir (y un ojo guiña)
No debe, nó, vivir.

Y el buen Doctor, hablando de esta suerte,
Un pomillo mostró,
De glóbulos, que matan al más fuerte!
—"Toma, la dijo, y quedarás inerte......"
Ella palideció.

Y al repetirle con siniestro aplomo,
—"Dejarás de sufrir......"
La enferma huyó, diciendo:—"No lo tomo!......"
Mas no volvió á decir por miedo al pomo,
—"Yo me quiero morir."



IMPROVISACION

—

(EN UNA COMIDA)

—

¿ Quieres tomar con tu amigo
Café de mi propia taza ?
Cójela así...... por el aza
Y bebe junto conmigo ;
Y en verdad, niña, te digo
Que si acercas con tu mano
La taza al clavel temprano
De tu boca y café tomas,
Seremos cual dos palomas
Que pican el mismo grano.



TROVAS

—

I

Dicen que beber es malo,
Y yo digo que es muy bueno;
El que no bebe, está triste,
El que bebe, está contento.

—

Una copita de brandy
Es bebida que conforta;
Si estás bueno, tómate una,
Y si estás malo, dos copas.

—

Dicen que beber es malo......
No lo supo quien lo dijo,
Que en vino convirtió el agua
Nuestro Señor Jesucristo.

—

Malo será ¡quién lo duda!
A un tiempo tomar cien copas;
Pero nunca ha sido malo
Tomar una, y después otra.

—

Según dicen gentes doctas,
Con muchísima razón,
Es bueno tomar un trago,
Tomar dos tragos, mejor.

—

Los que el espíritu buscan
Son del espíritu imágenes;
Aunque se ven en el suelo,
Volando están cual los ángeles.

II

¿Para casada naciste?
Yo nací para soltero......
Mejor es que no me quieras,
Que tu cariño da miedo.

—

¿No recuerdas? Tú me amaste,
Según me digiste un día.
¿Y ahora?...... Luego cojerme
Era lo que tu querías.

—

El matrimonio es asunto
En que piensan sin cesar,
Los hombres y las mujeres......
Pero las mujeres, más.

—

El matrimonio es el sueño
Dorado de la mujer;
Dieran ellas por casarse......
¡Ah caramba! no sé qué......

—

Quiere casarse la niña,
Quiere casarse la joven,
Quiere casarse la vieja
Con el primero que asome.

—

Siempre miré indiferente,
Niña, con razón de sobra,
Tus arrumacos de antaño
Y tus desdenes de ahora.

—

Si no me caso contigo,
No por eso tendrás lloro;
Yo sé muy bien que tú dices:
"Lo mismo es un novio que otro."

III

Llanto derraman las nubes
Y llanto vierte mi alma;
Aquel ablanda la tierra,
Y mi llanto no te ablanda.

—

¿Por qué no quieres quererme,
Sabiendo que yo te quiero?
Vamos á querernos, niña,
Porque quererse es muy bueno.

—

Tus ojos son unas flechas,
Y dan muerte cuando miran;
Mírame y vuelve á mirarme,
Que quiero morirme, niña!

—

Me burlaste ayer, por limpio,
Y hoy, por rico, me sofocas:
Si es miel lo que á tí te gusta,
A mí no me gustan moscas.

—

Niña que con lujo vistes
Sin tener de donde venga......
Mira que el lujo enflaquece,
Mira que ese lujo afrenta.

IV

No te pares en pelillos,
Y haz dinero á todo trance;
El cómo no importa mucho,
Haz dinero y serás grande.

—

Nada vales en el mundo
Aun sabiendo esto y aquello,
Que en el mundo lo que vale
Es saber hacer dinero.

—

Muchos años has vivido,
Y mondo estás y lirondo;
Quien no sabe hacer dinero
No es más que un solemne tonto.

—

Cuando tú quieras dinero
Para salir de un conflicto,
(Sí no buscas desengaños)
No lo pidas á un amigo.

V

Flor delicada no nace
En estéril arenal,
Ni en el alma del avaro
Nació nunca la piedad.

—

En el hombre hallarás siempre,
Cual muestra que nunca engaña,
En los labios, la sonrisa,
Y el egoísmo en el alma.

—

Pedir al hombre franqueza
Es pedir peras al olmo,
Es pedir perfume al fango,
Es pedir limpieza al lodo.

VI

Si quieres parecer sabio,
No hables, muéstrate mudo;
Que hay muchos sabios que guardan
El silencio de los burros.

—

Semilla de beneficios
Siembra bajo el cielo azul
Y cojerás abundante
Cosecha de ingratitud.

—

No hagas nunca mal á nadie,
Y haz todo el bien que te pidan,
Que el mal se recuerda siempre,
Aunque el bien siempre se olvida.

—

¿Piensas que porque hablas mucho
Dirán que tienes talento?
¿No ves que un tonel vacío
Resuena más que uno lleno?

—

Poco me importa si dicen
Que yo no valgo ni un cero......
Si honra le niegan al vivo,
Virtudes le dan al muerto.

—

Cuando grave duda tengas
Y de acertar estés lejos,
Cierra los ojos y sigue
De tu enemigo el consejo.

—

La verdad ¿dónde se encuentra?
¿Dónde se halla la mentira?
La mentira está aquí abajo,
La verdad está allá arriba.

—

Cerrados están tus ojos
A la luz, cual los del ciego;
Ya verás, cuando los abras,
Que la humanidad es cieno.

VII

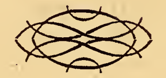
Si la maldición llegara
A aquel á quien se dirije,
Ya hubiera muerto el tirano
A quien el pueblo maldice.

—

El pueblo! ¡ Cómo se burlan
Los mandatarios de tí!
Todo lo hacen para al pueblo,
Y el pueblo es un infeliz!

—

Si no quieres ser pequeño
Ante el tirano que humilla,
Nunca seas su vasallo,
No te pongas de rodillas.



CELOS

—

Él se mece en muelle hamaca
Leyendo el Diario de Aldrey;
Sentada ella en la butaca
Le habla á él con voz tan flaca,
Como si hablara á su rey.

—¿No has visto lo repugnante
Que está Juana, la doncella?
—No lo he visto!—A cada instante
Me ofende......Tiene un amante......
—¿Amante......*Eso es cosa de ella.*

—¿Sabes que me han advertido
Que tu la abrazaste un día?......
Y otras cosas he sabido!—
Y le contesta el marido
Con calma: *Eso es cosa mia!*

—Muy bien! Mas soy la señora,
Y haré que salga, que huya
De aquí la infame traidora......
¿Y qué me dices ahora?......
—Digo......que *eso es cosa tuya.*

Despiden la criada odiosa
Que la paz quiere turbar
De la pareja dichosa,
Y olvida el error la esposa,
Como reina del hogar.

ELISA

ó

VÍCTIMAS SACRIFICADAS EN ARAS DE LA AMBICIÓN.

—

LEYENDA

—

I

Macuto

—

En el pueblo de Macuto
Un domingo por la tarde
Del ardiente mes de Agosto
Hubo toros en las calles,
Complemento de la fiesta
Que todos los años hacen
Al santo patrón del pueblo
Sus piadosos habitantes.

Desde Caracas, la culta,
Mucha gente emprende viaje
Hasta el modesto villorio
Que de su fiesta hace alarde ;

Y si álguien no comprendiere
Y curioso preguntare
A qué vienen á Macuto
Dejando comodidades,
Y siendo pequeño el pueblo
Que solo tiene seis calles,
Las dos de Oriente á Poniente
Y las cuatro trasversales,
Y sólo unas cuantas casas
Que den cómodo hospedaje
Y ofrezcan seguro asilo
Contra el calor que allí hace,
Diré que á disfrutar viene
De inocentes libertades,
Que en este pueblo sencillo
No hay etiqueta chocante;
Se vive cual se vivía
En los tiempos patriarcales;
Que aquí guardan las costumbres
Sencillas de nuestros padres.
Este mínimo villorio
De calma y paz envidiables,
Sin el lujo que corrompe,
Implantado por los grandes,
Sin los balcones soberbios,
Sin los soberbios magnates,
Abunda en pajizas chozas
Que á sus hijos satisfacen
Y en que viven vida honesta,
Pacífica y sin afanes,
De duras penas exentos,
Divorciados de pesares. (*)
No hay en Macuto riquezas,
Son pobres sus habitantes;
Mas nó les falta el pan diario,

(*) Esta leyenda fué escrita el año de 1853. Era entonces Macuto un pueblo humilde, en relación con las costumbres sencillas de aquella época, y nada hacía conjeturar que, treinta años después, había de ser una ciudad lujosa, si pequeña, embellecida por la arquitectura moderna, para gusto y solaz de la aristocracia criolla.

Que en trabajar son tenaces;
Y si dinero no tienen
Ninguna falta les hace,
Se contentan con muy poco,
Les basta no tener hambre.

Su riqueza es aquel río
De aguas puras, saludables,
Que entre murmurios dolientes
Van con el mar á mezclarse,
Cuyas alegres riberas
Llenas de verdes esmaltes
Reciben sombra y frescura
De los cuajados mangares
Que de las ramas enhiestas,
Impelidas por el aire
Sueltan la fruta de oro
Que el agua lleva á los mares.

Bajo los bosques sombríos
Poblados de inquietas aves
Alzan sus cantos de gozo
Las bellas hijas del Guaire,
En tanto que se desprenden
El bien holgado ropaje
Para arrojarse sin miedo
A los líquidos cristales
Como cisnes nadadores,
En inquieto alegre enjambre,
O cual si fuesen del río
Las misteriosas deidades.
Allí, entusiastas, recitan
Los aprendidos cantares
Y el aire pueblan de voces
Y de enternecidos ayes;
Y allí mitigan, gozosas.
El fuego que el alma invade
Nacido en pláticas dulces
Entre el tupido follaje.

—

II

Dos caballos

De aquel día bullicioso
Eran las tres de la tarde;
Se corrían dos caballos
Antes del juego empezarse,
Uno bayo, cabos negros,
De estampa bizarra y grande,
De hermoso y robusto cuello
Y de crines abundantes,
Que adornos ricos ostenta
Y bien labrados pretales
Y estribos de fina plata
Que mucho dinero valen,
Cuyo ginete es un hombre
De repulsivo semblante,
Conocido en todo el pueblo
Por Don Ciriaco Linares,
Quien se ha hospedado en Macuto
Con pretexto de sus males
Y que, en verdad, ha llegado
En pos de bastardos lances:
Es potro el otro caballo,
Negro como el azabache,
Inquieto como el azogue
Y lijero como el aire,
Y se encabrita y da saltos
A distancias desiguales,
Como queriendo dar muestras
De la habilidad del ave.
Su instinto le ha revelado
Que un contendor hay delante;
Sabe que va á medir fuerzas,
Y que ha de vencerlo sabe.

No tiene éste, como el bayo,
En los aperos esmaltes,
Carece de las riquezas
De que aquel está abundante,
Porque es de una casa pobre,
Y el placer de conservarle
Le cuesta al joven, su dueño,
Rudos, muy rudos afanes.
El ginete es un apuesto
Mozo de dulce semblante,
Que monta con gallardía,
Luciendo el flexible talle;
Mozo formado en el pueblo
Entre fatigas y afanes
Y á quien fuerte hizo el trabajo
Y la fortaleza, afable.

III

Preparativos

—

Van á empezar las carreras;
La gente se está apartando,
Y el trayecto despejando,
Situándose en las aceras.

Es el punto de partida
De un viejo uvero la sombra.
Que el suelo en redor alfombra
De hojas que ya están sin vida.

Y el término es el camino
Del cercano pueblo "El Cojo,"
Dónde comienza el malojo
De un hombre de allí vecino.

Franco ha quedado el lugar;
La gente, á un lado se estrecha:
La acera está á la derecha,
Y á la izquierda queda el mar.

Prudente el dueño del bayo
Pretal y adornos le quita;
Lo sofrena y precipita,
Todo, cual útil ensayo.

Con la espuela y con el fuete
Duramente lo maltrata,
Y el caballo se arrebata
Al rigor de su ginete.

Y tanto lo azuza, fiero,
Tanto lo hiere y azota,
Que el caballo bota y bota,
Y al fin saca al caballero.

Monta otra vez, vanidoso,
Si bien con algún recelo,
Y barre otra vez el suelo
Aquel hombre presuntuoso.

Y tiene qne dar el bayo
A un indígena á quien paga
Para que lo monte, y lo haga
Correr veloz como el rayo.

IV

La carrera

—

Iguales se paran entrambos ginetes
Y pueden apenas las bestias tener;
Sujetan las riendas, levantan los fuetes,
Pronuncian *las voces*, se dan á correr.

Partieron á un tiempo: no llevan ventaja:
El uno del otro distante no va:
El indio los lados de hipógrifo saja,
Y Adolfo á su potro palmadas le da.

La vista no alcanza su alíjero potro
Que vuela, cual ave que pasa fugaz;
La espuela fatiga los bríos del otro
Que sigue, tardío, corriendo detrás.

El potro de Adolfo ganó la carrera,
Y Adolfo, coronas de flores ganó,
Que á joven airosa, de faz hechicera,
De júbilo lleno, sumiso ofrendó.

La pálida joven á quien el galante
Ginete las flores ciñera á la sien,
Parece con ellas la imágen errante
De púdica vírgen del célico Edén.

V

Adolfo

—

Perdió Don Pedro un día
Su compañera amada,
Y su alma atribulada
Sufría sin cesar:
Sumido en triste lloro,
Vistiendo el alma luto,
Se dirijió á Macuto
Buscando calma y paz.

Huía del bullicio
Y afán de las ciudades,
Y aquellas soledades
Templaron su dolor;
Por eso en aquel pueblo
Fijó su residencia,
Llevando la existencia
De un hombre de alto honor.

El resto de su vida
Allí pasó tranquilo;
Macuto fue el asilo
De su precoz vejez;
Y allá, lejos del mundo,
Jamás probó, ni un día,
De la calumnia impía
La siempre amarga hiel.

Vivió siempre Don Pedro,
Piadoso, en Dios confiando,
Y á Adolfo fue formando
En el temor de Dios.
Y haciéndose hombre el niño,
Del padre declinaba
La vida: se acercaba
El fin de su misión.

En orfandad temprana
Quedó Adolfo sumido;
No había conocido
Sino el paterno amor.
Dotado de alma hermosa,
De corazón muy tierno,
Su amor filial fué eterno,
Fue eterno su dolor.

No abandonó aquel pueblo
Testigo de su infancia,
Y lleno de arrogancia
Llegó á la juventud:

Fue siempre para todos
Amigo cariñoso,
Con todos, respetuoso,
Modelo de virtud.

Para endulzar los días
De su existencia oscura,
Un ángel de dulzura
Halló en una mujer
Que, enamorada amante,
Le consagró su vida,
Bebió con él la henchida
Copa de amarga hiel.

VI

Un viejo bellaco

El Don Ciriaco Linares
Es un hombre anciano ya.
Que de una niña pretende
El puro amor alcanzar,
Olvidando que el cariño
Cuenta los años de edad
Y que al ver que son muy largos,
Vuelve la espalda y se va;
Que el cariño es cual las flores,
Que aire quieren, matinal,
Y que el broche cierran, tristes,
Del hielo ante la frialdad.
Es rico, mas sus riquezas
Ningún mérito le dan,
Que ellas al hombre no elevan
A la estimación social
Cuando tienen un origen

Oculto en la oscuridad;
Cuando no son el producto
De asiduo y de honesto afán.
¿Qué es la riqueza? Dinero!
Y el dinero es, á lo más,
La prueba del justo acierto,
Cuando no lo es del azar.

Para Elisa es repulsiva
Del viejo la torva faz,
Y aunque él con dulzura le habla,
Ella le contesta mal.
—Bella Elisa, yo te adoro......
¿Por qué no me miras? ah!
Mi amor, preciosa paloma,
¿Quién te le hace despreciar?
Ese mozalvete sucio
Que te corteja, tenaz,
Es un *limpio* que no tiene
Un sólo maíz que asar;
Mientras que yo soy muy rico,
Hombre de grande caudal
Y muy digno de tu mano
Porque soy casi un nabab.
¿Qué te faltará á mi lado?
Mi afecto adivinará
Tus caprichos. Tendrás lujo
Y todos te envidiarán!......
Con que, mi bien, ¿qué respondes?
¿Me amas?—Nunca, jamás!
Mi corazón es ageno,
Pertenece á otro hombre ya
—Eso lo sé, niña Elisa,
Sé que amas á un patán
—Pues, entonces, si lo sabe,
¿Con qué objeto viene á hablar
De su amor, que yo desprecio,
Cual desprecio su caudal?
Eso es lo que usted me inspira:
Asco, desprecio, no más!

Con altivez desdeñosa
Que aumentaba su beldad.
Esta injuria arrojó Elisa
Del necio amante á la faz.

VII

Asechanza

—

Veremos, dijo el viejo, si resiste
Cuando deje de ver al tal Adolfo
Y cuando se halle ahogándose en un golfo
De mal sin cuento y de desdichas mil!
Su padre es mi deudor, y está arruinado,
Y á la chiquilla obligará á ser mía:
Hoy concluyo el negocio, hoy es el día
En que sabré si soy ó nó feliz!

VIII

Un trovador

—

Son las doce de la noche
Y todo en silencio yace;
Sólo del mar el ruido
Se oye apacible y suave:
La luna el éter pasea,
Melancólica, constante,
Y sus rayos iluminan
La inmensidad de los mares.

El río sus aguas quiebra
En los guijarros del cauce;
Y en los cocales cercanos
Amores susurra el aire.

En medio al silencio, suenan
Los preludios agradables
De vibradora guitarra,
Allí tañida en la calle,
Y la voz dulce, entonada,
Melancólica, suave,
De trovador misterioso
Que canta, triste, á su amante:

"Elisa del alma mía,
Jamás en el mundo amó
Nadie como te amo yo
Pues eres mi idolatría;
Y aunque la fortuna impía
Negándome sus favores,
Se oponga á nuestros amores
Nunca dejaré de amarte
Pues he jurado adorarte
A pesar de sus rigores."

IX

Plática y riña

—

Cesó el canto, y en el aire
Sus modulaciones vibran,
Y un sollozo dice: "Adolfo!......"
Y un suspiro dice: "Elisa!......
Tú no sabes cuanto sufre
Por tu amor el alma mía:
Me impulsa el furor á veces,
Y el mismo furor se entibia,

Al pensar que puedo darte
Con una imprudencia indigna
Tormentos insoportables,
Insoportables desdichas."
—" No temas nada, bien mío,
Contesta trémula Elisa,
Tuya he de ser ó es preciso
Que un Dios de bondad no exista,
Para que injusto mi padre
Infeliz haga mi vida
Entregándome á ese monstruo
Que solo terror me inspira.
—El temor, las amenazas,
Al fin, acaso, consigan
Doblegarte.—Muy mal ama
Quien se rinde á la injusticia;
Poro es fuerza que esperemos......
—¿ Esperar más todavía,
Cuando sé que se prepara
De mi vil rival la dicha?
—Confiemos en Dios, Adolfo......
—Te obligarán, dulce Elisa!......
—Si mi corazón es tuyo,
¿ Quién el dominio te quita?
—Huyamos!...—Cómo!...—Perdona!...
El amor no lo autoriza,
Aunque ambicioso tu padre
A tal propuesta me obliga,
Mas es forzoso que sepas
Que dentro de pocos días
Tu señor será Linares
Y tú serás...... su cautiva.
Cesó la plática triste,
Y al susurrar de la brisa
Se mezclaron los suspiros
De la enamorada niña,
Que deshecha en lloro amargo
Dirije al cielo la vista
Y á Dios demanda consuelo
En su profunda desdicha.

—

Ya el trovador se alejaba
Llevando en el alma á Elisa,
Cuando unas manos de hierro
Cerco á su cuello ponían
Apretándole con fuerza
Para producir la asfixia:
Ya giraba en torno suyo
La arboleda de la orilla;
Ya en sus pulmones faltaba
El aire; ya se moría,
Cuando logró en el contrario
Poner su mano maciza;
Y tal fue el golpe en la frente,
Y asestado con tal ira,
Que el asesino cobarde
Cayó inmóvil cual sin vida.

Adolfo lo vió en el suelo,
Y en sus labios la sonrisa
Se dibujó del desprecio
Que hacia Linares sentía.

—

Breve instante de silencio
Trascurrió. Solo se oía
Del mar el sordo mujido
Y el murmurio de la brisa,
En tanto que de la luna
La imperturbable pupila
El cielo, el mar, el espacio
De blanca luz ilumina.
Nuevamente cantó Adolfo
Con voz ronca, endurecida,
Una estrofa que á su amada
Su tierno adiós le decía:

"Virgen que mi alma adora
Con la inocencia de un niño,
Duerme tu sueño de armiño
En grata paz bienhechora."

X

Amanece

—

El céfiro impregnado de rico y vario aroma
Lijeramante mueve las flores del pensil;
El astro luminoso por el oriente asoma
Y esparce en cielo y montes dorada luz sutil.

—

Las aves con sus trinos saludan la mañana,
Y alegres van y vienen picando cada flor,
El cielo se embellece tiñéndose de grana,
Y magestuoso avanza resplandeciente el sol.

XI

El mandato

—

—El fuego de un amor que tu alma abriga
He visto, Elisa, en tu mirada ardiente,
Amor que palidez pinta en tu frente
Y te hace por las noches delirar.
Yo soy tu padre, Elisa, y tu ventura
Es mi dicha también, es mi contento;
Serán tus infortunios mi tormento,
En tu dicha no más podré gozar.

Confía, pues, al protector afecto
De tu padre, el secreto de tu alma ;
Y así recobrarás la dulce calma,
Pues prudentes consejos te daré.
Empieza, hija querida, nada temas......
—Padre mío, perdón!...... Es tan amante,
Tan noble, tan gentil, tan arrogante,
Que resistir no pude, y lo adoré !

—No me había engañado !...... Sí, tu amas !......
¿Y á quién hace feliz tu preferencia?
—A un hombre por quien diera la existencia,
Que supo conquistar mi corazón;
A un hombre, todo amor, todo arrogancia
Consagrado al honor y las virtudes......
—Si es honrado, cual dices, no lo dudes,
Me llena de contento tu elección......

¿Con qué cuenta? ¿Qué tiene? ¿Qué te ofrece?
—Sólo me ofrece amor, al cual aduna
El brillo de su honor, que es su fortuna......
—¿De manera que es pobre?—Pobre, sí;
Pero rico de amor y de esperanzas......
—Calla, infeliz! Ese hombre no es virtuoso......
¿Cómo puede aspirar á ser tu esposo
Un mozalbete oscuro y baladí?

La virtud! El honor!...... ¡Qué sabes de eso!......
Ellos se avienen mal con la pobreza!
Honor! Virtud!...... allí donde hay riqueza,
Sin la cual, son palabras sin valor;
Y ya he dado tu mano á quien merece
Por títulos valiosos ser mi hijo,
Que yo, tu padre, compañero elijo
Para tí, con riqueza!— ¿Y sin amor?

—¿Qué te importa el amor, si tienes oro?
—¿Y qué le importa el oro á aquel que ama,
Al corazón que siente arder la llama
De una pasión sublime y celestial?

—Con amor ó sin él, has de casarte
A mi gusto. Y es cosa decidida!
—Sabré morir, más bien, pues que la vida
Sería entonces insufrible mal.

—Obedece á tu padre que te manda,
El único que vela por tu suerte;
Obedéceme, ó teme que la muerte
Hiele en tu pecho tu vulgar amor.
—Matadme, padre, si mi amor es crimen!
—Es crimen la pasión vulgar, impía,
Que del padre amoroso contraría
La esperanza, el propósito, el honor!

—

XII

El rapto

—

Son las doce de la noche
Y todo en silencio yace;
Sólo del mar el ruido
Se oye apacible y suave.
La luna el éter pasea,
Con su tristeza constante,
Y sus rayos iluminan
La inmensidad de los mares.
Todo reposa en el pueblo,
Todo es silencio en sus calles:
Los misteriosos ruidos
Nocturnos el aire invaden;
Y de súbito se oye
Un galope retumbante

Y se ve que dos personas
Del tranquilo pueblo salen
En un potro cauteloso,
Negro como el azabache,
Inquieto como el azogue
Y lijero como el aire:
Dócil á la diestra mano,
Que lo dirige, no parte
Violento, cual si quisiera
Mostrar el vuelo del ave.
Su instinto le ha revelado
Que va á misterioso viaje,
Que lleva un sér bello y débil,
Y templa el brío en que arde.
Uno de los dos ginetes,
De faz varonil y grave,
Con brazo fuerte soporta
El leve peso de un ángel.
¿A dónde van á estas horas,
Dejando atrás sus penates?......
Ese es el secreto de ellos!
Dios solamente lo sabe!

—

XIII

Una víctima

—

Oculto en las malezas del camino,
Paso á paso, adelanta otro ginete
Que de bastardo intentó aconsejado,
En pos de los viajeros audaz viene.

Espada ciñe, al cinto suspendida,
Y embosado en la capa, apenas puede
Iluminar la luna sus facciones
En que se pinta pretensión aleve.

Ágil dirije el bruto asustadizo
Con una mano que la capa envuelve,
Y con la diestra empuña corta daga
Que á la luz de la luna resplandece.

Mirando receloso á todos lados,
El caballo refrena algunas veces,
Y al volver del temor, la brida afloja
Y con la espuela sus hijares hiere.

A lo lejos distingue, al fin, un grupo,
Y duda si está fijo, si va ó viene;
Y el caballo, sujeto, se encabrita,
Pidiendo así la libertad que quiere.

El ginete sus bríos apacigua;
Lo suelta luego, y luego lo detiene;
Corre al fin hacia el grupo, daga en mano,
Y el grupo, apercibido, no se mueve.

Brilla á la luna traicionera daga
Que mano vil con ímpetu suspende!......
La muerte bate allí sus negras alas!......
Un tiro...huye un caballo...un hombre muere!....

—

XIV

Terror

—

—"Bien mío, vuelve en tí, que ya ha pasado
El peligro, cual ráfaga de viento!
Valor! Abre los ojos!...... Que el contento
Vuelva á tu rostro, del pesar surcado.

"Elisa, vuelve en tí, vuelve, respira,
Y nada temas!......—Ay! Adolfo mío,
El monstruo nos persigue! De ese impío
La abominable faz terror me inspira!......

"—No hay nada que temer! El atrevido
Pagó su audacia vil, rindió la vida!
Mírale alli!...... La bala halló cabida
En su ancho pecho, de maldad henchido!"

—

XV

Nuevo terror

—

—¿Y ese ruido?
—No es nada, Elisa,
Es de la brisa
Leve rumor.
—Pasos parecen
No muy lejanos......
—Temores vanos......
—Siento terror......

—No así te alarmes,
Que esos ruidos
Son los gemidos
De seres mil.
—Escucha, escucha!......
—Son tus temores
Vagos terrores,
Miedo pueril.......

—Escucha! Mira!......
¿No ves un bulto
Que casi oculto
Viene hacia aquí?
El rigor temo
De adversa suerte......
Temo la muerte
Sólo por tí......

—No temas nada
Que yo te guardo
Y en fuego ardo
Por tí de amor!
—Mira! Se acerca,
No se detiene!......
Corriendo viene!
—Mi bien, valor!

XVI

La presencia del bulto

—

—"Hija rebelde!...... Niña malhadada!
Ya estás entre mis manos otra vez!
—"Padre, perdón! Ah! Vedme prosternada,
Humilde, como siempre, á vuestros pies"......

XVII

Otra víctima

—

"Y á tí, mozuelo villano,
¿Cómo será que te llame?......
El furor contengo en vano,
Que has de morir á mi mano
Como seductor infame!"

El brazo alzó, y el acero
Descargó aquel hombre fiero,
Que en matar se daba prisa:
El brazo no fue certero,
Y el seno rasgó de Elisa.

Al rudo golpe brotó
Sangre, á torrentes, el pecho;
Sangre que al padre manchó:
Los brazos en que ella huyó
Fueron su mortuorio lecho.

Y en aquel supremo instante
De incalculable dolor,
El infortunado amante
Dió á la amada agonizante
El primer beso de amor.

Niña infeliz......, impulsada
Por infausta, dura suerte,
Ay! de tu hogar extraviada,
Viniste á ser desposada
En el seno de la muerte!

XVIII

Otra más

—

En su dolor perdió Adolfo
La conciencia de la vida,
Y durante unos segundos
No supo qué acontecía.
Como autómata, parado
En medio de la desdicha,
Cantó con lúgubre acento
Su amor eterno á su Elisa.

"Elisa del alma mía,
Jamás en el mundo amó
Nadie como te amo yo,
Nadie, con idolatría;
Y aun cuando la suerte impía
Se oponga á nuestra ventura
Y me colme de amargura,
Jamás dejaré de amarte,
Pues he jurado adorarte
Aun en la sepultura."

—

Vuelto de aquel desvarío,
Inmensa halló su desdicha;
Y el dolor corrió abundante
Por sus pálidas mejillas.
Mas ya con plena conciencia
De su desgracia infinita,
Y comprendiendo que el mundo
Sólo dolor le ofrecía,
Al lado del sér, ya inerte,
Que fue su sola delicia,
Se extendió con calma heroica,
Y luego...... murió suicida!......
Triste, fúnebre silencio
Sucedió!......Sólo se oía
Del mar la onda espirante,
Y unos pasos...... que se iban......
Y entre tanto, de la luna
La imperturbable pupila
Sobre tres yertos cadáveres
Trémulos rayos vertía.

XIX

La conciencia

—

Nadie supo de Don Jaime,
Tirano padre de Elisa:

Esquivó toda mirada
Desde que mató á su hija.
La lámpara inapagable
De la conciencia, que envía
Luz á las almas honradas,
Luz á las almas precitas,
Con resplandores siniestros
Sin cesar pone á su vista,
Entre honda charca de sangre
El cadáver de su hija.
Huyendo de aquel recuerdo
Horrible que lo fatiga,
Horror siente de sí mismo,
Y sin dirección camina......

Miserable y ambicioso,
Lleno de negra codicia,
A un viejo, porque era rico,
La mano de ella vendía.
Las ceremonias nupciales
A celebrarse ya iban ;
El día estaba fijado,
Y Elisa se fué la víspera,
Temiendo ser entregada
Al hombre que aborrecía.
¿ Qué camino le quedaba
Entre la muerte y la vida ?
El honor, que es exijente,
Un sacrificio pedía......
Pero ¿ á qué niña no ciegan
El amor y la injusticia ?
Por eso el padre, al recuerdo
Que su conciencia fatiga,
Queriendo huír de sí mismo,
Anda, camina, camina !......

—

XX

Las sepulturas

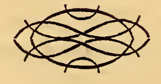
—

A mitad del camino de Macuto
La "*Punta de Mulato*" está situada,
Antigua fortaleza amurallada
Que la incuria ha dejado sin valor;
Y á la derecha, en elevado monte,
En medio del verdor de la espesura,
Marca una cruz la doble sepultura
De dos víctimas santas del amor.

—

Adolfo! Elisa! Amantes infelices!
Sencillas vuestras almas se escaparon
Y al trono de Jehová se encaminaron,
Y él las unió, tranquilos reposad;
Que si el orgullo os dió la desventura
Por premio á vuestro amor, aquí en el suelo,
Unidas para siempre, allá en el cielo,
Disfrutan eternal felicidad.

1853.



PROSA



POBRE PADRE MIO!

Mi padre ha muerto!

Ya no hallaré en el mundo ni afecto, ni franqueza, ni consejos.

Mi único amigo ha desaparecido......

*

No me toca á mí ¡oh padre mío! decir lo que tú fuiste. Pero, valga la verdad, y séame permitido expresar que fuiste un hombre honorable.

Tipo del *self made man*, á nadie sino á tus esfuerzos debiste la posición social que alcanzaste un tiempo en la ciudad de La Guaira.

Sonrió á tus esfuerzos la fortuna.

El trabajo honrado te dió independencia.

Fue ejemplar tu vida.

*

No faltaron, entonces, personas que tuviesen á gala llamarte su amigo.

Todos hallaban complacencia en cultivar tu trato.

Y á tí te consultaban, porque tenías buen juicio y clara inteligencia.

Y á tí acudía, con razón, el desvalido, porque eras generoso......

A tí volvía los ojos el necesitado, porque eras caritativo.

Contigo se contaba siempre para toda obra buena, porque nunca rehusabas tu concurso, porque siempre te animaba el espíritu público.

Fuiste bueno, piadoso, útil!

*

Todo ha desaparecido!

Tras larga y dolorosa enfermedad, hallaste, por fin, descanso el 4 de Febrero.

*

Sufriste, sufriste mucho.

Pobre, muy pobre pasaste los últimos años de tu vida.

En esos pocos años la experiencia te dió lecciones muy amargas.

Yo aprovecharé el fruto de ellas y las guardaré en mi corazón como precioso legado.

De tí puede decirse que la muerte vino á librarte del horror del mundo.

Tu muerte es el término de tus penas y el principio de la vida con que Dios premia á los justos.

*

Y, no obstante, lloro, lloro como un niño, porque yo te amaba con el amor que la naturaleza impone, con el amor

que tu vida santa me inspiraba, con el amor que tu martirio me pedía.

*

Tus virtudes no pudieron valerte ante los hombres, porque para los hombres es convencional el valor de las virtudes.

Las virtudes !...... Palabras sin sentido, moneda sin valor, que no corre en el mercado del interés !

Pobre padre mío !

*

Hay un lugar donde las virtudes son la única moneda con que se compra puesto distinguido.

Rico ante Dios, si pobre ante los hombres, habrás alcanzado asiento, allá, en el banquete de los justos.

*

Tu muerte fué tranquila.

No te abandonó la resignación cristiana de que siempre diste ejemplo.

Te confortó la confianza qne pone en Dios el que posee una conciencia pura.

Pero me acompaña el dolor de no haber estado allí, pegado á tu lecho, para haberte consolado en tu agonía; para haber llenado los piadosos deberes que otros cumplieron en mi ausencia; para haber recojido, con tu último aliento, tu bendición postrera.

*

Duerme tranquilo !

Yo no podré llenar el vacío que tú dejas ; pero conservaré ileso el nombre inmaculado que llevo con orgullo !

Descansa en paz, oh pobre padre mío !

New York, 22 Febrero 1873.

A MONSIEUR JEAN M. TUJAQUÉ

—

Je viens de recevoir une lettre qui m'aprend une bien triste nouvelle.

Cette nouvelle me fait transporter chez vous sur les ailes de l'amitié.

La solitude règne dans votre maison.

Je n'y trouve plus la paisible joie qui l'animait auparavant.

Tout est changé là où l'on ne trouvait jadis qui du plaisir, le doux plaisir du bonheur, de ce bonheur dont tant fois je fus temoin.

Aujourd'hui on y respire cette atmosphère de touchante melancolie qui fait verser des larmes.

C'est qu'il y a du vide dans la maison.

C'est que la femme la plus dévouée n'y est plus.

Mais on y trouve encore ce parfum de sainteté que l'on respire chez les anges.

C'est ce qu'il reste de la femme vertueuse qui sût faire remarquable ses jours par des exemples qui constituent un souvenir d' amour pour son époux et un modèle pour la

pauvre orpheline dont les larmes ne sauront jamais couler suffisamment.

Le déplorable événement qui vient de vous frapper et qui aura sans doute bouleversé votre cœur en remplissant de tristesse votre foyer, me fait rappeler un semblable malheur dont le souvenir, malgré le temps, touche encore douloureusement la fivre la plus vive de ma sensibilité. Je connais moi l'amertume de ce chagrin là et puis par conséquent juger du vôtre.

C'est le bon Dieu qui l' a fait. Il avait besoin de sa presence au ciel.

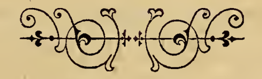
Il nous faut pourtant pleurer son absence.

Pleurez, mon ami, les larmes ont la vertu de soulager la douleur.

Pleurez, donc, et priez pour elle.

Je vous sèrre la main.

New York, le 27 Mars 1873.



ON THE DEATH OF GENERAL PÁEZ.

—

General José Antonio Páez, last remainder of those chiefs who labored for the independence of Venezuela—the old companion of Bolivar—has just departed from this world in the 84th year of his age.

Happy soldier, a favorite of the goddess of war, always surrounded by glory, he was nominated President of his country, soon after the triumph against the tyranny of Spain.

He governed in such a manner as to establish the empire of civil power and exalt the Republic to its highest grandeur. Pure patriotism was always his adviser; the development of the Republic his sole ambition; the welfare of his fellow-citizens, as well as their equality before Law—which is the essential principle of Republics—the only impulse which always moved him to serve his country. His government imparted to the country the brilliant aspect of Athenes. Not a cloud was to darken the pure sky of his glory!

Alas! That glorious epoch passed away!.........

To comment the almost faboulous deeds of this South-american Washington is a task to be performed by History.

Future people will perhaps refuse to give credit to such deeds, as among them there is to be reckoned the unfeasible assault and seizure of Puerto Cabello's castle, wich is not the deed of a man but of a god's. The impartial hand of History will write the facts, and the generations to come shall judge both the soldier and the Magistrate.

The Hero is now at rest. He died poor, very poor in this country! What a contrast between this hero's honorable poverty and some other presidents' sudden wealth!

As a Venezuelean, I heartly deplore the death of the man whose civic virtues are to be imitated. Those virtues constitute a valuable legacy to his country. As a friend, I let my heart shed over his grave the tears of the deepest sorrow.

New York 6th May 1873.



MI NECROLOGIA

—

I

Por la entornada puerta de mi aposento penetra escasa luz de la mañana.

En torno á mi lecho de muerte giran con paso medroso mi mujer y mi hija.

Van, vienen, se retiran, se acercan.

La una aplica á mis tostados labios una esponja impregnada de agua fresca.

Su mirada, triste y dulce como la resignación, procura en vano detener mi vida que se escapa.

La otra enjuga con su pañuelo blanco mi frente sudorosa y aparta con sus diminutos dedos los canos cabellos que caen desordenados sobre mis ojos inmóviles.

Un joven está de pié en un extremo del semi-oscuro aposento.

Se le escapa un suspiro, brota de sus ojos una lágrima.

Es mi primer hijo que lucha con el dolor, creyendo que la virilidad excluye el sentimiento.

En el extremo opuesto está otro joven, deshecho en llanto.

Es mi segundo hijo que no sabe todavía por qué ha de ocultar sus lágrimas. No tiene vergüenza de llorar. Todavía es un niño.

Una anciana entra súbitamente.

Los circunstantes quieren detenerla.

Ella aparta los brazos que la sujetan, llega, por fin, á mi lado, y me ve, y me besa y llora. "Dios mío! Dios mío!" exclama, y el llanto le corta la palabra.

Es mi madre que acude á recojer mi último aliento.

Oyese un ruido que sale de mi garganta.

Es la agonía, el último estertor.

II

Han trascurrido las pesadas horas del día, durante las cuales la mano diligente del libitinario ha vestido de luto las blancas paredes de la casa mortuoria y poblado de fúnebres asientos sala y corredores.

Mi morada, antes desierta, está llena de doloridos.

Mi mesa, siempre humilde, está ahora cubierta de manjares y de vinos.

Mis amigos, muy contados antes, han crecido en número: disimulan su dolor para no afligir á los más extraños y hacen esfuerzos para comer, á fin de que no se diga que no saben dominar el sentimiento.

Llega, entre tanto, la hora de *La Opinión* de Aldrey.

El repartidor, como si tratara de arrojar á las gentes una injuria, tira de paso el periódico á la cara de aquellos doloridos.

Uno de ellos lo coje al vuelo, lo desdobla, recorre las columnas y se detiene donde dice: "Necrologia."

—"Lee, lee," exclaman muchas voces en alegre coro, cual si se tratara de un epitalamio.

El interpelado se rinde al deseo general y principia la lectura de aquella especie de *misa de cuerpo presente.*

" Un hombre de altos méritos ha desaparecido de entre "los vivos, dejando insondable vacío en esta sociedad, que "está de duelo.

" Ese hombre fue un modelo de esposo, de padre, de "amigo, de ciudadano. (Bien).

"Nadie pudo aventajarle en cualidades domésticas; y "más de una vez, en el campo de batalla, dió ejemplos de "bravura indomable.

"La patria pierde un soldado invencible.

"Su título de General es uno de los que han sido acor-"dados por ella como premio al valor y como testimonio de "justicia. (Sensación).

"Abranse las puertas del Panteón Nacional para dar "entrada á los restos de este adalid de la libertad, de este "campeón del derecho.

"También el Parnaso Venezolano debe vestir el cres-"pón del dolor. (Un sollozo).

"Ahí están sus versos inmortales que no nos dejarán "mentir, en los cuales campean, con la atildada frase, los "más profundos y filosóficos pensamientos.

"Reciba la aflijida viuda la expresión de nuestra con-"dolencia.

"Y tú, querido amigo, descansa en paz!

"No perecerá el ejemplo de tus virtudes inimitables. " (Oh! Nunca!)

"La templanza, la moderación, la dulzura, dotes bellí-"simas de tu carácter, serán de hoy más nuestro guía, "como tributo de amor á tu memoria."

—Líneas muy bien escritas, dijo uno.

—El mérito de esta necrologia, añadió un tercero, consiste en la verdad que encierra.

—No se puede negar, agregó otro: en todo fue un modelo.

III

Un chirrido agudo y prolongado, se produjo en mi aposento.

Era el despertador que me llamaba.

IV

Abrí los ojos.

¡Qué horrible pesadilla!

Salté de la cama, inundado de sudor, y en mis oídos resonaban aún las palabras de la divertida necrologia.

—Mentirosos! exclamé. ¿Con que yo seré llamado modelo y ejemplo y adalid y poeta, después de mi muerte? ¿No habrá una palabra de verdad que condene mis extravíos? ¿Con que así son las necrologias?

Pues sabed que yo os desmiento!

Nunca fuí al campo de batalla, sino en calidad de *patiquín*, y por lo tanto, jamás le ví la cara al enemigo.

No me ha dado, pues, la Patria el título de General, título conferido por ella sólo á unos pocos; y si lo dejo pasar, no es sino porque no quiero oponerme á una costumbre del vulgo que llama con apodos á todo el mundo.

Nunca escribí otra cosa que malos *galerones*, y mientras viví, á nadie le ocurrió llamarme poeta.

No hay, pues, motivo para el luto del Parnaso Venezolano.

Jamás pensé en la libertad, ni en el derecho, plantas exóticas que no cuajan en árido terreno.

Y ya se ve, desde luego, que á la Patria no le importa un bledo que yo cierre para siempre entrambos ojos.

Y por último, en cuanto á la templanza y moderación que encomiáis, sabed que jamás me siento á la mesa, sin los tragos previos que me preparen el estómago, y sabed, sobre todo, que no me muerdo la lengua cuando se trata de los mentirosos.

Pícaros necrologistas! Ya caigo en cuenta de que sois unos farsarios y de que, así como la mía, son mentiras todas las necrologias que habéis escrito.

Intérpretes del duelo, oíd mi súplica! Suspended vuestro oficio cuando de verdad me muera!



QUIÉN PUDIERA VIAJAR!

—

Recorrer el Universo ha sido siempre mi sueño dorado!

Visitar la Unión Americana, ante cuya preponderancia se inclinarán un día las naciones del Viejo Mundo.

Atravesar la Europa, para envidiar sus prodigios que yo codicio para mi pobre patria.

Y no olvidaría el Asia, cuna del Cristianismo; y no sin emoción recorrería la ciudad santa.

Allá, sobre sus ruinas, asistiría por medio del recuerdo, á los sucesos de que Jerusalén fue teatro en otros tiempos.

Iría, en fin, del uno al otro polo.

Ah! Quién pudiera viajar!

Si los viajes no ofrecen el placer de la quietud, presentan indudablemente el placer del estudio: ellos cultivan el entendimiento, de una manera más eficaz que los libros.

A los viajes debió Chateaubriand la fecundidad de su

ingenio, la profundidad de sus ideas, la belleza de su estilo, la exactitud de sus apreciaciones.

Montesquieu, el legislador de las naciones, no habría escrito su *Espíritu de las leyes,* si no hubiera salido de su patria.

La celebridad literaria de Byron no es sino el fruto de sus numerosos viajes.

Y con razón dijo Rousseau que quien no ha salido de su pueblo no puede conocer el corazón humano, porque, conociendo sólo un reducido número de hombres, no puede establecer comparación exacta.

Por eso quiero yo salir del mío, donde apenas conozco á Don Cirilo, individuo notable de la alta región comercial, figura típica, que me hace odiar el comercio y me obliga á despreciar en su persona á la humanidad entera.

Ya se ve, nunca he dejado mis penates, y por fuerza, este Don Cirilo, lo más conspicuo de mi pueblo, representa, á mis ojos, el *specimen* de la humanidad.

¡Cuánta razón tengo, pues, para exclamar á cada instante: "Quién pudiera viajar!" Y cuán disculpable es la envidia que me causa todo el que sale, con su cobija á cuestas, para volver con el sobre-todo al brazo, como el señor Don Cirilo que está, como si dijéramos, fresquecito, acabado de llegar de Europa!

Trae un vestido de color uniforme. Ya es otro hombre! Y sólo un semestre ha bastado á trasformarlo.

Ha venido con la locuacidad y la galantería de un francés, la seriedad de un hijo de Albión y la elegancia de un sastre de París; él que era naturalmente callado, sin gusto en el vestir, áspero en las maneras, rudo en los modales y presuntuoso y necio en el trato con los demás hombres.

Hoy es otra cosa. Posee esa finura que dan los viajes y ese barniz de educación que se adquiere en el trato con

individuos de distintos países. No hay quien diga con más gracia : *" Bon jour ! Comment vous portez vous ?"*

Don Cirilo me recuerda la feliz ocurrencia de un muchacho que, al ver el retrato de una dama muy tosca, y hallándola mui mejorada en la fotografía, por razón de los no acostumbrados afeites, exclamó con toda ingenuidad : " Lo que es la composición !" A imitación del muchacho, se me ocurre decir, en presencia de Don Cirilo : " Lo que es el haber viajado ! "

No hace mucho que me honró Don Cirilo con su conversación acerca de sus viajes, conversación amena é instructiva, de que aún conservo el gusto en la punta de los labios, como suele decirse.

—Por supuesto, señor Don Cirilo, su permanencia en París fué larga.......

—Ah! sin duda! ¡París!......Oh!..... París!......... París es......Usted no sabe lo que es París !

—¡ Qué he de saber ! Pero apuesto que echaba usted de menos la ciudad de las sílfides y ondinas.

—Hombre ! ¿Qué ciudad es esa ?

—Caracas, señor Don Cirilo, Caracas, como la llàma Yépez.

—Calle usted, hombre, calle usted! Cuando se habla de París, no se debe recordar la capital de esta pobre tierra.

—¿Por qué no? Yo no he pretendido establecer comparación, sino saber si en medio de tanta magnificencia........

—Nada! París es lo que hay! París es todo!

—Y ¿que vió U. allá que más llamara su atención?

—Allá todo llama la atención. ¡Qué coches! ¡Qué edificios! Y aquellas muchachas, hombre, aquellas muchachas y aquel modo de decir las cosas!...... Si es para volverse uno loco! Mire usted! Este *flux* es de allá, y sólo

me cuesta *cien francos!* Y ha de saber usted, amigo mío, que en París no se habla sino francés!

—No diga! ¿Con que nada más?

—Como usted lo oye!....

—Supongo que estuvo usted en las Tullerías....

—¿Las Tullerías?.... No recuerdo..... Ah! Sí, ya sé! No fuí á las Tullerías. Aquello es un hospital de tullidos, y soy poco amigo de ver lástimas. De Francia salí para Inglaterra...... Londres...... Oh!...... Londres!......

—Qué le pareció Londres?

—Una ciudad muy grande, muy grande, con mucha gente, mucha gente.....

—Y ¿que vió usted de notable?

—De notable, nada, á excepción de la seriedad de aquellos hombres.

—Y desde luego no hablarán sino inglés......

—Son tan estúpidos, que no hablan otro idioma. No me gustan los ingleses, ni su carne cruda que llaman "*bisteque*" Corriendo salí de Londres para España. Oh! Qué país!

—¿Qué le pareció Madrid? Aquella capital sí que debió de gustarle!....

—¿Qué? No sea usted bárbaro! ¿A quién puede gustarle un país donde no se habla sino español?

—Razón de más para que allá estuviera usted á sus anchas, como que no habla usted otra cosa.

—Pues por eso mismo! Si habla usted, le entienden todos; si hablan los demás, entiende usted lo que dicen. Eso es detestable. Yo quiero ser extranjero en los países que visito, y dejo de serlo, desde que entiendo á todo el mundo. Por otra parte, en Madrid no hay nada que ver....

—No diga usted eso, señor don Cirilo! ¿No hay nada que ver en una ciudad rodeada de muros, con quince magníficas puertas que son una maravilla? ¿No vió usted sus monu-

mentos, de los cuales es de grande importancia el palacio del rey, reedificado por Felipe V? ¿Y el palacio del Buen Retiro? ¿Y el hotel de los inválidos, fundado por Isabel II?

—No! No ví nada de eso.

—Entonces, no vió usted las bibliotecas públicas, el Museo de escultura, el de pintura, enriquecido con una magnífica colección de obras maestras de pintores españoles, italianos, franceses y flamencos. Ni vió tampoco el Museo de ciencias naturales, ni el gabinete zoológico que usted hubiera realzado con su presencia, ni sus teatros, ni sus templos, ni sus......

—No! No ví eso! Pero tengo la satisfacción de haber asistido á una fiesta real, á la cual fuí invitado á causa de mi parentesco con el Ministro de Haití. Estuve muy cerca del Duque de Medina Cidonia, que vestía de gala, y de la Duquesa, que llevaba traje de seda escarlata con farfalás de galón de oro. Ví también, de cerca, á otros Duques y á varios Condes y Marqueses, cuyas esposas llevaban trajes de seda *guipure* de Flandes, confeccionados todos en París, y ví además.....

—Sí, don Cirilo, ya sé......

—Y á pesar de eso, no me gustó España, por lo cual me embarqué muy luego para Nueva York. Yo he visto el mundo! Si le digo á U. que visité *todas las Europas*... (*)

—Don Cirilo, por Dios!

—Déjeme U. decirle, para que aprenda. New York no vale nada! Allí no saludan á nadie.

—¿Vió usted los trabajos del puente que une las ciudades de Nueva York y Brooklyn? ¿No le pareció aquello una maravilla? Y supongo que visitó usted á Washington....

(*) Histórico.

—Yo no visito sino á mis amigos, y no lo es ese señor.

—Si no es un señor, Don Cirilo!......

—Pues, y entonces ¿qué es?

—Una ciudad, la capital de los Estados Unidos de Norte América, que lleva el nombre del hombre más grande en el corazón de los norte-americanos.

—Nada me dijeron de eso, y como deseaba salir pronto de aquel bullicio, me vine sin ver la maravilla del puente, sin visitar la ciudad del señor Washington.

Mientras así hablaba Don Cirilo, rumiaba yo aquel refran vulgar que dice: "Dios le da barbas al que no tiene quijadas," y me preguntaba á mí mismo por qué es tan caprichosa la fortuna, que pone á un Don Cirilo en capacidad de viajar, cuando debiera condenarlo á un oscuro rincón de su suelo nativo. Fortuna antojadiza! ¿Por qué das medios á Don Cirilo para que ostente su persona en el extranjero, como la muestra de nuestros hombres notables?

—¿Qué? ¿Qué dice U.? me interrumpió Don Cirilo.

—Nada, mi amigo! Estaba pensando que los viajes son muy provechosos, y que, ya se hagan por negocios, ya por placer......

—Como el mío! volvió á interrumpirme.

—Debe el viajero procurar adquirir conocimientos útiles. Y veo con satisfacción que U. no ha perdido ni su tiempo, ni su dinero.

—Así es! Yo no he perdido nada, excepto en Madrid, donde se me *traspapeló* una balijita con algún dinerillo.....

—No vio U. allá á Hartzenbusch?

—No estuve en esa ciudad.

—No es una ciudad, sino un poeta.

—¿Poeta? Pues me alegro de no haberlo visto. No me gustan los poetas. Son amigos de molestar al prójimo.

—Mire U., Don Cirilo! El poeta de que le hablo, le

habría gustado mucho. De él es una fábula, á propósito de viajes, que si mal no recuerdo, dice así:

"Un pescador, vecino de Bilbao,
"Cojió, yo no sé donde, un bacalao.
"—¿Qué vas á hacer conmigo?
"El pez le preguntó con voz llorosa.
"—Te llevaré á mi esposa;
"Ella con pulcritud y ligereza
"Te cortará del cuerpo la cabeza;
"Negociaré después con un amigo,
"Y si me da por tí, maravedises,
"Irás con él á recorrer países.
"Sin cabeza, ay de mí!—dijo el pescado.
"—¿Por esa pequeñez te desazonas?"
"Le contestó el discreto vascongado,
"Pues hoy viajan así muchas personas."

—Muy lindos versos, dijo Don Cirilo; pero no comprendo eso de viajar sin cabeza.

—Extravagancias de poeta.

—Sin duda! Los poetas!...... Como ellos no pueden viajar......

—Adiós, Don Cirilo! Mis quehaceres me privan del placer de oirle por más tiempo.

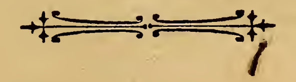
—Venga U. á casa cuando quiera, yo le contaré......

—No dejaré de ir......

Hizo Don Cirilo una cortesía, que debió de parecerle llena de dignidad, y diciéndome criollamente "au revoir, au revoir," enderezó la marcha hacia su casa.

Yo seguí, meditabundo, hacia el escritorio en que paso mi vida y donde gano, calculando intereses agenos, el pan escaso de mis pobres hijos.

La Guaira: 1876.



LAS GRANDES PALABRAS

—

En el lenguaje universal, nada hay tan admirable como esa multitud de vocablos que tienen significación especialísima, determinada por las circunstancias.

Y nada hay tan divertido como hojear un diccionario y leer al acaso la acepción de esta ó de aquella palabra que nos salta á la vista.

Algunas hay, vacías de sentido, que entran en la confección de frases bonitas, aunque huecas.

Su nomenclatura es numerosa y las de más frecuente uso son:

Desprendimiento, *gloria*, *libertad*, *patriotismo*, *justicia*, *abnegación*, *sacrificios*, *igualdad*, *ley*, *república*, y muchas otras que suenan bien en ocasiones solemnes.

Podrían borrarse del diccionario, porque, como nada significan, no harían falta.

Palabras hay tan grandes, tan grandotas, que dan miedo. *Acreedor*, por ejemplo, es palabra que no se pronuncia sin palidecer, sin temblar, sin que se lastime el olfato. Parece compuesta. Con ella han querido significar mal olor, esto es, *hedor acre*.

Y así como hay palabras grandes, hay palabras pequeñas, de la misma manera que hay grandes hombres y hombres pequeños, esto es, hombres de corazón y hombres sin alma.

De todo hay en el diccionario de una lengua, así como en la viña del Señor.

Por de pronto se me viene á la pluma dos abverbios de estructura breve que cualquiera tomaría desde luego, por palabras pequeñas: *Sí* y *No*.

Su tamaño, su valor, su peso varía según las circunstancias; según estas, son pequeñas ó son grandes.

Un polluelo, por ejemplo, busca el *sí* de una niña.

Y lo encuentra, desde luego, que hacerse de rogar no está de moda.

Y al oírla (por primera vez) se siente inundado de felicidad y cree que el breve monosílabo es una gran palabra.

El infeliz no sabe á cuantas calamidades puede conducirlo esa palabra microscópica que él engrandece al calor de su corazón enamorado.

Por lo menos le lleva al matrimonio.

La segunda vez y todas las demás que en el curso de la vida oye de distintos labios el mismo halagador monosílabo no le parece nada grande; y á medida que lo oye más y más, le va pareciendo más y más pequeño.

Lo mismo sucede con el *no*. Las circunstancias determinan su magnitud.

Allá va un ejemplo.

Un infeliz anda á caza de un empleo.

Se dirige á un amigo de alto valimiento que puede favorecerlo en su propósito.

Sólo le pide una recomendación, porque ésta equivale á un mandato.

El amigo, aplazándolo siempre, le deja entrever la posibilidad de realizar su deseo.

Pasa, entre tanto, el tiempo, muy largo para quien inútilmente busca el pan de los hijos.

Y tras idas y venidas, el poderoso amigo le espeta al fin un *no*, redondo como una bala.

Un *no* que destruye todas sus esperanzas.

Un *no* que equivale á una oración fúnebre.

Un *no* que es todo un poema de dolor.

Ese *no* es estonces una gran palabra, aunque aparezca pequeño comparado con la ruindad de aquél de cuyas labios ha salido.

Su significación crece, se extiende, se dilata.

Pudiera medirse por kilómetros y pesarse por miriágramos.

El *no* es siempre una gran palabra, excepto cuando vibra en los labios de una mujer.

Entonces no tiene significación propia, ni forma esférica: el *no* de la mujer nunca es un *no* redondo.

Tabernáculo! He aquí una palabra verdaderamente grande! Y ¿dónde dejamos la palabra *cumplimiento?* Esto parece que dice: "*Miento* al *cumplir* esta prescripción social."

Pero hay una palabra que vale más, que pesa más, que es más grande que todas las que quedan apuntadas.

La palabra *sistema!*

Y si la acompaña el posesivo *mi*, llega á ser un argumento indestructible. Es una de las más grandes palabras.

Su longitud, su fuerza, su espesor, su pesantez podrían calcularse por toneladas cúbicas.

Mi sistema......Eso es lo que hay de más condensadamente grande.

Equivale á decir: mi plaza fuerte, mi plaza amurallada, mi atrincheramiento inexpugnable.

Es la forma del pensamiento íntimo, que no ha de

revelarse; de la idea secreta, que no ha de expresarse; de la verdad que no ha de conocerse, sino por adivinación.

Mi sistema......He aquí una frase onomatópica, el *no* absoluto, el *no* que no admite duda.

Tratemos de probarlo.

Buscas crédito en una casa de negocios, á la cual te presentas con recomendación que juzgas valiosa.

El jefe de la casa no la ve con tus mismos ojos, ni te juzga á tí, digno de ella.

Y dentro de sí resuelve no darte crédito.

Pero no quiere herirte diciéndote la verdad lisa y llana. No quiere decirte: "*No le fío.*"

Ni quiere tampoco mostrarse descortés para con el amigo recomendante.

Y en tal situación, le es forzoso acudir á un expediente que lo ponga á salvo.

Y echa mano de su gran palabra, de su frase diplomática.

Te dice, pues, con la mayor seriedad del mundo: "Quisiera abrir á usted crédito en mi casa; pero á ello se opone *mi sistema.*"

No comprendiéndolo bien, le contestas con tono dudoso: "Don Fulano me recomienda, y usted puede estar seguro de que......

—Es verdad, te replica, pero usted ve, cada casa tiene su *sistema,* sin lo cual.........Mire usted.........por el momento......

—¿De manera que la recomendación de Don Fulano vale poco? le arguyes con algo de altivez, al adivinar su negativa.

—Mucho vale para mí!......Oh!......

Y ese *oh!* es otro poema.

—Mucho vale para mí, continúa; pero el *sistema* de la casa es de tal naturaleza, que no me permite abrir cuen-

tas nuevas. Yo lo siento muchísimo. Quisiera complacer á usted y á mi amigo Don Fulano; pero ya usted ve......No se dé usted por ofendido......es el *sistema* de la casa.

Y sales de allí pensando en ese misterioso *sistema*, superior á la voluntad de aquel comerciante.

Te sientes desazonado, no contra éste, sino contra la suerte que te llevó á una casa cuyo dueño tiene un sistema negativo que no puede gustarte, ni convenirte.

Pero la desazón desaparece cuando, de regreso á casa, recuerdas la afabilidad del comerciante y la frase aquella: "*Yo lo siento muchísimo.*"

Y desde lejos haces con él las paces, pues no dudas de su buena voluntad, ni de su sentimiento.

Y formulas, á manera de corolario, esta frase consoladora: "Me habría abierto crédito, si no hubiera obedecido á un sistema anterior á mi solicitud."

La palabra *sistema* es, pues, una gran palabra. No queda duda. Es una muralla tras la cual se esconde el egoísmo.

Ella sirve para evadir una solicitud, para excusarse de un servicio, para rehusar un favor, sin lastimar al peticionario.

Peor sería la verdad desnuda, el *no* disparado á quema ropa.

Las grandes palabras, pues, son una bendición de Dios, como lo son también las palabras vacías de sentido.

Éstas suenan muy bien á los oídos del pueblo que, si no las comprende, las halla siempre muy bonitas.

Aquellas son el azúcar que cubre la píldora de acíbar.

Las unas y las otras atenúan la amargura de la verdad.

Algo es algo.



EL BASTON

—

Dios ha creado lo que existe. (Noticia fresca)

Todo! hasta el bastón.

Y el ateo niega, sin embargo, la existencia de Dios. (Noticia más fresca todavía)

Nada de nuevo hay en esto.

Pero con algo ha de empezarse un artículo.

Sigamos con Dios, que quien con Dios está, algo puede hacer.

Él ha asignado á cada cual el papel que le corresponde en la comedia del mundo.

Él es el principal espectador y tal vez el espectador que más se divierte con la serenidad de los actores.

Riéndose estará á cada instante del papel que algunos hacen de grandes, siendo chicos, y del que otros hacen de sabios, siendo brutos.

Y riéndose estará á carcajadas el ver que yo quiero representar el papel de escritor, cuando ni acierto á formular un párrafo.

Yo me figuro á Dios en un acceso de risa permanente.

Así como á cada cual asignó su papel, á cada cosa señaló su oficio.

Y al bastón, desde luego, le dió el suyo.

Todo lo que existe, pues, sirve para algo, que Dios no hizo nunca nada malo (excepto mi pobreza.)

Luego lo que existe tiene razón de ser, sin lo cual no existiría.

Y todo lo que existe es un conjunto armónico que converje á los fines que el Hacedor se propuso.

Todo lo creado obedece á una voluntad suprema.

Desde el átomo imperceptible que bulle en la gota de agua cristalina, hasta el inmenso mar que batalla por romper los lindes en que está sujeto!

Desde la fiera soberbia á cuyo aliento el *bosque umbrío atónito resuena* (como dijo Bello) hasta la fiera indómita y sanguinaria, llamada hombre.

Y sólo esta fiera pretende sustraerse á esa obediencia.

El movimiento regular de las diversas partes de un ingenio prueba la existencia del mecánico que les dió impulso.

Y la obediencia sistemática de todo cuanto existe, pone de manifiesto la existencia de un artífice que impuso leyes á todo lo que hubo creado.

Lo que existe obedece á leyes inmutables, luego esas leyes prueban que hay un arquitecto invisible.

Eso piensan todos, y eso piensa el ateo, allá en el fondo de la conciencia.

Y ¿quién es el ateo?

El que contraviene á la voluntad de Dios.

Porque contravenir á la voluntad de Dios es prescindir de Dios.

Y prescindir de Él es desconocerlo, negarlo, suprimirlo.

Y es evidente que contraviene al querer de Dios aquel que emplea en usos extraños las cosas que Dios hizo con fin determinado.

Pero ¿á dónde voy á parar, y qué tiene que hacer el bastón con el ateo?

—Si no tienes nada que decir ¿para qué escribes?— me preguntará algún majadero.

Y yo le contestaré, muy cortesmente—"no es cuenta tuya"— sin dejar por eso de hilvanar mi artículo.

Sigamos pues!

El hombre es dado á extralimitar la voluntad de Dios.

En vez de obedecer extrictamente á su mandato—como toda otra planta, como todo otro animal— hace siempre lo que le dá su gana.

La prueba al canto.

—"Aliméntate! le dijo Dios, después que lo hubo creado.

Y le mostró, al efecto, las frutas del Paraíso, que debieron de ser muy buenas.

Y el hombre comió frutas y vivió de frutas.

Pero, voluntarioso desde entonces, comió más luego carne, y le gustó la carne.

De allí viene la gula.

—"Apaga tu sed," le dijo el Señor, mostrándole la fuente cristalina.

Y el hombre bebió agua, que halló insípida. (No le faltaba razón)

Y bebió después el jugo de las frutas, que juzgó delicioso. (Soy de su dictamen)

Y nació la embriaguez.

"Cubre tu cuerpo"— le dijo, por fin, el Señor, penado de verle en cueros.

Y el hombre vistió las pieles de los animales que había matado para alimentarse.

Pero luego le ocurrió ponerse pantalones y chaleco y levita y sombrero.

Y lo que es peor aún, ponerse medias.

Y amó lo superfluo.

Y quedó establecido el lujo!

Andando el tiempo, el hombre caminó encorvado bajo el peso de sus días, y Dios le dijo:

—"Apóyate en un báculo."

Y el hombre buscó el bastón, obedeciendo á Dios.

He aquí, pues, que el bastón sirvió primitivamente de apoyo á la debilidad y á los cansados años.

El bastón es al hombre anciano, lo que el puntal á la cabaña vieja que amenaza desplomarse.

Así lo dispuso Dios.

Pero el hombre no se limitó á hacer del bastón un báculo: fué más allá de la prescripción del Altísimo.

Lo convirtió en signo de muchas cosas.

Y poniéndolo en manos de otros hombres, les dijo con la mayor seriedad del mundo:

—«Tú eres rey.»—«Tú eres mariscal.»—«Tú eres magistrado.»—«Tú eres grande.»—«Tú eres esto y eres aquello.»

Y cada cual cree que el bastón es signo de todas esas cosas, y cada cual cree ser todo eso.

¿Hay nada más divertido? Y no paró en esto el uso del bastón.

El rico le echó mano para ostentarlo como signo de poderío.

Y todo el que quiere darse aire distinguido lleva también el estorboso mueble.

Y le lleva, como enseña del valor que le falta, el mozuelo que aspira á pasar por hombre entre los hombres.

Suelen usarlo algunos en la nuca, sujetándolo con cada mano en cada extremo; posición que bien pudiera llamarse académica. ¿Le estorba á alguien? Eso no le importa al bastonero.

Algunos otros acostumbran cojer por el medio el ins-

trumento para hacerlo girar entre los dedos con encantadora destreza.

¿Acierta alguien á pasar y lleva un golpe? Culpa es suya, que se acerca demasiado á las aspas de un molino viviente.

Allá viene un individuo con aire de persona, blandiendo el bastón, con todo el desenfado de un banquero.

¿Quién es?—Nadie!..... el escribiente del juzgado..... el criado del *restaurant*...... el sirviente de la tienda...... el pulpero de la esquina, en traje de domingo.

Apártate, dale paso!

El bastón ha llegado á ser una calamidad, sobre todo, si lo encuentras atravesado en una acera.

Figúrate, por ejemplo, que vas de paseo con tu mujer y tu hija.

Encuentras una barricada, es decir, dos mozos—de cuello almidonado—que conversan frente á frente, teniendo entrambos bajo el brazo el respectivo adminículo.

Las damas se detienen; tú miras á los mozos; pero éstos no se mueven, ni suprimen *sus* interjecciones.

Ganas te dan de decirles: *clear the way*, acompañando la acción á la palabra.

Pero ni tu eres yankee, ni las aceras son para pasar, sino para pararse y no quitarse nunca.

¿Pasar?...... Ahí está el medio de la calle.

¿Qué títulos tiene una señora, para que unos mozos, de estirado meñique, se incomoden cediéndole la acera, sobre todo, en la esquina, cuando la acera es propiedad de ellos y de sus respectivos bastones?

El bastón, pues, que fue hecho por Dios para apoyo del pobre viejo, para sostén del infeliz enfermo, ha llegado á ser signo de mando, de poderío, de riqueza.

Eso es adulterar el querer de Dios, que dijo: *no adulterarás*.

Eso es impedir que cada cosa llene los fines del Altísimo.

Eso es sobreponerse á Dios, contravenir á su voluntad, desconocerlo, negarlo, ser, en fin, ateo.

Con todo, puede tolerarse el uso honorífico del bastón, el uso que lo realza.

Pero lo que no puede aguantarse es ese uso que deprime la venerabilidad del mueble puesto por Dios al lado de la venerable senectud.

El bastón ha llegado á ser el distintivo de los necios.

Poder quisiera yo para usarlo...... sobre las costillas de esos prójimos.



EN UN RESTAURANT

—

Concibo el *restaurant* allí donde las distancias son considerables.

Sale un hombre de su casa á las 7 ú 8 de la mañana, después de lijero almuerzo, y camina tres ó cuatro millas para llegar al taller ó á la oficina.

¿ Cómo ha de volver á su casa con el objeto de comer, antes que acabe el día ?

Se *arregla* en un *restaurant* cercano !

Pero, francamente, no comprendo el *restaurant*, allí donde son cortas las distancias y corto también el número de centavos que constituyen el salario.

Y eso, sinembargo, aquí está siempre lleno el restaurant.

No es extraño.

Esta es la tierra de las anomalías.

En cuanto á mí, sólo de tarde en tarde, y eso cuando la suerte me depara extraordinariamente media docena de bolívares, suelo tomar asiento á la mesa del *Louvre* ó de *La Inmensidad*.

Y no vaya nadie á imaginarse que me lleva al uno ó al otro *café* el deseo de regalarme, desdeñando el puchero de mi casa, sazonado siempre con la dulce sonrisa de mi *mejor mitad*, siempre condimentado con la alegría y travesuras de mis pequeñuelos.

Sólo me lleva al *restaurant* el deseo de admirar la cultura de sus *habitués*, el desenfado aristocrático con que llaman algunos al *garçon* y la familiaridad benevolente con que tratan á todos.

Allí se encuentra siempre una sociedad *d'élite*, como que el *restaurant* es el *rendez-vous* de las gentes *comme il faut*.

Cáspita con los vocablos franceses que se me vienen á la pluma !

Y ¿por qué no he de usarlos? Literatos conozco que los emplean constantemente, con el fin de pasar por inteligentes en la difícil lengua de Lamartine, circunstancia indispensable en el día para esbribir bien la no menos difícil de Cervantes.

Vínome en antojo no hace muchas noches el ir á un *restaurant* para pescar noticias en aquel mar de concurrentes.

Porque en el *restaurant* se habla de negocios, de religión, de moral, de política y de todo: hasta de reputaciones.

Ya lo dijo Echegaray en su *galeoto* ó *galeote*.

"Y en medio de aquel cotarro
"Con más humo *que echa* un trén."

Supongo que quiso decir con más humo *que el que* echa un tren ó con más humo que *el de* un tren; pero esto no hace al caso.

"Y en medio de aquel cotarro
"Con más humo que echa un tren,
"Entre la copa de ojén,
"Las cenizas del cigarro

" Y alguno que otro terrón
" De azúcar, allí esparcido,
" Quedó el mármol convertido
" En mesa de disección."

No por eso tuve miedo. Entré con paso firme y continente adusto, grave, muy serio, como para hacer ver que soy hombre de importancia. Esto, en cuanto á los que no me conocían, que en cuanto á los demás, ya sabrían á qué atenerse.

Al rededor de cada mesa había, por lo menos, seis comensales.

Y eran muchas las mesas.

El salón estaba pleno.

Aquí hablan, allí ríen; acá gritan, allá cantan; y todo aquello es confusión y algazara.

Y aún así, algunos se han dormido *sobre sus laureles.*

Hacia un extremo del salón vi una mesa que, acaso por lo apartada, había quedado en completo abandono.

A aquella mesa me senté, y no sin tardanza fui servido.

Al atravesar la distancia que de ella me separaba, vi que en otra mesa se hallaban varios caballeros notables. Sí, señor, notables! No había ninguno que se hubiera creído honrado con la presencia de alguno de ellos en la mesa de la familia.

Creí que me miraba *el de la cinta roja* en la solapa; y esta circunstancia, unida á la de *conocerle perfectamente,* me sugirió la idea de saludarle descubriéndome al pasar.

¡ Qué sorpresa! Aunque aquel hombre me miraba, no vió mi cortesía. Y si la vió, fingió no verla, para no humillarse, á los ojos de sus nobles compañeros, correspondiendo al saludo de un hombre que *trabaja* para ganar el pan de cada día.

No me hirió el desaire, que yo sé muy bien que la

descortesía es propia de todo *parvenu* é inseparable de aquellos que ostentan la riqueza adquirida *en el manejo del caballo.*

Y á propósito de caballo, no hacía mucho que había visto á este *Monsieur* en un soberbio rucio. El noble bruto pisaba majestuoso pasitrote, haciendo saltar, del cieno de la calle, negras salpicaduras que me recordaron aquellos versos de cuyo autor me he olvidado.

“ En faisant voler la poussière
Vous rappelez d' où vous sortez. ”

Mas volvamos á mi entrada al *restaurant.*

Principiaba á comer, cuando la casualidad me deparó un compañero.

—Mi amigo Guaracarumo! Cuánto gusto de verte! ¿ No me recuerdas? Yo soy Pepito.

Y el afable interlocutor me dió un soberbio abrazo.

—¿ No me recuerdas? repitió con cariño.

—Sí, sí, le contesté.

Pero en verdad, ni su fisonomía, ni su voz, ni su nombre me eran conocidos.

Esforzábame en recordar quien podía ser aquel cariñoso amigo, cuando gritó éste con todos sus pulmones:

—Eh! Mozo! Dos copas de brandy!

Me acompañas á un trago, me dijo luego con familiaridad encantadora.

—No, gracias! le contesté, ya he tomado uno antes de sentarme á la mesa.

—Nada de gracias! Me acompañas!

Y tuve que acompañarlo.

Sentóse á mi lado, leyó *la carta,* y mandó que le sirvieran.

Y me dijo después con envidiable *sans façon:* “Comeremos juntos.”

—Enhorabuena, le repuse.

Y con él continué la interrumpida tarea.

Entre tanto, uno de los jóvenes sentados á una mesa no distante, pidió un par de copas de aguardiente.

Y fueron servidas sin tardanza.

La llegada de un nuevo personaje coincidió con el servicio de ellas.

Acercóse el personaje al mostrador de la cantina y con secreto habló al mozo que despachaba los licores.

—No puedo ! contestó éste con voz inteligible.

—Aunque sea de rom.........

—Imposible !

—Un trago, un trago nada más.......

—Ni una gota, *si no pinta.*

—Una gotica siquiera......

—Nada ! El amo lo ha prohibido. La cuenta de usted es muy larga y muy vieja.

—Pues dile á tu amo, voceó el solicitante, que sólo tú puedes ser tan *pichirre* como él ! ¿ Soy yo acaso un cualquiera ?

Dirijióse luego á la mesa donde poco antes habían sido llevadas las dos copas. Tomó una en cada mano, y diciendo con admirable desparpajo :—" Las cosas son de quien las necesita "—las trasegó á su estómago con destreza digna de encomio !

Estupefactos quedaron los despojados, que hicieron rellenar las copas escurridas.

—¿ Quién es ese joven ? pregunté en voz baja á mi improvisado amigo.

—" No sé ! " me contestó con ese laconismo de los que saben aprovechar el tiempo.

—Ese es Fulanitó, hijo del señor Don Sutano, respondió oficiosamente un individuo que no lejos se hallaba, en compañía de unos cuantos mozos y de unas cuantas copas.

—Me parece, le dije, que no son éstos los primeros vasos que vacía esta noche.

—Ni serán los últimos. ¿ Qué tiene usted que ver con eso ?

—Nada ! No lo dije yo por tanto.

—Pues entienda usted, añadió con un hipo y otro hipo, que cada cual es dueño de sus acciones.

—Ah ! Desde luego......

Miré de fijo al vecino, breve instante, y comprendí que él se creía obligado á defender una costumbre que era también la suya.

En otra mesa un joven elegante, rodeado de varios otros, se daba aires de gran señor. Era lo que se llama un *mozo bello ;* y era, además, mozo de elevada alcurnia y sobre todo, mozo de algunos miles, pagado de todo ello.

—Esto es abominable, decía, no hay aquí nada que sirva para nada. *Oh mon Dieu. Los restaurants de Europa....*

—¿ Has estado acaso en Europa ? le observó uno de sus compañeros.

—No ! Pero mi hermano que se fué para allá, el mes pasado, me escribe que son admirables ; y eso basta para que yo deteste estas tabernas.

—Y ¿ dónde está tu hermano ?

—En Europa !

—¿ En qué ciudad ?

—En la misma Europa !......

—¿ En qué punto ? quiero decir......

—No recuerdo el nombre ; pero aquí tengo su carta.

Y sacó de la faltriquera un papel que abierto entregó á los circunstantes.

—Esta carta es de Washington, dijo uno de ellos.

—No, señor, que es de mi hermano.

—Digo que está fechada en Washington......

—Ah sí, en Washington, él está en Washington.

—Y tu hablabas de Europa.........

—Es lo mismo.

No pude menos que preguntar á mi cariñoso amigo el nombre de aquel caballero que con tanta facilidad une dos continentes.

—" No sé," me contestó, sin interrumpir el ejercicio de sus mandíbulas.

—Se llama *Don Ilusiones,* me dijo en tono confidencial uno de los criados.

¿ Por qué me nombra U ? gritó Don Ilusiones desde su asiento, dirijiéndose al mozo.

—Por nada, contestó éste humildemente. Este caballero ha preguntado.........

—Y ¿ por qué solicita él mi nombre ? dijo con tono que, francamente, no me pareció de buena crianza, ¿ hay nada de común entre los dos ?

—No, señor, le repuse tranquilamente ; y aunque U. *no repara en distancias,* desde que no le arredra la de dos continentes, debo advertirle que es inmensa la que hay entre su persona y mi persona. Sólo por curiosidad he preguntado el nombre de un caballero que, á las maneras más cultas, reúne la educación más esmerada. Perdóneme U. si le he ofendido.

—¿ Cómo haces eso ? dijo poniéndome las manos en los hombros un amigo mío que, habiendo llegado poco antes, había oído aquel corto diálogo. ¿ Cómo le pides perdón á semejante *quidam ?*

Aquel amigo, muchacho de carácter amargo, aunque de corazón dulcísimo, era muy capaz de alguna barbaridad. Quise callarlo.

—Ese mozo á quien das corteses excusas, continuó mi amigo sin atenderme, no merece el honor de que tú le dirijas la palabra.

—Cállate, por Dios ! le dije al oído.

—Ese mozo, que tiene para todos miradas de desdén, no es sino una bomba llena de humo.

—Cállate! yo te lo ruego......

—El cree que su nombre es todo, como si un mentecato pudiera conservar el brillo al nombre ilustre que heredara; cree que su cuna es todo, que su dinero es todo. ¿Cómo no ha de creerlo, si su cabeza está vacía? Ese mozo, continuó señalándole con el dedo, es el tipo de la necedad humana.

Ya no era posible permanecer allí.

Tomé del brazo á mi imprudente amigo y con él me dirijí á la cantina.

Busqué luego con la mirada á mi compañero de mesa.

Se había marchado.

Pedí mi cuenta.

Y me fue presentada una en que figuraban *dos tragos* y *dos cubiertos* y *vino* y *cerveza* y *tabacos*.........

—¿Que es esto? exclamé sorprendido.

—El señor que comió con U., me contestó el cajero de la casa, dijo al marcharse, que U. lo había convidado y que por consiguiente.........

Pagué, y salí convencido de que en un *restaurant* se ven cosas muy divertidas y personas muy agradables.



LA OTRA CONCIENCIA

—

(A MI AMIGO EL SEÑOR ESTEBAN DE LEÓN MORALES)

—

¿Cómo es eso? ¿Hay otra conciencia, fuera del sentimiento íntimo por medio del cual nos damos testimonio del bien ó del mal que hacemos?

Espera, amigo mío, no te alarmes.

Si no hay otra conciencia, hay una cosa que remuerde como la conciencia, una voz que manda y quiere ser obedecida, una mano que empuja, una ley que iguala.

Voz, mano ó ley que señalan al hombre la pequeñez del hombre, la miseria del hombre, la igualdad del hombre.

Y ello, no obstante, la sociedad de todos los tiempos y de todos los países, ha marchado apegada á una creencia cuya causa es desconocida.

Creencia que envuelve la negación de la unidad humana.

Desde los más remotos tiempos se conoció el pecado de la soberbia.

Y la soberbia creó al amo, que manda, y éste hizo al criado, que obedece.

¿Cuáles son los títulos del uno y cuáles las circunstancias del otro?

Legítimo ó no este orden de cosas, se ha sostenido y seguirá sosteniéndose, mientras se rinda culto al metal precioso.

La desigualdad que de él nace tiene, desde luego, su razón de ser.

El pobre no puede alternar con el rico, *ergo* el rico es superior al pobre.

Esta desigualdad no es la causa única que mengua el espíritu de fraternidad que debiera unir á los individuos de la especie humana.

Hay otra causa todavía más poderosa: la desigualdad de otro género, sancionada por la sociedad de todas las épocas, desigualdad que responde á esa creencia cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos, desigualdad jamás explicada por la palabra *preocupaciones* con que se ha pretendido justificarla.

Y ¿qué significan las preocupaciones?

¿No fue *uno* el punto de partida de la humanidad? ¿Fue el Paraíso una bellísima fábula, ó realmente la cuna del primer hombre?

Si la tradición no miente, la humanidad es hija de Adán.

Y ¿qué fue Adán? ¿Cuáles fueron sus circunstancias exteriores?

Aquellas mismas son, desde luego, las de sus descendientes.

Porque el hombre, como toda otra planta, salió de las

manos del Hacedor, llevando en sí el germen reproductivo de su especie.

Y así, los primeros hombres produjeron hombres iguales á ellos, como los árboles del Edén se multiplicaron y cubrieron la tierra de la misma verdura que llenó de encantos la mansión de Adán y Eva.

Los cedros de nuestras montañas son, pues, los cedros del Líbano. Cedros y nada más que cedros.

Y los hombres de hoy son los mismos hombres de los tiempos primitivos : seres perfectamente iguales.

No es posible, por consiguiente, hallar desigualdad en los individuos de la especie, que es una, como es *uno* su origen y *uno* su creador.

Ni se concibe que circunstancias meramente accidentales sean genitoras de una división que limita el afecto recíproco.

Se comprende que es superior el hombre dotado de inteligencia, á la cual debe la humanidad la posesión de los secretos que arrancó á la naturaleza.

La frente de ese hombre está más cerca de Dios. ¿ Quién puede negar esa superioridad, consistente en dones divinos que nadie puede arrebatarle ?

Parar la Fortuna en su carrera y obligarla á dispensar sus favores—sin que á éstos quede unida la vergüenza—eso puede tener fuerza de ejecutoria, aunque es siempre grandeza accidental, que no constituye superioridad permanente.

Y así y todo, esos mismos hombres, sabio el uno, rico el otro, no difieren en nada de los demás seres de su especie, porque están sujetos también á las miserias de la humanidad y á las condiciones de la naturaleza.

Ellos, como todos los demás, llevan dentro de sí, el testimonio de la igualdad común, que nadie puede esconder, que nadie puede disimular, que nadie puede suprimir.

Ese testimonio es *esa cosa* que remuerde, esa mano que empuja, esa inexorable ley que iguala; la voz de *esa otra conciencia* que no es luz interna, que ilumina, sino sensación física, que gobierna.

Ese testimonio es el sér nacido con el hombre, que le sigue á todas partes, que mora dentro de su propio sér, que domina la voluntad, que impone su mandato, que se erije en dueño de la flaca naturaleza y le dice en un momento supremo: "Vé á sentarte en el banco donde desaparecen las desigualdades sociales."

Para *esa conciencia* nada valen las gerarquías, porque ella proclama la igualdad de la especie humana.

Y ni la riqueza, ni el talento pueden sustraerse á su mandato. Todos, pobres y ricos, están subordinados á esa ley inapelable, niveladora de la humanidad.

Ved, si nó, á la soberbia dama que viste rica seda, cuyo seno de alabastro resplandece al fulgor de diamantes que brillan como pequeños soles.

Mirada desdeñosa dirije en torno suyo, en medio de la regia sala que ella juzga llena con su esplendente hermosura.

Sus ojos destilan orgullo que humilla á sus compañeras, si nó tan ricas, igualmente bellas, porque la una es hija de vendedor de especias, la otra cuenta un artesano en la familia, aquella *cose para la calle* y ésta es *la mujer* de un hombre en cuyas venas no corre sangre de los colores del iris.

Ella es reina del salón y manda y es obedecida.

Tiene para ello títulos valiosos: belleza y dinero.

Verdad es que no posee esa riqueza que no se agota, esa fortuna que no se compra, ese caudal que no se improvisa: la riqueza, la fortuna, el caudal del saber. Tiene puesto en la aristocracia social; pero no lo tiene en la aristocracia del talento.

En cambio, es rica con la riqueza que no enaltece, con la riqueza súbita, que no aumenta el valor intrínseco, con la riqueza bastarda, cuya posesión no es perdurable.

Ella es reina del salón, porque el brillo de los diamantes, que ofusca, ha reemplazado el esplendor del decoro, que ha muerto.

Y en medio de los vértigos de la soberbia, una voz interior habla á la dama;—la voz de *esa otra conciencia*, cuyos reclamos no pueden desoírse.—

Levántase de súbito!

Y con paso que finge mesurado, se dirije á la cercana alcoba, para descargar el peso de *aquella conciencia* inoportuna.

Ved también al altivo potentado en el fondo de la regia cámara, en medio de humildes consejeros que lo menos que hacen es aconsejar, con quienes debate ardua cuestión de política internacional.

El potentado expone dogmáticamente su doctrina y aquéllos oyen, y callan, y obedecen.

Y no lejos del grupo gruñe, de vez en cuando, un falderillo que entró sigilosamente en el recinto.

Confunde el potentado aquel gruñido con la tos de uno de los circunstantes, y exclama en tono de lástima: "Doctor, usted está resfriado!"

Y el Doctor, que no tuvo jamás mejor salud, contesta en un acceso de complaciente tos: "Sí, señor, estoy acatarrado."

Éste y sus colegas miran al magnate como á un cedro del Líbano, porque todos miden su altura desde el fondo profundo de la abyección en que han caído.

No importa si el potentado es un charlatán que no puede darles luz.

Es un poderoso que puede pagar la adulación.

El potentado, entre tanto, los mira de hito en hito, los

juzga, los valora, los mide...... y los halla pequeños y miserables.

Y á la verdad, que éstos no se parecen á los demás hombres : son inferiores, y constituyen la parte degenerada de la especie humana.

El magnate, al ver tal pequeñez, yergue la frente y se juzga grande : tiende la mirada, y no ve sobre los tronos del mundo ningún hombre de su talla.

Mas, *aquella conciencia* majadera sale á su encuentro y lo desmiente.

Muérdese él los labios, furioso de no poder suprimirla y, á su pesar, se somete á su mando y toma asiento en el banco nivelador de la humanidad.

Ahora bien, si este hombre, con todo su poder, si aquella dama, con toda su belleza, pagan á la tierra el tributo de la común miseria, ¿ en qué se funda la desigualdad y qué vienen á ser las preocupaciones sociales ?

Simples accidentes no mudan la esencia del sér, y ellas no tienen causa legítima, desde que todos los hombres están sujetos, sin excepción, á las mismas miserias.

¡ La cuna ! ¿ Qué especie de prerogativa es esa, que no se funda en ningún rasgo brillante, en ninguna acción heroica, en ningún esfuerzo noble ? Fuera de que *la naissance n' est rien où la vertu n' est pas*, como dijo Corneille. La prerogativa de la cuna es la prerogativa de la casualidad.

Envanézcase de su genealogía el tributario de la necedad humana.

Envanézcase el necio de la posición pecuniaria que determina su posición social.

Ello no altera la igualdad de los hijos de Adán.

Lo que eleva á Dios, que es la sabiduría, la virtud, eso engrandece y constituye la diferencia moral.

Lo que hace del hombre un animal inmundo, eso contituye la innegable igualdad material.

Fuera de ahí, toda desigualdad es absurda, porque el polvo es polvo y la humanidad es cieno.



DESPUÉS DE LIMA

—

CARTA Á MI AMIGO SEÑOR JOSÉ IGNACIO REYES

—

Ha venido á mis manos, hace poco, el folleto titulado "Después de Lima," bellísimo perfil de sú dorada pluma.

Gracias por el recuerdo.

Asunto interesante el de este folleto, no ha podido menos que ser de ávida lectura, con mayor motivo, si cabe, desde que debo á la cortesía del autor, el ejemplar que tengo á la vista.

Contrista el ánimo la guerra del Pacífico, después de Lima, como antes de Lima.

Igual sentimiento de dolor habrá producido en todo corazón americano.

Porque ella evidencia el aislamiento de cada una de estas nacionalidades.

Porque ella prueba que no hay solidaridad de intereses, que no hay unidad de pensamiento.

Hago abstracción de las causas que la produjeron.

¿ Fue originada por las tortuosidades de vieja diplomacia, constante en los archivos de Santiago ?

¿ O fue determinada por razones *ad hoc* que una de las dos repúblicas quiso hacinar para presentar luego su conjunto, como justificativo de su conducta ?

¿ O fue que la una de ellas, para lanzarse contra la otra, oyó complacida las insinuaciones de la codicia ?

Estas consideraciones son inconducentes.

Habrían tenido lugar antes de Lima.

En presencia de los hechos cumplidos, vienen á ser inútiles.

Porque después de Lima, como en medio del fragor de la ametralladora, no hay ya objeto en razonar.

Tras la muerte, esto es, después de Lima—" rotos los lazos de la confraternidad americana"—silencio, llanto, luto.

Donde impera la fuerza, enmudece el derecho.

Y sólo se oye la voz del dolor que subordina el entendimiento al corazón.

Pero cualquiera que haya sido la causa de esa guerra, es siempre pequeña, al lado de los desastres.

Es siempre pequeña, al lado de los intereses americanos.

¿ Qué ? ¿ Nada valía para aquel que primero asumió la actitud hostil, la sangre que había de derramarse ?

Y ¿ con qué derecho vierte á manos llenas un pueblo de este continente un tesoro que no es suyo, un tesoro que es tesoro de la América ?

¿ En qué anales consta que el hermano despoje y sacrifique al hermano, si nó es en los anales de los tiempos primitivos ?

Nada encuentro en este crimen que tenga carácter de circunstancia atenuante.

La historia habrá de execrarlo, á nombre del porvenir de la América.

Pero, omisión hecha de toda consideración de este género, y fijándome sólo en la actualidad, esto es, en la situación de las cosas, después de Lima, encuentro que el derecho del vencedor ha de circunscribirse al objeto discutido por las ametralladoras, ampliándolo, enhorabuena, hasta la indemnización.

¿Luchó Chile para reconquistar un derecho usurpado y venció á costa de dolorosas pérdidas?

Bien está.

En ese litis, en que la voz del cañón dicta la sentencia, las costas procesales deben ser por cuenta del vencido, por el hecho de ser vencido.

Y el vencedor no podrá hacer otra cosa que ajustar las condiciones del reembolso, practicable dentro de los límites de lo posible, si no halla, por de pronto, en la arruinada República, tesoros con que indemnizarse.

¿No podrá, dije?

Ah! Las pretensiones del vencedor no serán tan parsimoniosas como las simpatías del Arjentino.

Han ido *más allá.*

Y, por qué nó?

También puede el acreedor arrancar un brazo á su deudor insolvente.

Exije Chile la ruptura de la integridad del Perú, y nadie podrá impedírselo.

Sus ejércitos vencedores están hollando aún el suelo de los Incas.

Pero esa ruptura equivale á aclimatar la guerra en el Pacífico.

Y habrá más desastres.

Y se alejará el día de la preponderancia americana, que sólo pide paz y orden y progreso para ver inclinadas ante ella las naciones del viejo mundo.

La desmembración del Perú es la guerra perdurable.

Porque tal ultraje á la Patria, engendra el odio, y el odio es genitor de la venganza.

Y el odio y la venganza se trasmiten de generación en generación.

¿ Cuántos siglos no han trascurrido desde que Henrique II hizo anexar la Irlanda á la Inglaterra ?

Y en las generaciones que se han sucedido está vivo el sentimiento patrio. Irlanda no ha podido acostumbrarse á la esclavitud y forcejea todavía por romper el yugo que la sujeta.

Prusia y Rusia y Austria hicieron botín de la infeliz Polonia.

Y los hijos de Polonia hacen todavía nuevas tentativas en favor de la independencia nacional.

Si Alsacia y Lorena hablan hoy oficialmente el alemán, no por eso sus hijos son tudescos.

Y cuando nace un niño en aquellas comarcas de la Francia, la madre, que lo enseña á rezar meciéndolo sobre las rodillas, lo enseña también á decir :

" Je suis français, moi ! "

Y ¿ no llegará un día en los siglos venideros, en que la confederación germánica se llame oficialmente *Colonia de Sedán?*

Chile está en capacidad de dictar leyes al Perú. La victoria le dá ese derecho sancionado por el código de guerra del viejo mundo.

Mas, si va *más allá* de lo justo, nunca estará en posesión pacífica y tranquila.

Fuera de que ese derecho, es el odioso derecho del más fuerte.

Y el más fuerte hoy, no es probablemente el más fuerte mañana.

No habrá paz estable entre Perú y Chile.

Y el odio de entrambos perjudicará sus intereses respectivos y los intereses de la América.

¡ Quiera el cielo inspirar á los hombres patriotas del uno y del otro pueblo, en la difícil labor de establecer la paz sobre la base de la equidad y de la justicia!

Soy su afectísimo amigo,

J. J. Breca.

Caracas 19 Abril 1881.



LA CARTERA DE UN DEPENDIENTE

—

Tras la ingrata labor de todo un día, pasaba yo en la tarde la *Miseria*, cuando acertó á pasar también la misma esquina, montado en mula de digestivo paso y largo andar, capotera en la grupa y colgantes bolsas al uno y al otro lado de la cabalgadura, un joven de quemada tez, cuyo vestido, manchado de lodo, hacía conjeturar que mula y caballero venían de muy lejos.

Algo como un paquete se escapó de los bolsillos del joven y cayó sin ruido al suelo, tropezando con las patas de la mula, que no por eso interrumpió su marcha.

Llegué de un salto al medio de la calle y cojí lo que había caído: una cartera, una cartera voluminosa.

—"Amigo! señor! señor de la mula!"—grité tratando de hacerme oír por el ginete.

Pero la mula marchaba imperturbable, ansiosa de llegar al establo.

Fuí tras ella.

Anduve, corrí dos ó tres cuadras.

Nada! Mula y caballero desaparecieron.

Pregunté á cuantos encontraba; entré en las caballerizas cercanas. Nadie los había visto.

Seguí entonces á mi casa con intento de abrir la cartera.

Me encerré en mi cuarto y la tuve entre mis manos, contemplándola con evidente codicia, no sin cierta excitación nerviosa, producida por el presentimiento de que contenía gruesa suma en billetes de Banco.

¿Qué haré, me decía, si hay aquí una fortuna que la casualidad pone en mis manos? ¿Habrá querido la Providencia, que parece de mí olvidada, valerse de este medio para enviarme un recuerdo? ¿Es mía esta suma, ó es del que la ha perdido?

Mis ojos adivinaban los grasientos billetes, al través del marroquín de la cartera.

Y se oían los latidos de mis sienes.

¿Por qué no he de apropiármelos? Tengo en mi favor el secreto—cómplice de acciones infames, practicadas por honradas manos.—Las más de las riquezas ¿no deben su origen á algún suceso inesperado? Y los que de esta suerte se han enriquecido ¿no son personas respetables, con esa respetabilidad, siempre acatada, que descansa sobre base metálica?

Con todo, quise esperar, y esperé mucho tiempo.

Y trascurrieron meses, sin que ningún aviso en *La Opinión* de Fausto, ni en el *Diario* del Sordo, me revelase el nombre del joven que la había perdido.

Y yo me daba, entre tanto, aires de gran señor, como si la suma que creía poseer, hubiera sido el resultado de mis honrados esfuerzos.

Resolví, por fin, ir á su encuentro, por medio de la imprenta; pero quise ver antes si podía hallar algún dato que me ahorrase el expendio de un aviso.

Abro la cartera ! Ni un billete, ni una peseta, ni un *nickel.*

Números, muchos números, sumas, restas y anotaciones de vencimientos.

Y ¡ cosa singular ! al lado de los áridos números, algunas estrofas; las más de ellas, del género erótico; idilios, madrigales, anacreónticas.

No es un comerciante el dueño de esta cartera, dije para mí; un comerciante no escribe tales cosas.

Ese joven debe de ser un empleado en el comercio, y un empleado pobre, á juzgar por la siguiente estrofa traducida de Longfellow:

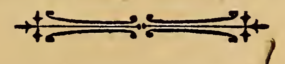
"Es el ciego, criatura infortunada,
Y un infeliz el pobre, bien lo sé!
El primero, por ciego, no vé nada,
Al segundo, por pobre, ¿ quién le vé?"

Seguí hojeando, y hallé apuntaciones de viaje; precisamente de aquel viaje en el cual había perdido la cartera á cuyas hojas confiaba, junto con los secretos del corazón, las cifras significativas de sus cobros y de sus gastos.

Hallé además el borrador de una carta á su novia, unas cartas de ésta,–interesantes como toda carta de novia,–una lista de acreedores, unos cuantos pensamientos filosóficos y unos paralelos entre la cifra de sus gastos y la cifra de los gastos de su amo; y como corolario de todo esto, este aforismo comunista: "Nadie tiene derecho á lo superfluo, cuando á otro le falta lo necesario."

Sospecho quien es el dueño de esta cartera, cuyos billetes imaginarios pusieron á prueba, ante mi propia conciencia, los quilates de mi probidad.

Sabe Dios, si al haber tenido billetes, hubiera yo hecho con la cartera, lo que tantos Ministros han hecho con la cartera de Hacienda!



UN VIAJE Á CARACAS

—

Amada de mi alma:

Quiero darte cuenta de mis impresiones, no de las del espíritu, sino de las que recibieron mis carnes durante esta ascención á la cuna de Bolívar.

No habrás olvidado que vine en coche!

La partida debía ser á la una, hora en que nos separamos, tú para llorar mi ausencia, según me prometiste, yo para ir al Hotel Delfino, donde había, de antemano, pagado mi asiento en un coche *ordinario*, es decir, en un coche que sale á hora fija.

Nada anunciaba que estuviese listo el vehículo.

Pregunté, y con acento entre italiano y *genovesse*, me contestaron: *Presto, presto!*

Ya sé que *presto*, en genovés significa *una hora.*

Al cabo de ese tiempo oí decir que la *carrozza* estaba lista; y así lo significaba, además, el foete del conductor, sacudido de un modo especial por sobre las orejas de la paciente trinca.

Había acudido el primero, y fuí el último en entrar al

coche, repleto ya con dos robustas damas de fecha no reciente y el apéndice de un falderillo; con un ciudadano, en mangas de camisa, y su hijo, de grosería ménos corta que sus años, y con un yankee, desembarcado aquella mañana, furioso aún contra la Aduana que le había cercenado su provisión de camisas, por lo cual decía y repetía: Me vuelvo á New York, *I will, I will, damn if I dont'*.

Ya estivado en medio de toda aquella carga, sentí que rodaba, por fin, el tren, dejando tras sí y llevando dentro de sí mismo, el espeso humo del *cumanacoa* del cochero.

Hago gracia y donación de los percances del camino.

No quiero recordar los vértigos de las obesas damas que, á juzgar por su amor al falderillo, eran solteras sin esperanza de mejor suerte.

Tampoco quiero recordar la familiaridad con que, de luego á luego, nos trató el consabido Adonis, (asi llamaban ellas al perrito,) que poco se cuidaba de las narices de los demás viajeros.

Y nada te diré, para no lastimar tu estómago, del jugo de tabaco que salía por entre los dientes del ciudadano, pasaba en amarillento chisguete por sobre nuestras cabezas y se escapaba, salpicando, por las ventanas del negro cajón en que estábamos hacinados. Llegamos por fin á la estación de Guaracarumo.

¿Para qué hablarte de la lijera comida que allí se nos sirvió, á que hicieron honor de buena gana el yankee consabido, el hombre y su muchacho, las viejas y el perrito?

Una vez terminada, me dirijí al hostelero.

¿Cuánto debo? le dije en voz muy baja con el propósito económico de pagarle *mi cubierto*.

Y *sotto voce* me pidió una suma, casi tan modesta como el contenido de mi portamoneda, comprendido en aquella, según me dijo, el gasto hecho por el cochero, esto es, un trago y otros tragos.

Creo que le pagué una quincena anticipada.

El hombre en mangas de camina fue el primero en volverse al coche con su hijo.

Las dos damas, sensibles á mi forzada generosidad, me favorecieron con su más graciosa sonrisa. ¡Qué sonrisa!

Era una coquetería póstuma.

El yankee puso un *dollar* en la mesa.

—Aquel señor pagó, le dijo el mesonero, señalándome.

I dont' care if he did, respondió el yankee, dejando sobre la mesa la moneda y yéndose directamente al coche.

Entre tanto, había trascurrido una hora, escaso tiempo para la difícil operación de enjaezar nuevos caballos, interrumpida frecuentemente por las libaciones del cochero.

Hubimos de salir, por fin, de la estación, y corrieron los caballos, con buena voluntad, breves minutos.

Muy luego se calmaron sus bríos, y el cochero los trajo–gracias á Dios,–á la medida de su propia cachaza: así llegamos al punto más elevado del camino, donde principia el rápido descenso.

Rodó entonces el coche con velocidad; y era de verse la cara de víctima del yankee cuando los saltos del coche lo ponían en contacto con las dos antiguas jóvenes.

Y todo lo miraba el yankee con ojo observador.

—¿No rieles para Caracas?

—No rieles!

—Estamos bajando!

—Sí, le repuse.

—Muy extraño! ¿Volveremos á subir?

—Nó! le repliqué. Bajando llegaremos á Caracas, salvo algunas cortas cuestas.

—Y la ciudad ¿no está á unas 900 yardas sobre el nivel del mar?

—Exactamente.

—Entonces......no comprendo......

Algún tiempo después, trasmontada la corta cuesta de Catia, corríamos sobre el terreno fácil de las cercanías de Caracas, desde las cuales se ven y se oyen las lágrimas y detonaciones de los cohetes que cruzan el espacio é iluminan su cielo.

—¿ 4 de Julio de Caracas?

—No, le dije, hoy no es día de fiesta nacional.

—¿ Y esos fuegos ?

—La costumbre !......La falta de ellos haría exclamar á los que por aquí llegan: ¿ Por qué no hay hoy cohetes ?

Llegó, por fin, el coche después de ocho horas de viaje.

Y molido paré yo en un Hotel llamado del *León de oro*, donde, si no hay león que muerda al prójimo, no faltan *leoncitos* que muestren el colmillo al transeunte.

Huyendo de ellos regresaré mañana en una mula de alquiler. ¡Qué mula ! Es mula que anda en alemán, como si alguna vez hubiera pertenecido á algún tudesco.

Todo lo olvidaré al verme á tu lado, todo, hasta el daño que pueda causarme la consabida mula con su andar de marinero alegre.—Así y todo, la mula es preferible al coche. Pero te aseguro que si algún día tuviere que volver á Caracas, vendré con mis propios pies, que para eso me los hizo Dios, fuertes y grandes.

Febrero 1881.



UN VIAJE AL INTERIOR

—

No hay nada tan agradable como un viaje á las llanuras de Venezuela.

Un caballo, una cobija. Eso es todo lo que se necesita para ir y volver. La falta de hoteles contribuye á la comodidad del viaje, del cual se regresa agradecido de la hospitalidad de aquellos vecinos.

No hay cantinas donde tomar un trago de aguardiente; pero hay hogares donde puede uno regalarse con escudillas de fresca leche.

No lleva el llanero á la cintura el inofensivo revólver que se usa por acá, como signo de valentía; pero en todas las manos se ve el arma habitual de las diarias labores.

En aquellos pueblos se nota, además, la ausencia de esa jovialidad *sui generis*, que transforma á un extraño en un amigo íntimo, sobre todo, si la porta-moneda de aquél no está vacía.

Motivo de mi viaje fue la necesidad de perseguir á varios deudores de la casa mercantil en que trabajo como dependiente.

Nada diré de los malos ratos que pasé hasta llegar al pueblo de......

Llegué en oportunidad propicia, pues se celebraba la fiesta de la patrona del pueblo.

Fuí acojido cordialmente, á pesar de todo, por uno de los más atrasados deudores de mi amo, que, si no tuvo dinero para pagar, tuvo, en cambio, buena carne con qué obsequiarme y palabras *menudas* con qué hacerme olvidar el objeto de mi viaje. Ah! si las hubiera oído mi principal!

¿ Qué había de hacer, sino asistir á la función religiosa de aquel pueblo, no teniendo, por de pronto, en qué ocuparme ?

El templo, por su exterior ruinoso y sucio, más bien que la casa del Señor, parecía la cocina de una casa.

Y los feligreses le achacan al párroco esta falta, pretendiendo que este infeliz, sin cuidarse de su propia *limpieza*, gaste, en el aseo de la iglesia, las limosnas que de de todos recibe.

Estaba completamente lleno, esto es, el templo.

Algo como un terremoto, conmoviendo las paredes, ensordeció mis oídos.

Eran los truenos y pólvora quemados al rededor de la iglesia, en el instante en que el sacerdote subía al púlpito.

El viento llevó al sagrado recinto el humo de aquella combustión : temí la asfixia.

Qué fiesta ! decían á media voz con ingenua satisfacción, muchos de los concurrentes, envanecidos de aquel lujo d pólvora y detonaciones. Exactamente, lo mismo que en Caracas.

El templo estaba decorado con alegres colchas y flores abundantes.

Frente al púlpito, y en sendos asientos desiguales, se veían los notables del pueblo, entre los cuales descollaban

el juez, el comisario, el curioso y el barbero, todos en riguroso traje de domingo.

Cada uno de ellos iba, en cortos intervalos, á inspeccionar los fuegos artificiales, cuyo depósito estaba en la inmediata bodega, de donde volvían con mayor entusiasmo, más encendida la cara y más pequeños los ojos.

Santa era, sin duda, su alegría; pues se notaba en su rostro, inundado de sudor, algo de muy *espiritual.*

El sacerdote, entre tanto, de pie en la cátedra, esperaba á que cada cual se acomodase, para dejar oír la palabra de Dios, obra maestra del maestro barbero que había sido sacristán, allá en sus mocedades, y la cual no costaba gran cosa á los piadosos feligreses.

Inspirado, tal vez, por la profusión de flores, que convertía la iglesia en un pequeño jardín, rompió el cura su discurso con oportunas frases de propia cosecha.

"Muy bien, hermanos míos —dijo— No podéis ofrecer
" á María Santísima obsequio más grato que estas flores,
" de cuyo aroma se llena la casa del Señor."

Los notables bullen en su asiento, bostezan y se duermen.

Pero el cura continúa imperturbable:

" Si dirijo la vista al altar, ¿qué es lo que veo?
" Lujosas flores. Si llevo la mirada al trono en que está
" la imagen de María ¿qué es lo qué encuentro? Flores
" preciosísimas. En todo el rededor ¿qué es lo qué se ve?
" Flores! bajo las cuales desaparece el suelo! Y por últi-
" mo, si dirijo la mirada á los notables, aquí presentes,
" congregados en la ocasión para dar realce á esta fiesta de
" la patrona, encuentro que ellos están en *si son flores ó no*
" *son flores.*"

El calor me ahogaba, y me retiré de la iglesia.

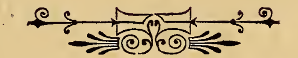
La fiesta duró una semana.

Los deudores, entregados á ella, ni siquiera se cuidaban del objeto de mi viaje.

Resolví, pues, volverme con las manos vacías.

Sentí placer al verme en Caracas.

Pero á mi principal le amostazaba el gasto inútil dc mi largo viaje.



EL JUICIO FINAL

Á MI AMIGO EL SEÑOR EDUARDO M. DÍAZ

Horrible y, al mismo tiempo, imponente espectáculo.

Llegaba el sol al meridiano, y sus rayos perpendiculares herían con viva luz el giratorio planeta.

La luz principió luego á disminuir de una manera extraña. Se alejaba hasta desaparecer en las alturas inconmensurables.

Era que el sol se disipaba: el astro se moría.

Y comenzaba el cataclismo universal.

Tinieblas densamente negras cubrieron la superficie de la tierra.

Ensayaron los hombres cuantos medios de ignición les eran conocidos.

Pero algo, como vapor compacto que flotaba en la atmósfera, hacía imposible la combustión del oxígeno.

Súbita claridad ilumina el espacio, suave como luz de aurora.

Y en carro luminoso baja majestuosamente del Empíreo el Señor del Universo, seguido de alados serafines.

Dios, el mismo Dios abandona la mansión celeste para venir á juzgar á la humanidad.

Flota su carro en la atmósfera á corta distancia del suelo.

La humanidad contempla azorada al Juez incorruptible, y siente miedo, y cae de rodillas.

"Misericordia"—exclama— "Misericordia!"

Dibújase en los labios del Eterno una sonrisa que parece expresar: "Es tarde."

Y sonó entonces la trompeta apocalíptica.

Y el sonido llenó los ámbitos del mundo, sonido poderoso, aterrador, inaudito.

Y retembló la tierra y el cielo palpitó, y los ríos y los mares se helaron de espanto!

Y los muertos sacudieron el soporoso sueño, rompieron lâs bóvedas que los aprisionaban y salieron en tropel confuso y tumultuoso.

No cabían!

Era el torrente que se desborda, el mar que inunda, mar de seres resucitados, que no hallaban espacio.

Y unos sobre otros, sin distinción de sexo, formaron grupos que correspondían á los diversos gremios instituidos por los hombres.

Aquí los médicos y los jurisconsultos y los hombres de ciencia.

Allí los hombres de sotana, presididos por los papas y cardenales y obispos; y entre todos ellos, en número crecido, los comerciantes y los pulperos.

Allá los artesanos y los artistas.

Y acá, en fin, los literatos y los poetas, confundidos

con los mendigos, ocupando, todos juntos, una extensión inmensa.

Contempló el Señor los diversos grupos y vió que estaban en orden.

Y pareció que buscaba inútilmente á alguno que no tuviera mancha.

La conmiseración se dibujó entonces en su semblante.

Pero, Juez inexorable, según lo pinta el hombre, no se rindió á los impulsos de su corazón de padre.

Conculcada su ley, la humanidad se había hecho reo de múltiples delitos y debía ser condenada al último suplicio: el infierno!

Buscó Dios de nuevo á alguno que pudiera salvarse.

Nada!

Y exclamó conmovido:

"No hay un solo justo!"

Y se presentó entonces Pancho Pérez con la colección de sus artículos, diciéndole:

"Mirad, Señor, que yo soy *Justo.*"

—Mientes, le contestó el Señor, que tu tú complacías en el ridículo de la humanidad, y no la justicia, sino la burla te dictó tus áticos escritos. Atrás!

Bullía por allí cerca el grupo de comerciantes, los cuales concertaron presentarse en concurso, como acreedores que intentaran desplumar á algún cofrade en quiebra.

—Atrás! les dijo el Señor, al ver que se movían. Ya estáis juzgados. Vosotros sois los mismos que invadieron el templo. Atrás!

Los hijos de Hipócrates pensaron que *el oficio* les alcanzaría el perdón de sus faltas: y con tono de suficiencia exclamaron en coro:

—Nosotros somos médicos.

—Atrás! gritó el Señor. Vosotros no curábais por

amor al prójimo, Vuestras píldoras,–las píldoras que todos vosotros *confeccionáis*,–son el cuerpo del delito.

—Eran inofensivas, replicaron todos, las hacíamos con migajón de pan.

—Atrás ! Atrás !

Presentáronse entonces unos individuos de brillantes charreteras y de espada al cinto. "Nosotros dimos libertad al pueblo," dijeron con altanería.

—Mentís, bellacos ! les contestó el Señor. No ganásteis jamás una batalla ! Sucumbía el soldado en la matanza, y luego, le arrebatábais el honor del triunfo. Atrás !

Acercaos vosotros, continuó el Señor, vosotros los que fuísteis mis representantes en la tierra.

Y los Papas y demas compañeros, comprendiendo que les llegaba su turno, adoptaron la aptitud más humilde, y el aire más compunjido, como si su alma no fuera un libro á los ojos de Dios.

—Vén tú...... y tú...... y tú...... dijo el Señor.

Y entresacó unos cuantos que sentó en su carro.

Y continuó dirijiéndose á los otros :

—Convertísteis el templo en oficina, y del altar hicísteis mostrador. No solo engañásteis al mundo, sino que pretendísteis y pretendéis engañarme ! Atrás, falsarios de la fe cristiana !

Adelantóse luego con arrogante paso un poeta que en la una mano llevaba una cajita de *cold cream*, con que se refrescaba el rostro, y en la otra *la traducción de la traducción* de Heine. "Héme aquí, le dijo con petulancia. *Yo soy bien nacido y me he quemado las pestañas buscando la verdad.* Ahora me arrepiento de mi duda."

—Calla, infeliz ! No hay perdón para tí que no sólo olvidaste glorificar mi nombre, desdeñando las advertencias de Felipe, sino que olvidaste también un nombre santo

que debiste haber asociado al tuyo. No tuviste piedad de ningún género......Atrás! Atrás!

Acercose, por fin, con aire festivo otro poeta. Su continente franco y sus maneras cultas revelaban al hombre que nada tiene de *tabernàrio*.

—Aquí estoy, Señor!

Y se inclinó reverente ante el Todopoderoso.

No pudo Dios ocultar una sonrisa de simpatía.

Calló...... dudó un momento......... Después le dijo: "Atrás!"

—No te he oído, añadió el poeta, colocando trás la oreja una mano entreabierta como auxiliar acústico.

—Callaste ante el calificativo de tabernario...... continuó el Señor, y por eso caíste de mi gracia. Atrás!

Y así sucesivamente fueron condenados los jurisconsultos, que en su favor interpretaron el derecho, burlando la justicia; los médicos desdeñosos para con el desvalido; los artesanos y artistas remisos en cumplir la palabra empeñada; los ricos, que no supieron hacerse perdonar su riqueza, por medio de la dádiva piadosa; los poetas sin pudor, que hicieron de las musas, aduladoras meretrices; los literatos mentirosos, que vistieron sus obras con ajenas galas; los mendigos soberbios, que no vieron en el hambre una promesa de hartura venturosa......

—Id, les dijo el Señor, id todos al infierno!

Y aquella masa viviente, inmensa como el océano, se encaminó á la mansión de los réprobos.

—"No caben!" gritó desde sus antros el demonio, y rujiendo desesperado repitió: "No caben!"

La inmensidad se detuvo.

—No había pensado en eso, dijo para sí el Señor.

Y buscó de nuevo, como queriendo hallar pretexto para perdonar; mas no dió con un solo pecador que pudiera presentar siquiera una circunstancia atenuante.

Pero sucedió entonces que unos mendigos dividían con otros su escaso pan y daban parte de sus harapos á los más ateridos por el frío.

—¿Qué hacéis? les preguntó el Señor.

—Damos pan al hambriento y vestimos al desnudo, como es costumbre entre nosotros los más menesterosos.

—Sí, dijo el Señor con acento de alegría. El infortunio os ha hecho compasivos, y la compasión os salva. Venid conmigo al cielo, vosotros los que practicáis la caridad.

Y consigo se llevó á los pobres.

Bañado en sudor desperté en aquel momento.

¡Qué horrible pesadilla!

Era esa hora de oscuridad profunda que precede al amanecer.

Dios mío!—exclamé—haced que al despertar del sueño de la vida se eleve mi alma á las regiones de luz eterna que se conquistan con el ejercicio de la virtud más grata á vuestra misericordia!



CARTA A DON SIMON

—

Grande y buen amigo:

Caliente todavía é impregnada de azufre vino á *mi mano* la carta que me endilgas desde esa morada de Satanás, que es la tuya, no por virtud de mi artículo "El juicio final," que nada significa, sino por la voluntad de Dios, que es indiscutible, como es indiscutible, la voluntad de todo el que se apropia sus atributos.

Caíste de su gracia, y de aquí que hayas ido á parar en la mansión de los réprobos.

Y caíste, á causa del crimen *aquel*..... de aquel crimen de que te hiciste reo: el crimen de la tolerancia.

Hay cosas que determinan el *bellum hispanorum* (no te rías de mi latín) y casos en que la moderación deja de ser virtud.

Porque has de saber, sordo amigo, que la hidalguía quiere buen empleo y que incurre en falta grave quien de ella hace ostentación confundiendo al *tabernario* con el caballero.

Pero, dejemos esto, que tú no quieres tratar este asunto; y á la verdad que mejor es no meneallo.

No te aflijas, en esa tu mansión soberbia. Solo no habrás de estar largo tiempo. Allá irá á acompañarte el correcto escritor que opuso la cultura del estilo á la procacidad de aquel poeta *bien nacido,* autor del cansado libelo literario.

Y á mí me tendrás á tu lado, aunque inquieto me tiene, querido amigo, la idea de que mi humanidad, así como por carambola, pueda ir á parar á la mansión celeste, donde necesariamente habría de estar sin comunicación con los habitantes de esa mansión tuya, subterránea é incandescente.

¡Cuánto lo sentiría! Porque á mí me gusta estar siempre en contacto con los que me entienden, con los que ven en mis acciones el verdadero móvil que me impulsa, con los que prescinden de las apariencias y buscan y hallan el corazón sano y honrado. No son éstos á fe mía, candidatos para el cielo, que les ha sido interdicto por los rezadores consuetidinarios.

Y digo que puedo ir á parar al cielo, porque acaso se le antoje al Sumo Juez tener en cuenta algo mío, que él quiera llamar bueno, algún rasgo mío, de patriotismo, por ejemplo, (de allá de mis veinte años) que quiera considerar como circunstancia favorable.

¿Qué haría yo allá, en el cielo, querido amigo, entre Cloridiana y las Tudescos y tantas otras vírgenes antiguas resadoras del rosario?

Preocupado me trae, á la verdad, esta idea; y de aquí, que yo procure, con todas mis fuerzas, alcanzar puesto honorífico allá donde tu habitas.

Sí! Yo quiero esa eternidad con mis amigos, para continuar allá, y saborear con ellos, la dulce murmuración que forma acá, el tema obligado de toda charla.

Quiero, además, codearme allá, con tantos seres que no

han querido aceptar aquí, como justa, la idea de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

Quiero ver, frente por frente, sin humillante rubor, á tanto noble hidalgo cuyos rasgos de grandeza consisten únicamente en su estudiado desdén.

Quiero reírme allá, como me río acá, de la *bétise humaine*, cuando estemos nivelados en el banco de los réprobos.

Quiero, en fin, si así fuere necesario, ocupar con ellos el asiento de los malditos de Dios, ya que ellos no han querido fijarse en la significación del banco *en que desaparecen* las desigualdades sociales.

Pero me he alejado del motivo de tu carta, dejándome llevar de este espíritu de igualdad y de justicia que reside en mi alma.

Tú me hablas de lógica y retórica, de lenguaje pulido y pensamientos filosóficos, de crítica y de gramática, cosas, todas éstas, que tu infernal modestia me prohibe buscar en tu carta satánica.

Inútil advertencia!

¿Soy yo acaso miembro de la Academia para haber de solicitar en los demás lo que en mí mismo no encuentro?

¿Ni qué me importa todo eso?

Bien pudieras, á fuer de académico, decretar la acentuación del esdrújulo en la última sílaba, cosa á la cual habremos de llegar, andando el tiempo.

No por eso habría de inquietarme, ni de buscar tres pies al gato.

Me dices también que allí cada cosa está en su puesto, y cada individuo en su lugar, y que todo marcha derecho, bajo el mandador de Satanás.

Así debe ser, porque el que manda, manda y no ruega.

Pero no deja de entristecerme eso del *mandador* en un país culto, donde, sin hacerse daño, según dices, viven en buena paz las suegras y los yernos, y donde no es nece-

sario tal signo de poderío, desde que no hay *Bonivares* que sujetar en *Chillón*.

Bien se vé, sin embargo, que hay orden en el infierno, única cosa que encuentro de malo, sin contar lo del *mandador*.

Y bien se ve, además, que allí reconocen el principio de autoridad, colocado por los réprobos *au dessus* (perdóname la frase) de todo otro principio.

Sólo en las *regiones azules* se desconoce este principio. Allá ruega el que manda.

Y pongamos punto aquí para no abusar de tu paciencia y para poner coto á las sujestiones de esta mi mal cortada pluma que, según me impulsa, cosas habría de decirte, que no son para escritas.

Y puesto que toco al término de esta misiva, ha llegado el momento de las memorias.

Tú sabes que por acá se estila estampar, al fin de una carta, los recuerdos de la amistad y del afecto.

Así, pues, los doy muycordiales á...... Sería no acabar!

Y es inútil nombrarlos, desde que tú conoces á todos mis amigos.

He concluído.

Pero viene á inquietarme una maldita idea.

¿ Llegará á tus manos esta carta ?

¿ No habrá algún demonio que la intercepte...... y la abra y la lea?

Si estuvieras en algún punto de Venezuela, ningún temor tendría; pero estás en el infierno, y se me antoja temer —á pesar del orden que allá reina— que alguno llegue á abrirla, como es uso y costumbre en otros pueblos.

No quiera Dios que ninguno de esos diablos que te rodean tenga el antojo de darse por aludido.

Espérame! Pronto estaré contigo.

Tu amigo y compañero

Caracas, 7 Octubre 1882. GUARACARUMO.

PERCANCES DE UN ENFERMO

—

(TOMADO DEL FRANCÉS)

—

Era una noche.

Me hallaba en la casa de una amiga, donde se hablaba de todo y de todos.

La murmuración alegraba los corazones, inspirando á cada cual epígramas puntiagudos.

Ya se había dicho el poco bien y el mucho mal que en las reuniones privadas suele decirse del amigo ausente.

La conversación, como voluble mariposa, después de andar incierta, se fijó, por fin, en la alta figura del heredero de Esculapio.

Cada uno dijo su sentir; éstos con acritud, aquellos con suavidad; unos denigrando, otros defendiendo.

Los discípulos de Hipócrates fueron llevados por unos al Capitolio, y por otros, precipitados de la Roca Tarpeya.

El debate parecía deber durar largo tiempo, cuando la señora de la casa se dirijió á uno de los circunstantes que, hasta entonces, había guardado silencio.

—Y usted, querido amigo, ¿no nos dará su opinión?

—¿Mi opinión? preguntó á su vez el interpelado. Suplico á usted que me permita callar. En boca cerrada......

—Nada de eso! Hable usted!

—Sí, sí, que hable! repitieron todos.

—Me inclino ante la mayoría.

Todos prestaron atención, y el de la palabra continuó en estos términos:

—Sentí un día cierto malestar que principió por dolor en un talón. No podía dudarlo. Estaba malo: tan malo, que mis amigos hubieron de notarlo.

—Estás cojo, me dijo uno de ellos.—Sí.—¿Qué tienes?—No sé.—Esos son los nervios.—Eso es algún percance......—El calor.—El frío.—Esto.—Aquello.

Y cada uno agregó á su diagnóstico la indicación de un médico, recomendándolo como una de las lumbreras de la ciencia.

Si todos son lumbreras, me dije, no hay preferencia posible; y como más ven ocho ojos que dos, voy á consultar á los cuatro facultativos que me han sido recomendados.

Dicho y hecho.

Algunos minutos después, me hallaba frente á frente con el primero de ellos.

—Señor Doctor, le dije, vengo á consultarle......

—Siéntese usted.

—A consultarle acerca de una enfermedad que tengo hace algunos días.

—¿Qué siente usted?

—Siento dolor en un talón......

—¿Qué más?

—Algo como cansancio en la pierna......

—Y ¿ qué más?

—Siento malestar.

—Póngase usted de pié! Respire usted......Vuelva á respirar......Tosa usted......Vuelva á toser......Muy bien! Sí, sí!......Veinte sanguijuelas!

—¿ En el talón ?

—Nó! En el pecho. Y tome usted aceite de bacalao; y no sería malo que se pusiera también una mosca en la espalda. Lo que usted tiene es un reumatismo pulmonar... Con que ya sabe usted......veinte sanguijuelas en primer término.

Salí de allí lleno de cuidados. Sanguijuelas......Aceite de bacalao......Estoy ético!

Vamos casa del segundo. Éste acaba de llegar de Europa, y probablemente sabrá más que los otros.

—Señor Doctor, mi amigo Fulano me ha recomendado......

—¿Está usted enfermo? Eso basta. Yo me debo á la humanidad!......¿Qué tiene usted?

—Siento dolor en un talón y.........

—Deme usted el pulso......Veamos la lengua......... ¿Tiene usted apetito? ¿Ha perdido usted el sueño?...... Sí, eso es! No es otra cosa! Dispepsia.

—Otro médico, que acaba de verme, crée que tengo reumatismo pulmonar.

—Un alópata, sin duda! Le habrá recetado purgantes y cataplasmas......¡Qué rutina! Dispepsia es lo que usted tiene. Dispepsia, á causa de la mala alimentación en *este país*.

—Yo me alimento muy bien. Cómo buena carne. Mi mesa es lujosa.........

—No, señor, aquí no saben cocinar..... Dispepsia, dispepsia. Disuelva usted este glóbulo en diez litros de agua:

de ella pondrá usted una gota en una cucharada de agua pura, que tomará cada mil quinientos segundos. ! Reumatismo pulmonar !...... ¡ qué bruto ! ¿ Ha comprendido usted bien ? Cada mil quinientos segundos !...... Vaya usted con Dios.

Salí de allí más enfermo todavía.

Ambos deben de tener razón. El pecho, el estómago !...... Yo ignoraba la afinidad de los talones con el estómago y el pecho.

Vamos á ver qué dice el tercer médico.

Le hallé en su casa.

—¿ Le ha visto á usted algún otro ?—me preguntó después que le expuse el caso.

—Sí, señor, dos médicos que me han hablado del pecho y del estómago.

—¿ Qué le han recetado ?

—Sanguijuelas y aceite de bacalao, y un globulito homeopático.

—No es extraño...... no quieren aprender ! Los síntomas y podromos que hallo en usted revelan, de una manera clara, un principio de enfermedad en la médula espinal, que es el punto de partida de todos los dolores. Así, no es sorprendente que le duela ese talon...... es *una forma* de la inercia de la columna...... Agua fría en regadera, agua fría en fricciones, agua fría para todo...... Esta es mi opinión. No se haga otra cosa.

Imagínense ustedes mi situación.

Encorvado salí de aquella casa. Me dolía la columna vertebral. Sentía nauseas, y no me atrevía á escupir siquiera, por temor de ver salir sangre de mis pulmones.

Vamos al otro, aunque me mande enterrar.

La suerte me favorecía, pues hallé á mi cuarto médico en su casa.

Salió á mi encuentro, muy festivo.—Vamos á ver, me dijo, ¿de qué se trata?

—Mi amigo Perencejo me ha dicho......

—¿Perencejo? Siéntese usted!

—Me ha dicho que usted puede curarme.

—¿Le envía Perencejo? Muy buen muchacho, eh! Siéntese, siéntese usted!

—Me duele este talón y......

—Aquí en este mecedor que es más cómodo.

—Y siento cansancio......

—Hace tiempo que no veo á Perencejo......

—Cansancio en la pierna......

—Vamos! Anímese usted! La alegría es un gran remedio. Otros médicos recetan boticas enteras......Yo tengo mi sistema......

—En efecto, he consultado tres facultativos......

—¿Y Perencejo se mezcla todavía en la política?

—Y me han recetado sanguijuelas, y aceite y......

—La política...... mala enfermedad!

—Y glóbulos y agua fría......

—Ya me lo imaginaba. Milagro que no le han dado quinina y silicilato que están de moda. No recetan otra cosa. ¡Qué médicos! ¿Tiene usted fiebre? Quinina y silicilato.

—Yo no tengo fiebre.

—¿Tiene usted gastritis? Silicilato y quinina.

—Yo no tengo nada de eso......

—¿Tiene usted tifus? Quinina y más quinina! ¿Dónde han aprendido que el tifus se trata con quinina?

—Lo que yo siento, Doctor, es......

—Lo que usted siente es un punto congestionado por falta de circulación. Sí, señor, congestionado, lo cual es muy frecuente en las personas de vida sedentaria.

—Mi vida no es sedentaria...... yo......

—No importa! La falta de circulación trae la parálisis y luego...... No se alarme usted por eso! Haga lo que voy á indicarle, y respondo de su vida. Ejercicio corporal! Ejercicio corporal! Vamos! Levante usted esta bala......... ¿No puede? Ya lo creo; es muy pesada. Vea usted! Yo la levanto como si fuera una pelota de goma! Pues usted hará otro tanto, dentro de unos pocos meses; pero debe hacer este ejercicio por la mañana y por la tarde. En el día, haga usted ejercicios gimnásticos, dos ó tres horas. Siga usted mis consejos. La gimnástica es la panacea universal.

Desconsolado salí, comparando á los médicos con los relojes, que rara vez están de acuerdo.

Me sentía paralizado, inmóvil, muerto!

Me hallé, de repente, con un amigo.

—¿A dónde vas, me dijo, con esa cara de víctima expiatoria?

—Ah! querido amigo, me estoy muriendo!

—¿Qué tienes?

—Tengo pecho y estómago y médula y todo un Egipto encima.

Y le referí lo que me pasaba.

—Estás algo cojo, me dijo, reparando en mi andar dificultoso. ¿No será á causa de algun callo?

—No tengo callos.

—Y ¿por qué cojeas?

—Tengo dolorido este talón, no puedo asentarlo.

—¿No será algún clavo del tacón de la bota?

—Puede ser!

—Mira! Quítatelas y examínalas.

Me fuí á casa, y así lo hice.

Las botas no tenían clavos.

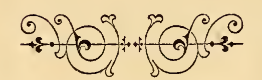
Me examiné el talón, y hallé en el centro un punto negro.

Introduje la punta de un alfiler......... hice un esfuerzo......¡ Qué vergüenza ! Era una nigua !

Cubrí con adhesivo la pequeña herida, y algunas horas después, estaba sano.

Ahora bien, mi opinión en el particular es que los médicos ....

—No ! No diga su opinión, me interrumpió riendo la señora de la casa. Preferimos ignorarla.



LA COMEDIA DE LA VIDA

—

Eran las ocho de la mañana.

En la noche anterior había llegado á Caracas, después de un año de ausencia.

Hallábame todavía en la alcoba, preparándome para salir, cuando me anunció mi mujer la visita de Don Fulano.

—¿ Don Fulano ?......¡ Qué extraña visita !

—Dice que quiere saludarte.

—Dios se lo pague ! Hazlo pasar á la sala, que ya voy á su encuentro. Recíbelo, entre tanto.

—Recibirlo ! No faltara más, cuando tengo que atender á los muchachos y al desayuno y á.........

—Tienes razón, hija. Véte á tus quehaceres.

Salió mi esposa, y yo me quedé pensando en el motivo de aquella honrosa visita.

Pero antes de continuar este cuento, bueno es hacer constar las circunstancias de mi ausencia.

Me ví arruinado un día, allá en el año de 187......

No es del caso referir la causa de mi ruina.

Todo lo había perdido.

No tenía ocupación.

No tenía nada: no tenía pan.

Sólo tenía familia.........

Y el trabajo huía de mí.

Yo corría tras él, sin poder alcanzarlo.

Toqué á muchas puertas: todas permanecieron cerradas.

Llegué á creer que la Providencia había decretado que muriese de hambre.

Y no queriendo morir de tal enfermedad en mi propio suelo, resolví ir á morir en suelo extraño.

Vergüenza me daba morir así, entre los míos.

Decidí, pues, irme.

Mi mujer y mis hijos quedaban encomendados á la Providencia.

Llegó el momento de partir.........

Ninguna mano estrechó la mía.

Ni una sonrisa de despedida, ni una mirada de afecto.

Solo fuí al muelle.

Solo llegué al barco que había de llevarme á playas extranjeras.

¿Solo? Nó! Me acompañaban las lágrimas de mi dulce amiga y las santas oraciones de mis ancianos padres......

Tuve la buena suerte de colocarme, sin tardanza, en Nueva York, en una casa de negocios. No habría podido esperar un dia más.

Pasado algún tiempo, vine á Venezuela, por razón de los negocios de aquella casa.

He aquí por que extrañaba yo la visita de don Fulano.

—Ahí está también don Zutano con don Perencejo y varios otros señores, me dijo mi mujer, algo alarmada ante aquel flujo de visitas.

—Que pasen á la sala.

Mi extrañeza crecía á cada nuevo aviso de un nuevo visitante.

Honrada se vió mi pequeña sala con la presencia de unos doce caballeros.

—¿Qué traerá entre manos esta gente? me decía á mí mismo, sin sospechar en ellos nada de villano.

Los visitantes, entre tanto, hablaban entre sí con el mejor humor del mundo.

Yo oía desde el aposento.

—"Me felicito, decía uno de ellos, de haberle aconsejado que se fuera.

—"Yo también, dijo otro, yo lo puse á bordo.

—"Mis esfuerzos lo decidieron, dijo un tercero, yo lo ayude á......

—"Este país no es teatro para él.

—"¡Qué bien le ha ido!

—"¡Qué fortuna, en tan corto tiempo!

—"No podía ser de otro modo, agregó don Fulano. Yo lo predije. Este mozo tiene frente despejada y muchas aptitudes...... Con ese capital ¿cómo no había de abrirse paso?

—"Lo favorece también su figura simpática.

—"El éxito que ha alcanzado prueba que es un mozo despierto, y prueba, además, que nadie es profeta en su tierra."

Yo no sabía de qué se hablaba.

Entré á la sala en aquel momento.

—¿En qué puedo servir á ustedes, señores?

—¿Servirnos? dijeron todos, poniéndose de pié. Nosotros venimos á servir al amigo querido, á saludarlo, á abrazarlo.

Y me abrazaron de firme.

—Supe anoche, dijo Don Fulano, al mismo tiempo que todos se sentaban, supe anoche la llegada de usted, ya de-

masiado tarde para haber venido en el acto, y en la mañana me he apresurado á ser de los primeros en estrechar su mano.

Yo me figuraba que no era yo la persona á quien se dirijían; pero no había duda. Don Fulano me miraba frente á frente.

—Señor!...... Es usted muy bondadoso, le dije.

—Yo vengo á dar á usted mis parabienes......

—Y yo á presentarle mis respetos......

—Idéntico motivo nos trae á todos.

Ante aquella inusitada fraseología, apenas pude balbucear algunas palabras de agradecimiento.

—Con que dió usted en el clavo!...... Era de esperarse!......

—Nos hemos alegrado mucho.

—El talento siempre se abre paso.

—En casa han celebrado mucho la noticia.......

—¿ La noticia de mi vuelta ?—les pregunté.

—Sí...... pero mucho más la otra.

—No sé de que me hablan ustedes..... les dije.

—Ah! se está haciendo usted el sueco.

—Verdaderamente, añadió don Perencejo, es una fortuna merecida.

—Yo soy tu mejor amigo, me dijo un antiguo condiscípulo; y por lo tanto, creo tener derecho á tu primera visita. Te espero á comer en casa.

—Gracias, no puedo......

—Nada de gracias.

—Vengo por días muy contados, y quiero dedicar á mi familia el tiempo de que pueda disponer.

—Eso no impide que mañana ó pasado.....

—Yo también quiero que nos honre usted un día comiendo con nosotros.

—Y yo......

—Siento no poder honrarme aceptando......

—Y ¿se marcha usted muy pronto? Se llevará usted la familia......

—Imposible! le repuse.

—¿Cómo así?

—Ya lo creo, continué, el valor del pasaje excede al sueldo de un año, y no tengo otra cosa.

—¿Un sueldo? exclamaron todos.

—Sí, señores, un sueldo muy limitado.

Vaya pues! No debemos quitarle más tiempo.

—Que se conserve usted bueno.

—Le felicito por su regreso.

—Para servir á usted!

—Adiós, señor.

—Adiós, señores, les dije; adiós, señores......

Y todos salieron de la sala, uno tras otro.

En el corredor los esperaba mi suegro que había estado oyendo los cumplimientos de aquellos visitantes y se reía con toda la fuerza de sus pulmones.

—Viejo mentiroso! le dijo uno de ellos, tiene usted valor de reírse!......

—¿Pues no he de reírme?......

—¿No me habló usted de una fortuna de cien mil fuertes?

—A mí también me habló de eso.

—Y á mí me dijo que se los había visto.........

—Es verdad, dijo mi suegro con sarcástica sorna.

—Pero su yerno está *limpio*.........

—Perfectamente limpio, afirmó mi suegro.

—Se burló usted de nosotros.........

—No, señores, continuó mi suegro, los cien mil fuertes se los ví......en sueños.

—Ya lo suponía.

—Difícil es que este mozo gane tal suma, dijo Don Fulano.

—Es muy torpe, añadió mi condíscipulo.

—Y tiene una figura repulsiva...... agregó otro de ellos.

—Y unos ojos muy pequeños.

—Nunca podrá abrirse paso, añadió un tercero; sin talento no es posible hacer fortuna.

Entonces sí dijeron la verdad.

Algunos días después fuí á embarcarme, tan solo como había venido.



EL LUJO.

—

El lujo ha llegado á ser en Caracas una verdadera calamidad.

Porque el lujo es la causa de la pobreza general y la causa de muchas cosas que, por sabidas, se callan.

De todas partes se habla siempre del lujo y de la pobreza, como del punto elevado que domina la escena.

Es el tema obligado de todas las conversaciones, esto es, de esas conversaciones del hogar modesto, entre individuos de conciencia pura, entre individuos que nada ocultan, que todo lo dicen en el abandono de la intimidad y de la confianza.

Y ¿por qué es el lujo la causa de la pobreza de que tanto nos quejamos?

Vamos á tratar de averiguarlo.

Y principiemos por decir que el crédito reconoce, como base, la facultad positiva de responder de aquello que se recibe, sin dar inmediatamente en cambio su equivalente.

20

De aquí se sigue que el crédito está siempre en razón directa de la posibilidad pecuniaria.

¿Ha visto usted que ninguna persona destituida de recursos merezca crédito, siquiera limitado?

Si ha visto usted eso, alguna vez, ello no será sino una excepción en el principio que dejamos sentado.

Y siendo así, que la base del crédito es la posibilidad, podemos añadir que el crédito es la consecuencia de la posición independiente, el testimonio del bienestar.

Fulano tiene crédito, luego tiene dinero.

Y Fulano dejará de tener crédito cuando el amor á lo superfluo haya agotado sus recursos.

Para conservar éstos, es forzoso suprimir el lujo, especie de langosta que arrasa toda economía.

Porque el lujo—el lujo de hoy—no está en relación con nuestro comercio y con nuestra agricultura, únicas fuentes de producción, bien mezquinas, por cierto, y atrasadas.

El comercio! La agricultura! Mejor es no meneallo.....

El lujo corresponde á los países ricos donde cualquier hijo de vecino es un pobre millonario.

Aquí, donde son contados los hombres que viven de sus rentas, el lujo es un insulto á la general pobreza.

Y Venezuela es un país paupérrimo, por más que á empeño tomemos el elevarlo á las nubes.

Sierras vastísimas, jamás holladas por humana planta; dilatados eriales, cuyo seno jamás sufrió la herida del arado; pastos desiertos donde pacen diseminadas greyes—nada de eso constituye riqueza positiva, sin la mano laboriosa que saca á luz el escondido tesoro:

Y ¿dónde están esas manos? Las unas no se mueven: aunque vigorosas, están embotadas por la inercia. ¿Cómo han de ocuparse en faenas rurales, las manos que han empuñado una espada? Las otras...... ay! han desaparecido en el incendio de nuestras discordias.

¿ Qué nos queda ? ¿ Qué tenemos ?

Un comercio precario que, si produce renta para el sostenimiento del tren administrativo, está muy lejos de ser la fuente de la riqueza pública.

Y ¿ en qué consiste principalmente este comercio ? En la importación cuantiosa de artículos de moda que deslumbran á nuestras damas.

Y ¿ qué utilidad deriva el país, de esas importaciones de ricas manufacturas extranjeras ?

Ninguna, nos atrevemos á decir, desde que no está justamente equilibrado el cambio de estas manufacturas por los productos de nuestro suelo.

Mayor que el de éstos es el valor de aquellas, diferencia que debemos cubrir con dinero efectivo y que reconoce, como causa principal, nuestra vanidad ridícula, nuestro apego al lujo, nuestro amor á lo superfluo.

De aquí nuestra pobreza.

Vestir con lujosa elegancia, llevar costosas prendas, gastar coche...... Eso nos vuelve locos !

Cadenas y relojes...... ¿ para qué, si la naturaleza es el reloj del pobre ?

Coches...... ¿ para qué, si aquí no hay distancias ?

Pero......¿ quién nos apea del coche ?

Ahora lo usamos para todo,–para casarnos y para morirnos,–sin mirar que el coche no es sino nuevo motivo de dispendio introducido por la vanidad.

Nos encantan las costumbres de la magnífica Europa.

Y nuestras esposas y nuestras hijas se desviven por figurar entre las gentes del *gran tono* y por llamarse señoras *comme il faut*, ridículo remedo de costumbres peculiares á las naciones opulentas, que no convienen ni á nuestro clima, ni á nuestras circunstancias.

¿ Son aquellas costumbres, por ventura, más confor-

mes con los dictados de la razón, para que así las prohijemos tomándolas *criollamente* por modelo ?

Las damas de la opulenta Europa,–y vaya esto como ejemplo–usan larga cola de seda ó terciopelo, que no se ensucia sobre la rica alfombra de los salones. Las damas de esta pobre tierra usan idéntica cola que se empuerca sobre las puercas calles.

¿ No es esto criollo y mui criollo ?

Pero nada ! Hemos sustituido con aquellas costumbres las costumbres sencillas de nuestros padres.

Estamos decididos á rendir culto á la moda, aunque sus cambios frecuentes no sean otra cosa que un medio seguro de explotarnos.

Esa es la influencia que nuestro comercio,–el comercio de objetos de lujo,–ejerce sobre nuestra sociedad, influencia perniciosa que deprava las costumbres, corrompe el corazón, vicia y destruye todo elemento de orden y la arrastra á su completa ruina.

A ese hábito funesto de la imitación debemos la pobreza de que nos quejamos.

Y ha echado raíces la creencia de que el *buen tono* pide telas de alto precio. Ya no hay elegancia en el traje sencillo de las niñas. Olvidamos que la sencillez del traje es un indicio de la sencillez del alma.

Queremos codearnos con el rico mercader extranjero.

Y así en el templo de la Divinidad, como en el de Talía, donde la esposa de aquel ostenta costosas galas en asiento distinguido, la mujer del hombre asalariado, vestida igualmente con valioso traje, ocupa también asiento importante, provocando la hilaridad de los que ven en esa competencia la prueba de nuestra vanidad que inspira desdén á los mismos que ponen á contribución nuestra soberbia.

Y ¿cuál es el resultado ?

Que malversadas las cortas ganancias, queda destruido

el crédito, que no es otra cosa que la solvabilidad reconocida.

Tras esa pérdida viene el desdén que humilla, viene ese estado de postración moral que no inspira respeto, viene ese abandono letárgico que embrutece.

Así, no es de extrañarse que familias poseedoras de base bastante para levantar poco á poco el edificio de su bienestar, se vean reducidas á dolorosas privaciones y lleguen á vivir vida criminal á trueque de conservar el hábito del lujo.

Muerto el sentimiento del decoro, la muerte moral es irremediable.

Familias hay que no pueden, que no quieren privarse de la ópera.

¿ Cómo no ir al teatro ?

Se empeña el sueldo de un semestre para el abono y los trajes diversos de la temporada.

¿ Qué importa ? Ahí están mis amigos.

El tendero de la esquina es muy afable y nunca me ha rehusado nada. Tengo crédito ilimitado. Nunca me cobra.

El pulpero vecino me ha probado, en distintas ocasiones, que me tiene en alta estima.

La afabilidad de entrambos es prueba de simpatía.

Y esta simpatía es la base de mi crédito.

Así discurren algunos maridos.

—No, dicen ellos aunque no lo piensen, no es que mi mujer tiene todavía juventud y belleza. No es que yo me vendo, sino que me tienen cariño.

A todo eso lleva el lujo.

Convertimos nuestro crédito, esto es, nuestros escasos recursos, en brillantes trapos de duración efímera.

Sigamos el ejemplo de sensatez que nos legaron nuestros mayores.

No hacían ellos desembolso alguno que no figurara en su presupuesto.

Y el presupuesto era la pauta que los guiaba en la inversión de sus entradas, deducido de éstas el apartado mensual que, aumentándose gradualmente, llegaba á ser la base de la independencia, el *crédito del momento*, la garantía del porvenir.

La independencia así conquistada, trae consigo *crédito personal*, y este crédito es el baluarte que excluye la inmoralidad. En su recinto no entra la abyección, porque allí no llega la pobreza.

Reprimido el lujo, huirá de nosotros la miseria y habrá en el hogar luz de alegría en vez de sombras de tristeza.



EN EL PANTEON

—

Startle not with echoing sound
the strangely solemn peace.

TUPPER.

I

He aquí el alcázar sombrío!

Escrita está en su pavimento nuestra historia.

Los mármoles aquí encerrados, geroglíficos de la generación presente, fríos, pero no mudos, como la muerte que lo habita, la contarán un día á las generaciones venideras.

II

La vanidad, el pavor, se apoderan simultáneamente del espíritu, en presencia del templo de la gloria, que encierra al mismo tiempo la grandeza del hombre–virtudes, saber, heroísmo–y la pequeñez humana–cenizas, polvo, nada.

III

Adelante!

Entremos sin ruido, suspenso el corazón y tenue el paso.

Silencio!

La voz sólo ha de oirse como rumor del aura en los cipreses.

IV

En medio á tanta gloria que no perece, en medio á tantos héroes que ya no existen, la admiración y la simpatía dirijen mi paso vacilante.

Voy en pos de una tumba......

Aquí he de hallarla, que todo varón ilustre asiento ha de tener en este Olimpo creado por la Patria para mansión de sus ilustres muertos.

V

He aquí un túmulo!

La historia de un grande hombre.

Aquí reposa de su inmortal labor aquel cuya huella quedó impresa en la cumbre de los Andes, aquel que dió vida de libertad á pueblos oprimidos, aquél que tiene altar de amor en todo corazón americano.

Sobre la losa fría está grabado un nombre.

Un poema épico.

Él sólo llena el templo!

VI

Allá se ostenta una modesta tumba.

Bajo la losa inmóvil descansa un hombre austero y justo y sabio.

La losa trasparenta sus virtudes.

Ellas forman época en la historia de la Patria.

Hé aquí el varón ilustre que implantó en nuestro suelo el amor á las ciencias cuyo estudio está unido á su preclaro nombre.

Él legó ejemplos.

¿Los habremos seguido?

VII

Otra tumba, y otra más, y otra más.........

Silencio!

VIII

Yo quiero visitar la tumba de aquel que fue hijo mimado de la gloria; de aquel á quien Marte daba asiento en su carro de guerra; de aquel héroe de las pampas y del poblado, naturaleza salvaje y generosa, que en nada halló peligro; de aquel cuyos prodigios llegarán á los confines del tiempo como ficciones mitológicas.

La busco en vano.

Aquí no está esa tumba.

Aquí no está la del héroe inmortal de Las Queseras.

¿Por qué, si la Patria la reclama como gloria que sólo á ella pertenece?

¿Qué fatalidad lo ha proscrito?

IX

El silencioso recinto recorro en diversas direcciones.

Busco el monumento de otra gloria.

Nada!

No se halla aquí la tumba de aquel sabio, de aquel astro de luz, cuyos reflejos iluminan nuestro cielo desde apartado oriente.

Ningún signo de aquel cuya dicción era regia vestidura que daba majestad al pensamiento.

Ningún recuerdo de aquel príncipe del habla castellana, honra y gloria de las pátrias letras!.....

Aquel que vistió manto de soberanía duerme en extraña tumba.

¿Por qué, si el santuario de la gloria abrió sus puertas para recibirle?

Esa tumba es gloria de la Patria.

Y otros pueblos la disputan como suya.

Esa es la apoteosis de Andrés Bello!

X

Salgamos!.....

Silencio de respeto pide el recinto augusto.

Silencio, en la estancia de los héroes!

No perturbemos con extrañas voces el sueño de los sabios.

Dormid en paz, vosotros los que dormís en gloria.

Quedad en paz morada de los muertos.

Caracas 29 Noviembre 1831.



EL DOCTOR MIGUEL ANTONIO BARALT.

—

Toda mundana profesión reclama asiduidad para su constante ejercicio.

Y pide también vocación, porque sin ésta no se puede cumplidamente desempeñarla.

Sí! Se necesita esa inclinación interior hacia el estado ó profesión que se elije, inclinación que es garantía de buen suceso.

El estudio, sin embargo, suele suplir la vocación en las profesiones del mundo.

Mas no sucede así en la santa profesión de iniciar el alma en la vida sobrenatural, de mostrar el camino difícil de la bienaventuranza, de poner al hombre en relación con su creador.

Para ella no bastan el talento y el saber.

La vocación es la primera y más importante condición del sacerdote, cuya misión se revela en la constante aspiración del alma á ser intermediaria del hombre en su comunicación espiritual con el Altísimo.

Sólo así se concibe que el incomparable Bossuet lle-

nara el mundo cristiano con su palabra conmovedora y que viva aún en la admiración de los católicos, por el poder de su voz sagrada que, atravesando siglos, ha llegado hasta nosotros con toda la pompa de su magnificencia.

He aquí el modelo del sacerdote de vocación, del sacerdote predestinado, verdadero ministro del Señor.

No es dado, en verdad, á todos los hombres descollar en la profesión á que se dedican, porque generalmente elijen, obedeciendo á circunstancias invencibles, aquella para la cual no sienten vocación poderosa.

Y así se explica la oscuridad de algunos sacerdotes, incapaces de trasmitir el fuego de la fe cristiana y de defender, con las armas del talento y de la ciencia infusa, la santidad de la doctrina evangélica.

Por eso se ve que otros, en el ejercicio de su ministerio, aparecen muy lejos de la altura que les corresponde y que, aplicando textos sagrados al sostenimiento de ideas personales, profanan la santidad de la cátedra divina. Sacrilegio impío de que se han hecho reos sacerdotes de renombre, á quienes falta la vocación, aunque les sobra el talento. Se nota en ellos la ausencia del sentimiento religioso, signo de la vocación, con que Dios ha dotado el alma de sus ministros.

La palabra es uno de los más hermosos atributos del sacerdocio, la palabra autorizada, que el ministro derrama, como lluvia benéfica, desde la tribuna de la verdad y que lleva al corazón de los fieles la convicción piadosa y las más consoladoras esperanzas.

Esa palabra, que se oye siempre con recojimiento humilde, con fervor santo; que ejerce en nuestro sér moral regeneradora influencia; que reprime las pasiones, modera la vanidad, corrije las costumbres; esa palabra, decimos, resuena poderosa en nuestra alma, porque es el eco que repite los mandatos de la Providencia.

Y decimos autorizada, no precisamente por razón del ministerio. El ministerio pide la idoneidad y la idoneidad amplia, perfecta, sólo está en el sacerdote predestinado que con la práctica de las verdades y principios que difunde, da vigor y autoridad á la palabra. Los labios de ese sacerdote vierten desde la cátedra del Espíritu Santo las enseñanzas místicas que son el alimento del alma.

Esa es la palabra que constituye el sublime atributo del sacerdocio, la palabra impregnada de aquella unción divina que es hija del profundo convencimiento de las verdades eternas y de que sólo es dueño el hombre que nace para llenar en el mundo esa misión beatífica y salvadora.

Esa es la palabra santa, la palabra eterna, la palabra de Dios, que vibra en las bóvedas del Templo, que conmueve, domina, subyuga, porque es destello de la Divinidad que se refleja en la faz del ministro que la vierte con labio puro y corazón sin mancha.

Tal es la palabra del señor Pro. Dr. Miguel Antonio Baralt!

Humilde, como el héroe del Calvario, afable, modesto, de ingenio y de saber profundos, adornado de la más hermosa de las virtudes—la caridad cristiana—dotado de facciones apacibles, que evidencian la dulzura del alma, y de voz simpática, suave, persuasiva, que sólo se eleva en éxtasis de divino amor, que sólo se oye alabanzas al padre de las misericordias y en frases de dulcísimo consuelo, he aquí los rasgos más notables del sacerdote á quien la Providencia confió la dirección espiritual de los hijos de La Guaira.

He aquí al sacerdote predestinado, antorcha luminosa del clero venezolano, de quien puede asegurarse, como del inmortal Bossuet, que es la personificación del sacerdote.

Y en efecto, el señor Don Miguel Antonio Baralt com-

pendia las dotes que hacen del ministro del altar una robusta columna de la Iglesia del Dios crucificado.

Vosotros, los honrados hijos de La Guaira, decid dónde está el guaireño que no tribute homenaje de amor, de veneración y de respeto, no ya al individuo investido del carácter sagrado, sino al hombre de raras prendas, de dignidad imponente, de sentimientos elevados, que se olvida de sí mismo para ejercer la caridad en todas partes; no ya al ministro que pudiera desempeñar un oficio, sino al digno pastor que con celo incansable habla á su grey el dulce lenguaje del amor y la conduce por la senda del deber con la suave violencia del afecto!

¿Quién no ha gozado nunca del místico arrobamiento que su voz autorizada derrama sin cesar en todos los corazones?

También los hijos de Caracas han admirado, en distintas ocasiones, la elocuencia de este orador sagrado.

Y recientemente le han ofrecido el más expléndido testimonio de admiración, acudiendo á oír el discurso que pronunció el 12 de Agosto con motivo de la consagración de la Santa Iglesia Metropolitana.

El Prelado tuvo á bien nombrarle orador para este acto augusto.

Y es tal la celebridad de que justamente goza el cura de La Guaira, que el pavimento desapareció bajo la inmensidad de una concurrencia ávida de su palabra arrobadora.

El orador principia dirijiéndose al Ilustre y virtuoso Prelado, y deja oír luego su palabra, con ese lenguaje del orador elocuente que predica la sabiduría y que tiene el convencimiento de que la declamación impertinente no aumenta el valor de las verdades que revela.

Explicó en el exordio las magníficas ceremonias de la consagración y proponiéndose este tema: "¿Qué es un templo católico?" entró á probar que el templo es la casa

de Dios y al mismo tiempo la casa del pueblo, declarando que *la Iglesia está abierta para todos y que todos los rangos sociales están invitados á confundirse al pie de los altares*, y dilatándose en este punto con tanta facilidad de elocuencia, como es expontáneo en las flores el delicioso aroma.

Sublime y majestuoso, el orador electrizó á su auditorio, cuya imperturbable avidez en percibir hasta sus aspiraciones, en el recogimiento silencioso del santuario, sancionó el título de orador distinguido que la fama ha acordado á sus talentos.

Y en verdad, la palabra del señor Doctor Baralt ejerce tal influjo en el alma, es de tan poderosa elocuencia, que el auditorio cree oír la voz del cielo y ver en el orador al divino delegado del Eterno Padre.

No es eso efecto sólo del talento: ahí está marcada la influencia de la vocación, de ese movimiento interior con que Dios lo llamó para confiarle el cuidado de las almas cristianas.

Tanta unción y tanta sabiduría en la primavera de la vida; tanta humildad y mansedumbre en esa edad en que el hombre no ha tenido tiempo todavía para vencer en la lucha contra las pasiones, son presagio de gloria para la patria.

Todo ello forma una como divinal aureola en torno al sacerdote, en cuya frente, radiante hoy por sus luminosos pensamientos, brillará algún día la mitra del Episcopado.

La Guaira Octubre 1867.



LA ESPOSA

—

A TRINA

—

Hombres hay sin corazón, como hay mujeres sin alma.

No hizo Dios para ellos el amor.

Los unos son seres que piensan, que juzgan, que hablan; pero seres que no sienten.

Las otras son como flores sin aroma que brillan en preciosos búcaros.

Flores que no perfuman el ambiente, ni son gala de los jardines.

La belleza de la mujer sin alma es como la belleza de la flor inodora.

La belleza moral cautiva el corazón, subyuga el alma, produce el amor.

La mujer que inspira tal sentimiento está dotada de atributos angélicos.

Y sentir ese amor es comprender á Dios que dió alma á la mujer para consuelo del hombre.

Por eso lo adoro y lo bendigo.

*

El amor es una necesidad del corazón, una tendencia del espíritu, una aspiración del alma.

Sin el amor, no hay felicidad posible, y es bastardo todo placer, mentido todo bienestar, ilusoria toda ventura.

Sin el amor, el hombre viviría sin luz, aislado entre la multitud, solo, en medio de todos.

Y así, forzoso es abrir el alma á las emociones del amor, bañarla en esa fuente de goces inefables, guardada en el santuario de la felicidad por la sacerdotisa del amor, bajo el nombre de esposa.

*

La esposa sintetiza todo cuanto hay de grande y noble y bello en la mujer.

Ella es la aspiración del corazón enamorado.

El alma de nuestra alma.

El complemento de nuestro sér.

La dulce amiga que viene á participar de nuestra suerte, haciendo suyos nuestros placeres ó nuestras penas, nuestras alegrías ó nuestras lágrimas.

El ángel de bondad y de dulzura que Dios coloca á nuestro lado para que aparte con mano cariñosa los abrojos que pudieran herirnos en el camino de la vida.

*

Toda angustia se deshace ante la mirada consoladora de la dulce esposa.

Todo acíbar pierde su amargura ante la sonrisa de aliento de la valerosa compañera.

Toda tribulación desaparece ante el cariño de la fiel amiga.

Su amor calma el furor de la tempestad amenazante.

Y no vierten sus labios un consejo, en la hora del infortunio, que no tenga la sabiduría de la inspiración divina.

La esposa nos hace amar la vida.

Amamos á los hijos, porque la amamos á ella, porque ellos son prenda de su cariño, porque ellos son el reflejo de su afecto puro, de su amor santo, de su amistad sin límites.

*

Amor y respeto es lo menos que podemos ofrendar, como signo de gratitud, á la mujer que, al hacernos dueño de su corazón, nos hace árbitros de su suerte.

*

La fe es la poesía del amor.

El pedestal en que asienta los pies la diosa del hogar, cuya frente, ceñida por la diadema del amor, se eleva al cielo, entre el incienso de la adoración.

Esa poesía conserva para mí todos sus encantos, y esa diadema despide sin cesar brillo resplandeciente.



UN EPISODIO HISTORICO

I

Mucho había avanzado el movimiento revolucionario que había de dar al traste con el centralismo.

Si los centralistas hubieran podido prever los sucesos, no habrían dejado triunfar solos á los partidarios del sistema federal.

Su cooperación voluntaria y bien intencionada habría asegurado su participación futura en la administración de los intereses públicos.

Estaban ciegos!

La guerra fue su política, política absurda, que, durante un lustro, mantuvo abiertas las arterias de la Patria.

II

Los campamentos, en aquel entonces, eran el punto de reunión de los ociosos. Ofrecían malos ratos á los que ce-

ñían espada para combatir; pero presentaban grandes ventajas á los que veían en la guerra el medio de lucrar sin ningún riesgo.

Parecerá mentira; pero ès lo cierto que en algunos campamentos hubo individuos que jamás tuvieron ocasión de oír un tiro. Muchos de éstos habían abandonado voluntariamente su hogar, para presentarse con cara de víctima á alguno de los jefes en armas.

En tales circunstancias, se hizo notable por su prudencia y moderación un mi tío, llamado Perules, hombre inofensivo por temperamento, meticuloso por carácter, y sano y bonachón como todos los de la familia.

No tenía, el infeliz, más defecto que el de mentir con toda sinceridad y el de dar entera fe á cuantos cuentos absurdos oía acerca de la guerra, cuentos que él aumentaba y correjía y echaba luego á volar por esos mundos de Dios como verdades tomadas de la Biblia.

Aquellos cuentos acabaron por enfermar el flaco cerebro de mi tío que la dió por ser general en jefe, para conseguir posición y sacar el vientre de mal año, como suele decirse.

Presintiendo el cercano triunfo, se incorporó á las fuerzas del más inmediato jefe en armas.

Tuvo razón. Su oficio de platero era poco productivo; y eso que él era platero hábil, que montaba al aire un diamante, tan alto, que nadie podía alcanzarlo.

III

Difúndese la alarma en el campamento del General Luciano Mendoza.

Tranquilo éste, con la tranquilidad del valor, se apercibe á la pelea y asigna á cada cual su puesto.

La lucha comienza, terrible y sangrienta.

¿En dónde está mi tío? ¿Habrá muerto?

Ha ido á buscar su mula que huyó despavorida á los primeros tiros.

Era muy marcado en ella el instinto de la conservación.

El enemigo es rechazado y huye dejando tras sí armas y pertrechos.

Mi tío encuentra por fin su mula y se incorpora á los vencedores, gritando con todos sus pulmones: "Vamos á perseguirlos! Que no quede vivo un godo!"

IV

Las huestes federales hacen su entrada en la Capital.

La magnanimidad del jefe de la revolución cautiva las voluntades: no se oyen odiosas denominaciones.

Los soldados del uno y del otro bando no son ya enemigos: son hijos del mismo suelo, unidos por recuerdos gratos, por lazos de afecto: son hermanos, y entre hermanos, no hay vencedores, ni vencidos.

Mi tio Perules, disfrazado de general, se muestra descontento. Él había contado con un triunfo bullicioso, trascendental, productivo.

Le han dado corta paga, y él pide por premio á su osadía, siquiera......la Aduana de La Guaira......

—¿Cómo estás, Perules? le dice con familiaridad un antiguo amigo.

—Yo soy el General Perules! le contesta con énfasis. Vengo de los campos de batalla.

—¡Tú, General! Pues ya no hay más que ver! Y ¿cómo te ha ido?

—Hombre!......No muy bien......algunas heridas......

—¿ De machete ? preguntó el amigo.

—Por supuesto !

—¿ Cortando cañas, tal vez ?

—¿ Cómo ? Peleando cuerpo á cuerpo ! Pregúntale á Luciano que muchas veces tuvo que contenerme.

—¿ Para que no corrieras...... tras el enemigo ? Y por lo demás, ¿ qué tal ?

—Ay amigo ! Este carácter mío ! Genio y figura, hasta la sepultura......

—¿ Qué te pasa ?

—Todavía me mortifica el recuerdo de un lance desagradable. Figúrate que me ví obligado á dar de planazos á un compañero que quiso huír en lo más crudo de la pelea... Pregúntale á Luciano.

—¿ De veras ?

—Yo soy así, por carácter ! Me magnifico en el combate y no puedo contenerme.

—Y ese compañero ¿ estaba muerto ?

—Muerto de miedo ! Lo asustaba mi valor.

V

No se cansaba mi tío de dar pasos para conseguir puesto con buen sueldo.

Furioso llegó á casa una mañana, después de inútiles diligencias.

—¿ Qué tiene usted, tío ? ¿ Está usted indispuesto ?

—¿ Qué ha de ser ? Los envidiosos influyen en el ánimo de Falcon para que no recompense mis servicios. ¡ Qué iniquidad ! Después de tanta sangre derramada !......

—Ah sí, le dije, han muerto muchos.

—Derramada de mis venas, quiero decir !......

—Lo disimula usted mucho! Está usted tan gordo, que......

—A mí, á mí me deben el triunfo! Yo le aconsejé á Antonio las conferencias de Coche. Pregúntale á Luciano.

—¿Es verdad eso, tío?......

—Pregúntale, pregúntale á Luciano! Yo me he sacrificado por la causa, y me rehusan una recompensa! Y después de eso, haga usted patria!......

—Qué ingratitud!

—Y lo peor es que tuve que planear á un compañero, á un amigo......

—Sí, ya sé!

—Y que habiéndose insolentado, le dí una estocada, y lo hubiera matado, á no haberse interpuesto Luciano que me dijo: "General, déjelo vivir!

—Sí, tío, ya conozco esa historia.

VI

Han trascurrido pocos años.

Mi tío Perules, envuelto en amarilla bata, revela el quebranto que sigue á penosa enfermedad.

Una aneurisma lo tiene postrado, según la opinión del facultativo.

Según la de mi tío, su enfermedad es el resultado de su vida ajitada en las campañas, el resultado de tantas heridas!

Y no tiene un rasguño!

Pero está malo, muy malo.

—¿Qué tienes?—le pregunta la aflijida esposa.

—Remordimientos! La conciencia me acusa de un crimen.

—Dios mío! ¿Qué crimen es ese?

—Un asesinato!

—¡Qué horror!

—Figúrate que en el campamento de Luciano, despues de sangrienta batalla en que tuve que planear á un compañero, éste me faltó al respeto, y lo maté de un sablazo!

—Tú me has contado eso de distinto modo.

—Te ocultaba la verdad; pero cerca ya de comparecer ante Dios...... Luciano te contará todo eso......

Y pasó el infeliz á la otra vida.

VII

En los "Hijos de Dios" hay una tumba rodeada de cipreses.

La losa que la cubre tiene esta inscripción: "Aquí yace el General Perules, cuya espada brilló en cien combates, defendiendo los derechos del pueblo. Como militar, fue valeroso; como hombre privado, supo hacerse respetar, hasta el punto de haber castigado con la muerte á un compañero de armas que se atrevió á ofenderle. La Patria está de duelo. R. I. P."

Varias personas discurren silenciosas en el recinto de la muerte, leyendo para sí los epitafios. Allí está el General Luciano Mendoza que ha ido á tributar á un amigo los últimos obsequios del afecto.

—Luciano–le dice uno de los concurrentes, mostrándole la tumba de Perules–lee esta inscripción.—Luciano obedece.

Sus amigos le preguntan luego quién era aquél General.

Luciano se concentra, consulta su memoria, busca en sus recuerdos, frescos todavía, y, tras breve silencio, responde con ingenua sinceridad: "No sé quien era el General Perules."

La Guaira: 1856.

LA HONRADEZ

—

Hablar de la honradez..... eso tiene seis bemoles.

Eso es hablar de lo desconocido, de lo fantástico, de lo infinito.

Eso es hablar de Dios, cuyo santo nombre no debe tomarse en vano.

Planta exótica que suele aclimatarse en atmósferas corrompidas, rara vez florece allí, donde el suelo es lodo fétido que exhala miasmas pútridos.

Ello, sin embargo, todos creen estar en posesión de esa planta.

Y nadie ha dicho nunca: "Yo soy un hombre sin honor."

Ni hay sér humano que no quiera que su prójimo lo juzgue hombre de dignidad, de probidad, de honorabilidad, aun cuando él mismo, allá en el fondo de la conciencia, se tenga por algo así..... como un presidiario.

Inexplicable aberración esa de aspirar á la honradez, cuando ella no tiene precio en el mercado; cuando no se cuenta con ella para los cálculos; cuando no entra ella para

nada en los negocios; cuando en la vida práctica sólo se busca la *solvabilidad*, ó sea la *solvencia*, como diría un académico intransigente.

Tan exacto es esto, que no necesita comprobarse, pues todo el mundo sabe que entre un hombre honrado, *aunque pobre* –fenómeno que suele presentarse– y un hombre deshonrado, aunque rico –fenómeno con el cual estamos familiarizados,– aquél es blanco del desdén de todos, y éste es objeto de toda atención, de toda cortesía, de todo acatamiento: aquél no tiene crédito y éste halla abiertas todas las cajas.

Y sin embargo, todo el mundo quiere tener la tal honradez, y nadie la encuentra en los demás, porque cada cual cree ser el único poseedor de ella, lo que prueba que la honradez es una cosa que cada cual entiende como le parece, que cada cual define á su modo, que cada cual se apropia sin permiso de nadie.

Y como todo el mundo se ha cogido la codiciada joya y cree tenerla, todo el mundo dice: "Yo soy un hombre honrado."

Preguntadles para qué quieren la honradez, y ya veréis que ni siquiera tienen la franqueza de contestaros que la quieren para ostentarla como prenda rara, cuya escasez constituye su principal mérito.

Diversas faces suelen atribuir á la honradez: la faz comercial, la faz financiera, la faz política, la faz privada.

Pagar al vencimiento..... Esa es la honradez comercial. ¿Qué importan las demás exigencias de la honorabilidad?

¿En finanza?.... Empleados conocí que llegaron á poseer fortuna cuantiosa, cuyo origen no podrían explicar, porque la explicación bastaría á su enjuiciamiento.

Y no obstante, hablan sin cesar de su pulcritud, ponen siempre en alto su honradez.

Recuerdo á este respecto la feliz ocurrencia de un

antiguo empleado en rentas, que compara una aduana cualquiera con una bola de jabón que se tuviera temporalmente en las manos.—Se la cuida, se la vigila, á fin de conservarla íntegra y entregarla intacta al sucesor. Pero suele suceder, añade él, que, una vez entregada, va usted á su casa y se lava las manos..... y sale espuma.

En cuanto á honradez política, oigamos á don Parásito que rabia contra el gobierno.

—Esto es insoportable......

—¿ Por qué, don Parásito? ¿ Qué tiene de malo el gobierno?

—Todo!

—Y ¿ no ve usted que el gobierno es honrado y que el país progresa y se engrandece?

Don Parásito guarda silencio; bufa luego y se espeluza; arroja dardos por los ojos, y por fin, cual si respondiera á un pensamiento íntimo, exclama con toda la seguridad del que sabe lo que dice: "Yo soy un hombre honrado."—Y coje su sombrero y sale ardiendo en ira.

Cualquiera diría, al verle *su furor*, que va á provocar un alzamiento para derrocar el gobierno.

Pues, no señor!

Algunos días bastan á modificar su juicio y á calmar sus iras.

Oigámosle en presencia de sus amigos que han ido á llevarle cordiales y honradas felicitaciones, con motivo del puesto público con que el gobierno ha tenido á bien honrarlo.

Vedle! El espumante vino llena el vaso. Oídle!

" El país ha alcanzado una altura sorprendente, y todo lo debe al recto magistrado que rige sus destinos. Yo declaro, con la honradez que me caracteriza, que el gobierno está rodeado de una aureola de luz, en cuyo centro brilla

la noble figura del digno Presidente, y cuya circunferencia se dilata en los confines del mundo civilizado !...... "

Eso es lo que se llama una honradez *acomodaticia.*

La honradez privada...... Silencio !

La honradez es una, cualquiera que sea el punto de vista bajo el cual se la considere.

Si ella es simplemente el cumplimiento ostensible de alguno ó de algunos deberes, todo el mundo es honrado.

Pero si la honradez es el sentimiento de lo justo, la delicadeza del alma que se aviene mal con la mentira, que rechaza toda trasgresión, que condena todo vicio, que excluye toda falta, es muy rara, muy difícil la honradez. Porque la honradez es la rectitud inquebrantable.

Y no sólo es difícil, sino hasta temible.

Porque la honradez es la perfección, y la perfección raya en lo imposible.

No se concibe un hombre perfecto, y un hombre perfecto daría miedo.

Sería intransigente, inaccesible, odioso.

Líbreme Dios de un hombre perfecto ; mejor dicho, de un hombre que aparente serlo.

Ideal bellísimo, conjunto de todas las virtudes, la honradez no ha podido personificarse.

Quiso un hábil químico graduarla por medio del mercurio, y no pasó éste de una cifra muy humilde.

Forma tangible se quiso luego darla, y con tal fin, sin duda, fue presentada en cigarrillos.

Los cigarrillos simbolizaron la honradez, como para significar que la honradez es humo.

Pero murió la fábrica.

Y, desde entonces, el pulpero, á quien le piden de aquellos cigarrillos, exclama con tristeza :

—"Ya se acabó la *Honradez.*"

UN DRAMA INTIMO

—

(LEYENDA)

—

I

No hace muchos años que llegó á este puerto un joven de aspecto simpático y de educación esmerada.

Su frente espaciosa, sus expresivos ojos y el conjunto armónico de sus facciones evidenciaban las facultades de la inteligencia; y cierto tinte de melancolía, que era como la sombra del cuadro en que brillaba la pensadora frente, comunicaba á todo su sér, esa dulzura no aprendida que subyuga las voluntades.

Esta sociedad, dividida y subdividida, como la sociedad de todo pueblo pequeño, no lo recibió como á un extraño, sino como á un miembro de sus diversos círculos. Lo acojió como á hijo que vuelve al regazo de la madre. Y lo

acojió de esta suerte, porque aquel joven sufría! Aquellos círculos salvaron las barreras que los separaban y juntos promovieron fiestas en su obsequio, llevados del empeño de halagar al simpático huésped que, en cambio, les devolvía sonrisas y suspiros.

Fijó el joven su habitación en la parte más alta de la ciudad, allá donde apenas se percibe el ruido del mar que baña nuestras playas.

Una casa pequeña, embellecida por plantas silvestres que la circundan, blanca, como diamante guarnecido de esmeraldas, era la mansión del dolorido joven y el punto de reunión de los guaireños, que se esforzaban en atraerlo, que solicitaban su amistad, que lo halagaban y lo querían como á un hermano que sufre dolor inconsolable.

Él correspondía ampliamente á aquel afecto expontáneo; y el que estos recuerdos escribe tuvo la fortuna de alcanzar preferencias y confianzas que probaban el más alto grado de fraternal cariño.

Ninguno de sus amigos formuló jamás una pregunta indiscreta. Lo hallaban alguna vez meditabundo, lo veían siempre triste, y participaban todos de su tristeza, sin inquirir la causa.

Una noche, una de esas noches bellísimas en que brillan las estrellas sin nubes importunas, una de esas noches deliciosas, frecuentes en La Guaira, en que la brisa nos trae cosecha de perfumes robados á las flores de lejanos verjeles, mi amigo y yo, sentados á la única ventana de su pequeña casa, bañados por la luz de la luna, departíamos acerca de la instabilidad de la mundana dicha.

Y á medida que hablabamos, su voz me parecía más y más lúgubre, más trémulo su acento y sus cortos suspiros, más frecuentes.

—Creo que sufres, le dije.

—Sí, me contestó. El tema de nuestra conversación

no es el más adecuado á mis circunstancias. Yo sé muy bien, por dolorosa experiencia, que la mundana dicha es ráfaga de luz que nos deslumbra y pasa.

Guardó silencio un instante.

—Nada me has preguntado nunca, continuó, acerca de mis primeros años. Me honras con tu amistad, sin indagar mi pasado, me das pruebas de cariño y discreción, y quiero, en cambio, confiarte una historia que no es mía, una historia, un triste drama que ha amargado mi vida y vestido mi corazón de eterno luto.

Mas, no ha de ser esta noche. Me falta ánimo. Tú vendrás mañana que, para entonces, ya habré hecho caudal de fuerzas para recorrer con paso firme un pasado de dolores y de lágrimas.

—Bien! le dije estrechándole las manos, yo volveré mañana.

II

La vespertina luz doraba los lejanos montes.

Era esa hora en que la golondrina mueve ansiosa las lijeras alas y atraviesa el espacio en busca de su nido. Era esa hora de claridad indecisa, de lucha entre la luz y las sombras que todo lo invaden, dando color indefinido á los objetos que nos rodean. Era la hora en que va desapareciendo de nuestros ojos el portento de la creación y en que no es posible dejar de pensar en el poder de Dios.

Mi amigo me esperaba.

Me tomó de las manos y me llevó á la ventana, desde la cual se divisaba, por entre los árboles cercanos, la luna llena que parecía salir del mar, allá en el horizonte.

Arrodíllate, me dijo imitando á Víctor Hugo y señalando la aparición del astro, arrodíllate, que estamos frente á ese altar inmenso, tras el cual oficia el mismo Dios que eleva, en este instante, su hostia gigantesca.

Yo me arrodillé con él ante aquel espectáculo mil veces contemplado, imponente siempre y siempre nuevo.

Algunos instantes de muda contemplación se sucedieron.

Nos sentamos, luego, en los asientos de la ventana.

—Así brillaba la luna aquella noche, me dijo. Iluminado por su blanca luz, cayó para no levantarse más, un hombre que fue mi amigo, que fue mi hermano. Te he ofrecido su historia y vas á oírla.

III

Mi padre se llamó Fernando Alfaro, y Fernando Hernández fue el nombre de un amigo suyo.

Mi madre se llamó María, y María fue también el nombre de la mujer de Hernández, el amigo de mi padre.

Todos vivían bajo el mismo techo y formaban una sola familia, amándose como hermanos.

Barranquilla los vió nacer y vió también los únicos y sendos frutos de aquellos dos matrimonios.

Juan se llamó el hijo de Fernando Hernández, y Fernando se llamó y aún se llama el hijo de Fernando Alfaro.

—Ese es tú nombre, le dije.

—Sí, me contestó, así me llamo.

Ya comprenderás que, nacidos en nna misma casa, casi al mismo tiempo, abrigados por el mismo techo, criados indistintamente por la una y por la otra madre, mecidos en la misma cuna, arrullados por la misma voz, acariciados por entrambos padres, ya comprenderás, repito, que crecimos amándonos como hermanos.

Iguales eran nuestros gustos, unas mismas nuestras inclinaciones, idéntico nuestro carácter ; y hasta nuestros vestidos fueron siempre uniformes y comunes.

Juntos en la escuela, juntos más tarde en el colegio, juntos después en las tareas de la vida, nuestra amistad fue tan estrecha, tan fraternal, tan íntima, que llegó á ser proverbial nuestro cariño; y en Barranquilla, nuestro suelo nativo, se nos citaba como dechado en el cual debían aprender á quererse los hermanos.

Pobre Juan! Tan dulce, tan bueno! Estaba dotado de sensibilidad exquisita......

Ninguna nubecilla oscureció jamás el horizonte inmenso de aquel cariño. La cordialidad presidió siempre á nuestros juegos infantiles y á nuestras conversaciones de adolescentes; y si alguna vez, alguno de los dos cometía una falta que hacía necesaria la amonestación del padre ó los consejos de la madre, no podían ellos saber á punto fijo quién era el delincuente, porque ambos se declaraban reos del delito que uno solo había cometido.

Ya hombres, tuvimos gusto por los estudios serios, y discutíamos nuestras apreciaciones, terminando por fijarnos en una sóla, convencidos de haber llegado á la verdad apoyado el uno en el otro.

Entro en estos detalles, para hacer comprender cuánto nos amábamos y cuán doloroso debe serme el recuerdo de aquel drama, fijo para siempre en mi memoria.

Guardó de nuevo silencio.

IV

Ya te he dicho, continuó tras breve pausa, que Juan era muy impresionable.

Sensible á cuanto hay de grande, hermoso y noble, rindió ferviente culto á la belleza.

Juan tenía alma de poeta.

Corazón lleno de amor, no concebía la maldad, ni sospechaba el engaño.

Así, no es de extrañarse que se apasionara de una mujer bellísima, hija, como nosotros, de Colombia.

Rosa era su nombre, y todos la llamaban *la rosa de Barranquilla.*

Ay ! amigo mío ! Flor inodora, cuajada de espinas era aquella rosa deslumbrante que se apoderó de un corazón de niño.

Aquella rosa, sin otro mérito que su belleza física, sin ese encanto irresistible, que constituye la más preciosa joya de toda frente pura; aquella Rosa, destituida del sentimiento característico de su sexo, hizo de Juan un esclavo.

Veíamos su peligro, y todos tuvimos valor para alertarlo, y todos quisimos apartarlo del precipicio.

Juan se había engañado respecto de sus propios sentimientos, como suele suceder á los que se sienten fascinados por los encantos de una mujer voluptuosa.

Se creyó enamorado, y juzgó cariño santo, lo que era simplemente alucinación del sentimiento, embriaguez de los sentidos, inclinación pasajera.

Tuvo por amor, lo que no era sino esa atracción vertiginosa que arrastra al abismo.

Nó ! No era amor lo que sentía.

El carácter y condiciones morales de Rosa, que no le eran desconocidos, excluían ese respeto santo que inspira sólo la mujer virtuosa.

Él sabía que no podía estimarla, y sabía también que sin estimación no hay amor posible, como que ella es la base de todo afecto puro.

Pero por una de esas aberraciones inconcebibles del espíritu, Juan, el honrado Juan, decidió casarse con la interesante Rosa.

Su matrimonio fue duelo para su familia y para sus amigos.

Y como era natural, como era de esperarse, al transcurrir unos meses, cayó el velo que lo cegaba.

Y á pesar de todo, una separación de hecho alejó de la mujer al marido.

V

Solo, en medio de todos; aislado, en medio de la multitud; víctima de su credulidad, divorciado de todo trato, buscaba Juan en la soledad lo que no era posible hallar sino en el bullicio del mundo.

Encerrado en su casa de campo, no echaba de menos el amor de Rosa; pero sentía más y más punzante la necesidad de un alma que comprendiera la suya.

Vacío el corazón, dolorida el alma, imaginó que su vida no tenía objeto, la juzgó inútil y la creyó pesada y enojosa carga.

Alarmado, fuí á verle un día.

¿Por qué, le dije, consumes así tu vida en estéril reclusión?

—Déjame, repuso con melancólica dulzura, déjame en mi aislamiento.

—¿Es posible, le repliqué abrazándolo, que así te entregues al recuerdo de un monstruo?

—No es eso lo que me impulsa á huír del mundo.

—Y ¿entonces?......

—Si esa mujer ha podido ocultar bajo un rostro de ángel la depravación de un demonio, debo pensar que la humanidad femenina es la encarnación de todo vicio.

—Todavía estás enfermo, le dije á media voz, la mano del tiempo curará la herida.

VI

En toda Colombia discurrió en aquel entonces la noticia de haber tocado una vez más el monstruo de la guerra á las puertas de Venezuela, trayendo consigo su inseparable séquito de horrores.

Por aquellos tiempos, continuó Juan, llegó á Barranquilla una dama muy joven que huía de Venezuela, su patria, con su padre, su marido, y su pequeña hija, niña de siete años, de color trigueño, de ojos negros, de faz dulce é intelijente.

Establecióse allí aquella familia que llegaba decidida á formar parte de nuestra sociedad.

Barranquilla la acojió con amor, y muy luego poseyó aquella señora el cariño franco y leal de todas las familias de la ciudad.

Emilia llegó á ser la más notable dama de Barranquilla, no sólo por la amenidad de su trato, la suavidad de sus maneras, la sencillez de sus costumbres, la cultura de su intelijencia, sino también, y más principalmente, por la bondad de su alma, que se leía á través de sus rasgados ojos.

Era de una belleza perfecta.

La belleza de una mujer influye siempre favorablemente en el ánimo de los demás, sobre todo, si ella ignora que es bella.

Y Emilia no sabía que su rostro brillaba con el esplendor de la divinidad.

Era de belleza perfecta.

Mas no con esa belleza altiva que llega al fin á inspirar tedio, por desdeñosa, sino con esa belleza mística, que inspira amor y respeto, por dulce y santa.

El color moreno y sonrosado de su rostro guardaba completa armonía con el color densamente negro de sus

ojos, en los cuales se descubría algo de misterioso y melancólico.

Su mirada era dulcemente triste: tenía la expresión de la víctima resignada.

Lijera sonrisa vagaba en sus delgados labios, entre los cuales brillaba diminuta dentadura, como brillan las gotas de rocío en el cáliz bermejo de las flores.

Emilia se abstraía algunas veces. Su espíritu se elevaba á regiones desconocidas; y cuando se la llamaba al mundo material de que salía, sus rojos labios dejaban escapar breve suspiro, cual se escapa de la entreabierta flor aroma delicioso.

Algo de febril animación se notaba en su fisonomía.

Aquella animación no era natural. Y aquel suspiro recatado y tímido era la evaporación de un pensamiento íntimo.

La señora Borda, ó más bien, Emilia, como á ella le gustaba ser llamada, sufría oculta pena, dolor inmerecido; lo que formaba en torno suyo diáfana atmósfera de amor y de respeto.

Por eso ejercía ella ese poder simpático que subyuga los corazones.

Todos sentían su influjo, excepto su marido; porque sólo éste desestimaba los méritos de Emilia.

Hombre de contornos rígidos, de carácter agrio, de corazón seco, no se extasiaba en la contemplación de aquel ángel colocado por Dios en su camino.

Presa de ridículos celos, tornó el hogar en tormentoso infierno.

Áspero en el trato íntimo, y en presencia de extraños, forzadamente afable, algo dejaba traslucir que ponía de manifiesto la poca cordialidad de los esposos.

Emilia procuraba ocultar el desamor de su marido.

Y á pesar de sus esfuerzos, se había adivinado.

El señor Borda mostraba esas atenciones ajustadas á la más rigurosa etiqueta, falsas como un cumplimiento, aprendidas como una lección y por estudiadas, siempre fastidiosas.

No era su trato el trato del amor.

En sus palabras, en su mirada, en sus ademanes se adivinaba una reticencia. Tal vez no se aborrecían; pero tampoco se amaban.

—¿Has visto, me dijo Juan un día, has visto nada más odioso que ese aire de grave dignidad que asume siempre el señor Borda en presencia de su mujer?

—Sí, lo he notado. Y tú ¿dónde lo has visto?

—¡Qué importa!...... ¿Qué opinión tienes de ese hombre?

—Ninguna.

—¿Y de la señora?

—¡Qué sé yo! Me parece muy buena señora....

—¿Nada más?

—Muy estimable......

—Esa mujer, me dijo con acento que me impresionó de una manera profunda, esa mujer es un ángel.

Y tras breve silencio exclamó con acento dolorido: "Pobre Emilia!"

¿Qué ha ocurrido? me preguntaba á mí mismo. ¿Cómo ha podido hacer Juan el conocimiento de esta familia, si él no sale nunca de su voluntaria reclusión en su casa de campo?

Las circunstancias excepcionales de Emilia, la situación de ánimo de Juan, que la había visto, no sé cómo, que la había hablado, que la había comprendido, me hicieron ver el hondo abismo que se abría ante ellos y á cuyo derredor caminaban con paso trémulo, cogidos de la mano.

VII

Llegó, entre tanto, la noche del 5 de Abril de 187.....

Una de las mejores casas de Barranquilla se hallaba perfectamente iluminada.

La afluencia de damas y caballeros, que llevaban alegría en el semblante, anunciaba fiesta en aquella casa.

Y así era en efecto.

Celebrábase aquella noche el cumpleaños de Emilia y sus amigos acudían á cumplimentarla.

No se trataba de un baile en toda forma, sino de un sarao de confianza, de una de esas reuniones íntimas en que se relaja la etiqueta en favor de los convidados, sin que éstos sean por eso menos galantes, ni menos obsequiosos.

Emilia, familiarizada con el arte de los salones, recibía á todos con esa gracia inimitable y encantadora que le era peculiar y constituía uno de sus más poderosos atractivos.

Profusas flores embalsamaban el aire, y el aliento de las deslumbradoras beldades que poblaban el salón, formaba, con el aroma de aquellas, la atmósfera deliciosa que se respira en los bailes y que nos hace adivinar la atmósfera del cielo.

La casa toda se había convertido en jardín animado.

Y entre tanta belleza encantadora, descollaba la belleza simpática de Emilia.

Y entre tanto galán apuesto y elegante, brillaba la figura melancólica de Juan.

Un suspiro de aquella llenó el vacío del corazón de éste.

Sus ojos se encontraron, y la emoción de entrambos tradujo el secreto de sus pensamientos.

Una corriente eléctrica llenó el espacio que los separaba.

VIII

Desierta está la hermosa casa del señor Borda, quien sólo de tarde en tarde sale de ella, pálido, severo, taciturno.

No es ya su casa el corazón de Barranquilla, no es ya el centro al cual afluye la vida de la ciudad alegre y bulliciosa.

Excepto él y un criado, todos la han abandonado!

¿Dónde están Emilia y su encantadora hija? ¿Dónde está su padre, el anciano honrado que todos respetaban, el anciano de rostro venerable?

Voy á explicarte su ausencia.

Había trascurrido algún tiempo después del cumpleaños de Emilia.

Una mañana entró el señor Borda en el aposento de su suegro, llevando en las manos trémulas, un papel abierto.

—Lea usted, le dijo secamente.

Don Henrique, tal era su nombre, tomó con tranquilidad el papel que se le presentaba. Sacó de su faltriquera un estuche que abrió pausadamente, retiró de él sus espejuelos que, con toda calma, se aplicó á los ojos, y leyó luego con voz firme y solemne:

"Borda: Hace muchos años que no vivo, pues no es
" vivir pasar los días de mi juventud al lado de un hombre
" incapaz de comprenderme.

" Celos absurdos con los cuales me hirió usted en mi
" honor, nos han separado desde el nacimiento de *mi hija*.

" Paciente y resignada, he sufrido hasta ahora el rigor
" de no merecido castigo por una falta que sólo existe en
" su cerebro perturbado, mejor dicho, que no existe absolu-
" tamente, pues usted sabe que todo ha sido invento suyo
" para justificar la vida escandalosa que lleva desde aquel

" día en que puso usted cieno en la honra de un hogar res-
" petable.

" He aguardado un cambio en su conducta. He sido
" generosa, perdonándole su infame ofensa. He sido indul-
" gente para con esa infeliz muchacha, un tiempo amiga
" mía, que usted sedujo.

" Y ni la abnegación de que he dado tantas pruebas,
" ni el sacrificio de mi dignidad, ni el cambio de residencia
" que efectué de buena voluntad, en pro de la común dicha,
" han podido modificar sus sentimientos. Ni mi silencio ver-
" gonzoso ante el espectáculo de mi complicidad, viniendo
" simultáneamente á esta ciudad con la víctima de sus ins-
" tintos salvajes, ha podido influír favorablemente en su
" ánimo!

" La conducta de usted, así en mi patria, como en este
" suelo hospitalario, produjo el cansancio del espíritu. El
" cansancio trajo el desamor. Vino después la indiferencia.
" Sentí más tarde vacío el corazón, y luego sentí también
" la necesidad de una alma que fraternizara con la mía.
" Nuevo amor ha llenado mi corazón, y he hallado el alma
" que me comprende; no un amante que busca mis encantos,
" sino un amigo respetuoso que levanta mi espíritu abatido.

" Cuando usted lea estas líneas, ya estaré muy lejos
" con *mi hija*. Adiós para siempre.

Emilia."

—Y bien! Ya he leído, dijo Don Henrique.

—Con qué calma lo dice usted!......contestó Borda.

—Y ¿qué quiere usted que haga? No me sorprende el contenido de esta carta, porque he recibido otra carta de mi hija participándome su resolución y porque esto había de suceder tarde ó temprano. Nadie sino usted tiene la culpa.

—¿Yo? preguntó con énfasis el señor Borda.

—Sí señor! Usted, que ha amargado la vida de mi hija, durante siete largos años; usted que ha hecho de ella

una víctima de su carácter feroz; usted que la ha ofendido en su honor, inventando una falta para justificar, á los ojos de los demás, la vida licenciosa que usted lleva; usted, en fin, que, desconociendo á su propia hija, ha renegado de la naturaleza, ha roto los vínculos del afecto y ha infamado mis canas, las canas de un hombre honrado.

—Se equivoca usted, Don Henrique!......

—Calle usted!......Yo debería matarle sin piedad! Salga en el acto á perseguir á ese hombre y á su mujer.

—Yo no debo ir á buscar á una mujer que prueba con su conducta presente la certeza de sus faltas pasadas.

—Yo debería matarle á usted, repitió Don Henrique irguiéndose en la silla, y tengo, sinembargo, que dejarle vivir......y tengo que matar á otro hombre por el crimen de tener corazón, que usted no tiene y de tener amor, que usted no ha conocido. Yo iré en busca de Emilia, seguiré sus huellas y mataré al raptor. Será una injusticia; pero así satisfaré las exigencias de lo que se llama honor......... Después......no sé lo que habrá después.

Dijo y salió con paso firme.

IX

Ha trascurrido un año.

Una familia suramericana vive en la ciudad de Nueva York, calle 14 al Oeste, número......Ocupa un *french flat* espacioso y elegante, ricamente amueblado, que deja comprender la posicion independiente de los que lo habitan.

Están tomando el té el señor John Webster y su hermana, joven viuda de notable belleza, acompañados de una preciosa niña, de unos ocho años, hija de la viuda y encanto de los dos hermanos.

Uno y otro la miran con amor, y las sonrisas de la inocente niña bastan á pagarles ámpliamente su cariño.

—¿ Quieres mucho á tu tío, Herminia ?

—Sí, le quiero mucho, porque él te quiere á tí, porque nunca *se pone bravo* como aquel señor á quien yo llamaba papá, y porque me da besos, que aquel otro no me daba.

Unos pocos dulces bastaron al apetito de la graciosa niña que se retiró, llena de contento, para recibir á otra niña de su edad, cuya visita acababan de anunciarle.

—Pobre hija mía, exclamó la madre, exhalando un suspiro y siguiéndola con la mirada hasta que desapareció en los últimos cuartos.

—Pobre, ¿ por qué ? se apresuró á preguntar el hermano de la señora.

— Pobre...... porque no tiene padre ! Pobre, porque su madre vive vida misteriosa.

—¿ No soy yo nada para esa querida niña ?

—Eres todo para ella ; pero no eres su padre.

—¿ Tiene tu conciencia algo que reprocharte ? El misterio de que nos rodeamos ¿ tiende por ventura á ocultar un crimen, ó tiene por objeto desorientar á los que acaso puedan perseguirnos ?

—Es verdad ; pero no por eso deja de ser falsa y dudosa mi posición á tu lado ; y como el mundo juzga por las apariencias, al persuadirse de que no soy tu hermana......

—¡ Qué nos importa ! Nuestro cariño es verdaderamente fraternal, mejor dicho, vivimos como hermanos, obedeciendo á un sentimiento de celestial pureza, aunque en nuestro corazón hay amor bastante á incendiar el mundo entero. Si algo pudiera haber de censurable en nuestra fuga, el sacrificio que nos imponemos nos alcanzaría el perdón de nuestra falta. No puede ser más inocente nuestra vida, ni podemos ofrendar á Dios sacrificio más grato.

Vivir bajo el mismo techo, hablar de nuestro amor á

cada instante, leer en tu mirada la abnegación sublime, saborear la eternidad del placer en el recatado beso de un segundo, y conservar la voluntad como valla inexpugnable del honor, ¿no es eso un sacrificio dulce? ¿no es eso una felicidad incomparable?

Ah! No haber nacido tú en mi patria ó yo en la tuya, para habernos encontrado más temprano, ya que fueron formadas nuestras almas para juntarse un día! Veo en esa contrariedad algo así como un error de la Providencia que nos situó tan lejos, cuando nos hizo para amarnos, para vivir unidos!

—Sí, amigo mío; pero por sobre todo eso se levanta la voz de la conciencia que me dice: "no has hecho bien: naciste para sufrir, y has debido resignarte." Y más alta aún que esa voz, oigo la de mi anciano padre que me desprecia y me maldice......

—Desecha esas ideas. Tu conducta ha sido ajustada á los dictados de la razón. Tu marido no te amaba, te acusaba infamemente, sin ver que tu hija es la reproducción de sus facciones, y sin ver que la pureza de tus sentimientos te ponía á cubierto de toda torpe sospecha. Te dió á beber la copa del dolor, sin que la mano de tu padre la apartase de tus labios; y la propia dignidad te mandaba recobrar tu libertad, huyendo de un hombre cruel y desnaturalizado.

—Sí, debí huír; pero no con un amante.

—Y ¿así llamas al hombre que siente hacia tí un afecto excepcional y único, un afecto desconocido de los hombres?

—Perdóname y olvida mis escrúpulos. Tú sabes que por sobre ellos está este amor inmenso que tú me has inspirado. Sin este amor, que no puede sonrojarnos, yo estaría cumpliendo la condena del destino.

—Eres una santa mujer!......

—Jamás he sentido lo que siento ahora, tiernas emo-

ciones, goces inefables, producidos por un amor cuya pureza eleva nuestras almas á las regiones de la eternidad.

—¿ Quién habrá que pueda poner en duda la santidad de nuestro cariño?

—Yo sé muy bien que nuestro espíritu no descenderá de la altura á que se ha remontado y que nada podrá inducirnos al delito que trueca en prosa vulgar la poesía del amor; pero ay! amigo mío, el mundo es maldiciente......

Una criada apareció en este momento á anunciar la visita de un caballero.

—¿ Me solicita á mí?...... A John Webster? ...... preguntó éste algo sorprendido.

—Sí, señor.........

—¿ Quién es? ¿ Cómo se llama ?

—No ha querido decir su nombre. Dice que necesita hablar con el señor.

—Que pase á la sala. Voy á recibirlo.

—Extraña visita, dijo la señora. Nadie nos conoce.... Tengo miedo......

—Sea quien fuere, cúmplase la voluntad de Dios.

Y el ruido de sus labios publicó su despedida.

X

Un hombre esperaba en el salón á que saliese á su encuentro el caballero de la casa.

Pálido el rostro, aunque tostado el cútis; torva la mirada; comprimidos los labios, para evitar el movimiento convulsivo, bien se echaba de ver la impresión que lo dominaba.

—Don Henrique! exclamó Webster al entrar á la sala.

—Sí, señor, yo mismo, contestó el padre de Emilia,

poniéndose de pie. Necesito su vida y vengo á matarle. De nada le ha valido cambiar de nombre.

Tras una puerta se oyó un sollozo comprimido, tras el sollozo apareció Emilia, pálido el rostro y suelta la abundante cabellera.

—Perdón! murmuró cayendo de rodillas á los pies de su padre.

—Retírate, le dijo éste, alzándola del suelo, con acento de rigor, impregnado, no obstante, de mal oculta ternura. Vengo á hablar con este hombre.

—Perdón, perdón!

—Retírate, repitió su padre, y la condujo á la puerta por donde había aparecido, que cerró luego tras ella, y volviéndose á Juan, repitió con acento lúgubre: Vengo á matarle.

—Siento que sea usted! Ah! Si fuera *él*......

—No perdamos tiempo......

—¿ No quiere usted oírme ?

—Ni una palabra.

—Sin embargo...... yo le suplico......

—Ni una palabra más! Vengo á matarle!

—No opongo ninguna resistencia.

—No hablo de un asesinato ; hablo de un duelo.

—Acepto, si usted me permite establecer las condiciones.

—¿ Establecer usted las condiciones ?

—Sin duda!

—Bien! Dígalas usted!

—El duelo será fuera de New York y sin testigos.

—Lo que usted pretende es escaparse.

—Le concedo el derecho de matarme; pero le niego el de injuriarme. No soy un cobarde. Lo que yo pretendo es evitar la persecución de la policía de este país.

—¿ Dónde ha de ser el duelo ?

—Fuera de New York.

—A las diez de la mañana sale un vapor directamente para Venezuela.

—Doy á usted mi palabra de estar á bordo á esa hora.

—No sé si debo fiar en la palabra de un hombre que me ha infamado.

—Repito á usted que puede matarme; pero que......

—Está bien! A las 10 de la mañana.

XI

Han trascurrido unos días.

Van á ser las 6 de la tarde.

Un hermoso vapor americano deja caer el ancla en el puerto de La Guaira.

La Sanidad, de antemano preparada, acude, presurosa, á cumplir sus sagrados deberes, y tras ella, al retirarse, bogan hacia tierra dos botes con tres pasajeros.

El uno transporta á don Henrique y á Juan.

El otro me transporta á mí que sigo los pasos de Don Henrique, hace largos meses, hasta que, por fin, le veo en New York, ya en diligencias para embarcarse. Él no me ha visto á bordo. Tampoco Juan. Tranquilo el mar en aquel día, favoreció mi incógnito.

Al llegar á tierra sucesivamente, tomaron ellos un coche que los condujo fuera de la ciudad.

Yo tomé otro, y me hice conducir tras el primero, á conveniente distancia para no ser notado.

Lejos de la población, dejando atrás el pueblo de Maiquetía, y cuando comenzaba la ascensión del camino de Caracas, despidieron el coche.

Yo salí del mío y á pie continué la marcha.

Apoyado el anciano en el brazo del joven, se internaron en el monte, hacia la izquierda del camino.

Yo adivinaba el drama que aquellos dos actores iban á poner en escena, y me apresuré á acortar la distancia que me separaba de aquel nuevo Abrahám que, obedeciendo á los dictados del honor del mundo, llevaba á su hijo al sacrificio.

La angustia me dió alas.

Sobrevino la noche, clara y espléndida, y los alcancé cuando silenciosamente preparaban entrambos sus pistolas.

Mi presencia los llenó de sorpresa.

—¿Tú aquí? me dijo Juan con acento tranquilo.

Sus ojos brillaron de alegría.

Juan me presentó á Don Henrique.

—Señor, le dije, amigo de su contrario, desde la cuna, estimador de usted, cuyo nombre es tan justamente respetado, le he seguido, desde Barranquilla, con el objeto de buscar otra solución al asunto que á este lugar los ha traído.

—La única solución posible es la muerte de uno de los dos, me contestó con firmeza Don Henrique.

—Pero......

—Nada! No perdamos tiempo.

Juan se acercó y me dijo algo conmovido: he vivido con ella en calidad de hermano. Ella ha sido para mí el ángel visible de mi guarda. Ningún pensamiento indigno ha manchado la pureza de nuestro cariño. La noche que precedió al día de mi partida te escribí una carta que debe serte enviada en día determinado. La hallarás en mi bufete. Vuelve á Nueva York y dile que muero pensando en ella. ¡Pobre Emilia!

—¿Por qué has de morir? le dije en voz baja. Yo me me opongo.

—Es inútil. Debo morir! Y bajando la voz, añadió: Si me las hubiera con su marido......Yo no puedo matar á

su padre! Ella tendría horror de mí...... Vuelve á New York, protéjela y cuida de su hija. Adiós! y me estrechó en sus brazos.

—En guardia, añadió con voz entera, situándose á algunos pasos de Don Henrique.

Cada pistola amenazaba el pecho del contrario.

—Un asesinato! exclamé fuera de mí, tratando de impedir el duelo.

Don Henrique gritó: "Fuego!"

Y se oyeron dos detonaciones simultáneas.

Juan disparó hacia el aire, y giró luego sobre sus piés cayendo desfigurado en mis brazos. "Pobre Emilia" fueron sus últimas palabras.

La luna llena salía del mar, allá en el horizonte.

Su pálida luz iluminaba aquel cuadro de sangre.

Don Henrique se arrodilló ante el cadáver de mi pobre amigo.

Dos silenciosas lágrimas surcaban el rostro de aquel anciano venerable.

Me estrechó la mano y se alejó murmurando: "Cuánto la amaba el desgraciado!"

Yo volví inmediatamente á New York á cumplir la última voluntad del que había sido un hermano.

Emilia no pudo sobrevivir al rudo golpe de la suerte. Murió pensando en él......

Yo he vuelto á este país á cumplir piadosos deberes. Ah! No puedo olvidar ese horrible drama.

La Guaira: 1873.



EL LINGA

—

El diccionario de la lengua no ha sancionado esta palabra.

No por eso carece de significación propia.

No hablamos de una de las islas del archipiélago de la Sonda, que tiene unos diez mil habitantes, muchos de ellos, piratas.

Hablamos del individuo así llamado, tal vez por la semejanza de sus actos habituales con la profesión de los pobladores de aquella parte de la Sonda.

En esta profesión se oculta probablemente la etimología de la palabra *linga* en la acepción que le ha dado el vulgo.

Y ellos, no obstante, son de profesión no exenta de nobleza, de esa nobleza que se encierra en toda profesión peligrosa.

Porque el pirata arrostra los peligros del mar, desafía el furor de los elementos, provoca la ira del poderoso y burla el afán de sus perseguidores.

Es grande, si cabe en el crimen la grandeza.

El linga no tiene nada que temer, porque nadie lo persigue.

Es el pirata de tierra, de la ciudad, del poblado, que sabe revestir su profesión con el ropaje de la honradez.

El linga es linga, como el poeta es poeta. Eso no se aprende, eso no se adopta. Es un instinto, un sentimiento innato.

El linga tiene sus puntos de afinidad con el avaro.

Pero son tipos que difieren.

La parsimonia del avaro, resultado de un cálculo sistemático de economía, tiene sus límites; y allí donde terminan éstos, principia la mezquindad del linga, resultado de sus instintos de sanguijuela.

El linga es todo lo que es el avaro y mucho más todavía.

El linga es sagaz, astuto, hipócrita.

Tiene la perfidia de la víbora, cobarde y venenosa.

No hay en él un solo sentimiento generoso.

Muere súbitamente un individuo pobre de su familia, dejando en desamparo madre, esposa é hijos.

El linga se muestra dolorido en esta desgracia repentina.

Se le ve silencioso, cabizbajo, reflexivo.

Habla consigo mismo, como respondiendo á un sentimiento íntimo.

Cualquiera diría que llora una desgracia irreparable.

Ay! exclama en el abandono de su dolor. ¿Cómo podré librarme de las exigencias de esta viuda que tal vez cuenta conmigo para comprar el luto?

El linga es zalamero por cálculo, y por lo regular, adopta la profesión del comercio.

No queremos decir con esto que todo comerciante es linga, sino que casi todo linga es comerciante.

En esta profesión, aunque medra, nunca llega á la altura de una notabilidad.

Ignorante de las condiciones que el comercio requiere, desnudo de conocimientos de todo género, su habilidad principal consiste en adulterar la mercancía que vende, en engañar á sus clientes, así en las cuentas de compra, como en las cuentas de venta.

Tiene siempre resabios de pulpero.

El público lo sospecha, los del gremio lo saben; y de aquí, que si crece en fortuna, mengua en respeto y consideraciones.

Los unos lo juzgan un pilluelo; los otros le tienen por un cambalachero.

Avezado al fraude, familiarizado con la mentira, divorciado de la moral, hace de la impudencia su principal elemento.

La profesión del comercio, ejercida por él, toma la forma de un cubilete bajo el cual oculta el laboratorio de sus picardías.

El linga, como comerciante, es el heredero de los que fueron arrojados del templo.

Un amigo lo convida á una operación comercial de buenos resultados probables.

—Yo no creo que eso me convenga, le contesta; pero, por serte útil, entraré en el negocio. Veamos! Explícame todo.

El confiado amigo desarrolla el plan, le presenta el pro y el contra del asunto y demuestra, por fin, un resultado espléndido.

El linga se apodera de la idea, como un ladrón se apodera del ageno bolsillo, y sale á practicar por sí solo aquella operación que no le había ocurrido.

El linga no sólo es sucio en su alma: también es puerco en su persona.

Viste de Enero á Enero un *flux* de color pardo, y sólo se afeita los domingos, porque el aseo es innecesario en los demás días de la semana.

El linga es partidario de la templanza y fulmina terribles anatemas contra los bebedores.

No por eso deja de tomar un *cocktail* en una cantina ó de almorzar en un *restaurant*, porque el linga es incapaz de desairar á un amigo que lo invita.

Su apetito honra al anfitrión, que jamás se ve retribuido con idéntico obsequio.

Y en cuanto á moral, el linga la predica en alta voz, aunque su conducta lo desmienta.

Él recomienda la gratitud: pero olvida la protección de que ha sido objeto y á la cual debe la posición que ha alcanzado.

Su protector ha decaído. Hombre de corazón, no puede resistir al deseo de practicar el bien, y sus negocios empeoran de una manera progresiva.

Encuéntranse un día en la calle. El uno sube y el otro baja. El linga esquiva el saludo.

Alguien le echa en cara su desvío y le recuerda el olvidado beneficio.

Y el linga formula este aforismo: *El beneficio recibido á nada obliga, porque éste no es nunca desinteresado y porque toda protección tiende siempre á explotar al protejido.* Tales son sus principios.

El linga no fuma; pero acepta un tabaco que le ofrecen. ¿Le piden un fósforo? No tiene ninguno. Y lleva una caja en el bolsillo!

¿Puede apropiarse lo ageno, sin dejar rastro de su villanía? Pues tenga usted por visto que descamisa al mismo Padre Eterno.

No siempre es rico el linga; y aún siéndolo, se lamenta sin cesar de su pobreza.

Suele ser pobre allá en sus mocedades; y como sabe que el comercio ofrece fácil medro al que no tiene conciencia, sienta plaza de dependiente en una casa de negocios.

¿No tiene aptitudes burocráticas? No importa! Él sabe suplirlas.

Y sabe más todavía! Sabe obligar al principal con sus lisonjas. Lo amarra, lo sujeta, lo hace suyo.

Porque el linga es esencialmente adulador, ruín, chismoso y miserable.

No puede ser de otro modo. Eso está en su índole, no en su voluntad.

Y son pocos los hombres de espíritu elevado que puedan sustraerse á esa influencia perniciosa.

El linga, en su calidad de dependiente, crea para sí el puesto de *inspector general.*

Ve todo, averigua todo, examina todo, aunque de nada entienda, y todo lo cuenta al principal con agregaciones *ad hoc.*

Apenas llega éste á la oficina, el linga lo invade con misteriosos secretos.

El linga es el gusano que se arrastra y se introduce silenciosamente en la reputación de sus compañeros de escritorio para roerla y destrozarla.

Altanero para con los que él juzga inferiores, y humilde y rastrero para con el superior, acaba siempre por concitarse el odio mal cubierto de los unos y el desprecio recóndito del otro.

Cumple con diligencia toda orden relativa á economía, y la exagera al cumplirla, y la aumenta y la corrije, con el fin de mostrarse celoso guardián de los intereses de su amo.

En presencia de éste, está ocupado siempre, siempre en movimiento: ya hojea un libro, que no entiende; ya

revuelve el archivo, que otro ha de ordenar, ya finje hacer un cálculo, que no sabe resolver.

Vuelve el amo la espalda, y el linga se sienta á leer el folletín de algún periódico.

Y entre tanto, el amo le deja obrar.

Aquel hombre, cuya bajeza no le es desconocida, le conviene, como conviene el *bull-dog* al carnicero.

Le toleró, desde el principio, el papel de fiscal, y á pesar de todo, quiere que los demás vean en él á su representante.

¿Por qué? Porque el amo es partidario del principio de autoridad.

El linga lo comprende, y abusa; y en su anhelo de lucro, atropella el afecto, vende la dignidad y se arrancaría el corazón, si le tuviera.

Tiene con sus propios vicios y su malignidad ingénita los defectos y vicios del avaro.

Allí, donde éste tendría asco de meter la mano, el linga se mete todo entero.

Y á pesar de todo, el linga se enriquece, porque encuentra protección.

¿Qué ven en él los que pueden dispensarla?

Hay hombres aptos y dignos, y se les excluye, porque nada significa la aptitud entrelazada con la dignidad que para algunos es altanería.

Hay hombres que son lo que es el linga: seres repugnantes y despreciables. Se les llama, porque, á falta de aptitudes, tienen *viveza;* esa viveza no comprendida en el Código penal; pero condenada por la decencia y por el buen sentido.



REPRESENTACION

DE "DON JUAN TENORIO."

—

La Compañía Duclós, que cuenta en su seno á la primera actriz de los teatros de España y de América, puso anoche en escena el drama titulado "Don Juan Tenorio."

Breves observaciones vamos á apuntar, en son de cronistas, circunscribiéndonos á la representación; pero no omitiremos algunas, muy someras por otra parte, acerca de la obra de don José Zorrilla, representada distintas veces en nuestro teatro.

Con pie medroso invadimos el terreno de la crítica, que no es don José Zorrilla un autor vulnerable. Sus poesías formaron época en nuestra literatura y fueron el modelo seguido por nuestros inspirados poetas. Sus obras dramáticas, que corren entre nosotros con general aceptación, son gala del Teatro español; y por lo tanto, por presuntuoso y osado será tenido el oscuro escritorzuelo que llegue hasta fijar mirada investigadora en una obra que así en España, como en América, ha sido acogida con universal aplauso.

Empero, no retrocedemos, que nuestro ánimo es sólo escribir una revista, según nuestro leal saber y entender.

Veamos qué cosa es el drama en cuestión.

Don Juan Tenorio, protagonista del drama, es un mozo encenagado en el vicio, un guapetón que atropella toda conveniencia social, escarnece la virtud, burla la justicia y mata sin piedad á cuantos le contrarían en su camino de crímenes; es un malvado insigne, sin respeto á nada de este mundo, ni del otro, que, tras larga ausencia, vuelve á sus lares, no como el hijo pródigo, sino como el malhechor que busca nuevo teatro á sus iniquidades. Encuentra que á la casa paterna ha sucedido un panteón, donde reposan sus víctimas. Allí está, entre otras estatuas, la de un Comendador. La hija de éste fue robada del convento, por el amador licencioso, quien mató de un balazo al padre por la simple razón de que se la reclamaba. Don Juan habla con las estatuas, que se mueven y contestan como seres animados, y convida á alegre cena á la del Comendador. La estatua de éste acepta el convite y se presenta luego, á la hora prefijada, no para cenar, sino para anunciarle que está muy inmediato el término de su vida, no la del Comendador, que aunque habla, no está vivo, sino la de Don Juan, que está lejos de pensar en morirse. También habla Don Juan con la sombra de Doña Inés, que ama todavía á aquel malvado, con amor de ultratumba.—Aparecen después, inesperadamente, unas cortinas, como llovidas del cielo, para representar la gloria celestial, á donde se va Don Juan, muerto de súbito, á gozar el premio que Dios tiene reservado en el cielo para los seductores y los asesinos.

He aquí en síntesis, el peregrino argumento.

Drama de aparato escénico, de mutaciones violentas, de visiones incomprensibles, ha sido, desde luego, celebrado por el público, que gusta todavía de lo sobrenatural y sorprendente; pero escaso de interés moral y dramático, no

produce las emociones que una fábula verosimil hace nacer en los espectadores.

El calificativo de fantástico no justifica su tejido absurdo de inverosimilitudes. Fantásticos son los magníficos cuentos de Hoffmann, *cuentos* y no *dramas*, cuya lectura lleva el alma á regiones desconocidas arrastrándola á situaciones pavorosas.

Ninguno de estos efectos produce el drama de don José Zorrilla.

El "Don Juan" de Molière, imitación completa de la comedia de Tirso de Molina titulada "El burlador de Sevilla y convidado de piedra," tuvo tal vez razón de ser en aquel siglo de fantasmas y de aparecidos; pero no damos con la que tuviera don José Zorrilla para ofrecer al público de hoy la misma creación de Tirso de Molina, la misma imitación de Molière, diluida en siete largos actos.

Y por lo que á éstos atañe, no hallamos que haya aventajado á los escritores que le precedieron.

Mas aún, nos parece que no fue muy feliz el señor Zorrilla (con miedo lo decimos) ni aún en la versificación de su *Don Juan Tenorio*. Verdad es que abunda en estrofas bellísimas; pero no es menos cierto que hay en el drama versos monótonos, en los cuales no se reconoce al fácil y galano versificador. Los del 6º y 7º acto, por ejemplo, lastiman el oído con la repetición cansada é inútil de las palabras "sepultura y afán" y "afán y sepultura" que aumenta el tedio que necesariamente debe producir un drama que, al pecado de su escaso interés, agrega el de la multiplicidad de sus actos.

No nos parece, en resumen, que este drama sea un florón de la diadema literaria del señor Zorrilla, ni una obra digna del Teatro Español moderno.

Entremos ahora á exponer nuestro juicio respecto de la ejecución.

Seamos francos.

No estuvo feliz anoche la Compañía Duclós; y sea esto dicho con todo el respeto que se debe á una Compañía en que figura, según su propia publicación "la primera actriz de los teatros de España y de América."

En *La Levita*, comedia de costumbres representada no hace mucho, tuvimos ocasión de admirar el talento de la señora Doña Matilde Duclós y del señor Don Gonzalo. Admirable naturalidad en la representación de sus respectivos papeles! *Don Cesáreo* y su esposa, conversando familiarmente acerca de lo difícil de sus circunstancias por razón de la extremada pobreza, ponían de presente un cuadro natural y sencillo, en que se veían reproducidas, con toda exactitud, escenas verdaderas de la vida íntima. Quejábanse ambos de los rigores de la suerte, con tal viso de verdad, que el expectador llegó á dudar que todo aquello fuese pura ficción dramática.

Nó así, en la representación de *Don Juan Tenorio*.

Se mostraron inferiores á sí mismos.

Principiemos por sentar que el señor Don Gonzalo anduvo desacertado en la elección de la señora Doña Matilde para el papel de Doña Inés, lo que sin duda constituye una falta, tanto mayor, cuanto que de ella es reo nada menos que el director, es decir, el actor más sobresaliente de una compañía que cuenta entre sus miembros á la *primera actriz de los teatros de España y América.*

Y esta elección es una falta, por lo menos de buen sentido, porque, tratándose de una joven de diez y siete años, aérea, espiritual, cautivadora, tal como la Inés de Don Juan Tenorio, la imaginación inventa, desde luego, una joven revestida de todas estas circunstancias, esto es, en perfecta armonía con la edad que se la asigna, *esbelta, delgada, lánguida, vaporosa;* y no puede concebir que tales atributos sean representados por una dama de volumen inmen-

so, desde que, supuesta la existencia de un ángel de tal magnitud, no podria éste, á causa de su pesantez, ni ser objeto de un rapto, ni *batir las alas y elevarse al cielo.*

La declamación es *el arte de representar en el teatro,* y desde luego hace presuponer ciertos conocimientos, relacionados entre sí, como el de la aritmética respecto del de las matemáticas, porque no de otra manera puede el actor mostrarse á la altura del consumado artista.

Y la ausencia de esos conocimientos produjo la tortura del verso de Don José Zorrilla. No entendían lo que recitaban.

Ello parecerá una paradoja; pero es una verdad incontestable que no todo el mundo sabe leer.

Unos *decoraron* su papel, otros lo declamaron de tal suerte, que llegaron á lo sublime del ridículo.

Una de las escenas en que más de manifiesto quedó la exigua aptitud de Don Gonzalo y de la primera actriz de los teatros de España y de América fue aquella en que, hallándose Doña Inés en la casa de Don Juan, después del rapto, pretendía éste pintar la belleza del sitio, que respiraba amor y trasmitirle el fuego que enardecía su corazón enamorado. Si un extranjero, absolutamente ignorante de nuestra lengua, hubiera oído la declamación de Don Gonzalo y de Doña Matilde, habría creído, á juzgar por la altiva entonación de entrambos, que eran frases de vituperio las que eran precisamente de amor y de galantería.

Empero, no faltaron aplausos.

La generosidad de nuestro público le lleva á aplaudir toda compañía que viene del muelle.

Y ¡cosa extraña! es severísimo respecto de los aficionados nacionales.

No aplaude á nuestro Alcoyta y aplaude á Don Gonzalo!

En resumen, la representación de "Don Juan Tenorio"

nos sujiere la idea de que Doña Matilde y Don Gonzalo, si brillan en la comedia, son oscuros en el drama.

Ellos, por otra parte, han puesto en tortura la verdad, al publicar que Doña Matilde es la primera actriz de los teatros de España y de América.

Caracas, 12 Octubre de 1868.



UN ACADÉMICO

—

Impelido por el viento, rodaba por sobre el patio de mi casa un papel impreso.

Me llamó la atención y lo hice prisionero.

Era el fragmento de un periódico.

Eran unas hojas de *El Semanario.*

Me saltaron á la vista unos renglones cortos, muy cortos que leí y releí sin entendellos.

Los leí luego en alta voz buscándoles sentido.

Decían así :

"LA ROSA Y LA COPA"

—

"¿ Qué el Dios Baco dijera
Viendo en la copa amada
Esa rosa, cortada
En tierna primavera ?
Aun más ¡ oh Lesbia ! mueve
Al gusto la flor pura
De la casta hermosura

En el seno de nieve;
Y en labios que ilumina
Con púrpura ó topacio
De cabaña ó palacio
La copa cristalina.
Si otra vez tus amores
Darme quieren de Baco
El cáliz dionisiaco
Y las alegres flores,
Con el arte divino
De Venus voluptuosa,
Trae al pecho la rosa,
Y en el cristal el vino."

¿ Que dicen estos versos? No he podido saberlo.

Traté de pescar algo en el fondo de ellos. Trabajo inútil!

¡ Qué alambicamiento de ideas!

¿ Qué forma de frase es ésta que hace, de cada estrofa, un acertijo?

Esta composición me trajo un recuerdo de mi temprana juventud.

Empleado meritorio, entonces, en una casa de comercio, mi principal, español bonachón, que procuraba empujarme en mi carrera, me entregaba las cartas que en idioma extranjero recibía, al pié de las cuales escribía: "Tradúzcase."

Ay de mí! Y cuánto siento que aquel excelente caballero no esté ya entre los vivos, que, si viviera, y los tales versos llegara á leer, de seguro que al pié de ellos pondría su acostumbrado mandato.

"¿Qué el Dios Baco dijera
Viendo en la copa amada
Esa rosa?"

Me imagino que el autor quiso preguntar *qué diría Baco si viera en la copa la rosa*, y me imagino también que olvidó que en las frases interrogativas el verbo precede al

sujeto. Y echo de ver, además, que olvidó también el valor del pospretérito de indicativo.

Aquella forma del verbo, precedida del *qué* relativo, es la que suele emplearse en ciertas letrillas.

Recorriendo el papel, hallé un artículo titulado "Bibliografía," suscrito por Julio Calcaño, autor de los incomprensibles versos.

¡ Julio Calcaño ! Sí ! Lo conozco ! Ha sido nombrado Miembro Correspondiente de la Academia Española, cosa, por cierto, que él ha tomado por lo serio.

Y aquí me ocurre preguntar, imitando su estilo : ¿ Qué la Academia dijera leyendo sus versos cortos ? Esto es : ¿ Qué diría la Academia (¿ leyendo ? Nó !) si leyera ?

Dejemos los versos. Veamos el artículo. Rompe así :

"Instasenos diariamente (¿ cómo nó, si todos están pendientes de su dictamen ?) á que demos nuestro humilde parecer acerca de la obra que con el título arriba expresado acaba de publicar el señor Felipe Tejera ; y aunque no disponemos de tiempo suficiente para leerla con detenimiento y *formular* un juicio (¿ Formular ? ¿ Qué verbo es este que no encontramos ni en la Academia, ni en Salvá ? Pero aceptemos, de grado ó por fuerza, este verbo creado por quien sin duda tiene el derecho de llenar los vacíos del diccionario de la lengua) y formular un juicio tan meditado y discreto como desearíamos, *siquiera fuera* (Dejemos pasar este *siquiera fuera*, que no hay tiempo para hablar de todo) para satisfacción nuestra, ya que no para provecho de las letras, nos *ocuparemos* en breves líneas *con* esta materia (¿ Cuál materia ? Y ¿ cómo se entiende eso de ocuparnos *en* breves líneas *con* esta materia ? Silencio, y sigamos la lectura) movidos tanto por las consideraciones y respeto que nos merecen aquellos sujetos (¿Cuáles sujetos ?) como por el patriotismo *que nos impulsa* á impedir que los pueblos extranjeros se formen una idea errónea de nuestra

literatura y del carácter, el mérito y la dignidad de nuestros hombres de letras."

¡Qué párrafo! Ah! Me falta aliento! Y ¿es esta la dicción castiza de un individuo de la Academia?

Ganas tengo de creer que el señor Calcaño, al acometer la empresa *bibliográfica*, más que á los motivos que dice lo impulsaron, obedeció á alguna causa muy más poderosa todavía.

Pero sigamos.

"La ignorancia del pueblo se tenía como dogma, y *el dón del saber era* también de alcurnia, *privilegio de pocos, aunque con escaso provecho de ninguno.*"

Esto dice Tejera en su brillante introducción, y Calcaño censura la frase que se forma con las palabras subrayadas; mas se limita á decir que "parece que el autor ha querido hacer uso de la figura retórica,–(*de retórica,*)–llamada antítesis; pero con tal desacierto, que hace desagradable el estilo, pues la antítesis ú oposición,–(*contraposición*)–de palabras ó conceptos no está reñida con el sentido común."

Y ¿á qué viene todo esto?

Hallamos, por el contrario, que la antítesis censurada es natural y oportuna, como que no ha sido buscada con estudio, cual lo fue la frase impertinente con que el crítico llena todo un párrafo.

Pasemos en silencio los párrafos segundo y tercero.

Dice el académico Calcaño:

"*Desviado de este camino* el señor Tejera"...... ¿Qué significa desviar? Salir de la vía, apartarse del camino. Luego, en desviarse *del camino*, este complemento, que nada completa, es un pleonasmo que equivale á una albarda sobre otra albarda. Tengamos paciencia, y *sigamos continuando* como dijo el otro. Decía Calcaño que olvidando Tejera, lastimosamente, al ejercer el sacerdocio de la crí-

tica, que en épocas de *transición, como la presente*, la crítica, tiene que *resaltar por encima* de la épica y la dramática, y la literatura no puede adquirir un carácter *plástico uniforme*, porque sus manifestaciones tienen que ser varias como las ideas y las pasiones que luchan en el seno de la sociedad humana, natural era que *su* libro, falseado de tal modo en *su* base, no correspondiese á las esperanzas que en él se habían cifrado y fuese débil para resistir al examen de una crítica desapasionada y justiciera."

Misericordia ! ¡ Qué algarabía !

Y ¿cuál es el camino de que se ha *apartado* el señor Tejera, por lo cual no ha podido llegar al fin de "*mostrar como de relieve la riqueza de nuestra literatura, la erudición y genio de nuestros poetas, y sobre todo, el carácter nacional que debe resaltar del estudio detenido, desapasionado y circunspecto de los trabajos de nuestros literatos ?*

No es otro, sin duda, según el sentir del señor académico, que aquel que hubiera de conducirle á presentar, en vez de un perfil, un retrato de *cuerpo entero*, ó sea la biografía completa de cada escritor, con todas las pinceladas bastantes á poner de manifiesto el *genio*, es decir, el *carácter* de cada uno.

Y ¿ qué ha querido significar el señor Calcaño con lo de *plástico uniforme*, y qué tienen que hacer la *plasticidad* de la literatura y la época de transición con los *Perfiles Venezolanos ?*

Ah ! Ya lo comprendo ! En épocas de transición, la crítica ha de resaltar por *encima* y no por *debajo*.

El señor Tejera ha dicho de cada poeta venezolano, lo que en conciencia, lo que en su leal saber y entender, pedía el conjunto de las obras de cada uno, lo que era forzoso decir en breves rasgos, dada la magnitud de su libro, que no es sino pequeño cuadro en que debía colocar numerosos perfiles ; y para haber mostrado, como de re-

lieve, la riqueza que el señor Calcaño encuentra en nuestra literatura y la erudición y el ingenio de nuestros poetas, habría tenido que suprimir aquellos, prescindir de su obra y magnificar á todos y á cada uno de nuestros literatos, presentándolos, bajo su palabra de honor, como ingenios fecundos, pasmo y admiración de la presente y de las futuras generaciones.

En aprieto se habría visto el señor Tejera, si hubiera tenido que mostrar, como de relieve, la riqueza de nuestra literatura; y salvo las producciones del académico en cuestión y las de muy contados poetas de esta misma talla, no sabemos cuáles otros habría podido presentar para llenar aquel objeto.

El carácter nacional no puede resaltar del estudio, desapasionado ó nó, de los trabajos de nuestros literatos. El carácter nacional está en el conjunto de las producciones; y en este sentido, el libro del señor Tejera es una fotografía.

¿A qué conduce hacer ostentación de gloria no cumplida? Alcancemos antes el caudal necesario para fomentar y enriquecer nuestra incipiente literatura. Mucho hemos avanzado, ciertamente, en cortos años de existencia libre: la ignorancia del pueblo no se tiene como dogma y el don del saber no es ya de alcurnia, *sino privilegio de todos, aunque con escaso provecho de muy pocos.*

"Eso—continúa el académico—los desmedidos elogios (¿cuáles?) á poetas y escritores que nunca *alcanzarían* (Á OBTENER) el favor del público, y el olvido de otros que tienen *justos títulos* á la celebridad...... la *disparidad* en el carácter de las *semblanzas* y de las noticias biográficas; el empeño de elevar á unos y *deprimir* á otros, (¿deprimir?) los errores de doctrina...... y la desigualdad del estilo, *todo esto hacen* de esta obra un simple ensayo."

Julio amigo, por el amor de Dios! ¿Cómo te dejas

ver así la puerta? ¿Cómo has olvidado, tan lastimosamente, que á tí te han hecho miembro de la Academia? Y si presente lo tienes ¿cómo es que te muestras indigno del dón, haciendo ver que no sabes jota de gramática en lo que se refiere á la concordancia? ¿No ves, sordo bendito, que *todo esto* es una recapitulación de todos los sujetos de tu oración y que, por lo tanto, has debido poner el verbo en singular? Bello cita en caso idéntico estos ejemplos: "Las flores, los árboles, las aguas, las aves, *la naturaleza toda parecía* regocijarse." "La soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, *todo causaba* horror y espanto."

Espanto y horror causa la ausencia de las simples nociones gramaticales, allí donde brillar debiera la luz de la sabiduría.

Pero volviendo al olvido, por parte de Tejera, *de otros que tienen justos títulos á la celebridad* ¿quiénes serán esos? Ahí está el *quid!*

Quiero hacerte gracia, Julio amigo, (perdona la familiaridad) quiero hacerte gracia, digo, de mi observación acerca de aquello con que pretendes lucir tu erudicción hablando de Esquilo y Maratón, de Virgilio y de Octavio, de Mecenas y de Augusto, á quienes tú no conoces, ni yo tampoco, para hacerte notar la contradicción de que te haces reo en aquel párrafo en que dices que "tanto más censurable es la conducta del señor Tejera, cuanto que ha dado puesto en los Perfiles al Doctor Villavicencio, que es *simplemente* (muy bien traído este adverbio) un escritor científico, *con lo que invalida sus afirmaciones acerca del carácter exclusivamente literario y refirma* (anticuado: ¿por qué no dijiste confirma ó ratifica?) *las nuestras sobre su parcialidad.*"

¿Por qué empleas el adverbio *acerca* en el primer término y la preposición *sobre* en el segundo? Eso es cosa que tú debes de saber.

¿Cuáles son esas afirmaciones tuyas, cuando antes has dicho que: "falseado en su base, natural era que el libro no correspondiese á las esperanzas que en él se habían cifrado? Eso es precisamente lo que ha sucedido, como que el libro del señor Tejera se singulariza *con* una falta de equidad, acaso *sin preconcebido designio.*"

Si dijiste esto, que absuelve de culpa y pena al señor Tejera, por cuanto no hubo en él deliberado intento, no se comprende con qué razón hablas luego de *tus afirmaciones* condenatorias que él *refirma.*

Se vé bien en lo que precede, que el crítico no está muy familiarizado con la ciencia que enseña á discurrir.

Sigamos leyendo *á saltos* el artículo, tal como el crítico quiso decir que leyó el libro.

Esta frase adverbial debió tener cabida inmediatamente después del verbo que modifica; y se me ocurre que el párrafo á que aludo no habría quedado peor en esta forma: "Veamos, pues, algunos de los errores, inexactitudes é impropiedades de los Perfiles, para lo cual leeremos *á saltos* el libro, que tiene más de 400 páginas, *no teniendo nosotros tiempo ni espacio* (en vez de *fáltanos* tiempo y espacio) para un examen detenido."

En otro salto llego á estas líneas:

"Refiriéndose á España, habla el autor (Tejera) *del vigoroso espíritu de su estirpe indomable,* con lo que *parece expresar* (aquí recuerdo el usual *que dit être* de los franceses) que España tiene otra estirpe que no es indomable. Siendo lo indomable, observa Calcaño, una calidad propia de la estirpe castellana (*Bomba para la dama*) á la cual le da un carácter absoluto la *terminación su,* el adjetivo debe ir antepuesto al sustantivo."

La terminación *su!* Y yo había estado creyendo que *su* era un posesivo!

Mas, volviendo á lo de la estirpe, preciso es recordar

que éste no es el conocido caso de la *blanca nieve*. Aquí se antepone el adjetivo, porque la blancura es cualidad natural de la nieve, caso en el cual el adjetivo es un epíteto, mientras que, en el ejemplo anterior, la indomabilidad no es atributo propio de la estirpe.

Por otra parte, es común posponer el adjetivo, cuando tiene mayor número de sílabas que el sustantivo.

Y aun sin esta circunstancia, buenos escritores han pospuesto al sustantivo el adjetivo que expresa una cualidad peculiar.

Oigamos el canto de un poeta :

.........“Feneció mi amante
Sin fenecer mi amor ; *sus restos fríos*
Son sin cesar bañados
De ardiente llanto y de lamentos míos.”

Silva “A la hermosura” cuyo autor no recuerdo en este instante.

Queda comprobado lo que dejo dicho, sin que esta colocación del adjetivo dé lugar á la idea de que el infeliz Abelardo tuviera otros restos, además de los *fríos*.

Demos otro salto.

“En la biografía de Arístides Rojas– continúa la crítica– *censúrale* á este literato *que compare* á Humboldt con Homero, y bien que la censura sea *un tanto* justa, el mismo crítico llama luego á Bello, “el expatriado Homero nativo,” sin que alcancemos á comprender cual es la semejanza que el señor Tejera encuentra entre nuestro ilustre sabio y esclarecido poeta descriptivo y el bardo herioco *que se disputan siete de las islas de Grecia, etc.*”

Pues señor, la cosa es clara. Refiriéndose este relativo al poeta y al bardo ¿ no ha de haber semejanza entre ellos *que* se disputan siete islas, *que* pelean por ellas ?

Sombras de Homero y Bello, no os ofendáis, que no por malo dice tal cosa Julio !

Un vicio se nota en la dicción de Calcaño, en cuanto al uso de los casos complementarios que él coloca á menudo después del verbo, olvidando que si en el indicativo pueden preceder ó seguir, esta última colocación es admisible sólo cuando el verbo principia la oración; así, pues, debió decir *le censure*, en vez de *censúrale* á este literato (á Rojas.)

No quiero entrar á poner de manifiesto la semejanza y afinidad que el señor Tejera haya encontrado entre el cantor de la *Zona Tórrida* y el autor de la *Iliada* y la *Odisea*. Empero, si Calcaño *ha podido* estudiar estos poemas, habrá comprendido, desde luego, que ellos son las más hermosas concepciones de ningún mortal.

Y el canto de Bello ¿no es también de lo más hermoso en la literatura castellana? ¿No es un canto que las geneneraciones venideras hallarán siempre nuevo, como son nuevos siempre los poemas de Homero?

Un pensamiento delicado se encierra en la semejanza que el señor Tejera establece entre el uno y el otro poeta.

Homero, si nació en una provincia del Peloponeso, es un proscrito cuya sombra vaga errante. No tuvo patria, desde que varias ciudades del Asia se disputan la gloria de haber sido su cuna.

Bello tuvo patria que de serlo se gloría; mas pasó lejos de ella larga parte de su vida, y varios pueblos de América se honran con llamarle hijo adoptivo.

Homero tuvo honores divinos después de su muerte. Los tuvo también Bello, que así pueden llamarse los obsequios recientemente tributados á su memoria en la América y en *la misma* España.

No puedo pasar en silencio el calificativo con que Calcaño quiere disminuir la altura de Bello, al llamarle simplemente poeta *descriptivo*.

Oíd!

"Salve, *fecunda Zona*
Que al *sol enamorado* circunscribes
El *vago* curso, y cuanto sér se anima
En cada vario clima
Acariciada de su luz *concibes!*"

¡Cuántas ideas! ¡Cuánta profundidad!

Ah! El papel huye de la pluma al contacto de un pensamiento atrevido que de ella brota! ¡Sabe Dios si Homero, el *bardo heroico*, no hubiera cambiado sus poemas por sólo esos cuatro versos de Bello, el *poeta descriptivo!* ¿No hay un poema en cada una de las palabras subrayadas?

Sigo leyendo:

"Elogios como ese y como este: "*Bello es un hablista que no tiene rival ni en* LA MISMA PENÍNSULA" "más perjudican que favorecen."

Y agrega luego Julio, con seriedad académica, que como en esa construcción el autor ha *querido* darle al vocablo (al adjetivo) una naturaleza adverbial, *ha debido* posponerlo y darle terminación masculina, diciendo: que no tiene rival en la Península mismo."

Mal leyó el crítico, ó mal entendió á Bello, al consultar la gramática de éste, que dice así:

"El adjetivo *mismo puede* usarse de un modo semejante (en la terminación masculina) pues tanto en la Península, como en América se dice corrientemente *el mismo Barcelona* ó *Barcelona mismo*, sin que por eso *deje de usarse también* la terminación regular en este caso."

Y añade Bello:

"Cuando la preposición *en* tiene por término un nombre propio de lugar, *es permitido* (¿ya lo oyes Julio?) es permitido construir el complemento con la terminación masculina *mismo*: "En Zaragoza *mismo*. "En España *mismo*," salvo que el término *lleve el artículo*, porque entonces el adjetivo *mismo debe concertar con el artículo*: "En *el mismo*

Perú." "En *la* España *misma,*" y yo agrego: "En *la misma* Península."

Ya ves, amigo Julio, que has errado, al censurar la frase correcta de Tejera.

Y en cuanto á que tales elogios perjudiquen más que favorezcan, esto es, en cuanto á que el señor Tejera anduvo exagerado, ¿qué mucho es que rindiera á un venezolano tal tributo de justicia, cuando Cánovas del Castillo, con verdad no discutible, llegó hasta decir que "Bello, uno de los más grandes poetas que han pulsado la lira castellana, es también de los mayores maestros de lenguaje y estilo que podemos señalar en la *antigua y moderna literatura española?*

Asumir carácter magistral en materia de estilo y de lenguaje, para sentar doctrina errónea, que puede extraviar la inteligencia, eso es lo que perjudica, Julio amigo!

"Las obras de Bello, continúa Tejera, están en este sentido como tachonadas *con estrellas de oro;*" y el crítico Calcaño, con el tono de autoridad que cuadra á un miembro de la Academia, dice que "aparte de que el complemento *de oro* empequeñece y debilita la imagen, el verbo tachonar pide en esa construcción el *pronombre de* y no el *pronombre con.*"

Y aquí, señor Don Julio, pido yo que la Academia te declare reo de alta traición á la majestad de la lengua.

¿Qué menor castigo ha de imponer á un académico que llama pronombre á las preposiciones?

Ante disparate de tal magnitud, en que no incurriría un niño de escuela ¿qué fe podrá darse á la sentencia de que el verbo tachonar pide la preposición *de,* si aquel disparate da, por sí sólo, testimonio de que el autor de la crítica carece de autoridad en la materia?

La preposición *con* se aplica al medio, modo ó instrumento con que se hace alguna cosa; y ya se vé que si se

dijera simplemente que las obras de Bello están *como tachonadas*, ocurriría desde luego al espíritu el deseo de saber el medio ó modo empleado para que parezcan tachonadas.

La idea que el símil del señor Tejera sujiere á la imaginación, al decir que las obras de Bello están como tachonadas, es una así como la de un cofre cristalino en que estuvieran contenidas y á través del cual se trasparentara el resplandor que de sí despiden; y el complemento *de oro* no empequeñece la imajen, desde que, hablándose de una obra intelectual, no puede menos que comprenderse que no se trata de estrellas de metal, sino de estrellas *que brillan.*

Un cielo tachonado *de* estrellas.

Una obra como tachonada *con* estrellas brillantes;

El académico es un hombrs lleno *de* sabiduría.

El académico está como lleno *con* su sabiduría.

Demos otro salto, salvando los párrafos *tachonados* con citas latinas, que no tengo á la mano el "*Diccionario citador.*"

Hablando de Núñez de Aguiar, dice Tejera: "Él buscaba en vano, como Diógenes, un hombre á la luz de su linterna."

Y Calcaño llama desgraciada esta oración, "no sólo, dice, *por* la anfibología del posesivo *su*, sino *porque* la construcción es enteramente *galicana.*"

Sólo hablando de la iglesia francesa y de su clero se usa hoy la palabra *galicana*, y acaso quiso decir el académico que aquella construcción es propia de la lengua francesa, no de la lengua de las Galias, porque no es de suponer que quien ignora los rudimentos gramaticales de su propio idioma conozca la construcción de aquel dialecto céltico que hablaron los antiguos galos y que fué reemplazado sucesivamente por el latino, el romano y el francés

Añade luego que el réjimen castellano es *de todo en todo* libre y que el francés tiene un réjimen fijo para cada

género de oración; y en comprobación de todo ello, agrega que en la citada oración hay *sujeto, verbo, adverbio* y *complemento,* de lo cual deduce que es *puro francés.*

Ahora bien: si es libre el réjimen castellano, Tejera pudo, desde luego, construir á su antojo aquella frase.

Y por lo visto, el académico no halla diferencia entre *réjimen y concordancia,* cosas entrambas que él confunde, acaso porque la una y la otra son parte de la sintáxis.

La una es la palabra ó palabras que dependen inmediatamente de un verbo ó de una preposición y que forman *su complemento,* como por ejemplo: *He dado una lección á un académico.* Las palabras *una lección* son el réjimen directo, *á un académico,* el réjimen indirecto.

La *concordancia* es el arreglo ó coordinación de las palabras; y de esto quiso probablemente hablar el crítico al referirse á la construcción de la frase *galicana.*

Y ¿de dónde saca el señor Calcaño que el francés tiene un réjimen fijo para cada género de oración?

En francés, señor Calcaño, hay ordinariamente una preposición delante del réjimen indirecto, y la hay, rara vez, delante del réjimen directo: los verbos neutros no tienen réjimen directo: el réjimen de un verbo puede ser un sustantivo, un pronombre ó un infinitivo. Ya vé usted, mi amigo, que no hay nada de fijeza. Pero ¿á qué hablar de esto?

Si, pues, como lo deja establecido el académico, hay completa libertad en el *réjimen,* por lo cual pudo Tejera construir á su antojo ¿por qué le corrije su frase, dándole esta forma: "Como Diógenes á la luz de su linterna buscaba él en vano un hombre?" ó ¿por qué le da esta otra, que él llama mejor: "Buscaba él, en vano, *un hombre como Diógenes* á la luz de su linterna?"

En la frase de Tejera ¿de quién es la linterna? ¿De él (Núñez) ó de Diógenes?

Y en la que Calcaño llama mejor todavía ¿cúya es la linterna?

Si hay ambigüedad en la una, la hay también en la otra.

Y ya se ve que al correjirla, como lo ha hecho, ha olvidado, si acaso lo sabía, que *suyo* se refiere ordinariamente al sujeto de la oración, y que cuando hay en ella una figura principal, el posesivo se refiere á ella sin violencia.

Nada digamos del uso que Calcaño hace de las preposiciones, cuyo objeto y valor ignora. Según afirma, Tejera debió decir: "Abroquelado *con* su opinión, ó *de* su opinión, como en una coraza de hierro."—Ténle paciencia, Tejera!

"Su estilo es como su sello," dice el autor de los Perfiles, refiriéndose á nuestro dulce Pardo.

Sí, señor, como su sello, es decir, como *si fuera* su sello.

Quiere decir y dice en esta frase el señor Tejera que Pardo posee un estilo que es propio suyo; que todo lo que sale de la pluma del inspirado poeta tiene fisonomía especial, *carácter plástico*, marca de buen gusto, forma bella.

Calcaño corrije de este modo:

"Su estilo es uno como su sello."

¡Quita allá Julio!

Increpa luego á Tejera, diciendo que en la semblanza de Pardo *trae en son de chiste un símil impropio de los versos de este insigne poeta con los soldados del batallón Convención.*" No puede darse un párrafo mejor escrito que éste que dejamos subrayado.

En la citada frase: "Su estilo es como su sello," Calcaño toma esta última palabra como significativa del utensilio de metal así llamado, sin pararse á pensar, por otra parte, que aun cuando el sustantivo *sello* no tuviera la acep-

ción en la cual lo ha empleado el autor de los Perfiles, habría sido siempre bien traído, por razón de la figura de retórica que cambia la significación propia de una palabra, en otra significación que sólo le conviene en virtud de la comparación que se hace en el espíritu.

Lo que sí está puesto en razón es aquello de lo *jovial* y *chistoso* del carácter del señor Villasmil.

Regocíjate, Julio, que en esto has acertado, pues jovial y chistoso son *dos como una misma cosa.*

Ahí estás tú, que no me dejarás mentir. ¿ Quién puede poner en duda que tu carácter es jovial ?—Nadie ; y porque eres jovial, eres chistoso, y sube de punto el chiste, cuando te haces cargo de tu incorporación á la Academia. ¿ Dónde hay un artículo más chistoso que este tuyo, que estoy leyendo á saltos ? Ya ves que en tí están juntas ambas circunstancias.

Pongamos punto á la lectura.

Tan distante se halla del señor Tejera, el señor Calcaño, en cuanto á letras, como se halla de Calcaño el que estas líneas escribe, de lo cual se desprende necesariamente la consideración de que sólo el atrevimiento ha podido inducirle (al que suscribe) á dar su opinión en materia que no le es bastantemente conocida.

No quiere decir esto que tal motivo haya guiado al fundador de *El Semanario.*

Ya él ha dicho que le impulsaba el patriotismo, lo que no debe dudarse, por más que á alguno le venga el antojo de creer que obedeció á otro sentimiento; pero es lo cierto que el patriotismo, llevado hasta la idolatría, hace hallar irreverencias, allí, donde nadie ha intentado dañar el culto, y hace ver iconoclastas en todos los que no entonan á cada instante el "*Non nobis, Domine, non nobis, sed nomine tuo da gloriam.*"

"Impudencia es, cuando menos, querido Julio, entrar

en empresa de tanta importancia," esto es, en la empresa de medir fuerzas con un adversario á cuya frente jamás podrán llegar tus tiros.

Mas, sea como fuere, has comprobado que las tuyas no son para trabajos de tal magnitud, sino para *idilios, anacreónticas, madrigales*, composiciones lijeras, en las cuales suele brillar tu estro poético.

La crítica es el arte de juzgar en materia de buen gusto, el arte de mostrar las bellezas y faltas de una obra, arte para el ejercicio del cual es indispensable grande copia de conocimientos que no se adquieren sólo con la posesión de un puesto en la Academia.

Ésta, por otra parte, preciso es decirlo, no ha sabido en estos últimos tiempos sustraerse á la general tendencia de ver todo con soberano desdén; y por ello ese puesto no es hoy testimonio de aptitudes, desde que aquella institución que *limpia, fija, y da explendor* y tiene en mira *impedir los daños que causan á la pureza de la lengua los que hallan menos costoso el corromperla que estudiarla*, viene comprobando, con nombramientos inconsultos, que *en todas partes cuecen habas.*

Caracas: Junio 1882.



ABEN-ZEIR

—

No hace mucho que un periódico de esta ciudad publicó oficiosamente una carta de un sabio caraqueño, á la cual carta precedía este título: "La sabiduría haciendo justicia á la virtud."

Materia de estudio fue aquella carta; mas no pudimos encontrar el motivo que indujera á aquel periódico á encabezarla con tal rimbombo.

El mismo periódico regala hoy á sus numerosos suscritores, con unas cuantas estrofas precedidas del siguiente laudatorio prefacio:

"Hemos querido engalanar hoy nuestras columnas "editoriales con la interesante poesía que al pie de estas "líneas se leerá. Obra espontánea de uno de nuestros más "aventajados ingenios, ella se recomendaría con el sólo "nombre de su popular autor Aben-Zeir, si por el propio "mérito de su elevado pensamiento y la alteza de su inspiración patriótica, no mereciese el sincero aplauso de cuantos sientan los mismos nobles impulsos que alientan al "poeta."

Ahora bien. ¿Quién no creerá, al leer las primeras líneas del párrafo que antecede, que se trata de un Bello, de un Baralt, de un Coronado, de un Yépez, de un Soublette, de un Rivodó, de un Calcaño, de un Pardo, de un Guardia, etc., etc., etc., nombres, todos éstos, de nuestros más aventajados ingenios?

Pero, al continuar la lectura, se echa de ver que la poesía enaltecida es de Aben–Zeir que en esta vez ha querido llamarse *The same* Aben–Zeir, esto es, *el mismo* Aben-Zeir, sin duda para que no llegue nadie á imaginarse que es otro Aben–Zeir; y nótese que lo expresa en inglés para que lo entienda todo el mundo.

En presencia de tal encomio, y antes de leer la poesía, sonrisa de duda aparece en los labios del lector, que sabe muy bien *á qué atenerse* respecto de las facultades poéticas del insigne prosista y aventajado orador, que en mala hora la dió por hacer versos.

Libre el pensamiento, bien puede aparecer en esta ó en aquella forma, que no toca á los códigos ponerle trabas, allí donde la libertad tiene altares, donde el derecho es dogma, donde la palabra es prerogativa.

Y así, no es de extrañarse que Aben–Zeir fabricara unas estrofas para expresar en ellas un pensamiento que acaso habría podido tolerarse en su fácil, clara y correcta prosa.

Todos tienen el derecho de hacer versos.

¿No los hace el que estas líneas escribe?

Pero –con miedo lo digo, que miedo inspira la magnitud del decano de la prensa venezolana– nadie tiene el de contravenir á los preceptos de la justicia, recomendando como bueno lo que evidentemente es malo: eso es vender gato por liebre.

Y no hay nada que disculpe semejante desafuero, semejante ultraje á la verdad, desde que al periodista le es

potestativo colocar en la sección "Remitidos" aquello de que no pueda descartarse.

Dar puesto distinguido á una composición pésima, acompañarla, además, del elogio que perjudica, omitiendo la censura que enseña, eso es abandonarse, en absoluto, á las exigencias personales con desprecio del criterio público.

Esos elogios de *La Opinión Nacional,* tal vez sinceros, como que la sinceridad es el fondo de su carácter, corren parejas con los que tributó á la carta del aludido sabio.

Pero, veamos, siquiera á saltos, la poesía de Aben-Zeir.

¿ Quién le inspiró ese canto ?

¿ La Patria ?

No puedo creerlo, aunque lo cree *La Opinión Nacional* que, en las líneas de introducción, habla de la *inspiración patriótica, que merece sincero aplauso.*

Nó ! No fue el patriotismo lo que puso en manos de Aben-Zeir la lira del poeta.

Si se hubiera inspirado en este sentimiento, no habría llamado *guerra fratricida* la lucha inevitable, la lucha santa de nuestra independencia.

Oigamos:

"Gloria á la noble España, nación esclarecida,
Que hoy despierta en sus hijos el más cordial amor,
Borrando hasta el recuerdo de *guerra fratricida*
Que inflamó nuestra sangre *con un fatal ardor.* "

Llamar fratricida aquella guerra nos parece una blasfemia : eso equivale á llamar benéficos los azotes con que el amo castiga al esclavo.

¿ Fratricida aquella guerra ? No es de oportunidad recordar sus circunstancias, tan conocidas, por otra parte, de todo suramericano ; pero no es posible dejar sin mención especial aquello del *fatal ardor* con que la *guerra fratricida* inflamó nuestra sangre.

Ante enemigo tan formidable, que tenía en su favor la sanción de los siglos, que contaba con numerosos ejércitos, con elementos valiosos, con jefes aguerridos y bravos y temibles, entre los cuales había un Boves, un Zuazola, un Antoñanza ¿podía nuestra sangre no inflamarse *con un fatal ardor?*

Ah! Sin aquel ardor que el poeta llama *fatal,* uncidos estaríamos al yugo destrozado por la entereza y valentía y ardimiento de aquellos héroes legendarios que se inspiraban en el amor de la Patria y en la mirada de fuego de Bolívar!

En la segunda estrofa, el poeta llama genio á don Alfonzo, rey de España.

Y á la verdad que nada se le puede echar en cara por llamar genio al hombre que

"hoy rige con *estro soberano*
A aquel valiente pueblo en *bella situación*"

porque, si esto no es un nuevo género de licencia poética, será, sin duda, un rasgo de cortesanía que no está, de cierto, en contradicción con el carácter caballeresco del poeta.

Dice *el mismo* Aben-Zeir en otra estrofa:

"Los odios se extinguieron, y los venezolanos
Se estremecen de *gozo y sienten* gran placer
Al reanudar sus *vínculos con* sus nobles hermanos
Pues jamás la *discordia habrá* de renacer.

Pase en silencio tanta frase prosaica, y hablemos solamente de la idea errónea del primer verso.

Permítanos el señor Aben-Zeir que preguntemos cuáles son esos odios que se extinguieron.

¿Odios? No los sintieron ni aún los mismos obreros de la independencia, que sólo nos legaron ejemplos de mansedumbre y de amor hacia el vencido enemigo.

¿Odios? No los sintió Bolívar al dictar el memorable decreto, obedeciendo á circunstancias especiales.

¿Odios? Eso es propio de corazones mezquinos, de miserables almas; y en esta tierra de valientes, no hay sino levantados corazones y almas nobles.

¿Cuándo cupo el odio en pecho americano?

Si las relaciones de España y Venezuela pudieron entibiarse por razones políticas, el afecto fraternal de entrambos pueblos no padeció por ello menoscabo.

Reanúdanse ahora aquellas relaciones, por virtud de un convenio de concesiones mutuas; y esto, que es sin duda motivo de complacencia, no da lugar á la suposición de que se extingan odios que no han existido, ni menos á la de que los venezolanos se estremezcan de gozo.

Todo ello significa, simplemente, que el gobierno del uno y el del otro país se han inspirado en el sentimiento de la justicia y en el amor que se profesan los ciudadanos de esta República y los súbditos de aquella Monarquía.

¿Cómo, pues, presentarnos ante el mundo, cual seres rencorosos, del odio poseídos? ¿Por qué declararnos destituidos de la nobleza que distingue á la caballerosa raza, cuyos sentimientos de hidalguía hemos heredado? ¿Qué muestras de odio dimos nunca?

Respondan los españoles que viven en Venezuela.

Hablemos ahora de la parte artística de la composición de Aben-Zeir.

No hallamos nada que justifique los elogios de que ha sido objeto.

Nada! ni en el fondo ni en la forma.

Y en cuanto á ésta, nos atrevemos á decir que Aben-Zeir no ha sido nunca mimado de las musas. Se comprende perfectamente que su trato con ellas no es de lo más íntimo.

Las estrofas trascritas comprueban este aserto; pero citaré además algunas otras, de las diez que componen

el canto, con el fin de mostrar la infeliz estructura de los versos y el prosaismo de que todos ellos adolecen.

Refiriéndose Aben-Zeir al Presidente de Venezuela y al Rey de España, dice:

"Este Jefe supremo y el *gran monarca hispano*
Tendrán en nuestra historia un renombre inmortal:
Ambos con su talento y corazón cristiano
Han logrado *alcanzar* un triunfo sin *igual.*"

Suena esto en el oído, como la proclama de algún jefe de guarnición en apartado pueblo.

Veamos otra estrofa:

"La religión, la lengua, la *historia y tradiciones*,
Y el lazo de la sangre que *adunan nuestro sér*,
Nos harán contemplar por todas las naciones
Como nobles ejemplos *que efecto han de tener.*"

Es decir, la religión, la lengua, la historia, serán motivo de que todas las naciones nos contemplen como nobles ejemplos; en lo cual, á la verdad, no hallamos sentido común.

Veamos aún otro:

"Y en las funestas *luchas de la traidora escuela*
Que sólo inspira el robo entre hermanos de ayer,
Brillará la conducta de España y Venezuela
Como justo desprecio á tan vil proceder."

Aquí echó el resto Aben-Zeir!

¿Qué escuela será esa que Aben-Zeir llama traidora? ¿Será alguna escuela pública? Una escuela que sólo inspira *el* robo entre hermanos de ayer! Y ¿quiénes serán esos hermanos *de ayer* que tal vez no lo son *de hoy?*

Una estrofa más, y pongo punto:

"Todos reconocemos sus altas condiciones,
(¿De quién? ¿de los hermanos ó de la escuela?)
Su afecto á la justicia, á *Dios* y á la *verdad:*
Nada de absolutismo entra en sus opiniones
Su sola decisión es por la libertad.

Prosa, mala prosa!

¿Cómo es posible que se recomiende la lectura de semejantes versos?

No sólo son malos, por prosaicos y vulgares, sino detestables, por la falta del mecanismo artístico bajo el cual desaparecen alguna vez ciertos defectos. Al autor de ellos le es desconocida la estructura del verso alejandrino, que así se llama el verso de catorce sílabas, que consta de dos hemistiquios. El primero de éstos no debe ser ni esdrújulo, ni agudo, lo cual es indispensable para la cesura que los separa; siendo además necesario que termine en consonante, si el segundo principia por vocal y que el acento no caiga nunca en las sílabas impares.

El alejandrino se usó antiguamente en la poesía castellana, y así se llamó por haberse compuesto en este metro el poema de Alejandro. Pero el verso por excelencia es el endecasílabo, llamado verso heroico. La índole de la composición de Aben-Zeir pedía el endecasílabo.

Desacertado anduvo, pues, Aben-Zeir; y tanto desacierto hace inoportunos los elogios: éstos, en el presente caso, son agravio al buen sentido, sobre todo, cuando la palabra que encomia es la palabra del decano de la prensa, pues tienden á extraviar el entendimiento de la juventud que, incautamente, puede tomar como dechado, lo que una voz autorizada recomienda.

20 Noviembre 1882.



UNA CARTA INTERESANTE

—

¡ Qué malo es no saber !

Y ¿ qué diablos ha de saber un pobre indio de Guaracarumo, sin roce con libro viviente, sin trato con alma nacida ?

A cada paso tengo que lamentarme de esta ignorancia mía que no me permite ver y admirar las bellezas que fácilmente deposita cualquier hijo de vecino hasta en los pocos renglones de una carta.

Así acaba de pasarme ahora.

"La sabiduría haciendo justicia á la virtud."

He aquí el rubro bajo el cual publica un periódico una carta con que regala á sus abonados, carta que solicitó (según dice) al saber que había sido escrita, y que obtuvo para dar conocimiento de ella á sus lectores.

Pues vamos á leerla, que si nada tuviere de importancia, allá en el fondo, será, siquiera en la forma, un modelo de buen decir, ya que, escribir una carta, es lo menos que puede ignorar un sabio.

El respetable público debe estar reconocido: sin la

oficiosidad del periódico, la interesante carta habría tal vez quedado sepultada *per omnia sœcula* en la faltriquera de la alta persona á quien fue dirigida

Aquella oficiosidad era necesaria tratándose de una carta interesante.

Pero ¡triste de mí! no alcanzo á comprender la razón del empeño en publicarla.

Y quilates debe de tener, por más que yo no acierte á dar con ellos.

Idéntica torpeza me cegó hace muchos años, respecto de un libro titulado *El rayo azul.* No lo entendía, por más que á su lectura me entregaba. Ni ¿cómo había de entenderlo, si aquel libro era *ciencia* y *poesía,* de origen francés, cosas ambas con las cuales ni estaba, ni estoy familiarizado?

Sólo sé que me llenó de espanto aquello del *hidrofóbico mar!*

No entender aquel libro, ya lo creo! Pero, no entender una carta interesante que, según la opinión del periódico que la encomia, así honra al que la escribe, *como honra* á las personas cuyas virtudes enaltece, eso es ser muy bruto!

Principia así la carta al señor doctor Aristeguieta:

" Ayer como día de Corpus, en la soledad de mi *desván* « *literario–científico,* tuve el gusto de leer la interesante « biografía de usted, escrita por el señor S. Cabrales y « Cabrales, *quien* tuvo la galantería de *dedicarme* un ejem- « plar desde Ciudad Bolívar."

Este primer párrafo me recuerda la amorosa carta que un pobre indio escribió, ahora años, á su *mejor mitad* que se hallaba en Guaracarumo. Decía así: " Ayer, como día " domingo, tuve el gusto de ir á misa," de lo cual se deduce que el tal marido sabía que el domingo, por ser domingo, se debe ir á la Iglesia.

Y no sabía mucho, el infeliz! Le faltaba saber que el día de Corpus, por ser Corpus, se debe leer la biografía escrita por el señor Cabrales.

Y á mí me falta saber qué será aquello del *desván literario—científico*. ¿Será eso alguna máquina de hacer rayos azules?

Continúa la carta:

"No conociendo *directamente* al autor, me valgo de "usted para que *me felicite* á aquél por *un trabajo* que con-"sidero *tan lleno* de bellezas *y* de apreciaciones históricas."

Juzgo descuido tipográfico la conjunción copulativa *y* que figura en lugar del adverbio comparativo *como*. Ah cajistas! Mas, se me ocurre que si el autor de la carta quiso significar que considera el *trabajo* (el de la biografía) lleno *de* bellezas y *de* apreciaciones, no tuvo para qué emplear el adverbio apocopado *tan*. Si quiso comparar la cantidad de las bellezas con la cantidad de las apreciaciones, me parece que debió decir: "*tan* lleno de bellezas *como* de apreciaciones históricas."

Me he atrevido á subrayar el adverbio de modo *directamente*. Perdón por ello. Cuando un sabio lo usa en tal sentido ¿quién tendrá la osadía de rechazarlo? Conocer *directamente* á una persona, esto es, conocerla *en derechura* debe de ser un modo nuevo, todavía ignorado, de conocer á gentes. No hay poca gloria en haberlo descubierto.

"No conociendo *personalmente* al autor (permítaseme la "versión) me valgo de usted para que *me felicite* á aquél."

Aquí hay algo que me parece contradictorio. El dativo castellano tiene la propiedad de significar posesión; y el uso del dativo superfluo en el presente caso, envuelve la idea de pertenencia, siendo así que el autor de la carta declara no conocer *en derechura* al autor de la biografía; y no conociéndolo, es evidente que no le pertenece, ni siquiera como amigo.

¡ Cuánta facilidad, por otra parte, así para dar forma nueva al pensamiento, como para buscarse un criado !

No parece sino que el autor de la carta quiere que por ella se le felicite *á él* y que al mismo tiempo se felicite también al autor de la biografía, por lo cual escribió su admirable *me felicite*, seguido de la especie de complemento explicativo *á aquél*, como para dar cabida al otro en la felicitación.

Olvidó sin duda el autor de la carta que en las combinaciones binarias de dos dativos, como la de la frase *me felicite á aquel*, el primero sirve para dar tono de confianza al concepto, tono inadmisible en el presente caso, ya por la categoría de la persona á quien se dirije, ya por la naturaleza del asunto que ella trata. Ese tono sentaría muy bien en un padre que, refiriéndose á alguna travesura de su hijo, dijera : "Voy á hablar con el maestro para que *me lo* castigue."

Lo que sí se entiende perfectamente en la frase aludida es que ni la respetabilidad del señor Dr. Aristeguieta fue bastante á salvarlo del papel de mandadero.

Nada diré de la oficiosidad de la tal carta. La circunstancia de haber recibido el autor de ella un ejemplar de la biografía, que le fue *dedicado*, no lo obligaba á escribirla. La *dedicatoria*, si es que así puede llamarse, pedía unas líneas para corresponder al obsequio del señor Cabrales. Si así hubiera de procederse, yo debería escribir una carta al señor General Guzmán, con motivo de la biografía de éste, que me fue remitida por el autor, á quien no conozco *directamente*.

Sigue así la carta :

«La lectura de esta *lucubración* me ha dejado satisfe-
«cho, pues me pone en *antecedentes de pormenores* de la vida
«apostólica de usted que yo ignoraba y que dan al relato

«del autor el brillo que realza siempre todo escrito que «lleva por guía la verdad y el amor á Dios y al prójimo.»

Si he de hablar con franqueza, diré que este párrafo me parece brillante. No me queda duda de que estas pocas líneas sugirieron al consabido periódico la idea de reproducir la carta, con el fin de presentar á sus lectores, condensado en un corto párrafo, un gran modelo de clara dicción castellana.

Y sigue aún:

«*Como* amante del progreso, usted descuella en *estas* «páginas no sólo *como* obrero de las conquistas intelectuales «y morales de *todo pueblo*, sino también *como* el verdadero «Ministro de Dios *como* yo lo he concebido siempre. Usted «aparece en *aquellas como* Apóstol de la Religión, de la «Patria y de la familia.»

Misericordia! Y ¿no le sobrevino una apoplegía? Algunas veces cómo yo algo menos, y *se me* congestiona el cerebro.

¡Qué párrafo! No sé por dónde cojello! ¡Qué algarabía! Y ¿á quién será que ha concebido siempre el autor de la carta? Y nótese que "*como* amante del progreso descuella en *estas* páginas," y que "aparece en *aquellas* como Apóstol de la Religión." á menos que este último adjetivo demostrativo señale "las conquistas intelectuales y morales *de todo pueblo.*"

La carta termina con un largo párrafo, en el cual dice el autor de ella que el señor doctor Aristeguieta merece sentarse *en la cima después de haber conquistado con la ciencia del corazón y del deber todas las alturas.*

¿Serán estas ciencias las mismas del *Rayo azul?*

Por lo demás, me adhiero al dictamen del autor de la carta. Creo que un hombre que ha conquistado todas las alturas, bien merece sentarse en la cima, siquiera para descansar un rato.

Muy buena, muy luminosa, muy interesante puede ser la carta de que he trascrito unos cuantos párrafos. Pero aquí estoy, pobre indio bruto, metido entre las cuatro paredes de mi choza, cerca del lugar cuyo nombre llevo, dado á buscar la bondad, la luz, el interés de la tal carta. Y sea dicho con verdad, no encuentro la razón de su importancia, ni mucho menos la que tuviera el consabido periódico para sentar al autor de ella en la cima de todas las alturas.

Sólo encuentro que en esta tierra mía la prodigalidad de epítetos no tiene límites.

Aquí todo es grande–hasta una carta–todo es ilustre, todo es colosal, todo es magnífico. Verdad es que nada cuesta !

¡ Qué Atenas, ni qué Atenas ! Aquí está Caracas, la ilustre, cuna de tantos grandes sabios !

No queremos ver que en esta inundación de títulos pomposos sobrenada visiblemente el ridículo.

El autor de la carta en cuestión será, no lo dudamos, la representación de la sabiduría; pero convengamos en que *lo disimula mucho*. Publicarla, pues, como testimonio de sapiencia, cuando ni en el fondo, ni en la forma, hay nada que justifique semejante paradoja, es ofuscar la inteligencia incipiente, que puede tomar como luz, lo que no es sino laberinto incomprensible del cual debe alejarse.

La Guaira, 17 Junio 1881.

GUARACARUMO.



TEATRO

EL AMOR DE UN LIBERTINO

CINCO ACTOS

PERSONAJES

JUAN VERGARA—Viejo coronel.
EMILIA, su mujer.
JULIA, } sus hijas
ELISA, }
ANDREA, hermana del coronel.
EL CURA.
LUIS, pretendiente de Elisa.
MANUEL, pretendiente de Julia.
LUCAS CONTRERA, joven coronel.
PEDRO, antiguo asistente de Vergara.
Un soldado.
Un convidado.
Un desconocido.

Escena en Caracas 1860

ACTO I

El teatro representa una sala: á la derecha un piano, y á la izquierda, ventanas que miran á la calle y puerta que conduce á las habitaciones: en el centro la puerta principal.

ESCENA I

JULIA y ELISA *bordando, sentadas á la izquierda.*

ELISA ¿Qué es lo que quieres decirme?
JULIA Un secreto......
ELISA Debe ser
Curioso! Vamos á ver
Si de ello puedo reírme,
JULIA Pero debes prometerme
Que no has de contarlo, hermana,
Pues no me siento con gana
De que hayan de reprenderme;
Y además, porque un secreto
Es cosa seria y sagrada......
ELISA ¿Sí?
JULIA Con que ya sabes......
ELISA Nada
Diré, yo te lo prometo......
Principia, pues......

(*Julia se va por la izquierda.*)

ESCENA II

ELISA

Mas, ¡qué presto
(*Se levanta*) Se va, cuando mis sentidos
Se convierten en oídos
Para oír!...... Señor!...... ¿Qué es esto?......
Y el secreto—claro está—
Es sin duda el amorcillo
De un infeliz pastorcillo
De novela...... Eso será!......
¡Pobre Julia! ¡Qué inocente
Y cuán sencilla y cuán pura!
Es un ángel de ternura
Que lleva un cielo en la mente!
Ella no tiene los gustos
De las niñas de su edad;
Toda es sensibilidad
Y todo le causa sustos.
El contento, con presteza
Se trueca en melancolía......
Cualquiera la llamaría
El ángel de la tristeza.
¿Por qué ha de ser Julia así
Tan triste y tan pensativa?
Nunca la he visto festiva......
Que tome ejemplo de mí......
Aquí vuelve......

ESCENA III

ELISA, JULIA, *con aire misterioso*

JULIA ¿Tú me ofreces
Guardarme el secreto?
ELISA Sí,
Poco ha que te lo ofrecí
Y te lo ofrezco cien veces.

JULIA *saca de la faltriquera una carta que entrega á Elisa.*

JULIA — Helo aquí......Pero sé fiel
A tu promesa.

ELISA — ¿Una carta,
De amores? ¡Tendrá una sarta
De embustes este papel! (*Lo desdobla.*)
(*Leyendo:*) "Perdóname si te escribo
Para decirte otra vez,
Como te lo he dicho siempre,
Como te lo dije ayer,
Que con el alma te adoro
A tí, diosa de mi fe,"
(Bonita frase) "aunque pagues
Mi cariño con desdén.
Ecucha, Julia, mis ruegos
Sin desdeñosa altivez,
Que aspira á llamarte esposa
Tu apasionado Manuel."
¡Manuel otra vez!......Te juro
Que ese muchacho te adora.
¡Con cuánta humildad te implora
No obstante tu desdén duro!
Te escribe con buen objeto;
Y ya que me lo confías,
Dime ¿por qué me pedías
Que te guardara el secreto?

JULIA — Claro está, Elisa......

ELISA — ¿Hay maldad
En recibir un billete
De amor, ni cuatro, ni siete......
Sobre todo, á nuestra edad?

JULIA — Qué sé yo......

ELISA — Nó, Julia, y menos
Si es un joven quien lo envía
De talento y de valía
Y de antecedentes buenos,
Como Manuel. Un enlace
Tal, es magnífico asunto,
Y desde luego, barrunto
Que ese matrimonio se hace.
Nada de palabrería

En su carta y ¡qué sumiso!
Mira, Julita, es preciso
Quererlo!

JULIA — Nó, hermana mía!......

ELISA — ¿Que no? Pues no te comprendo!
Esta carta me has mostrado
Con cierto aire reservado......
Pues......así......como queriendo
Dar á entender......

JULIA — Mira loca:
Al pedirte que el secreto
Me guardes, sólo el objeto
Me guía de que tu boca
Nada diga de Manuel,
Ni de su amor, pues papá,
Que en él encantado está,
Querrá casarme con él,
Y yo......

ELISA — ¿Cómo han de casarte,
Niña, sin tu voluntad?......
Pero, en fin, á la verdad,
Nadie como él puede amarte.
Te quiere mucho.

JULIA — Me adora
Como Luís te adora á tí;
Sé que se muere por mí
Y que en su alma atesora
Grandes virtudes; mas yo
No puedo corresponder
A su amor.

ELISA — Vamos á ver
Por qué razón;

JULIA — Porque no!

ELISA — Vaya!...... Manuel tiene fama
De hombre honrado......Y ¿si se ofende?

JULIA — ¿Y acaso de mí depende?
Se ama...... porque se ama,
Y él no me gusta.

ELISA — En tu seno
Tendrás alguna pasión.........

JULIA — No está libre el corazón......
De lágrimas está lleno.
ELISA — Y no has tenido franqueza
Para hablarme de ello, hermana......
JULIA — Porque es muy pueril, muy vana
La causa de mi tristeza.
Tan cierto es como que existo,
Que grande amor siento á fe......
ELISA — Y ¿á quién amas?
JULIA — No lo sé......
Amo á un sér que nunca he visto......
ELISA — No te entiendo......
JULIA — Yo tampoco,
Ay! Elisa, me comprendo;
Pero sé que estoy sintiendo
Algo aquí que poco á poco
Me mata.
ELISA — Pues francamente,
Me das risa.
JULIA — No lo dudo;
Mas, contra la burla, escudo
Serás. Oye:
ELISA — Atentamente.
JULIA — Era una noche de luna,
Una de esas noches bellas
En que brillan las estrellas
Libres de sombra importuna;
Y en el cielo iluminado,
No de la luna muy lejos,
Vertía dulces reflejos
Un lucero enamorado.
ELISA — ¿Un lucero?.........
JULIA — Y la fortuna
Tuve de ver sus fulgores
Mezclarse á los resplandores
De ella.
ELISA — ¿De quién?
JULIA — De la luna!
Conmovido el corazón
Al fulgurar del lucero,

El corazón todo entero
Presa fue de una pasión.

ELISA ¿ Qué dices ?

JULIA Y aunque despierta,
Que yo era luna soñé,
Y en un éxtasis juré
Amarlo.

ELISA ¿ A quién ? Nc estoy cierta
De lo que oí......¿Cómo ? ¿Amar
A quién ?......¿ Amar á un lucero ?

JULIA Sí !

ELISA Graciosísimo !...... Pero......

JULIA Permíteme terminar.

ELISA Te escucho.

JULIA No fue mi sueño
Solo respecto de mí,
Pues si en él luna me ví,
Ví en el lucero á mi dueño.

ELISA No comprendo.

JULIA Y no te asombre
Lo que te voy á decir:
Yo ví en el astro lucir
La faz hermosa de un hombre
Que, desde entonces, hermana,
Siempre está en mi compañía.

ELISA Sueños de tu fantasía,
Delirios, ilusión vana.

JULIA Delirios, sí, por mi mal,
Y no obstante, su faz veo:

ELISA. Pues hermana, loca creo
Que estás.

JULIA ¡Mi bello ideal!

ELISA No puedo oirte con calma,
Julia, tanta locura:
La perniciosa lectura
Oh Dios! te ha enfermado el alma......
Estás loca!

JULIA No de prisa
Me juzgues. Es que amo mucho,
Y aunque contro este amor lucho,

Vencerlo no puedo, Elisa!

ELISA Eso es absurdo! Desecha
Hermana mía, ese amor,
Terrible como un dolor,
Ah! triste como una endecha
Y hacia el suelo esplendoroso
Que puro placer inspira
Alza los ojos y mira
Cuan claro está y cuan hermoso......
Corramos por el jardín
Como alegres mariposas
Que entre flores olorosas
Viven en dulce festín......
Veamos!...... Una recorrida! (*Se levanta*)

JULIA No puedo......

ELISA ¿A qué atormentarte,
Julia, así?...... Vas á matarte
Con esa pasión..... mentida;
Y pues del jardín la gala
Desdeñas, vamos conmigo
A obsequiar á ese tu amigo [*señala el piano*]
Que tienes aquí en la sala,
¿Quieres?

JULIA Primeros amores
De mi triste corazón!
Sí, sí, mis amigos son
Mi piano y mis lindas flores.
Vamos pues!...... [*Le da el brazo*)

ELISA Tú tocarás
Y yo cantaré.

JULIA Me place!

[*Se sientan al piano y tocan y cantan durante breves minutos el Miserere del Trovador.*]

ELISA Conmovedor! Me fascina
Esta música.

JULIA ¡Qué hermosa!

ELISA Magnífica, deliciosa......
Esta música es divina
Y al espíritu da calma.

JULIA Me oprime á mi el corazón

Y me causa una emoción
Inexplicable en el alma.

ELISA Bajo santa inspiración
Ha debido ser escrita,
Pues un sentimiento excita
De piedad, de contrición,
De paz dulce.

JULIA El Miserere
Por sí sólo bastaría
Para elevar á María
El alma del que se muere

Oyese música militar á lo lejos, que gradualmente se acerca y pasa]

ELISA ¿ Oyes ?

JULIA ¿ Qué música es esa ?......
¿ No es música militar ?

(*Elisa se asoma á la ventana.*)

ELISA Tropa que acaba de entrar......
Eso en Caracas no cesa
Nunca !.... Ven ! Mira ! ¿ No ves ?......

(*Julia se acerca á la ventana.*)

Acércate más....

JULIA (*con indiferencia*) Soldados......

ELISA ¿ Los ojos tienes vendados ?
Ciega estás !......

JULIA Pero...... ¿ que es ?

ELISA El jefe del batallón !......
¿ No es verdad que es muy buen mozo ?
Y apenas le apunta el bozo......
Dí ¿ no te causa impresión ?

JULIA Elisa...... (*En tono reprensivo*)

ELISA Eso no sería
Nada extraño: un elegante
Con agraciado semblante
Siempre inspira...... simpatía ;
Y dudo que haya quien sea
A su aspecto, indiferente,
Cuando manda á tanta gente
Que lleva él á la pelea ;
Cuando con sólo la voz,

La mirada, el ademán,
Manda, ordena, y todos van
A recibir muerte atroz......
¿Quién le mira con desprecio?
¿Qué mujer no siente gozo
Ante un militar buen mozo?......
A menos que sea un necio......

JULIA Elisa!......

ELISA Déjame hablar!
Si fuera libre, diría
Que yo no me casaría
Sino con un militar,
Pues debe ser halagüeño
Ocupar el corazón
De un jefe de batallón
De quien una se hace dueño.
Míralo!......

JULIA *mira otra vez y queda notablemente pensativa.*

ELISA *Reparándola* ¿Qué tienes?

JULIA Nada......

ELISA No, no! Tu estás pensativa
Y alguna cosa motiva
Lo vago de tu mirada.
¿También mi charla te aflije?
No me engañes.

JULIA No te engaño.

ELISA Algo noto en tí de extraño......
Habla! Mi afecto lo exije

JULIA No tengo nada...... Sigamos
La charla: tu decías
Que, á ser libre, elejirías
Un militar.

ELISA Yo sí.

JULIA Vamos!
Tu estás loca, y bien se ve,
Pobrecilla, que no sabes
Los inconvenientes graves
De tal elección.

ELISA ¿Por qué?

JULIA Porque un militar no tiene

Nunca domicilio fijo.

ELISA Pero yo al mío le exijo
Que lo tenga, y él se aviene!

JULIA ¿Al tuyo?...... Cual si estuvieras
Casada, me hablas...... escucha:
¿No sería, dime, mucha
Tu pena, si tu supieras
Que después de riesgos mil
En que se vió tu marido,
Lo había muerto ó herido
Una bala de fusil?

ELISA ¡Oh qué horror!

JULIA ¡Cuántas angustias
No tuvo mamá!...... Tu olvidas
Las no esperadas partidas,
La ausencia, las horas mustias
Que ella nos ha referido......
¡Cuánto tuvo que llorar,
Ah! porque fue militar
Nuestro padre tan querido!
Y si á tu marido quieres
Con amor del corazón
Y no por su batallón......

ELISA Ay! me muero!......

JULIA Sí, te mueres!

ELSA Pues si así causa pesar,
Resueltamente decido
Que no es el mejor marido
El marido......militar.

JULIA Y así, no te casarás
Sino con Luís?

ELISA Ya lo creo......

JULIA Ese es mi mejor deseo,
Pues que enamorada estás
Tú de él.

ELISA Él es tan bueno
Y se muestra tan rendido,
Tan dulce......

JULIA Que lo ha elejido
Tu pecho, de su amor lleno.

(ELISA *vuelve á mirar fijamente por la ventana.*)
¿Qué tanto miras, Elisa?
(JULIA *también mira.*)

ELISA ¡Se ha sonreído!......¿Lo viste?......
(*Mirando á Julia,*)
¡Qué cara tienes tan triste!......

JULIA (*Ap.*) (En sueños ví su sonrisa)

ELISA Mira, Julia, ¡qué elegante!
Ya va á entrar en el cuartel......
Míralo! Míralo!

JULIA (*Ap.*) (Es él,
Yo adiviné su semblante,)

Elisa Pero......tú estás agitada
Y trémula......¿Qué te aqueja?
Niña, la frente despeja......
¿Qué es lo que tienes?

JULIA Ay! Nada!
(*Vuelven ambas á sus bordados.*)
Nada tengo!

ELISA Julia, estás
Insoportable! Tú fuiste
Siempre taciturna y triste
Y hoy lo eres mucho más.
¿Qué tienes?

JULIA Lo ví, lo ví......

ELISA ¿A quién? ¿A ese militar?......
Yo también lo ví pasar......
Y eso......¿qué te afecta á tí?

JULIA Ay Elisa!......El alma mía......

ELISA Vaya que estás intratable!

JULIA Siente éxtasis inefable
De dulce melancolía.

Elisa Habla, Julia, de otra cosa,
Pues no puedo comprender
Que se entregue una mujer
A una ilusión mentirosa.
¿Amar? Ese es un reclamo
Del alma, del corazón:
El amor es la pasión
Más santa,—Yo tambien amo!—

Pero amo, Julia, á un hombre
Que vive, que piensa en mí,
A quien, niña, conocí
Y que me dará su nombre.
Mientras que tú......

JULIA Sin ventura,
Tengo aquí en el corazón
Una mentida pasión,
Una fuente de amargura......
Infeliz!......

ELISA Siento ruido
De pasos......viene papá......
Calla, que bien no estará
Que lleguen, Julia, á su oido
Tus quejas.

JULIA Sí.

ESCENA IV

Dichas y DON JUAN, *pensativo.*

JULIA Padre amado!

ELISA Pensativo estáis......

DON JUAN Sí, sí,
Pienso en vosotras......y en mí...... (*Se sienta.*)

JULIA ¿Qué sucede?

ELISA ¿Qué ha pasado?

DON JUAN Nada de grande importancia
A la verdad, hijas; pero......

JULIA Un semblante asaz severo
Se os ve......

ELISA Y ¿qué hay en sustancia?

JULIA Siempre brilló en vuestra cara
La más risueña expresión,
Y hoy oprime el corazón
La que mostráis, que es bien rara
En vos, por lo cual barrunto
Que algún mal os acongoja......

ELISA O que algo, padre, os enoja.....

DON JUAN Tengo, en efecto, un asunto
Entre manos......

ESCENA V

Dichos y PEDRO

PEDRO Ha llegado
Un señor, mi Coronel!
DON JUAN ¿Un señor? Y ¿quién es él?
PEDRO Un militar!
DON JUAN Le habrá enviado
El Ministro de la Guerra.....?
PEDRO Me parece un Comandante....
Creo......
DON JUAN Que pase adelante.
PEDRO Sí, señor!...... No es de esta tierra
Pues no lo conozco.....
DON JUAN Vé!
PEDRO Voy!...... (*Se va*)

ESCENA VI

Dichos, menos PEDRO.

DON JUAN (*Hablando consigo mismo*) Traerá probablemente
Alguna orden urgente
De marcha...... En fin...... ya veré......
Aquí está......

ESCENA VII

Dichos y LUCAS CONTRERA

Don Juan se pone de pie. Julia y Elisa continúan sus bordados.

LUCAS (*Inclinándose*) Beso la mano,
Señor! (*á las niñas*) A los pies de ustedes
ap (Ay! El amor en sus redes
Me ha prendido!) (*á don Juan*) Muy temprano
Vengo, señor á esta casa,
Mostrando con tal premura,

Que honor ello me procura
Y complacencia no escasa.
Hace poco que he llegado,
Y he querido apresurarme
A venir, pues quiero honrarme
Con su trato.

DON JUAN (*Ofreciéndole asiento*) Yo el honrado
Soy..... mas..... ignoro con quien
Tengo la honra de hablar.

LUCAS Yo soy Contrera Escobar,
Servidor..... (*Se dan la mano.*)

DON JUAN Lo soy también. (*Se sientan.*)

LUCAS Traigo cartas de mi tío
Contrera, su compañero
De armas......

DON JUAN Muy buen caballero
Y excelente amigo mío;
Amigo desde la infancia,
Esto es, desde la escuela......

LUCAS Años hace! El tiempo vuela.

DON JUAN De entonce acá, ¡qué distancia!
El me conserva en la ausencia,
(De suyo triste y amarga)
Igual amor que en la larga
Lucha de la independencia.

ELISA *ap. á Julia* (Pues visto está que ese tío
Ha vivido larga vida.)

LUCAS El jamás de usted se olvida

JULIA *ap.* (Me ha robado el albedrío......)

DON JUAN Y de salud ¿cómo va
El valiente veterano?

LUCAS Siempre muy fuerte y muy sano
En su amada Cumaná.
Al darle mi despedida
Para venir á Caracas
Donde no conozco á nadie,
Me protejió con sus cartas
Para sus buenos amigos,
Viejos compañeros de armas,
En las cuales, bondadoso

Mi tío, de mí les habla.
Una de ellas es ésta.

(*Saca una carta que entrega á Don Juan, después de leer en alta voz el sobre, que dice así:*)

"Al Coronel Juan Vergara,
De los bravos defensores
De Colombia." (*Se la entrega*).

DON JUAN Y de esta Patria,
Cuya libertad nos cuesta
Tanto afán y sangre tanta.
(*Mirando el sobre*)
Su letra! (*La abre*) Voy á leerla,
Si usted......

LUCAS Con toda confianza.

DON JUAN (*Poniéndose los espejuelos*)

"Querido amigo y compañero: ¿A quién, sino á uno de los que combatieron por la libertad de Colombia, Perú y Bolivia, puede dirijirse un veterano de la independencia para recomendarle una persona querida? Tú eres uno de aquellos próceres, y, después de tantos años de silencio, allá te va esta carta, cuyo objeto es suplicarte que acojas como á un amigo á mi sobrino el Coronel Lucas Contrera Escobar, que, con el batallón de su mando, pasa á esa capital á recibir órdenes del Gobierno. No te sorprenda su alto grado, á sus cortos años, que ahora es muy fácil, lo que en nuestros tiempos fue muy difícil de alcanzar. Algo atolondrado mi sobrino, acaso se deje llevar de la viveza de su carácter, y espero que lo favorecerás con tus consejos para apartarlo del mal camino en que pueda lanzarse.—Que Dios te conserve con salud es el deseo de tu fiel amigo y compañero

PEDRO CONTRERA."

(*Guardando los espejuelos*)
Recomendación valiosa
Es ésta, y es cosa clara
Que siendo Pedro Contrera
Mi amigo, desde la infancia,
Y más aún que todo eso,
Un buen compañero de armas,
Debe su señor sobrino
Tener por suya esta casa;

Entrar, salir cuando quiera,
Sin que le detenga nada;
Disponer de mis servicios
Cual le ocurra y cual le plazca.

LUCAS Oh señor! Tantos favores
Me agovian, le doy las gracias;
Y pues que soy acojido
Con benevolencia tanta,
Vendré siempre á presentarle
Mis respetos.

DON JUAN Todas cuantas
Veces á usted le parezca,
Que soy persona muy franca,
Y repugno la etiqueta,
Sobre todo, cuando se habla
Del sobrino de un amigo
Como Pedro...... Esta es su casa.
Con que, ya está usted impuesto
De cómo á mí se me trata!......
Quiero ahora presentarle
Estos pedazos del alma,
Julia y Elisa, mis hijas,
Mi alegría, mi esperanza......

LUCAS (*A las niñas á quienes da la mano.*)
Soy su más humilde criado......
ap. (¡Qué hermosas!..... Ah! Si me amaran.....)
Ah! Si mi tío viniera,
Y esta casa visitara,
Envidiaría la dicha
De tener hijas tan guapas,
Él, que es soltero, y que ignora,
Por tanto, la dicha santa
Del hogar.

DON JUAN (*Levantándose*) Suya es la culpa!
La penitencia en la falta......

LUCAS A los pies de ustedes......

JULIA Y ELISA Beso
Las manos.

LUCAS *Ap.* (Me gustan ambas......

Veremos!......) (*A Don Juan*) Me siento honrado
Con su amistad.

DON JUAN — Muchas gracias......

LUCAS — Y ofrezco á usted mis servicios......

DON JUAN — Lo agradezco......

LUCAS — Hasta mañana......

(*Se va, y Don Juan lo acompaña*)

ESCENA VIII

JULIA *y* ELISA

ELISA — ¿ Qué piensas tú, Julia mía, (*Se levanta*)
De esta visita tan rara ?
Para mí la cosa es clara......
Le inspiramos......simpatía.
¿ No viste que nos miraba ?

JULIA — Ah !......

ELISA — Y ¡ qué ojazos que tiene !
Dijo : " Hasta mañana "

JULIA — ¿ Viene
Otra vez ?

ELISA — Lo adivinaba !
Al vernos, se dijo : " Vuelvo ! "

JULIA — El trato...... la sociedad......

ELISA — No veo en eso maldad......
Si le gustas tú, lo absuelvo !......
Y es muy joven......

JULIA — Muy afable......
Y...... sobrino de un amigo
De papá......

ELISA — Yo no te digo
Lo contrario, muy amable
Me parece á mí también ;
Pero......¿ qué intenciones tiene?
¿ Qué lo impulsa ? ¿ Por qué viene ?
Y ¿ con qué objeto y por quién ?

JULIA — Elisa !...... Viene á traer
Una carta de su tío
Para papá......

ELISA No me fío......
JULIA Y no debes suponer......
ELISA Que nos quiera......
JULIA Haces muy mal
En hablar así.
ELISA ¿Por qué?
JULIA Ay! Yo misma no lo sé.
ap. (El es mi bello ideal)
ELISA Mira! Perdóneme Dios,
Mas, me imagino una cosa......
JULIA ¿Cuál?
ELISA Que quiere para esposa
A una de nosotras dos.
JULIA Loca!
ELISA Mas como ya dí
A mi Luis el corazón,
Sin duda su pretensión
Será vana en cuanto á mí......
JULIA Chiquilla loca!......

ESCENA IX

Dichas y DON JUAN

DON JUAN En el campo
Es muy dulce la existencia,
Y me agradara, hijas mías,
Que os fuérais para la hacienda
A pasar ratos sabrosos
Viendo cojer la cosecha
Y á vivir libres del yugo
Que os impone la etiqueta.
ELISA Pero...... vivir en el campo......
Tristísima vida es esa,
Sin hablar nunca con nadie,
Sin una amiga siquiera......
DON JUAN ¿Rehusas?
JULIA ¿Qué más amigos
Que nuestra madre, tan buena,

Nuestro padre cariñoso
Y nuestras flores tan bellas?
La mano de Dios se mira
Con mayor magnificencia
Y luce radiante y pura
La hermosa naturaleza,
Allá donde el pajarillo,
Siguiendo á su compañera,
Cruza veloz el espacio
Y hasta las nubes se eleva,
Y baja luego entonando
Himnos en su dulce lengua,
A posarse libremente
En las flores de la huerta;
Allá, donde el manso arroyo,
Cual plateada culebra,
Prados recorre, apacible,
Oculto bajo la yerba!
Vamos sí, vamos al campo,
Que así como el ave llega
A los cielos, allá el alma
Sube á regiones etéreas.
Sí, vamos!

ELISA — Visto está, Julia,
Que la ocasión aprovechas
Para hablar del pajarillo, (*remedándola*)
Del aura y de las estrellas......
Oh! qué humor!......

ESCENA X

Dichos y DOÑA EMILIA

DOÑA EMILIA — ¿Quién es el joven
Ese de las charreteras
Que vino ha poco?

DON JUAN — Un sobrino
Del buen amigo Contrera,
El cumanés.

DOÑA EMILIA — ¿De tu amigo

Y compañero en la guerra
De independencia ?

Don Juan — Acertaste !
Mucho me lo recomienda:
Ya le he ofrecido la casa
Y los servicios que pueda
Necesitar.

Doña Emilia — Bien hiciste,
La casa le estará abierta.

Don Juan — Y ya que estáis aquí juntas,
Hablaros debo, por fuerza,
De un triste asunto

Doña Emilia — ¿ Qué asunto ?

Judia — Oh Dios mío !

Elisa — ¡ Qué tristeza
Tales anuncios me causan !

Julia — Ojalá dado me fuera
No saberlo nunca !

Don Juan — Oídme,
Y tened, todas, paciencia:
Malos hijos de la Patria,
Que en destrozarla se empeñan,
Han levantado, insensatos,
Terrible, incendiaria tea.
Por la ambición poseídos,
Con poder y mando sueñan,
Y hollando todo derecho
La libertad atropellan ;
El suelo feraz devastan,
Todo lo talan y queman
Y llenos de odio, con sangre
Ciudades y campos riegan.
Amenazada la Patria,
Se apercibe á la defensa,
Y en torno suyo reune
Los buenos que aún le quedan.
Ella reclama el concurso
De aquellos que la veneran,
Y yo, que entre éstos me cuento,
Debo llevarle mi ofrenda:
Debo partir.

ELISA (*Abrazándolo*) Dios mío!.....
JULIA (*Abrazándolo*) Padre amado!.....
DOÑA EMILIA ¿Por qué á la juventud no se confía
Desempeñar ese deber sagrado,
Cuando ella gloria y libertad ansía?
¿En dónde está la juventud, en dónde,
Que no vuela á salvar la patria amada?
No á la vejez ya inútil, por cansada,
Tan difícil empresa corresponde.
JULIA ¿Quién por nosotras velará afectuoso,
Si la guerra nos quita á nuestro padre?
DON JUAN El tierno amor de vuestra buena madre,
Vuestro deber y Dios!
DOÑA EMILIA Oh Dios piadoso!

ESCENA XI

Dichos y PEDRO

PEDRO Un pliego!
DON JUAN Dame acá que el tiempo pasa.
(*Se lo da y Don Juan lo abre y lo recorre con la vista.*)
Orden de marcha.
PEDRO ¿Marcha?
DON JUAN Perentoria!
PEDRO ¿Voy con mi Coronel?
DON JUAN Bastante gloria
Tienes con ser guardián en esta casa!
Aquí te quedas tú!
PEDRO Muy bien.
DON JUAN *Ap.* (Me duele
El corazón, me aflijo como un niño)
(*á las niñas*) No me es dado atender á mi cariño
Cuando el honor á batallar me impele.
(*á la esposa*) Y tú, mi compañera, dulce amiga,
Queda con ellas, yo te las confío,
Que al dejarlas contigo, el dolor mío,
Tan grande, tan intenso...... se mitiga.
Y en tanto que el deber me tenga ausente,

Lejos ay! de mis hijas amorosas,
Idos al campo, allá seréis dichosas
Apartadas del trato de la gente;
Idos al campo, y que estas bellas flores
Con que Dios adornó nuestra existencia,
Guarden allá su virginal ausencia,
Guarden allá sus nítidos colores.

DOÑA EMILIA Iré, mas ¿cuándo volverás?

DON JUAN Lo ignoro

DOÑA EMILIA ¡Cuánto aún al honor la Patria exije!

ELISA ¿Por qué has de ir? (*Abrazándolo.*)

DON JUAN ¿Por qué?......

DOÑA EMILIA ¡Cuánto me aflije
Tu partida!

JULIA Dios mío!

DON JUAN (*á Doña Emilia*) Enjuga el lloro!
No con él me acobardes, que un soldado
Que ejemplos dió de indómito denuedo
Y jamás á la muerte tuvo miedo,
Llorar no debe nunca!

DOÑA EMILIA Esposo amado,
Me aflijo á mi pesar; en mil pedazos
Se rompe el corazón......

DON JUAN Hijas del alma,
Valor! Valor! (*Las abraza.*)

PEDRO *Ap.* (No puedo.)

DON JUAN Calma! Calma!
Ap. (Ay! Sufro al verlas lejos de mis brazos.)
Valor mi Julia! Adios, mi Elisa hermosa!
Desde el fondo del alma yo os bendigo......
(*Yéndose*) Hijas del corazón...... adios os digo......
Te encomiendo mis hijas, cara esposa! (*Váse.*)

CAE EL TELON.

ACTO II

La misma decoración.

ESCENA I

DOÑA EMILIA, *cosiendo;* JULIA, *leyendo;* ELISA, *bordando.*

DOÑA EMILIA ¡Quiera Dios que regrese pronto!

JULIA Ojalá!... Pero, yo no puedo comprender por qué papá se empeña en volver á los campamentos.

DOÑA EMILIA Porque los hombres de la independencia conservan vivo el amor á la Patria, y todo lo posponen á la santidad de sus deberes para con ella.

ELISA Muy santo y muy bueno será quererla mucho; pero el hombre que ha llegado al ocaso de la vida, necesita el sosiego del hogar; sobre todo, cuando se debe á su familia cuyo interés ha de anteponerse al de la Patria.

DOÑA EMILIA Qué sabes tú! Si á la circunstancia de ser tu padre tan patriota se añade la de que el Gobierno lo llamó al servicio, de una manera especial, y la de que sus amigos (con excepción de mi compadre el señor Cura) lo animaban á salir á campaña, ya comprenderás que no podía excusarse, porque, además de todo, podrían llamarlo cobarde.

ELISA Y ¿ qué importaría eso?

DOÑA EMILIA ¿ Como qué importaria?

JULIA Nada, mamá, puesto que todo el mundo sabe que es valiente, de lo cual dió pruebas en la guerra de la Independencia. Díganlo si no, sus cicatrices.

DOÑA EMILIA Tu padre sabe lo que hace.

JULIA No digo lo contrario...... Su conducta es la de un hombre de corazón; pero no por eso es menos deplorable su patriotismo.

ELISA Sí, señor, deplorable......

JULIA Sí, por los peligros á que le expone y por el abandono en que nos deja.

ELISA Es mucha verdad.

DOÑA EMILIA ¿Dónde has aprendido á hablar así de tu padre? ¿En las novelas?

JULIA No, mamá......

DOÑA EMILIA No quiero que se hable más de ello, que no toca á los hijos censurar la conducta de sus padres.

ELISA Pues punto en boca! Lo siento, porque á la verdad, soy algo bachillera......

JULIA Siempre sales tú, mamá, con las novelas......

DOÑA EMILIA Porque no haces otra cosa que leerlas y llenarte la cabeza de......

ELISA Pero señor, algo se ha de decir, de algo se ha de hablar, aunque sea de......

DOÑA EMILIA Hablemos de nuestra marcha.

ELISA ¿De qué marcha?

DOÑA EMILIA De nuestra marcha para la hacienda.

ELISA ¿Esas tenemos?

DOÑA EMILIA Tu padre la dispuso.

ELISA Sí, eso es! Meternos ahora en el campo, como si fuera muy agradable vivir en el monte...... Yo no voy á ninguna parte......

DOÑA EMILIA Muy bueno que está eso!......

JULIA Todo es acostumbrarse. Estoy segura de que á los pocos días......

ELISA Sí, á los pocos días, me muero de fastidio.

DOÑA EMILIA ¡Qué voluntariedad! ¿Cómo conciliar tan opuestos pareceres?

ELISA — Dejándome en casa de mi tía que con instancia me llama á acompañarla y con quien deseo pasar una temporada. Voy á escribirle que venga inmediatamente á buscarme.

DOÑA EMILIA — No, niña, espera......

ELISA — No, no, que venga, que venga!...... (*Vase*).

ESCENA II

Dichas, menos ELISA

DOÑA EMILIA — Tiene Elisa unos caprichos......

JULIA — No le gusta el campo...... prefiere el bullicio...... y además...... como sabe que Luís no puede ir con frecuencia......

DOÑA EMILIA — A la verdad, estoy dudosa......... En tiempo de guerra, el campo no deja de presentar algún peligro......

JULIA — Pero como no es muy distante......

ESCENA III

Dichas y PEDRO.

PEDRO — El militar que estuvo aquí ayer solicita á la señora.

JULIA *Ap.* — (Dios mío!)

DOÑA EMILIA — ¿Qué haremos?...No estando aquí tu padre, no quisiera...

JULIA — ¿No quisieras recibirlo?......

DOÑA EMILIA — Claro está.

JULIA — Pero......ese señor ¿no ha sido recomendado á papá por uno de sus amigos?

DOÑA EMILIA — Sí, es verdad, pero......

JULIA — A mí me parece......

DOÑA EMILIA — Tienes razón......Pedro, dile que pase adelante.

PEDRO — Si, señora!...... (*Vase.*)

ESCENA IV

Dichas, menos PEDRO

JULIA *Ap.* — (No sé por qué tiemblo) Mamá tiene unas cosas!......... Porque papá no está en casa quiere arrojar á la calle nada menos que al sobrino de su mejor amigo......

Doña Emilia — No, niña, no exajeres......diciéndole que mi marido está ausente, que lo siento mucho......en fin, algo así.........

Julia — Papá le ofreció la casa y......

ESCENA V

Dichas y Lucas Contrera

Lucas — A los pies de usted, señora!......Señorita, tengo el mayor placer de saludar á usted!...... *Ap.* (Qué hermosa!)

Julia — Gracias! Mi madre!......(*Presentándola*)

Lucas — Un criado de usted!

Doña Emilia — Ya me había hablado de usted, mi esposo.........Siéntese usted! Nos encuentra usted de duelo......

Lucas — (*Sentándose*) ¿ Cómo así ?......

Doña Emilia — ¿ No sabe usted que el Coronel ha salido para la guerra?

Lucas — Sí, señora, sé que ha sido nombrado Jefe de Operaciones de Apure y que ha ido á incorporarse al ejército.

Julia — Tan lejos!

Lucas — Pero no hay por qué inquietarse. Esa campaña terminará pronto, y el Coronel volverá sin lesión al seno de la familia.

Doña Emilia — Dios lo quiera!......

Lucas — Y, entre tanto, si de algún modo pudiera yo ser útil á ustedes......

Doña Emilia — Mil gracias......

Lucas — El Coronel le habrá hablado de la antigua y buena amistad que le une á mi tío......

Doña Emilia — Sí, señor, el tío de usted es uno de los buenos y queridos amigos de mi esposo.

Lucas — Y así......ya comprenderán ustedes que yo quiero ser heredero de ese afecto.

Doña Emilia — Es usted muy galante. Y ¿ cómo encuentra usted la ciudad de Caracas?

Lucas — Encantadora! Con razón ha sido llamada por uno de nuestros poetas, la ciudad de las sílfides y ondinas. (*Mira á Julia intensamente.*)

Julia — No obstante, echará usted de menos á Cumaná.......

Doña Emilia — Eso es muy natural, niña.

LUCAS — No, señora. Soy de una ciudad que fue muy bella, de la cual sólo queda un montón de escombros que no puedo olvidar, porque siempre se tiene amor al suelo de los recuerdos infantiles; pero ese afecto no es nada egoista, y no me impide reconocer y confesar que esta ciudad es infinitamente más hermosa y bella que lo fue la de Cumaná. Sin mengua, pues, del amor que profeso al suelo nativo, puedo declarar que no hay nada comparable á Caracas.

DOÑA EMILIA — Habla usted con entusiasmo......Tal vez no será difícil que se haga usted caraqueño......

LUCAS — Por el contrario, me parece muy fácil.

JULIA — Y ¿sin dolor abandonaría usted á los amigos de su infancia y sus relaciones íntimas?

LUCAS — Mis relaciones son muy contadas......y nada íntimas; pero sea como fuere, ese abandono sería disculpable.

DOÑA EMILIA — Ya se ve! ¿Quién tiene la culpa de que Caracas sea tan bella?

LUCAS — ¿Ni quién puede tenerla de que me haya impresionado?

DOÑA EMILIA — ¿Cómo? ¿Está usted impresionado?

LUCAS — Debo ser franco. No es uno dueño del corazón......y......

(*Dirije otra mirada á Julia.*)

ESCENA VI

Dichos y EL CURA

DOÑA EMILIA — ¡Bien venido! Adelante, señor compadre.

(*Doña Emilia y Julia salen á su encuentro. Contrera se pone de pie.*)

LUCAS *Ap.* (Malo! Un viejo es siempre un estorbo.)

CURA — ¿Cómo estáis, hijas mias?...... Con que se fué papá ¿eh? Dios lo traerá sano y salvo. Y muy tristes todavía? Y tú, mi ahijada?......Ah! Y ¿el señor?...... Dispénseme usted, estaba distraido...... (*Le hace una leve cortesía.*)

LUCAS (*Inclinándose*) Servidor de usted.

CURA — Gracias...... Siéntese usted! (*Se sientan.*)

DOÑA EMILIA — Este caballero es un amigo de mi marido.

CURA — Yo lo soy de todos ellos...... y no sabía......

DOÑA EMILIA Es un sobrino del Coronel Pedro Contrera, de Cumaná, antiguo compañero de armas.........

CURA Anjá!

DOÑA EMILIA Ha traido una carta que lo recomienda mucho.

CURA Muy bueno!...... Con que se fué mi compadre!.........

JULIA A nuestro pesar.

CURA Y contra mi dictámen.

LUCAS La Patria lo llamaba.

CURA Qué Patria, ni qué Patria! La vejez tiene sus prerogativas......... Sí, señor!.........

LUCAS No seré yo quien se las niegue.........

DOÑA EMILIA Cuando usted entró, hablabamos de Caracas, ciudad que este caballero encuentra encantadora.

LUCAS Si, señor, encantadora.

CURA Así es.........

DOÑA EMILIA Y dice que lo ha impresionado.........

CURA ¿Impresionado?

LUCAS De una manera muy agradable.

DOÑA EMILIA Yo lo celebro.

LUCAS Aquí todo me parece hermoso y bello. Y como no he dejado por detrás ninguno de esos afectos que subyugan, estoy en libertad de consagrar mi corazón todo entero .....(*Mira á Julia.*)

CURA ¿A quién?

LUCAS A la ciudad de Caracas, (*Se pone de pie y consulta su reloj.*) Tengo el sentimiento de retirarme.

DOÑA EMILIA ¿Se va usted?

LUCAS El servicio es muy exijente...... Por otra parte, el objeto de mi visita está cumplido: no ha sido otro que informarme de la salud de ustedes y ofrecerles......mi buena voluntad.

DOÑA EMILIA Mil gracias...... No la rehuso.

LUCAS Será para mí una honra y un placer......... A los pies de ustedes...... Beso sus manos, señor Cura.

CURA Vaya usted con Dios.

LUCAS *Ap.* (En todas partes esta misma plaga.) *Vase.*

ESCENA VII

Dichos, menos CONTRERA

CURA *Ap.* (Aquella mirada......) Líbreme Dios de malos juicios...... pero......

DOÑA EMILIA ¿Qué quiere decir ese pero?......

CURA Probablemante ese pero es infundado, aunque el corazón me dice, con su lealtad de setenta años, algo que no favorece mucho á ese jovèn.

DOÑA EMILIA Y por eso ha estado usted tan seco.........(*Se levanta.*)

CURA No hay necesidad de ser afectuoso con quien no se conoce.

DOÑA EMILIA Nunca es malo un poco de cariño...... Me va á perdonar que lo deje un momento.

CURA Sí, hija.

DOÑA EMILIA Las criadas no mueven una paja si no está una detrás de ellas......Usted está en su casa......

CURA Gracias......yo lo sé.

DOÑA EMILIA Aquí le queda su ahijada. (*Vase.*)

ESCENA VIII

El CURA *y* JULIA

CURA (*Despuês de breve pausa.*) Y tú, ahijada ¿por qué tan silenciosa?

JULIA ¿Qué he de decir?

CURA Te ha entristecido la partida de papá......es natural...... pero ya volverá......ya volverá...... Y suspiras!...... Qué tienes?

JULIA No lo sé......

CURA No te aflijas......

JULIA Tengo oprimido el corazón......

CURA Eres demasiado sensible.

JULIA Estoy tan triste......

CURA Pero ¡vaya! ¿Por qué lloras así?

JULIA Siento una emoción inexplicable.

CURA (*Con afecto*) ¿Qué te sucede? No es sólo la partida de papá lo que tanto te aflije......

JULIA No.

CURA — Y entonces ¿ qué es ?
JULIA — No sé lo que me pasa.
CURA — Habla, yo soy tu mejor amigo.
JULIA — Pueril extravagancia podrá ser; pero......... estoy impresionada.
CURA — Y ¿ qué es lo que te impresiona ?
JULIA — (*Va á hablar y calla.*)
CURA — Vamos ! Cuéntame eso. *Ap.* (Ah ! aquella mirada......)
JULIA — ¿ No recuerda usted cierto sueño ?......
CURA — Sí, recuerdo que me hablaste algo de eso...... Y bien ?
JULIA — Yo ví la faz de un sér humano entre los reflejos de un lucero......
CURA — Sueños ! Quimeras ! ¿ Qué importancia ha de darse á una visión fantástica ?
JULIA — Fue ilusión, es verdad; pero después he tenido sin cesar ante mis ojos la imagen que me finjió el lucero.
CURA — Creaciones de tu fantasía !
JULIA — Y ¿ qué pensareis, si os digo que esas creaciones han tomado proporciones reales ?
CURA — ¿ Cómo ? ¿ Qué ?
JULIA — Sí ! Aquel sueño, aquella visión era un aviso celestial.
CURA — ¿ Qué me dices, niña ?
JULIA — Aquella visión se ha convertido en un joven cuya presencia me intimida.
CURA — ¿ Cómo ? ¿ En un joven ?......
JULIA — Sí.
CURA — Y dices que ese joven...... Habla ! Habla !......
JULIA — Me causa miedo y placer al mismo tiempo.
CURA — Y...... ¿ sabe él que te causa tan encontrados afectos ?......
JULIA — No lo sabe.
CURA — ¿ Has conversado con él acerca de ?......
JULIA — Nunca.
CURA — Y de alguna manera ¿ ha tratado él de hacerte comprender...... que se interesa por tí ?
JULIA — Nada me ha dicho.
CURA — Pues bien ! Si ese joven volviere, no lo recibas sino en presencia de tu madre.
JULIA — ¿ En presencia de mamá ?
CURA — Sí...... porque tú lo amas.
JULIA — Dios mío !......

CURA — No es crimen el amor, hija mía: pero el recato te obliga á confesarlo á tu madre para que sus consejos templen los sentimientos que de él se derivan. *Ap. y yéndose.* (Yo averiguaré quien es ese hombre.) Hasta luego, hija. (*Vase.*)

JULIA — Hasta luego.

ESCENA IX

JULIA, *sola.*

JULIA — ¡Dios mío! ¿Es amor esta inquietud que se ha apoderado de mi espíritu? Ah! Imposible!...... Pero...... ¿por qué palpitó violentamente mi corazón el día en que lo ví, por primera vez, á la cabeza de sus soldados? ¿Por qué lo reconocí como al hombre cuyas facciones se me aparecieron al resplandor de un lucero brillante? ¿Por qué, sin cesar, se asoma á mis ojos el corazón convertido en lágrimas? Ay! Es que mi corazón y mi alma están inundados de amor!......

ESCENA X

Dicha y CONTRERA

Detiênese éste en la puerta como para cerciorarse de que sôlo Julia está en la sala

LUCAS — Perdonadme, hermosa Julia!

JULIA — ¿De qué?

LUCAS — Perdonadme que vuelva á vuestra casa, cuando no hace mucho que de ella he salido.

JULIA — Mi padre os ha invitado á venir......

LUCAS — No he podido resistir al deseo de veros...... de veros sola; y habiendo visto salir al señor Cura, he vuelto para hablaros.

JULIA — ¿Para hablarme á mí?

LUCÁS — Sí, Julia, porque quiero manifestaros lo que me sucede.

JULIA — Y ¿qué os sucede? Voy á llamar á mamá.

LUCAS (*Deteniéndola.*) Por favor, esperad ! Ayer, cuando pasé por esta calle á la cabeza de mis soldados, tuve el gusto de veros en la ventana y sentí algo que aceleró los latidos de mi corazón. Vine á vuestra casa inmediatamente después, y, al veros de cerca, comprendí que he perdido el dominio que sobre él tenía.

JULIA Pero......

LUCAS Sí, Julia, he comprendido que os amo y que sois el alma de mi vida. Respondedme!......

JULIA ¿Qué he de deciros?......

LUCAS Yo os amo!......¿Dudáis?......Decidme ¿no creeis en mi amor? (*Le coje la mano*) *Ap.* (Como que sí cree.)

JULIA (*Retirando la mano*) Yo......

LUCAS ¿No es verdad que no me rechazáis? ¿No es verdad que sentís algo que os inclina á la indulgencia?

JULIA Voy á llamar á mi madre......

LUCAS Decidme antes que me amáis. Yo tengo la presunción de creer que no os soy indiferente. Hablad!

JULIA Yo os estimo.

LUCAS La estimación es una cosa, y otra cosa es el amor......Yo os amo, Julia, y mi felicidad consiste en que me améis. ¿No queréis que yo sea feliz?

JULIA Dios mío!

LUCAS Consultad vuestro corazón. ¿No es verdad que me amáis? Decídmelo, Julia......

JULIA ¡Qué exijente!......

LUCAS Respondedme, Julia.

JULIA Me agobiáis. ¡Dejadme llamar á mamá.

LUCAS No, Julia! Decidme que me amáis.

JULIA No sé si debo......

LUCAS Yo lo sé! Si lo negaran vuestros labios, vuestros ojos os desmentirían. Sí, me amáis. ¿No es verdad?

JULIA Mi emoción......mis lágrimas deben revelaros lo que pasa en mi alma.

LUCAS Julia mía! (*Vuelve á cojerle una mano.*)

JULIA (*Retirándola suavemente.*) Acaso se juzgue mal á una pobre niña que busca en lo profundo del alma la inspiración de su respuesta.

LUCAS ¿Qué importa?......Nos amamos!

JULIA — Pero......¿ qué he de hacer, si me inspira confianza vuestro acento, si veo brillo de sinceridad en vuestra mirada, si un rayo de luz, iluminando la oscuridad de la distancia, me hizo ver vuestro semblante, allá á lo lejos, aún antes de oír vuestras palabras?

LUCAS — No conoces la extensión de mi felicidad.

JULIA — Ya lo he dicho. ¿Cómo había de ocultarlo, si yo no sé mentir?

LUCAS — Yo lo había adivinado.........Mi corazón adivinó vuestra existencia......

JULIA — ¿De veras? ¡Qué coincidencia! Debo añadir ahora que quiero ser amada con un amor semejante al que siento hacia las flores de mi jardín.

LUCAS — Sí, Julia, así es como yo te amo; pero ¿sabes que tengo celos de tus flores?

JULIA — Ellas me han inspirado el amor que siento, y fuera ingratitud el olvidarlas. Este mismo sentimiento me lleva al jardín todas las tardes á tributarles el homenaje de mi cariño; y en adelante confundirá mi alma en una sola aspiración el aroma de mis flores y el aroma de vuestro amor.

LUCAS — Ah! Cuánta delicia hallaría yo en aspirar junto contigo el aroma de tu jardín......No faltará ocasión......¿no es verdad, Julia mía?

JULIA — Allá nos reunimos todos algunas tardes; pero......voy á llamar á mamá......

LUCAS — Nó!...... Oyeme!......Después de haberme retirado, hace poco, no quiero qué me encuentre aquí contigo. Ya me voy.

JULIA — Teméis acaso que ella desapruebe nuestro amor?

LUCAS — Nó! Pero nada debe saber ella todavía. Cuando regrese tu padre, yo mismo le hablaré de nuestro amor, y entonces...... Entre tanto, guarda silencio, silencio absoluto...... A nadie digas una palabra.

JULIA — ¿Ni á mi hermana?

LUCAS — Ni á las flores de tu jardín. Adiós, Julia, hasta la vista! Nuestro amor debe ser un secreto hasta que venga tu padre......¿Me lo prometes?

JULIA — Sí.

LUCAS — Yo le hablaré, y á él le tocará comunicarlo á los demás. ¿No te parece bien?

JULIA — Así será.

LUCAS — Adiós, mi vida!

JULIA — Adiós.

LUCAS *Ap.* — (¿Dónde quedará el jardín?) Adiós......Adiós...... (*Vase.*)

JULIA — Adiós!......

ESCENA XI

JULIA, *sola*

Ah!......¡Qué inquietud! ¡Qué ansiedad! ¡Cuánta angustia en mi corazón! Sí! Esto es amor! Él es la realización de un ideal, y me siento feliz, porque me ama...... Y sin embargo...... corren con abundancia mis lágrimas. Dios mío! Dios mío!......

ESCENA XII

Dicha y ELISA

ELISA — (*Muy festiva.*) Le escribí á mi tía! Pero...... estás llorando......¿Qué tienes? (*La abraza.*)

JULIA — Por piedad, Elisa, déjame mi dolor...... (*Vase.*)

ESCENA XIII

ELISA, *sola*

ELISA — (*Viendo á Julia que desaparece.*) Pobre Julia! Tan triste! Siempre tan llorosa...... Sabe Dios qué lectura tiene entre manos. Ella se figura que es la heroína de todas las novelas que ha leído......¡Qué majadería!

ESCENA XIV

Dicha y MANUEL

ELISA (*Viéndolo entrar.*) *Ap.* (Este es otro llorón.) Bien venido Manuel. ¿Cómo estás? (*Le da la mano.*)

MANUEL (*Con tristeza.*) ¿Cómo he de estar? Le escribí......

ELISA ¿A quién?

MANUEL ¿A quién ha de ser? A Julia! Le escribí repitiéndole lo que tantas veces le he dicho......

ELISA Y bien?

MANUEL Ni siquiera se ha dignado contestarme......Bien veo que le soy indiferente......

Elisa *Ap.* (¿No lo dije? Un Jeremías!) Te equivocas, Manuel, Julia te quiere mucho.

MANUEL Y sin embargo, huye de mí.

ELISA Será.........

MANUEL ¿Será qué?

ELISA Será que no te ama...... todavía; pero......

MANUEL Ingrata Julia! ¿por qué no me amas, cuando yo muero por tí, de amor? ¿Por qué destruyes las ilusiones que desde niño vengo acariciando?—Yo he querido, Elisa, al probar su desdén amargo, arrancarla de mi corazón, librar de su recuerdo mi momoria. Imposible! ¿Acaso el corazón está subordinado á la voluntad? Ah! Cuanto más me esfuerzo en alejarme, más fijos tengo en ella el corazón y el alma!......

ELISA Procura olvidarla. ¿Cómo puedes amar á quien no te ama?

MANUEL ¡Qué fácil es dccirlo! Tú sabes, Elisa, que desde niño amo á Julia.

ELISA Cosas de muchachos!

MANUEL Ya habíamos salido del pensil de la infancia, y ella me permitía amarla. Ella me alentaba en mis estudios; con una sonrisa robustecía mis esperanzas...... y yo, pensando en ella, no me parecía á la comunidad de estudiantes. El amor maduró mi razón, y era ya un hombre circunspecto á le edad en que todos ellos hallan placer en medio de esas frivolidades que son el encanto de los primeros años.

ELISA — Julia es la primera en reconocer tus méritos y te quiere como á un hermano.

MANUEL — (*Con abatimiento*) ¡Como á un hermano!......

ELISA — *Ap.* (El pobre! Me da lástima!......) Ten paciencia, Manuel! ¡Quién sabe!...... En tanto que su corazón esté libre, no será difícil que el fuego de tu amor llegue á abrasarlo.

MANUEL — Ay! del infeliz que me robara su amor!......

ELISA — Oiga! ¿Con que eres celoso?......

MANUEL — Y ¿piensas tú que pudiera yo tolerar que su corazón palpitara de amor por algún hombre? Esa sola idea me horroriza y hace afluír al cerebro toda la sangre de mis venas,

ELISA — ¿Y si Julia hubiera ya fijado su cariño?......

MANUEL — (*Con disgusto creciente*) No lo digas! No lo repitas! Mataría, sin piedad, á todo el mundo!

ELISA — Manuel!......

MANUEL — Sí! Incendiaría el universo! Degollaría á la humanidad!

ELISA — ¡Qué amor tan espantoso! Y á la verdad, no sé por qué no ha de corresponderte Julia, siendo tú un muchacho tan lleno de méritos. Pero...... ¿qué se hace? Así somos las mujeres. Cuando no nos gusta...... no nos gusta! Julia no te ama, y no hay remedio! Verdad es que tampoco quiere á nadie. El piano, la poesía, las flores; las flores, la poesía, el piano...... Esos son sus amores! Mejor la estaría corresponder á tu amor, en vez de estar pensando en los luceros y contemplando *la tenue luz de la naciente luna.*

MANUEL — No la remedes...... no te burles de ella...... Tú no la conoces...... Yo la comprendo!......

ESCENA XV

Dichos y LUIS

LUIS — Alma mía! ¿Cómo estás? (*Se dan la mano*)

ELISA — Bien, Luis!

LUIS — Y tú, Manuel?

MANUEL — Imagínatelo......

Luis — Permíteme preguntar por tu mamá y por Julia.
Elisa — Buenas! Julia, siempre triste......
Manuel — Y siempre esquiva.
Luis — Injusticia! ¿No es verdad, Elisa?
Elisa — Así es, porque Manuel es muy capaz de hacer la felicidad de la mujer más exijente.
Manuel — Gracias! Entre tanto, el amor de ustedes me llena de envidia. Soy el hombre más infeliz. Adiós!......
Luis — Adiós, Manuel......
Elisa — No te vayas......
Manuel — Necesito aire...... Me ahogo!...... (*Vase*).

ESCENA XVI

Dichos, menos Manuel

Elisa — (*Viêndolo salir*) Pobre Manuel!
Luis — Ciertamente! Pero hablamos de los demás y nos olvidamos de nuestro amor......
Elisa — Egoísta! Siéntate!
Luis — (*Sentândose*) Y ¿cómo no serlo, tratándose del dulce afecto que ha unido nuestros corazones y que, uniendo también nuestra suerte, nos dará un porvenir hermosísimo? ¿No es verdad que me quieres mucho y que seremos muy felices?
Elisa — Sí, Luis, te amo con todo mi corazón......
Luis — Y yo, con toda mi alma. (*Le coje una mano*).

ESCENA XVII

Dichos y Doña Emilia

Doña Emilia — ¡Qué expresivo eres, Luis!
Luis — Mi señora!...... (*Se pone de pie.*)
Doña Emilia — ¿Se fué mi compadre?
Elisa — No lo he visto!
Doña Emilia — Venía á consultarle acerca del viaje...... Vamos á ver qué se resuelve! Debemos irnos para la hacienda.

ELISA — Pero mamá.....
DOÑA EMILIA — Nada! Debemos irnos!
ELISA — A mí no me gusta el campo.
DOÑA EMILIA — Vuelves tú con tu majadería!......
ELISA — Aborrezco la soledad, odio el silencio!
DOÑA EMILIA — Niña!
ELISA — Me encanta el bullicio, y......
DOÑA EMILIA — Sí, ya sabemos eso! De modo que no vas? Julia! (*Llamando*) ¿Dónde está Julia? Julia!
JULIA — (*Desde dentro*) Allá voy!......
DOÑA EMILIA — Preciso es tomar alguna determinación.

ESCENA XVIII

Dichos y JULIA

JULIA — ¿Llamabas, mamá? Salud Luis! (*Le da la mano*)
DOÑA EMILIA — Elisa insiste en quedarse.
ELISA — Sí, me quedo con mi tía.
JULIA — ¿Con ella, que es tan enemiga de fiestas, como alegre tú y amiga de distracciones? ¿Cómo te avendrías con ella?
ELISA — Y ¿no sabes que por complacerme es capaz de las mayores locuras?
JULIA — Sí, es verdad..... te quiere tanto!
DOÑA EMILIA — Y por fin...... ¿qué se decide?
ELISA — Ya está decidido...... yo me quedo.

ESCENA XIX

Dichos y DOÑA ANDREA

(*Se detiene ésta en la puerta, como escuchando lo que se habla en la sala.*)
DOÑA EMILIA — Será mejor, entonces, diferir el viaje.
LUIS — Muy bien pensado, sobre todo, cuando no es prudente salir de Caracas en estos días de ansiedad por razón de la guerra......

DOÑA EMILLA Pues bien! Tú pasarás con tu tía una corta temporada, después de la cual......

DOÑA ANDREA (*Entrando*) Después de la cual ya se tendrán noticias......

ELISA (*Corriendo hacia ella*) Tía! (*La abraza*)

DOÑA ANDREA Ya se tendrán noticias del teatro de la guerra, y podrán ustedes resolver lo que sea más conveniente.

LUIS Magnífico!

DOÑA ANDREA Ni puede ser tampoco de otra manera, porque yo vengo á buscar á Elisa.

DOÑA EMILIA ¿Con que es cosa ya resuelta? Tú mimas mucho á esta muchacha.

DOÑA ANDREA Nada! Nos vamos al momento. Supongo que no te opondrás.....

DOÑA EMILIA ¿Cómo he de oponerme?.....

DOÑA ANDREA Pues busca tu sombrero, Elisa ..... y en marcha!

ELISA Aquí está! (*Se lo pone*) Adiós, mamá, adiós, Julia...... (*Se abrazan.*)

LUIS Y si ustedes me lo permiten, voy á tener el gusto de acompañarlas! (*Vanse.*)

CAE EL TELON.

ACTO III

—

La misma decoración

ESCENA I

El Cura y Julia

Cura — Pues no alcanzo á comprender
Esa tu loca pasión.
Julia — Fija está en mi corazón.
Cura — Y ha de arrancarla el deber!
Julia — Es imposible!......
Cura — A tu edad
Todo se ve seductor
Y no se teme al dolor
Ni se cree en la maldad,
Pues la incauta juventud
Confiada y presuntuosa
Halla siempre, generosa,
En todo pecho, virtud:
Mas esa edad sin dolores
En que embriaga una sonrisa
Es fugaz como la brisa

Que juega allá entre las flores.
Viene entonces el quebranto,
Y llegan las horas mustias
Y la pena y las angustias
Y los suspiros y el llanto!
Entregas el corazón,
Juzgando por la apariencia,
Sin pensar que la experiencia
Pueda causarte aflicción;
Sin pensar que algunas flores
Cuyo perfume extasía
Brindan con alevosía
Tras él, dardos punzadores;
Y que así también, velado
Con el manto del honor,
Se encuentra en un amador
Un libertino, un malvado......
¿ Conoces tú, por ventura,
A ese joven?

JULIA Nó, en verdad......

CURA ¿Y entonces?......

JULIA Ah! Por piedad......
Su pasión es la más pura......

CURA Y yo veo, con dolor,
Hija mía, que te engañas,
Que con ese amor te dañas
A tí misma,

JULIA Ay Dios! ¡Qué horror!

CURA La joven que tiene juicio
No entrega así el corazón,
Y sabe ahogar su pasión
Ante el más lijero indicio
De maldad.

JULIA ¿Cómo?......

CURA El secreto
Con que te habla de su amor
Me hace creer que al honor
No rinde él ningún respeto;
Y por eso cuando ví
El afecto que te abrasa

Fuí á buscarlo allá en su casa,
A estudiarlo en su hogar fuí.
Y ¿ sabes lo que he sabido,
Lo que todo el mundo cuenta ?......
Que su sólo trato afrenta,
Porque es un mozo perdido !

JULIA Ay Dios !......

CURA Lo ví en el cuartel
En medio de sus soldados
Que están ¡ los pobres ! cansados
Del trato que les da él !
Lo ví también en el templo......
¡ Oh, Señor ! qué desacato !
Fue sólo á pasar el rato
Y á dar pernicioso ejemplo.
Sin cesar en el albur
Emplea la ociosa vida,
Que es su profesión querida
La profesión del tahur !
A todas partes he ido
Siguiendo siempre sus pasos,
Y á fe que no son escasos
Los males que he sorprendido.
Y en cuanto á amar, á una Hercilia
Corteja.

JULIA ¿ Cómo ?

CURA Y también
A una Juana, á una Belén,
Y al demonio y su familia.

JULIA Ay !

CURA A todo el mundo debe
Y es...... no sé cómo lo llame !
Mas ¡ hija ! á cuanto hay de infame
Su villanía se atreve.
Yo lo conozco......

JULIA Será
Que os han engañado.

CURA Nó !
Es un libertino ! Yo
Lo digo !

ESCENA II

Dichos y CONTRERA

(*Este, al ver al Cura, retrocede y se queda en la puerta escuchando cautelosamente.*)

LUCAS *Ap.* ¿No pensará
Irse?)
CURA Por eso no tardes
En tu obediencia; que cese
Esa loca pasión, ese
Loco amor en que tú ardes.
LUCAS *Ap.* (¡Bien!)
CURA Que es deber, hija mía,
Que me impone la amistad
Impedir la iniquidad
Impedir la alevosía.
Ese Coronel Contrera
Es indigno de tu amor.
JULIA No habléis así, por favor.........
LUCAS *Ap.* (Un machetazo le diera.)
CURA Aún no te he dicho todo......
JULIA ¿Qué más?
CURA He de ser prolijo!
Ese hombre, según colijo,
Es además un beodo.
JULIA Por Dios!......
LUCAS *Ap.* (Todo el mundo bebe)
CURA ¡Oh! ¡Qué mozo tan soez!
JULIA No es posible.
CURA La embriaguez
Es su pecado más leve.
Es, pues, forzoso que olvides
El amor que tú, sin tino,
Has puesto en un libertino
Cuyas maldades no mides.
Sí, yo debo del abismo
A que corres, con certeza,
Salvarte, que en tu cabeza

Puse el agua del bautismo!
Sí, mi Julia......
JULIA — Ya escuché
Vuestro piadoso consejo......
CURA — Que no es sino el reflejo
De mi cariño.
JULIA — Lo sé!
Yo estimo vuestra intención
Y agradecida me siento......
Habláis...... á mi entendimiento,
Pero no á mi corazón.
Perdonadme esta franqueza
En que acaso yo me excedo;
Mas...... olvidarlo no puedo......
Ay! Lo amo con firmeza.
CURA — ¿ Qué oigo, Julia?
JULIA — Galante.
Muestras me da de hombre fino
Y ¿ puede ser libertino
Siendo tan cumplido amante?
Yo necesito su amor
Que es mi única delicia;
Olvidarlo es injusticia......
Dejadme amarlo, señor!
LUCAS — *Ap.* (Bravo! Bravo!)
CURA — Y si don Juan,
Vuestro padre......
JULIA — Yo lo acato.....
LUCAS — *Ap* (No sé como no lo mato)
JULIA — Mas oírle
LUCAS — *Ap.* (Tengo un plan) (*Vase.*)
JULIA — No podré.

ESCENA III

Dichos, menos CONTRERA

JULIA — Si en su rigor
Mi padre este amor condena.....
Me moriré de la pena,
Me moriré del dolor.

CURA ¿Qué amor es ese tan fiero,
Julia?
JULIA Explicarlo no sé,
Pero en él puse mi fe,
Y sin ese amor, me muero.
CURA Y yo no sé cómo cabe
En tu pecho tal amor.....
JULIA Como el aroma en la flor,
Como el cariño en el ave.
CURA Ay Julia! Me causa espanto
Ese amor..... me causa miedo.....
Procura olvidar.....
JULIA No puedo......
Perdonadme...... ved mi llanto......
CURA Pero tal obstinación
Después de cuanto te he dicho
Parece, más bien, capricho
Tuyo......
JULIA Voz del corazón......
CURA (*Con acento de resignación*)
¿Qué hacer en tal insistencia,
En tan horrible extravío?
Inspírame tú, Dios mío!
Da luz á mi inteligencia!
Si él procurara, á lo menos,
Culto rendir al honor!.....
Milagros hace el amor
Que á los malos torna en buenos!
Ya que no entras en razón,
¿Qué hacer? Buscaré á Contrera,
Le hablaré con voz severa,
Tocaré su corazón......
JULIA De júbilo me llenáis......
Id, por Dios!......
CURA Sí! Le diré,
Con franqueza, que yo sé
Que ambos á dos os amáis;
Le diré que aquí la vida
Pasas de contentos llena
Y exenta de toda pena

Siempre de todas querida;
Le diré que nos encanta
Tu angelical inocencia;
Le pintaré la existencia
Que aquí llevas, dulce y santa.
Le hablaré de tu dulzura
De tu inocencia y candor
Y le haré ver que el dolor
Nunca nubló tu ventura;
Le diré que eres consuelo
De tus padres amorosos,
Que te juzgan, venturosos,
Angel bajado del cielo;
Le diré que al dulce arrullo
De su exquisita ternura
Vives la vida más pura
Siendo de su amor orgullo......
Le diré que es necesario
Que su mala vida enmiende,
Pues si tu mano pretende
No ha de ser un...... perdulario;
Que si aspira á merecerte,
De sus flaquezas se cure
Y que con tesón procure
En las virtudes ser fuerte.
Sí, le diré que es preciso
Que al punto se regenere
Si es que de veras te quiere.

ESCENA IV

Dichos y un Soldado

Soldado — Firme!
Cura — ¿Qué quieres?
Soldado — Permiso
Para hablar!
Cura — ¿Qué se te ofrece?

SOLDADO Me manda mi coronel
A traer este papel......
Hoy marcha! [*Da un papel á Julia*]
JULIA ¿Se va?
SOLDADO Parece......
Adiós! [*Vase*]

ESCENA V

Dichos menos él SOLDADO

JULIA [*Leyendo*] «Muy señora mía»—
[La carta es para mamá]
«Salgo para Maracaibo,
«Y no teniendo lugar
«De darle mi despedida,
«Porque la marcha es ya, ya,
«La confío á estos renglones
«Que por mí se la darán.
«Presento á usted y á las niñas
«Con toda sinceridad
«Mis más humildes respetos!
«Lucas Contrera Escobar.»
Se va!......
CURA *Ap.* [Loado sea Dios
Que á mis ruegos ha atendido]
JULIA Ay! La ausencia y el olvido
Marchan uno de otro en pos...... [*Llora*]
CURA [*Cojiendo su bastón y su sombrero*]
Julia! Julia!...... Te lo ruego......
No así te aflijas...... Se va
Ap. [Gracias á Dios] y vendrá
Después.
JULIA ¿Os vais?......
CURA Hasta luego!......
Dios te bendiga, hija mía,
Y te devuelva la calma!
Renazca ahora en tu alma
La encantadora alegría!
Adiós! [*Vase*].
JULIA Adiós, mi padrino......

ESCENA VI

JULIA, *sola*

Breve pausa

[*Sentándose*] ¡Cuán horrible situación!
Ya le dí mi corazón,
Y es tal vez...... un libertino!
Imposible!...... A ser así,
Desprecio me inspiraría!......
Nó! Nó! Yo no sentiría
Este amor que impera en mí;
Ni hallara, en él, esa altiva
Faz que á amarle me induce,
Ni ese encanto, que seduce,
Ni ese todo, que cautiva......
Yo, tal amor!...... Fuera ello
A mi buen sentido insulto!
¿Cómo? Jamás rendí culto
Sino á lo grande y lo bello!
Libertino!...... Y si lo fuera,
El amor, bueno lo haría......
Sí, por mí se enmendaría,
Porque el amor regenera!
Infeliz de mí! Partió
Sin darme su despedida......
¡Cuán triste será mi vida
En su ausencia!

ESCENA VII

JULIA *y* CONTRERA

LUCAS (*Entrando precipitadamente.*) Aquí estoy yo,
Mi Julia!
JULIA (*Levantándose.*) Me has asustado!
LUCAS ¿Te asusto yo, vida mía?

Julia	Como en marcha te creía......
Lucas	Pero vengo, enamorado......
Julia	Sí, sí......
Lucas	¿ Qué te asusta, pues ?
Julia	¿No escribiste tú, diciendo?......
Lucas	Ya ves que la plana enmiendo
	Postrándome aquí á tus pies......
	Ap. (Sostengamos la mentira)
	Estoy de marcha......
Julia	Oh dolor !
Lucas	Debo partir; mas mi amor
	Me tráe.
Julia	Todo conspira
	Contra los dos.
Lucas	¿Cómo así ?
Julia	Me piden ¡ ay ! que te olvide......
Lucas	Y ¿ quién tal cosa te pide ?......
	¿Será el señor Cura ?
Julia	Sí.
	Pero......
Lucas	Si quieres mi muerte,
	Sigue, Julia, su consejo.
Julia	¿ Tú muerte ?......
Lucas	*Ap.* (Maldito viejo!......)
Julia	No, jamás! Tuya es mi suerte.
Lucas	Y tuya, Julia, es mi vida
	Que sólo tu amor sustenta;
	Este dulce amor aumenta
	La pena de mi partida.
Julia	Y ¿ te vas ?......
Lucas	Sí, voy al Zulia;
	Pero pronto volveré,
	Y más rendido estaré
	A tu amor, hermosa Julia;
	Y mientras la suerte impía
	Lejos me tenga de tí,
	Alguna vez piensa en mí,
	No me olvides, Julia mía,
Julia	¿Olvidarte yo ? Jamas !
	Mira el llanto que derramo

Que bien dice que te amo !......
Y tú, dí ¿me olvidarás?

LUCAS ¿Cómo, si en el alma siento
Vivo fuego abrasador?
Yo tendré fijo en tu amor,
Sin cesar, mi pensamiento.

JULIA Y yo pediré á las flores
Hermosas de mi jardín
Que lleven á ese confín
Mi recuerdo en sus olores;
Y la brisa, entre sus giros
Ocultando la fragancia
De ellas, llegará á tu estancia
Cargada con mis suspiros.

LUCAS Y yo pediré al fulgor
De la luna misteriosa
Que te traiga, silenciosa,
Los recuerdos de mi amor.
Adios, adios!

JULIA ¿Te despides?

LUCAS Sí, Julia, mi negra estrella
Me arrastra...... Adios, Julia bella!

JULIA Adios. (*Se dan la mano.*)

LUCAS Adios! (*Hace que se va y vuelve.*)

JULIA (*Conmovida.*) No me olvides......

LUCAS *Ap.* (Propicio instante......) Quisiera,
Puesto que estoy de partida,
Darte como despedida...... (*Abre los brazos como para abrazarla, y Julia se aparta con dignidad.*)

JULIA ¿Qué dices? (*Con sorpresa.*)

LUCAS (*Acercándose*) Uno siquiera......

JULIA (*Retrocediendo*) Oh! Calla! que eso es indigno!......

LUCAS ¿Tan fácil prueba me niegas
De amor? (*Vuelve á acercarse.*)

JULIA Si á tocarme llegas,
Me voy!

LUCAS Sólo quiero un signo,
Una lijera expresión
De ese tu amoroso afán......

JULIA (*Con energía*) Jamás!

LUCAS *Ap.* (Ha fallado el plan......
Pues finjamos contrición.)
Perdóname...... fue vehemencia
De mi amor...... depón tu encono......
¿ Me perdonas ?

JULIA (*Con dignidad*) Te perdono,
Como no haya reincidencia.

LUCAS Te lo ofrezco...... pon, pues, fin
A tu enojo.

JULIA No le tengo.

LUCAS Adiós, Julia (*le da la mano*) pronto vengo.

JULIA Adios !

LUCAS Adios ! *Ap.* (Al jardín !.....) (*Vase.*)

ESCENA VIII

JULIA, *sola.*

¿ Por qué tantas penas el cielo me envía
Y amargos dolores me manda probar?
¿ Por qué de mi vida la estrella sombría
Me ofrece perenne, profundo pesar ?
El ave que cruza los aires, lijera,
El débil insecto, la púdica flor,
Los seres que pueblan la vívida esfera
Disfrutan la dicha que encierra el amor.
Yo sola, infelice, la fácil ventura
Ignoro del ave, de un mínimo sér,
Que amor me desdeña su santa dulzura
Y ofréceme espinas, en vez de placer.

ESCENA IX

JULIA *y* MANUEL

(*Éste ha permanecido en la puerta, oyendo las quejas de Julia*)

MANUEL ¿ Por qué, Dios eterno, sensible me hiciste,
Si sólo en el mundo desdén he de hallar ?

Me cansa esta vida monótona y triste,
Me cansa ¡ oh Dios mío ! sufrir sin cesar !

JULIA Manuel !......

MANUEL Julia mía !

JULIA ¿ Te quejas ?

MANUEL Mi suerte
Condéname al llanto, me entrega al dolor;
Amargos desdenes me causan la muerte,
Vivir ¡ ay ! no quiero vivir sin tu amor.
¿ Por qué, Julia ingrata, te muestras esquiva?
¿ Por qué á mí reclamo responde el desdén?
¿Por qué, Julia hermosa, tirana y altiva,
Tu amor me rehusas, mi único bien ?
En días que fueron, cuando era yo niño,
Alegre animabas mi afecto infantil......

JULIA En días que fueron tu tierno cariño
Fue juego inocente, fue juego pueril.

MANUEL Venturas soñaba, soñaba delicias,
Veía á lo lejos magnífico edén;
Y en vez de placeres, de dulces caricias,
En vez de esperanzas, sólo hallo desdén.

JULIA La niña que amabas, Manuel, ya no existe ;
La niña que amabas dejó ya de ser ;
Aflíjele el alma saber que estás triste,
Que lloras los días que no han de volver.
Encuentro adorable tu fina constancia
Y lloro de verte sumido en dolor ;
Mas......lejos los días están de la infancia,
Sus sueños olvida, y olvida tu amor.

MANUEL Por Dios !......

JULIA No pienses en mí,
Que nos separa la suerte......

MANUEL Dime que busque la muerte,
Si no he de pensar en tí.

JULIA Voy á hablarte con franqueza,
Cual se habla con un hermano.

MANUEL Habla !

JULIA Pues bien..... es en vano
Que insistas.

MANUEL ¡ Cuánta dureza !

JULIA — Paciencia, Manuel, y olvida
Ese amor que te atormenta,
Que en mí la desdicha aumenta
Y hace más triste mi vida.

MANUEL — ¿Triste tu vida?

JULIA — Tal vez......

MANUEL — Juntos crecimos los dos,
Y mi amor, obra de Dios,
Nació, Julia, en la niñez.....
Y así.....

JULIA — No más!

MANUEL — ¿No?...... Ya doy
Con la causa: me imagino
Que un rival.....

JULIA — ¡Qué desatino!

MANUEL — [*Con ira*] Y te juro por quien soy......

JULIA — Buen modo de hacerse amar!

MANUEL — Cuando yo entraba, salía......

JULIA — ¿Quién?

MANUEL — [*Con dureza*] Ah! ¿Quién?...... Apostaría
Que amas á ese militar......

JULIA — Y ¿por qué me hablas así,
Con ese tono?

MANUEL — [*Con dulzura*] Es verdad......
Perdona mi necedad,
Perdona, si te ofendí.
Yo siento, Julia, en el alma
Siempre un dolor tan intenso,
Que al decirte lo que pienso,
No puedo decirlo en calma;
Y al salir cada expresión
De mi eterna desventura,
Se desborda la amargura
Que tengo en el corazón.
Tu sabes cuánto te adoro,
Y sabes cuánto padezco......
Unas veces me enfurezco,
Y otras veces, Julia, lloro......
Perdóname......

JULIA — Encuentro rara
Tu idea.
MANUEL — Mi angustia crece
Al ver que se desvanece,
Julia, mi ilusión más cara.
Yo creí tener derecho
A tu cariño.
JULIA — Le tienes.
MANUEL — Mas, por tus duros desdenes
Que amas á otro sospecho......
¿Me amas?
JULIA — Te quiero á tí,
Como se quiere á un hermano.
MANUEL — Sí, sí. Lo ocultas en vano.
Tú no me quieres á mí......
Ap (Dios mío! Si será cierto
Que la perdí!) Dí, tu quieres
A ese hombre!
JULIA — ¿Por qué lo infieres?
MANUEL — Si es así..... tenlo por muerto!
JULIA — ¿Vuelves á tu furia?
MANUEL — (*En tono áspero*) Al fin
Lo sabré, temprano ó tarde! (*Vase*)
Adiós!

ESCENA X

JULIA

Ay de mí!..... Me arde
La frente!...... Voy al jardín. (*Vase*)

CAE EL TELON

ACTO IV

Salón espacioso en casa de Doña Andrea: á la izquierda, una alcoba, que es la habitación de Elisa, cuyo interior es visible: esta alcoba tiene dos puertas; una al fondo, que conduce á la calle y otra lateral, que conduce al escenario al fondo de éste, dos puertas. Se oye música de baile. Una mesa con licores.

ESCENA I

Doña Andrea *y* Luis

Doña Andrea Esta niña va á volverme loca! Jesús! Apenas hace dos meses que está conmigo, y ya me ha obligado á ir al teatro veinte veces por lo menos; á mí que soy tan enemiga de salir de casa. Y lo que es peor...... me pone en el caso de dar bailes.

Luis Y á ninguno de ellos ha concurrido Julia...... ¿Se habrá ido á la hacienda?

Doña Andrea No, nada de eso!...... Porque pensaban irse, me traje á Elisa; pero no se han movido de su casa. Julia es muy voluntariosa...... No haber asistido á ninguna de estas reuniones!......

Luis Esta es la tercera...... ¿No es así?

Doña Andrea Sí, señor, el tercer baile, en dos meses......

Luis Pero Elisa le retribuye en afecto, cuanto usted hace por complacerla.

DOÑA ANDREA Ah ! Eso sí ! Y precisamente porque sé que me quiere, me dejo sacar de mis casillas. Si me muestro quejosa, es sólo á causa de estas trasnochadas, del ruido de la gente que va y viene y de la vulgaridad de tanto mozo incivil que concurre á los bailes, más que á bailar, á comer. Todo eso me da dolor de cabeza, por lo cual, de vez en cuando, me vengo á este salón á estar libre, siquiera un instante, de tanto calor y tanta algarabía. Y tú, Luís, ¿ por qué no estás bailando ?

LUIS ¡ Qué sé yo !......

DOÑA ANDREA ¿ Cómo ? ¿ No tenías comprometido con Elisa el primer turno ?

LUIS Exactamente ! Pero...... ella no quiere bailar.

DOÑA ANDREA Es muy singular......

LUIS Después de las dos primeras piezas, la ofrecí el brazo para la danza, y en tono desusado me dijo : "No bailo más."

DOÑA ANDREA Tal vez se haya fatigado......

LUIS Fatigarse ! Ella es incansable. Insistí, y me contestó : " Estoy desagradada. Déjame." Hallándome, pues, sin pareja, me vine aquí á fumar un cigarrillo.

DOÑA ANDREA ¿ Se habrá enfermado esa niña ?

LUIS Nada de eso......

DOÑA ANDREA Y ¿ entonces ? Todo eso es muy extraño...... Ah ! Aquí viene......

ESCENA II

Dichos y ELISA.

ELISA Dios mío !...... Dios mío !

DOÑA ANDREA } *á un tiempo* { Niña, ¿ qué tienes ?
LUIS } { ¿ Qué tienes, Elisa ?

ELISA Ay tía !...... ¡ Qué iniquidad !

DOÑA ANDREA ¿ Qué te pasa ?

LUIS ¿ Qué sucede ?

ELISA Oh ! ¡ Qué vergüenza !

DOÑA ANDREA Habla, niña......

LUÍS ¿ Qué te ha sucedido ?

ELISA — Sí, debo decirlo !...... Distintas veces oí el nombre de mi hermana, asociado al de Lucas Contrera. Procuré saber lo que decían, y noté que se callaban en mi presencia. Llego á este grupo, me acerco á aquel otro, y súbitamente cambian de asunto...... Y, entre tanto, veo sonrisa de burla en todos los labios.

DOÑA ANDREA — Te habrás engañado, niña......

ELISA — No ! Pude, al fin, convencerme de que se atribuyen á Julia amores...... ridículos con ese Contrera......

DOÑA ANDREA — Pero eso no es posible......

ELISA — Yo no lo creo...... pero lo dicen.

DOÑA ANDREA — Y ¿ quién lo dice ?

ELISA — Todos en el baile......

DOÑA ANDREA — ¿ Cómo es posible semejante cosa ? Y ¿ quién es ese Contrera ?

ELISA — Aquel militar que le fue presentado hace algún tiempo.

DOÑA ANDREA — ¿ El que trajo una carta para mi hermano ?

ELISA — Sí, señora.

DOÑA ANDREA — Y seguramente, por razón de esos amores, no habrá querido Julia venir al baile, consentida, además, por su madre que es......porque las muchachas del día, desde que aceptan los obsequios de un pretendiente, se constituyen sus esclavas para obedecerle en sus caprichos, con menoscabo de su reputación.

ELISA — No, señora ! Ella no ha venido, porque su carácter, naturalmente melancólico, rechaza la algazara y animación del baile.

DOÑA ANDREA — Dí, más bien, que no ha venido, porque quiere hacer la espiritual...... la......que es realmente su lado flaco. Pero ello es que ha venido á ser motivo de la conversación de todos.

LUIS — Siento decirlo ; pero debo confesarlo. Yo también he oído algo con referencia á Julia.

ELISA — Dios mío ! Que en público se hable así de mi hermana !...

DOÑA ANDREA — ¿ Qué has oído tú, Luis ?

LUIS — Algo que me ha indignado......

DOÑA ANDREA — Alguna coquetería de Julia......

LUIS — Algo que es más serio.

DOÑA ANDREA — Entonces el asunto es grave......

LUIS — Muy grave me parece.

DOÑA ANDREA	Y todo ello provendrá de las hablillas de ese Contrera.
LUIS	Sin duda ninguna.
DOÑA ANDREA	Y ¿dónde está ese hombre?
ELISA	Bailando estaba hace poco......
DOÑA ANDREA	¿Está aquí?......Vamos á buscarlo, y tratemos de averiguar lo que haya de cierto, para ponerle remedio, si fuere posible.
LUIS	Pero eso es provocar un escándalo......
ELISA	¿Qué escándalo, ni qué escándalo? Todo el mundo sabe ya lo que ese hombre ha dicho.
DOÑA ANDREA	Vamos, vamos á buscarlo!
LUIS	Vamos allá.........
ELISA	Sì, vamos! [*Vánse por el fondo, puerta de la derecha.*]

ESCENA III

CONTRERA Y UN CONVIDADO.

[*Puerta de la izquierda.*]

LUCAS	Echemos un trago......y un cigarrillo. [*Se sirve y bebe y repite esto dos ó tres veces.*]
CONVIDADO	Y ¿es cierto eso?
LUCAS	Yo nunca miento!
CONVIDADO	Habrá, sinembargo, algo de exageración......
LUCAS	Nada de eso. Tu ves que soy afortunado en el juego........
CONVIDADO	Afortunado, nó! Es que juegas de cierto modo......
LUCAS	Sea como fuere, siempre gano......Pues bien, soy más afortunado en el amor......No sé que tengo yo para con las mujeres......
CONVIDADO *Ap.*	[Qué fatuo!]
LUCAS	Tengo para con ellas una fortuna estupenda......
CONVIDADO	Pero tal conquista, en tan corto tiempo, tratándose de una señorita de sus principios, hija de padres tan respetables.........
LUCAS	Pero, ¿no te he dicho que se enamoró de mí antes de conocerme?
CONVIDADO	¿Cómo?......
LUCAS	Sí, hombre! Soñó conmigo......qué sé yo......

CONVIDADO Y esa es la misma de aquella aventura del desafío, y de aquellas heridas......que más parecían efecto de una paliza, que señales de una espada?

LUCAS ¿Te burlas?

CONVIDADO No, de ninguna manera......todavía tienes en la frente....

LUCAS Doblemos la hoja. [*Toma otro trago*] Y es bueno este brandy......

CONVIDADO Nunca quieres hablar de ese asunto!......Y la señorita en cuestión tiene mucho talento, según dicen......

LUCAS La verdad es que, sin mi pericia en el arte, no habría podido alcanzar ningún triunfo......

CONVIDADO Y es hermana de Elisa?

LUCAS De padre y madre.

CONVIDADO Y el padre?......

LUCAS En Apure, donde lo apurarán las calenturas...... No creo que vuelva.

CONVIDADO Pobre niña! Ya hablan de ella......

LUCAS Esa historia no es un secreto.

CONVIDADO Lo peor es que no se habla de otra cosa.

LUCAS Tanto mejor!...... Tu sabes como son las hijas de Eva..... Nacerá en ellas el deseo de conocerme, lo cual me proporcionará nuevos triunfos.

CONVIDADO Y ¿cómo ha podido saberse lo que no es sino un secreto entre tú y ella?

LUCAS ¿Cómo?...... Yo lo he dicho......

CONVIDADO Lo cual no me parece delicado de tu parte......

LUCAS Eh! ¿Qué me importa? (*Se oye de nuevo la música del baile*) Pero...... vamos á dar unas vueltas, la música está deliciosa......

CONVIDADO Vamos...... Y á propósito ¿quién te convidó á este baile?

LUCAS Déjame echar otro trago...... (*Bebe.*) Magnífico brandy! ¿Quién me convidó? Yo mismo! ¿Quién se atreverá á decirme una palabra? (*Vanse por la izquierda*)

ESCENA IV

DOÑA ANDREA, ELISA, LUIS.

LUIS Tampoco está aquí......

DOÑA ANDREA Se habrá ido......

LUIS Lo dudo......

DOÑA ANDREA Preciso es buscarlo.

ELISA Sí, debemos buscarlo, para que se explique.

LUIS Yo no veo en eso ningún objeto.

DOÑA ANDREA ¿Cómo no, Luis?

LUIS Una de dos. O es bastante infame para sostener con descaro lo que ha dicho, caso en el cual......

ELISA Caso en el cual se le arranca la lengua.

LUIS O es bastante cobarde para negarlo todo, caso en el cual, cada uno de los que le han oído creerá lo que le parezca.

DOÑA ANDREA Pues yo creo que se le debe obligar á decir en pleno baile que él ha mentido, por necio y por malvado.

ELISA Sí, eso es!

DOÑA ANDREA Si es mentira lo que él cuenta, es un infame. Si es verdad......

ELISA No lo supongas.

DOÑA ANDREA Y ¿cómo supiste tú ese enredo?

ELISA Oí que un joven le contaba á su pareja lo que Contrera acababa de referirle. Y lo que contaba, no era otra cosa que la deshonra de mi hermana!

LUIS ¿Quién es ese joven?

ELISA Confundido anda con la multitud..... Ahí vienen.....

ESCENA V

Dichos, CONTRERA *y un* CONVIDADO

LUCAS Ni una pareja.........

CONVIDADO Todas comprometidas.

LUCAS No es eso!......Si yo quisiera bailar, sólo tendría que abrir la boca, y cualquiera de esas señoritas dejaría por mí plantado al más buen mozo...... Les he caído en gracia.

DOÑA ANDREA *Ap.* (Miserable!) Tengo necesidad de hablar con usted!

LUCAS Muy á la orden de usted, mi señora! Tal vez desea usted que ofrezca el brazo á esta joven...... Ah!...... si es una amiga mía...... (*La ofrece el brazo*).

ELISA (*Retrocediendo*) Nada de eso!

LUCAS Ah!

DOÑA ANDREA Muy grave es el asunto que quiero tratar. El nombre de mi sobrina anda de boca en boca, y tengo sobrado fundamento para creer que es usted la causa de las hablillas que he oído.

ELISA Y queremos una explicación.

LUCAS No conozco á su sobrina...... es decir......

LUIS Permítame usted decirle que eso no es exacto.

LUCAS La conversación es con estas damas.

DOÑA ANDREA Este caballero tiene el derecho de tomar parte en mis asuntos: es mi representante.

ELISA En el supuesto caso de que Julia hubiera aceptado sus obsequios, sería muy indigno el hacer gala de ello.

DOÑA ANDREA Preciso sería tener sentimientos muy bajos.

LUCAS Señora......usted me ofende......

DOÑA ANDREA La conducta de usted me da derecho á expresarme en tales términos.

LUCAS Por mi honor, aseguro á usted que no conozco á Julia, sino de vista.

ELISA ¿No la ha visitado usted, algunas veces?

LUCAS Sí, pero......

ELISA La lealtad es la principal virtud de un militar, virtud que usted desprecia, desde que *por su honor* asegura usted que no conoce á Julia, cuando la ha visitado tantas veces y cuando era ella el tema de su conversación no hace mucho. Bien se ve que no está usted al corriente de lo que es honor.

LUCAS Señorita.........

ELISA Confiese usted que se ha vanagloriado, precisamente porque ella le ha despreciado.

CONVIDADO *Ap.* (Esto se está poniendo feo.)

LUCAS Eso no prueba que yo haya hablado mal de ella.

ESCENA VI

Dichos y JULIA

Ésta aparece en la alcoba, á la cual entra por el fondo.

JULIA (Nadie me ha visto.)

Lucas — No he dicho una palabra.

Julia — (Sólo Elisa sabrá que he venido.)

Elisa — Y si yo le dijera......que usted miente?

Lucas — Señorita!......

Julia — (Tal vez podré verle, favorecido por Elisa......)

Doña Andrea — Confiese usted que por vanidad se ha jactado de haber merecido el amor que Julia le ha negado......

Julia — (Dios mío!......¡Mi nombre!......)

Lucas — Usted me injuria, señora!......Será mejor que usted designe la persona que me acusa......

Doña Andrea — Yo le acuso á usted!

Elisa — Usted ha difamado á mi hermana.

Lucas — Usted es una señora y usted......una señorita!......

Julia — (Difamado! Dios mío!)

Elisa — Pues bien! Aquí está! (*Elisa se dirije al convidado.*) Hágame usted el favor, caballero, de repetir lo que refería usted á su pareja, que yo oí por casualidad......

Convidado — No tengo inconveniente, señorita......

Lucas — ¿Se atreve usted en mi presencia?......

Convidado — ¿Por qué no?

Lucas — Pues nos veremos......

Doña Andrea — No se trata de eso......Luego que usted salga de esta casa, à la cual no ha debido venir, hará lo que le parezca. Ahora se trata de una retractación.

Elisa — Sí, señor, de una retractación solemne, en presencia de todos los que le oyeron.

Lucas — Pues bien! No me retracto......

Luis — ¿Nó? Entonces yo diré á todo el mundo que usted es un miserable!

Lucas — ¿Qué dice usted?

Julia — (Dios mío!......¿Qué es lo que pasa?)

Luis — Y diré que, no habiendo usted merecido la aceptación de una mujer, se ha vanagloriado de haberla alcanzado.

Julia — (¡Qué escándalo! Estoy perdida!)

Luis — Confiese usted su falta y remedie el mal que ha hecho.

Lucas — Con que quiere usted que confiese!......No me obligue ustsd á hablar......

Convidado — *Ap.* (Esto se empeora.) Señora......sin querer he venido á ser testigo de una escena odiosa. Suplico á usted que me permita retirarme.

Doña Andrea Vaya usted con Dios.
Convidado Y usted, señor Coronel.........usted sabe donde vivo........ *Ap.* (Infame!......) (*Vase.*)

ESCENA VII

Dichos, menos el CONVIDADO

Doña Andrea Hable usted, y diga que ha mentido.
Luis Hable usted!
Lucas Muy bien! Hablaré para decir que Julia, la sobrina de usted......la hermana de usted......ha sido mi......

ESCENA VIII

Dichos y Manuel

Manuel Infame! (*Levanta la mano y se interpone Luis*)
Julia (Ay!) (*Cae desvanecida*)
Luis (*Conteniendo á Manuel*) Aquí no!
Lucas Salgamos.....
Manuel Sí, te beberé la sangre......
Luis Vamos! (*Vanse Contrera, Manuel y Luis.*)
Doña Andrea ¿Quién está ahí? Quién ha gritado?

ESCENA IX

(*Julia, desmayada en la alcoba, á la cual acuden Elisa y Doña Andrea. Debe ser violento el diálogo que antecede, de manera que la desaparición de Contrera, Manuel y Luis coincida con la entrada de las damas á la alcoba.*)

Doña Andrea Julia aquí! ¿Qué es esto?
Elisa Ay! Sin sentido......
Doña Andrea Voy por eter (*Vase*)

ESCENA X

JULIA *y* ELISA

(*Mójase ésta en agua una mano y salpica el rostro de Julia que recobra el conocimiento.*)

JULIA — Ay!

ELISA — Julia! ¿Qué tienes?

JULIA — ¿Dónde estoy?.....

ELISA — Aquí...... en casa de mi tía.

JULIA — Ah! (*Se cubre el rostro con las manos.*)

ELISA — ¿Cómo y por qué estás aquí? ¿Dónde está mamá? Ah! si tu supieras......

JULIA — Todo lo sé, Todo lo he oído...... Soy una desgraciada......

ELISA — ¿Qué dices, Julia?

JULIA — Ese hombre......

ELISA — Ese hombre ha mentido!

JULIA — Yo lo amé.....

ELISA — Julia! ¿Qué me dices?

JULIA — Oyeme. Yo lo amaba con toda mi alma. Para conmoverme, para apoderarse de mi corazón, que ya era suyo, finjió un viaje. Su despedida me arrancó lágrimas, y en tal situación de ánimo, fuí al jardín á confiar á mis flores las tristezas de mi alma. La luz, ya moribunda, apenas iluminaba los árboles, cuando le ví salir de entre ellos y acercárseme con siniestra fisonomía. Dí un grito de terror y perdì el conocimiento. Cuando volví á la vida, sólo hallé cerca de mí al viejo Pedro que decía "Ya se acordará de mí,"

ELISA — Oh! qué horrible! Y á merced de un criado tu reputación!..... Por fortuna es un hombre de honor, que daría su vida por nosotras...... Ya se vé, nos vió nacer......

JULIA — Dejó de visitarme, y le escribí pidiéndole explicaciones. Me contestó que necesitaba vengarse de una injuria que le infirió Pedro.

ELISA — ¿Qué injuria?

JULIA — No lo sé! Le escribí repetidas veces; y como yo lo amaba, me dolía su silencio. Por eso determiné en mal hora venir ocultamente para hablarle, en caso de hallarle aquí. Contaba contigo y con Luis para esta aventura. Ah! Me he convencido de que es un infame!..... Quiero irme, llama á Luis que me acompañe. Quiero irme antes de que mamá note mi ausencia. Soy una desgraciada!...... (*Llora*)

ELISA — Aquí tienes á tu hermana que sabrá consolarte.

ESCENA XI

Dichas y ANDREA, *con un frasco*

DOÑA ANDREA — Gracias á Dios que se fueron! No ha vuelto aún? Aquí está el eter.

JULIA — (*Al oír á doña Andrea*) ¡Mi tía!

ELISA — (*Saliendo al encuentro de Andrea*) Ya le ha pasado el vahido........

DOÑA ANDREA — Y ¿cómo es que está aquí esa niña? ¿Con quién ha venido? ¿Dónde está su madre? No parece sino que ha querido justificar las palabras de ese hombre.........

ELISA — Tened piedad de ella...... Es inocente.

DOÑA ANDREA — ¿Inocente? ¿Cómo puede explicarse su presencia en esta casa, después de lo que ha pasado?

ELISA — ¿Y qué ha pasado? ¿Tiene ella la culpa de que la haya calumniado un hombre infame?

DOÑA ANDREA — Alguna culpa tiene, aunque sólo sea la de haber sonreído, la de haberse mostrado afable...... En una niña todo es un pecado. Y sabido es que Julia es una loca, por no decir otra cosa.

ELISA — No la calumniéis vos también.

DOÑA ANDREA — Sí, una loca.

ELISA — Su única falta consiste en haber venido sola...... pero como no es tanta la distancia...... Perdonadla!

DOÑA ANDREA — Todo puede perdonarse menos el olvido de sí misma. Motivo ha dado para que ese hombre la difame......... Y después de tal escándalo, no estés pensando en permanecer con ella, porque una joven que se estima no debe estar cerca de una mujer que se ha envilecido.

JULIA (Oh Dios mío !)
ELISA ¿Envilecido?...... Ah! Sois muy cruel...... Ha cometido una imprudencia ..... eso es todo......
DOÑA ANDREA Y yo no quiero imprudencias en mi casa, que se vaya para la suya......
ELISA ¡Tía!......
DOÑA ANDREA En el acto!
ELISA Pensad lo que decís......
DOÑA ANDREA Lo repito......Que no me obligue......

ESCENA XII

Dichas y JULIA *que sale de la alcoba.*

JULIA (*Con dulzura pero con dignidad.*) Yo os evitaré, señora, el trabajo de hacerme arrojar á la calle. Adiós, Elisa!
ELISA No, Julia! Tú eres inocente! Protesto contra tal imputación.
JULIA ¿Para qué? Me basta mi propia conciencia.
ELISA ¿Hacéis salir así á la hija de vuestro hermano?
DOÑA ANDREA Yo no encubro faltas de nadie!
ELISA Pero ¿qué queréis que haga?......
DOÑA ANDREA Que se vaya! Ni un momento más aquí! Después de un escándalo ¿presentarme yo como su patrocinante? Nó! El miembro que se gangrena...... se amputa!
ELISA Ella es inocente!
DOÑA ANDREA ¡Quita allá!
ELISA (*Suplicante.*) Dejadla aquí...... yo os lo ruego......
DOÑA ANDREA De ninguna manera!......
ELISA Yo os lo suplico...... de rodillas......
DOÑA ANDREA Imposible.
JULIA No insistas, Elisa...... Adiós!......
ELISA ¡Pobre hermana mía! (*La abraza.*) No encuentras piedad en esta casa, de la cual se te arroja!...... Pues bíen! Saldremos juntas, y si todos, creyéndote culpable, te niegan hospitalidad, tendrás mi seno para reclinar tu cabeza y mis manos y mi amor para enjugar tus lágrimas...... Partamos! (*Se dirije á la puerta llevando de la mano á Julia. Doña Andrea la detiene.*)

DOÑA ANDREA Tú no puedes irte...... Yo te lo prohibo.
ELISA No sois mi madre...... Salgamos, Julia!
DOÑA ANDREA (*Interponiéndose*) No saldrás!

ESCENA XIII

Dichas y DOÑA EMILIA

DOÑA EMILIA Hija de mi corazón!...... ¿Cómo has podido salir de casa, sola, de noche? ¿Cómo te atreviste á salir sin mí? ¿Sabes lo que has hecho? Me has dado un malísimo rato. Después de rezar mis oraciones, fuí á tu cuarto.... ¡Cuál fué mi sorpresa al no hallarte! Te llamé, te busqué en toda la casa!...... Creí que me iba á volver loca...... Sospeché...... pero no, perdóname, no tuve razón en dudar de tí...... Por fortuna te encuentro aquí; y aunque debiera reprenderte, sólo me ocurren palabras de ternura...... Si me lo hubieras dicho, yo te habría traído...... Ah Julia, me has hecho sufrir.........
JULIA Perdóname, mamá.
DOÑA EMILIA Sí, te perdono; pero no vuelvas á incurrir en semejante falta. Y tú, Andrea, disimula que no te haya saludado. Estaba tan atribulada que, al entrar, sólo á Julia tenía ante mis ojos. Estaba preocupada y llegué á imaginarme que no la volvería á ver...... Por fortuna, aquí la he encontrado. Pero...... ¡qué cara tienes tan seria! Es verdad!...... Julia ha faltado...... Tienes razón...... Pero yo soy su madre, y sólo las madres saben perdonar...... Lloré de pena un instante, y ahora lloro de placer al encontrarla: soy muy feliz......
JULIA La felicidad ha huído de nuestro hogar......
DOÑA EMILIA ¿Qué dices?...... ¿Lloras?...... ¿Qué tienes? (*Doña Emilia mira á todos*) ¿Qué pasa?...... Algo me ocultáis......
JULIA Ah madre mía! Abrázame por la última vez.
DOÑA EMILIA ¡Cómo! No te comprendo...... ¿Qué significa?......
DOÑA ANDREA Un escándalo ha habido esta noche en esta casa. En público se ha hablado de la honra de tu hija...... y su presencia aquí......
JULIA Mi tía me cree culpable......

DOÑA EMILIA Dios santo! ¿Qué es lo que pasa?

DOÑA ANDREA El amante de Julia publica su deshonra: su madre, que debiera saberlo todo, no sabe nada! ..... Eso es lo que pasa......

DOÑA EMILIA Hija de mi alma! (*Cae afligida en un sofá y Julia y Elisa se arrodillan en torno suyo*). Infeliz!......

ELISA No la condenes.

JULIA Madre perdón!......

ELISA ¿La dejarás abandonada?

DOÑA EMILIA Dios mío! Dios mío! ¿Cómo ha sido eso?

JULIA Soy inocente......

DOÑA ANDREA ¿Qué piensas hacer? Alguna determinación ha de tomarse.

DOÑA EMILIA ¿Qué puede hacer una madre, sino recojer á su hija? La llevo conmigo. (*La levanta*).

ELISA Y á mí también!

DOÑA EMILIA Si, Elisa, tu vendrás con nosotras, que es maldita de Dios y de los hombres la hermana que abandona á la hermana en la hora del infortunio.

DOÑA ANDREA Yo me opongo á que te lleves á Elisa.

DOÑA EMILIA Ella es mi hija.

DOÑA ANDREA Enhorabuena. Pero después de lo que ha ocurrido, yo debo conservar á Elisa, que es mi ahijada, como un depósito sagrado, para devolverla á su padre, pura y sin mancha. Y ¿qué harás tu, cuando él reclame á su querida Julia? ¿Qué le responderás?

DOÑA EMILIA (*Con amargura.*) Sí, tienes razón! Quédate, Elisa, con tu tía, que tú no debes reunirte ni con tu hermana, ni con tu madre......

JULIA Soy inocente!

DOÑA ANDREA Lo serás, y sólo tú lo sabes......En el concepto público, eres culpable!......Quédate conmigo, Elisa.

ELISA No, señora!......Habéis tenido la dureza de negar hospitalidad á la desgracia y de insultar á mi madre......Yo no quepo donde no caben ellas.

DOÑA ANDREA Con que quieres irte de mi casa......que es la tuya!......

ELISA Me voy.

DOÑA ANDREA Hija mía...... Durante la temporada que has pasado aquí, me he acostumbrado á verte, á oirte, á tenerte como la alegría de mi alma, á amarte con tal ternura, que si te vas, creeré que me abandona el ángel de mi guarda......

No te vayas, yo te lo ruego...... Y tú, Emilia, perdona la dureza de mis palabras...... Perdóname !...... Ven Elisa, á mis brazos...... (*Elisa esquiva el abrazo*).

DOÑA EMILIA Abraza, Elisa, á tu tía...... (*La abraza*).

ELISA Y para mi pobre hermana, inocente ó culpable, ¿ qué brazos se abrirán en adelante ?

DOÑA EMILIA Los de su madre...... (*La abraza*).

ELISA Los de su hermaaa. (*La abraza*).

DOÑA ANDREA (*Conmovida*) Y...... también los míos...... (*La abraza.*)

CAE EL TELON

ACTO V

—

Decoración del primer acto.

ESCENA I

DOÑA EMILIA, *y* ELISA *después*

DOÑA EMILIA ¿No quiere ceder la fiebre?
ELISA Pobre Julia!
DOÑA EMILIA Ya me inquieta
Esa fiebre sostenida:
Y es lo peor que no cesa
El doloroso delirio,
La locura con que ella,
Desde aquella noche aciaga
Ay! sin cesar me atormenta......
Delicada está.
ELISA Sin duda!
Mas el Doctor no se muestra
Inquieto, y me ha asegurado
Que muy pronto estará buena:
No te aflijas...... El reposo

Contribuirá en gran manera
A curarla. Paz, silencio,
Es lo que más recomienda
El médico.

DOÑA EMILIA — Aletargada
Siempre por la fiebre intensa !......
Ah! Si recobra y si habla
Es sólo para dar suelta
A su dolor......

ELISA — Ay!

DOÑA EMILIA — ¿Le diste
La poción?

ELISA — Sí, la tercera......

DOÑA EMILIA — Voy á su cuarto......

ELISA — Dormida
Está.

DOÑA EMILIA — Mas...... yo quiero verla......

ELISA — Vé, pues, sin hacer ruido......
Cuidado si la despiertas......
Que será muy peligroso,
En su estado, una sorpresa.

DOÑA EMILIA — Sí, lo sé.

ELISA — Tú te arrebatas
Por el dolor.

DOÑA EMILIA — Nada temas......

ELISA — Mejor será......

DOÑA EMILIA — Valor tengo.

ELISA — Vamos !...... mas tén fortaleza. (*Vanse.*)

ESCENA II

DON JUAN

Aparece de espuelas, como acabado de llegar, se desciñe la espada y la coloca sobre una mesa.

Si en medio del fragor de la pelea
Lates tranquilo, sosegado, lento......(*Se toca el corazón.*)
¿Por qué ajitado ahora y turbulento
Quieres forzarme á que cobarde sea?
(*Mira hacia el interior.*)

No me esperan: no saben que he llegado,
Y á darles voy dulcísima sorpresa.....
Corazón no me ahogues, cesa, cesa
Tu constante latir acelerado.
¿Dónde estáis de mi vida dulces lazos,
Julia y Elisa y tú, mi amada esposa?
Sin vosotras la vida me es odiosa,
¡Qué adorable si estoy en vuestros brazos!
¿Dónde están ellas?......

(*Se dirije á la puerta, con ánimo de entrar, y se encuentra con* DOÑA EMILIA *que al verle se detiene sorprendida.*)

DOÑA EMILIA Ah!
DON JUAN (*Con cariño*) ¿Por qué te espantas? (*La abraza.*)
DOÑA EMILIA No te esperaba......
DON JUAN Dónde están mis hijas?......

(*Intenta seguir y* DOÑA EMILIA *lo detiene.*)

DOÑA EMILIA Aguarda......
DON JUAN Voy á verlas......
DOÑA EMILIA No lo exijas......
DON JUAN ¿Cómo, Emilia? ¿Por qué?......
DOÑA EMILIA Si vas, quebrantas
Ay! su reposo......
DON JUAN Voy á sorprenderlas......
Mas......te veo ajitada......¿qué ha pasado?
Dímelo, Emilia......
DOÑA EMILIA Julia se ha enfermado......
DON JUAN ¿Y Elisa?......¿Dónde están?......Yo quiero verlas......
DOÑA EMILIA No vayas, que la fiebre la ha rendido,
Y fatal puede serle tu presencia:
Si quieres conservarle la existencia
Renuncia á verla ahora......
DON JUAN ¿No ha ocurrido
Nada más? Ay! No sé por qué sospecho
Que algo me ocultas, doloroso y grave,
Y el corazón, Emilia, no me cabe,
De temor y de angustias, en el pecho......
Esa inquietud......tus párpados ay! rojos
Algo me dicen......Tiemblas!......
DOÑA EMILIA (*Tratando de apartarlo.*) Ven conmigo......
Oye primero......

DON JUAN — Nada!
DOÑA EMILIA — Ven, te digo......
DON JUAN — Ah!......Ya comprendo!......La verán mis ojos......
(*Entra al aposento.*)
DOÑA EMILIA — Espérate.........

ESCENA III

DOÑA EMILIA, *sentada en actitud dolorosa. Se oyen las primeras frases de esta escena que pasa en el aposento.*

ELISA — ¡Oh Dios mío!......Padre amado!......
DON JUAN — ¿Qué misterio hay aquí?
JULIA — Padre clemente!......
Nada oscurece el brillo de mi frente......
DON JUAN — ¿Quién te acusa?
JULIA — Me acusa ese malvado......

ESCENA IV

DOÑA EMILIA, JULIA, *en traje desaliñado y con aspecto de perturbación mental, seguida inmediatamente de* ELISA *y de* DON JUAN.

JULIA — ¿No comprendes ahora mi martirio?......
DON JUAN — Señor! ¿Qué es esto? (*Contempla con dolor á Julia.*)
JULIA — Sí, yo lo adoraba......
ELISA — Cálmate, Julia......
JULIA — Ingrato......Me engañaba......
Pero aun así, lo adoro hasta el delirio!......
ELISA — Tranquilízate, Julia......
JULIA — (*Como hablando con Lucas*) Sí, te adoro!......
Si el corazón te dí ¿por qué te fuiste?......
¿No sabes que en tu ausencia estoy muy triste?
¿No sabes que por tí suspiro y lloro?......
Mi pobre juventud se deslizaba
Entre tristezas y dolor profundo:
Un desierto sin fin......eso era el mundo,
Pero te ví, mi bien......y fui tu esclava!

Aquí tengo su imajen......mira !......toca !......
Y es para ella el corazón, estrecho......
La mano pon aquí, sobre mi pecho......
Es un volcán de amor!......Me vuelvo loca !......

DON JUAN Ay Emilia ¿ por qué de esta manera
Hallo á mi Julia ?

DOÑA EMILIA La infeliz delira......

ELISA (*á Julia*) Ven conmigo......

JULIA ¿ Que no me amó ?......Mentira ......
Mas......¿ por qué me abandonas, oh Contrera ?......

ELISA Ven, Julia, ven ! (*Se la llevan Doña Emilia y Elisa.*)

ESCENA V

DON JUAN

DON JUAN ¡ Contrera !......He penetrado
El secreto ! Rubor siento en mi casa !......
Si sois justo ¿ por qué dolor sin tasa
A mi vejez ¡ oh Dios ! habéis guardado ?
¿ Qué os hice yo, señor, que así me dais
Tan amargo pesar ?......Perdón, Dios mío !
Perdonadme este loco desvarío !......
Mas......¿ qué os hice ?......¿ Por qué me castigáis ?
Yo quise de mi hogar hacer un templo
En el cual adorase mi familia
La honradez, que fue siempre mi vigilia,
La honradez, de que dí constante ejemplo......
Y si tenaz la buena senda trillo,
¿ Por qué, Dios mío, en mi vejez derramas
Este amargo pesar? ¿ Por qué me infamas?
¿ Por qué así apagas de mi honor el brillo ?......
¡ Perdón señor !..... Ningún mortal alcanza
A penetrar tu altivo pensamiento !.....
Dolor profundo aquí en el alma siento !.....
No ha de tardar ¡ oh Julia ! mi venganza ! (*Siéntase*)

Breve pausa—Llamando :

Emilia !..... oh Dios !.....

ESCENA VI

Dicho y ELISA

ELISA ¿Llamásteis?
DON JUAN He llamado!....
¿Y tu madre?
ELISA Llorando.....
DON JUAN Vé á buscarla!
Que venga al punto.....Necesito hablarla.
ELISA Muy bien.
DON JUAN Vé pronto..... ¡Padre infortunado!.....
(*Vase Elisa*)

ESCENA VI

DON JUAN

Ensueños de mi vida, habéis huído.....
Pasásteis para siempre!......

ESCENA VIII

Dicho y DOÑA EMILIA

DONA EMILIA Aquí me tienes.....
DON JUAN Llorosa estás y compunjida vienes!.....
Valioso llanto por el bien perdido!.....
DONA EMILIA ¿Qué me dices?
DON JUAN Dejé recomendada
La honra mía á quien guardarla debe,
Y en vez de honra, á presentar se atreve
La infamia del hogar!
DOÑA EMILIA ¡Cuán desdichada!
DON JUAN ¿Qué has hecho de mis hijas? ¿Dónde, dónde
Tu vijilancia está? Con abandono
Punible las has visto.....

Dona Emila — Y ¿ese encono?
Don Juan — ¿Por qué las descuidaste?
Doña Emilia — ¿Yo?
Don Juan — Responde!
Doña Emilia — Te engañas.
Don Juan — ¿Engañarme?..... "Tú, mi amiga,
Queda con ellas, yo te las confío,
Qne al dejarlas contigo, el dolor mío,
Tan intenso, tan grande, se mitiga.....
Idos al campo, y que las bellas flores
Con que Dios adornó nuestra existencia
Guarden allá la virginal esencia
Guarden allá los nítidos colores."
Eso al partir te dije, confiado
En que serías obediente esposa
Y madre vigilante y cuidadosa......
Doña Emilia — Oíd.....
Don Juan — Todo lo sé..... he adivinado......
Doña Emilia — Tened piedad.....
Don Juan — (*Se pone de pie*) ¿La tuvo la doncella
Que olvidando el decoro manchó el nombre
Sagrado de su padre, amando á un hombre
Del todo extraño y nuevo para ella?......
Y yo, que la llamaba mi alegría,
Mi buena Julia, mi ángel inocente;
Que, sin cesar, llevábala en la mente
Y que ángel de los cielos la creía!
En ella la mirada tuve fija,
Ella fue mi delicia, mi embeleso......
Yo la amé con locura, con exceso
Porque fue Julia..... mi primera hija!.....
¿A quién, de hoy más, si no es á las esposas,
El honor del hogar ha de confiarse?.....
Pensar tener un ángel, y engañarse!.....
Hallar espinas en lugar de rosas!.....
No en presencia te encuentras del esposo!
Soy tu juez que culpable te declara......
Doña Emilia — No una falta me arrojes á la cara
Que no existe
Don Juan — (*con ironía*) ¡No existe!.....

DOÑA EMILIA Estás furioso,
Ofuscado......
DON JUAN Silencio!...... Ten presente
Que circunstancias hay en que castiga
La mano protectora que fue amiga
Y mata la mirada.
DOÑA EMILIA Sé indulgente!
El raudal de mis lágrimas se gasta
Y el de mis hijas que afligidas gimen.
DON JUAN No lavan esas lágrimas el crimen
Que consentiste!
DOÑA EMILIA ¡Oh Dios!
DON JUAN Llorar no basta!
De sangre he menester, de sangre, Emilia!......
DOÑA EMILIA Pues bien, si os place, derramad la mía......
DON JUAN (*Con amargura*) ¿Por ventura, tu muerte volvería,
El ya perdido honor, á la familia?
DOÑA EMILIA ¿Cómo puedes juzgarte deshonrado
Por sólo una calumnia infame, odiosa?
Detente un poco, cálmate, reposa,
Y no procedas del error llevado.
DON JUAN Mientes!
DOÑA EMILIA No miento!......Escucha!......
DON JUAN Tu presencia
Me irrita...... Vete!
DOÑA EMILIA Mas......
DON JUAN (*Le señala la puerta izquierda.*) (*Vase Doña Emilia.*)

ESCENA IX

DON JUAN

Ya nos veremos
Señor Contrera!...... Buena la tendremos!......
Yo sabré poner fin á tu existencia.

(*Cíñese la espada, mientras dice los versos anteriores. y se dirije á la puerta del fondo, momento en el cual aparecen Doña Andrea y Luis.*)

ESCENA X

Dicho y Doña Andrea *y* Luis

Doña Andrea Supe tu llegada, amigo,
Y vengo á hablarte......
Don Juan Lo siento!
Lo harás en otro momento......
Doña Andrea Y Luis viene á hablar contigo......
Don Juan Será después. (*Vase, corriendo.*)

ESCENA XI

Dichos, menos Don Juan

Luis Va de prisa......
Doña Andrea Pues que hablarle no podemos
Ahora, lo dejaremos
Para luego! (*Llamando*) Elisa! Elisa!......
Voy á ver como está Julia.
Luis Tened á bien presentarles
Mis respetos.
Doña Andrea Voy á darles
A todas ellas tertulia. (*Vase.*)

ESCENA XII

Luis, *solo.*

¿Qué podía hacer por mí
En la desgracia ocurrida?
Con gusto diera la vida
Por vengar la ofensa, sí;
Pero temo que otra historia
Haga Contrera: diría
De Elisa cuanto decía

De Julia, por vanagloria.
Esperemos !...... Ya vendrá
Su hora á ese coronel;
Yo quiero que sepa él
Quien soy yo; ya lo sabrá;
Pues por más que huya, cobarde,
Como en la funesta noche
Del baile, que encontró un coche
Para huír, temprano ó tarde
Ha de pagarla !— ¿Y Manuel ?......
Por más que aparenta calma,
Tiene un infierno en el alma,
Apura copa de hiel......
Pobre amigo!......

ESCENA XIII

Dicho y Elisa

Elisa — Luis !......
Luis — Elisa !......
Elisa — ¿Cómo te va, amigo mío ?
Luis — Bien, reina de mi albedrío !......
Déjame ver la sonrisa
De tus seductores labios,
Depón, niña, esa tristeza
Que marchita tu belleza,
Y no pienses en agravios
Que vengados han de ser.
Elisa — Ay Luis! En verdad, no puedo
Pensar en ello sin miedo......
Luis — Ese es miedo de mujer......
Elisa — Para vengar el honor
Querrán matar á ese hombre ;
Y su muerte ¿vuelve al nombre
De mi padre el esplendor ?
Luis — ¿Dúdas, tal vez ?
Elisa — ¿Dudar yo ?
Luis — ¿Y entonces ?......

ELISA Sé que mi hermana,
Pura como una mañana
De Abril, en nada faltó......
LUIS Lo sé muy bien.
ELISA Pudorosa
Cual fue siempre, no se atreve
A una falta—la más leve—
Pobre, infeliz mariposa.
Mas sé también que una vez
Que la calumnia hinca el diente,
Todos hallan en la frente
Su mordedura soez.
LUIS Contra la ponzoña aguda
De la calumnia...... la muerte
Del infame!
ELISA Pero advierte
Que sobrevive la duda.
Y que es inútil, por tanto,
Así provocar al cielo,
Aumentando nuestro duelo,
Aumentando nuestro llanto!......
Pero Luis, pongamos punto,
Si te place......
LUIS Como quieras!
Hablemos de las quimeras
De nuestro amor, dulce asunto!......
ELISA ¿Sabes que papá esta aquí?
LUIS Cuando yo llegué, salía......
ELISA Sí, me lo dijo mi tía.
LUIS ¿Y que entramos juntos?......
ELISA Sí,
LUIS Supe que había llegado,
Y venía á presentarle
Mis respetos; mas ni hablarle
Pude, le ví acalorado......
ELISA ¿Sí?......
LUIS Salió......
ELISA ¡Dios de bondad!
LUIS Y ¿qué tu sorpresa excita?
ELISA Dios de bondad infinita,

Ten de nosotras piedad!
LUIS ¿Qué pasa?
ELISA Escucha! Mi padre,
En momento inesperado
Nos sorprendió, grave, airado,
En el cuarto de mi madre,
Donde estábamos reunidas
Mi infeliz hermana y yo:
Su presencia nos heló
La sangre ¡ay! y sorprendidas,
Llenas de invencible espanto;
A sus pies, arrodilladas,
Confusas, anonadadas,
Dejamos correr el llanto.
Su mirar severo, adusto,
Su silencio, que imponía.....
Todo, todo convertía
El placer de verle, en susto!
Con mis brazos, dulce trenza
Le ceñía yo de amor,
Cuando, presa del terror,
Julia...... tal vez por vergüenza,
Huyó......
LUIS ¡Cómo!......
ELISA ¡Qué martirio!
Ella á esta sala llegó,
Y de su pasión habló
Presa de horrible delirio;
Y estando ¡la infeliz! fuera
De sí, perturbada loca,
Dejó salir de su boca
El nombre de ese Contrera!
LUIS Dios eterno!......
ELISA Eso la clave
Fue que explicó el deshonor,
Y buscará al ofensor
Papá, que todo lo sabe.
Ah! tengo un presentimiento
Horrible......
LUIS Calma!...... Si acaso

Diere tu padre ese paso,
Triunfante vendrá al momento,
Pues sobrándole justicia
Para dar á ese hombre muerte,
De esperarse es que la suerte
Haya de serle propicia.

ELISA Ay! Con mil temores lidio,
Y horrible desgracia veo
En que papá se haga reo
¡Oh qué horror! de un homicidio!

LUIS Cálmate, niña, no así
Te inquietes. Mira! Yo iré
A ver donde está. (*Toma su sombrero.*)

ELISA Sí, vé......
Pero vuelve pronto......

LUIS Sí,
Muy luego. (*Se dirije á la puerta.*)

ESCENA XIV

Dichos y DON JUAN *á quien dos desconocidos acompañan, que se retiran al dejarle sentado.—Se ven manchas de sangre en su ropa.*

DON JUAN (*A los desconocidos*) Gracias! (*Vanse*)

ELISA (*Corre hacia su padre*) Mamá! (*Llamando*)
El corazón me lo dijo!......

LUIS ¿Qué ha sido eso?

DON JUAN Nada, hijo,
Nada!

ELISA (*Llamando*) Mamá, ven acá!......

LUIS Voy por el Doctor......

DON JUAN No des
Tal paso...... Pronto estoy sano......
Apenas me hirió la mano......
Gracias, Luis, por tu interés.

LUIS Sangrando está......

DON JUAN Me hirió apenas
Y puedo curarme en casa... ..

ESCENA XV

Dichos y Doña Emilia

Doña Emilia — Ay! ¿Qué es eso?...... Se me abrasa
La cabeza...... ¡Cuántas penas,
Oh Dios mío! (*Se acerca*)
Luis — Misea Emilia
Preparad unos vendajes.
Elisa — Voy por ellos. (*Vase corriendo.*)

ESCENA XVI

Don Juan — Ved los gajes
Que me brinda mi familia.
Luis — Y ¿cómo es la herida?
Don Juan — Leve.
Doña Emilia — Y ¿eso fue?......
Don Juan — ¿No lo adivinas?......
La mano que sembró espinas
En mi alma, la mano aleve
De ese infame......

ESCENA XVII

Dichos y Elisa

Llega ésta rajando una tela

Elisa — Una porción
De vendas! (*Doña Emilia venda la herida.*)

ESCENA XVIII

Dichos y Doña Andrea

Doña Andrea — (*Al verle*) Dios de mi vida!
Doña Emilia — ¿Te duele mucho la herida?

DON JUAN Más me duele el corazón......
Idos todos, y dejadme
Con Luis. (*Vánse Doña Andrea, Emilia y Elisa.*)

ESCENA XIX

DON JUAN *y* LUIS

DON JUAN Quiero hablar contigo
LUIS Yo soy, señor, vuestro amigo......
Disponed de mí, mandadme!
DON JUAN Desde que eras, Luis, muy niño
Con hondo afecto te ví.
LUIS Y yo siempre agradecí
Vuestro paternal cariño.
DON JUAN Pues bien......Mas......se me olvidaba
Que ahora poco, al salir,
Tú me querías decir
No sé qué cosa......
LUIS Aguardaba
Propicia oportunidad.
DON JUAN Yo mismo te la presento,
LUIS Y la aprovecho al momento
Con la mejor voluntad.
DON JUAN Dí.
LUIS Con franqueza......
DON JUAN Así es......
LUIS Tal vez usted sabe......
DON JUAN Sí,
Yo sé......yo sé......
LUIS Que yo dí
Mi palabra......
DON JUAN Sigue, pues......
LUIS Muy bien! Y son mis deseos,
Los deseos de mi alma......
DON JUAN Pero, hombre! Con cuánta calma
Vas! Háblame sin rodeos......
Principia!

LUIS Al autor conozco
De esas heridas. Su infamia
Duro castigo amerita,

DON JUAN La pena no será escasa.
Prosigue

LUIS Tuve la idea
De arrancarle la negra alma
Atravesándole el pecho
Donde quiera que lo hallara;
Mas, dar alevosa muerte
Es una acción que no cuadra
Sino al que nació asesino
O al que es como él......un canalla!
Pensé luego desafiarlo
A la pistola, á la espada,
Al puñal......pero me abstuve
Por otra distinta causa.

DON JUAN Veamos!......

LUIS Temí la lengua
De tanta gente malvada
Que inventa historias malignas,
Que escupe al cielo su baba.

DON JUAN ¿Y qué?

LUIS Yo en vuestra familia
Soy una persona extraña,
Y el mundo, tal vez, diría
Cuanto le diera la gana,
Que el mundo siempre se mezcla
En lo ageno y siempre indaga
El por qué de cada cosa
Y anda de chismes á caza,
Y los repite, mintiendo,
Y al repetirlos, infama;
Y así, yo quise evitarle
Motivos para la charla.
Pues bien! Elisa es el sueño
Encantador de mi alma.....
La adoro.....

DON JUAN Nos entendemos
Perfectamente.....

LUIS — Y es tanta
Mi pasion y tan profunda,
Que me atrevo.....

DON JUAN — Yo tus ansias
Comprendo.

LUIS — ¿ Me dais su mano ?

DON JUAN — Luego que lave esta mancha !

LUIS — ¿ Qué decis ?

DON JUAN — Lo que me oíste......

LUIS — ¿ Me la dais ? Eso me basta
Para juzgar como mía
La honra de vuestra casa.
Responded.

DON JUAN — Oye : fuí en busca
Del villano, y en la cama
Lo hallé. Levantóse al verme,
(El sin duda no esperaba
Mi visita) y al pedirle
Que me oyera una palabra,
Pálido de cobardía
Me dió al momento la espalda :
Me le acerqué, lo detuve
Por un brazo, y cara á cara
Le hablé.—Pues bien, no sé como,
Contestó con una bala
Que disparó á quema ropa
Chamuscándome las barbas.

LUIS — Qué cobarde !

DON JUAN — Y esta herida
Me hizo, que sangre mana.
Quise, no obstante, seguirlo
Y matarlo á puñaladas ;
Mas no pude : me faltaron
Las fuerzas, me desangraba ;
Y la pérdida de sangre
Desvanecióme : era tanta !.....
Salí luego, y unos hombres
Que alli á la sazón llegaban,
Trajéronme, bondadosos,
Y aquí estoy, ardiendo en rabia.

Y ¿ piensas que un asesino
Que alevosamente mata,
Merezca respeto alguno
Consideración, ni gracia ?
Ya espero restablecerme
Y poder salir sin trabas ;
Ya conocerá muy pronto
Al Coronel Juan Vergara.
Entonces, limpia mi honra
En la sangre de él lavada,
No tendré escrúpulo alguno
De cumplirte mi palabra.

LUIS — Yo haré, señor, vuestras veces
Pues me juzgo ya de casa,
Y el honor de vuestro nombre
Limpio brillará mañana.

DON JUAN — Eso no, que yo no cedo
Mi puesto en esa campaña;
Quiero con mis propias manos
Matarlo ; mas si contraria
Fuere la suerte y sucumbo,
Víctima de la desgracia......

LUÍS — No digáis más !

DON JUAN — Yo te ruego
Que entonces......

LUIS — Quedad en calma,
Ya vuelvo...... (*Vase de prisa.*)

ESCENA XX

DON JUAN—*corriendo á la puerta*

Ven acá niño!.....
Luis ! Luis ! Ven acá, no vayas!.....
Ay ! El placer de matarlo
Me disputa, me arrebata !......
Se fué ! Se fué !...... Dios lo guíe
Y dirija bien su espada
Para que éntre sin estorbo

De ese monstruo en las entrañas!
Mátalo, Luis, que los fueros
Holló de la virtud santa,
Y compasión no merece
Quien la inocencia no acata,
Quien acíbar deposita
En donde miel solo halla,
Quien las primorosas flores
De las ilusiones aja!
Tú á mi corazón devuelves
Su primera, dulce calma
Que huyó cediéndole el puesto
A la hiel que me lo amarga.
Ve, generoso mancebo.
En quien cifro mi esperanza;
Te deberé que el contento
En mi triste hogar renazca.
Vé, hijo mío......

ESCENA XXI

Dicho y ELISA

ELISA — ¿La herida
Te duele aún?...... Tela traje
Por si quieres que el vendaje
Renueve.
DON JUAN — Gracias, mi vida......
ELISA — Con tacto te lo coloco......
Yo sé curar......
DON JUAN — No te alabes......
Pero...... ven acá...... ¿no sabes
Que de tí hablaba hace poco?
ELISA — ¿De mí?
DON JUAN — Sin duda, de tí,
Sobre un asunto bastante
Serio.
ELISA — ¿Sí?...... ¿Tan importante?
Y ¿qué decías de mí?

DON JUAN Curiosa......
ELISA Y dime con quien......
DON JUAN Con Luis!...... Mas no te sonrojes,
Que si es el novio que escojes,
Yo lo he elejido también.
El me ha pedido tu mano;
Y al dársela, he sido justo......
Se la doy con mucho gusto,
Y de ello me siento ufano.
No te engañó el corazón,
Porque Luis es excelente......
Levanta, altiva, la frente,
Que yo aplaudo tu elección.
Ese amor tuyo, hija mía,
Es para el alma un consuelo,
Es un dón que me hace el cielo,
Que me vuelve la alegría
Y hasta disipa el encono
Que me ahogaba.......
ELISA ¿Y á mi hermana
No darás de buena gana
Tu perdón?
DON JUAN No la perdono,
Y tampoco la perdona,
Elisa, la sociedad......
ELISA ¿Qué importa, si la bondad
Paternal no la abandona?
DON JUAN ¿Qué de tus labios escucho?
Yo su concepto venero
Porque es ella juez severo,
Cuyo fallo importa mucho.
Si en el festín de la vida
Ella sus dones ofrece,
Hondo desprecio merece
Quien de sus leyes se olvida.
ELISA No está Julia en ese caso;
Pues su sola falta ha sido......
DON JUAN ¿Cuál?
ELISA Haber á ese hombre oído,
Sin consultar......

Don Juan — Primer paso!......
Elisa — ¡Qué infeliz es la mujer!
Por tan poco la condena
La sociedad......
Don Juan — Justa pena
De quien falta á su deber!
Elisa — Mas, Julia no es delincuente.
Un amorcillo...... ¿es pecado?
Don Juan — Oyendo á ese hombre, ha olvidado
A su padre......
Elisa — Es inocente,
No lo dudes......
Don Juan — No lo dudo;
Pero á su deber faltó
Desde que en secreto amó,
Cuando en público amar pudo.
Ella merece una pena......
Lo digo con voz bien alta,
Pues quien de inocente falta,
De inocente se condena;
Que el secreto siempre daña
Y ella mismo se hizo el mal,
Olvidando que es cristal
La mujer, que un soplo empaña.
Severa es la sociedad
Y hondamente la disgusta
La más leve falta.
Elisa — Injusta!......
Si ella odiara la maldad,
Debiera, con mayor tino,
Al castigar la mujer,
Duro castigo imponer
Al infame libertino.
A la mujer, que engañada
Fue por el oculto encanto
De un amor que luego en llanto
La obliga á vivir ahogada;
A la que oyó al inspostor
Que le finjió entusiasmado
Con acento enamorado,

Sencillo, tímido amor;
A la víctima inocente
De bien dispuesta asechanza,
La sociedad ¡ay! le lanza
Su maldición, inclemente;
Contra esa infeliz se exalta
Y la condena al dolor,
Sin ver que fué el amador,
Quien la indujo á alguna falta!
Del débil sér se querella
Y con crueldad lo castiga,
Y en su injusticia lo obliga
A llorar la falta de ella.
Si castigara, severa,
Al infame seductor,
No habría falso amador
Que á la mujer ofendiera;
Y ¿en dónde está la justicia,
La rectitud, la equidad,
Si la misma sociedad
La moral corrompe y vicia,
Cubriendo con el sudario
De su desprecio á la oveja,
En tanto que impune deja
Al infame victimario?

DON JUAN — Niña, en las lides de amor
Es invencible defensa
Que libra de toda ofensa,
El escudo del pudor;
Y la mujer que lo olvida
Sólo oyendo á su pasión,
Es indigna de perdón,
Aunque de hinojos lo pida.

ELISA — ¡Qué injusticia, oh Dios!

ESCENA XXII

Dichos y DOÑA ANDREA

DOÑA ANDREA — Hermano,
No digas que tengo prisa;

Mas, quiero hablarte de Elisa......
Quiero pedirte su mano
Para Luis.

DON JUAN — Acudes tarde......

DOÑA ANDREA — ¿ Por qué ?

DON JUAN — Porque la pidió
Él mismo!

DOÑA ANDREA — No fue cobarde......
El amor lo volvió loco
Y no lo dejó esperar......
(á Elisa) Te lo voy á regañar.

DON JUAN — Ya vendrá, dentro de poco,
Que en verdad tarda......

ELISA — Entre tanto,
Vamos al cuarto de Julia......

DOÑA ANDREA — Sí, le hace falta tertulia......
Vamos á enjugar su llanto......

ELISA — Vamos, pues...... (*Vanse.*)

ESCENA XXIII

DON JUAN

En breves días
Un palacio se derrumba!......
Mi hogar se ha trocado en tumba,
En duelos mis alegrías......
Oh dolor!......

ESCENA XXIV

Dicho y MANUEL

MANUEL — Terrible nueva !

DON JUAN — ¿ Qué ?

MANUEL — Nuevo dolor en casa......

DON JUAN — ¿ Qué dices ?..... Habla !......?......¿ Qué pasa ?

MANUEL — El infortunio se ceba
En su hogar......

DON JUAN ¿Qué hay?
MANUEL No ha mucho
Que en pos de ese militar
Fué Luis......
DON JUAN Sí, le fué á buscar......
¿Y bien? ¿Qué?
MANUEL Murió!
DON JUAN ¡Qué escucho!
¡Dios mío! ¿Cómo ha sido eso?
MANUEL El fue á buscarle y le halló
A caballo.
DON JUAN ¿Y bien?
MANUEL Le habló!
El crimen estaba impreso
En el rostro del malvado,
A quien de lejos veía,
Y en cuya faz se advertía
Que estaba al miedo entregado......
DON JUAN Sigue......¿qué más?
MANUEL Es lo cierto
Que un tiro trás otro oí.
DON JUAN Dios mío!
MANUEL Cuando acudí......
Pobre amigo!...... Estaba muerto!
DON JUAN Infeliz!
MANUEL El militar
Intentó al momento huír;
Mas se lo pude impedir
Y le obligué á desmontar,
DON JUAN ¿Fue preso?
MANUEL Peor!..... No pudo,
Aunque le ajé su bigote,
Lograr que aquel vil Quijote
Se batiera...... No lo dude!
DON JUAN ¿Por qué dudarlo?...... Lleguemos
Al fin.
MANUEL Aquel sér inmundo
Me estorbaba á mí en el mundo
En que los dos no cabemos......
El que á hierro mata, á hierro......

Don Juan — ¿Qué hiciste?
Manuel — Yo al resultado
Me atengo! Él era un malvado,
Y lo traté, como á un perro......
Quedó herido, y dilatar
La vida ansioso procura,
Y como pasara el Cura.
Lo llamó, lo hizo parar.
Con él quedó, moribundo,
Don Juan — Oh Divina Providencia!
Manuel — Descargando la conciencia
Para salir de este mundo......

ESCENA XXV

Dichos y el Cura

Cura — Dios de infinita bondad
Mira este hogar con amor!
Yo bendigo tu rigor......
Hágase tu voluntad!
Don Juan — Oh mi Dios! Con cuanta prisa
Huyó la paz de mi hogar......
Cura — Calma!......Mejor es callar.......
Que lo ignora aún Elisa.......
Exhaló el postrer gemido
Contrera.
Manuel — ¿Sí?
Cura — Ya está yerto......
Don Juán — Loado sea Dios!
Cura — Ha muerto
Cual cristiano arrepentido.
Después que con voz doliente
Poniendo á Dios por testigo,
Y hablando en alto conmigo
Declaró á Julia inocente.
Me dijo que ella le amó
Con los amores más santos,
Cuyos místicos encantos

A comprender no llegó.
Confesó la villanía
Que le llevó con mal fin
Al solitario jardín
Que ella visitar solía;
Allí, monstruo de rapiña,
Tras un árbol, recatado,
Si no es que acude un criado......

MANUEL — Pobre Julia!
CURA — Pobre niña!
DON JUAN — Pobre hija!

ESCENA XXVI

Dichos y PEDRO, JULIA, EMILIA y ADREA. *Las damas permanecen en la puerta, hasta que* PEDRO *acaba de hablar.*

PRDRO — El criado soy
Que acudió en aquella tarde......
DON JUAN — Pedro! (*Le da la mano.*)
PEDRO — Y aunque huyó el cobarde
Al grito de ella, no estoy
Tan viejo aún......Yo corrí
Y le eché mano, y la prueba
En su cuerpo y rostro lleva
De los palos que le dí......
Lo enfermé! (*Don Juan le da la mano.*)
DOÑA EMILIA — (*Se adelanta llevando de la mano á Julia. Doña Andrea las sigue de cerca.*) Por las palabras
Que acabas de oír del Cura
Y de Pedro, ves cuán pura
Está! Te pido que le abras
De nuevo tu corazón,
Pues aun sin ser inocente,
¿Podrías ser inclemente
Cuando ella pide perdón
De rodillas?
JULIA — (*De rodillas*) Padre mío,
Lo juro!......Soy inecente!

DOÑA ANDREA Sí, Julia, pura tu frente
Está de torpe extravío!......
DON JUAN Herirte quiso la suerte
Hija mía, en tu decoro......(*Se levanta.*)
CURA Yo te absuelvo!
MANUEL *Ap.* (Y yo la adoro......
Sin ella, más bien la muerte!)
La mano, Julia, te pido,
La mano y el corazón.
JULIA Nó! Generosa es tu acción
Mas ah!......
MANUEL Tu esclavo rendido
Seré.
JULIA Nunca!
MANUEL Mi ventura
Ay! cifré en llamarte esposa......
¿No aceptarás, Julia hermosa,
Con mi nombre, mi ternura?
JULIA No, Manuel, yo marcho en pos
Del cielo......
MANUEL En mi ruego insisto......
JULIA Olvídame!...... Yo no existo......
No soy ya del mundo...... Adiós!....... (*Vase.*)
MANUEL Don Juan........fallad como juez......
DON JUAN (*Lo abraza*) Hijo!......
DOÑA ANDREA Maldito Contrera!
MANUEL Ojalá que aún viviera......
Para matarlo otra vez.

ESCENA XXVII

Dichos y ELISA, *pálida y dolorida.*

ELISA (*A su padre*) ¿No sabes? Ah! ¿No escuchaste
El rumor?...... Mi Luis ha muerto!
DON JUAN Hija!......
ELISA ¿No es verdad?
CURA Es cierto......
ELISA Ah!..... Julia!..... Tú lo mataste!..... (*Cae desvanecida.*)

FIN DEL DRAMA.

EL PODER DE UN RELICARIO

COMEDIA EN TRES ACTOS

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA GUAIRA EL 16 DE JUNIO DE 1878

A LA SEÑORA

Adela Robreño

en testimonio de admiración á sú talento.

1878

PERSONAJES

MAURICIO, estudiante de medicina...	Sr. J. Daza
MANUEL, periodista y poeta............	" Joaquín Robreño
LEOPOLDO, pintor.........................	" Pompeyo Jiménez
FULGENCIO, tío de Mauricio............	" José Robreño
GREGORIO, padre de Clemencia........	" Máximo Jiménez
ROSARIO, amada de Mauricio...........	Sra. Adela Robreño
CLEMENCIA, hija de Gregorio.........	Sta. Juana Armenta
MERCED, vendedora de dulces...........	" Susana

Escena en Caracas, año 1876

ACTO I

Sala muy pobre. Puertas laterales y una en el fondo, que da á la calle.

ESCENA I

ROSARIO, *de luto dando fin á la costura de un traje.* MAURICIO, *sentado á corta distancia de ella, con aire abatido.*

ROSARIO — Y ese cambio ¿de qué nace?
MAURICIO — ¿No lo sospechas?
ROSARIO — Yo no!
MAURICIO — De los chismes que le envió
Don Gregorio!
ROSARIO — Eso no le hace!
MAURICIO — ¿Cómo nó, si este señor
Es su amigo de la infancia,
Y bajo su vigilancia
Estoy yo y está mi honor?......
Hizo creer á mi tío
Que yo soy un disipado,
Un...... y ya ves, me ha négado
La pensión.
ROSARIO — (*Tosiendo*) De ello me río......

MAURICIO Te ríes, Rosario mía,
Cuando estoy sin hacer nada
Y tú te ves obligada
A trabajar noche y día!......

ROSARIO Mientras tengamos salud
Y pueda mover la aguja...... (*Tose.*)

MAURICIO Mas,...... vives como cartuja,
Y tal vez de tu virtud
Dudan! Además, no es buena
Tu salud, pues esa tos
Tan tenaz......

ROSARIO Válgame Dios!
No es nada!

MAURICIO Tanta faena
Te mata.

ROSARIO No es el oficio
Lo que á mí me mortifica,
Pues sabes que desde chica
Trabajo; pero, Mauricio,
Esas dudas......

MAURICIO Si nos ven
Vivir bajo el mismo techo......

ROSARIO Pero, señor, es mal hecho
Que á malos juicios se den.
¿Qué posición tengo aquí?
¿No es la misma que tendría
Una hermana ó una tía
Tuya?

MAURICIO Sin duda que sí.

ROSARIO Entonces no hay caridad
En el mundo, y no le basta
A una mujer el ser casta
Para sí......

MAURICIO Triste verdad!
No basta de la inocencia
El brillo que nunca muere,
Que en el mundo prefiere
El brillo de la apariencia;
Y ese mundo no comprende
El amor cual yo lo siento,

Amor que un solo momento
No te mancha, no te ofende,
Pues no amo en tí la belleza
De la mujer; en tí adoro
Tu alma, rico tesoro
De castidad y pureza.

ROSARIO Pues déjale su creencia,
Y no importe si murmura
Que á mí me basta ser pura
Ante Dios y mi conciencia.
Dios sabe que soy honrada,
Lo sabes tú, lo sé yo......
No me importa el mundo, nó,
Que al mundo no debo nada.

MAURICIO Tienes razón.

ROSARIO Y en rigor
¿Por qué me hieren así,
Si vine, Mauricio aquí,
Al amparo de tu honor?
¡Qué infeliz es la mujer
Sin padres ¡ay! desvalida......

MAURICIO Infeliz, cuando se olvida,
Rosario, de su deber;
Mas tú......

ROSARIO Tuviera á mi hermano,
Otro fuera el hado mío......

MAURICIO ¿Fulgencio?

ROSARIO Como tu tío......

MAURICIO Tal vez viva!...

ROSARIO Anhelo vano!......
Robado, niño, es lo cierto
Que nunca, nunca lo vimos,
Y que de él jamás supimos.

MAURICIO ¿Y así?......

ROSARIO Debe de haber muerto.

MAURICIO Lo más probable!

ROSARIO (*Levantándose*) Así es!......
(*Dobla el traje y lo envuelve en un pañuelo.*)
De todo punto está el traje! (*Se pone el sombrero.*)
Voy á llevarle...... ay! ¡qué viaje......

MAURICIO ¿Vas lejos!
ROSARIO Mucho!...... Adiós, pues......
MAURICIO Adiós! Adiós!...... (*Le besa la mano y la acompaña á la puerta. Rosario se aleja de prisa.*)

ESCENA II

MAURICIO, *sólo*

Pobre niña!
Tan dulce, tan abnegada!
Siempre al trabajo entregada,
Aunque por ello la riña......
Mas ¿qué hacer? Es imposible
Vivir de amor...... Nada gano,
Y aunque me esfuerzo, es en vano......
Ni un enfermo!...... Esto es horrible!
Y ella que está amenazada
De una afección pulmonal,
Ella, que con ese mal
Está hoy tan delicada,
No puede, siquiera un mes,
Respirar el aire puro
Del campo...... Destino duro
Este mío, que los pies,
Con la pobreza me ata!
Se consume trabajando
La infeliz!

ESCENA III

Dicho y LEOPOLDO.

LEOPOLDO ¿Estás hablando
Tú solo? ¿De qué se trata?
MAURICIO De esta horrorosa pobreza
Que ya me cansa.

LEOPOLDO — No sigas......
MAURICIO — Que me aburre......
LEOPOLDO — No me digas
Nada!
MAURICIO — Me causa tristeza
No hallar trabajo......
LEOPOLDO — Yo estoy
Sin ganar una peseta:
La pintura y la paleta
Me son inútiles hoy,
Y no me atengo—eso es claro—
A hacer retratos: yo busco
Cualquier obra y hasta el Cusco,
Iría yo, sin reparo.
MAURICIO — Yo no tengo ni un enfermo,
Y me doy al diablo!
LEOPOLDO — Invócalo!......
Y yo no pinto ni un zócalo,
Y de hambre, chico, me mermo......
No hallar trabajo, ni un día
Cuando más lo he menester,
Porque adoro á una mujer
De quien, por desgracia mía,
Su riqueza me separa.
MAURICIO — Oiga! ¿Con que enamorado
Estás?
LEOPOLDO — Sí!
MAURICIO — Y eres amado?
LEOPOLDO — Me parece.
MAURICIO — Y ¿qué te pára
Si ella es rica?
LEOPOLDO — El ser rica ella!
La amo por sus virtudes
Y no......
MAURICIO — Mas si al padre acudes......
LEOPOLDO — Creerá que no la doncella
Sino su hacienda me halaga.
MAURICIO — ¿Por qué ha de pensarlo, chico?
LEOPOLDO — Porque siempre mira el rico
Al pobre, como una plaga.

MAURICIO ¿Y ella? Dí! Me gustaría
Saber...... ¿Dices que te ama?
LEOPOLDO Parece......
MAURICIO Y ¿cómo se llama?
LEOPOLDO Ya sabrás todo algún día......
MAURICIO ¿La visitas?
LEOPOLDO Nó, jamás!
MAURICIO ¿Y entonces?......
LEOPOLDO Nos escribimos......
Nos vemos cuando asistimos
A misa......
MAURICIO ¡Prendado estás!
LEOPOLDO Ah! Cuánto me hace sufrir
La pobreza!
MAURICIO Y renegar!......
Maldi......
LEOPOLDO No hay qne blasfemar.........
Que el buen tiempo ha de venir.
MAURICIO Ya he vendido, poco á poco
Prendas y muebles por pan......
Mis horribles cuitas van,
Leopoldo, á volverme loco!
LEOPOLDO Y ya es forzoso que busques
Remedio á tu situación.
MAURICIO ¡Qué diablos!......Entro en acción
Sin éxito!...... (*Con rabia.*)
LEOPOLDO No te ofusques!
Calma, calma, atolondrado,
Que á nada el furor conduce
Y la paciencia produce
Siempre mejor resultado......
Mira! Si yo fuera tú......
MAURICIO ¿Qué harías?
LEOPOLDO ¿Yo?
MAURICIO Pues!
LEOPOLDO ¿Lo digo?
MAURICIO Echa!
LEOPOLDO Dos líneas, amigo,
A tu tío......
MAURICIO A Belcebú!

¿Olvidas tu que mi tío,
Lleno de terrible encono,
Me tiene aquí en abandono
Y me mira con desvío?

LEOPOLDO Nada olvido...... yo sé todo!
Furioso está contra tí;
Pero......—ten confianza en mí—
No teniendo tu otro modo
De......

MAURICIO Furioso está......

LEOPOLDO Por eso,
Una cartica......

MAURICIO ¿Quién?...... ¿Yo?

LEOPOLDO Por supuesto! ¿Por qué no?

MAURICIO Lo odio!...... Te lo confieso!......
Porque no era necesario
Que él, para darme un consejo,
Dijera (maldito viejo)
Denuestos contra Rosario.

LEOPOLDO Si te mostraras sumiso
Volverías á su gracia.

MAURICIO No me humillo ante quien sacia
En mí su encono.

LEOPOLDO Es preciso!

MAURICIO Déjate de eso!

LEOPOLDO Nó, nó!
Es tu tío!...... No discurras
Como un niño

MAURICIO No me aburras!......
Mi tío...... ya se murió!......
No hablemos de eso!......

ESCENA IV

Dichos y MANUEL

MANUEL Salud
Y pesetas! (*Les da la mano.*)

MAURICIO — Te agradezco
El deseo, pues carezco
De lo segundo.

MANUEL — Un almud
Lleno, colmado, quisiera
De ellas ; lo partiría
Contigo ! A tí te daría
También, Leopoldo......

LEOPOLDO — Bobera !......

MAURICIO — Y yo la plana te enmiendo

MANUEL — ¿ Cómo así ?

MAURICIO — Leopoldo ¿ oíste ?
Mira, Manuel, tú dijiste
Un disparate estupendo !

LEOPOLDO — Vamos á ver.

MANUEL — ¿ Qué me objetas ?
Si yo erré, mi error eonfieso......

MAURIGIO — Cual hombre de poco seso
" Salud, " dijiste, y " pesetas."

MANUEL — Porque en tal deseo abundo......

MAURICIO — Yo no acepto la inversión
Porque las pesetas son
Antes que todo en el mundo.

LEOPOLDO — ¿ Estás loco ?

MAURICIO — La virtud
Consiste en tener dinero,
Luego ellas son lo primero,
Lo segundo...... la salud......

LEOPOLDO — Hablemos de lo que importa.

MANUEL — ¿ De qué ?

LEOPOLDO — De este odioso tema,
Irresoluble problema
Que amarga esta vida corta :
La pobreza !

MANUEL — ¡ Qué alharacas !
Yo, chico, con ella vivo,
Es un nombre......colectivo,
Que designa hoy á Caracas......

LEOPOLDO — Chanzas aparte, es el caso
Que Mauricio está arruinado.

MANUEL Como tú y yo.
LEOPOLDO No ha encontrado
Nada que hacer.
MANUEL A ese paso
Daremos con la fortuna
Todos, de morirnos pronto
De hambre.
LEOPOLDO Manuel, no seas tonto......
Deja la chanza importuna!
Oyeme: yo le aconsejo
Que se dirija á su tío
Confesando su extravío......
MAURICIO No lo repitas.
MANUEL Al viejo
Nada le debe escribir.
LEOPOLDO Si nó ¿cómo satisface
Sus compromisos? ¿qué hace,
Entonces, para vivir?
MANUEL No pienso de esa manera,
Pues rompe el viejo en Barinas
La carta que tú preopinas,
Sin contestarte siquiera;
Y en cuanto á satisfacer
Necesidades urgentes,
Empresas hay que son fuentes
De vida.
MAURICIO Vamos á ver!
MANUEL Desde el viernes hasta el viernes,
Practica la medicina,
Que ello no es más que rutina,......
Y tú eres médico en ciernes;
Emplea lenguaje insulso,
Tecnisismos con exceso,
Y el paciente te da un peso
Sólo por tomarle el pulso.
MAURICIO Calla, Manuel, que esa prédica
Es un dislate de á folio.
MANUEL ¿Quién te ha dicho? ¡Si el Santolio
Anda con la ciencia médica!
Pero, si te agrada más,

Funda un periódico, un "Diario,"
Como el mío—literario,
No político—Así irás
Saliendo de compromisos
Y viviendo. Es expediente
Magnífico oh! excelente
Fundar un "Diario de Avisos,"
Publicación que no enfada
A nadie, esto es, periódico
Anfibio, de precio módico,
Que dice y no dice nada;
O si más te llena el ojo
(Echando á la mar pelillos,)
Puedes torcer cigarrillos
En la fábrica del Cojo.

MAURICIO — No me disgusta, y en vista
De mi situación acepto.

MANUEL — Haces bien. En mi concepto
Es peor ser periodista!

LEOPOLDO — ¿Y después de tanto afan
Y tantos años de estudio?
¿Un Doctor?

MAURICIO — Yo no repudio
El trabajo que da pan.

LEOPOLDO — ¿Y aceptas?

MANUEL (*á Leopoldo*) — Su situación
Difícil, excepcional,
Lo obliga......

LEOPOLDO (*interrumpiéndolo*) Manuel, no hay tal.

MANUEL — A cualquiera ocupación.

LEOPOLDO — Te engañas! Piensa y verás
Que Mauricio es algo loco......
Ya lo dije y dije poco.

MANUEL — ¡Qué impertinente que estás!
¿Con que es locura el amor?

LEOPOLDO — No dije tanto!......

MANUEL — A Mauricio
No se le conoce vicio

LEOPOLDO — Es verdad! Pero el rigor
Ha provocado en su tío

Con la vida que aquí lleva
Vida que el mundo reprueba......
(*á Mauricio*) Dispénsame......

MANUEL — Yo me río
Del mundo! Y ¿qué falta enorme
Es esa que no soporta
La sociedad?

MAURICIO — No me importa
La opinión que de mí forme!......

MANUEL — Muy bien dicho! La conciencia
Es, sin duda, el mejor juez:
Quien obra con honradez
Tiene en poco la apariencia.

MAURICIO — Tienes razón.

LEOPOLDO — Nó! Formemos
El sumario de Mauricio
Y con recto y sano juicio
Su conducta examinemos......

MANUEL — Vamos allá.

LEOPOLDO — Bien! (*á Mauricio*) El banco
De los acusados toma.

MANUEL — (*á Leopoldo*) Y no omitas ni una coma
En tus cargos.

MAURICIO — (*á Leopoldo – Sentándose*) Seré el blanco
De tus tiros.

MANUEL — (*á Leopoldo*) ¿Quién sentencia?
Tu eres fiscal, yo abogado......
Mauricio es el acusado......
¿Quién es el juez?

MAURICIO — La conciencia!

MANUEL — (*á Leopoldo*) Principia pues......

LEOPOLDO — De Barínas
Te envió tu tío al cuidado
De Don Gregorio.

MAURICIO — ¡Malvado!
Que mil pestes repentinas
Acaben con él!

LEOPOLDO — Chitón!
Tengo la palabra.

MAURICIO — Bien,

Continúa!

MANUEL Y cien y cien
Cargos formula, y aun pon
Algo más de tu cosecha.
¿Qué probarás? Que tú ves
El mundo como no es,
Sério, cuando es.........todo *mecha.*

LEOPOLDO (*á Maricio*) ¿Poco te parece á tí
El escándalo que das?

MANUEL Moralizador estás......

LEOPOLDO ¿Te parece poco, dí,
La libertad con que vives
A un amorcillo entregado,
Y el olvido en que has dejado
A aquel de quien tú recibes
Todo bien?

MAURICIO En grave error
Has incurrido al hablar
De un amorcillo!...... Callar,
Leopoldo, es mucho mejor!
Mejor es que economices
Tus palabras. Demos punto,
Y habla de algún otro asunto
Pues no sabes lo que dices
Acerca de éste.

MANUEL (*á Leopoldo*) Sí! Calla
Que puede oírnos Rosario......

MAURICIO No por eso es necesario
Callar, pues aquí no se halla
Ella......

MANUEL ¿No está aquí?.........

MAURICIO Salió......

MANUEL (*á Leopoldo, interrumpiendo á Mauricio.*)
Pues da á tu lengua soltura......

MAURICIO (*terminando la frase interrumpida*)
A llevar una costura,
Un camisón, que sé yo!......

LEOPOLDO Te hablo como un amigo,
Y te enfadas......

MAURICIO No me enfado......

LEOPOLDO ¿Cómo nó, si has contestado?......
MAURICIO Nó, Leopoldo......
MANUEL (*á Leopoldo*) Sigue!......
LEOPOLDO Sigo!
Es mi deber...... (*á Manuel*) Hazme el duo,
Para apartar á Mauricio
Del mal camino...... del vicio
A que va.
MANUEL Bien!
LEOPOLDO Continúo:
(*á Mauricio*) Tu situación triste es obra
Tuya.
MAURICIO ¿Mía?
MANUEL Sí! Tu tío
De la pensión el envío
Paró con razón de sobra,
Pensando que la escasez
De medios bastar pudiera
A pararte en la carrera
Que llevas de insensatez......
MAURICIO Gracias!
LEOPOLDO Manuel, dí tu algo......
MAURICIO No es Manuel quien debe hablar
Sino yo.
LEOPOLDO Vas á tratar
De defenderte......
MAURICIO Si valgo
Alguna cosa, si soy
Digno de afecto sincero,
No han de dudar que prefiero
La situación en que estoy
A aceptar las condiciones
Con que mi tío me ofende.
LEOPOLDO ¿Qué condiciones?
MAURICIO Pretende
Que yo en cambio de sus dones,
En cambio de la opulencia
Que le hace tan necio y vano,
Convenga en darle mi mano......
MANUEL ¿A quién?

LEOPOLDO ¿A quién?
MAURICIO A Clemencia!
LEOPOLDO *Ap.* (Oh Dios!)
MANUEL ¿La hija de aquel
Ricachón impertinente
Que vierte por cada diente
Rebuznos más grandes que él?
Pues no deja de ser sabia
De tu tío la propuesta......
MAURICIO Calla! Trabajo me cuesta
Contener mi justa rabia!
Según me contó mi tío
(Que antes fue para mí un padre)
El concertó con mi madre
Este matrimonio impío
A que nunca sentí yo
Inclinación.
MANUEL Según veo,
Siendo su mayor deseo,
Tendrás que rendirte......
MAURICIO Nó!
MANUEL Y ¿cómo es Clemencia?
MAURICIO Bella!
MANUEL Y ¿no la has tratado?
MAURICIO Sí!
Mas ella no me ama á mí,
Ni yo puedo amarla á ella.
Mi corazón todo entero
A Rosario pertenece
LEOPOLDO (*Con angustia*) Y el de ella?
MAURICIO Según parece
Es de cierto caballero
Que no conozco, y por tanto
Inútil de todo punto
Es que insista en este asunto
Mi señor tío! ¡ Dios santo!
Que dé mi mano á Clemencia
A impulso del interés,
Cuando mi alma toda es
De Rosario...... ¡ qué demencia!

Que olvide yo en mala hora
A quien tiene mi ternura,
A una mujer que es tan pura
Como la luz de la aurora!......

LDOPOLDO — Y ella......¿no está aquí...... contigo......
En tu casa?...... En cuanto á eso......

MAURICIO — ¿Qué? ¿Dúdas? (*Con altivez.*)

MANUEL — (*Con sorna*) Yo te confieso
Que ello no es grano de trigo.

MAURICIO — ¿Dúdas?

MANUEL — La ocasión es calva......

MAURICIO — ¿Qué?

MANUEL — Solos aquí los dos......
Sin más testigo que Dios......
Y ella es pura como el alba!......
Muy difícil heroísmo
En las campañas de amor!
En el siglo del vapor
Es raro tal platonismo.

MAURICIO — (*Con tristeza y abatimiento.*)
Ese es el mal que la he hecho,
Que la juzguen mi querida,
Sólo por llevar la vida
Los dos bajo el mismo techo.

MANUEL — Pero si el mundo, Mauricio,
Juzga lo superficial
Y en la apariencia halla el mal,
Él no lo busca en el vicio.

MAURICIO — Sois como el mundo—no le hace—
Eso la verdad no altera
Que os voy á contar, entera:
No me creáis, si así os place.
Ella y su madre vivían
Solas en barrio apartado,
Y á su casa fuí llevado
Por amigos que solían
Visitarlas.—Desde luego,
Joven yo, Rosario, bella,
Loco me volví por ella,
Loco del amor más ciego.

El tiempo así trascurría,
Yo, siempre de amor muriendo,
Y ella mis ruegos oyendo
Con mal oculta alegría.
Aquellos días preludios
De felicidad juzgué
Y por ellos olvidé
A mi tío y mis estudios......

Nos amábamos, y en ella
Si la beldad adoraba,
Más respeto tributaba
A su alma pura y bella.
¡ Pobres mujeres ! La una
Bajo el peso de los años
Encorvada ! Desengaños
Le dió siempre la fortuna !
La otra, flor escondida
De suavísimo perfume
Que en silencio se consume,
Que humilde rinde la vida.
A mil afanes las dos
El escaso pan debían :
Yo no sé cómo vivían,
Era un milagro de Dios !
Ah ! Llegó al fin el dolor
A turbar aquella calma,

A amargar aquella alma
Nacida para el amor......
Cerró los ojos la anciana
Para siempre, y desvalida
Quedó en el mar de la vida
Esta niña. ¡ Suerte insana !

¿ Debí yo dejarla sola,
Sin fuerzas, sin valimiento,
Expuesta al golpe violento
De ese mar, ola tras ola?
Desde entonces á mi lado
Vive en unión fraternal......

MANUEL En el fondo, un ideal......
En la apariencia......un pecado !......

LEOPOLDO ¡Es posible!......

MAURICIO Y por más que arda
En mí la llama de amor,
Soy......el guardián de su honor,
Y ella......el ángel de mi guarda!

LEOPOLDO Angel muy bello!......

ESCENA V

Dichos y ROSARIO *que llega sin reparar, por de pronto, en los extraños, los cuales estarán situados al extremo del escenario, opuesto á aquel á donde ella se dirija al entrar.*

ROSARIO (*Quitándose el pañuelón y sombrero que va á colgar á la derecha del expectador.*) He perdido
Mi tiempo.

MAURICIO (*A sus amigos*) (Silencio ahora)

ROSARIO Bien pesada es la señora
Con quien ni hablar he podido......
¿Qué hacer?......¿Cómo conseguir
Hoy?...... (*A los extraños, al volverse.*)
Ah! señores......perdón...... (*Les da la mano,*)

MANUEL (*A Leopoldo*) ¿De qué?

ROSARIO De mi distracción......
Llegué aquí sin advertir......

LEOPOLDO Y ¿qué perdiste?......

ROSARIO Ah? Decía
Que fuí á una diligencia
En que perdí la paciencia
Y mucha parte del día.

LEOPOLDO ¿Cómo?

MAURICIO En efecto, has tardado.....

ROSARIO (*En tono festivo, tosiendo muy de vez en cuando.*)
Salí á llevar una obra
A una señora á quien sobra
Dinero, y no me ha pagado.

MANUEL ¡Qué iniquidad!

ROSARIO Ya cansada

De esperar, casi una hora,
Oí decir: "La señora
Está hoy muy ocupada......
Vuelva después"

MANUEL — Cosa dura!......

MAURICIO — Y ¿el traje?

ROSARIO — Allá lo dejé
Y luego ó mañana iré
Por el valor de la hechura.

LEOPOLDO — ¡Qué calma!

MAURICIO — ¿Qué te parece
Esa falta de piedad?

LEOPOLDO — No es eso una novedad
En los ricos.

MANUEL — Bien merece
La señora que recibe
Una obra y no la paga
En el acto, que se le haga
Un suelto que diga: "vive
En la calle cual, se llama
Doña Fulana de Tal,
Y aunque dama principal,
Es mujer......de mala fama!"

ROSARIO — Oh no, por Dios!......

MANUEL — Es decir,
Para pagar......

MAURICIO — *Ap.* (Divertida
Es mi situación! ¡Qué vida!
Me cansa tanto sufrir!)

ROSARIO — Pues que hoy urgidos estamos,
Es forzoso que se venda
Sin dilación esta prenda
Que inútilmente guardamos.
Tómala. (*Hace ademán de quitarse un relicario que lleva al cuello. Mauricio se lo impide.*)

MAURICIO — ¿Tu relicario......
Que es de tu madre memoria
Y que compendia la historia
Triste de ella?...... Nó, Rosario!

ROSARIO — La necesidad lo exije

Con imperioso rigor......

MAURICIO — Pero si es de gran valor
Para tu afecto ese dije!
¿Cómo venderlo? Es la herencia
Que tu madre te legó?

ROSARIO — Ay! Esta prenda amargó
Los días de su existencia......
Véndela, amigo......

ESCENA VI

Dichos y MERCED

Esta última con un azafate de dulces.

MERCED — Aquí estoy
Con los dulces: bizcochuelos......
(*Pone el azafate en una mesa*)
Suspiros y caramelos.
¿No compran?

ROSARIO — No compro hoy......

Mauricio, á sus amigos, á alyuna distancia de Rosario y y de Mercedes.—Esto debe ser rápido.

MAURICIO — Vivir así causa enojo!......
Preciso es hallar trabajo......
Acompáñenme allá bajo
A la fábrica del Cojo. (*Coje su sombrero.*)

MANUEL — (*A Leopoldo*) Vamos! (*Cojen sus sombreros.*)

ROSARIO — ¿Te vas?

MAURICIO — Hasta luego.

LEOPOLDO — Rosarito!......

MANUEL — Hasta después! (*Vanse.*)

ROSARIO — Adiós, adiós.

ESCENA VII

ROSARIO *y* MERCED

MERCED — (*Alzando el azafate*) Vaya, pues......
Por más que yo se lo ruego,

	Nada quiere usted tomar......
Rosario	Hoy no quiero......
Merced	(*Bajando el azafate*) Tenga brío......
	Si está escasa, yo le fío......
	Coja!......
Rosario	No quiero comprar.
Merced	Será otro día......
Rosario	Otro día.
Merced	Cada cual sabe......
Rosario	Así es.
Merced	Será después......
Rosario	Sí, después.
Merced	Hasta después, niña mía...... (*Hace que se va*)
	Tome! Para usted me dió
	Esto un señor...... (*Le da una carta*)
Rosario	¿Para mí?
Merced	Sí, niña, claro es que sí.
Rosario	Y esto ¿qué es?
Merced	Qué se yo!......
	Me la dió un señor ya viejo
	Que quiere hablar con usted......
Rosario	Pues hiciste mal, Merced,
	En traerla. (*Se la devuelve*)
Merced	(*Poniéndola en la mesa*) Ahí la dejo!
Rosario	Nó, no quiero!
Merced	No diga eso,
	Que el señor que se la envía
	Por hablarle á usted daría......
	Es hombre de mucho peso......
	Riquísimo!
Rosario	¡Qué atrevida!
Merced	Él me la dió desde antier......
Rosario	Sal de aquí.
Merced	Cómo ha de ser!
	Se da usted por ofendida,
	Y yo, niña, si me atrevo
	A dársela, es por su bien.
Rosario	Llévate tu carta y ten
	La lengua!
Merced	(*Yéndose*) Yo no la llevo. (*Vase.*)

ESCENA VIII

ROSARIO, *sola*

(*dirijiéndose todavía á Mercedes*)
Aquí no vuelvas más, furia
Del infierno! ¡Qué insolencia!
¿Quién puede tener paciencia
Para sufrir tal injuria?
¿Cómo? Una carta que escribe
No sé quien...... y que la manda
Con quien de oficio en eso anda!......
Tal carta...... ¿quién la recibe?
Pero......¿de quién puede ser
Esta carta? (*La coje, la mira y la deja en la mesa.*)
¿Quién así
Se atreve á ofenderme á mí?
(*Aparece Fulgencio en la puerta del fondo, donde permanece como en observación. Entre tanto, Rosario vuelve á cojer la carta y la abre y la desdobla.*)
Nó! No la debo leer.
Y hasta juzgo desatino
El tener entre mis manos
Estos renglones villanos
Que escribió algún libertino. (*La arroja en la mesa.*)
Pero...... ¿quién la envía?......

ESCENA IX

Dicha y FULGENCIO

FULGENCIO Yo!
ROSARIO Y ¿quién es usted? (*con energía*)
FULGENCIO No importa
Ap. (La chica ésta no se corta)
Quiero hablarle!
ROSARIO Pues yo no,
Y por tanto, tenga á bien...... (*le señala la puerta*)
Salga usted!

FULGENCIO — Yo no me voy
Sin que usted me oiga.
ROSARIO — Yo estoy
En mi casa.
FULGENCIO — Yo también!
ROSARIO — Usted también!...... No sabía......
¿Se burla usted?
FULGENCIO — No lo intento......
ROSARIO — Si supiera usted que siento
Ganas de reír......
FULGENCIO — Pues ría......
ROSARIO — Soy una mujer honrada!......
FULGENCIO — Bien! *Ap.* (Simpática es la chica)
ROSARIO — Su presencia aquí me indica......
FULGENCIO — Nada malo, niña, nada......
ROSARIO — ¿Entonces?......
FULGENCIO — *Ap.* (Su voz, su porte......
No puede ser)
ROSARIO — Caballero......
FULGENCIO — ¿Qué me manda usted?
ROSARIO — Espero
Que usted su visita acorte.
FULGENCIO — ¿De veras?
ROSARIO — Da usted indicio
De un hombre que nada acata......
FULGENCIO — Pues bien, hablemos en plata;
Yo soy padre de Mauricio......
ROSARIO — Su padre!
FULGENCIO — Pues necesario
Es, sépalo! ¡Qué sorpresa
Tan ingrata! A mí me pesa......
¿Cómo es su nombre?
ROSARIO — Rosario.
FULGENCIO — Me pesa causarle afrenta;
Mas yo no puedo abdicar......
Nó, yo no debo dejar
A ese niño de su cuenta;
Así, pues, en un cortijo
Estuve oculto asechando
La ocasión de venir, cuando

Ví que salía mi hijo
Con dos mozos.—Es propicio
El momento para hablar,
Y usted me va á contestar
Si quiere mucho á Mauricio.

ROSARIO Pero......

FULGENCIO ¿ Qué ?

ROSARIO Según me dijo,
Absoluta es su orfandad......

FULGENCIO Un secreto es, en verdad;
Pero...... Mauricio es mi hijo.
Y entiéndalo usted muy bien,
Sin juzgarlo desatino;
Le tengo por mi sobrino
Y todos así le ven.
(*Pausa*) Responda usted, pues, sin pena,
¿ Es su amor grande y profundo ?

ROSARIO No le hay mayor en el mundo
No le hay !

FULGENCIO *Ap.* (Me parece buena
La muchacha.) Siendo así,
Que su amor es grande, inmenso,
(Lo que yo no dudo) pienso
Que será digno...... *Ap.* (Ya dí
En el clavo.) (*Pausa.*) ¿ Qué contesta
Usted, niña? Vamos, hable......
No puedo ser más afable......
Ap. (Me parece muy modesta.)
El amor no es egoísta
Y nada para sí pide;
Con el sacrificio mide
Su magnitud, y conquista
Aplauso y admiración:
Fuera de ahí, todo es bajo,
Y es amor que sin trabajo
Se borra del corazón;
Y me complazco en creer
Que su afecto es noble y puro,

ROSARIO Puro y noble, yo lo juro,
Señor, por quien me dió el sér.

FULGENCIO Siendo así, no cabe duda
Que usted con mucho interés
Verá su dicha.
ROSARIO Así es......
FULGENCIO Y que desde luego acuda
A salvar......
ROSARIO ¿Qué?
FULGENCIO Que valor
Tendrá para un sacrificio
En obsequio de Mauricio.
ROSARIO ¿Qué sacrificio, señor?
FULGENCIO Allá vamos. Mas á fe
Que prefiero hablar sentado.
(*Rosario le ofrece una silla.*)
Gracias! Estoy muy cansado
Y no puedo estar de pie.
ROSARIO Siéntese. (*Se aleja á buscar asiento para sí misma.*)
FULGENCIO *Mirándola ap.* (¡Qué semejanza!
Vagos recuerdos despierta
Que mi espíritu no acierta
A explicar......¡Vana esperanza!)
(*Sentándose*) Sigamos pues! Desde niño
Está conmigo. A mi lado
Creció. Yo lo he educado
Y le profeso cariño......
Paternal. Yo soy soltero......
(*con sentimiento*) Solo en el mundo, y muy rico,
Y quiero hacer de ese chico
Mi universal heredero;
Pero no sin condición,
Pues para ello es preciso
Que me obedezca sumiso,
Condición *sine qua non*!
ROSARIO Y bien, señor?
FULGENCIO Si en verdad
Le quiere usted como ha dicho,
Abandone ese capricho......
Vuélvale su libertad......
ROSARIO ¿Qué dice usted? (*con énfasis*)
FULGENCIO (*con calma*) Lo que digo

Es que usted lo ha encadenado
Y con astucia obligado
A estar en guerra conmigo......

ROSARIO Yo, señor! (*con marcada dignidad*)

FULGENCIO Usted, señora,
Que en retenerle se empeña,
Que de él con tesón se adueña
Finjiéndole que lo adora......

ROSARIO Oh Dios mío! (*Llora.*)

FULGENCIO Él ha girado
Siempre en círculo social
Distinguido, principal,
Oh! de lo más elevado,
Y en ese círculo tiene
Hace tiempo un compromiso
Matrimonial que es preciso
Cumplir, porque me conviene;
Y si él falta á la palabra
Empeñada, claro está
Que usted la culpa tendrá
Que su desventura labra,
Pues lo abandono en el acto,
Lo maldigo y desheredo......
¿Me oye usted? Y no haya miedo
Que en esto no sea exacto.

ROSARIO Oh Dios!

FULGENCIO (*De pie.*) Pues de lo contrario
Su desgracia será seria,
Llena de angustias su vida,
Y deberá á su querida
El horror de la miseria.

ROSARIO (*Poniéndose violentamente de pie*)
¡Yo, su querida! ¿Quién pudo
Inventar esa mentira?......
Sólo desprecio me inspira
Su autor, más necio que rudo!

FULGENCIO Vive usted con mi...... sobrino,
Y extraña que se divulgue!......
Si querrá usted que comulgue
Yo con ruedas de molino!

A las mujeres que aman
Como usted y con un hombre
Viven, les dan siempre el nombre......
No importa cómo las llaman!
Pero, desechemos, niña,
Asunto tan enojoso,
No quiero ser enfadoso,
Ni por eso entrar en riña,
Pues si usted es ó no es
Su querida, no me importa,
Ni esa discusión me aporta
A mí ningún interes.
Al grano. Yo me imagino
Que este asunto se decide
Diciendo usted cuánto pide
Por dejar......á mi sobrino.

ROSARIO Dios mío!

FULGENCIO Con mucho gusto
Pagaré, pues si perjuicio
Tiene en dejar á Mauricio,
Resarcírselo es muy justo.
¿Bastará esta cantidad? (*Le da una bolsa que ella arroja con indignación.*)
Si usted el dinero arroja,
Deje que yo lo recoja,
De él tengo necesidad: (*La recoje y la guarda.*)
Mas no se reirá de mí
Sin quedar escarmentada......
Quede usted con Dios! Más nada
Tengo ya que hacer aquí!
Ya nos veremos. (*Hace que se va.*)

ROSARIO (*Interponiéndose,*) Perdón
Señor! Tenga usted piedad!

FULGENCIO Mauricio es menor de edad
Y va para una prisión
En el acto. (*Hace que se va.*)

ROSARIO (*Deteniéndolo.*) Nó! Prefiero
Hacer lo que usted me ordena.

FULGENCIO ¿Se va usted?

ROSARIO Sí!

FULGENCIO — *Ap.* (Me da pena)
Pues bien, tome este dinero......
(*Le ofrece de nuevo la bolsa.*)
ROSARIO — Eso nó!
FULGENCIO — Tome!......
ROSARIO — Jamás!
No me infame usted en pago
Del sacrificio que hago......
FULGENCIO — Pero no ha de verle más......
ROSARIO — Bien.
FULGENCIO — ¿Se va usted?......
ROSARIO — Al instante.
Ap. (Dios mío, dame valor)
FULGENCIO — Adiós, pues...... (*Hace que se va*)
ROSARIO — Adiós, señor.
FULGENCIO — *Ap.* (He conseguido bastante) (*Se devuelve*)
Este trato, entre los dos
Debe quedar, ¿no es así?
ROSARIO — Bien......
FULGENCIO — Confíe usted en mí
Si lo cumple. Adiós!
ROSARIO — Adiós.
FULGENCIO — Ya sabe usted, no lo olvide,
Y tenga usted mucho juicio,
Que á la cárcel va Mauricio
Si usted su enlace le impide.
ROSARIO — Oh Dios!
FULGENCIO — Y aunque es hijo mío,
Sin que duda en ello quepa,
Yo no quiero que se sepa......
Sólo quiero ser...... su tío. (*Vase*)

ESCENA X

ROSARIO, *sola*

Ponerlo en una prisión;
Sin aire, sin luz tal vez
Como á un criminal soez

Que no merece perdón......
Con mezquindad reducirlo
A la pobreza más dura,
A una vida de amargura......
Nó, no debo permitirlo!
Incline yo la cerviz
Al yugo de la desgracia,
Si ella en mí su furor sacia,
Que él sea siempre feliz,
Debo partir, alejarme,
Sin asociarlo á mi suerte,
Y venga después la muerte
De mi desdicha á librarme
Sí, sí, sin verle me alejo......
Si le viera no tendría
Valor. (*Se pone el pañuelón*)
Vamos! Energía!
El corazón aquí dejo...... (*Se dirige á la puerta*)

ESCENA XI

Dicha y MAURICIO *que entra.*

ROSARIO — Ah! (*Se detiene turbada*)
MAURICIO — ¿Qué tienes tú?
ROSARIO — Yo...... nada!......
MAURICIO — ¿Salías?
ROSARIO — Sí, con premura.
MAURICIO — ¿Ibas?
ROSARIO — A cobrar la hechura.
Del traje aquel......
MAURICIO — Agitada
Estás......
ROSARIO — No!...... *Ap.* (Valor Dios mío)
No me detengas que estoy
De prisa
MAURICIO — (*Dándole la mano*) Vé, pues,
ROSARIO — (*Yéndose*) Me voy! (*Se pára*)
MAURICIO — Que vuelvas pronto confío

Para darte una noticia.
Ya tengo trabajo......

ROSARIO ¿Sí?
Ap. (Se sacrifica por mí
El pobre, y nada malicia)
Ya me dirás eso luego...... (*Sigue*)

MAURICIO Adiós......

ROSARIO Adiós!!!...... (*Vase*)

ESCENA XII

MAURICIO, *solo*

Con arrojo
Le avancé al alegre Cojo......
Ese trabajo es un juego!
Y ese taller fue creado,
Tal vez, para la indigencia,
Pues sirve de Providencia
Al pobre digno y honrado. (*Se sienta*)
Un doctor, cigarrillero!......
Gracioso, mas no es extraño,
Cuando se ve, cada año,
De médico al tabaquero.
Pausa
Me pareció conmovida
Esta niña ¿qué tendrá?
Tal vez tristeza le da
Consumir así su vida,
Pasando día tras día,
En posición tan dudosa,
Sin que pueda ser mi esposa,
Cuando ella es el alma mía.
(*Toma de la mesa la carta de Rosario.*)
Y aquí dejó este papel...... (*lo mira*)
Ah nó! Si no es de Rosario......
Algún suelto para el Diario
Que se le cayó á Manuel;
Cosas del sordo! Veamos:

Lee « Rosarito : *Ap*. (Ya va mal)
« Me interesa mucho, mucho,
« Sin falta ninguna hablar
« Con usted, hoy ó mañana,
« Sobre un asunto en que está
« Hondamente interesada
« Su propia felicidad.
« La portadora de ésta,
« En quien puede usted fiar,
« Le dirá la hora y sitio
« En que espero con afán.
« Feliz será usted, si me oye,
« Pues soy hombre de caudal,
« No un mediquín que no tiene
« Un sólo maíz que asar. »
Ap. (Ello es verdad) « Si no viene,
« Por algún temor quizás,
« Como el asunto interesa,
« En su casa me he de entrar,
« Porque me sobra derecho,
«(Que usted no me negará,)
« Para ir, cuando me plazca,
« Con usted á conversar.» (*Se levanta*)
¿ Quién en mi casa penetra
Con esto? ¿ Quién en asecho
Contra mí está ?...... No sospecho......
(*Mira el papel*) Aunque yo he visto esta letra......
Y ¿por qué está aquí esta carta ?—
Porque alguien se la entregó,
Y ella, alegre, la leyó,
De mi pobre amor ya harta......
Y ese alguien ¿quién puede ser?
(*Recorre la carta*) « La portadora de ésta »......
Sí...... sí...... Trabajo me cuesta
En tanta maldad creer.
Llego y turbada la encuentro
Y de honda agitación presa......
Y un grito da de sorpresa,
Porque al salir, ve que entro......
Su palidez...... aquel labio

Convulso, bien me decía
Lo que ni pensar podía
Sin hacerle negro agravio......
Será error!...... Yo me equivoco!......
Despeñarse esa mujer......
¿Ella?...... No! No puede ser......
Dios mío!...... Me vuelvo loco!

Mas no ahora mi amor hable,
Que en este instante supremo
Hablan los hechos!...... No temo
Declarar que ella es culpable!

Una carta que me insulta......
Una cita que me afrenta......
Un pretexto que ella inventa......
Un amor que ella me oculta......

Perdió la virtud su imperio,
Y ella hoy se precipita
A esa repugnante cita,
Rodeada de misterio.
Eso fue su turbación
Que no pude presumir!
¡Qué bien supo ella finjir
La más honesta pasión!......
Y ese derecho "que ella
No puede negar......" ¡Dios mío!
¡Qué proceder tan impío!
¡Cómo el honor atropella!
Rosario ¿por qué del trono
Bajas que erijió mi amor?
Y ¿no te impidió el rubor
Llegar á tanto abandono?......
¿Por qué me haces tanto daño
Mostrándote infiel, perjura?
¿Merecía mi ternura,
Tal burla, tal desengaño?......
Oh Dios! (*Lleva el pañuelo á los ojos.*)
Calla, corazón!
Avergüénzate y oculta
Tu pena! Calla y sepulta
Para siempre tu pasión;

Que el oprobio puésto asigna
A la mujer que se vende
Y al hombre que su honra ofende
Con debilidad indigna!
Quiero ser hombre, ser fuerte,
Y hacerle ver que me inspira
Sólo desprecio!...... ¡Mentira!
Corazón...... estás de muerte!
A pesar de todo, siento
Que la amo!...... Sí, la adoro!......
Cuando se pierde un tesoro
Se desborda el sentimiento......
¿Amarla aún?......No!...... Recobre
Sus fueros la dignidad......
¿Le sobra á ella maldad?
Que á mí, dignidad me sobre!
Tal es mi deber! Olvido
Absoluto! Escribiré
A mi tío, y le diré
Que me declaro vencido.
¿Llorar yo las ilusiones
Perdidas?...... No soy tan necio!......
¿Amarla yo?...... La desprecio......
Ya comprendí sus ficciones.
Dulces memorias...... adiós!......

ESCENA XIII

Dicho y Leopoldo *y* Manuel *que oyen la frase que antecede, después* Fulgencio, *que permanece de pié en la puerta, como atisbando.*

Leopoldo ¿Cómo? ¿De partida estás?
Manuel Y ¿á dónde diablos te vas?
Mauricio Voy...... de placeres en pos!......
Manuel ¿Qué es eso? (*Con extrañeza.*)
Mauricio (*Con ira.*) Tengo aquí dentro (*Señala el corazón.*)
Un volcán devastador!
Leopoldo Esos volcanes de amor
No hacen daño.

MANUEL Yo te encuentro
Algo así, como iracundo......
MAURICIO Alegre !...... La vida es corta !......
Un cadáver más ¿ qué importa ?
Eso ¿ qué le importa al mundo ?
Del placer es mi existencia......
Me caso!
MANUEL Pues haces bien.
LEOPOLDO ¿ Con quién te casas ?
MANUEL ¿ Con quién ?
Con Rosario......
MAURICIO (*En alta voz*) Con Clemencia!
LEOPOLDO ¿ Cómo así ?

ESCENA XIV

Dichos y FULGENCIO

FULGENCIO Sobrino mío!
(*Mauricio sale á su encuentro y lo abraza.*)
MAURICIO ¿ Usted aquí ?
FULGENCIO No hace mucho
Que he llegado......¿ Lo que escucho
Es cierto ? (*Pone en la mesa su bastón y su sombrero.*)
MAURICIO Muy cierto, tío......
Sí, me caso !......Le presento
Mis más queridos amigos (*Se dan la mano.*)
Que van á ser los testigos
De mi matrimonio......—Cuento
Con ello......—
MANUEL *Ap.* (*A Mauricio*) (Das un mal paso,
Mauricio. ¿ Qué cambio es ese ?
No temes tú que te pese ?)
MAURICIO Nada ! Me caso ! Me caso !
FULGENCIO Cuanto antes! Hoy mismo das
Aviso á la Prefectura
Y le hablas al señor Cura......
Ap. (Como no se vuelva atrás......)
Con que hoy mismo !......

MAURICIO Sí.
FULGENCIO Primero,
Debes llamar al Vicario
Para explorar......
MANUEL *Ap.* (*A Mauricio*) (¿Y Rosario?)
FULGENCIO Y debes andar lijero......
MAURICIO Sin duda alguna!......
LEOPOLDO *Ap.* (Preciso
Es impedirlo! Clemencia
Es mi amor, y á la obediencia
Sacrifica un compromiso
Que es mi dicha.)
MAURICIO *Ap.* (*A Leopoldo*) ¿Qué decías?
LEOPOLDO Nada!......No sé qué decir......
Ap. (Si no lo puedo impedir,
Adiós, ilusiones mías......)
FULGENCIO Yo iré á decir á mi amigo
Gregorio que nos aguarde
Hoy á las tres......no más tarde!......
Con que...... (*Coje su bastón y su sombrero.*)
MANUEL Bien!
FULGENCIO (*A Mauricio*) Tú irás conmigo......
MAURICIO Bien!......
FULGENCIO Ven, pues.
MAURICIO Ya voy.
MANUEL *Ap.* (*A Mauricio.*) (Confieso
Que no alcanzo á comprender......
¿Y tu ángel?......)
MAURICIO Era......mujer!
Ya te contaré todo eso!

CAE EL TALON

ACTO II

Sala de la casa de Gregorio. Lujo y profusión de flores.

ESCENA I

FULGENCIO Y GREGORIO.—*Fulgencio, de pié, recorre pausadamente el escenario, parándase de cuando en cuando, como lo indique el diálogo.*

FULGENCIO Nada, Gregorio, he triunfado!
Y en verdad, sólo me guía
El deseo de que un día
Sea feliz.
GREGORIO Te ha costado
Algún esfuerzo......
FULGENCIO No mucho......
CREGORIO Pero, como unido estaba
A esa mujer, yo dudaba......
FULGENCIO Pues yo venzo, cuando lucho!......
Mauricio estuvo renuente,
Y alarmado me tenía......
Pero de la noche al día
Convino.

Gregorio ¿Tan de repente?
Fulgencio Cuando llegué, mejor dicho,
Cuando él creyó que llegaba,
Me dijo que se casaba
Con tu hija.
Gregorio ¿Será capricho?......
Fulgencio Y por eso, en un asunto
Como éste, que, á lo que infiero,
Es de los más graves, quiero
El llanto sobre el difunto......
Aquí está......

ESCENA II

Dichos y Mauricio.

Este se muestra pensativo, y después de las primeras frases de cortesía, se sitúa en un extremo de la sala.

Mauricio Beso sus manos,
Don Gregorio......
Don Gregorio Bien venido! (*Lo abraza*)
Siempre nos hemos querido
Fulgencio y yo, como hermanos.
Mauricio Lo sé muy bien.
Gregorio Y colijo
Que por amistad tan fina,
Clemencia ha de sér sobrina
De tu tío, y tú, mi hijo!...... (*Lo abraza.*)
Fulgencio Infinito es mi contento,
Porque voy á ver cumplido
Mi anhelo de verte unido
A Clemencia, hacia quien siento
El más profundo cariño:
Tu enlace fue concertado
Por su madre y aceptado
Por mí, cuando eras un niño.
Tiene muchas cualidades

Clemencia! Será señora
Muy digna!

MAURICIO Sin duda!......

FULGENCIO Ahora
Se exploran las voluntades,
Ceremonia que he querido
Convertir en una fiesta,
Porque el motivo se presta
Al contento y al ruído,
Y mañana se pondrán
Los avisos y carteles......

GREGORIO Forzoso será que celes
Su despacho.

FULGENCIO Se darán
Los pasos, mas ¿por qué tanto
Tarda el cura? Se le habló
Para las cuatro y las dió
Ya el reloj!

MAURICIO No aún.

FULGENCIO Da espanto
La falta de exactitud!

GREGORIO En Caracas es así.....

FULGENCIO La puntualidad aquí
No es la principal virtud......
Es ya tarde......

MAURICIO Todavía
No es la hora.

FULGENCIO ¿Cómo no?

MAURICIO La hora que el reloj dió
Fueron las tres.

FULGENCIO Ah!......Creía
Que eran las cuatro!......Con todo,
En lo que ya dije insisto.

GREGORIO ¿Qué?

FULGENCIO Que aquí no se anda listo,
Y se falta, de algún modo,
A las citas. Mira tú!
Cuantas veces he tenido
Citas, el tiempo he perdido;
Por falta, ya de un *musiú*,

Ya de un señor Don *Fulano*,
A quien por más que se aguarde
De la mañana á la tarde,
Siempre se le aguarda en vano.
Oh témpora!

GREGORIO Majadero
Estás. En esa materia
Falta la gente más seria.

FULGENCIO ¿La seriedad es un fuero
Para faltar?

GREGORIO Tolerarse
Es un deber donde el mal
Es, como aquí, general
Y difícil de curarse.

FULGENCIO ¿Con que es así?......De manera
Que si un señor ó señora
Me señalara una hora
Para un asunto cualquiera,—
Las tres, por ejemplo,—yo
Debo inquirir, sin demora,
De ella ó de él, á qué hora
Son las tres en su reló?......
Pues allá en la tierra mía
Calculamos de otro modo,
Y en todo reloj, en todo,
Son las doce *al medio* día.

GREGORIO Así es! Oh! ¡Qué ocurrencia!
Voy por las damas.

FULGENCIO Sí, sí.
Tráigalas usted aquí,
Que quiero ver á Clemencia. (*Vase*)

ESCENA III

Dichos, menos GREGORIO.

FULGENCIO Mauricio......te considero
Muy contento.

MAURICIO Sí lo estoy......

ESCENA IV

DICHOS Y LEOPOLDO *que ha oído la última frase.*

LEOPOLDO (*Saludando á Fulgencio y á Mauricio.*)
Mis parabienes te doy......
FULGENCIO Ah! Sí, los merece......
LEOPOLDO [*Ap. á Mauricio*] (Pero......)
FULGENCIO Habrás de hacer muy dichosa
A tu mujer, á Clemencia,
Y así, tendrás en herencia
Mi fortuna, que es cuantiosa.
MAURICIO La verdad diré muy paso......
FULGENCIO ¿ Cuál ?
MAURICIO Que ni busco interés
Ni siento amor. Así, pues,
Me caso, porque me caso.
LEOPOLDO (*Ap. á Mauricio*) (Tengo que hablarte)
FULGENCIO El amor
Vendrá, vendrá con el trato:
Te casas, y luego al rato
Irás entrando en calor......
Poco á poco empieza el fuego......

ESCENA V

DICHOS Y CLEMENCIA Y GREGORIO. *Clemencia, notablemente pálida, y con aire de víctima resignada. Fulgencio sale á su encuentro.*

FULGENCIO La novia!......Yo soy tu tío,
Y que me quieras confío
Como á tal, eh?......
CLEMENCIA Desde luego. (*Se sienta*)
FULGENCIO Ya te he dicho ¿no es así ?
Que tu madre, amiga mía,
Desde tu niñez, un día
Fijó tu suerte.........
CLEMENCIA *Ap.* (Ay de mí !)......

FULGENCIO Este enlace fue su anhelo,
Fijó en él tu buena estrella,
Y debes creerlo, ella
Te bendice desde el cielo......[*Se pasea*]

LEOPOLDO *Ap. á Mauricio.*
[Es forzoso que difieras
Este asunto. Yo he sabido
Las razones que han influido
En Rosario......]

MAURICIO *Ap. á Leopoldo.* [¿ Sí ?......¿ De veras ?
Cuéntame, cuéntame todo,
Que ansioso estoy de saber
Si es muy mala esa mujer,
Si está sumida en el lodo......)
(*continúan hablando en voz baja*)

FULGENCIO [*Observando á Mauricio y á Leopoldo*]
Ap. [Secretos ?......Hum !......¿ Qué será
Lo que conversan los dos ?......
¡ Cuchicheos !...... ¡ Sabe Dios
Si de mí se tratará !......] [*Sigue paseándose.*]

CLEMENCIA *Ap.* [Dios mío, dame valor
Para obedecer sumisa,
Da á mi boca una sonrisa
Que disfrace mi dolor !......
¡ Qué tiranía !......]

FULGENCIO [*Parándose frente á Clemencia*] Sobrina !......
Oh ! Qué sobrina tan bella !
Niña más graciosa que ella
No la he visto, ni en Barina !
Anímate !......

CLEMENCIA *Ap.* [¡ Qué tormento !]

FULGENCIO Pronto al pié de los altares,
Coronada de azahares,
Prestarás el juramento
De hacerle feliz......[*Conversa con ella en voz baja*]

MAURICIO *Ap. á Leopoldo.* (Si fiel
Permanece y si una intriga
Ha sido todo, maldiga
Dios al infame !]

LEOPOLDO *Ap. á Mauricio* [Manuel

Fué á verla......]

FULGENCIO [*Separándose de Clemencia y situándose á corta distancia de ella*)

¡ Qué hermosura !
¡ Qué aire de señora tiene !
[*á Gregorio*] Pero, caramba ! ¿ No viene,
Por fin, el tal señor Cura ?

GREGORIO Es temprano !

LEOPOLDO Él es exacto,
Y á su tiempo estará aquí
Para oír el mutuo *sí*...... [*Mira á Clemencia.*]

CLEMENCIA *Ap.* [Oh Dios !]

LEOPOLDO Que precede al acto
Del matrimonio......Entre tanto,
A la dama venturosa
Que pronto ha de ser tu esposa
Preséntame, amigo......

GREGORIO *Ap.* [Cuánto
Atrevimiento !]

MAURICIO Sí, ven !
Ya te iba á presentar
A ella. ven á admirar
Sus gracias.

LEOPOLDO Vamos !

GREGORIO *Ap.* [Muy bien !
Y si los ojos no abro,
Me voy á encontrar, al fin,
Con que este mozo ruín
Va á hacerme algún descalabro......
Yo lo impediré.]

MAURICIO [*Llevando á Leopoldo*] Clemencia,
Aquí tienes un artista
Que con su pincèl conquista
Alto renombre ; la esencia
Del buen gusto......

LEOPOLDO No, señor......
No por el cariño mudes
La verdad......Mis aptitudes
Son las de un pobre pintor,
Y esta profesión humilde

Motivo es de que la gente
Halle manchas en mi frente,
Me dê la espalda y me tilde,
Y me desdeñe......

MAURICIO *Con sorpresa* ¿ Estás loco ?......
¿ A qué viene ?......

LEOPOLDO No por tí
Lo digo.........

CLEMENCIA ¿ Será por mí ?
Ap. (Qué amargura)

LEOPOLDO Nó ! Tampoco......
Lo que digo sólo indica
Que yo sé cuán poco valgo,
Y que quien me estima en algo
Me hace favor.

CLEMENCIA Significa
Que está usted como enojado......

LEOPOLDO ¿ Enojado ?...... No, señora......

CLEMENCIA ¿ Señora ?

LEOPOLDO Sí !

MAURICIO ¿ Por qué ahora
Ha de estarlo ? No haya enfado......

CLEMENCIA El artista siempre es
Quien honra con la amistad......

MAURICIO Sí, señor......

LEOPOLDO Tanta bondad
Me reanima......

MAURICIO Y así, pues,
No digas......

ESCENA VI

Dichos y MANUEL *que se sitúa convenientemente para saludar á las damas y á los caballeros, y á cuyo encuentro salen* GREGORIO *y* MAURICIO.—*Entre tanto,* LEOPOLDO *conversa en voz baja con* CLEMENCIA.

MANUEL (*A las damas*) Humilde criado
De ustedes.

GREGORIO (*Dándole la mano*) Muy bien venido.
MANUEL Caballeros!......
MAURICIO (*Echándole el brazo*) *Ap.* (Me has tenido
En ascuas, pues has tardado......)
MANUEL *Ap. á Mauricio.* (Hablaremos.)
GREGORIO (*Presentando á Fulgencio*) ¿No conoces
Al señor?—Este es "El Diario
de Avisos" (*Se dan la mano Manuel y Fulgencio.*)
MAURICIO *Ap. á Manuel.* [¿Viste á Rosario?]
MANUEL [*Mirando con sorpresa á Gregorio*)
Ap. [Este es capaz de dar coces!]
MAURICIO *Ap.* [Qué pasa?]
MANUEL [Calma!]
MAURICIO [*Llevándolo y presentándolo á Clemencia.*]
Un amigo
Querido, que te presento......
Hombre de claro talento......
MANUEL Mauricio...... yo te desdigo!
MAURICIO Lo dicho, dicho! Un poeta
Favorito de la Fama!
MANUEL No hay tal!......
MAURICIO [*Señala un libro que está sobre la mesa*]
Y este álbum reclama
Del cantor una cuarteta.
CLEMENCIA Por supuesto!
MANUEL Y él implora
Indulgencia.
CLEMENCIA ¿Para qué?
MANUEL Sin ella, no tocaré
El álbum de la señora......
CLEMENCIA Pues concedida! Y si el lujo
Permite el señor artista,
De una obra suya, una vista
Le pido, cualquier dibujo......
LEOPOLDO Desde luego! Si usted quiere,
La imagen de la falsía
Pintaré.
CLEMENCIA Nó!......
LEOPOLDO ¿La agonía
De quien desdeñado muere?

CLEMENCIA — Muy tétrico......
LEOPOLDO — Ah! Trazaré
En el álbum una escena:
La del que espira de pena
Porque perdió amor y fe.
CLEMENCIA — Muy triste! Pinte un paisaje
Del cual, en la lontananza,
Brille un rayo de esperanza
Allá entre espeso follaje.
MAURICIO — Magnífico!
MANUEL — El álbum, pues,
Y ya, manos á la obra,
Que buena voluntad sobra,
Si aptitud falta.
LEOPOLDO — Así es!
MANUEL — Vamos!
CLEMENCIA — Ahí está......
MANUEL — (*Cojiéndolo de la mesa.*) Qué bello!
LEOPOLDO — Y qué rico!
MANUEL — (*Hojeándolo.*) Está nutrido
De versos......
CLEMENCIA — Yo he escojido
Para mi álbum todo aquello
Que me ha parecido hermoso
Y de mérito.
MANUEL — (*Hojeándolo*) Es exacto!
Y usted, con muy fino tacto,
Ha hecho un libro precioso,
Un álbum interesante!
Yépez, el original,
Soublette, el cantor cabal,
El de la frase elegante;
Heraclio, cuyo talento
Crece y crece con los años,
Los dulcísimos Calcaños
Y el cantor del Firmamento!
No olvidó usted ningún bardo
Notable—esquisito gusto—
También están aquí Justo
Y el correcto y fácil Pardo

Que, sea dicho de paso,
De esdrújulos no se sacia:
Aquí está la aristocracia
De nuestro rico Parnaso!
[*A Leopoldo, dándole el álbum.*]
Leopoldo, no pierdas ripio
Y comienza.

LEOPOLDO — No me toca
Principiar.

MANUEL — Calla la boca
Y toma!

LEOPOLDO — Dá tú principio......

MANUEL — Sal tú primero del trance......

LEOPOLDO — No, mi amigo, tú, primero!
Vamos!......Yo seguiré......

MANUEL — Pero......

LEOPOLDO — Nada!

MANUEL — Pues haré un romance!
[*Se sienta á escribir*]
Ap. [Un album......es la escopeta
Con que, de un modo bizarro,
Le dan á boca de jarro
Un tiro á cualquier poeta......]
Vamos á empezar......

MAURICIO — *Ap.* [*á Manuel.*] [Procura
Concluir pronto]

MANUEL — *Ap.* [*á Mauricio.*] [Voy allá.]

FULGENCIO — [*Paseándose con impaciencia.*]
Haciéndose tarde va
Y no llega el señor Cura.

LEOPOLDO — No tardará en venir......

FULGENCIO — [*Parándose.*] Creo
Que tarda ya demasiado! [*Sigue paseándose.*]

LEOPOLDO — No hay tal.

MAURICIO — *Ap.* [*á Loopoldo.*] [Estoy angustiado
Y llegar al fin deseo.]

GREGORIO — *Ap.* [*á Fulgencio.*]
[Y á ese pintor que está ahí,
¿Quién lo trajo?]

FULGENCIO — *Ap.* [*á Gregorio.*] [¿Cuál pintor?]

GREGORIO *Ap.* [*á Fulgencio, señalando á Leopoldo.*]
(Ese mozo......ese señor......
¿Qué viene á buscar aquí?)

FULGEOCIO *Ap.* (*á Gregorio.*) (Amigo es de mi sobrino,
Según dice, y como tal......)

GREGORIO *Ap.* (*á Fulgencio.*) (Pues en él tiene un rival......)

FULGENCIO *Ap.* (*á Gregorio.*) (¿De peso?......)

GREGORIO *Ap.* (*á Fulgencio.*) (No, más opino
Que antes que mi enojo estalle
Y antes que él hable á Clemencia,
Lo pongamos sin violencia
De patitas en la calle.)

LEOPOLDO *Ap.* (¿De qué tratarán?......)

FULGENCIO *Ap.* [*á Gregorio*] [De vista
No he de perderlo un momento,
Y á su propio pensamiento
He de seguirle la pista......
Ya veremos......] [*Continúa paseándose.*]

MANUEL [*Escribiendo*] [Sí, muy bueno.]

FULGENCIO [*Parándose frente á Gregorio*]
Mándale al Cura una esquela.

MANUEL [*Leyendo lo que escribe*]
"Y fuera del nido vuela
Llevando en su casto seno"......
Está bien!

FULGENCIO *Ap.* [*á Gregorio*] [Y te parece
Que ella acepta?......]

GREGORIO *Ap.* [*á Fulgencio*] [No!]

MANUEL [*Leyendo*] "Los dos
Fueron unidos por Dios......

FULGENCIO [*Mirando de reojo á Manuel*]
Vamos! Mi impaciencia crece......

MAURICIO *Ap.* [*á Leopoldo.*] [Dices que Rosario no
Acudió á la cita aquella?]

LEOPOLDO *Ap.* [*á Mauricio*] [Y que es fútil tu querella.]

MAURICIO *Ap.* [*á Leopoldo*] [¿Sin duda?......]

LEOPOLDO *Ap.* [*á Mauricio*] [Lo juro yo!]

MAURICIO *Ap.* [*á Leopoldo*] [La angustia me despedaza
El corazón.]

LEOPOLDO *Ap.* [*á Mauricio*] [Calma, amigo......]

MAURICIO ap. (a Leopoldo) (No puedo......)
LEOPOLDO ap. (á Mauricio) (Calma, te digo......)
MAURICIO Ap. [á Leopoldo] [Me asesina tu cachaza.]
MANUEL [Leyendo] " No temas, que Dios es justo,
En él confìa "......
FULGENCIO Ap. [Me carga
Esa charla que va larga......
Soy capaz de darle un susto......]
CLEMENCIA Ap. [Dios mío!...... Qué sacrificio
Tan grande...... tan doloroso!......
Leopoldo es de mi alma esposo,
Y ¿ he de aceptar á Mauricio ?......
Más bien la muerte!]
MANUEL [Leyendo lo que escribe] " Valor!......
Y pon en Dios la confianza."—
Muy bien ! [Leyendo] " La fe siempre alcanza
Lo que no alcanza el amor."
Bien !
MAURICIO Ap. [á Leopoldo] [Ninguna razón veo,
Siendo, como es, inocente......) *Siguen hablando bajo.*
FULGENCIO ¡ Qué cachazuda es la gente
Que vive del solideo !......
MANUEL [á Clemencia]
Un consonante de potro......
Su falta, seguir me impide......
" Ella...... ¿ por quién se decide? "
¡ Consonante !...... por...... el......
CLEMENCIA Otro.
MANUEL Muy bien ! Quedó un poco duro
El verso ! " Y se va, volando "......
FULGENCIO Cuidado si yo lo hablando......
MANUEL [á Fulgèncio] ¿ El verso ?...... Yo lo procuro. [Sigue escribiendo]
MAURICIO [á Leopoldo] [¿ Por qué no me dijo nada
Manuel y consentir pudo
En todo esto ? [siguen hablando]
FULGENCIO (Paseándose) Ya yo sudo
De impaciencia......
MAURICIO Ap. (á Leopoldo) (Desdichada
Mujer ! Mejor es dar punto

Violentamente á este acto,
Pues ya es imposible el pacto
Matrimonial.)

LEOPOLDO *Ap.* (*á Mauricio*) (Este asunto
Va á terminar. Ten paciencia.)
Ap. (Y bien ! ¿ Ella se casaba
Por amor, ó sólo daba
Su mano por obediencia ?
¡ Terrible duda que agobia
Mi alma, que me tritura
El corazón !...... ¡ Qué amargura !
Ella, de otro hombre la novia !)

FULGENCIO Ya no puedo más !

MANUEL [*Leyendo*] " La rabia
Iba á matarle muy pronto......"

FULGENCIO [*Parándose detrás de Manuel*]
¿ Que está diciendo este tonto ?

MANUEL [*Leyendo*] " La naturaleza sabia
Los liberta de un percance......
Él alzó el vuelo......"

FULGENCIO [*A Manuel, tocándole el hombro*] Mi amigo,
¿ Qué dice usted ?

MANUEL [*Poniéndose de pie*] ¿ Es conmigo ?......
Digo...... que concluí el romance.

CLEMENCIA ¿ Le concluyó ? Pues ahora
Léalo usted !

FULGENCIO Te aseguro,
Sobrina, què no hay apuro......

CLEMENCIA Sí, léalo......

MANUEL [*Inclinándose*] Bien, señora !

FULGENCIO *Ap.* [No sé cómo no le aplico
Al pnnto una buena tanda......]

CLEMENCIA Lea usted !

MANUEL [*Inclinándose*] Usted lo manda......

CLEMENCIA Yo no mando...... yo...... suplico......

FULGENCIO *Ap.* [Si habremos venido aquí
A explorar las voluntades,
O á escuchar las necedades
De un poeta baladí.]

MANUEL Señora...... de nuevo pido
Indulgencia......

CLEMENCIA ¡ Qué modestia !
MANUEL *Ap.* [Si este viejo no es un bestia,
No hay nada más parecido.]

"ROMANCE

Amaba una paloma
Con inocente amor
A un compañero suyo
Como jamás se amó,
Y plácidos proyectos
Formaban ellos dos
Teniéndose por libres
Bajo la luz del sol.
Mas ah ! que se engañaban,
Pues la soberbia alzó
Barrera inexpugnable
Que nunca opuso Dios.
El era de alta estirpe
Con plumas tornasol,
Y ella sólo tenía
El brillo del honor,
Que no es joya preciada
Entre las aves, hoy
Que los profusos nidos
Orgullo y gloria son.
El padre de él, soberbio,
Su santo amor turbó
Y rebosando en ira
Los separó á los dos,
Fijando en arbol nuevo
Del hijo la mansión,
Muy lejos de su amada
Que en orfandad quedó.
"Pobre de mí "—decía
Ella con triste voz,
Llorando su infortunio,
Pensando en su amador.
" Pobre de mí ! Dios mío !......
« Cuán desgraciada soy !
« ¿ Por qué si amar no debo,
« Me disteis corazón ?

« ¿ Por qué de amor la llama
« Aquí prendisteis vos,
« Si amar me está vedado,
« Si amar no debo yo? "
La brisa, entre sus alas
De aroma embriagador,
Las tristes quejas de ella
Llevábase veloz ;
Y suspirando amores
De un árbol en redor,
Vertíalas fielmente
Al despuntar el sol.
Y oyendo el triste amante
Del céfiro la voz,
¿Quién nos separa ?—dice,
Si Dios nos enlazó ? "
Y tras el dulce arrullo
Con que él invoca á Dios,
El vuelo alza gozoso,
Eu busca de su amor. "

CLEMENCIA Es muy lindo ese romance.
FULGENCIO No soy yo de tu opinión
CLEMENCIA ¿Por qué, si estos versos son
Muy bellos ?
FULGENCIO Tal vez no alcanzo
A estimarlos ; pero yo
Sé lo que digo.
GREGORIO Fulgencio,
Mejor es guardar silencio,
Pues no entiendes de eso
FULGENCIO No !
Lo dicho, dicho ! En materia
De versos, yo nada entiendo......
GREGORIO Y entonces ?
FULGENCIO Pero estoy viendo
Una tramoya...... muy seria.
GREGORIO Tú ves visiones......
MANUEL [*á Leopoldo*] Te toca
A tí ahora.

CLEMENCIA Sí, señor......
Llegó el turno *del*...... *pintor*......
Vamos á ver, pues......
LEOPOLDO No es poca
La honra; mas he pensado
Que en una pintura mía,
Aunque pura fantasía,
Puede el señor...... (*señala á Fulgencio*)
FULGENCIO No hay cuidado!
Empiece usted, que pintar
No es lo mismo que escribir,
Y siempre podré decir
Mi opinión......
MANUEL (*á Leopoldo*) Pues á empezar!
LEOPOLDO Voy allá...... (*Se pone á dibujar.*)
FULGENCIO Por santa Eufemia!
Primero,...... literatura......
Después...... clase de pintura......
Se ha vuelto esto una Academia
De bellas artes...... *Ap.* (*á Gregorio*) (Te digo
Que este hombre......)
GREGORIO *Ap.* (*á Fulgencio*) (¿Cuál?)
FULGENCIO *Ap.* [*á Gregorio*] [El pintor......]
GREGORIO *Ap.* [*á Fulgencio*] [¿Qué tiene?]
FULGENCIO *Ap.* [*á Gregorio*] [Le hace el amor
A Clemencia.]
GREGORIO *Ap.* [*á Fulgencio*] [No, mi amigo!......
En verdad, se amaron; pero
En el corazón de ella
Ni siquiera quedó huella
De aquel amor pasajero......
No temas nada......]
MANUEL *Ap.* [*á Mauricio*] [No hay duda......
Ella es un ángel.]
MAURICIO *Ap.* [Dios mío!......]
MANUEL *Ap.* [*á Mauricio*]
[¿Que piensas hacer?]
MAURICIO *Ap.* (*á Manuel*) [Ansío
Verla; quiero que me liguen
A ella los santos lazos,

Para que olvide en mis brazos
Las penas que la persiguen.
¿Con que la carta es de él?......
Toda esa carta me explica!
¡Cuando ella se sacrifica
Yo, ciego, la llamo infiel!

MAURICIO *Ap. á Manuel.* [Y ¿cómo fue que supiste?......]

MANUEL *Ap. á Mauricio.* [Por casualidad! La ví
En la calle y la seguí......
Tenía un aire tan triste!......
Estaba de tal manera
Llorosa, abatida, mustia,
Que me acerqué con angustia......
Un mar de lágrimas era!
¿Por qué así llorosa vas?
La dije;—guardó silencio......
Nombró luego á Don Fulgencio......
Yo adiviné lo demás.]

MAURICIO *Ap. á Manuel.* [Él la hizo aparecer
Como culpable á mis ojos......
Yo me postraré de hinojos
A los piés de esa mujer......]

MANUEL *Ap. á Mauricio.* [Más bajo que puede oír
Tu tío que algo recela......]

FULGENCIO *á Gregorio.* [Si no envías una esquela
Al Cura, tendré que ir
A buscarlo, pues ya tarda
Demasiado!]

GREGORIO Mandaré
Por él...... (*Vase.*)

ESCENA VII

Dichos, menos GREGORIO

MAURICIO *Ap.* (*á Manuel.*) (Se lo impidiré......)

MANUEL (*Conteniéndolo.*) (No, Mauricio......)

LEOPOLDO (*Levantándose de la silla y acercándose á Mauricio.*)
(Aguarda, aguarda!......

Vendrá tarde, ya está impuesto......) (*Se vuelve á su silla á continuar su dibujo.*)

FULGENCIO Muy mal camino lleva esto......

MANUEL [*á Mauricio.*] [Todo se va á decidir......]

MAURICIO [*á Manuel.*] [Me desespero......]

MANUEL [*á Mauricio.*] [Paciencia......
Esperar es necesario......]

MAURICIO *Ap.* [Cuánto sufrirá Rosario !......]

MANUEL *ap. á Maricio.* [Ya saldremos de Clemencia.]

MAURICIO *á Manuel.* [Bien ! Pero ¿ cómo salir
De esta niña y de este enredo
En que me hallo ?...... Tengo miedo
De que puedan ocurrir
Disgustos......]

FULGENCIO Yo no me explico
El retardo del Vicario.
Oh ! Qué Curas !

MAURICIO *á Manuel.* [Y Rosario
¿ Dónde está ?]

MANUEL *á Mauicrio.* [Paciencia, chico !]

FULGENCIO No, señor, no me acomodo
Con esta calma maldita:
Para las tres le dí cita......
¿ Así es en Caracas todo
El mundo ?......

LEOPOLDO Calma !

FULGENCIO Yo veo
Que todos con calma están
Y que así vienen y van
A uno y otro cuchicheo......
No soy ciego.........

MAURICIO [*á Manuel.*] [¿ Qué te indujo
A callar así ?]

MANUEL [*á Mauricio.*] Buscaba
La verdad.]

FULGENCIO Siguen !......No acaba
De venir !......

LEOPOLDO [*Levantandose.*] Ya está el dibujo !
Helo aquí !—[*Se acerca a Clemencia á quien habla aparte :*]
[¿ Me amas ?]

CLEMENCIA — Sí!
LEOPOLDO — [¿ Y todo esto ?......]
CLEMENCIA — [Obedecía.
A mi pesar]
LEOPOLDO — [¿ Eres mía ?......]
CLEMENCIA — [¿ Dúdas ?]
LEOPOLDO — [Sí......]
CLEMENCIA — (¿ Dudas de mí ?)
LEOPOLDO — (Ah! por fuerza......)
CLEMENCIA — (El sacrificio
Te ofrezco de cuanto valgo......
De todo......)
FULGENCIO — *Ap.* (Es claro, aquí hay algo......)
CLEMENCIA — (Tuya soy, no de Mauricio......
Te amo.)
LEOPOLDO — (Y ¿ tendrás valor
Para resistir ?)
CLEMENCIA — (Me sobra,
Que el corazón fuerzas cobra
Cuando lo llena el amor......)
FULGENCIO — *Ap.* (Y la requiebra......)

ESCENA VIII

Dichos y GREGORIO

LEOPOLDO, *al ver á* GREGORIO, *se aleja de* CLEMENCIA

GREGORIO — Un criado
Fue á buscarlo.
FULGENCIO — Bien.
CLEMENCIA — (*Viendo el dibujo*) ¡ Qué bella!
MANUEL — *Ap.* (*á Mauricio, después de ver el dibujo*)
(Ahora se trata de ella......
Veremos el resultado.)
CLEMENCIA — ¡ Qué dulce fisonomía!
¡ Qué bien pintada cabeza!
Mira, papá, qué belleza!
Esta es la Virgen María!
GREGORIO — (*Tomando en su mano el álbum.*)

Así se puede decir......
Mira, Fulgencio......

FULGENCIO (*al ver el dibujo*) ¿ Qué es esto ?
(*Arroja el álbum sobre la mesa.*)
¿ Qué ha pintado usted ?

GREGORIO (*Riéndose y cojiendo un álbum*) Apuesto
Que ahora vas á decir
Qué esta cara no es preciosa......

FULGENCIO (*á Leopoldo*) ¿ Qué ha pintado usted ?

LEOPOLDO La cara
De un ángel !

FULGENCIO Que la borrara
Quisiera.

GREGORIO Vaya ! Qué cosa !
Qué peregrina ocurrencia !

FULGENCIO Es grosera villanía
Poner tal fisonomía
En el álbum de Clemencia.

LEOPOLDO ¿ Cómo ?

GREGORIO Pero......

LEOPOLDO Le aseguro
Que el rostro que así le espanta
Es el rostro de una santa,
El rostro de un ángel puro.

FULGENCIO Y yo en lo que dije insisto......

MANUEL *Ap.* (Hemos entrado en materia.)

MAURICIO *Ap.* (Temo una disputa seria.)

FULGENCIO Pintar eso !...... Habráse visto......
Borre usted esa pintura !

LEOPOLDO ¿ Qué ?......

FULGENCIO (*Con ira*) Que la borre......

LEOPOLDO (*Con calma*) Eso no !......

FULGENCIO Pues entonces, lo haré yo ! (*Coje el álbum y le arranca la hoja que magulla entre sus dedos y arroja al suelo.*
Véala usted......

GREGORIO ¡ Qué locura !
¿ Por qué arrancas esa hoja,
Fulgencio ? ¿ Qué es lo que has hecho ?

FULGENCIO Porque estoy en mi derecho......
Y en fin...... porque se me antoja !

LEOPOLDO Yo siempre á todo me amoldo ;

Mas se engaña usted, si piensa
Que he de recibir su ofensa
Sin rechazarla.

MAURICIO [*Interponiéndose*] [Leopoldo......
Él es mi tío .....

LEOPOLDO [Es muy grave
La injuria.]

MAURICIO (No te desdigo......
Pero, si tú eres mi amigo,
Olvídala, que él no sabe
Lo que ha hecho)

LEOPOLDO [Me ha injuriado
De muerte]

MAURICIO (Yo me coloco
En tu lugar !...... pero invoco
Tu amistad...... El se ha exaltado......)

LEOPOLDO (Me ha ultrajado......)

MAURICIO (No lo niego......)

LEOOOLDO [De una manera cruel......]

MAURICIO [Convenido...... pero él
Es mi tío...... y yo te ruego......
Tú sabes que á un padre miro
En él...... Su acaloramiento......
Perdona !

LEOPOLDO Por el momento
Te complazco !
Me retiro. (*Vase.*)

ESCENA IX

Dichos, menos LEOPOLDO

CLEMENCIA [Oh Dios mío!...... Es cosa clara......
Se batirán......]

FULGENCIO (*paseándose*) ¿ Hay paciencia
Para tamaña insolencia ?

GREGORIO Y ¿ de quién es esa cara ?

FULGENCIO De una mujer dada al vicio......
De una muchacha perdida
(*en voz baja*) (Que sabes es...... la querida

De mi sobrino Mauricio)
GREGORIO Ah !)*Habla en voz baja con Clemencia.*)
FULGENCIO Pues !......
MAURICIO (*dando un paso adelante*) Mentira !
MANUEL (*conteniéndolo*) (Silencio......)
MAURICIO ¡ Qué infamia !
MANUEL Déjame hablar
Que espero me ha de escuchar
Con atención don Fulgencio.
FULGENCIO No quiero.
MANUEL (*suplicando*) Señor !......
FULGENCIO No puedo !......
MANUEL Si lo que voy á decir......
FULGENCIO Es sin duda algún enredo !
MANUEL Oigame !......
FULGENCIO Hable......
MANUEL Hay un error
En todo esto......
FULGENCIO ¿ Cómo así ?
MANUEL Error ó engaño que aquí
Nos trajo......
FULGENCIO Hágame el favor
De explicármelo......
CLEMENCIA (*á Gregorio*) (Así pues,
Está roto el compromiso,
Y que recobre es preciso
Mi libertad, pues ya ves
Que......
GREGORIO (*á Clemencia*) (No, señora......)
FULGENCIO [*á Manuel*] Veamos
Qué me va usted á decir......
CLEMENCIA (*á Gregorio*) [Mas ......]
GREGORIO [*á Clemencia*] [Te casas !] [*continúa hablando en voz con Clemencia*]
MANUEL [*á Fulgencio*] Me ha de oír
Con toda calma.
FULGENGIO Bien ! Vamos !
Hable !......
MANUEL Bueno pues...... Mauricio
Por casualidad leyó
Una carta que encontró

En su casa, que, á su juicio,
Era una prueba evidente
De la más negra perfidia,
Sin sospechar que la insidia
La había escrito.

FULGENCIO *Ap.* (Insolente!......)
Pero, si no me equivoco,
De un error me hablaba usted......

MANUEL Dispénseme la merced
De oír...... Vamos poco á poco......
La tal carta era una cita
Dada al ángel de su amor,
Con lenguaje de amador
Que obediencia solicita;
De tal modo redactada,
Escrita de tal manera,
Cual escribirla pudiera
Algún amante á su amada:
Y así, cuando hubo leído
La carta, en su candidez
Pueril, juzgó que otra vez
Ella habría recibido
Otras más, y, en fin, creyendo
Que aquella santa mujer
Olvidaba su deber,
Resolvió un crimen horrendo......
Sí, crimen! ¿Pero de quién
Era la insidiosa carta?

FULGENCIO Prosiga usted con su sarta
De cuentos.

MANUEL Está muy bien.—
De un hombre que un sacrificio
Impuso á aquella mujer,
Forzándola á aparecer
Como una mujer sin juicio,
Con lo cual él intentaba
Llenar su nombre de lodo
Para lograr de este modo
Que el hombre que la adoraba
La olvidara.—El infeliz,

Creyendo en tal extravío,
Quiso aparentar desvío
Y arrancarse de raíz
Su afecto ; y en su dolor,
Fingiendo desdén al hecho,
Se iba á casar, por despecho,
Se iba á casar, sin amor.

FULGENCIO Basta, que no quiero oír
Más nada sobre este punto :
Este enlace es un asunto
Resuelto. ¿ Qué hay que decir ?
¿A qué viene su esquivez ?
¿Acaso no vale nada
Una palabra empeñada
Por mí, desde su niñez ?
Y si obcecado Mauricio
En contrariarme se empeña,
No olvide que me desdeña
Sólo en su propio perjuicio,
Y que á su capricho fútil
Me opongo, á fuer de Fulgencio !

MAURICIO No es un capricho......

EULGENCIO Silencio !
Su resistencia es inútil,
Y usted su infortunio labra
Contrariando mi querer.

(*Clemencia acercándose a Mauricio, seguida de Gregorio que trata de disuadirla.*)

CLEMENCIA (*A su padre*) Sí.

GREGORIO (*A Clemencia*) No señor !

CLEMENCIA Mi deber !
(*A Mauricio*) Te devuelvo tu palabra
Mauricio, y no hay que temer
Que puedas haberme herido,
Ni levemente ofendido
En mi orgullo de mujer ;
No, Mauricio, tu desvío
Pena no debe causarte,
Pues yo, por fuerza, iba á darte
Un corazón que no es mío.

Fuerza es decirlo, mi padre
Me obligaba noche y día......
Yo, de miedo, obedecía......
Ya se ve...... no tengo madre......
Y uno y otro un sacrificio
Ibamos á consumar......
Pues yo no te puedo amar,
Ni tú me amas, Mauricio.
Así, cree que mientras vibre
Una fibra aquí en mi pecho,
A mi gratitud derecho
Siempre tendrás...... Eres libre.
[*Vase con damas y caballeros.*]

ESCENA X

Dichos, menos CLEMENCIA *y acompañantes.*

GREGORIO No puede ser ..... Está loca
Esa muchacha.
MAURICIO *á Gregorio.* Mi mano
No me pertenece, en vano
Querrá usted......
FULGENCIO *á Mauricio.* Calla la boca!
GREGORIO Lo veremos.
FULGENCIO A tu suerte
Te abandono. Sí, conmigo
No cuentes. Como lo digo
Lo cumpliré hasta la muerte.
MANUEL Medite, medite un poco......
FULGENCIO No soy muchacho de escuela......
MANUEL No señor.........
FULGENCIO ¿Quién le dió vela
Para este entierro?
MANUEL *Ap.* [Está toco......] [*Toma su sombrero.*]
FULGENCIO *á Mauricio.* Voy á vengar los agravios
Que me has hecho.
GREGORIO Sorprendido
Estoy!......¿En dónde ha aprendido

Mi Clemencia estos resabios?.........
[*Mirando hacia el interior.*]
Ya llegó el Cura!......Y ahora
¿Qué se le dice?

FULGENCIO ¿Ha llegado?

GREGORIO Está ahí...... Se le ha llamado......

FULGENCIO Y llega á muy buena hora!.........

GREGORIO No es culpa mía.

FULGENCIO ¡Qué tino
Tiene él...... Por santa Rita!
Ya nadie le necesita......
Váyase por donde vino!.........

CAE EL TELON

ACTO III

—

Decoración del primer acto.

ESCENA I

MAURICIO, *sentado, con aire abatido*

Leopoldo y Manuel quisieron
Ir á buscarla......¡ y no vienen !
Oh ! Cuán poco interés tienen !
Hace tres horas que fueron......
Me inquieta ya su tardanza......
¿ Qué habrá ? (*Se levanta al ver a Leopoldo.*)

ESCENA II

Dicho y LEOPOLDO

LEOPOLDO Mauricio, valor !
MAURICIO ¿ Me anuncias nuevo dolor
O me traes la esperanza ?

LEOPOLDO No sé qué decirte amigo......
MAURICIO ¿Que no viene?...... (*Con tristeza*)
LEOPOLDO No digo eso......
MAURICIO (*Con animación*) Entonces, de su regreso
Me hablas......
LEOPOLDO No, lo que digo
Es que la ví. que la hablé,
Que Manuel también la habló,
Pero que......
MAURICIO Pues iré yo
A buscarla......
LEOPOLDO Espera......
MAURICIO Iré
Yo mismo...... Estará enojada,
Y á fe que tiene razón,
Pues la herí en el corazón
Juzgándola mal.
LEOPOLDO No hay nada
De eso.........
MAURICIO Se siente ofendida,
Y mi falta no perdona......
Ella al dolor me abandona,
Y aún conservo la vida!......
Ah! cuánto á cada momento
Me aflije su triste ausencia,
Que hace falta á mi existencia
El perfume de su aliento!
Humilde, dulce, sencilla,
¿Por qué mi fatal estrella
Me indujo á dudar de ella?......
Fue aquello una pesadilla!......
Así lo quiso la suerte
Que en perseguirme se empeña
Y que, sin cesar, me enseña
Que mi dicha está en la muerte......
LEOPOLDO ¿Qué dices?......
MAURICIO Ah!......Tal sospecha
Por aquella carta odiosa......
LEOPOLDO Era, en verdad, sospechosa,
Y un celoso no desecha

Jamás el menor indicio
Para mostrar torvo ceño
Y entregarse, con empeño,
A algún temerario juicio.

MAURICIO Tienes razón......Temerario
Pensamiento !......Maldecido
De mí ! Ah ! De eso ha nacido
El desamor de Rosario......
Dudar de su rectitud,
Leopoldo......¡ qué iniquidad !
Dudar de su santidad
Es negar toda virtud.
Y por eso á mi reclamo
No acude......

LEOPOLDO Nó !

MAURICIO Llegué á ser
El novio de otra mujer !......

LEOPOLDO Que no amas ?......(*con interés*)

MAURICIO Que no amo,
Que nunca amé.

LEOPOLDO ¿ No ?

MAURICIO Tú sabes
Que si casarme intenté
Con Clemencia, sólo fué
Por.........

LEOPOLDO Por motivos muy graves......

MAURICIO Y ella, por tanto......

LEOPOLDO Ella ignora
Tus sospechas, tu intentado
Enlace......

MAURICIO Pero ha rehusado
Venir......

LEOPOLDO Con todo, te adora......

MAURICIO Mas......

LEOPOLDO Nada sabe, Mauricio ;
Y si se niega á venir
Es porque quiere cumplir
Un horrible sacrificio
Al cual la mandan se ciña.

MAURICIO ¿ Cómo ? Mas ¿ por qué mi ruego

Desoye?

LEOPOLDO Con amor ciego,
Como antes, te ama esa niña;
Mas, por desgracia, aparece
Dando muestras de desvío,
Porque ella teme á tu tío
Cuyo mandato obedece.

MAURICIO ¿Cierto?......

LEOPOLDO Si mal no entendí,
Ingenuamente confiesa
Que él le arrancó la promesa
De separarse de tí,
Sin pensar más en tu amor;
Con lo cual quería él
Que hiciera ante tí el papel
De una mujer sin pudor;
Le dijo que te pondría
En oscura cárcel, si ella,
Rivalizando á otra bella
Tu matrimonio impedía;
Y Rosario, intimidada
Con la palabra prisión,
Destroza su corazón
Y vive de tí apartada;
Pero te quiere ella tanto,
Y tanto su alma ha sufrido
Hoy, que en su faz ha nacido
La palidez del quebranto......

MAURICIO ¡Pobre muchacha! Y ¿á dónde
Se ha ido?...... Yo mismo iré
A buscarla, y la traeré......
¿En qué lugar, dí, se esconde?
¿Dónde está?

LEOPOLDO Toda tu ciencia
Adivinar no te hará
El retiro de ella...... Está......

MAURICIO ¿Dónde?

LEOPOLDO En la Beneficencia!

MAURICIO ¡Dios mío!...... Voy al instante,
Que no puedo estar tranquilo,

Si ella se halla en ese asilo
Como mujer mendicante......
Vamos! (*Se dispone á salir.*)

ESCENA III

Dichos y MANUEL, *en cuyo brazo se apoya* ROSARIO, *densamente pálida.*

MANUEL — Por fin, ya está aquí.
LEOPOLDO — Gracias á Dios!
MAURICIO — (*Yendo á su encuentro*) Alma mía!
ROSARIO — ¿Y tu herida?
MAURICIO — ¡Qué alegría!
ROSARIO — ¿Y no estás herido?...... Dí......
MAURICIO — ¿Herido?
ROSARIO — Sí......
MAURICIO — Tú, Rosario,
Sí estás mortalmente herida......
ROSARIO — ¿Yo?...... ¿Cómo?......
MAURICIO — ¿Estás ofendida
Con mi juicio estrafalario?......
Tienes razón! Con mis celos
Te ultrajé, sin comprender
Que no eres una mujer,
Sino un ángel de los cielos.
Dudar de tí.......
ROSARIO — No comprendo
Lo que me dice tu labio......
¿Qué pasa?
MAURICIO — Mortal agravio
Llegué á hacerte yo, creyendo
Que eras...... desleal......
ROSARIO — (*Con tristeza*) Y ¿piensas
Eso de mí?......
MAURICIO — Lo pensé......
Por eso de tí dudé......
Perdona tales ofensas!
Perdona que tu decoro

Pusiera en tela de juicio......
ROSARIO ¿En algo falté, Mauricio?......
Si así es, mi falta lloro......
MAURICIO Aquella carta maldita
Causa fue de tanto daño.
ROSARIO ¿Qué carta?
MAURICIO De un modo extraño
Te daba imperiosa cita.
ROSARIO ¿Qué dices?
MAURICIO Te ví salir
Luego, presurosa, mustia,
Llena de ansiedad, de angustia,
Y llegué hasta presumir,
En mi loco desvarío......
Que tú......
MANUEL (*á Mauricio*) Vamos, basta, cesa......
LEOPOLDO No sigas.....
ROSARIO ¿Qué carta es esa?......
Sí, ya sé...... la de tu tío.
LEOPOLDO Exactamente!
MAURICIO Que aquí
Encontré, cuando saliste.
ROSARIO ¿Y dice?......
MAURICIO ¿No la leíste?
ROSARIO Nó, amigo, no la leí.
MAURICIO Dios de poder infinito!. ....
Tú ignoras la alevosía
De esa carta, y la tenía
Yo por cuerpo del delito.
Y fue tanto mi despecho,
Me sentí tan dolorido,
Que quise darte al olvido,
Que creí tener derecho
Para......
LEOPOLDO Ya basta!
MANUEL No más!......
ROSARIO ¿Dudas aún?
MAURICIO Me arrepiento
De haber dudado un momento,
E imploro tu gracia...... ¿Estás

Sentida ?.......Ningún encono
Me guardes que yo te amo
Y de rodillas reclamo
Tu perdón.

ROSARIO (*Levantándolo.*) Sí, te perdono......

MAURICIO Gracias, gracias...... (*Le besa la mano.*)

ROSARIO Para amar
Tengo alma en que no cabe
El rencor ; amar no sabe
Quien no sabe perdonar.
Oh Dios mío !......

LEOPOLDO á *Rosario* No quisiste
Darme el placer de venir
Conmigo......

ROSARIO (*Haciendo esfuerzo para hablar*) ¿ Qué he de decir ?

MAURICIO *Ap.* (Oh Dios !......qué aspecto tan triste !......)

ROSARIO Me dijeron que una herida
Que recibiste en el pecho
Te había llevado al lecho
Y amenazaba tu vida,
Y he venido......

MAURICIO ¡ Qué buena eres !......
Por fortuna, no hay tal cosa......
¿ Quién dijo tal ?......

ROSARIO á *Manuel* ¡ Qué graciosa
Mentira, Manuel !

MANUEL á *Mauricio* ¡ Qué quieres !......
Como estaba tan rehacia
Para venir...... Ha venido,
Porque creyó hallarte herido......

LEOPOLDO á *Manuel* Tú, siempre de juego !......

MANUEL á *Mauricio* En gracia
Del propósito, perdona
La mentira. La invención
Fue torpe ; más la intención
Que á ella me indujo, me abona,
Pues sin la herida......

ROSARIO (*Demudada*) Es verdad......
Vine á asistir...... á Mauricio......
A ejercer aquí el oficio

De hermana de caridad......
Yo...... . que me siento........ morir.......
(*Cae sin sentido en una silla y todos acuden á socorrerla, formando grupo á un extremo del escenario, distante de la puerta de entrada.*)

MAURICIO Rosario !........ Las emociones
Agovian ya sus pulmones......

MANUEL ¿ Por qué la obligué á venir ?
Hice mal !......

MAURICIO Se ha desmayado......

LEOPOLDO ¿ Qué hacemos ?

MANUEL ¡ Cuánto ha sufrido !......

LEOPOLDO ¿ Y es cosa seria ?

MAURICIO (*Tomando el pulso*) Un vahido......

MANUEL Un médico ! (*Coje el sombrero.*)

MAURICIO No hay cuidado
Todavía...... Aguarda !...... Pulso
Tenue...... laxitud extrema......
Tiene afectado el sistema
Nervioso, que está convulso......
No es gran cosa por ahora;
Mas si pronto no hace crísis
Este mal......

LEOPOLDO ¿ Qué mal ?

MAURICIO (*Con expresión de dolor.*) La tisis,
Que la amenaza traidora
Y que ya sus bronquios hiere ;
Si no cambia, temo mucho......

MANUEL Mauricio ¿ qué es lo que escucho ?......

MAURICIO Si no hay un cambio, se muere.

MANUEL Pues voy de un médico en pos,
Porque aunque tú eres del arte......
Tú puedes equivocarte......
Ven más cuatro ojos que dos......

MAURICIO Espera......

MANUEL Nó! ¿ Tú no ves
El hondo quebranto que obra
En ella el mal ?

MAURICIO (*Animado.*) Ya recobra
El sentido.

ROSARIO (*Débilmente.*) Ah......
MAURICIO Con un mes
Que fuera ella al campo......
LEOPOLDO Sí,
Muy conveniente sería......
MAURICIO En breve se curaría;
Pero movernos de aquí
Es tan difícil......No puedo
Disponer de una peseta,
Y temperar es receta
Carísima.
MANUEL No haya miedo,
Que todo ha de conseguirse!
Dicen que la diligencia......
Y si el asunto es de urgencia......
MAURICIO Sin duda!
MANUEL No hay que abatirse,
Que hallar los medios confío
De que tempere Rosario.
MAURICIO Siempre fuiste visionario......
MANUEL Los medios......los da tu tío!
MAURICIO Jamás!
MANUEL Para que te vengues,
Deja esas delicadezas.
MAURICIO No, Manuel, jamás!
MANUEL Ya empiezas
Con tus nós y con tus dengues.
MAURICIO Nó, mil veces nó!
MANUEL Se trata
De la vida interesante
De esta niña tan amante......
Fuerza es sacarle la plata!
Él es avaro y mezquino
Hasta el punto de rehusarte
Una pensión y dejarte
Morir de hambre......pues opino
Que debes buscar el modo
De sacarle......
ROSARIO (*Débilmente.*) Ah......
MAURICIO No le pido
Ni un centavo!

MANUEL Al encojido
Se le da duro en el codo
Para que afloje.—Mauricio,
Si esta niña te es querida,
Si te interesa su vida,
Imponte ese sacrificio.
Si rehusas, no disputo,
Y fuerza será callar ;
Mas si no va á temperar
A Antímano ó á Macuto......
MAURICIO Me vuelves loco......
MANUEL (*á Leopoldo.*) Haznos ver
Tú opinión. ¿ Qué dices ?
LEOPOLDO Digo
Que estoy de acuerdo contigo,
Que soy de tu parecer,
Y añado que, si es urgente
Llevar al campo á Rosario,
Por lo mismo es necesario
Acudir pronto á esa fuente !
Tal es mi humilde opinión,
Y en la urgencia, fuerza es que optes......
MANUEL Sí, sí, preciso es que adoptes
La idea, sin dilación.
¿ Por qué no ?

ESCENA IV

Dichos y FULGENCIO *que coloca su bastón y su sombrero sobre la mesa.* MANUEL *sale á su encuentro.*

FULGENCIO (*Sin ver á Rosario*) Señor sobrino !
Oigame de buena gana,
Y sepa usted que mañana
Nos ponemos en camino
Para Barinas ! Le absuelvo
De tantas faltas que tiene,
Si usted conmigo se viene,
Si nó, le dejo, y me vuelvo

Yo solo.—Tanta locura
Ha agotado mi indulgencia;
Engaña usted á Clemencia
Y hace usted llamar al Cura!......
Preciso es que se convenza
De que lo que usted pretende
Es absurdo!...... Se me enciende
La cara, de la vergüenza......
Por consiguiente......

MANUEL (*Con afabilidad*) Usted llega......
FULGENCIO No hablo con usted, señor......
Y le pido por favor......
MANUEL Si usted á oirme se niega,
No me causa á mí perjuicio,
Pues no es por mí que le hablo......
FULGENCIO Nada quiero con el diablo,
No, señor!
MANUEL Gracias!...... Mauricio......
Me encargó......
FULGENCIO ¿Qué cosa?
MAURICIO El quiere
Que usted, señor......
FULGENCIO Diga, pues......
MANUEL Bien, don Fulgencio, el caso es......
FULGENCIO Diga usted!
MANUEL *Ap.* (Sea como fuere)
Es el caso que esta niña,
Tan pura, como tan bella......
FULGENCIO No me hable, no me hable de ella,
Si no quiere usted que riña.
MANUEL Paciencia......
FULGENCIO Tiene usted traza
De querer......
MANUEL Es que padece
De un mal que sin cesar crece
Y que su vida amenaza......
Por tanto......
ROSARIO (*Incorporándose*) ¡Qué mal me siento!......
MAURICIO ¿Qué tienes?
ROSARIO Ay! No lo sé (*Ve á Fulgencio*)

Ay Dios! (*Trata de huir.*)
FULGENCIO (*al verla*) Con que está aquí!......
MAURICIO (*á Rosario*) Vé,
Y aguarda en el aposento......
(*La conduce hasta la puerta y Manuel, entre tanto, habla en voz baja con Fulgencio.*)
ROSARIO Quiero irme.
MAURICIO Eres mi esposa!
De hoy más mi nombre es el tuyo......
FULGENCIO *Ap.* (¿ Sí?...... Lo veremos......)
ROSARIO (*á Mauricio*) Yo huyo
De tu tío. (*Entra en el cuarto.*)
MAURICIO En mí reposa.

ESCENA V

Dichos, menos ROSARIO

FULGENCIO Pues señor, es muy graciosa
La idea, y á lo que veo,
Quieren echar un paseo
A mi costa.
MANUEL No hay tal cosa.
FULGENCIO Pero, en fin, poco me importa
El capricho de esa niña
De pasar en la campiña
Temporada larga ó corta;
Eso no entra en mis razones!......
Con todo, yo estoy dispuesto
A cubrir el presupuesto,
Si aceptan mis condiciones......
La primera......
MAURICIO La rechazo,
Como todas las demás.
FULGENCIO ¿ No las aceptas?
MAURICIO Jamás!
LEOPOLDO (*á Mauricio*) No des á torcer tu brazo......
(*á Fulgencio*) Y yo debo hablar también;
Fuerza es que rompa el silencio

Y que diga: "Don Fulgencio,
Que lo pase usted muy bien." (*Le da su bastón y su sombrero.*)

FULGENCIO Y esto ¿qué es? ¿Se me arroja
De esta casa?...... ¿Con que así
Me corres, Mauricio, á mí?
Esta acción ¿no te sonroja?
Esto que ahora me pasa
Jamás lo llegué á esperar......
Nunca pude imaginar
Que me echaras de tu casa!
Todo, por una mujer
Que te ha trastornado el juicio.
¿Es posible eso, Mauricio?
Vuelve en tí.

ESCENA VI

Dichos y GREGORIO

GREGORIO Vamos á ver!
Aquí estoy yo, sí señor!
(*á Fulgencio*) ¿Y tu también?...... Pues me alegro!
Con el derecho de un suegro
Vengo yo aquí por mi honor,
Pues no puedo tolerar
Que mi hija burlada quede!

MANUEL Cálmese! Todo se puede
Arreglar.

GREGORIO Se ha de casar
Con ella ese mozo, al punto.

MANUEL Y eso ¿cómo puede ser?

GREGORIO Siendo!...... La hace su mujer
O se cuenta por difunto.
¿Es mi hija una muñeca
Para servir de juguete?
Ella es mujer de copete
Y yo...... no soy un babieca.
La culpa es tuya, Fulgencio,

Tu lenidad origina
Todo esto. (*Pausa*) Muy mala espina
Me está dando tu silencio......

FULGENCIO Y ¿qué puedo hacer?

GREGORIO Clemencia
No ha de quedarse burlada,
La juzgarán deshonrada,
Y es inicua tal creencia.
Yo no me voy, pues, de aquí
Sin reparar de Clemencia
El honor! ¿Habrá paciencia?
Eso no ha de ser así.

FULGENCIO Mauricio ¿cómo quedamos?
Terminar esto deseo:
Manda esa chica á paseo,
He aquí el dinero, y nos vamos!
Responde.

MANUEL *Ap.* (*á Mauricio*) (Salvar su vida
Es preciso antes que todo,
Salvarla, de cualquier modo......)

MAURICIO *Ap.* (*á Manuel*) (¿Qué puedo hacer?)

MANUEL *Ap.* (*á Mauricio*) (Homicida!)

FULGENCIO Responde!

MAURICIO (*Como hablando consigo mismo.*)
(No sé qué hacer......
Su salud tan delicada
De una larga temporada
En el campo ha menester......)

FULGENCIO Pues bien......(*Mostrando la bolsa con dinero.*)

MAURICIO (Y si no la llevo
Al campo......)

MANUEL *Ap.* (*á Mauricio.*) (Vamos, ten brío!)

MAURICIO (Si no la llevo......¡Dios mío!......
Ni aún á decirlo me atrevo!......
¡Qué desventurada suerte!
Oh Dios! qué horrible tormento!
Llevarla á un temperamento
Es cuestión de vida ó muerte!......)

LEOPOLDO Debes aceptar.

MANUEL No cabe

Negativa......Sólo acatas
El deber......
MAURICIO Pero......
MANUEL La matas......
LEOPOLDO Sì, que Rosario está grave.
MANUEL Aparta la vanidad
Que mal sentimiento oculta,
Y tu corazón consulta......
Es cuestión de humanidad......
LEOPOLDO Debes aceptar, Mauricio,
Sí, sì.
FULGENCIO Mi proposición
Sabes que es á condición......
MANUEL Valor!
MAURICIO [*Resignado*] Haré el sacrificio!......
Acepto!
FULGENCIO Muy bien! Me gusta
Ver que hablas con buen sentido......
Hijo!...... lo que yo te pido
Es una cosa muy justa.
GREGORIO Y yo......
FULGENCIO Fijemos el pacto
Respecto de esa señora;
Te doy el dinero ahora
Y nos vamos en el acto.
¿Qué dices?

ESCENA VII

Dichos y ROSARIO

ROSARIO He oído todo!
GREGORIO ¡Qué es esto!
ROSARIO Con su dinero
Temperar sola!—Prefiero
Morir!
MAURICIO Mas......
ROSARIO De ningún modo!
MANUEL Has de aceptar, desde luego,

Porque delicada estás......
Vé sola al campo......

ROSARIO Jamás!

MAURICIO Rosario, yo te lo ruego......

ROSARIO Nó!......Mas si ya me rechaza
Tu afecto......[*Llora.*]

MAURICIO Yo te separo
De mí, buscándote amparo
Contra el mal que te amenaza.
Rechazarte yo...... ¡qué loca!
¿Cómo puedes concebirlo?
¿Cómo ha podido decirlo,
Rosario mío, tu boca?
Pierde la flor sus colores
Si un vaso el aire le impide,
Y tu salud, niña, pide
Aire y sol como las flores......
Vé, pues, una temporada,
Que sola nunca estarás
Pues los suspiros tendrás
De mi alma enamorada.

ROSARIO Aunque todos me denigren,
Al campo no iré sin tí:
Si te vas, me quedo aquí,
Aunque mis días peligren
¿No ves que se da sus artes (*señala á Fulgencio.*)
Para matar nuestro amor?
Si él te abandona, el favor
De Dios está en todas partes.

GREGORIO *Ap.* [¿Qué enredo es este?]

FULGENCIO De sobra
Tiene usted razón. Yo quiero
Matar su amor, amor fiero,
Temible, que creces cobra
Cada día y que amenaza
Hundir la suerte futura,
Toda la dulce ventura
De Mauricio.

MANUEL *Ap.* [¡Qué cachaza!]

FULGENCIO Yo soy muy franco, á fe mía,

Y en verdad, no experimento
Aversión hacia usted, siento
Más bien, dulce simpatía;
Y ella me explica el cariño,
Ese amor desenfrenado
Que, por desgracia, ha inspirado
Usted á este loco niño.
Y con todo eso, Rosario,
No me es posible admitirlo......
Es preciso combatirlo,
Sí, señora, es necesario!

ROSARIO ¿Por qué, señor?......

FULGENCIO Mi razón
Tengo, sin duda ninguna......

MANUEL [*Con ironía*] Sí, sí, razón de fortuna......

FULGENCIO No, señor...... de posición.
[*á Rosario*] ¿Quién es usted?...... ¿Quién es él?
Él...... mi hijo...... mi sobrino......
Y usted...... mujer que el destino
Situó lejos......

MANUEL *Ap.* [¡Qué cruel!......]

FULGENCIO ¿Son, pues, iguales los dos
Y pueden unir sus nombres?
No lo son ante los hombres
Si es que lo son ante Dios.
Yo quiero para Mauricio
Ya le cuadre ó no le cuadre,
Mujer que nombre á su padre,
Mujer exenta de vicio,
Y en fin, mujer educada
En la cristiana creencia,
Incapaz de una infidencia,
Incapaz de acción menguada......

ROSARIO Oh Dios mío ......

FULGENCIO Ahora bien
Puede ser esposa casta
La que su decoro gasta
En su amante, y con desdén
Mira la honra

MAURICIO No más,

No más, señor, porque es mengua
Ensañar así la lengua
En una niña.

FULGENCIO Tendrás
Que callar al mundo entero.

MAURICIO Le callaré!......

FULGENCIO Pues no es poco
Trabajo, —empresa de loco......
De loco ó de majadero.—......

MAURICIO Si hablara alguien de tal suerte,

FULGENCIO Con mucho juicio hablaría......

MAURICIO Juro á usted que le daría
Con mis propias manos muerte!

FULGENCIO Pues hiere...... (*Le presenta el pecho.*)

MAURICIO Rosario es pura
Cual los ángeles del cielo......

FULGENCIO Y es ángel que vino al suelo
A traerte la locura.
Jamás su frente tocó
Del vicio el aire sutil,
Ningún pensamiento vil
Su recato marchitó.
Es una santa mujer,
La infeliz!

ROSARIO ¿Qué mal os hice
Yo nunca?

GREGORIO *Ap.* [Si es, como dice,
Verdad......se puede creer.]

FULGENCIO ¿Qué se resuelve?

ROSARIO [*á Mauricio.*] Tenemos
Para salir del apuro
Esta alhaja [*Se quita el relicario.*]

MAURICIO *Ap.* [Trance duro!]

ROSARIO Sí, sí, venderla debemos.

MAURICIO Aguarda......

ROSARIO Esta es la ocasión
Propicia de que se venda
Sin más tardanza esta prenda,
Este antiguo medallón.
Tómalo, [*Entrega el relicario á Mauricio.*]

FULGENCIO [*Cojiéndolo en sus manos.*] ¿Qué relicario
Es éste, tan primoroso?
Es un medallón valioso!......
¿De quién es?

MAURICIO (*Con extrañeza.*) Es de Rosario......

FULGENCIO ¿De usted? Ah!......Por lo que importe
Lo compro. *Ap.* (Si no me engaño,
Fue mío en tiempos de antaño......
Debe tener un resorte......) (*Busca y aprieta el resorte y el relicario se abre.*)
Ap. (Él mismo......) ¿Hacemos el trato?

ROSARIO (*Con sorpresa.*)Yo ignoraba tal secreto,
Mas ello no hace á mi objeto,
Lo vendo.

FULGENCIO *Ap.* (*Viendo el relicario abierto.*) [Sí, su retrato
Y el mío!]

GREGORIO Vamos á ver
Si mi negocio se sella......

FULGENCIO *Ap.* (Dios mío! ¿Si será ella
Hija de aquella mujer?......)

GREGORIO Digan, pues—Yo no he venido
A perder mi tiempo aquí,
Ni á que se burle de mí
Nadie......

FULGENCIO *Ap.* (*Paseándose*) Yo estoy confundido......)

GREGORIO ¿En qué quedamos?

MANUEL Su hija
Tendrá más tarde otro novio......
Cásela usted, que es muy obvio,
Con el hombre que ella elija

FULGENCIO *Ap.* (¿Cómo es posible?)

MANUEL (*Señalando á Leopoldo.*) El señor
Hará un famoso marido,
Y es excelente partido
Porque es un hombre de honor.

GREGORIO (*Con desdén.*) ¿Cómo?......

MANUEL Un digno caballero
Que los encantos admira
De su hija.

GREGORIO ¿Qué?......

MANUEL Que aspira
A su mano......
FULGENCIO *Ap.* (Hay un Dios!......)
GREGORIO (*Con enfado.*) Pero
Si ese hombre no tiene ni una
Peseta......
LEOPOLDO (*Con dignidad.*) Sí, soy muy pobre......
GREGORIO Y busco un novio á quien sobre
El favor de la fortuna.
FULGENCIO *Ap.* (Esta mañana sentí,
Al notar su semejanza,
Que volvía la esperanza
Que ha tanto tiempo perdí!......
Dios de justicia!......)
GREGORIO (*Señalando á Leopoldo.*) Y su oficio
Es oficio tan precario......
FULGENCIO El retrato de Rosario
Paga en mil Libras Mauricio!
MAURICIO ¿Cómo?
GREGORIO ¿Qué dices?
FULGENCIO Y puede
Recibirlas al momento.
GREGORIO Ante tan fuerte argumento
¿Quién, al instante, no cede?
¿Mil Libras!...... Ya es otra cosa
Su estado!...... Ya no le abruma
La pobreza, y con tal suma
Cualquiera busca una esposa:
Ello es ponerme en un potro,
Porque, en fin.........
FULGENCIO No hay que negarla.
GREGORIO Nó, nó! Con tal de casarla,
Lo mismo es un novio que otro!
Con que...... (*á Leopoldo con zalamería.*)
LEOPOLDO *á Fulgencio* Yo haría mal uso
De su expansión generosa
Si su oferta bondadosa,
Aceptara...... ¡La rehuso!
MANUEL Bien!
GREGORIO *Ap.* (Qué bruto!)

LEOPOLDO *á Fulgencio* La intención
Adivino que le guía;
Mas...... Clemencia será mía,
No obstante la oposición
Del señor......

GREGORIO No me parece
Fácil. *Ap.* (Me ahoga la rabia.)

LEOPOLDO Sí es, porque una ley sabia
Mi pretensión favorece.

MANUEL Claro! ¿Por qué no se allana
Usted?

GREGORIO ¿Yo?......

FULGENCIO Qué obstinación!

MANUEL Señor...... con su oposición
Caprichosa nada gana......
Empeora todo......

GREGORIO Estoy viendo
Que algo incomprensible pasa......
Por fin ¿Mauricio se casa
O nó?

FULGENCIO Nó!

GREGORIO ¿Cómo?...... No entiendo.
Yo no alcanzo á comprender
Tu cambio tan repentino:
Sin duda que á tu sobrino
Casas con esta mujer......

FULGENCIO Tampoco...... [*Con dolor.*]

MANUEL [*Con dulzura.*] ¿Y por qué razón
Se opone?......

FULGENCIO Aquí en mi alma pesa
Esa razón, que interesa
Muy mucho á mi corazón......

GREGORIO Y así, si mal no he entendido,
(No me falte la paciencia)
Tú quieres que mi Clemencia
Se me quede sin marido.

MANUEL *Ecce homo!......* (*Señalando á Leopoldo.*)

FULGENCIO Cásalos, pues,
Ya que se quieren los dos,
Y así, no dirán que en pos

Andas tú del interés!
GREGORIO ¿Qué los case? No concibo
Que tú me dés tal consejo,
Ni entender puedo que un viejo
Se deje cojer cautivo
En las redes de un mozuelo
Que, en obedecer, remiso,
Nuestro antiguo compromiso
En dos por tres echa al suelo.
FULGENCIO Mas ya ves que......
GREGORIO Lo que veo
Es que estoy dado al demonio,
Pues faltas á un matrimonio
Que fue tu mayor deseo.
FULGENCIO Cálmate! Muy poderosas
Causas en mi ánimo imperan.
GREGORIO ¿Qué causas son que así alteran
La situación de las cosas?
FULGENCIO Vas á verlas.
GREGORIO Tu insistías
Con tesón en este enlace.
"Este muchacho deshace
Todos mis sueños," decías
Al verle siempre rehacio,
Duro para obedecer,
Entregado á esta mujer
Que no le dejaba espacio
A la sumisión. En riña
Con ella estabas.
FULGENCIO Verdad!
Mas de Dios la voluntad
Me manda amar á esta niña
Y á protejerla!
GREGORIO Estoy viendo
Que jamás comprenderé
Tal cambio.
FULGENCIO ¿Jamás?
MAURICIO *Ap.* (*á Rosario*) (Y á fe
Que yo tampoco lo entiendo.)
ROSARIO *Ap.* (*á Mauricio*) (Ni yo......)

FULGENCIO — Ya comprenderán
Este cambio extraordinario......

ROSARIO — *Ap.* (*á Mauricio*) (Lo ha calmado el relicario......)

MAURICIO — *Ap.* (*á Rosario*) (¿Será acaso un talismán?)

FULGENCIO — Rosario mismo va á darnos
De este misterio la clave,
Aunque Rosario no sabe
Que ella es quien puede explicarnos
El enigma. (*Se dirije á Rosario á quien coje de la mano para situarla en el centro del escenario. Le muestra el relicario.*)
¿Cómo hubiste
Esta prenda?

ROSARIO — (*Con extrañeza*) Esa es la historia
De mi madre......

FULGENCIO — ¿Ella?......

ROSARIO — En la gloria.

FULGENCIO — Cuenta esa historia.

ROSARIO — Es muy triste......

FULGENCIO — Refiérela.

ROSARIO — ¿Para qué?
Ella encierra un hecho grave
Que á nadie atañe......

FULGENCIO — ¡Quién sabe!

ROSARIO — Yo de todos la oculté.

FULGENCIO — Cuéntala...... (*Con cariño.*)

ROSARIO — Dolor profundo
Me causa siempre esa historia,
Que fatiga mi memoria
Y me avergüenza ante el mundo.

MAURICIO — ¿Por qué? Sí á tí se refiere
Esa historia triste, extraña,
Ella tu pudor no empaña,
Ella tu honra no hiere,
Que en el cristal nunca deja
Ni mancha, ni sombra alguna
El objeto que su luna
Tersa y brillante refleja.
Dí, pues......

FULGENCIO — (*Con ternura*) Habla, aunque te oprima

El corazón.
MAURICIO Sí, Rosario......
FULGENCIO Sí, vamos!...... Es necesario
Oírla......
ROSARIO (*Tocándose el corazón*) Aquí me lastima......
MAURICIO Habla......
FULGENCIO Empieza......
ROSARIO (*Cojiendo la prenda*) Como gaje
De un amor que no era amor,
La dió á mi madre un traidor,
Preparando así el ultraje
Horrible...... De aquel cariño
En que mi madre creyó
Enamorada, nació
Entre lágrimas un niño......
FULGENCIO ¿Un niño?
ROSARIO Sí, que llorado
Fue por ella sin cesar.
Ah! nació para llorar!......
FULGENCIO ¿Y el niño?
ROSARIO Le fue robado......
MANUEL Pobre mujer!
ROSARIO La infeliz,
Que lloró toda su vida,
Ya había sido inducida
Tras uno á otro desliz......
Amando, siempre creyó
De aquel hombre en la bondad,
Y de tal credulidad
El nuevo fruto fuí yo......
Yo que la dulzura ignoro
De las caricias de un padre,
Yo que su ofensa á mi madre
Olvido, porque lo adoro!......
Nó! Mentira!...... Amar á ese hombre
No quiero...... fuera demencia,
Pues si me dió la existencia,
No quiso darme su nombre,
Ni su cariño.
FULGENCIO (*cojiendo el relicario*) Fue mío

Este dije, y yo lo dí
A una mujer que ofendí......

MAURICIO (*acercándose á mirar el relicario abierto.*)
Esta figura......¡ mi tío !
Es un encuentro muy grato......

ROSARIO ¿ Es posible ? ¡ santo cielo !

MAURICIO De este otro lado un chicuelo......

FULGENCIO Era tuyo ese retrato ;

MAURICIO Ah !......

FULGENCIO Tuyo ! Este dije encierra
Toda una vida de amor,
Una historia de dolor
Como hay pocas en la tierra ;
Y en mi alma ha estado fija
Esa historia...... Yo he llorado,
Y el corazón te ha buscado
Sin cesar ! Eres mi hija !

ROSARIO Padre !...... (*Se abrazan.*)

FULGENCIO Si una falta mia,
Allá en mi temprana edad,
Te abandonó á la orfandad,
Por fin ha llegado el día
De reparar tantos daños !
Con amor te pagaré,
Y á fuerza de amor, haré
Que olvides tus tristes años.
Si te dejé en desamparo,
Perdón por ello te pido ;
Hija...... yo quiero ese olvido
Hoy que mis faltas reparo......
Sí, perdón !......(*Se arrodilla.*)

ROSARIO (*Presurosa*) Padre, levanta,
Que tu humildad te engrandece......
Tu falta desaparece
Ante tu nobleza santa.

FULGENCIO (*conmovido*) Gracias......

ROSARIO El dolor te oprime......
Deja correr esa gota
Que de tus pupilas brota......
Una lágrima redime.

FULGEECIO — Lágrima del corazón,
Que yo bendigo hija mía,
Que borra mi falta impía
Y me alcanza tu perdón.

ROSARIO — Sí, padre, mi niñez triste
Olvido ante tu ternura,
Que no cabe la amargura
Donde la orfandad no existe.

FULGENCIO — (*Dirijiêndose á todos y particularmente á Mauricio.*)
Loca fue mi juventud
Que entregué toda al placer......
Y hollé siempre en la mujer
Pudor, decoro, virtud......
Yo te arrebaté al cariño
De tu queredora madre,
Y sin llamarme tu padre,
Cambié tu nombre de niño.

MAURICIO — ¿ Cuál era ?

FULGENCIO — El mío, Fulgencio......
Esto, por borrar la huella
De mi robo...... mientras *ella*
Por tí lloraba en silencio.

MAURICIO — ¡ Dios mío !

FULGENCIO — Fuí un insensato......
Más que loco, criminal !.........
Y para endulzarle el mal
Dejé puesto tu retrato
En un rico medallón
Que abrir no pudo......

ROSARIO — Así es......

FULGENCIO — Traté de hallarla después......
Ah !...... No merezco perdón,
Hijo mío.........

MAURICIO — Infortunado
De mí !......

ROSARIO — (*Suplicante*) Nó !......

MAURICIO — Te lo concedo......

FULGENCIO — Gracias !......

MAURICIO — Infeliz no puedo
Ser, estando á tu lado,

Siendo tu hijo. Ah!

FULGENCIO (*Abrazándolo.*) Amigos
Venid, mi dicha sabed
Y de mi alegría sed
Todos vosotros testigos.
Viví siempre en la aflicción,
Sin familia, sin hogar,
Y todo lo viene á hallar
Ahora mi corazón.
Tu vida me contarás
Que ya anhelo conocer,
Y de la buena mujer,
Que un tiempo amé, me hablarás
Siempre.

ROSARIO Siempre!

MAURICIO [*á Rosario*] Cuán tirana
Suerte!

FULGENCIO Mauricio...... valor!
Sobreponte á tu dolor......
Ama y proteje á tu hermana.

GREGORIO Divertida contradanza
Con su cambio de pareja!

MANUEL La discreción aconseja
No hacer aquí un Sancho Panza!

GREGORIO Pues con ella no se casa,
A pesar de tanto amor,
Gana con ello el honor,
Y todo se queda en casa.
Lo celebro.

FULGENCIO La ironía
Suprime: no así me ofendas!
Es necesario que entiendas
Que esta niña es hija mía;
Que es una joven honrada,
Exenta de todo vicio!
Crédito doy á Mauricio
Y crédito á su mirada;
Que la mujer que ha manchado
La nieve de la inocencia
Se sonroja en la presencia

Severa de un hombre honrado.
Ven, aquí, Rosario, ven
A mostrar tu frente pura:
Este hombre de tí murmura,
Habla de tí con desdén.
Ven hija mía, levanta
La frente......Así......—¿Su candor
Nò ves?......¿No ves su pudor
Y su inocencia que encanta
Y prueba que la mujer
En cualquiera situación
Puede atar su corazón
A las leyes del deber?—
Mas......¿faltó?......¿Culpable es ella?
¿Ella, que en el mar profundo
De las pasiones del mundo
Se halló sola, siendo bella?
La culpa es sólo del hombre
Que en pos de viles placeres
El mundo puebla de seres
A quienes niega su nombre!
Este antiguo relicario
Viene á ser lazo de unión
Que acerca mi corazón
Al corazón de Rosario:
Y te repito el consejo
De que cases á tu hija
Con el hombre que ella elija,
So pena de ser un viejo
Infeliz!

MAURICIO (*á Leopoldo.*) ¿Con que á Clemencia
Amabas? No lo dijiste......
¿Cómo consentir pudiste
Aquel acto de violencia?

LEOPOLDO Tuve á tu dolor respeto
Que bien mi amistad demuestra.

MAURICIO Amistad como la nuestra
Excluye todo secreto.

FULGENCIO [*A Leopoldo.*] Falta que yo le castigo,
Si no me obedece en todo,

Porque sólo de este modo
Puedo ser de usted amigo.

LEOPOLDO Señor!......

FULGENCIO Forzoso es que elija......

LEOPOLDO Opto por obedecer......

FULGENCIO Muy bien! Me va usted á hacer
El retrato de mi hija!
[*á Gregorio*] Este es un joven muy fino
Que bien merece el amor
De Clemencia. Yo el honor
Pido de ser el padrino.

GREGORIO Pero......

FULGENCIO Empeño cuanto valgo!
No hay pero en este momento!
Hidalgo es por su talento,
Por su corazón, hidalgo!

GREGORIO Sí, pero......

FULGENCIO ¡Qué temerario!
Cásalos!

GREGORIO [*Resignado*] Los casaré......

MANUEL Yo en "El Diario" encomiaré
"El poder de un relicario."

FIN DE LA COMEDIA

UN ARTÍCULO DEL CÓDIGO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Al Señor Doctor Agustín Aveledo.

Siendo de Ud. el pensamiento que creó en Caracas el "ASILO DE HUÉRFANOS," me ha parecido que á Ud. corresponde la dedicatoria de esta obra á que aquel pensamiento ha dado vida.

Ruego á Ud., por tanto, que la acepte en obsequio del caritativo instituto que U. dirije, y en testimomonio del respeto y aprecio que le profesa

Su afmo. S. S. y amigo

Q. B. S. M.

J. J. BRECA

PERSONAJES

GREGORIO y
CATALINA, padres de
FEDERICO y de
MARIA.
PEDRO REQUENA.
AMBROSIO LUGO.
LUIS, hijo de
JUAN MERCADER.

Escena en Caracas 1880

ACTO I

Sala con modesto mobiliario. Puerta á la derecha, que conduce á las habitaciones de Gregorio y su familia. Puerta á la izquierda, que conduce á la habitación de Pedro. Puerta del taller. Puerta que da á la calle. Algunos instrumentos de carpintería aquí y allí, como olvidados.

ESCENA I

FEDERICO, *leyendo.* MARÍA, *tejiendo.* PEDRO, *con un periódico en la mano. Aquellos, sentados; éste, de pie.*

MARÍA — Y ¿quién es ese amigo, tío Pedro?

PEDRO — ¿Quién?...... Un compañero en el oficio, un condiscípulo, que se fué de Caracas hace muchos años.

MARÍA — Nunca te lo había oido nombrar.

PEDRO — No por eso lo quiero menos. Verdad es que no he sabido de él, durante ese tiempo...... Pero no tengo duda. Aquí está su nombre en el "Diario de La Guaira" que es un periódico que no miente. (*Lee*) "Pasajeros del vapor inglés *Dee*, de Trinidad...... Ambrosio Lugo." Bien claro está!...

FEDERICO — Ese es un número viejo.

PEDRO — ¿Cómo viejo? Fecha del 15.

FEDERICO — Y hoy estamos á 19. Cuatro días......

PEDRO — Quiere decir que ya debe de estar en Caracas.

MARÍA — Lo mejor será ir á solicitarlo.

PEDRO — Tienes razón, sobrina...... Voy en el acto á pasar revista á todas las posadas. En alguna he de hallarlo.

FEDERICO No me parece que haces bien tío.

PEDRO ¿ Por qué no ?

FEDERICO Primero, porque tu no sabes si el pasajero Ambrosio Lugo es el Ambrosio Lugo de tu amistad......

PEDRO Yo no conozco otro Ambrosio Lugo.

FEDERICO Eso no quiere decir que no pueda existir otro hombre que así se llame. Y segundo, porque no sabes si él está animado de los mismos sentimientos que en aquella época.

PEDRO Pues no ha de estar!......

FEDERICO Acabas de decir que se fué hace muchos años.

PEDRO Sí.

FEDERICO Y que no has sabido de él, durante su ausencia.

PEDRO Ni una palabra.

FEDERICO Lo que quiere decir que no te escribió nunca.

MARÍA Puede haber escrito, Federico......Se habrán perdido las cartas......eso no es raro.

FEDERICO Enhorabuena! Pero es de suponer que no cumplió con ese deber que tiene el amigo que se va. En tal concepto, pues, puedes muy bien pensar que el tiempo y la ausencia han entibiado su amistad. Por lo tanto, debes esperar...... Si tu amigo no ha cambiado, no dejará de solicitarte para hacerse perdonar su silencio. Esto, en el concepto de la identidad.

PEDRO Hablas como un abogado. Será mejor que cambies la medicina por la jurisprudencia. Tienes razón. Voy á esperar. (*Hace que se va*) Ah! Mira! Si viniere á solicitarme (porque es muy posible) me avisas en el acto......Voy á esperar, con eso concluyo un plano que tengo empezado. Con que ya sabes......Yo estoy en mi cuarto. (*Vase.*)

FEDERICO Muy bien, tío!

ESCENA II

FEDERICO *y* MARÍA

MARÍA Qué complaciente es tío Pedro!

FEDERICO Para nosotros es un segundo padre.

MARÍA Como á tal le quiero.

FEDERICO — Y ¿qué me estabas diciendo cuando llegó él con su historia?

MARÍA — Ah!......Que tú no me dejas dormir.

FEDERICO — No sé por qué.

MARÍA — Porque hablas mucho.

FEDERICO — Yo estudio en voz baja y creo que á nadie molesto.

MARÍA — Eso te parece á tí. Mi cuarto está cerca del tuyo, y oigo hasta tu respiración.

FEDERICO — Será necesario, entonces, que me vaya con mis libros al corral.

MARÍA — No, niño, no te digo eso. Quiero significarte que no debes estudiar de noche, porque te hace daño. Esas trasnochadas te irritan los ojos. Por otra parte, papá y mamá te lo han prohibido.

FEDERICO — Y yo me rebelo contra esa prohibición. Necesito estudiar, necesito saber, necesito graduarme, necesito ser útil.

MARÍA — Caramba! ¡Qué de necesidades!

FEDERICO — Quiero ser médico de conciencia y ayudar cuanto antes á papá que tantos sacrificios hace por nosotros. ¿No crees que yo te envidio, cuando te veo atender á los quehaceres de la casa, reemplazando á mamá, que ya ha dejado á tu cargo los cuidados económicos de nuestro modesto hogar? Tu tienes siempre dinero ganado por tí, que yo te ayudo á gastar......Sin ir más lejos, ese mismo tejido, que haces jugando, te produce algo, pues lo vendes por un par de pesos, mientras que yo......sólo produzco......gastos.

MARÍA — No digas eso......¡Qué diferencia! Yo soy mujer, y......

FEDERICO — Y yo soy hombre, ya lo veo. Por eso mismo ya debería yo ser útil.

MARÍA — Ten paciencia. Yo también deseo que acabes de graduarte, para poder dormir con tranquilidad, porque yo supongo que cuando seas todo un señor Doctor, ya sabrás todo lo que hay que saber y no tendrás necesidad de trasnocharte, y sobre todo, de no dejarme dormir con tu cuchicheo y tu ruido y tus craneos y tus esqueletos. ¿Sabes, Federico, que todo eso me da miedo, porque me figuro verlos caminando? Y por supuesto que Luis también tiene esqueletos y craneos! ¡Qué horror!

FEDERICO — ¡Qué flujo! Hablas hasta por los codos!

MARÍA — Aprendí de tí.

FEDERICO Yo no hablo locuras, yo estudio. Y aún cuando llegue á ser un señor Doctor, como tú dices (para lo cual faltan todavía dos largos años) no por eso cerraré los libros, como suelen hacerlo algunos médicos que se dan por satisfechos con lo que han aprendido en la Universidad.

MARÍA Y ¿qué más tienen que aprender?

FEDERICO Mucho! Las ciencias médicas adelantan cada día, y para estar á la altura de esos adelantos, es indispensable quemarse las pestañas. El médico que se duerme bajo su muceta es un anacronismo de la ciencia.

MARÍA Pero eso es una amenaza! ¿Con que no he de dormir más nunca? ¿Vas á trasnocharme toda la vida?

FEDERICO Eres una chiquilla loca!......

ESCENA III

Dichos y CATALINA

CATALINA Ah muchachos! Siempre de pleito!

MARÍA No, mamá, no es pleito...... Es que Federico me amenaza.

CATALINA Amenazarte Federico!...... ¿Cómo es posible?

MARÍA Tú sabes que no puedo dormir con el ruido que él hace estudiando de noche...... Le digo que tengo esperanza de dormir bien, cuando se gradúe de doctor, porque entonces ya no necesitará estudiar; y me contesta que aún así, siempre tendrá que quemarse las pestañas, lo que equivale á decir que jamás en mi vida cerraré los ojos. ¿No es eso una amenaza?

FEDERICO ¿Has visto nunca una muchacha más conversadora?

CATALINA No importunes á tu hermano.

FEDERICO ¿Ya lo ves?

CATALINA Pero, en verdad, Federico, que no puede ser bueno leer á la luz del kerosene, que irrita los ojos......

MARÍA Ahí lo tienes......

CATALINA Si á lo menos, ya que te empeñas, estudiaras á la luz de una vela......

FEDERICO Las velas no alumbran. Su luz, débil y trémula, irrita más los ojos, porque, produciendo menos claridad que la del kerosene, hay necesidad de mayor esfuerzo para ver. Aquí viene Luis, pregúntaselo.

ESCENA IV

Dichos y LUIS

(*Éste, vestido con esmero*)

LUIS — Se acerca la hora, Federico! ¿Cómo está usted, Misea Catalina? (*le da la mano*) ¿Cómo estás, María? (*le da la mano, y uno tras otro se dan una carta*) Hoy es el día tremendo!

FEDERICO — ¿Qué te parece que sea peor para los ojos, la luz del kerosene ó la de la esperma?

LUIS — Ambas son peores.

FEDERICO — Pero bien, leer á la luz de?......

LUIS — A la luz de nada. Mejor es no leer nunca.

FEDERICO — Ten juicio, Luis.

LUIS — Pues sí, señor! Hoy es el día. Estoy asustado.

CATALINA — Y asustado ¿por qué?

LUIS — Ya lo sabrá usted! Y tú no tienes miedo, Federico?

FEDERICO — Precisamente miedo...... no le tengo; pero hay algo aquí (*en el pecho*) que se le parece mucho.

LUIS — (*Mirando con intención á María y tocándose el corazón.*) Aquí es que siento yo lo que siento...... Y el caso no es para menos. Asistirán al examen algunas notabilidades que nos van á volver locos...... Cuarto año de medicina, y quieren examinarnos como si fuéramos médicos hechos y derechos! Conmigo no es esa fiesta...... Yo sé tanto hoy como cuando principié el *musa musæ.*

FEDERICO — No digas eso.

LUIS — Si nada sé ¿qué quieres que diga?

FEDERICO — Haber perdido así tantos años!

LUIS — No los he perdido!...... En esos cuatro años he llegado á saber...... que no sirvo para nada.

FEDERICO — Ah Luis, Luis!

LUIS — ¿Tengo yo la culpa? Papá sabe muy bien que no nací para las ciencias; y sinembargo, quiere que yo sea médico, médico á la fuerza, médico á palos, lo cual es una atrocidad.

MARÍA — Por supuesto! Una injusticia!

CATALINA Y ¿por qué no le hablas con franqueza?

LUIS Válgame Dios! Cien veces le he hablado.—"Papá, á mí no me entra el estudio; yo no quiero ser médico; estoy perdiendo el tiempo."—"Pues médico has de ser, aunque no quieras. y te llamarán el señor Doctor, aunque no sepas. Yo me encargo de conseguirte el grado."

FEDERICO ¡Qué triste idea tiene tu padre de los títulos de suficiencia!

LUIS La verdad es que no le falta razón. Hombres de ciencia conozco que no saben...... *ni latín.* Y muchos médicos hay que, al tomarle el pulso, le dicen al enfermo: "Si tienes calentura, no me lo niegues," médicos que recetan *por poquitos*, porque ignoran hasta el formulario.—"Tome usted un *poquito* de sal, y un *poquito* de esto, y un *poquito* de aquello."

FEDERICO (*Riêndose*) Ah Luis! No hables así de tus futuros comprofesores. Vamos á ver si presentas un examen lucido.

LUIS ¿Yo?...... ¡Sabe Dios qué diabluras van á preguntar!......

FEDERICO Patología interna! Las materias que hemos cursado...... que sabemos......

LUIS ¿Que sabemos?...... Te aseguro que éste será el último examen *que honre con mi presencia*......

FEDERICO ¿Cómo así?

LUIS Si no quiero ser médico...... A mí me gustan las artes mecánicas. Tal vez ni aún voy al examen......

FEDERICO Y á propósito de examen ¿sabes, mamá, que necesito una cosa?

CATALINA ¿Qué cosa, hijo?

FEDERICO Un sombrero nuevo.

CATALINA Un sombrero de pelo...... sí, es verdad!

FEDERICO Un sombrero de pelo, que cuesta una Libra! ¡Cuándo podré yo proveer á mis necesidades!

CATALINA Por qué dices eso, Federico? Nos duele acaso el gasto que hacemos en tí?.........

FEDERICO [*Abrazândola.*] No, mamá, no he querido decir eso...... Me da envidia ver que María gana con su trabajo......

CATALINA Ya ganarás tú también. Aquí está la llave. En mi escaparate está una Libra, tómala y compra el sombrero.

FEDERICO Gracias! Espérame, Luis. [*Yêndose por la derecha.*]

LUIS Date prisa, que tengo que hacer.

FERERICO Vuelvo al instante. [*Vase.*]

ESCENA V

Dichos, menos FEDERICO.

LUIS — La verdad es que si yo fuera como Federico ¿qué miedo había de tener?

CATALINA — ¿Por qué?

LUIS — Federico tiene amor al estudio y sabe como cualquier médico. Tiene mucho talento ese muchacho.

CATALINA — ¿De veras?...... ¿Tiene talento mi hijo?

LUIS — Pues y por qué lo distinguen el Rector y los catedráticos y todo el mundo? Cuando discuten con él, da gusto oírlo. Verdad es que yo no entiendo lo que dicen. Él tiene la culpa de la tremenda de hoy. Para hacerlo lucir, van á deslucir á todos los demás.

CATALINA — Y eso ¿por qué?

LUIS — Porque ninguno está á su altura.

CATALINA — Pero no preguntarán, sino lo que hayan estudiado.

LUIS — Le preguntarán donde vive el diablo y lo sabrá, y una pregunta llevará á otra y á otra, y los demás examinandos serán expectadores mudos. ¿Con qué objeto se afana Federico de esa manera? No tiene sino diez y ocho años. Termina sus estudios dentro de dos, y entonces tendrá veinte! Médico á los veinte años! ¿Quién llamará á un médico de tal edad? Por mucho que sepa, echarán de menos las canas y la corbata ancha, y el aire grave, y todo eso que el mundo cree inseparable del hombre sabio. En fin, cada uno es como Dios lo ha hecho; y á mí no me hizo para esas cosas, sino para la vida tranquila, en una casita muy linda, con mi mujercita......

CATALINA — ¿Con que esas tenemos?

ESCENA VI

Dichos y FEDERICO,

Este último con pantalones de color claro y paletót gris

FEDERICO — Aquí estoy! ¿Nos vamos?

LUIS — Sí, vamos al sombrero. Para servir á ustedes.

FEDERICO — Hasta ahora.

MARÍA Hasta ahora.
CATALINA Vé, hijo, Dios te bendiga. [*Vanse Luis y Federico.*]

ESCENA VII

CATALINA *y* MARÍA

MARÍA No puedo menos que confesarlo. Cuando oigo hablar de mi hermano en los términos honrosos con que de él se habla siempre, me siento envanecida.
CATALINA Porque tú eres buena hermana y lo quieres mucho. Así deben ser los hermanos...... También lo quiere mucho Luis! ¡ Qué carácter el de este muchacho !......
MARÍA Muy franco! ¿ No es verdad?
CATALINA Y muy alegre! Siempre con Federico, para todo! Juntos han crecido, y no pueden menos que ser muy amigos...... Él, tan afable, y su padre, tan arisco. Yo lo quiero como á un hijo.........
MARÍA ¿ Lo quieres mucho?
CATALINA Naturalmente ! Estoy viendo á ese niño desde que era chiquitito...... Y tú...... lo querrás...... también ?......
MARÍA [*Azorada*] Como......como á un hermano.
CATALINA *Ap.* [No queda duda......se aman.]

ESCENA VIII

Dichas y GREGORIO

GREGORIO Te traigo una noticia.
MARÍA ¿ Qué noticia, papá ?
GREGORIO [*Sentándoso á horcajadas.*] Una noticia muy agradable. Vamos á ver si adivinan.
MARÍA ¿Será ?...... Ah! que me compraste las cintas que te encargué.
GREGORIO ¿Las cintas? Yo no soy entendido en eso...... Si me hubieras encargado madera......
MARÍA ¿ No las trajiste?......

GREGORIO Tu madre te las comprará...... ¿Con que no adivinan?

CATALINA Ya lo creo...... ¿Qué noticia es esa?

GREGORIO Imagínate que me encuentro en la calle con el Rector de la Universidad, que me coje las manos y me las aprieta y me dice:—"Le doy á usted la enhorabuena."—"De qué señor Doctor?"—"Tiene usted un hijo......"—"Yo lo sé." —"Un hijo muy aprovechado! Hoy á la una principia el examen de cuarto año de medicina, y concurrirán al acto, por invitación especial, Elías Rodríguez, Nicanor Guardia, Pedro Hernández, Calixto González y otros. Van á gozar examinando á un niño de diez y ocho años, cuyos conocimientos son mayores que sus años de estudio. Es el primer estudiante de la Universidad. Es un portento ese muchacho!"—Figúrate cómo me pondría yo! No cabía en mí mismo!

CATALINA Loado sea Dios!

GREGORIO Su tío se va á volver loco!......Ah! Y ¿por qué lloras?

CATALINA Es muy bueno, muy juicioso Federico......

GREGORIO (*Enjugándose una lágrima*) Pero no hay motivo para llorar......

CATALINA Y ¿qué le dijiste al señor Rector?

GREGORIO Le dí las gracias...... y un abrazo! Pasé, en seguidas, á la sastrería de Duprat y le mandé hacer un *flus* negro, del más fino paño.

CATALINA Eso es una locura. No debemos acostumbrarlo al lujo. Él tiene......

GREGORIO Sí, esos son mis principios y siempre procuro inculcárselos...... Siempre le digo: "Prívate ahora de lo superfluo, para que mañana no tengas que privarte de lo necesario." —Pero, ya lo ves, el adelanto de ese muchacho amerita una excepción.

CATALINA El vestido que tiene está bueno y nuevo todavía......

MARÍA Sí, muy nuevo! No digas eso...... Viejísimo está, sólo que á Federico no se le gasta la ropa.

GREGORIO Es muy cuidadoso...... (*Se levanta*) Pues bien! Mandarán aquí el flus, y tú (*á María*) se lo pondrás en su cuarto. Cuidado con decirle una palabra!

MARÍA No! Yo también voy á regalarle una corbata que compraré en *La Tentación*, junto con las cintas que necesito.

GREGORIO Tendrás mucho dinero......

María — Por supuesto que le tengo. Ayer vendí la última carpeta que hice, y además un cobertor finísimo.

Gregorio — Te vas á hacer millonaria.

Catalina — Ah! si esta muchacha vive trabajando, y coje su realitos.... Eso, y alguna otra cosilla......

María — ¿Qué cosilla, mamá?......

Catalina — Nada, hija! Muy poco será lo que te quede del diario......

María — Pero mamá......

Gregorio — Así debe ser! Economía! Trabajo! Una niña no debe pasar el día en la ociosidad. No hay nada tan pernicioso. Debe ocuparse en algo útil; ya en sus estudios, ya en sus tejidos, ya en los quehaceres domésticos. Haces muy bien, hija mía! ¡Fuera de la satisfacción de decir: "Este traje lo compré con mi trabajo!"—Con que ya sabes, ni una palabra á Federico......(*Vase, puerta del taller.*)

Maria — Desde luego! Te echaría á perder tu sorpresa......Vamos, mamá......Vamos á "La Tentación."

ESCENA IX

Dichas y Federico *con sombrero negro*

Federico — Estoy de vuelta!

Catalina — Fuiste volando.

Federico — No queda lejos Jacobson! Por otra parte, anduve de prisa, como que no tengo tiempo que perder. Van á ser las nueve, y á la una debo estar en la Universidad, y todavía tengo algo que repasar.

María — Siempre estás tú con tus repasos...... Y Luis no fue contigo?...... ¿Qué se hizo?

Federico — Dijo que tenía que hacer y se quedó en su casa: no quiso acompañarme!

María — Iría á repasar...... ¿Sabes que te sienta muy bien ese sombrero? Pareces ya un Doctor...... (*alto*) Papá, papá, ven á ver el sombrero nuevo de Federico......

Federico — ¿Cómo llamas á papá para eso?......

María — Guá! Y ¿qué tiene?

Federico — El está ocupado y......

ESCENA X

Dichos y GREGORIO

GREGORIO ¿Qué hay María?
MARÍA Mira que bien le queda á Federico su sombrero nuevo......
GREGORIO En efecto! Te queda muy bien...... Parece muy fino.
FEDERICO Ya lo creo, si vale una Libra!
MARÍA ¿No es verdad que le sentará mejor con su flus?
GREGORIO *Ap. á María.* [Calla, habladora.]
FEDERICO ¿Cuál flus?
MARÍA *Ap.* [Estoy loca por decírselo.]
CATALINA Con tu vestido negro quiere ella decir...... en vez de esos pantalones de color claro y ese paletot gris.
MARÍA Vamos donde te dije, porque si nó.........
FEDERICO ¿Si nó?.........
MARÍA Si nó...... se hace tarde...... *Ap.* [No sé como no se lo digo.]
CATALINA Vamos, pues......... [*Vanse por el fondo.*]

ESCENA XI

GREGORIO *y* FEDERICO.

FEDERICO María tiene unas libertades...... Molestarte para eso........
GREGORIO Libertades que á mí me encantan. La confianza de los hijos no excluye el respeto...... Con que estás de examen?...
FEDERICO Sí, cuento con que irás.
GREGORIO No faltaré. ¿Qué grado te confieren ahora?
FEDERICO El de Bachiller en medicina.
GREGORIO Y dentro de dos años......

ESCENA XII

Dichos y JUAN MERCADER.

Este último toca á la puerta y entra sin esperar á que le abran. Gregorio sale á su encuentro.

GREGORIO Caballero!...... *Ap.* [Qué extraña visita.] Muy á la orden de usted, señor vecino.........

MERCADER Gracias! Vengo á hablar con usted dos palabras.
GREGORIO Las que usted guste...... Las primeras en tantos años.
MERCADER No había tenido antes ningún motivo......
GREGORIO Alguna vez se había de principiar......Siéntese usted! [*Le ofrece una silla, Federico hace una cortesía y se retira.*]

ESCENA XIII

GREGORIO *y* MERCADER

GREGORIO Y bien!.........
MERCADER Es el caso, señor vecino, que yo creía que mi hijo Luis visitaba esta casa con tanta frecuencia sólo por la circustancia de pertenecer al mismo curso que su hijo de usted que, sea dicho de paso, tiene reputación de buen estudiante.
GREGORIO Desde niño ha venido á mi casa con tal motivo. Es íntimo amigo de Federico, y yo no he querido estorbar esa amistad, porque he hallado en Luis, cualidadades no inferiores á las de mi hijo. Lo hemos visto crecer, y lo queremos como de la familia. Así no es de extrañarse.........
MERCADER ¿No es de extrañarse qué?—Yo creía que venía á estudiar con Federico...... Me he equivocado. [*Pausa.*]
GREGORIO Continúe usted!.........
MERCADER Mi hijo viene aquí (y yo lo sospechaba) por otro motivo que supongo le será completamente desconocido. [*Pausa.*]
GREGORIO Tenga la bondad de continuar.........
MERCADER Bien! Yo debo advertir á usted de lo que pasa.
GREGORIO Y ¿qué es lo que pasa, señor Mercader?
MERCADER ¿Lo que pasa?...... Debo advertir á usted para que usted no reciba más á mi hijo en su casa y evite así disgustos que *podrán no tener remedio.* ¿Me entiende usted?...... Que *no podrán* tener remedio. A dar este paso me impulsa sólo el respeto que rindo á la reputación de honradez que goza usted en Caracas.
GREGORIO Gracias. No comprendo una palabra.........
MERCADER *Ap.* [No hay peor sordo que el que no quiere oír.] No dejará usted de tener algunas sospechas,
GREGORIO Absolutamente. No sé de qué se trata.
MERCADER *Ap.* [Quiere agarrar á Luis.] Pues yo se lo diré.

GREGORIO Ya le escucho.

MERCADER Su hija de usted está enamorada de mi hijo. *Ap.* [Sóplate esa.]

GREGORIO *Ap.* [¿ Qué dice este hombre ?]

MERCADER Mi hijo no tiene nada, pues aunque yo soy rico.........

GREGORIO [*Con encono contenido.*] Señor Mercader, yo le agradezco su advertencia; auque seguramente está usted equivocado.

MERCADER Yo no me equivoco nunca! Tengo pruebas de lo que he dicho, y por eso he venido á prevenir á usted con tiempo, en lo cual procedo como hombre de conciencia.

GREGORIO ¿ Qué pruebas son esas ?

MERCADER ¿ Qué pruebas? Aquí están! [*Saca un papel.*] Yo tenía sospechas, como acabo de decirle, pues no va un joven á una casa por la bonita cara de otro joven, sino por el precioso palmito de alguna chica. Llegó Luis á casa no hace mucho y lo llamé para encargarlo de ciertas diligencias..... acerca de unas letras de cambio.—Cuando salió, tuve que ir á su cuarto [lo que no acostumbro] y en su mesa de escribir hallé olvidada una carta que, á todas luces, acababa de recibir y que probablemente se preparaba á contestar. Hé aquí el cuerpo del delito. [*Le da un papel que Gregorio lee para sí.*]

GREGORIO Sí, señor, cosas de muchachos. (*Rompe el papel*) No le dé usted tanta importancia.

MERCADER ¿Cosas de muchachos?...... Pero de esas cosas pasan los muchachos á otras más serias......

GREGORIO ¿Qué dice usted?

MERCADER Y cuando lleguen á esas otras cosas, querrá usted que Luis se case con su hija......¡ Qué gracioso sería eso !......

GREGORIO *Ap.* (No sé cómo soporto......) Señor Mercader...... habla usted en un tono......

MERCADER El tono que conviene en este asunto...... el tono que conviene á un hombre de mis circunstancias (*Se pone de pie*) No se habrá usted imaginado que yo pueda consentir......

GREGORIO (*Poniéndose de pie*) No señor, nada de eso......

MERCADER La posición social de usted difiere mucho de la mía.

GREGORIO (*con ansiedad*) ¿Mi posición social? Qué quiere usted decir?......

MERCADER Que yo soy un comerciante rico..... no un triste artesano....

GREGORIO (*con calma*) Ah!...... habla usted de su posición pecuniaria...... Sí, difiere mucho de la mía...... Soy el primero

en reconocerlo. Usted es miembro del alto comercio, y yo soy un individuo del gremio de artesanos...... un pobre carpintero......

MERCADER Reconociendo usted la distancia que nos separa, usted evitará......

GREGORIO Por supuesto! ¿ Cómo ha de casarse mi hija con su hijo de usted? Si ha de casarse ella algún día, no será sino *con el hijo de un artesano honrado......*

MERCADER Así debe ser! Cada uno con su cada uno.

GREGORIO Se casará con quien tenga por capital la posesión de su arte; con quien pueda poner precio á la obra de sus manos; con quien pueda levantar la frente, después de las faenas del día, sin el sonrojo íntimo de las combinaciones fraudulentas. No se casará con el hijo de un comerciante, porque, con excepciones muy contadas, la habilidad de éste, que no le escuda en los casos fortuitos, no satisface mis aspiraciones –las aspiraciones de un artesano– y porque su situación financiera carece ordinariamente de solidez y pocas veces es una situación definida.

MERCADER Y ¿ se puede saber cuáles son esas aspiraciones?

GREGORIO En primer término, ver á mi hija casada con un hombre honrado!

MERCADER Y ¿ en segundo término? *Ap* (Este es un hombre recto.)

GREGORIO Con un hombre que, además de ser honrado, esté á cubierto de las contingencias del comercio.

MERCADER Por lo visto, usted cree al artesano, de mejor condición que el comerciante...... El comerciante es un potentado cuyas órdenes, dictadas desde su bufete, son obedecidas por todos los centros comerciales del mundo.

GREGORIO Sí, yo sé muy bien que ese potentado, como usted lo llama, tiene el poder de hacer venir hasta sus pies los productos de todas las zonas.

MERCADER Entonces tendrá usted que convenir en que el comerciante es lo más respetable de un país.

GREGORIO El comerciante que legítimamente ejerce *su industria*, ofreciendo al público, de una manera leal, los artículos de que tiene necesidad diaria, es indudablemente digno de respeto. Pero, tienda usted la vista, y hallará que entre los individuos de nuestro comercio, muchos especulan con la candidez del público y engañan su buena fe, vendiéndole

mercancía cercenada, mercancía adulterada, mercancía pésima. ¿Cábe respetabilidad en semejante proceder? Fuera de que no me parece digna de encomio una profesión, una industria, cuya ciencia consiste en comprar á diez, para vender á quince......

MERCADER Bien se ve que usted es artesano......

GREGORIO Sí, señor, y tengo la independencia y el orgullo de mi arte. Ojalá lo comprendieran todos mis compañeros, para que el gremio no estuviera subordinado á otros gremios.—Yo me he formado, señor, una posición independiente con el trabajo de mis manos. Y en esta posición tengo el derecho de levantar la frente! Me conceptúo superior al comerciante, porque yo puedo hacer lo que él hace–comprar y vender agenos artefactos–mientras que él no sabe hacer lo que yo hago–producir objetos de arte.—Y además de todo eso, el comerciante está expuesto á quiebra.

MERCADER ¿Lo dice usted por mí?

GREGORIO No, señor!...... Una letra protestada......

MERCADER *Ap.* (¿Si sabrá?)......

GREGORIO Y en fin, cualquiera otra circunstancia echa al suelo su soberanía, fundada siempre en el crédito; y he aquí que deja de ser potentado, para ser humilde vasallo de la pobreza, más humilde aún que el artesano, á quien nadie puede arrebatarle su fortuna, porque ésta consiste, por lo menos, en la habilidad de sus manos, en el conocimiento de su arte.—Pero, es inútil hablar de esto.—Puede usted estar seguro de que no consentiré jamás en la unión que usted objeta, y de que, por lo tanto, su hijo de usted no será de hoy más recibido en esta casa.

MERCADER Me basta eso......*Ap.* (Qué artesano tan perro!...) Señor..., para servir á usted!

GREGORIO Vaya usted con Dios......(*Vase Mercader.*)

ESCENA XIV

GREGORIO, *solo*

Mentecato! No sé cómo no le dí un serruchazo! El tono con que hablan ciertos hombres!......La altanería que ostentan, figurándose que el dinero es aureola divina que

debe atraer sobre sí el respeto de todos!......Necios! Se imaginan que el dinero les da más valor del que realmente tienen! Este señor Mercader, con todos sus humos de grandeza, no es más que un pobre hombre. Venir á insultarme en mi propia casa!......"*Su posición social!*"........ ¿Qué es la posición social, sino el resultado de la posición pecuniaria, con prescindencia del valor intrínseco? Suprímase la fortuna, que en los más de los casos determina la posición social, y veremos bajar á la nada entidades de todo género que no tienen razón de ser......Aquí viene mi hija......Debo hablarla.

ESCENA XV

Dicho y Catalina *y* María

María — No hemos tardado mucho.........
Gregorio — No......
María — Mira, papá, qué cintas y qué corbata para Federico!......
Gregorio — Muy lindas!
Catalina — Trabajo le costó escojerlas......y á propósito, María, la indecisión del comprador en las tiendas, importuna y hace perder tiempo al vendedor. Eso es mal hecho......
Gregorio — Y ¿qué vas á hacer con tantas cintas?
María — Es un secreto. ¿Dónde está Federico?
Gregorio — Probablemente en su cuarto.........Guarda, guarda tu secreto......
Catalina — Voy á llamarlo......(*Vase.*)

ESCENA XVI

Gregorio *y* María. *Ésta á alguna distancia de* Gregorio.

Gregorio — María......
María — Papá......
Gregorio — Siéntate aquí. Vamos á hablar dos palabras.
María — (*Sentándose.*) Ya te escucho,

GREGORIO — *Ap.* (No sé cómo empezar.) (*Pausa.*)
MARÍA — ¿ Qué me vas á decir?
GREGORIO — Mira, María......
MARÍA — ¿ Qué ?......
GREGORIO — ¿ Con que tú tienes secretos ?
MARÍA — ¿Secretos ?......¿Lo dices por las cintas ?
GREGORIO — No! No es por eso......
MARÍA — Y entonces ?......
GREGORIO — Una buena hija no debe tener secretos para sus padres.
MARÍA — *Ap.* (Dios mío !......¿Qué será ?)
GREGORIO — Imagínate que una niña, así como tú, por ejemplo, llamara la atención de un joven, y que este joven, enamorado de ella, le escribiera una carta declarándole su amor. ¿Qué debería hacer esa niña, en semejante caso?
MARÍA — Yo no sé......¿ Leer la carta?
GREGORIO — Si no le es posible dejar de recibirla, debe entregarla á su madre ó á su padre que son sus mejores amigos, y los únicos que pueden aconsejarle lo que deba hacer. Y en cuanto á contestar esa carta, nunca, jamás debe hacerlo una niña, sin conocimiento de sus padres. ¿Me comprendes?
MARÍA — Sí.
GREGORIO — ¿ Has escrito alguna vez alguna carta? (*Pausa.*)
MARÍA — (*Abrazándolo.*) No lo debo negar.
GRSGORIO — No has hecho bien......pero no llóres......*Ap.* (Está enamorada.)

ESCENA XVII

Dichos y FEDERICO

FEDERICO — ¿ Me llamabas, María ?
MARÍA — (*Procurando ocultar sus lágrimas.*) Sí, toma para tu examen. (*Le da la corbata.*)
FEDERICO — Gracias! Muy linda corbata. [*Tocan á la puerta*] ¿Quién es ?......
GREGORIO — No preguntes quién es. Quienquiera que sea, sólo contestará: "Gente de paz" con lo cual no adelantas nada. Abre la puerta. Eso es lo más derecho.
FEDERICO — Tienes razón. (*Abre la puerta*)

ESCENA XVIII

Dichos y AMBROSIO

AMBROSIO ¿ Vive aquí el señor Pedro Requena?

FEDERICO Pase usted adelante. Sí, señor, aquí vive.

AMBROSIO *Ap.* (*y dando unos pasos*) (Qué joven tan simpático!) (*Saludando á Gregorio*) Caballero!......

GREGORIO Para servir á usted! (*á Federico*) Avisa á tu tío......

AMBROSIO Un momento, jóven...... ¿Sobrino de Pedro Requena? No sabía que Pedro tuviese hermanos.

GREGORIO No, señor. Pedro Requena no tiéne hermanos. Vive en familia con nosotros, y mis hijos, desde pequeños, lo llaman tío, por cariño.

FEDERICO ¿ Quién he de decirle que lo solicita ?

AMBROSIO Será mejor no decirle mi nombre.

FEDERICO Muy bien! Voy á llamarlo. (*Vase.*)

ESCENA XIX

Dichos, menos FEDERICO

AMBROSIO Muy cortés este niño, y muy simpático!

GREGORIO Gracias...... Es el mayor...... Esta niña es también mi hija.

AMBROSIO (*Saludando á María*) Un criado de usted, señorita.

MARÍA Beso sus manos. (*Hace una lijera cortesía y se retira,*)

GREGORIO El señor no es de Caracas...... Siéntese usted!

AMBROSIO (*Sentándose*) Soy forastero en mi propio suelo. Hace tanto tiempo que salí de esta ciudad, que bien podría decir que no soy de Caracas, desde que no es Caracas lo que era hace tantos años.

ESCENA XX

Dichos y PEDRO

PEDRO (*Entrando*) ¿Quién es que me busca?

GREGORIO Este caballero.

PEDRO (*Frente á Ambrosio*) Ambrosio!

AMBROSIO — Pedro! (*Se abrazan.*)

PEDRO — ¿De dónde sales, muchacho? Has estado perdido un siglo entero...... Déjame abrazarte otra vez...... Siéntate, hombre, siéntate! (*á Gregorio*) Aquí tienes un amigo de mi infancia......Ambrosio Lugo, condiscípulo, compañero......

GREGORIO — Mucho gusto de conocerlo...... (*Se dan la mano*)

AMBROSIO — Un servidor de usted!

PEDRO — Ya sabía yo que habías llegado á La Guaira y me preparaba para ir á solicitarte por todas partes. Con que...... ¿de dónde sales ahora?

AMBROSIO — De Guayana. Llegué hace pocos días, y no corto trabajo he tenido en dar con tu casa. Al pasar por esta calle, supe, por casualidad que aquí vivías, y no quise seguir sin entrar, á saludarte, aunque muy de paso, porque voy ahora á unas diligencias importantes. Tiempo habrá para vernos y conversar y recordar los años que pasaron......

PEDRO — Por supuesto!......

GREGORIO — Recordar los incidentes de la juventud es lo que hay de más agradable.

AMBROSIO — Sin duda! Pero hombre...... por tí no pasan los años...... ¿Te has casado?

PEDRO — Nó. Soy soltero; pero con familia. Los hijos de Gregorio son mis sobrinos.

AMBROSIO — Sí, ya sé. No es poca fortuna tener familia.

PEDRO — Vivo aquí hace unos diez y seis años.

AMBROSIO — Diez y ocho hace que me fuí de Caracas, huyendo de la política...... Y dime, Pedro ¿por qué vives aquí?

PEDRO — Te lo diré, que en repetirlo me complazco. ¿Recuerdas que yo era loco por un caballo y un novillo?

AMBROSIO — ¿No he de recordarlo?

PEDRO — Pues bien! Pasaba yo un día por esta misma calle, en velocidad de carrera, con la cola de un novillo en la mano, y al llegar frente á esta casa, le *saqué el caballo al novillo*......¡Era una coleada de zurda! Pero, chico, el caballo se me fué á los *cachos*, se *maneó* con el novillo, y todos juntos dimos vueltas en el suelo.

AMBROSIO — Ave María!

PEDRO — Cuando recobré el conocimiento, después de haber pasado muchos días entre la vida y la muerte, me encontré esmeradamente asistido por este amigo y su señora, á cuyos

cuidados debo el estar contando el cuento. Yo no tenía familia. Este señor y su mujer me brindaron su casa y su amistad; y como á mí me gusta mucho que me quieran, me quedé aquí desde entonces, y desde entonces han sido ellos para mí, no simples amigos, sino afectuosos hermanos.

GREGORIO Ha sido mutuo el cariño.

AMBROSIO No has vuelto á colear, por supuesto!

PEDRO Jamas!

GREGORIO No le faltaron ganas. Yo le hice vender el caballo.

PEDRO No pensé sino en trabajar. Gregorio es carpintero, yo, arquitecto, lo mismo que tú, y hemos trabajado juntos con algún provecho. Concluímos esta casa que es nuestra.

AMBROSIO Bastante grande.

PEDRO De aquí se ve el taller.

AMBROSIO (*asomándose*) Muy bien montado.

PEDRO Y hemos construido una docena más que tenemos en la ciudad. Yo he criado sus hijos, y los quiero como míos. Y soy feliz á mi modo. Y tú ¿qué tal? ¿Has hecho fortuna? ¿Te has casado?

AMBROSIO (*con tristeza*) ¿Casarme?

PEDRO Con qué tono lo dices!......

AMBROSIO En cuanto á fortuna, tengo una pequeña renta que basta á mis necesidades.

PEDRO Y te quedas en Caracas?...... Sí, hombre!

AMBROSIO Tal es mi intención. Quiero pasar los últimos años de mi vida, en medio de mis viejas amistades, en medio de los recuerdos de mi infancia.

GREGORIO Hace usted muy bien. La tierra donde se ha nacido tiene siempre encantos para el hombre de corazón y es una segunda madre que no puede olvidarse.

AMBROSIO Así es...... (*Se pone de pie y toma el sombrero.*)

PEDRO ¿Qué? ¿Ya te marchas?

AMBROSIO Sí. Ando en unas diligencias, como te he dicho. El paquete sale dentro de pocos días, y tengo que despachar multitud de encargos.

PEDRO Vente á comer hoy con nosotros.

AMBROSIO Otro día, Pedro, otro día......

GREGORIO ¿Por qué no viene usted? Venga á tomar la sopa con nosotros...... yo se lo suplico.

AMBROSIO Vaya, pues...... me rindo......
PEDRO Te esperamos!...... Y ¿dónde te has hospedado?
AMBROSIO En el León de Oro. Hasta después......
GREGORIO Hasta la vista! Ya sabe usted que esta es su casa.
AMBROSIO Mil gracias. Hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA XXI

Dichos, menos AMBROSIO

PEDRO Excelente muchacho!......
GREGORIO Déjame avisar á Catalina, antes que se me olvide, que tendremos esta tarde un huesped. (*Se va, derecha.*)
PEDRO Sí! Yo me voy á concluir mi plano. (*Se va, izquierda.*)

ESCENA XXII

MARÍA

Se sienta silenciosa y triste en un mecedor.

¿Cómo ha podido adivinar mi secreto?...... Si sabe que le escribí, sabrá sin duda que lo amo.—"No hiciste bien," me dijo. Ah! Esas palabras envuelven una reconvención, la primera que he oído de sus labios.

ESCENA XXIII

MARÍA *y* LUIS

LUIS María! ¿Qué ha pasado? Mi padre estuvo aquí hace poco.... ¿no es así?
MARÍA No sé, Luis, no lo he visto...... Muy extraño......
LUIS Él acaba de decírmelo. No se cómo, tiene en su poder la carta que me diste no hace mucho. Todo se lo ha contado á tu padre!

MARÍA Ah!...... Todo lo sabe entonces?

LUIS Me prohibe venir á tu casa, y anticipándose á mi desobediencia, ha venido con el objeto de pedir á tu padre que me ponga en la puerta de la calle. Tu padre le aseguró que *tú no te casarás sino con un artesano.* ¿Qué es lo que pasa, María? ¿Qué desgracia nos amenaza?

MARÍA No lo sé; pero por unas pocas palabras de papá, presiento que él reprueba este amor que yo le he ocultado á él, el mejor de los padres.

LUIS Pero no dejarás de amarme, María......

MARÍA Porque te amo quiero evitarte la humillación de ser arrojado de esta casa, donde juntos hemos crecido...... Vete, vete, Luis......

LUIS Prométeme que no me olvidarás, que serás mi esposa......

MARÍA ¿Olvidarte? (*Se levanta*) Ah! Yo te amaré siempre, que el amor no está sujeto á la voluntad; pero no seré tu esposa contrariando á mis padres...... Seríamos muy desgraciados...... Yo te amo, Luis, ¿á qué negarlo, cuando tú lo sabes? Este amor nació en la niñez, creció conmigo y ha avasallado mi corazón. Aún cuando quisiera, no podría extinguirlo...... Pero así y todo, es inferior al respeto que debo á mis padres. Si renunciar á este amor, que yo he creído mi felicidad, ha de costarme la vida, tendré la satisfacción, en medio de mi sacrificio, de no haber causado pesares á los autores de mi existencia. ¿Qué menos puede hacer una hija por sus padres?

LUIS Yo te admiro, María! Pero si tu me abandonas, ¿qué será de mí?

MARÍA Debemos resignarnos. Ya no debemos vernos......... Vete Luis, vete, yo te lo ruego......

LUIS ¿No vernos, María? Imposible!......

MARÍA Cúmplase la voluntad de Dios. Vete, Luis, vete......

LUIS Te obedezco...... Adiós, María...... (*le da la mano.*)

MARÍA Adiós......

ESCENA XXIV

Dichos y GREGORIO

GREGORIO Luis! Un momento! Sea esta la última vez que usted honre mi casa con su presencia.

LUIS ¿Qué he hecho yo, señor, para que usted me corra? ¿En qué he faltado?

GREGORIO *Ap.* (Doloroso deber) No me convienen visitas......

LUIS Nunca creí que usted me rechazara......

GREGORIO En todas partes se rechaza ó se recibe á un individuo, según el traje que viste. Esa no es mi costumbre. Yo lo rechazo ó lo retengo, según las aptitudes que muestra.

LUIS Comprendo! En tal caso, permítame usted que me despida hasta la vista. (*Vase.*)

ESCENA XXV

GREGORIO *y* MARÍA

MARÍA *Ap.* (Dios mío!)

GREGORIO María...... Yo oí tu conversación con Luis...... Eres una buena hija. María...... yo te bendigo! (*María se arroja en brazos de su padre.*)

CAE EL TELON

ACTO II

La misma decoración

PEDRO *y* GREGORIO, *sentados*

PEDRO — Me llena de ansiedad el aire grave con que me anuncias una confidencia.

GREGORIO — Angustiado me trae la idea de hacértela.

PEDRO — Pues manos á la obra.

GREGORIO — Se trata de un asunto muy grave. ¿A quién, sino á tí, debo confiarlo?

PEDRO — Vamos á ver ¿qué es ello?

GREGORIO — En dos palabras......

PEDRO — Prosigue.

GREGORIO — Pedro!...... He decidido casarme.

PEDRO — Gracias á Dios.

GREGORIO — Sí, Pedro, debo salir de esta posición falsa en que me hallo hace tantos años y que amarga mi vida, en medio de las delicias de mi hogar.

PEDRO — Hace mucho tiempo que debiste hacerlo.

GREGORIO — Quiero casarme con esta pobre mujer, tan resignada, tan buena; no tanto con el fin de premiar su abnegación y de dar á estos muchachos el derecho de llevar mi nombre, como con el de satisfacer á mi propia conciencia que ya me grita al oído.

PEDRO — Muchísimo me alegro. Ojalá hubieras seguido mis conse-

jos desde la época en que fui recibido aquí como miembro de tu familia.

GREGORIO Tienes razón.

PEDRO En prueba de cariño fraternal, me revelaste entonces este secreto.

GREGORIO Sí, y sólo tu conoces mi situación. Todo el mundo me cree casado...... Y yo siento aquí algo semejante al remordimiento! Haber crecido estos muchachos, confiados en la honorabilidad de su padre!

PEDRO Tú tienes la culpa.

GREGORIO La honorabilidad de su padre!...... Yo no sé lo que me pasa, cuando en el trato con las gentes, oigo que me llaman honrado. Mentira! me dan ganas de decirles, yo no soy honrado, porque no es honrado el hombre que se burla de la sociedad y se burla de sus propios hijos.

PEERO Tú exajeras, Gregorio, tú exajeras. [*Se levanta.*]

GREGORIO Yo quiero ahora prevenir ulteriores dificultades, pues aunque creo que han muerto cuantas personas pudieran conocer mi secreto, tal vez no falte alguna que sepa la verdad de las cosas y tenga bastante crueldad para decir al oído á estos muchachos, tan delicados, tan dignos, tan pundonorosos: " Tú madre no es la esposa de tu padre."

PEDRO Nó! ¿ Quién ha de ser tan malvado?

GREGORIO Ah Pedro! Esta sola idea amarga la felicidad que ellos forman en torno mío.

PEDRO En el pecado, la penitencia! Día por día, durante diez y seis años, has ido difiriendo este matrimonio; has ido eludiendo el cumplimiento de un deber, y naturalmente, son ahora mayores las dificultades y más profundos tus sobresaltos y tus inquietudes. Los muchachos no son ya unos niños, sino un caballero y una señorita.

GREGORIO Ellos veneran á su madre, la juzgan inmaculada, la tienen como tipo perfecto de la mujer virtuosa, como el modelo de la madre de familia.

PEDRO No les falta razón. La juzgan bajo el punto de vista que ellos conocen.

GREGORIO Tienen de mí la más alta idea, en cuanto á moral y pureza de sentimientos; y ¿ cuál no sería su desencanto, si alguien descorriera el velo que cubre mi pasado?

PEDRO Terrible situación!

GREGERIO ¿Qué les contestaría su madre, si ellos le preguntaran la fecha de su matrimonio? En el sonrojo súbito de su frente leerían ellos la vergüenza que los cubre...... Y tendrían derecho para acusarme como falsario de la ley moral, y le tendrían para seguir mi ejemplo; y más aún, le tendrían para despreciarme, allá en el fondo de la conciencia.

PEDRO Si esta mujer es buena, te dije entonces, si su conducta, como madre de tus hijos, la hace digna de tu cariño ¿por qué no te apresuras á santificar tu unión, legitimando sus hijos, que son los tuyos, para ahorrarles el bochorno de tu propia falta que puede llenarlos de vergüenza, cuando lleguen á la edad de la razón? Eso te dije......

GREGORIO Sí, lo recuerdo. Pero en aquel entonces tenía sin cesar ante mis ojos algo que hacía nulas las insinuaciones de mi voluntad.

PEDRO ¿Cómo así?

GREGORIO Yo no te confié entonces mi secreto sino á medias.
Mil veces, en diez y seis años, he querido revelártelo todo; y mil veces me he abstenido, sintiendo ante ti, mi amigo, mi hermano, rubor por ella, vergüenza por mí mismo.

PEDRO No te comprendo.

GREGORIO A pesar de la fuerza de tus razones en aquella época; á pesar de mis deseos de saldar cuentas con el pasado, por medio de una acción noble, me detenía medroso ante un obstáculo......

PEDRO ¿Qué obstáculo era ese?

GREGORIO [*Mirando hacia las puertas como para convencerse de que no hay extraños que puedan oírle y cerrándolas luego.*]
Tú ves á Federico, tan guapo, tan arrogante, tan honrado...... á Federico, á quien yo quiero con toda mi alma.....

PEDRO Y yo con todo mi corazón......

GREGORIO Pues bien......

PEDRO ¿Qué más? Habla.

GREGORIO Pues bien, Pedro, Federico no es hijo mío.

PEDRO ¿Qué dices?...... ¿Estás loco?

GREGORIO No! Federico no es hijo mío.

PEDRO No puede ser. No puedo creerlo.

GREGORIO Sin embargo, es verdad.

PEDRO ¿Quién es su padre?

GREGORIO No lo sé. Nunca quise saberlo.

PEDRO Y ¿ cómo en tantos años nada me habías dicho ?

GREGORIO Temía el ridículo. Además, yo no quería que Catalina, por semejante revelación, valiese aún menos en tu concepto.

PEDRO Tú debiste pensar que yo no la habría juzgado por su vida anterior, sino por su vida presente, por la vida, por la conducta que yo conocía.

GREGORIO Cuando la conciencia está tranquila, se duda, se teme.

PEDRO Debes estar convencido de que el tiempo y el trato le han asegurado mi estimación y mi respeto.

GREGORIO Estoy persuadido de ello.

PEDRO Ojalá fueran como Catalina muchas mujeres que convierten el hogar en tumba de la honra y hacen del marido una especie de *editor responsable*. Pero bien, ¿ y Federico ?.....

GREGORIO He aquí los hechos. Ví una vez una muchacha que me volvió loco. Le escribí unas cartas, y ella me escribió otras tantas.

PEDRO Así principian todos los amores.

GREGORIO Ella y yo perdimos la cabeza. Era huérfana y se hallaba, como dicen, *arrimada* á una familia que poco se cuidaba de ella, so pretexto de que la muchacha había dado ya el primer paso en el camino de la perdición.

PEDRO Ausencia completa de caridad cristiana.

GREGORIO Como si la primera falta no ameritase mayores cuidados; como si la primera falta de una infeliz dispensase á las gentes de prodigarle consejos saludables y advertencias salvadoras. Aquella muchacha era Catalina que tenía en la casa puesto de criada sin salario. Le propuse huir conmigo.

PEDRO Y convino......

GREGORIO Rehusó al principio y accedió al fin. La llevé á una casita situada en la Pastora, donde pasamos días bien amargos, á causa de mi pobreza que se hizo casi solemne. Dolorosas privaciones pasó en aquella época, durante los largos meses que una enfermedad me tuvo en cama. Trabajó ella con heroica constancia, y á sus afanes y cuidados debí el haberme salvado. Había trascurrido un año apenas, cuando vino al mundo María, esta señorita culta y fina á cuya educación has contribuído con tanto amor y tanto esmero. Por aquellos tiempos nos trasladamos á esta casa donde nos conociste......

PEDRO Y donde me salvaste la vida. Pero hasta ahora, nada me has dicho de Federico que tenía, en aquel entonces, unos tres años......

GREGORIO Aguarda! Inmensa fue mi alegría, al verme padre de una preciosa niña, mi primera, mi única hija. Tú no tienes idea del cambio que la paternidad produce en el corazón. Yo, que había hecho gala de mi libertad de joven, me encontraba sujeto por lazos dulcísimos á aquella niña, la mitad de mi vida, mi alma entera! Así, amé más á Catalina! Eso tiene de grande el amor hacia los hijos. Ese amor envuelve en su brillo santo á la mujer que les dió el sér. Catalina tenía méritos. ¿Por qué no decirlo? Pero, á falta de ellos, habría tenido el de ser la madre de mi hija. Quise, pues, casarme con ella, sin pensar en su pasado.

PEDRO No bastaba querer.

GREGORIO Sí, quise casarme, y le comuniqué mi propósito; pero rompió á llorar á lágrima viva.

PEDRO Tal vez enternecimiento......

GREGORIO Nó! "Yo no puedo ser tu esposa"—me dijo.—"Tú erés un hombre de bien, y de tí me separa mi primera falta."—Me refirió luego sus amores con un hombre que la había abandonado cuando se hallaba próxima á ser madre. No sé cómo no me volví loco!

PEDRO Y ¿quién era ese hombre?

GREGORIO Ya te he dicho qué nunca quise saberlo. Aquella revelación fue muy dolorosa para Catalina y debí terminarla. Pero desde aquel momento, en todas partes creía ver al padre de Federico; en cada hombre veía al amante de Catalina.

PEDRO Nació la desconfianza.

GREGORIO Nó! Yo estaba seguro de su lealtad, de su afecto, de su regeneración moral.

PEDRO Pero entre tanto ¿dónde estaba el niño?

GREGORIO Para entrar en la casa donde la conocí—porque se moría de hambre—tuvo que aceptar la condición de separarse de él, y lo confió á una pobre mujer.

PEDRO ¡Qué iniquidad! No sé cómo hay quien imponga semejantes condiciones.

GREGORIO Muy cruel sin duda! No poca dificultad tuve para dar con

el chico; pero al fin lo hallé, y se lo traje.—Principió á hablar y principió á llamarme papá; y se siente orgulloso de ser mi hijo, porque me juzga hombre de rectitud inquebrantable.

PEDRO Y á fe que te juzga bien.

GREGORIO No le hablé más de matrimonio á Catalina; y cuando he querido hacerlo, el recuerdo de ese hombre desconocido se ha interpuesto como un fantasma. Allá en las sombras de la noche reñían mi corazón y mi entendimiento, y siempre entre los dos se interpone el orgullo. Pero mis ideas han cambiado, el tiempo ha vencido al orgullo, y están ya de acuerdo el corazón y la conciencia. Quiero tanto á ese muchacho que es preciso que sea mi hijo.

PEDRO Y el fantasma?

GREGORIO ¿Qué importa? Si ese hombre viviera, habría buscado á Federico. Ese hombre debe de haber muerto......

PEDRO Ah! Si hubieras tenido desde el principio la franqueza con que ahora me hablas.

GREGORIO Sigo los dictados de mi conciencia. ¿Por qué ha de detenerme semejante escrúpulo? ¿Por qué no he de lejitimar también al que no es mi hijo, cuando no lo amaría más si fuese propio mío? He cumplido á medias para con él los deberes de padre, educándolo y prestándole mi nombre. Pues bien! Quiero cumplir en absoluto esos deberes, trocando en dádiva lo que antes era préstamo.

PEDRO Aplaudo tu resolución.

GREGORIO Espero de tí un nuevo servicio.

PEDRO Tú sabes que sin reserva estoy á tus órdenes.

GREGORIO Lo sé; por eso te pido que me ayudes á salvar un nuevo obstáculo.

PEDRO Todavía obstáculos?

GREGORIO Sí. Este matrimonio debe ser absolutamente secreto, sin más testigos que tú, sin más intervención que la del sacerdote.

PEDRO Desde luego ¿qué dificultad puede haber?

GREGORIO Una dificultad que nace del Código civil.

PEDRO ¡Qué diablos! ¿Cómo puede ser eso?

GREGORIO Un artículo del Código prohibe al sacerdote presenciar ningún matrimonio sin la certificación de haberse llenado los

requisitos legales, esto es, de haberse efectuado el matrimonio civil.

PEDRO — Pues prescinde por ahora del matrimonio eclesiástico y cásate conforme á la ley civil.

GREGORIO — Entonces no hay secreto posible, pues sería necesario fijar carteles, durante cierto tiempo, lo que, dadas las circunstancias, equivaldría á publicar la deshonra de una familia....

PEDRO — Tienes razón...... Pero en el matrimonio eclesiástico hay necesidad de amonestaciones: éstas hacen el oficio de los carteles.

GREGORIO — Esas amonestaciones se dispensan en casos especiales, sobre todo, en casos como el mío.

PEDRO — El remedio está en la mano.

GREGORIO — Vamos á ver!

PEDRO — Solicita dispensa de esas amonestaciones civiles, es decir, dispensa de carteles, que no te será negada donde tantas cosas se dispensan. Muy fácil me parece, pues todo ciudadano está dispensado...... hasta de tener sentido común.

GREGORIO — Imposible! El artículo del Código es terminante. Por otra parte, habría que dar conocimiento del asunto á varias personas, y ya te he dicho que este matrimonio debe ser absolutamente secreto.

PEDRO — Entonces, no veo medio......

GREGORIO — No le veo tampoco, Eso constituye el obstáculo de que te he hablado. ¿Qué? ¿He de permanecer en esta situación, engañando á mis hijos que creen lejítimo su orijen, y engañando al público que me tiene por hombre honrado, ó he de salir de ella, avergonzando á esos hijos, humillándolos ante ese mismo público que diría mañana al verlos pasar: "Esos son los hijos del hombre que se casó ayer?"

PEDRO — ¡Qué atrocidad!

GREGORIO — Renunciar al cumplimiento del deber, ó cumplirlo hiriéndome en el corazón al herir á los hijos!......

PEDRO — Eso es un doloroso castigo.

GREGORIO — Súfranlo enhorabuena los culpables, esto es, el padre y la madre, siempre que de ese castigo no resulte perjuicio á sus descendientes. Los hijos, inocentes de las faltas de sus causantes, son irresponsables; y ¿por qué han de ser comprendidos en esa maldición, cuando debe absolverse al culpable, antes que castigar al inocente? ¿Por qué han de

ver publicada la falta que precedió á su nacimiento? ¿Qué culpa tienen ellos?

PEDRO Injusticia cruel!......

GREGORIO ¿Cómo salvar esta dificultad?

PEDRO Suprimamos el artículo del Código.

GREGORIO ¿Cómo?

PEDRO Aguarda!...... Voy á consultar el punto.

GREGORIO ¿A consultarlo?...... Pero......

PEDRO Mira! Yo tengo amistad íntima con un digno sacerdote, lumbrera de nuestro clero por sus virtudes y por su ciencia. Le hablaré y veremos......

GREGORIO Habrá que decirle......

PEDRO Le hablaré sin nombrarte...... Voy ahora mismo...... (*Coje el sombrero.*)

GREGORIO No! Deja eso para esta noche. Van á dar las cinco y no tardará en venir nuestro convidado.

PEDRO En efecto......

GREGORIO Lo que puedes hacer ahora es comunicar á Catalina mi resolución.

PEDRO Como tú quieras...... pero ¿no será mejor que le hables tú mismo?

GREGORIO No quiero hacerlo personalmente. Se enternece, se pone á llorar...... y sus lágrimas me lastiman el corazón.

PEDRO Bueno! Yo se lo diré......

GREGORIO Entonces voy á decirle que tu quieres hablar con ella...... ¿Te parece bien?

PEDRO Perfectamente!

GREGORIO Voy al punto...... (*Vase por la derecha.*)

ESCENA II

PEDRO, *solo*

¡Qué aprieto!......Debo hacerlo!...Haber diferido el cumplimiento de un deber y hallarse hoy frente á frente con las dificultades que nacen de esa falta!......¿Por qué no hizo Gregorio, al principio, lo que quiere hacer al fin? Y no fue que él desestimara mis advertencias, sino que cada día dejaba para el siguiente el importante asunto que hoy

halla rodeado de dificultades. ¡ Efectuar un matrimonio, ya formados los hijos, sin que éstos se aperciban de ello, sin que lo adivine el público, ávido siempre de novedades, me parece algo difícil......Aquí viene ya Catalina......

ESCENA III

PEDRO, CATALINA

CATALINA Me dice Gregorio que usted desea hablar conmigo. .... Aquí me tiene usted, dispuesta á oírle !

PEDRO Gracias! Sì, quiero hablar con usted! Siéntese usted aquí, y vamos á echar un párrafo.

CATALINA Vamos allá! Por lo visto, va usted á hablar largamente.

PEDRO No mucho; pero sí con franqueza, como debe hablarse entre compadres.

CATALINA Franqueza que no he de extrañar, porque ella ha sido siempre una de sus cualidades.

PEDRO *Ap.* (¿ Cómo empezaré ?)

CATALINA Vamos á ver, pues......

PEDRO Lo que yo voy á decirle es una cosa que......en fin, usted comprenderá que......

CATALINA No comprendo.

PEDRO Es decir......yo quiero hablarle de su felicidad......

CATALINA ¿ De mi felicidad?

PEDRO Del término de un viaje.

CATALINA Pues ahora comprendo menos.

PEDRO Será que yo no me explico.

CATALINA Tal vez......

PEDRO Imagínese usted una persona que emprende un largo viaje por caminos peligrosísimos. ¿ Á dónde se dirije ?—Al puerto de la felicidad, que es la aspiración de todos y de cada uno en este mundo.—Anda, anda, sin cesar, por entre abrojos, y pierde la esperanza de llegar al término; que eso suele suceder, cuando es malo el camino que se elije. Pero inesperadamente le dicen : " Un paso más, y llegarás al fin "......Pues bien, eso es lo que yo voy á decirle : está usted muy cerca de rendir el viaje, muy cerca ya del aspirado puerto de la felicidad.

CATALINA — Confieso mi torpeza, á menos que todo eso se refiera á Federico, al fin de sus estudios.........

PEDRO — No! Todo eso se refiere á Gregorio.

CLTALINA — Y ¿es de Gregorio que usted quiere hablarme?

PEDRO — Precisamente.

CATALINA — Y ¿para qué tantos preámbulos?

PEDRO — Pues bien, le diré, sin más rodeos, que él me ha contado todo.........

CATALINA — [*Con sorpresa.*] ¿Que él le ha contado?.........

PEDRO — Todo, todo.........

CATALINA — [*Con timidez.*]Y......¿qué es ese todo?

PEDRO — Lo que se refiere á la persona de usted...... y á la persona de él...... y á su unión......

CATALINA — Pero entonces......¡Dios mío!...... [*Se cubre el rostro con las manos.*]

PEDRO — ¿Qué hay en eso de particular?...... ¿No soy yo su mejor amigo, su hermano, por decirlo así?......

CATALINA — Y él le ha dicho á usted todo?......

PEDRO — Todo!

CATALINA — De manera que usted sabe que yo soy.....que yo no soy.....

PEDRO — Sí, y también que Federico......

CATALINA — ¡Dios mío! ¡Pobre de mí!

PEDRO — ¿Por qué?...... No llore usted......

CATALINA — ¡Qué va usted á pensar de mí!

PEDRO — Lo que siempre he pensado.

CAEALINA — Yo que aspiraba á su estimación......¡Qué vergüenza!

PEDRO — Siempre he pensado que usted es una mujer honrada, aunque tenía conocimiento de su situación, desde hace muchos años. Nunca he dejado de aconsejar á Gregorio el cumplimiento del deber; y todo ello, sin aparecer á los ojos de usted como conocedor de sus circunstancias. Y si ahora le hablo á usted de ello, es sólo porque Gregorio me ha encargado dar á usted una noticia muy importante.

CATALINA — ¿Qué noticia?

PEDRO — La noticia de que ha llegado usted al fin del penoso viaje, la noticia de que va usted á entrar en la felicidad...... la noticia de su resolución de lejitimar sus hijos......

CATALINA — ¿*Mis* hijos?......Sí, mis hijos...... ¡Qué corazón!...... No me había atrevido á esperarlo.

PEDRO ¿ Desconfiaba usted de Gregorio...... de su honradez, de su rectitud ?

CATALINA Jamás ! Pero desconfiaba de mis méritos.

PEDRO Los tiene usted ! Ante su vida ejemplar, de tantos años, apenas quedan, para el hombre de corazón, lijeras sombras de la vida pasada, que van desapareciendo.......

CATALINA El hombre honrado es induljente, lo cual es un consuelo. Por eso habla usted de ese modo. Pero desgraciadamente la sociedad tiene muy buena memoria, y recuerda, y echa en cara la trasgresión de sus leyes.

PEDRO Poco importa, si en la conciencia hay la seguridad de que han sido borradas las faltas de los primeros años. Al desdén de la sociedad—que debe aceptarse humildemente como una expiación—opone usted, como circunstancia atenuante, la existencia de dos niños que son ornato de esa misma sociedad severa y opone usted el respeto y consideración de Gregorio que ha decidido dar á usted el título de esposa. ¿ No pesa eso nada en la balanza de la justicia ?

CATALINA ¡ Cuánto le agradezco á usted esas palabras consoladoras ! Y cuán feliz me siento al pensar en la determinación de Gregorio ! ¡ Cuán feliz soy, no por mí, sino por mis hijos...... por Federico, que se moriría de vergüenza, si supiera que Gregorio no es mi esposo, ni es su padre......él, que no sospecha que pueda haber sombras en la vida de su madre ! ¡ Cuán noble y cuán bueno es Gregorio ! Me da la tranquilidad del alma, me da rango social, me asegura así el respeto de mis hijos ! ¿ Qué recompensa puede haber, digna de tan noble acción ?

PEDRO La recompensa para él está en la tranquilidad de su conciencia, en la satisfacción del deber cumplido. Lo que falta ahora es hallar los medios de efectuar sin testigos este matrimonio.

CATALINA Sí, para que nada sepan mis hijos. Si lo sospecharan siquiera, ¿ cómo podría yo atreverme á fijar los ojos en la frente pura de mi hija ? ¿ Cómo podría tener valor para arrostrar la mirada de Federico ? Ah ! Corro á besar las manos de Gregorio que me salvó en la juventud y me honra en la vejez, y á arrodillarme á los piés de María Santísima, bajo cuyo manto de gracia caben todos los pecadores. [*Vase por la derecha.*]

ESCENA IV

PEDRO, *sólo*

PEDRO (*Viendo salir á Catalina.*) Y á pesar de todo, esa es una mujer honrada! Sí, honrada!...... Delinquió, por falta de protección; pero se arrepintió muy luego y se ha regenerado. El hombre que ha sido testigo de esa regeneración, que ha leído en el fondo de su alma, que la ha estudiado durante largos años, hasta en sus más mínimos detalles, acaba de absorverla, haciéndola su esposa. ¿Por qué no ha de perdonarla también la sociedad que ella enriquece con una niña buena, dulce, virtuosa; con un hombre honorable, abundante en méritos y que será un ciudadano útil a la Patria y á la humanidad? Negar el perdón á la mujer arrepentida, es sobreponerse á Dios, que perdonó á la Magdalena, hacer inútil el arrepentimiento, impedir la regeneración, impulsar al crimen á la infeliz que de él quiere apartarse.

ESCENA V

Dicho y GREGORIO

GREGORIO ¿No te lo dije? ¡Pobre mujer! Está loca de alegría. Ya ves. Lo que yo había temido: lágrimas...... Temo que los muchachos, al verla así......

PEDRO No! Qué han de sospechar!...... No lo creerían, si se lo dijeran. Con razón piensan ellos, como lo pienso yo, como lo piensa todo el mundo, que Catalina es una mujer honrada.

GREGORIO Sí, una mujer virtuosa...... excelente madre de familia; pero el mundo verá siempre su falta, por más que ella la haya llorado, y se la echará en cara, por más que ella se haya arrepentido, y hará siempre diferencia entre los hijos legítimos y los hijos legitimados......

PEDRO La pena siempre sobre el inocente.

GREGORIO No olvides tu promesa. Habla con ese sacerdote amigo tuyo.

PEDRO Esta misma noche.

GREGORIO Me gustaría saber inmediatamente el resultado de tu entrevista.

PEDRO Lo sabrás.

GREGORIO Y si fuere posible salvar el obstáculo del Código, esta misma noche, luego que los muchachos se hayan recojido, podré pagar esa deuda contraída para con ellos, para con la sociedad, para con mi propia conciencia.

PEDRO No me parece difícil. Ya veremos...... Silencio!......

ESCENA VI

Dichos y FEDERICO

(*Este abraza á su padre y á Pedro*)

GREGORIO ¿ Vienes ya de tu examen ? Nò necesito preguntarte como saliste......

PEDRO Eso es sabido ! Muy bien ! Admirablemente bien ! ¿ No es verdad, sobrino ?

FEDLRICO Sí. Preciso es prescindir de la modestia. Los examinadores han manifestado estar satisfechos, y todos, uno por uno, me han dirijido frases de congratulación. El señor doctor Elías Rodríguez, que me distingue con su cariño, dominado por la franqueza cordial que forma el fondo de su carácter, me levantó en sus brazos, y todos los concurrentes me saludaron con afecto, casi con respeto ; lo cual, si me enorgullecía, me causaba pena por mis condiscípulos, todos ellos merecedores de idénticas congratulaciones. El señor doctor Aveledo, mi primer maestro, testigo importante de aquel acto, me exijió que fuese á buscar el premio con que *una persona desconocida* quiere obsequiarme por su conducto.

GREGORIO ¿ Una persona desconocida ?

FEDERICO Es decir, una persona que vela su nombre.

PEDRO Y ¿ no sospechas quién puede ser ?

FEDERICO Absolutamente. Me encargó ir en persona á las cinco, y le ofrecí ser exacto.

GREGORIO Sí, bien hecho.

PEDRO Estoy encantado! Y dime, Federico, ese señor doctor Avedelo ¿no es director de un colegio?

FEDERICO Sí, de uno de los principales colegios de Caracas.

PEDRO Y ¿por qué algunos lo llaman Licenciado?

FEDERICO Porque fue Licenciado hasta hace poco. La Licenciatura es el más alto grado que confiere la Universidad y no es inferior al de Doctor, en cuanto á suficiencia. Él se hizo conferir este último grado, no hace mucho, por razones muy especiales, y hasta muy privadas. Pero ¿qué significa eso? ¿Qué importa el título á quien, como él, es verdaderamente docto en las ciencias, á quien, como él, no puede confundirse con las mediocridades?

PEDRO Sí, es mucha verdad.

FEDERICO Pero, siguiendo mi relación, debo decirles que hoy he alcanzado un triunfo y que, si en él gozaba, era más por tí, padre mío, por mi querida madre, por mi buena hermana, por tí, Pedro, el más indulgente de los tíos. Yo los buscaba á todos con la mirada...... Otros padres estaban allí, no los míos! Y en aquella soledad, por la ausencia de los seres más queridos—¿lo diré?—llegué á considerarme abandonado á mi propia suerte, tal como si fuera un pobre huérfano, sin madre á quien amar, sin padre á quien ofrendar los triunfos.

GREGORIO Hijo de mi corazón. ¿Cómo puedes decir semejante cosa? ¡Huérfano tú, que tienes en tu casa tanto amor!......Asuntos cuya consideración no pude diferir me impidieron ir á presenciar tu examen.

PEDRO En los mismos asuntos me ocupaba yo......

ESCENA VII

Dichos y MARÍA

MARÍA (*Muy festiva.*) No me había equivocado!......... Oí tu voz, Federico. Saliste bien...... ¿no es verdad? ¿Quedaste muy lucido?

FEDERICO (*abrazándola*) Sí, hermana mía! Salí bien!

MARÍA Gracias á mis trasnochadas y, principalmente, á las velas

que todavía están ardiendo á los piés de la Reina de los Angeles.

FEDERICO Gracias, María...... eres muy buena.

MARÍA ¿No viste al Doctor Aveledo?

FEDERICO Sí; pero no ví á ninguno de los míos......

GREGORIO La verdad es, hijo, que yo no quise ir, ni Pedro tampoco. Sabíamos, de antemano, que tu examen sería brillante, como no puede menos que ser el de todo joven estudioso; y nos abstuvimos, pensando que, al vernos, podrías cortarte......

FEDERICO No más explicaciones, ni disculpas......

MARÍA Yo tampoco habría ido...... Ay! Qué susto!......

FEDERICO Y ¿por qué me preguntaste si ví al Doctor Aveledo?

MARÍA Por nada!...... Como él te quiere tanto......

ESCENA VIII

Dichos y AMBROSIO

AMBROSIO (*Abrazando á Federico*) Permítame usted que lo abrace. Y ustedes, señores, permítanme que salude en primer término á este niño y que lo felicite por su brillantísimo examen, á una parte del cual he asistido, llevado por el ruido de sus triunfos.

FEDERICO Mil gracias, señor......

AMBROSIO Y debo felicitar también á los afortunados padres de tal hijo, no menos que á su tío, que está aquí lleno de justa complacencia, y á su joven hermana, en cuyo rostro de ángel brilla en este momento la alegría. Aseguro á ustedes que fue aquello un acto espléndido! ¿No concurrieron ustedes?

GREGORIO No......

PEDRO Nos fue imposible......

AMBROSIO Hubo ocasiones en que, sin poder contenerlas, corrían de mis ojos abundantes lágrimas.

GREGORIO Es usted muy bondadoso.

AMBROSIO Bondad no cabe en eso, ni cortesía. Yo refiero sencillamente un hecho, prescindiendo de mis propios sentimientos— Yo no me explico la atracción simpática que en mí ejerce

este joven. No he dejado de pensar en él, desde que lo ví esta mañana. Me parece que lo quiero, como si lo hubiera visto nacer y crecer......

FEDERICO Agradezco á usted mucho......

AMBROSIO Y qué concurrencia! ¡Qué concurrencia tan escojida! La aristocracia de la ciencia médica! No he visto nunca nada semejante......

ESCENA IX

Dichos y LUIS

GREGORIO *Ap.* [Vuelve este mozo......]

LUIS [*Abrazando á Federico.*] No podía dejar de venir á darte mi enhorabuena. ¿Cómo resistir á los impulsos de mi corazón, yo que he sido hasta hoy tu compañero de estudio? *A Gregorio Ap.* [Sólo este motivo me trae.]

FEDERICO Gracias, Luis! Yo, que conozco tu corazón, sé cuánta sinceridad hay en tus palabras. ¿Y por qué no te hallaste entre los examinandos?

LUIS Porque ya no soy estudiante. Por eso te digo que he sido *hasta hoy* tu compañero.

FEDERICO Has sido mi compañero y mi amigo, y continuarás siéndolo.

LUIS ¿Tu amigo? (*Con entusiasmo.*) Sí, nada habrá en el mundo que me impida serlo siempre. Me honro con decirlo... No te amaría más, si fueras mi hermano.

FEDERICO (*Abrazándolo.*) Gracias, Luis......pero ¿por qué no has de ser también mi compañero, como hasta ahora?

LUIS Francamente......no me gustan las ciencias. Por otra parte, el estudio puede ser un obstáculo á mis aspiraciones. (*Con tristeza.*)

FEDERICO ¿Sabes que encuentro en tí algo extraño?—(*A su padre.*) ¿No has hecho tú, papá, la misma observación?

GREGORIO Puede ser......

FEDERICO ¿No te parece, tío?

PEDRO Sí, algo hay de eso......

FEDERICO No eres hoy el festivo Luis de toda la vida. ¿Qué tienes?

PEDRO — Nada de tristezas ahora......Hoy es día de algazara...... ¿No es así, Gregorio?

GREGORIO — Desde luego......

AMBROSIO — Sí! Hoy debe ser día de fiesta, día de regocijo.

FEDERICO — Tu tienes algo......

LUIS — Nada! He resuelto abandonar las ciencias, cuya aridez me cansa, y buscar en otra profesión el favor de la fortuna y la felicidad única á que aspiro......Señor Don Gregorio, ¿quiere usted admitir en su taller un aprendiz que tiene vigor y voluntad para manejar la sierra y el replán?

GREGORIO — ¿Qué dice usted, joven?

PEDRO — (*Admirado.*) ¡Quiere ser carpintero!......Pues no hay por qué negarle la entrada en el taller. Cada cual tiene el derecho de elejir la profesión que le agrade. Tú y yo (*á Ambrosio*) aprendimos juntos el arte, y no somos, por cierto, albañiles comunes, porque ese era el arte de nuestra elección. (*A Gregorio.*) Por la misma razón eres tú buen carpintero, aventajado ebanista: y de seguro que si nuestros padres, contrariando nuestra voluntad, nos hubieran obligado á cursar ciencias......seríamos hoy, como muchos doctores de Caracas, médicos y abogados de los de *ciento en vara*......Luis! Yo aplaudo tu solicitud.

LUIS — (*á Gregorio.*) Yo se lo ruego á usted......

GREGORIO — Carpintero el hijo de un comerciante!......Eso no puede ser, joven! ¿Qué diría el alto comercio de Caracas?

LUIS — Yo amo y respeto á mi padre y quisiera complacerlo siguiendo la profesión que él me ha designado; pero no puedo sacrificar mi porvenir. Por otra parte, tengo más de veinte años, y á esta edad, no soy ya un niño á quien se impone el deber de ir á la escuela.

PEDRO — Sí, señor, admitido en el taller.

GREGORIO — Debemos pensarlo......

FEDERICO — (*á Luis.*) Después de tantos años de estudio......

LUIS — Después de tantos años perdidos, debes decir......

AMBROSIO — (*Que ha estado paseándose y se pára frente á María.*) Y ¿qué hace esta niña, tan calladita, tan pensativa?......

MARÍA — Tejiendo......es en mí un hábito.

AMBROSIO — ¿Y pensando?......

MARÍA — En nada......

FEDERICO (*á Luis.*) Reflexiona......Estás ofuscado por algún motivo que no conozco......

LUIS (*á Gregorio.*) No me rehuse usted el favor que le pido.

GREGORIO Hablaremos......Medítelo usted mucho.

LUIS Hace mucho tiempo que no pienso en otra cosa.

GREGORIO Piénselo más todavía......

LUIS Mi resolución es irrevocable; pero le daré á usted tiempo para pensar su respuesta. Carpintero en este taller ó en cualquier otro!......(*á Federico.*) Mi enhorabuena otra vez. Adiós, María!......Señores!......(*Vase.*)

ESCENA X

Dichos, menos LUIS.

FEDERICO (*Viéndolo salir.*) Excelente muchacho! ¿Qué tendrá entre manos?

MARÍA *Ap.* (Alma generosa......)

FEDERICO Nunca fué buen estudiante, no por falta de inteligencia, sino por falta de vocación; pero......

PEDRO Si es mal estudiante, será buen aprendiz! Nada! Que aprenda el oficio......

GREGORIO No, Pedro......Ese niño tiene padre! ¿No le parece á usted, señor Don Ambrosio, que no debemos?......

AMBROSIO Tiene padre......pero también tiene edad para elejir profesión y hasta......novia!

GREGORIO No soy de ese parecer. Su padre se creería deshonrado...... *Su posición social*......

PEDRO Ah!...... Es verdad! Qué conflicto, para una familia encopetada que no desciende de Adán! Un hijo artesano! Ese sería *el gallo pelón.*

ABBROSIO ¿Qué estás diciendo, Pedro? ¿Qué no desciende de Adán? Y ¿no es Adán el padre común?

PEDRO ¡Qué atrasado estás! Si así fuera, todos seríamos iguales. Esos grandes señores, más grandes que el resto de la humanidad, descienden de Eva y...... del Espíritu Santo. Por eso dicen ellos con tanta gracia: "Mi cuna"..... "Mis antepasados."—En eso fincan su vanidad, sin ver que en

muchos casos su genealogía moral es espantosa...... No quieren ser artesanos, y son comerciantes! Si tú supieras, Gregorio, que cada vez que encuentro en la calle á uno de esos chiquillos que venden majarete y conserva, me parece ver al comerciante incipiente.

FEDERICO — No digas tal cosa, tío!......

PEDRO — Vamos á ver, señor doctor ¿por qué no he de decirlo?

FEDERICO — Porque esos chiquillos son unos infelices sin educación, sin conocimientos......

PEDRO — Educación!...... Conocimientos! Y dime ¿qué es lo que sabe un comerciante?...... ¡Quita allá, Federico!—Busca la relación que existe entre el muchacho y el comerciante, y te convencerás de la exactitud de mi observación.

FEDERICO — ¡Qué relación ha de haber!......

PEDRO — El chiquillo, vendedor de dulces, es á la dulcera que los hace, como el comerciante vendedor de artefactos, es á X. Se multiplican los medios y se parte por el extremo, y en el cuociente aparece el artesano que fabrica los artefactos. ¿Crees que he olvidado la aritmética?

FEDERICO — Luego......

AMBROSIO — Luego no hay motivo para avergonzarse de ser artesano..... por el contrario......

GREGORIO — Pero á todas estas, ¿no comemos? Ve, María, y avisa á tu madre que nos morimos de hambre......

MARÍA — Voy al instante...... (*Vase por la derecha.*)

FEDREICO — Y yo voy á saludarla! Tal vez no sabe que he vuelto del colegio. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XI

GREGORIO, PEDRO *y* AMBROSIO

AMBROSIO — Verdaderamente, mi amigo, le tengo á usted envidia! ¡Qué felicidad la de usted! Un hijo como ese, que vale un Potosí...... un hijo, de quien me he enamorado......

GREGORIO — Gracias, señor!

AMBROSIO — Una hija lindísima, modesta......

PEDRO — Y de ella no te has enamorado?

AMBROSIO — También.

PEDRO — Lástima que no tengas veinte años menos!

AMBROSIO — Una hija de maneras tan dulces, de mirada tan inocente.... y una esposa...... no tengo el honor de conocerla, no la he visto todavía...... una esposa en quien habrán aprendido los hijos el arte de cautivar las voluntades.

GREGORIO — Ya tendré el gusto de presentársela.

AMBROSIO — Así lo espero. Y entre todos estos seres tan queridos, los unos, porque son pedazos del alma, la otra, porque es la honrada compañera de la vida, la amiga de todos los momentos, que hace suyos los placeres ó las penas del hogar, que adivina el deseo, que se anticipa al pensamiento para ofrecer á cada instante una nueva complacencia, un nuevo rasgo de afecto puro...... entre todos estos seres, digo, un corazón leal, un hombre fiel, un amigo, un hermano como Pedro! Qué feliz es usted! Y yo...... yo estoy solo en el mundo, sin ninguno de esos afectos santos que hacen amar la vida.

PEDRO — Aquí está tu viejo amigo......

GREGORIO — Y aquí está su amigo nuevo...... (*Le da la mano.*)

AMBROSIO — Gracias! (*Estrechándola.*)

GREGORIO — Y ¿ por qué se ha quedado usted soltero ?

AMBROSIO — Largo es de contar! Yo quise casarme; y debí casarme..... Toda mi historia está condensada en estas palabras: Fui desgraciado en los únicos amores de mi juventud." Amé á una mujer......

GREGORIO — Que no quiso corresponderle......

AMBROSIO — No, señor, pruebas me había dado de cariño sin límites.... Fui olvidado y sustituido.

ESCENA XII

Dichos y CATALINA

CATALINA — Vamos á comer!......[*al ver á Ambrosio*] Él......Ah!...... [*Se queda inmóvil y cae luego en una silla. Pedro la conduce al aposento izquierdo.*]

AMBROSIO — *Al verla ap.* [Ella!...... Pero entonces......]

ESCENA XIII

GREGORIO *y* AMBROSIO

GREGORIO — ¿Qué es lo que pasa? Esa turbación de usted...... la sorpresa de Catalina......

AMBROSIO — ¿Catalina?......Y Federico...... ¿es hijo de ella?......

GREGORIO — Sí, señor!

AMBROSIO — Ah! Sin querer he venido á perturbar su felicidad......No puedo permanecer aquí...... [*Vase por el fondo.*]

GREGORIO — Ah! Comprendo! [*Se sienta.*]

ESCENA XIV

GREGORIO *abatido*, MARÍA

MARÍA — [*Por la derecha.*] ¿Por qué tardan? Está servida la sopa......¿Y mamá?....... ¡Papá!........ ¿Qué tienes?........ ¿Dónde está mamá?

GREGORIO — [*Levantándose.*] No tengo nada, hija......tu madre......

ESCENA XV

Dichos y PEDRO

PEDRO — [*Terminando la frase de Gregorio.*] Tu madre está indispuesta...... Nuestro convidado vino á avisar que no puede acompañarnos, así es que comeremos solos. Vamos á comer. *Ap. á Gregorio* [Animo, prudencia.]

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III

La misma decoración.

ESCENA I

GREGORIO *y* CATALINA

GREGORIO — Y dices tú que María está triste.......

CATALINA — Sí. La he sorprendido llorando, lo que me ha afligido á mí también, porque no hay nada que lastime tanto el corazón, como las lágrimas de los hijos.

GREGORIO — Y ¿qué te ha dicho? Como no sea que haya descubierto la situación en que nos hallamos. Tal vez el incidente de esta tarde.......

CATALINA — No! La causa de su tristeza, que ella procura ocultar, es otra. En mi presencia, y delante de tí, se muestra serena, porque hace esfuerzos para aparecer como siempre, alegre y festiva; pero cuando cree que nadie la observa, da sueltas á su llanto. ¡Qué de cosas en un día! ¡Qué de emociones! Lo que más me inquieta es la aflicción de María. No hace mucho que Pedro la encontró bañada en lágrimas, y la cargó en sus brazos, como solía hacerlo cuando ella era chiquita, y se la llevó á su cuarto. Por cierto que preguntó, como enojado: "¿Qué me le han hecho á esta niña?"

GREGORIO — Pedro es muy bueno.

CATALINA — Muy luego lo ví salir alegre, con aire triunfante, como si

habiendo dado con la causa de la enfermedad, hubiera dado también con el remedio.

GREGORIO — Pobre hija!......

CATALINA — Pobre ¿por qué?

GREGORIO — Porque además de nuestro secreto, que algún nuevo incidente puede ponerle de manifiesto, como también á Federico—y eso me tiene muy preocupado—además de todo esto, esta niña......

CATALINA — ¿Esta niña?......

GREGORIO — ¿No sabes tú que está enamorada?

CATALINA — ¡No he de saberlo! ¿A qué madre se le escapan esos secretos del corazón?

GREGORIO — Pues este amor es un nuevo disgusto que viene á aumentar los que tenemos.

CATALINA — Yo no veo por qué......

GREGORIO — ¿Pero tú no ves que ese amor se lo ha inspirado el hijo del señor Mercader?

CATALINA — Lo que yo celebro, porque ese muchacho nos es bastante conocido, y podemos asegurar que es muy bueno, de costumbres muy sanas, de corazón excelente .....

GREGORIO — Yo no lo niego. Muy bueno, muy honrado muchacho. Sé que no es de esos jóvenes, de idéntica posición social, que se dejan guiar por preocupaciones ridículas.

CATALINA — Y entónces?......

GREGORIO — Es hijo de *todo un señor Mercader*, comerciante importador y exportador.

CATALINA — ¿Y por eso lo rechazas?

GREGORIO — Por eso!

CATALINA — Sú padre es malo?

GREGORIO — No digo que sea malo; pero no puedo tener buen concepto de un vecino que, durante diez y seis años, apenas nos ha dirijido *un saludo de protección;* no puedo tener buen concepto de un hombre que, sin más títulos que su dinero, se cree superior á los demás hombres.

CALALINA — Pero convienes en que el hijo es bueno......

GREGORIO — Muy bueno, muy bueno. Sobre todo, sin preocupaciones ridículas, sin......

CATALINA — Y ¿por qué ha de cargar el hijo con las faltas de su padre? Tu te olvidas......

GREGORIO — No me olvido de nada, de nada hago responsable á ese

muchacho: pero mira: Luis viste siempre el traje de esos señoritos que no saben hacer maldita la cosa; siempre la levita, siempre el pantalón costoso, siempre el reloj de gran precio, siempre el perfume exquisito en el pañuelo, sin haber mostrado hasta ahora ninguna aptitud que lo ponga á cubierto de futuras contingencias.

CATALINA Pero si es un estudiante .....

GREGORIO Era!

CATALINA ¿Cómo? ¿No lo es?

GREGORIO No! Quiere ser carpintero......

CATALINA (*con alegría*) ¿Carpintero? ¡Qué sentimientos tan generosos!

GREGORIO Además, su padre vino aquí á advertirme......

CATALINA A advertirte......

GREGORIO Que sabía la inclinación de su hijo, y á pedirme que no lo reciba en mi casa. En resumen, á manifestarme que él no aprueba las intenciones del joven su hijo, porque mal puede ser éste el yerno de un carpintero. En fin, vino á insultarme! Y todo eso, sin saber las faltas de nuestra juventud, no borradas aún por nuestra conducta honorable de tantos años. ¿Qué diría si supiera que Federico......Y á propósito ¿dónde están los muchachos?

CATALINA María, allá en su cuarto, y Federico, casa del doctor Aveledo á donde fue no hace mucho.

GREGORIO Ah sí, ya sé! Bien hecho! Mucho le debe al doctor Avelедо, su primer maestro, que no cesa de dirijirlo y de quererlo, aumentando cada día nuestra deuda de gratitud.

CATALINA Federico le paga con su cariño filial.

GREGORIO Sí, así debe ser; el maestro merece ese amor.

CATALINA Mucho le debemos.

GREGORIO Pobres muchachos! Es preciso sacarlos cuanto antes de la situación falsa en que los hemos colocado. Espero terminar hoy mismo la obra empezada, esto es, legitimar con nuestra unión los hijos tuyos. Pedro anda en esas diligencias.

CATALINA Eres muy generoso.

GREGORIO No, Catalina! Estoy decidido á casarme, primero, por mis muchachos, y luego, por mi conciencia. Pero quisiera saber á qué atenerme respecto de tu pasado, acerca del cual jamás he inquirido nada. Sólo sé lo que buena y espontá-

neameete me has dicho. Ese hombre......¿ qué me importa? Para mí tu pasado empieza el día en que principió nuestro cariño. De todo lo demás quiero hacer abstracción. Mas no por eso renuncio al deseo de saber que fuíste tú al lado de ese hombre.

CATALINA — Delicadeza de tu parte, vergüenza de la mía, es lo cierto que poco hemos hablado de este asunto; te has contentado con lo que te dije en la época en que me trajiste mi hijo. Pero en las actuales circunstancias, no debo repetir esa historia.

GREGORIO — ¿ Por qué no ?

CATALINA — Permíteme callar! No quiero dar lugar á que tú juzgues que pretendo aparecer á tus ojos como víctima, para inducirte á realizar lo que sin yo soticitarlo me has prometido.

GREGORIO — Lo que ahora me digas no cambiará mi resolución. Yo quiero que me cuentes todo.

CATALINA — Tú sabes que yo quedé huérfana desde mi niñez, al lado de una pobre tía. Crecí sin educación, sin principios de moral, sin nociones religiosas. Mi credulidad y mi inexperiencia me colocaron en mi juventud en una pendiente peligrosa. Amé á un hombre. Amaba entonces por primera vez, y sus promesas y juramentos me cegaron. Muerta mi tía, mi único guardián, mi sola defensa, aquel hombre se instaló en mi casa...... Próxima á ser madre, fui abandonada. Después......ah! después tuve que mendigar. Busqué trabajo y hallé cerradas todas las puertas, pues las personas honradas huían de mi contacto, porque yo llevaba en mis brazos el testimonio de mi primera falta. Las madres me rehusaban hospitalidad. Tal vez tenían razón.

GREGORIO — De ninguna manera. Nadie debe excusarse de practicar la caridad, y el ejercicio de esta virtud es más obligatorio en las madres. Pero el padre de tu hijo ¿ no parecía ? ¿ Dónde estaba ? ¿ Qué se había hecho ?

CATALINA — Jamás lo supe. En tal situación, tuve que confiar mi hijo á una mujer piadosa, para poder entrar, como criada, en la casa donde me conociste. Tu llegaste entonces á salvarme. A tu lado aprendí á ser virtuosa, aprendí á estimarme. Tú me enseñaste á ser buena. Horizontes inmensos se abrieron á mis ojos, cuando oí de tus labios, por primera vez en mi vida, esta frase que jamás he olvidado:

"Tú naciste para la vida honrada." Tú me educaste, Gregorio, tú me devolviste mi hijo, que yo lloraba en silencio, y aquella acción noble cambió en respetuosa adoración el cariño que hacia tí sentía. Hoy se interpone de nuevo ese hombre que yo amé un día y á él le toca ratificar lo que te he referido.

GREGORIO ¿ Cómo ? ¿ Él ?......

CATALINA Sí. Búscalo en son de paz y háblale. Lo que él te diga decidirá mi suerte.

GREGORIO No quiero saber más nada. Me satisface lo que me has dicho ; y por otra parte no quiero ver á ese hombre.

CATALINA La paz del espíritu lo exije. Preciso es que conozcas perfectamente, sin sombra de duda, la circunstancia de mi pasado.

GREGORIO Las he oído de tus labios. Eso me basta.

CATALINA Eso no me basta á mí. Aunque tú no lo digas—¿ cómo ha de decirlo un hombre que tiene tu corazón y tu alma?—aunque tú no lo digas, allá, en el fondo de ese corazón, debe germinar la duda. No temas que esa duda me ofenda, porque ella es inherente á la humana naturaleza. No me ofende, porque mi conciencia está tranquila y porque sé que el hombre que obtiene favores de una mujer, tiene el derecho de dudar de ella, sobre todo, si ese hombre no es el único favorecido.

GREGORIO Yo no dudo de tí, Catalina, no he dudado jamás, y ya te he dicho que mi resolución es irrevocable. Si fuíste víctima inocente, no pudo haber maldad en tu alma. Si fuíste cómplice de un crimen, ya estás regenerada. De todas maneras, pues, estoy decidido á reparar, aunque tarde, las faltas tuyas y las faltas mías. Y esta reparación tiene por objeto legitimar á tu hijo y á mi hija ; dar mi nombre á esos dos muchachos, inocentes de nuestros pecados, y poner en claro sus derechos, así como los tuyos. Tú sabes que tengo un hermano que anda por esos mundos de Dios y que, á la noticia de mi muerte, podría aparecer, descorazonado como fue siempre, pretendiendo despojarte de lo que á tí y á mis hijos legítimamente pertenece.

CATALINA Y eso ¿ cómo podría ser ?

GREGORIO No siendo tú mi esposa, la ley lo ampararía.—Por lo de-

más, Catalina, conociendo tu alma, me he persuadido de que fuíste víctima de un seductor infame.

ESCENA II

Dichos y PEDRO

PEDRO — Te traigo dos noticias, una muy buena. Ay! Vengo cansado! (*Se sienta.*)

GREGORIO — Y otra muy mala?......

PEDRO — No digo que sea mala; pero puede no ser muy buena.

CATALINA — ¿Qué noticias son esas?

GREGORIO — Veamos.........

PEDRO — Vengo de casa del Doctor Fernández.

CATALINA — ¿El padre Agustín?

PEDRO — Exactamente! El señor Cura!

GREGORIO — Y bien?

PEDRO — Le expuse el caso, sin omitir ninguna circunstancia, excepto los nombres.

GREGORIO — Y ¿qué dice el Doctor Fernández?

PEDRO — Cree el ilustrado sacerdote que ustedes, es decir, las personas que se encuentran en situación idéntica, están casadas *ipso facto*.

CATALINA — ¿*Ipso facto?* ¿Qué quiere decir eso?

PEDRO — La misma pregunta le hice yo. *Ipso facto*, según me explicó, quiere decir *de hecho*.

CATALINA — Y nosotros estamos casados de hecho?

PEDRO — Desde luego. ¿Qué es el matrimonio, sino la voluntad de vivir unidos, llenando recíprocamente los deberes que la ley impone á ambos cónyuges?

GREGORIO — La voluntad de vivir unidos induce á la unión legal; pero no es en sí misma el matrimonio, tal como la ley lo ordena.

PEDRO — Y ¿qué es lo que ordena la ley?

GREGORIO — Que el matrimonio sea presenciado por un sacerdote y que en los archivos parroquiales quede constancia del acto, porque de otra manera, uno de los esposos podría negarlo á su conveniencia. Hoy, la ceremonia civil debe preceder á la ceremonia eclesiástica.

PEDRO — De modo que, destruido el archivo, por cualquier accidente, y muertos el sacerdote y los testigos, la unión sería destructible, desde que no podría probarse que existe el matrimonio.

GREGORIO — Quedaría el testimonio público.

PEDRO — Pues idéntico es tu caso! Imagínate que tú quisieras probar que no estás casado. ¿Podrías conseguirlo? Nó! porque en cada habitante de Caracas tendrías un testimonio de que tú y Catalina son marido y mujer, cosa que nadie duda, puesto que á todas partes ha ido ella con el carácter de esposa, puesto que tú has tolerado que se la tenga por tal, lo que evidencia tu voluntad, tu consentimiento. Y desde que durante diez y seis ó diez y siete años han vivido ustedes vida matrimonial, llenando el uno y el otro los deberes de esposos, están y no pueden menos que estar casados. El matrimonio existe á los ojos de todos. Es un hecho consumado, un hecho incontestable. No puedes, pues, probar que eres soltero.

GREGORIO — Si yo no quiero probar eso.

PEDRO — Desde que no puedes comprobar que eres soltero, no te queda más recurso que ser casado.

GREGORIO — No discuto; pero sí te diré que eso no me satisface. Eso no basta.

PEDRO — Basta á lo menos para la conciencia del sacerdote que cree no oponerse al espíritu de la ley civil, perfeccionando, por medio de la bendición eclesiástica, un matrimonio incontestable.

GREGORIO — Sin que precedan los requisitos civiles?

PEDRO — Pesan mucho en el ánimo del doctor Fernández las circunstancias en que te hallas. Se trata de la honra de una familia. Y él cree que su ministerio le impone el deber de defenderla. Esa defensa se reduce á elejir de dos males el menor. ¿Infringe él la ley civil bendiciendo la unión que existe de hecho? Suya será la falta, y suyo el castigo por esta trasgresión. Si por no infringirla, se negara á sancionar una unión preexistente á la ley ¿cuál sería el resultado? Una de estos dos: que continuarían ustedes viviendo como hasta ahora, sin la sanción de la Iglesia, lo que el sacerdote tiene el deber de evitar, ó que, sujetándose á la letra del Código, se someterían al castigo que implícitamente

impone, castigo que alcanza á los hijos —que no son los culpables— á quienes la ley civil no quiere permitirles que ignoren la falta de sus padres y á quienes presenta ante el público, como herederos forzosos de la falta de ellos.

CATALINA — Prefiero quedarme en la misma situación, si el matrimonio que se proyecta ha de ser escándalo que cueste á mis hijos lágrimas y vergüenza.

PEDRO — Yo confío en que todo se arreglará en secreto.

GREGORIO — Yo lo espero.

PEDRO — Me parece que no habrá dificultad.

CATALINA — Y ¿cuál es la otra noticia? Estoy llena de curiosidad.

PEDRO — Mujer al fin......

GREGORIO — Es que yo también......

PEDRO — ¿La otra? Pues bien, sin rodeos, que Ambrosio quiere hablar contigo y me ha encargado pedirte una entrevista, esta misma noche.

GREGORIO — Y ¿qué quiere de mí tu amigo? Razón tenías en decir que la noticia no era buena.

CATALINA — (*á Pedro*) De eso hablábamos hace poco.

PEDRO — No sé qué quiere. Él está conmovido.—Pensando yo que no te negarías á recibirlo, aventuré la promesa de llevarle contestación favorable que él espera á la mayor brevedad.

GREGORIO — Y ¿qué puede tener que decirme?

PEDRO — ¡Qué importa! Ya veremos.

GREGORIO — Y te parece que debo?......

PEDRO — ¿Por qué nó?......

CATALINA — Soy de opinión que le hagas venir. Yo deseo que de sus labios oigas la ratificación de lo que te he referido.

GREGORIO — Temo mucho que ese hombre empeore la situación de las cosas, creyéndose con algún derecho......

CATALINA — ¿Qué derecho? No faltaba más......

PEDRO — No hay nada que temer. Ambrosio es un hombre de buen sentido...... Por otra parte, yo estaré aquí y asistiré á la entrevista.

GREGORIO — Sea como quieres...... que venga.

CATALINA — Yo me retiro..... (*Se levanta.*)

PEDRO — Pero, antes, quiero hablarte de otro asunto.

GREGORIO — Todavía más?...... Que no vengan los muchachos á la sala.

CATALINA — Voy á ver......

GREGORIO — Ten cuidado, Catalina, mucho cuidado......

(*Vase Catalina.*)

ESCENA III

GREGORIO, PEDRO

GREGORIO — ¿ Qué otro asunto es ese?

PEDRO — Un asunto en que me intereso mucho, del cual quiero hablarte en presencia de la persona que me ha comisionado al efecto, del más interesado......

GERGORIO — ¿ Del más interesado ?......

PEDRO — Exactamente! Esperando está en la puerta de la calle, todo compunjido...... Ya verás.

GREGORIO — ¿ Qué quieres decir, Pedro ?

PEDRO — Aguarda, aguarda. Ya estoy aquí.

(*Vase por el fondo.*)

ESCENA IV

GREGORIO

GREGORIO — ¿ Qué tendrá Pedro entre manos ?...... " Un asunto en que se interesa...... Un tercero que está más interesado "...... Cosas de Pedro! Y ¿ para qué querrá verme ese hombre ? ¿ Pretenderá ejercer alguna influencia en el ánimo de Catalina ? Eso no es posible! Catalina es mi mujer!...... ¿ Querrá provocar algún escándalo con el fin de arrojar á la calle mi secreto ?...... Y......¿ para qué ? ¿ Qué ganaría con eso ? Ya hemos de saberlo.

ESCENA V

GREGORIO, PEDRO ; *después* LUIS. *Este último en traje modesto.*

PEDRO — Envié recado á Ambrosio, avisándole que puede venir. Su-

pongo que no tardará en llegar. Entre tanto, vamos al otro asunto...... (*Llamando*) Luis! Luis! Entra, muchacho!

LUIS — Señor!...... (*Saludando á Gregorio*)

PEDRO — Aquí tienes al aprendiz de carpintero, que entra desde hoy al taller, prometiendo ser maestro dentro de poco tiempo.

LUIS — Si la voluntad bastara, el tiempo del aprendizaje sería sólo de minutos, pues tengo hoy doble motivo para desear ser maestro.

PEDRO — ¿Doble motivo?

LUIS — Ya conoce usted uno: sólo siendo carpintero puedo aspirar á la mano de la mujer que adoro.

PEDRO — Sí, sí, ya sabemos eso. Vamos al otro......

LUIS — El otro motivo es la necesidad que tengo de ganar algo para ayudar á mi pobre padre, cuya ruina......

GREGORIO — ¿Cómo? ¿Qué ruina?

PEDRO — ¿Qué dices, muchacho......? ¿Arruinado?

LUIS — ¿No lo saben ustedes? La desgracia ha caído sobre mi pobre padre. Y ya eso es del dominio público......Se hallaba mal en sus negocios desde muy atrás, y había tenido la esperanza de efectuar con sus acreedores algún arreglo que le permitiese continuar su giro—como se acostumbra en semejantes casos—pero la violencia de ellos lo ha puesto, por decirlo así, en la calle.

GREGORIO — ¿Cómo ha podido ser eso?

LUIS — Desde hace algún tiempo había suspendido sus pagos; y con motivo de unas letras protestadas, cuyo valor no pudo reintegrar, los acreedores han procedido judicialmente. El tribunal de comercio lo ha declarado hoy en quiebra y ha cerrado su almacén con el sello de la ley. Mi padre solicitó la protección de algunos íntimos amigos que frecuentemente almorzaban ó comían á su mesa. ¡Qué desengaño! Al invocar la antigua amistad, le dijeron todos y cada uno de ellos: "Las actuales condiciones de su situación no nos permiten cultivar esa amistad que usted invoca."

GREGORIO — Esa es la moral del mercader adinerado.

LUIS — Es entonces que mi padre ha abierto los ojos y reconocido que entre algunas gentes la base de la amistad es el dinero. "Un artesano, murmuró entre dientes, no me habría contestado de esa suerte." ¡Y lo que más me aflije es que he creído notar algo de perturbación en su cerebro......

GREGORIO	Eso es doloroso......
LUIS	Habla solo...... se ríe...... pronuncia palabras incoherentes...... "¡Qué divertida comedia!" dice. "Qué miserables!"—Ya ven ustedes, pues, que yo no puedo malgastar el tiempo, como hasta ahora, sino utilizarlo codiciosamente. Yo me debo á mi padre.
GREGORIO	Haces muy bien. Siempre te creí dotado de nobles sentimientos.
PEDRO	Pero bien. ¿Está admitido el discípulo?
GREGORIO	Si Luis insiste......
LUIS	Desde luego. Esa es mi felicidad.
PEDRO	Ahora, otra cosa.
GREGORIO	¿Otra más, todavía?
PEDRO	¿Qué derecho tiene un tío respecto de sus sobrinos?
GREGORIO	Eso depende de las circunstancias, Pedro. ¿Por qué lo preguntas?
PEDRO	Porque yo, con el carácter de tío—yo soy tío de tus hijos—te pido á tí la mano de María para un aprendiz de carpintero; y deseo conocer hasta dónde alcanzan esos derechos, para saber si puedo concederla, en el caso de que tú la rehuses.
GREGORIO	Pedro......Pedro......
PEDRO	Qué Pedro, ni qué cáscaras!
GREGORIO	Tú te dejas llevar de tu buen corazón......
PEDRO	Nada! Yo no tengo más herederos que estos dos muchachos, y de María es la mitad de cuanto Dios me ha dado, lo cual, con un poco de diligencia por parte de este aprendiz...... En cambio, yo no pido sino un rinconcito en su hogar para terminar mis días, y el derecho de acariciar á mis futuros sobrinos.
GREGORIO	Basta, Pedro! [*á Luis*] Joven, yo no te rehuso la mano de mi hija; pero demos tiempo al tiempo, como dicen. Sitúate primero, hazte una posición y tratemos de vencer la oposición de tu padre, pues una mujer que se estime no debe, por propia dignidad, entrar en una familia que no se considere honrada con su alianza. Allanadas esas dificultades, vuelve á reclamar el cumplimiento de mi palabra. Entre tanto, ya que te empeñas, el taller está abierto. Entra, aprende, trabaja, suda y no te avergüences de ser arte-

sano, que Jesucristo, fundador de la democracia, fue carpintero durante diez y ocho años.

LUIS — [*Apretándole la mano con efusión.*] Gracias! señor! Voy al taller!...... [*Vase.*]

ESCENA VI

PEDRO, GREGORIO

PEDRO — Es un buen muchacho, enamorado de María, como María de él.

GREGORIO — ¿Con que está muy enamorada?

PEDRO — Hoy la encontré llorosa. Quiso finjir! Que le dolía la cabeza, y esto, y aquello...... Me la llevé á mi cuarto, y la puse en confesión. Y corrieron entonces las lágrimas más libremente. Pues, señor, la causa de ellas no era otra que su amor á Luis y el conocimiento de los obstáculos que se habían interpuesto. "Tonta, la dije, llorando como ella, y ¿para qué está aquí tu tío? No tengas cuidado, que todo ha de allanarse. Te casarás con Luis. Te doy mi palabra." Vino luego este pobre muchacho á empeñarse conmigo para que lo admitieras en el taller......

GREGORIO — Ya ves que está admitido......

PEDRO — Pero eso no es todo. Yo quiero casarlos.

GREGORIO — Poco á poco...... Debemos llenar las prescripciones del deber. Harto me duele haberlas desdeñado en otros tiempos......Las circunstancias han cambiado...... Su padre es víctima del infortunio y no se dirá ahora que el deseo de...... pero, es su padre y debe concurrir su beneplácito.

PEDRO — ¿Quién puede pensar que tú, que nosotros?......

GREGORIO — Y ¿sabes, Pedro, que quisiera hacer algo por ese señor Mercader?

PEDRO — ¿Cómo algo?

GREGORIO — Ver si puedo sacarlo de la situación en que se halla.

PEDRO — No te lo aconsejo. La suma que emplees con tal objeto, sólo servirá para honorarios, puesto que el negocio está en el tribunal. Por otra parte, ¿conoces tú la magnitud de la quiebra para que pretendas salvarlo?

GREGORIO — Yo no pretendo eso...... Si él ha quedado en la calle......

PEDRO Eso es otra cosa. Sí, yo te ayudo. Es una buena obra...... Y...... no sería malo averiguar su verdadera situación.

GREGORIO Sería muy bueno, para poder obrar con conocimiento......

PEDRO Pues voy ahora mismo......

GREGORIO Sí, pero no tardes...... No olvides que......

PEDRO Vuelvo en el acto. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA VII

GREGORIO

GREGORIO Hombre!...... Sí!...... Su vecino y amigo que vive aquí al lado...... Míster...... Míster...... Vaya un nombre trabajoso! Él puede dar informes, pues estará impuesto de todo, y si el señor Mercader ha quedado sin pan......

ESCENA VIII

Dicho y CATALINA

CATALINA (*Con precipitación*) ¿A dónde va Pedro tan de carrera? Acaba de salir corriendo...... Lo ví desde la ventana del aposento...... Va volando...... Y eso me ha llamado la atención. ¿Qué ocurre?

GREGORIO Va á informarse del estado del señor Mercader.

CATALINA ¿Está malo?

GREGORIO Muy malo! Ha quebrado! Está en el suelo.

CATALINA ¡Quebrado!...... Pobre hombre!......

GREGORIO ¿Lo sientes?

CATALINA No he de sentirlo!......

GREGORIO No te empeñarás ahora en que su hijo se case con María...

CATALINA Por el contrario! Y hasta me alegraría de su desgracia, si ella pudiera contribuir á conquistar su consentimiento.

GREORIO ¿De modo que no ha influído en tu ánimo la riqueza del señor Mercader?

CATALINA Y tú me dices eso!—Los buenos sentimientos de Luis, cuyo corazón conozco, así como conozco el corazón de mis hijos...... esa es la riqueza que yo codicio para mi hija.

GREGORIO — Tienes razón. Me gusta verte en ese terreno. Verdad es que en él has estado siempre.

ESCENA IX

Dichos g PEDRO

PEDRO — (*Fatigado*) Ahí viene Ambrosio! Lo ví llegar á la esquina, donde se detuvo con un individuo......

CATALINA — Pues me marcho. (*Vase.*)

ESCENA X

PEDRO *y* GREGORIO

GREGORIO — ¿Fuíste casa del vecino?

PEDRO — Adivinaste! ¿Quién mejor que él podía informarme? ¡Qué de horrores me dijo! El tal Mercader es un pícaro, un bribón, que ha engañado á todo el mundo, según dice ese Míster, amigo suyo.

GREGORIO — Sí, bribón y pícaro es todo el que no paga. A lo menos, así piensa el acreedor.

PEDRO — Acabo de enviarle dos líneas. Tengo con él más dares y y tomares que tú, y le escribí diciéndole que estamos á su disposición.

GREGORIO — Me alegro! ¡Perder la fortuna en la vejez!...... Pobre hombre!

PEDRO — Eso es peor que haber sido siempre pobre, porque, al fin, se familiariza uno con las privaciones.

ESCENA XI

Dichos y AMBROSIO

PEDRO — (*saliendo á su encuentro*) Ah! Recibiste mi recado?

AMBROSIO — Sí. (*á Gregorio*) Se habrá usted sorprendido de mi solicitud, que explica mi presencia en esta casa.

GREGORIO — No sé, verdaderamente, cuál pueda ser el objeto de esa entrevista.

Ambrosio — Me ha parecido que el incidente de esta tarde puede haber turbado la paz de este hogar,......

Gregorio — De ninguna manera! Yo tenía conocimieuto anterior de todo, así es que no me ha sorprendido en modo alguno.

Ambrosio — Yo he creído, sinembargo, que no serían por demás algunas explicaciones.

Gregorio — Se ha engañado usted. Todo cuanto usted pueda decirme, es por demás.

Ambrosio — Pero no será inútil manifestarle que yo soy el único culpable, porque abusé de la inocencia de una niña huérfana, sola en el mundo, aunque bien es verdad que mis intenciones......

Gregorio — Y bien?

Ambrosio — Hágame usted el favor de oirme. Se hallaba ella sufriendo las consecuencias de un amor á que yo la induje, cuando estalló, aquí en Caracas, un movimiento revoluciouario en el cual era yo uno de los actores principales. El movimiento fue debelado, y el Gobierno dictó orden de prisión contra todos los que apareciesen comprometidos. No tuve tiempo de ver á aquella niña. Me ví obligado á huir!...... Me fuí á Trinidad, de donde pasé más tarde á Ciudad Bolívar. Yo pensaba siempre en mi compromiso con ella, y le escribí una vez y otra vez. Ninguna contestación! Me dirigí entonces á varios amigos, y éstos me informaron, por fin, que ella había dado á lúz y abandonado su hijo, que era *mi hijo;* y se hallaba en poder de un amante, olvidada de mí. Me aconsejaban que no pensase más en ella!......Yo la amaba, y lloré su deslealtad; pero hice esfuerzo para arrancar de mi corazón aquel afecto y de mi memoria aquel recuerdo. No olvidé; pero finjí olvidar....

Gregorio — De manera que para castigar la infidelidad de la madre, condenaba usted al hijo á las consecuencias del abandono, esto es, á la miseria?

Ambrosio — Yo me sentí herido en mi amor propio.

Gregorio — Excelente justificación! ¿De manera que se puede olvidar el cumplimiento del deber, so pretexto de herida en el amor propio?......

Ambrosio — Ya hé dicho, señor, que soy culpable. Yo lo declaro, aunque pido que se tengan en cuenta las circunstancias atenuantes. Sí, soy culpable, porque seduje á la mujer y por-

que abandoné á la madre. Entendiendo mal lo que yo juzgaba dignidad, dejé en olvido aquel pedazo de mi corazón, cuyos gritos de dolor llegaban á mi conciencia y perturbaban mi sueño. No fui seductor mal intencionado, ni fue voluntario el abandono. Y hoy que la calma de los años me hace juzgar las cosas de otro modo, quiero remediar, en lo posible, el mal que he hecho. Y éste es el principal objeto de esta entrevista.

GREGORIO ¿ Remediarlo ?

AMBROSIO Sí. No le quedará á U. duda de que Federico es hijo mío !

GREGORIO Más paso, señor, que las paredes oyen...... No, no tengo duda. Catalina me reveló todo desde que nos conocimos ; y las lijerezas de su juventud no fueron obstáculo para que yo guardase á mi lado á una mujer, mal comprendida por usted, en cuya alma hallé, escondidos, tesoros de gran precio.

AMBROSIO No teniendo usted duda acerca de mi paternidad, espero que se prestará á ayudarme en mi propósito de remediar el mal, de cumplir mis deberes, tanto tiempo desatendidos, mejor dicho, descuidados.

GREGORIO ¿ Cómo es eso ?...... No le he comprendido......

AMBROSIO Quiero decir que, para facilitarme el cumplimiento de esos deberes, me entregará usted el niño, haciéndole saber que yo soy su padre.

GREGORIO Hombre ! Qué peregrina idea !

AMBROSIO Nada tiene usted que objetar. Yo estoy en mi derecho.

GREGORIO Y ¿ cuál es el derecho de un hombre que abandona á su hijo á la miseria y á la muerte ?.....Dígame usted, señor, si en vez de este joven, bien dirijido, honrado, pundonoroso, educado en el santo temor de Dios ; si en vez de este joven, que es ya un hombre con aptitudes para ser útil á sus semejantes y á su patria, hubiera dado usted con un mozo criado en el libertinaje, formado en el vicio, familiarizado con el crimen ¿ le habría usted reconocido por hijo ? ¿ Lo reclamaría usted del bandolero á cuyo lado hubiera crecido y cuyos ejemplos fueran la base de sus principios ? Nó, desde luego ! Habría pasado usted sin proferir una sola palabra, para no ser reconocido por la infeliz víctima de su abandono. Se habría avergonzado usted de tal hijo, y no le detendría ni aún la voz de la conciencia que bien

alto le diría: "Tu eres el padre de ese monstruo moral; esa criatura desgraciada es digna de tí, que el árbol bueno nunca da fruto malo."—Eso le diría á usted la conciencia, y usted continuaría imperturbable su camino. Pero como el caso es otro, se detiene usted pretendiendo recojer hoy al hombre que de usted no necesita, porque se basta á sí mismo, á ese mismo hombre, abandonado por usted desde que principió á alentar en el seno de la madre. Y se atreve usted á invocar su derçeho! No hay derecho, señor, allí donde el deber no está cumplido!

AMBROSIO Está usted en un error. Ya le he hablado de circunstancias atenuantes. Yo no obré deliberadamente. Tuve que huir de las persecuciones de un gobierno que yo había querido derrocar, y me fue forzoso dejar tras de mí una prenda del corazón, que no pude llevar conmigo. Hoy veo esa prenda en extrañas manos, y la reclamo, porque tengo perfecto derecho á su posesión. Por otra parte, lo que aparece como abandono es la consecuencia de mi violenta fuga.........

GREGORIO Y ¿piensa usted justificarse con semejantes razones? ¿Por qué no huyó usted con su hijo?—Me dirá usted que no había nacido. ¿Por qué no envió usted por él y por la madre? Dió usted por agotadas sus dilijencias con una simple carta y con el informe inexacto de un amigo. ¿Bastaba eso para declarar infiel á la pobre mujer abandonada?—Sea! Pero ¿en cuanto al hijo?......¿Así, tan fácilmente, se deja en la miseria á la mujer seducida? Y ¿así, tan fácilmente, se deja en la orfandad el fruto de tales amores? Cuando la mujer ha caído, ya por falta de padre que, con mano cariñosa, le aparte los escollos que presenta el camino de la vida; ya por el rigor de la miseria que es tan mala consejera; ya por el amor que abrasa la honra, si mano interesada no limita su fuego; ya, en fin, por ausencia de decoro......en vez de despreciarla y escarnecerla, en vez de pisotearla y de escupirla, se la debe ofrecer mano protectora para levantarla, mano amiga para encaminarla, porque la mujer, virtuosa ó pervertida, es siempre la madre, y la madre, señor, es la familia! Nada es tan digno del homenaje de nuestro respeto, como ese débil sér que se engrandece llevando en sus brazos el hijo de sus entra-

ñas. Y cuando nace un niño que nos debe el sér, en vez de condenarlo á las contingencias de la caridad pública, debemos llevarlo á nuestro hogar, calentarlo con el fuego del corazón, porque ese niño es inocente de los furtivos amores que le dieron vida, porque ese niño tiene derecho á ser educado, porque ese niño es una promesa para el porvenir, porque ese niño es, tal vez, oculta esperanza de la Patria.

AMBROSIO — Sea como fuere, yo soy el padre de Federico, hecho que usted no puede poner en duda y que yo puedo probar, llegado el caso de hacer valer mis derechos.

PEDRO — *Ap.* (Ya esto va mal.)

GREGORIO — Sus derechos! ¿Qué quiere usted decir?......

PEDRO — Preciso es, Ambrosio, que yo intervenga. Estás en un error en que te sitúa, tal vez, la voz de la sangre.

AMBROSIO — Sí, Pedro, ha despertado de súbito en mi corazón el amor paternal.

PEDRO — Sea! Pero no tienes ningún derecho que hacer valer. El niño en cuestión tiene su madre, cuyos derechos nadie puede disputarle; y esa madre es la esposa de este hombre que lo reconoce por hijo suyo. Pero aun sin esta circunstancia, yo sometería este asunto á la decisión del joven que tu reclamas, por supuesto, de una manera indirecta, sin dejar que penetre en su entendimiento ninguna idea que pueda perjudicar á la respetabilidad de sus padres ó herir, en modo alguno, su decoro. Él no debe de tardar. ¿Qué te parece?

GREGORIO — Eso es peligroso.

PEDRO — No haya miedo. Deja eso á mi cuidado.

AMBROSIO — Yo me allano; pero fijemos definitivamente las condiciones.

GREGORIO — No hay condiciones! De todas maneras, Federico es hijo mío...... es mi hijo!

AMBROSIO — Yo comprendo perfectamente que ese joven representa para usted el depósito de valiosas economías......

GREGORIO — ¿Qué dice usted, señor?

AMBROSIO — Y no soy tan pobre que no pueda......

GREGORIO — Calle usted, por Dios, que me sonroja el oírle...... ¿Cómo puede usted poner precio al afecto?...... Ya se ve, quien no tuvo corazón para amar al niño, ¿cómo puede comprender que el cariño ni se compra, ni se vende?

PEDRO — Convéncete, Ambrosio! Aun cuando tuvieras algún derecho—que no le tienes absolutamente—nada harías con reclamar y llevarte un niño que, aceptándote por padre, no te amaría como á tal, desde que los besos, los cuidados, las caricias, toda esa poesía de la infancia, que constituye el más grato recuerdo de la vida, todo ese encanto pasado en que el hombre goza con los ojos de la memoria, le dan testimonio de que su padre...... es este hombre.

AMBROSIO — El lo habrá criado, pero el padre soy yo!

PEDRO — No disputes, Ambrosio, tú no eres nada en el presente caso.

AMBROSIO — Soy el padre natural.

PEDRO — El padre de un niño...... Enhorabuena! Gregorio es el padre de un hombre útil. Pero alguien viene...... será Federico......

ESCENA XII

Dichos y MERCADER

MERCADER — Tal vez venga á interrumpir á ustedes......

GREGORIO — No, señor...... muy bien venido......

PEDRO — Siéntese usted, señor Mercader.

MERCADER — Doble objeto me trae: dar á ustedes las gracias por la fina esquela que me han dirijido con motivo de mi infortunio....

PEDRO — Somos vecinos hace muchos años, y era nuestro deber......

GREGORIO — Así es! "¿Quién es tu hermano?"—dice el refran— "el vecino más cercano."

MERCADER — Rasgo de generosidad que no podré olvidar...... El otro objeto de mi visita atañe particularmente al señor Don Gregorio.

GREGORIO — ¿A mí?

PEDRO — Entonces yo estoy de más. (*Se levanta.*)

AMBROSIO — Y yo también...... (*Se levanta.*)

MERCADER — No, señores Nadie sobra! Esta mañana pensaba de un modo. La quiebra en que he sido declarado hoy mismo ha modificado mis ideas, mejor dicho, las ha cambiado completamente.

GREGORIO — Y ¿qué significa?......

MERCADER Significa que yo solicito ahora lo que desdeñaba esta mañana. Significa que vengo á pedir á usted la mano de María, para mi hijo Luis, si para acceder á mi solicitud no fuere obstáculo mi situación deplorable.

GREGORIO De ninguna manera. El obstáculo que había era, por el contrario, la alta posición pecuniaria de usted, de la cual le juzgaba algo envanecido.

MERCADER ¿Por manera que usted conviene ahora en esa unión?

GREGORIO Con el mayor gusto.

MERCADRE Y ¿por qué con tanto gusto, (si es posible saberlo) siendo Luis un muchacho pobre, muy pobre?

GREGORIO Voy á decírselo á usted...... porque Luis, pobre de dinero, es rico de sentimientos nobles; porque él es el hombre honrado que yo deseaba para mi hija.

MERCADER Déjeme usted estrechar su mano, la mano de un hombre honrado. (*Se dan la mano.*) Ahora, oígame usted dos palabras más. Hace unos cuatro ó cinco meses que me ocurrió la idea de no pagar á nadie ni un solo centavo. Hice protestar en Inglaterra unas letras de mi firma, giradas contra fondos, y por último, por medios ocultos, he logrado que se me declare en quiebra. Pero mi quiebra es ficticia. No hay tal quiebra. Yo quería ver, por mis propios ojos, si en las consideraciones y respeto del mundo entra por algo el valor intrínseco ó si ellos son simplemente el séquito obligado del dinero. Perderé en esta prueba unos cuantos millares de pesos, como que el asunto está en el Tribunal; pero soy bastante rico para darme la satisfacción de ese capricho. Habré ganado, en cambio, el convencimiento amargo de que lo que vale en el mundo es la fortuna. Mis amigos de ayer, juzgándome arruinado, me han dado la espalda. Mi comedia les ha causado un miedo espantoso.

GREGORIO Pero no es absoluto eso que usted dice......

MERCADER Me complazco en reconocer honrosas excepciones. Queda, pues, convenido que no pondremos obstáculo á la felicidad de estos muchachos.

GREGORIO Queda convenido.

MERCADER Mañana me ocuparé en los detalles, al mismo tiempo que en poner término á mi quiebra.

GREGORIO Que no dejará de traerle algún perjuicio en su crédito......

MERCADER ¿ Crédito ?...... Esa es una cosa que no existe por sí sola. Cada cual tiene el crédito que le da su dinero, porque el crédito está siempre en razón directa de la posibilidad pecuniaria. Ya hablaremos de eso! Señor don Gregorio, señor don Pedro, hasta la vista! Señor!...... (*Se va por el fondo.*)

ESCENA XIII

Dichos, menos MERCADER

PEDRO ¡Qué hombre tan original!

AMBROSIO Tiene las excentricidades de un inglés.

ESCENA XIV

Dichos y FEDERICO

Aparece FEDERICO, *lleno de alegría, con un hermoso ramo de flores atado con cintas, en las cuales se lee una inscripción.*

FEDERICO Papá, mamá, tío! (*Se modera al ver á Ambrosio.*) Caballero! (*Le da la mano.*)

GREGORIO ¿Qué es eso? ¿ Qué traes ?

FEDERICO Vengo de casa del señor doctor Aveledo, de quien he recibido valiosísimas congratulaciones. Él me ha entregado este ramo, en nombre de la persona desconocida que se lo envió con encargo de ponerlo en mis manos.

GREGORIO Hermoso ramo!

FEDERICO Y no saben ustedes quién es la persona desconocida que me hace este obsequio? La loquilla de María, mi querida hermana.

GREGORIO Y así te lo envió con esos letreros? (*Leyendo*) "El aroma de las flores es el incienso digno del talento." Reconozco las cintas.

FEDERICO La inscripción es obsequio de mi antiguo maestro.

GREGORIO A quien mucho debes. La deuda del discípulo es deuda

que nunca puede pagarse. El maestro es el artífice que recibe de manos de los padres el corazón informe de los niños, para devolverlo después, perfectamente pulido, tal como el diamante que sale de manos del lapidario. Sólo con amor se le puede pagar.

PEDRO [*A corta distancia de Ambrosio.*) No tengas duda. En semejantes circunstancias un padre no tiene ningún derecho sobre el hijo.

FEDERICO ¿ Cómo es eso, tío Pedro ?

PEDRO Nada, sobrino ! Conversábamos, discutíamos un punto de derecho...... pues, de derecho paternal......

FEDERICO Pero lo que acabas de decir......

PEDRO Queda dicho.

GREGORIO *Ap. á Pedro.* [Cuidado, Pedro !]

FEDERICO Que un padre no tiene ningún derecho sobre su hijo ? Bien se vé que tú no eres más que tío !......

PEDRO Pero lo que yo he dicho no es en absoluto. En ciertas circustancias......

FEDERICO No hay circunstancias que valgan. El padre es un sér sagrado. Dios tiene perfecto derecho á gobernar el mundo que creó de la nada y perfecto derecho á la adoración de la humanidad. El padre es la Providencia del hijo, y el hijo le debe, por tanto, amor, respeto y obediencia.

PEDRO Muy bueno está todo eso ; pero......

FEDERICO No admito ningún *pero* que venga á restrinjir el derecho del padre á la adoración del hijo.

AMBROSIO *Ap. á Gregorio.* [Ya lo oye usted !]

PEDRO Tu no conoces la cuestión, esto es, el asunto de que conversábamos para matar el tiempo. Voy á ponértelo de manifiesto, y ya verás cómo te apresuras á limitar, á negar ese derecho en un padre que no se parece á los padres que tú conoces.

GREGORIO *Ap. á Pedro.* [Pedro !......]

PEDRO Imagínate una pobre joven que ama á un hombre. Tiene un hijo, y los dos son abandonados por ese hombre. La madre, luchando con la miseria, venciendo dificultades, trabajando sin descanso, convertida en ángel tutelar—que no es otra cosa una madre,—cuida de su hijo, lo alimenta con su sangre, lo viste, lo forma, lo hace un hombre, sin que el padre haya recordado jamás que es el autor de un

sér que necesita pan, que necesita cuidados, que necesita protección, que necesita consejos y advertencias y lecciones. Ella provee á todo, y da á su hijo los buenos ejemplos que hacen de él un hombre honrado, y esa educación esmerada, que entre las gentes sensatas, es título de aprecio. Pues bien, en tales circunstancias, se presenta un hombre que reclama al joven y manda que éste abandone á su madre y lo siga á él y lo ame y lo respete, fundado en que él es la Providencia del hijo y en que por lo tanto, éste le debe amor y respeto y obediencia. Ahora bien. ¿Tiene ese hombre, ese padre, derecho alguno sobre ese hijo? Esta es la cuestión de que tratabamos...... así...... por pasatiempo.

FEDERÍCO — Yo he hablado de un padre, y tú me hablas de un sér desnaturalizado. Cuando se habla de Dios, no hay necesidad de mencionar sus atributos que son inseparables de la divinidad, como son inseparables de un padre la bondad y el amor. Un hombre que infama la mujer y la abandona, y abandona también al hijo...... ese hombre no es un padre.

AMBROSIO — *Ap.* (Dios mío!)

FEDERICO — El tigre, allá entre las selvas de lejanos montes, obedeciendo al instinto con que Dios ha dotado á todo sér que vive, acaricia á su hijo, y lo alimenta, y lo guía, y lo defiende; y el hombre que no siente el impulso de ese instinto es de peor condición que el bruto feroz. Mal puede, pues, llamarse padre quien no tiene corazón, y mal puede tener ningún derecho un sér tan execrable.

AMBROSIO — *Ap.* (Oh! Eso es cruel.)

PEDRO — Bien......Eso mismo habíamos dicho.

FEDERICO — ¿Cómo puede pretender ese hombre que el hijo abandone á la madre, á quien no sólo debe el sér, sino también la posición que ella le ha alcanzado, á fuerza de privaciones y de afanes? ¿Ni cómo puede un hijo seguir tranquilamente al primero que llegue, lla[illegible]ándose su padre? Sería ese un hijo digno de tal mon[illegible]o......¡Padre! ¡Qué titulo tan grande! ¡Qué atributos [illegible]n nobles! Dios es padre de la humanidad, no sólo po[illegible]e es su creador, sino también porque es gran dispensador de beneficios.

PEDRO — Basta lo que has dicho.

AMBROSIO — (*Cojiéndole las manos*) Federico...... yo......

FEDERICO ¿Qué tiene usted, señor? Veo lágrimas en sus ojos......

AMBROSIO Es que yo......

GREGORIO (*Interrumpiéndolo*) Es que el señor, viéndote á tí, recuerda un hijo que tuvo......

FEDERICO ¿Tenía usted un hijo?......

AMBROSIO Sí, sí.

GREGORIO Y lo ha perdido......

FEDERICO ¡Pobre padre! Cuánto debe usted sufrir! Porque usted que llora, no es de los padres desnaturalizados que abandonan á sus hijos......

AMBROSIO Ah! *Ap.* (No puedo más......) Adiós!......

FEDERICO ¿Nos deja usted? Ah! Sus lágrimas me enternecen......... Sí, llore usted! Su dolor es santo...... Un hijo debe de quererse mucho......

AMBROSIO Federico...... Adiós!

FEDERICO Coloque usted estas flores en la tumba de su hijo. (*Le da el ramo.*)

AMBROSIO Gracias...... hijo mío! Ah! Caracas me hace daño!........ (*Vase por el fondo.*)

ESCENA XV

Dichos, menos AMBROSIO

FEDERICO ¡Cuánto lo compadezco!

GREGORIO Eso prueba que tienes buen corazón.

FEDERICO Voy á olvidar esta pena entre mi madre y mi hermana. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XVI

GREGORIO *y* PEDRO

GREGORIO No quiero perder tiempo. Dejaste inconcluso tu relato respecto del sacerdote.

PEDRO Él se adapta á tus circunstancias y cree que este es un caso de conciencia, por lo cual no tiene inconveniente en efectuar el matrimonio cuando quieras.

GREGORIO Inmediatamente! Corre á llamarlo!......Bendiga Dios á ese santo sacerdote que, en obsequio de la moral, suprime un artículo del Código!

FIN DE LA COMEDIA

INDICE

